

Johannes W. Jensen



Periplo Escandinavo

Annotation

Jensen tardó 12 años en escribir su obra maestra, Periplo escandinavo (o El largo viaje) (1908-1922), una epopeya Histórica que narra la historia de la humanidad desde la época glaciaria hasta Cristóbal Colón. Está compuesta por seis volúmenes: Det tabte land (La tierra perdida), Broeen (El glaciario), Norne-Gæst, Cimbrernes Tog (La caravana cimbrina), Skibet (La nave), La Catedral y Cristóbal Colón.

- [JOHANNES V. JENSEN](#)

- Sinopsis
- PERIPLO ESCANDINAVO
 -
- PRIMERA PARTE
 -
 - GUNUNG API
 - LA SELVA DE LAS METAMORFOSIS
 - EL "HOMBRE"
 - FUEGO EN LA SELVA
 - LA INFANCIA DE FYR
 - LA VIDA SOBRE EL VOLCAN
 - EL FUEGO Y EL HOMBRE
 - LAS SERVIDORAS DE GUNUNG API
 - LOS PRIMEROS CAZADORES

- EL HOLOCAUSTO
- LA GLORIA POSTUMA DE FYR
- LA MONTAÑA DORMITA
- SEGUNDA PARTE
 -
 - DRENG
 - LA SELVA. SENTENCIADA A MUERTE
 - EL INVIERNO
 - GJUK
 - EL FUEGO ETERNO
 - HACIA EL GLACIAR
 - AÑOS DE CACERIA
 - EL MAR
 - LAS COSTUMBRES DE MOA
 - LA PIEDRA DEL FUEGO

- LOS HIJOS DE DRENG
- EL UNICORNIO
- OSO BLANCO Y
PRIMAVERA
- EL DESHIELO
- EL COLONO
- LA VOZ DE LA SANGRE
- BAJO EL SIGNO DEL
MARTILLO
- VARG, EL DOMADOR DE
CABALLOS
- LA ALONDRA
- TERCERA PARTE
 -
 - APARECE GAEST
 - EL POBLADO
 - EL ALBA DE DINAMARCA
 - LOS HOMBRES DE LA

EDAD DE PIEDRA

- LOS TRABAJOS DE GAEST
- LAS TRES SIBILAS
- CON LA ARDILLA
- EL CAZADOR Y SU HOGAR
- NOCHES CLARAS
- LOS EXPLORADORES
- EL VALLE FERAZ
- EN SUECIA
- HACIA LA COSTA DEL SOL
- EL BARDO ERRANTE

● CUARTA PARTE

○

● LOS CIMBRIOS

- LA JUTLANDIA PRIMITIVA
- ENTREVISTA CON TOLE
- LA DONCELLA VIAJERA
- LA BODA

- EL TORO DE CIMBRIA
- VEDIS
- LA EMIGRACIÓN
 - LA INUNDACIÓN
 - OJOS NUEVOS
 - EL TORO Y LA LOBA
 - DERROTA DE LA HORDA
- VAE VICTIS
 -
 - A ORILLAS DEL TÍBER
- QUINTA PARTE
 -
 - LOS HIJOS DE LA
PRIMAVERA
 - EN SEELANDIA
 - CAMINO DEL MAR
 - EN EL EJÉRCITO
NORMANDO

- HACIA EL SOL
- LA DESTRUCCIÓN DEL REINO CELESTIAL
- LA OSA MAYOR
- LA ENCINA SECULAR
- EL HERMANO PARVO
- LA CAMPANA
- EL MERCADO DE ARENQUES
- COPENHAGUE
- LA ENCINA Y EL HAYA
- SEXTA PARTE
 -
 - BAJO EL IGDRASIL
 - EL BARQUERO
 - EL IMPERIO DE LA NIEVE
 - LOS LONGOBARDOS
 - NUESTRA SEÑORA

- SEPTIMA PARTE
 -
- LA CARABELA
 - SANTA MARÍA
 - EN EL OCÉANO
 - CON LOS VIENTOS
ALISIOS
 - SAN SALVADOR
- EL BUQUE FANTASMA
 - FELIPA
 - EN LOS MARES
AUSTRALES
 - REGRESO
 - AVE STELLA
- JOHANNES V. JENSEN
 -
- notes
 -

○

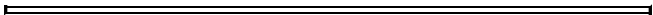
○

○

○

○

○



**JOHANNES V.
JENSEN**

Periplo Escandinavo

Sinopsis

Jensen tardó 12 años en escribir su obra maestra, *Periplo escandinavo* (o *El largo viaje*) (1908-1922), una epopeya Histórica que narra la historia de la humanidad desde la época glaciaria hasta Cristóbal Colón. Está compuesta por seis volúmenes: *Det tabte land* (La tierra perdida), *Broeen* (El glaciario), *Norne-Gæst*, *Cimbrenes Tog* (La caravana cimbrina), *Skibet* (La nave), La

Catedral y Cristóbal Colón.

Autor: Johannes V. Jensen

ISBN: 9788403560208

Generado con: QualityEbook v0.70

PERIPLO ESCANDINAVO

JOHANNES V. JENSEN

PRIMERA PARTE

LA TIERRA PÉRDIDA

GUNUNG API

EN medio de la selva primitiva una montaña vomitaba fuego, asomando por encima de las nubes su negra cabeza constelada de cicatrices. Al pie de ella crecían las palmeras. Era en los ardientes milenios anteriores al período glacial, cuando todavía reinaba en el mundo el verano eterno.

Por el día, lanza el volcán una densa columna de humo, colosales emanaciones de vapor que se mezclan, a millas de altura, con las más altas crestas de las nubes. Por la noche resplandece como una boca ensangrentada que bostezara sobre el

inmenso paisaje; y, de cuando en cuando, dispara a la Luna llamas y rocas incandescentes. Este es *Gunung Api*, el gigante tronador, padre del terremoto y del fuego.

Siglos y siglos le han visto erguir su mole en la soledad del vacío, rumiando el fuego en sus entrañas, agitadas, a intervalos, por estremecimientos y truenos subterráneos: diríase que la gran montaña se divierte perfectamente en perfecta soledad. Rara es la vez que *Gunung Api* se digna mostrar su faz: se encierra entre muros de nubes para estar solo, se emboza entre vapores, dormita...

En las claras noches estrelladas,

Gunung Api se barre las sombras del rostro; de un soplo lanza las cenizas al abismo; refresca en el éter frío su cráter y su chorrera de lava. Y entonces se dibuja contra el cielo de la noche un cono colosal, cuya base cubre la mitad del horizonte visible, mientras su vértice trata de alcanzar el cénit: es Gunung Api, que se desnuda ante el firmamento para que el firmamento contemple su grandeza. Y ante él, las estrellas se dispersan en enjambres luminosos y flota la Vía Láctea girando bajo el techo altísimo del cielo nocturno; y surge una luna redonda, elevando su disco pálido, como una vela que navegara en la noche; y allá arriba, las Pléyades tremolan suavemente su urdimbre salpicada de

rocío. Todo el cielo gira lentamente, desplegando por todas partes su radiante esplendor.

Después se transforma la visión: Gunung Api vomita nubes de azufre, iluminando con relámpagos toda su inmensa desnudez; descubre, de arriba abajo, su largo fuste escarpado, estriado, ennegrecido. A la luz de los relámpagos se perciben las feroces grietas que cuartean su cuerpo, y, a sus pies, la selva virgen, una planicie que se extiende a centenares de millas en torno, y a través de la cual se retuerce un río enorme; y, allí en la lejanía, el océano universal. Todo esto yace a sus pies, insignificante, empequeñecido. ¡Oh, no! ¡Gunung Api no es un grano de arena en

el desierto!

Sin embargo, las estrellas callan, parpadeando todas a la vez, cual si una fina y fresca brisa pasara rozando el éter.

Gunung Api ciñe su cabeza de tempestades eléctricas formando una corona policroma; el cielo, espectralmente silencioso, le contesta desplegando su aurora boreal. Tal rivalizan entre sí Gunung Api y el Firmamento en el silencio puro de la noche; dos fuerzas dedicadas a una solitaria contemplación, sin ruido de palabras.

Palidecen, al fin las estrellas y se diría que Gunung Api ríe: retumba la tierra allá abajo, repercutiendo hasta una

milla de distancia; la montaña abre una grieta en su flanco, estornudando vapor; su cráter vomita una lluvia de chispas. Su alegría es incontenible y tiene que proyectarse al exterior. Gunung Api no puede reprimir una especie de tos, y retoza como dando saltos sobre sus cimientos... ¡Sí, sí! Las estrellas, por las que él siente tanta admiración y respeto, ya se sabe que son innumerables, pero ¡tan pequeñas son!...

Poco después se alumbra el alba; por el oriente se enciende el cielo en una aurora que avanza arrolladora, la joven y tierna precursora del día: un abanico de largas varillas de luz tiende un puente sobre la mitad del cielo. Toda la naturaleza espera una gran visita.

Se hace de día; va subiendo el amanecer, el cielo estalla en un incendio y, al fin, por el oriente, asoma el sol...

Pero ya Gunung Api ha vuelto la espalda al campo de batalla, y ahora está absorto en la tarea de reunir nieblas en torno suyo. A cada cosa, su momento. ¡La luz del día, para quien la quiera! Por su parte, Gunung Api prefiere sepultarse en una lluvia diluvial; a través de una densa neblina lanza relámpagos terribles, desencadena un alud, y, sacudiendo sus flancos, arroja piedra pómez y desata torrentes de agua fangosa.

Después, el volcán, durante el tiempo que le place, vuelve a encasquetarse el capuchón de nubes

hasta las cejas, y se pone a dormir.

LA SELVA DE LAS METAMORFOSIS

CADA vez que Gunung Api se queda dormido durante “un rato”, se le sube el bosque por el pecho, y, cuando vuelve a despertar, se contempla cubierta de árboles milenarios y convertido en cobijo de mii clases de alimañas. De pronto, Gunung Api bosteza, vomita torrentes de lava, y envía a los valles bocanadas abrasadoras. Y entonces todo muere; los pájaros se encienden en pleno vuelo, brillan un momento, como estrellas en el aire, se apagan y caen a tierra en forma de copos de carbón;

lagos y ríos rompen a hervir, se evaporan rugiendo, y suben al cielo en forma de nubes esféricas, mientras sobre su lecho yacen los peces carbonizados; en un radio de largas millas toda la selva es, de pronto, brasero y llama, y, un momento después, un montón de cenizas ardientes. Al incendio sigue una lluvia de piedras; la claridad del día zozobra en las tinieblas primigenias. Y cuando el período de erupción ha concluido ya, y el volcán enfría su cono negro de hollín en el frío fulgor estelar, otra vez, como ayer, vuelve a extenderse la desolación de los campos de azufre y de tobas en un radio de muchas millas en torno a su base, donde antes se extendía la inmensa

selva.

Gunung Api sueña. La lava que traga por el cráter, va bajando por el interior hasta los milenarios mares de fuego sepultados en las profundidades de la tierra. Allí, en el abismo, se agitan, prisioneras y fluidas, abrasadoras reliquias de un océano ígneo que un día llameó en libertad, envolviendo toda la redondez de la Tierra. ¡Ay, mala ventura le cupo al fuego! Al principio sólo le hacían guerra escorias aisladas que flotaban a la deriva; después islas que fueron cuajando en el mar de fuego, y luego se fueron convirtiendo lentamente en continentes, y los continentes se unieron cubriendo toda la tierra hasta que el fuego quedó aprisionado en las

capas inferiores. Después, cuando la corteza terrestre perdió hasta cierto límite el inmenso resplandor de su incandescencia, cayó un monstruoso diluvio que formó los mares, y otra vez volvieron a bailar las olas, pero no ya las olas del mar de fuego. Y ahora, el fuego, ¡con qué regocijada venganza expulsa de Gunung Api el agua a la que consigue alcanzar — aunque ya su poder no llega muy lejos — lanzándola al cielo en forma de vapor! Cuando se desplomó el mar que flotaba en la atmósfera, ésta quedó convertida en un diáfano cielo azul. Y entonces se alzó sobre la Tierra la aurora de la Vida. Cuando los mares se enfriaron, apareció en ellos la vida: comenzaron a

arrastrarse los reptiles, fermentó la tierra y se formó el humus. Bajo el influjo del sol y de la lluvia — la vieja enemiga del fuego — las plantas se multiplicaron y formaron la selva. Este fenómeno se fue desarrollando lentamente a lo largo de edades innumerables, durante las cuales el fuego había permanecido siempre encadenado; sólo el aire pasaba, de vez en cuando, por la boca de Gunung Api, y entonces dejaba asolado todo lo que estaba dentro de los límites a donde podía llegar. Pero, ¡ay!, no podía llegar ya tan lejos como él quisiera, porque la vida, fría y húmeda, se fue extendiendo sobre la faz de la tierra, adoptando mil y mil formas: se ensanchó la selva, y el

suelo se tiñó de un hermoso color verde.

¡Pero ay si el fuego volviera a quedar un día en libertad! ¡Si la Tierra llegara a rajarse! ¡Oh, si la tierra se cuarteara, y volviera a ablandarse, a fundirse, a respirar fuego, a rizarse de olas, convertida de nuevo en un océano de fuego, como en los días del Principio; si volviera a desterrar el agua, lanzándola a las inmensidades espaciales, y aparecer en el vacío blanca del resplandor de su propia incandescencia y, como un mundo de fuego cegador, descansar en sí misma durante la eternidad!

De las entrañas de Gunung Api sube una leve nube ígnea, que acampa en torno de la cabeza del volcán formando

un anillo, vivida aureola circundando la frente de un ser que sueña. Gunung Api sueña...

Ved ahora cómo la selva ha comenzado otra vez a extenderse al pie da la montaña. Empieza por vestir las piedras y rocas de líquenes y musgos; luego va adelantando sus demás líneas avanzadas —plantas y zarzas— formando breñales; a continuación, aparecen los árboles elevándose, de nuevo, rectos hacia el cielo, hasta hacerse firmes y gigantes. Con la selva regresan las aves del cielo y las alimañas de la tierra. Así se repite perpetuamente la lucha entre Gunung Api y la selva.

EL "HOMBRE"

ALLÁ abajo, en los valles que se extendían al pie de Gunung Api, moraban los silvícolas, los hombres de la selva. Vivían completamente libres de cuidados, sin pensar en el mañana, pues la selva les ofrecía con superabundante largueza cuanto necesitaban para su subsistencia. No tenían vivienda ni residencia fija, sino que andaban errantes, yendo de un jardín silvestre a otro, según que la fruta fuese madurando y ofreciéndose tentadora; después de haberse hartado en un lugar o haberse vareado todos los árboles frutales por puro pasatiempo, se dirigían a otro

paraje para sacudir nuevos árboles.

Aunque andaban peregrinando sin cesar, ellos, sin saberlo, tenían hábitos que se repetían de un modo uniforme; siempre se movían dentro de un círculo definido, dentro de una zona determinada; de modo que, al correr del tiempo, fueron dejando detrás de sí huellas, y formando senderos que, de cuando en cuando, volvían a recordar los hombres de memoria más privilegiada. No se daban cuenta de que la Selva y las variaciones del Año iban gobernando oscuramente la vida, de ellos y les recordaban los caminos anteriormente recorridos; y los que recordaban comenzaron a localizar el punto de la Selva y el momento del Año

en que se encontraban cada vez que, instintivamente, volvían a pasar por un mismo lugar.

A orillas del río que corre al pie de Gunung Api se extiende una vasta zona formando una ladera de suave pendiente, que por un lado desciende hasta, perderse en la selva continua que cubre la llanura, y por otro sube hasta las primeras estribaciones del volcán. Aquella zona no es todavía suelo raso ni toda bosque, sino ambas cosas alternativamente; árboles aislados aquí y allá; en otros puntos, sotos y breñales, y, a ambos lados del río, zonas más extensas de bosque cerrado; rocas y despeñaderos alternando con praderas

lisas... En este paisaje de parque se mueven los Hombres de la Selva, desplazándose constantemente de una parte a otra, ya bajando hasta el río, ya internándose en la selva; unas veces caminando entre los árboles y otras veces saliendo al campo, viendo constantemente cosas nuevas, pero siempre dentro de fronteras definitivas, las cuales son, sin embargo, tan vastas, que ni siquiera tienen conciencia de ellas. Por todas partes tienen fácil paso a todo el resto del mundo; pero también tienen sus buenas razones para permanecer allí, en aquella zona. Cercana o distante, la cabeza de Gunung Api se destaca sobre el horizonte de ellos perpetuamente, cerrándoles la

visión del cielo por aquel lado. Ellos no habían estado nunca detrás del volcán.

No eran los únicos habitantes de aquella región: allí había también animales de toda especie que se distribuían por el bosque y por las praderas, con las que tan encariñados estaban. Los silvícolas convivían con los animales con aquella paz tácitamente convenida con que los mismos animales convivían entre sí. Con algunas bestias mantenían una enemistad implacable; tal ocurría, por ejemplo, con el tigre; pero no era el hombre quien había provocado la guerra. En medio del bosque resonaban rugidos pidiendo tregua apenas lo divisaban, y se cegaban de cólera cuando él no respetaba la paz. Al

paso del elefante se tiraban literalmente panza en tierra, con el más sumiso acatamiento; era preciso que se viera palpablemente que nadie se alzaba contra el gigante. Todos se postran cuando se acerca el Padre Elefante, de modo que el gran paquidermo tiene que posar la pata con gran cuidado para no aplastar a aquel obsequioso rebaño tendido en la hierba. El tigre enseña los dientes desde lejos; también este felino siente respeto hacia el elefante; pero no puede reprimir una mueca de desprecio considerando la diferencia de categorías. ¡Qué vulgar ese paquidermo con su piel de pizarra y aquellas curvadas estacas en la boca! El hombre convive en pacífica vecindad con las

demás bestias de mediana alzada — vacas salvajes, ciervos, caballos y demás herbívoros—, si bien muestra cierta propensión a embromarlos y hacerlos rabiar, porque sabe que son mansos. ¡Cuántas veces se ve el espectáculo de una res huyendo a galope con un hombre colgado del rabo! El porqué nadie lo sabe. En tales casos suele producirse un escandaloso alboroto entre el rebaño humano: de su garganta brotan una especie de aullidos entrecortados; les divierte ver a una mansa criatura incapaz de hablar convertida en víctima de sus travesuras. El hombre mantiene con el lobo relaciones tirantes; en cambio se entiende perfectamente con los perros,

que, cuando hay muchos juntos, corren fieramente a una liebre hasta rendirla; mientras que cuando es un perro solo, ¡qué manera más cariñosa de insinuarse y hacer zalamerías! No prestan la menor atención a los animales alados; pero tampoco desprecian sus huevos.

A los animales diminutos los aterrorizan, por pura diversión, hasta matarlos de susto, y todo lo que les cabe en el hueco de la mano lo consideran comestible: desde la langosta y otros insectos, hasta los gusanos y ratones. No todos poseen un ojo tan perspicaz como para distinguir entre una baya silvestre y un bicho con patas, como un chinche o una araña: pero ¿qué importa? Cuestión de gustos, al cabo. Rarísimo es, en

cambio, el que confunde el espinoso fruto del duri3n con el erizo. De los seres alados m3s diminutos, como moscas y mosquitos, no recibe el hombre m3s que molestias. Tal era la actitud que los Hombres de la Selva observaban frente a sus irracionales compa1eros de destino.

Los animales contemplaban a los silv3colas con supremo asombro. Si la mayor3a de las bestias andaban juntas formando reba1o, lo mismo hac3an los hombres; s3lo que 3stos estaban perpetuamente inquietos y agitados, retozando y saltando ma1ana y noche. Si en las zonas sin bosque se mov3a la alta hierba y se ve3a a una o m3s figuras levant3ndose a saltos en el aire,

luchando furiosamente con brazos y piernas, ya se sabía que eran los hombres; cuando en la orilla del bosque se agitaban los árboles como sacudidos por un torbellino, eran ellos, que estaban allí armando un escandaloso alboroto. Además, se los conocía desde lejos por su típico clamoreo; charlaban siempre en corro, charlaban sin cesar, emitiendo la más rara variedad de sonidos: entrechocar de mandíbulas, chasquidos como de bofetadas y besos, notas de pecho y largos sonidos vibrantes... Gruñidos, altercados, présagos alaridos, conciertos de chillidos infantiles, lloriqueos y lamentos y, a veces, un coro de risas, aquel relincho típico del hombre, que generalmente significaba

que a uno de ellos le había ocurrido alguna calamidad.

Pero la más sorprendente de las figuras humanas era el Jefe, un individuo de avanzada edad, casi siempre más alto y corpulento que los demás y provisto de una cabellera formidable que infundía terror.

De su boca, como de una tremenda bocina, salía un torrente de palabras; era el que iniciaba las carcajadas; y cuando alguien gritaba con voz ensordecedora, él solía propinarle terribles pellizcos. Por dondequiera que pasara la banda, él iba siempre a la cabeza.

El Jefe era, naturalmente, uno de los más viejos de la población de la selva; poseía experiencia y sabía

explicar y relacionar entre sí los fenómenos que se repetían. Como si ya hubiera nacido para ello, él marchaba delante de los suyos, señalándoles el rumbo y apartando todos los estorbos y obstáculos del sendero; rastreaba la pista de las serpientes, dando la voz de alarma; abombaba el pecho, en actitud de desafío y en son de guerra, tan pronto como vislumbraba la presencia de un enemigo; y era el primero en emprender la huida.

Los hombres de la selva estaban repartidos en numerosas bandas, cada cual bajo el mando de su jefe. Eludían el tropezarse, apartándose con aire despectivo; pero cuando no era posible evitar el encuentro, se entablaba un

extraño duelo; los jefes se golpeaban los pechos produciendo un terrible estrépito y se estaban insultando a gritos durante la mitad del día en el mismo sitio, hasta que algún accidente venía a separarlos, como la lluvia, o hasta que alguno de ellos se quedaba completamente ronco, lo cual decidía el combate, pues revelaba cuál de las bandas tenía el jefe más resistente.

Se desconocía el número de tribus que poblaban aquella región, pero entre todas ellas destacaba una, cuyo jefe había insultado a todos los demás caudillos de tribus, y había sabido mantener la última palabra. Lucía la cabellera más terrorífica de toda la selva. Todos le conocían: le llamaban el

Hombre, y nadie le conocía por otro nombre. Siempre se le veía en los mejores sitios de la selva, con su banda; todas las demás bandas retrocedían intimidadas por la visión de su melena. Conforme iba avanzando, los bosques iban quedando limpios de hombres, de modo que casi nunca veía a sus vecinos más que de espaldas... ¡y a todo correr! Su voz era la más temida de toda la selva.

El Hombre se despierta con el sol y se sacude el rocío de los hombros, mientras acá y allá cantan en las espesuras los gallos silvestres. Con su alegre batir de alas levantan las palomas el vuelo de los árboles más altos, llenos

de bullicio desde las primeras luces que presagian el día. Retumba en los valles el eco del mugido de las vacas salvajes; y detrás de cada mugido queda en el aire un silencio tan hondo que se percibe el zumbido de una abeja solitaria. De los herbazales del llano se desprende un vaho blanco, que flota en el aire a la deriva. Allá, por la llanura salpicada de árboles, un rebaño de jirafas bucea a través de la bruma del alba. Frente al sol naciente, el pavo real despliega su rueda policroma. La gran selva aparece enhiesta como una muralla azul de lomo abovedado. Y, por encima de toda la tierra visible, se recorta como el perfil de una nube: es Gunung Api, que se esconde en el cielo y deja ver, a ratos, la

silueta de su cima relampagueando a través de una densa atmósfera, a una altura de vértigo.

Por todas partes vibra el cántico de los pájaros y la alegría, el júbilo por el día recién creado. Sólo el Hombre es el malhumorado, el eterno descontento: bosteza abriendo la boca hasta mostrar el gáznate; se estremece y vuelve a bostezar, atormentado hasta el fondo de su alma por sueños espantosos; allí está, hambriento, pero sin apetito, a una hora tan temprana de la mañana, ser perfectamente mísero y peligroso, peligrosísimo.

Esto ya lo saben, por experiencia, todos los que le rodean: ¡qué tenso silencio se advierte en torno del árbol

junto al que se ha instalado la familia! Mientras las madres acallan a sus hijitos con gestos mudos, un breve corro de mujeres, todas cojas y señaladas de cicatrices, mariposeaban en torno cuchicheando, atentas sólo a servir al Hombre, dudando de si se les permitiría o no acercarse a él. Antes de amanecer tienen ya recogidas las frutas que han de ofrecerle. Todo está preparado. Pero ¿querrá comer? ¿Qué preferirá? ¿Cuándo estará él dispuesto? Se hace un primer intento: una anciana inválida, pero decidida y valiente, se adelanta, renqueando, con una piña recién cogida, y se pone a mover los labios golosamente, fingiendo paladear la fruta para inducir al Hombre a que coma.

Pero todo lo que consigue es que la fruta, erizada de púas, vaya a parar a su propia cabeza. Se aleja con la cabeza ensangrentada y se pone a cuchichear con las otras. Evidentemente, la piña no es del gusto del Hombre.

Se adelanta otra veterana, portando un coco recién abierto, con su rico meollo rebosando jugo. Ella mueve sus labios tentando al Hombre: no es posible que éste rechace aquella golosina. ¡Qué delicioso el coco! Sólo el abrirlo le ha costado una mañana entera de fatigas. Tuvo que valerse de una piedra afilada y limar y limar para cortar las fibras hasta llegar al meollo... Pero el Hombre le propina un manotazo a ella en el brazo, de abajo arriba, y el

coco y su lechoso zumo salen disparados por el aire. La mujer se vuelve confusa y mira a sus compañeras meneando la cabeza, acongojada. ¡Qué tragedia! ¡El Hombre se niega a comer! Se hacen ensayos con otros manjares: el árbol del pan, las uvas, las fresas... ¡Todo inútil! Entonces las ancianas cambian de táctica: hacen avanzar hacia él, con los manjares en las manos, a las “tentadoras”, que son muchachas jóvenes; no lo hacen pensando en su seguridad personal, sino pensando en que las jóvenes tendrán mejor éxito. Las muchachas intentan deslumbrar al Hombre con su atracción irresistible; se postran en el polvo. Pero el Hombre ni las mira siquiera. Y entonces empieza a

cundir el pánico por toda la tribu. ¿Y si se sigue negando a comer? ¿Qué ocurriría entonces? Eso sería el verdadero fin del mundo: se desplomarían los cielos, se hundiría el suelo si él renunciara a tomar alimentos y a conservar sus energías. ¡Qué desgracia! Las mujeres se sientan en el suelo y rompen a llorar silenciosamente...

Finalmente se ensaya un nuevo procedimiento: la criatura más encantadora de la tribu, graciosa y jovencita, casi una niña, se adelanta con un racimo de uvas y, tímidamente, se lo acerca a la boca al Hombre. Viendo que éste aparta su rostro hacia el otro lado, ella comete la imprudencia de seguirlo,

repitiendo con insistencia su invitación... De repente se siente aprisionada. El Hombre lanza un terrible rugido, enfurecido por tamaña ofensa; sin levantarse siquiera, la dobla por la cintura con sola la fuerza de su brazo; la sujeta fuertemente, y mientras siente cómo se le erizan pelo y barba y entrechocan sus mandíbulas, piensa en lo que va a hacer con ella: ¡sí, va a sufrir un castigo de los que no se olvidan! Con deliberada maldad extiende la mano hacia uno de los pies de ella y se lo retuerce por el tobillo, dándole la vuelta completa. Luego arroja lejos de sí a la pobre chiquilla, que aúlla de dolor... ¡Ya está coja para el resto de su vida!

Retiran a la víctima... Las mujeres respiran, al fin. El Hombre ha aspirado aire con fuerza: ya vuelve a ser el de siempre. ¡Ahora sí comerá! ¡Qué júbilo! El cielo y la tierra vuelven a estar firmes en su asiento. No hay equivocación posible: después de haber hecho “ejercicio”, el Hombre recobra el apetito y se digna engullir una nidada entera de pichones, calientes, vivos, recién sacados del nido; tras este aperitivo, se lanza sobre todo lo que tiene delante: toma en enormes cantidades los bocados más exquisitos, y engulle coco tras coco sorbiendo su rico zumo. Eructa. Buena señal. Las mujeres cambian entre sí miradas húmedas de emoción. ¿Quién ha dicho

que el Hombre no es bueno? Lentamente, a medida que se va hartando, va mirando una a una a las mujeres con los ojos muy diferentes de antes. Ellas bajan la vista y doblan las rodillas en una reverencia. Y piensan: ¡qué facha tendré!, porque aún no han tenido tiempo de retirar los mechones de pelos caídos sobre sus ojos ni de alisarse brazos y piernas para hermostrarlos.

El Hombre se levanta, se abomba el pecho altivo y satisfecho; la alegría se hace general. Los jóvenes de la tribu, que toda la mañana habían permanecido silenciosos y sombríos, dan rienda suelta a su entusiasmo...

Poco después se ponen todos en marcha. A la cabeza marcha el Hombre,

cuyos planes para el día nadie conoce. Detrás de él van los hombres jóvenes, disciplinados y dispuestos a todo; cerrando la marcha, caminan las mujeres, muy felices, con sus hijitos en brazos, pegando con saliva hojas verdes sobre los chichones y heridas que habían recibido aquella mañana. Detrás de todas ellas va la jovencita del tobillo dislocado, sostenida por dos mujeres, las cuales también sufren una antigua cojera. ¡Bien saben ellas lo que es eso!

Y así siguen peregrinando durante el día, un día largo, interminable. Van comiendo siempre; por doquiera que pasen, siempre se ofrece algo para tentación de la boca. Tienen que paladearlo todo. Todo lo trastornan,

todo lo examinan, todo lo toman en la mano, y lo olfatean, y le hincan los dientes, y lo paladean. Se encaraman a los árboles, echan abajo las frutas, rompen las ramas, se llenan de arañosos. Registran los manantiales, trepan a las rocas. Se encuentran con bandas enemigas, e inician una clamorosa algarabía; surgen pequeñas discusiones internas, que luego se zanzan amistosamente, y, al morir el día, se encuentran ya en otra, región, remota y enteramente distinta, que sólo el viejo y algunos más recuerdan. El Hombre pone de manifiesto su inteligencia casi sobrenatural al olfatear y descubrir en el suelo la presencia de un filón de sal; la tribu le muestra su profunda gratitud y

chupa la tierra salina; después de este paladeo, las frutas tienen doble gusto.

El viejo empuña un garrote, por desgracia para los jóvenes, que parece que siempre están tratando de hurtar el cuerpo para ponerse fuera del alcance de su brazo; pero aún no han aprendido a calcular el radio de acción del garrote, instrumento que prolonga el poder del Hombre. ¡Y de qué modo lo prolonga! Cuando los mocetones se desvían de un salto para que no los alcance el golpe del largo garrote, ¿qué hace el Hombre? Se lo arroja de punta a guisa de jabalina, haciendo diana en sus espaldas... No es posible medirse con él, porque él es... el Hombre. Sencillamente.

¡Qué largo, oh Dios, qué largo es el

día! Nadie piensa en el mañana, nadie se acuerda de los días pasados; sólo existe el día de hoy, el día estival, el día sin principio ni fin, el día del Hombre de la Selva. Su sol es un sol eterno; su despensa es el mundo.

Pero también a este día le llega su fin. El sol poniente dora el pequeño rebaño humano en una zona ya muy alejada del punto de partida. La tribu comienza a sentirse vencida por la fatiga, y el Hombre hace sus preparativos para la noche. Si en la lejana mañana de aquel mismo día había aparecido malhumorado y peligroso, ahora, al ver cómo se desvanece la luz del día, se muestra inquieto, angustiado, violento. Al caer la noche, pocos son los

que recuerdan la mañana de aquel día. Les resulta extraño que el día no dure eternamente, y con este motivo se enzarzan en discusiones; algunos sostienen que el crepúsculo es un fenómeno fugaz, un lobo plantado delante del sol, o una súbita indisposición del cielo; el Hombre, que ya sabe a qué atenerse a este respecto, se apresta a congregarse a su rebaño en previsión de lo que él sabe que va a ocurrir; a empujones y manotazos reúne a su gente y la va disponiendo en un “cuadro” para pasar la noche. A aquellos necios que no saben reconocer el bien que se les hace, hay que protegerlos contra su voluntad; a veces es preciso emplear la fuerza, y en tales

casos se oyen el llanto y los gritos de aquellos a quienes se obliga a acostarse, o bien el aullido entrecortado de algún rebelde fornido a quien obliga, a golpes, a echarse en tierra. El Hombre conoce bien a los levantiscos: cuando ha cerrado la noche, no creen ya en el día. Un buen bofetón para que entren, con la cabeza gacha, en las filas del “cuadro”.

Antes de que cierre la noche, ya el Hombre ha congregado a todos los suyos y los mantiene reunidos hasta el momento en que llega la noche verdadera. Hablan poco y en voz baja y, al fin, han de dar siempre la razón al viejo; pronto los invade el sueño y se quedan mudos.

Ahora ya no les importa estar todos

prietos y arracimados; al contrario, cada cual trata de meterse, como puede, dentro del grupo. Todo el rebaño humano está tendido en el suelo, en un paraje algo elevado que el Hombre ha escogido de antemano por considerarlo más seguro. En medio de la tenue oscuridad, forman como un gran copo de lana hirsuto, un enjambre de hombres y mujeres, vueltos todos de espaldas a la noche y tan alineados que del bloque humano sólo sobresale una cabeza o la nariz y boca de alguno.

¡Feliz aquel que se encuentra en la posición más incómoda, feliz el que está más apretujado! Porque aquel a quien le toque la suerte de ocupar las filas exteriores, está expuesto a los dientes de

un felino. Sólo el estar de espaldas a la intemperie produce una sensación intolerable; antes de que logren acomodarse todos, se registran verdaderas batallas campales: después ya no es posible cambiar de sitio.

Ahora, pues, van a enfrentarse con la Noche. ¡Qué larga es, qué espantosa! Ninguno de aquellos infelices, al pasar de una noche a otra, es capaz de formarse una idea de cuán larga y espantosa es. Se estremecen, esconden la cabeza en el cuerpo de su compañero, duermen un breve momento, se desvelan de nuevo, oyen cosas aterradoras y *ocurren* de verdad cosas aterradoras. Cuando al final se anuncia la luz del día — fenómeno que tarda eternidades en

llegar — la tribu casi siempre ha perdido a alguno de sus miembros. Los más alejados del centro del “cuadro” han tenido que pagar su tributo a las tinieblas, devorados por las fieras que rondaron por allí.

De noche la selva es completamente distinta. Sobre la tierra extiende sus alas inmensas la noche primordial, dentro de su seno se mueve la fauna de las sombras: frías cosas reptantes que matan pinchando o estrangulan a sus víctimas enroscando en torno de ellas un cuerpo sin patas. Han salido de sus guaridas los grandes felinos; se los ve brillar por parejas entre unos matorrales negrísimos; desde arriba, las lechuzas los contemplan con

sus grandes ojos fijos; de las simas lejanas viene el atronador aullido nocturno del lobo; la hiena dispara su enloquecida carcajada: la selva es un eco de horror. El bosque está todo transido por el susurro de las alimañas de la noche, que transforman la oscuridad en algo espantoso. La oscuridad, constituyendo un elemento de por sí, está cuajada de murciélagos y animales velludos; chillidos, aleteos, mugidos y crujidos resuenan por doquier. Todo el mundo circundante es un abismo de horror.

En aquel racimo humano donde todos están apretujados, asfixiándose, bien cerrados los ojos sin dormir, hombres y mujeres pasan por

interminables agonías, pero siguen viviendo y sufriendo. Su pánico no es infundado; el aullido lastimero que viene de las filas exteriores de aquel cuadro acusa la presencia del leopardo, del lobo, que viene a buscar su tributo. Alguien tiene que ser, naturalmente, el que ocupe la última fila; unas veces serán los más pequeños; otras, los rezagados que no llegaron a tiempo para meterse en el interior del grupo. Una o varias filas de ellos, según la suerte que les toque, son diezmadas en el decurso de la noche.

Pero ro se dejan capturar silenciosamente como ovejas. La víctima lanza un grito que llega al cielo, un aullido que perfora los oídos; la

gente que está en el interior del cuadro se compadece del hermano aullando a coro con él, monstruoso alarido polifónico que se oye a enorme distancia, anunciando que alguna tropelía se está cometiendo con el hombre. Hasta los mismos felinos retroceden ante aquel clamor, agachan las orejas y dejan caer la presa. Si al sacudir con los dientes a la víctima ésta no cesa de chillar, su grito invita al tigre a comerla. En cambio, el lobo la olfatea y se va, pues no está acostumbrado precisamente a llevar en el gznate un aullido que no sea el suyo.

Pero, aunque el grupo formado en cuadro pierda en el curso de la noche una o más filas y llore su pérdida, a la

hora de pasar lista a todos se ve que el ataque está muy lejos de haber llegado al núcleo del cuadro. En primer término, están los pobres seres indefensos, los expuestos a los dientes de las fieras; más al interior están las filas de los hombres fuertes y fornidos, cuya fuerza les permitió internarse en el grupo arrollando a los más débiles; detrás de ellos viene el círculo de mujeres: en primer lugar, las más viejas con sus hijos, y más hacia el centro, todas las jóvenes. En medio de todos, en el centro mismo del grupo, se encuentra el Hombre. Tal forma él su gente en orden de batalla todas las noches. ¡Así se explica, que haya llegado a tan viejo!

Cuando, al ser atacados, el rebaño

humano rompe a chillar, sobre aquel clamoreo destaca siempre el grito del Hombre. Es la suya la voz más poderosa, voz de volumen y tonalidad colosales, que infunde verdadero terror. Por otra parte, él, con los recursos de su ingenio, sabe defender a su rebaño, con éxito siempre, inventando ardides que ningún otro es capaz de urdir. A veces llega un animal carnicero, y, al estirarse para atrapar a un mísero hombrecillo, se encuentra con la sorpresa de una cosa dura — un coco o una piedra — que viene volando hacia sus morros. Y en medio del grupo, protegido por un cordón de miembros de la familia, está el Hombre, eternamente tranquilo y meditando. Ocurre a veces que del

centro del círculo sale una larga rama aguzada como una cosa viva misteriosamente articulada con el grupo y descarga un golpe sobre los delicados morros de la fiera, razón por la cual ésta, a veces, prefiere dejar en paz a los hombres y comerse en su lugar a un roedor o rumiante, que no dispone de piedras ni palos para blandidos a una peligrosa proximidad de sus ojos.

Pero no todas las noches reservaban tan mala suerte a la tribu. En ocasiones favorables, los hombres se encaramaban a los árboles, donde apenas tenían nada que temer, quedando indefensos sólo contra las serpientes. Los peñascos abruptos constituían un buen refugio nocturno cuando acertaban

a estar cerca de ellos antes de que descendieran las sombras de la noche. Además, las noches no eran uniformemente oscuras, y, cuando salía la luna, los silvícolas no se dejaban amedrentar así como así: podían prevenirse a tiempo al ver lo que tenían delante.

En las noches de luna clarísima, el Hombre renuncia a formar la tribu en cuadro: la lleva a un claro del bosque donde había descubierto la presencia de un árbol hueco, y allí el grupo pasa la noche, no con terrores y estremecimientos, sino con música, danzas y cantos.

A lo largo de la noche, hora tras hora, el viejo va trabajando con su

garrote el hueco del árbol. Se oye el monótono e incesante rumor de su trabajo, acompañado por la voz del jefe, que sin cesar berrea a pleno pulmón, extraño alarido que sube y sube recorriendo todos los registros. Pronto los demás miembros de la tribu comienzan a clamorear como rivalizando con él, pero sin poder alcanzar la potencia de voz del Hombre, aunque son numerosas las gargantas que lo intentan. Luego, al compás de aquel colosal coro de alaridos, empiezan todos los hombres a ejecutar una danza, dan saltos adelante y atrás, se agachan y se incorporan, se pavonean y jalean girando unos alrededor de otros durante toda la noche, mientras la luna navega

por el cielo. La danza gira dentro de un círculo de mujeres que, sentadas en corro sobre el césped, en actitud respetuosa y con cara de felicidad, están horas y horas contemplando, sin cansarse, aquel espectáculo.

Diríase que todos los animales se mantienen a una distancia prudente. ¿Qué pensarán de todo aquello? Un círculo de silencio se extiende en torno del grupo en medio de la noche lunar, y sólo se oye el aullido humano como una isla de gritos en medio de un océano de silencio. Se acercan los perros salvajes haciendo coro con ellos. Sentados sobre el rabo formando un rebaño, alzan el hocico aullando a la luna. Pero, qué era esto al lado del aullido de los

silvícolas? Un hipopótamo errante y solitario sale del lindero del bosque. Se le ve levantar su enorme bocaza hacia el cielo, y su berrido no es precisamente despreciable, y, sin embargo, no se oye su voz, que queda abogada por el clamor de los hombres. Todas las voces de la naturaleza quedan apagadas y ensordecidas.

El ruido de aquel concierto va congregando a todos los hombres de la selva, que, paulatinamente, van llegando grupo tras grupo. Vienen, a la luz de la luna, en busca de aquel extraño sonido; se juntan todas las tribus que antes eran hostiles entre sí, y, antes de que alumbre la mañana, están haciendo coro al coro, llegados de todos los rincones del país a

aquel lugar que se convierte en cita de la Humanidad. El Hombre está consciente de su importancia. Barba y cabello se le agitan como un revuelto mar; presa de frenesí, vuelve a la tarea, batiendo con redoblada energía el tronco hueco mientras eleva en una nota el tono de su voz. A su alrededor gira en ronda la Humanidad: cada ser humano vocea con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Ya no hay más que un solo compás, un solo corazón, un acento y un alma!

FUEGO EN LA SELVA

AL día siguiente se separan las diferentes tribus hacia los cuatro puntos cardinales. Existen entre ellas demasiadas discrepancias para que puedan seguir formando una familia única. Si hasta aquel momento permanecieron unidas, ello se debe únicamente al entusiasmo producido por la música. Por otra parte, no es posible alimentar a tanta gente en un lugar tan reducido. Pero, antes de llegar la hora de separarse, se ha producido un pequeño cambio en aquella gente: muchos se han pasado de una tribu a otra. Al mismo tiempo ha habido un

activo intercambio de mujeres, de modo que cuando él Hombre recorre con la mirada los rostros de ellas, cree que no las conoce a todas. Algunas yacen ante él en el polvo con un aspecto menos cansado y un aire más despierto: son forasteras que han desertado de sus tribus, dejándolo todo para continuar escuchando la voz del Hombre y contemplar su larga barba.

Y la verdad es que él posee una terrible voz, capaz de aterrar a la mayoría de los animales, cuyos oídos son demasiado sensibles al ruido. Oyendo su voz, hasta el león pestañea enseñando los dientes, prefiriendo seguir su camino. ¡A tanto llega el poder del Hombre!

Pero mucho más poderoso es Gunung Api. Cuando el volcán ruge, cuando relampaguea..., hace su aparición el fuego.

El fuego sí que infunde terror. Ante él de nada sirve gritar ni golpearse el pecho. La gente echa a correr sin saber lo que hace, se moja, se detiene en seco, exánime, anda a gatas... El fuego es algo paralizador. ¡Cómo se achica el hombre cuando aquél aparece en escena!

Los animales lo temen y huyen de él. Cuando estalla el incendio, ellos lo olfatean desde larga distancia, se encabritan, alzándose sobre las patas traseras; vuelven grupas y se lanzan al galope durante días y noches para llegar a comarcas completamente distintas. Los

toros, vacas y caballos salvajes echan a correr todos juntos en tropel, enloquecidos, atropellándose unos a otros en la huida, apenas llega a su nariz el olor a quemado. Cuando llega el incendio, hasta los elefantes se vuelven locos, azotándose unos a otros con las trompas, derribando árboles en su carrera, hincándose mutuamente los colmillos... Todos los seres vivientes echan a correr y se matan, atropellándose unos a *otros* cuando llega el incendio.

Los silvícolas lo conocen y lo temen; lo llevan como metido en la sangre. Han heredado este terror de sus antepasados, que siempre habían vivido entre los árboles, donde no habían

conocido enemigo más peligroso que el fuego. Las llamas trepaban con mayor rapidez que ellos; saltaban de un árbol a otro más veloces que ellos. No había fin más espantoso que el de los que tenían la desgracia de ser alcanzados y devorados por el fuego. La mordedura del fuego era más dolorosa que la de cualquier alimaña conocida. El menor contacto con el fuego producía tormentos intolerables. De una sola vez que pasara la lengua, le segaba a, uno toda la pelambre del cuerpo. Las llamas lo devoraban todo, sin respetar ni los huesos. Cuando el fuego se ponía a comer, no dejaba el menor residuo; y, sin embargo, nadie podía adivinar qué había sido de las cosas devoradas. Y es

que en el fuego residía un poder invisible; devoraba con un apetito atroz, pero no se veía que tuviera cuerpo como los demás animales. Era un ser invisible mediante el cual Gunung Api revelaba su poderío, un crepitante devorador, un espíritu: el espíritu ardiente de Gunung Api.

Relacionando entre sí todos los hechos observados, los hombres de la selva habían llegado a la certeza de que aquel espíritu ígneo tenía su asilo en la montaña. Pues ¿no resplandecía amenazador todas las noches allá, en medio de las nubes, como una boca de fuego? Y un día aquel espíritu desnudo bajaba volando de allá arriba en forma de una lengua ardiente, tan ancha como

la llanura y la selva, y entonces no quedaba otra alternativa que huir a tiempo para refugiarse en otra selva; huir, si era posible, muy lejos de aquella tierra, corriendo días y noches, si se tenía la suerte de correr más que el fuego. Porque una vez que la lengua de fuego había alcanzado la selva y comenzaba a lamer los árboles, entonces, en pocos minutos, todo el bosque quedaba convertido en una llama, y el hombre tenía detrás de sus talones el crepitante espíritu del fuego.

Cuando el fuego devoraba hasta hartarse, era el elemento más poderoso y terrible. El fenómeno podría producirse en un abrir y cerrar de ojos. Comenzaba surgiendo de una llamita minúscula, una

lengua de fuego insignificante originada por una brasa desprendida del volcán o por un rayo; se ponía a lamer las hojas secas que había a su alrededor, hasta que, de repente, se encaramaba, crepitando, a los árboles, convirtiéndose en una hoguera gigantesca. A través del aire devoraba las cosas a gran distancia, más allá del radio de acción de sus brazos. Una vez que había hecho presa de cuanto le rodeaba, los árboles, ya recalentados de antemano, estallaban en llamas, propagándose el incendio de unos a otros, hasta que toda la selva quedaba convertida en un mar de fuego.

Era el fuego una inmensa luminaria que transformaba la noche en día; no se ocultaba en las tinieblas como las demás

criaturas, sino que daba luz por sí mismo en medio de la noche, haciendo visibles todas las cosas próximas a él. Por la noche, presentaba un color rojo sangre, visible a millas de distancia. Por el día, a la luz del sol, presentaba largas lenguas diáfanas, ardientes, espectrales, casi invisibles. Pero nunca dejaba ver su rostro: sólo poseía brazos y piernas en constante movimiento. Tenía voz, hablando con los más diversos sonidos: hervía, rugía o crepitaba cuando prendía en un árbol y se ponía a saciar su gula. Cuando cabalgaba sobre el bosque en la plenitud de su poderío y encima se desataba el huracán sobre las llamas, el fuego saltaba bramando de un bosque a otro bosque, y entonces no había

salvación para nadie, a no ser para aquel que hubiera presagiado a tiempo lo que iba a ocurrir. El fuego tenía un olor inequívoco, que anunciaba con certeza su presencia antes de que el incendio hubiera alcanzado proporciones inquietantes. Los que estaban prevenidos sabían ver a tiempo la humareda. Había hombres especialmente sagaces que pronosticaban el advenimiento del espíritu ígneo mucho antes de su aparición. Y es que el volcán desprendía un olor característico cuando se preparaba el gran incendio, manifestándose con mil indicios, tronando sordamente en sus entrañas y respirando enormes cantidades de humo.

Los hombres más perspicaces advertían a tiempo el momento en que el fuego iba a empezar su *razia*, retirándose con unos días de antelación apenas comenzaba a descender en forma de humo aquel olor pestilente que exhalaba Gunung Api.

Pero no ocurría lo mismo con el rayo. Ante éste no había posibilidad de prevenirse, ya que podía descargar en cualquier momento. Era el espíritu del fuego revestido de un nuevo disfraz. Iba siempre acompañado del trueno. ¡Qué distinto de Gunung Api! De cuando en cuando, aquel espíritu de los espacios, aquel gran tronador y fulminador celeste se paseaba por el cielo bromeando cruelmente y haciendo peligrosa la permanencia en la selva; relampaguea

una y otra vez en las alturas por pura diversión y sin hacer el menor daño. Todas las noches vagan errantes entre las nubes los espíritus del fuego, rojos jóvenes desnudos que andan danzando por el cielo. Pero ocurre con frecuencia que el tiempo transcurrido desde que el rayo cayó realmente en tierra la última vez es tan largo, que ya la mayoría de la gente no recuerda en absoluto el suceso.

Pero he aquí que un buen día se presenta el fenómeno de repente. Alrededor de Gunung Api comienzan a surgir densas nubes que se van hinchando y dilatando hasta invadir el cielo y oscurecer la luz del día. Brilla en las tinieblas el primer relámpago, como cuando una fiera levanta el belfo

superior dejando ver sus colmillos. Poco después se oye un rugido allá arriba, un largo bramido aéreo que va rodando hasta perderse en los espacios y repercutiendo en las remotas profundidades de la selva. Desde el lejano lugar de la manigua donde anda pastando, se oye la contestación del mastodonte, larguísimo berrido nasal, lastimero y agudo, que no es más que como un chillido de un ratón dentro de una mata de hierba en comparación con la voz de aquel gigante espíritu que, desde las nubes, atruena y ensordece el mundo. El corpulento león, que en ese momento tiene sus garras clavadas en el espinazo de un animal, se detiene, y se pone a toser, amenazador y sombrío,

lanzando repetidos gemidos: ¿quién es ése que tiene la osadía de interrumpir el momento de reposo que él dedica a comer? El rinoceronte berrea hasta quedar sin resuello, y, rompiendo a través de la espesura entre estrepitosos crujidos, echa a correr a través de la selva, enloquecido de espanto como una gallina. El hipopótamo saca la cabeza del agua y protesta contra aquel ruido que rueda por el cielo, lanzando un terrible gruñido mientras se sacude el agua abanicándose las orejas. La corpulenta bestia odia evidentemente el ruido y no sabe quién es el que lo produce.

Los animales menores, que no tienen con quién entablar diálogo, corren

silenciosamente en busca de refugio. Los buitres descienden como piedras caídas del cielo, con las alas ceñidas al cuerpo y se agazapan bajo los matorrales. Los roedores se lanzan de cabeza a sus madrigueras. Todo el que puede desaparecer, desaparece sin dejar rastro. En un santiamén la tierra queda limpia de todo ser viviente.

La selva se presenta a los ojos del hombre con sus ramas extendidas brillando — como si se sintiera enferma — con una espectral luz verdegay contra el fondo lívido del cielo. Allá en la lejanía se está agitando como enloquecida: las ramas se debaten, la tempestad se acerca; se oye como el restallar de latigazos y rugidos

siniestros por donde pasa la tempestad.

Brilla un nuevo relámpago, seguido de una explosión, que ahora estalla en el centro mismo del cielo. El bosque es la imagen misma de la cólera. Se repiten los relámpagos ya muy cerca, llenando el mundo de un resplandor lívido, y de pronto le da a uno en pleno rostro el fogonazo y el estallido. Acaba de caer un rayo. Un árbol desaparece dentro de una llamarada cegadora; su tronco se raja produciendo una grave y honda trepidación. El fuego hace presa en él, envolviéndolo todo desde la copa hasta la raíz entre sus brazos de luz deslumbradora. ¡Está ardiendo la selva!

El fuego salta de un árbol a otro, trepa por los troncos, llameando

enfurecido, y devora, rugiente y cegador, las copas frondosas. Se eleva de la selva la humareda, subiendo en densas masas giratorias. Por todas partes, chasquidos y llamaradas. De pronto se desencadena el viento sobre el incendio. El gran espíritu invisible resopla, respirando ardientes huracanes. Largas lenguas, vividas y ondulantes, extienden el fuego por encima de la selva, cercándola, invadiéndola toda rápidamente, mientras los rayos cuartejan el cielo y los truenos retumban en la montaña. ¡La selva está condenada a morir, la selva va a morir! Sobre su pecho avanza el fuego, royéndola rápido, voraz, visible o invisible, pero aterrador, siempre aterrador.

Y la selva muere. Cuando ya el fuego y el huracán han hecho un largo recorrido devorando, rugientes, la selva y levantando un techo de nubes que galopan bajo la cúpula del cielo, quedan en pie los árboles abrasados: unos totalmente consumidos hasta la raíz, y otros, que el fuego dejó a medio devorar, presentan todavía sus copas socarradas, goteando fuego y troncos carbonizados, y así permanecen convertidos en brasas humeantes hasta que viene la lluvia a lavar toda aquella desolación, arrastrando las cenizas hasta los lagos fangosos formados bajo los desnudos y chamuscados restos de troncos de la selva. ¡Sobre qué sombrío campo de cadáveres vuelve a brillar el

sol cuando ha dejado de tronar, y centellea ya en el cielo el arco iris cabalgando sobre la montaña! El suelo está salpicado de animales muertos: los que no tuvieron fuerzas o mañas para ponerse a salvo yacen allí achicharrados, hinchado el vientre, en medio de la selva arrasada.

¿Y los hombres de la selva? ¿Cómo se las han arreglado para librarse de la catástrofe? No a todas las tribus les ha cabido la misma ventura. Unos, tratando de huir con el viento de espalda, fueron alcanzados por el incendio y sucumbieron; otros, que tomaron el rumbo contrario, pudieron dejar atrás el fuego, aunque no todos lo consiguieron;

otros, en fin, perdidos en medió de la confusión general, se atravesaron en el camino por donde salían las bestias enloquecidas y fueron aplastados hasta quedar totalmente desfigurados. Todos se preguntaban qué suerte había corrido su jefe.

La tribu que mejor se libró de la hecatombe fue la acaudillada por el Hombre. El cual era viejo y experimentado: ya en otras ocasiones se había encontrado con peligros parecidos y consiguió sobrevividos. Sabía lo que no debía hacerse, porque conocía el fuego y sus caminos. Nada de trepar a los árboles, nada de huir, corriendo de un árbol a otro, como se hiciera en otras ocasiones de peligro en las *que* todo se

reducía a desviarse del camino, como ocurría en casos de inundación o cuando se congregaban con intenciones voraces los lobos hambrientos. No. Era preciso bajarse de los árboles y huir del bosque caso de encontrarse en él; huir al campo raso, y, si ello no era posible, buscar un claro de bosque bastante extenso, donde al menos sólo ardía la hierba y donde acaso se podía escapar con las cejas chamuscadas y alguna ampolla en los pulpejos de los pies. Pero el mejor recurso era el agua: lanzarse al río — cuando podía llegarse hasta él— para que sirviera de barrera entre ellos y el fuego; o buscar un lago o un pantano, o bien un simple agujero donde meterse de cabeza y enterrarse hasta la nariz hasta

que hubiera pasado el incendio.

¡Horrenda medicina el agua! El agua es el terror de los hombres de la selva. Les causa horror el tocarla siquiera con las delicadas yemas de sus dedos y sus preciosos pies. Bebían el agua tocándola sólo con la punta de los labios, extendidos en forma, de embudo. Les resultaba odiosa, hasta la más leve salpicadura de agua en sus rostros. El sumergir en el agua todo su cuerpo constituía una tortura, algo indigno de un ser humano. ¡Y luego pensar en todos aquellos bichos que rebullían en el agua y que se agarraban a la piel: sanguijuelas, lentejas acuáticas, hierbajos chorreando...! Sólo pensarlo producía escalofríos. Cuando se oía un

grito desgarrador, un grito que llegaba hasta el cielo, es que un ser humano se había caído al agua. El miedo a mojarse era para ellos más terrible que el mismo temor de perecer ahogados. Tal repugnancia les inspiraba el agua.

Pero cuando el fuego hacía su aparición en la selva no había mejor amigo que ella, porque el agua era el único elemento capaz de detener el fuego. Las demás cosas lo alimentaban y acrecentaban su fuerza; pero el fuego, lo mismo que el hombre, no podía tolerar el agua. La lluvia era la mejor prueba; cuando llovía, el fuego enfermaba y se encogía sobre su presa; humeaba emitiendo un vaho mefítico, y no era capaz de desplegar sus abrasadoras

lenguas. Si la lluvia duraba mucho, se moría y se enfriaba. ¡También su poder tenía límites, también había otro ser superior a él! Cuando caía el agua en el fuego, éste silbaba, humeaba, se encolerizaba. No podía haber concordia entre el agua y el fuego. Por eso, cuando el rayo enseñaba sus dientes entre las nubes, lo primero que había que hacer era dejarse caer a plomo de los árboles, echar a correr alejándose de los matorrales a gatas, o sobre los dos pies, según resultara más rápido, y salir a los lugares rasos donde hubiera humedad.

El incendio de la selva sorprendió al Hombre y a su tribu en un lindero del bosque, lejos del río y de los lagos. Pero el viejo abandonó

precipitadamente la espesura y corrió hacia las praderas de altas hierbas. Ved cómo mira inquieto en torno suyo, vuelve la vista hacia la selva en llamas, mira adelante, mira a todas partes, olfatea buscando la dirección del viento y el rumbo que toman los caballos salvajes... De pronto da un salto en el aire: ¿si será aquello agua?; trata de buscar un claro lo bastante extenso, y encuentra uno que parece tener un hoyo en el centro... ¿No se ven ondular allí juncos? ¿Será una ciénaga? ¿Acaso un pantano? De pronto toma una decisión: se sumerge en la hierba, olfatea levantando la cabeza, corre, se detiene, vuelve a correr, en una mano el garrote y en la otra un gran pedernal afilado. Tras

él va el resto de la tribu en una larga fila india. Van los hombres mirando a todas partes, con ojos errantes e inquietos, caminando inseguros sobre sus piernas temblorosas y jadeando entre estertores; les cae el agua por los ojos, se mojan; están llenos de pánico, pero siguen al Hombre como autómatas. Detrás de ellos vienen también las madres, calladas y apresuradas como sombras, cada una con su criatura en brazos y seguidas de unos cuantos niños mayores. Todos los niños se desgañitan produciendo un griterío ensordecedor. Las madres van calladas, nadie sabe su miedo, nadie lo que está pasando por ellas; tienen en sus ojos la mirada del que ha perdido la razón. Pero siempre

han hecho así: seguir al grupo sin despegar los labios. Cierran la marcha los jóvenes: los zopencos grandullones, las esbeltas muchachitas con la pelambre erizada de terror. Ocurra lo que ocurra; éstas no huyen nunca *sin* antes desplegar su gracia y su encanto; pero ahora, sin decir palabra, se alejan siguiendo las pisadas de los demás, pues no quieren ser las últimas. Los zopencos fingen serenidad, aullando con roncros vozarrones y simulando no tener prisa; pero se atropellan unos a otros cuando ven que van a quedarse rezagados.

El grupo cruza la alta hierba dirigiéndose al centro del claro de bosque, donde, tal como el Hombre había adivinado, aparece un pantano

mostrando su agua desnuda y... se lanzan todos de cabeza a las lentejas acuáticas. Primero se tiran las mujeres, todas las madres, que se estremecen guiñando los ojos al recibir en la cara las primeras salpicaduras, pero se zambullen con sus hijos sin despegar los labios; después, las muchachas jóvenes, que empiezan a llorar, pero que son obligadas a meterse en el agua; una de las damitas se detiene, agachada, en el último instante, al borde del pantano, sin querer zambullirse — ¡puf, no, no, qué asco!—, y entonces el Hombre, sin perder el tiempo en consideraciones, apoya las rodillas sobre su espalda y le suelta un bofetón... ¡Hala, hermanita, a reunirse con las anguilas y las sanguijuelas! Luego se

zambullen los hombres, uno tras otro, y, al final, los zopencos, aunque sin dejar de aullar. Cuando todo está ya a salvo se zambulle su jefe, el Hombre, lanzándose de un salto con una mueca de rabia. Circunspecto hasta la muerte, jamás se moja la cabeza y las manos, a no ser que no le quede otro recurso.

Y así permanecen todos en el pantano, a escasa profundidad para poder mantener la cabeza fuera del agua, de la boca para arriba. Ahora que están relativamente seguros reanudan sus charlas comunicándose unos con otros con una serie de gruñidos modulados y movimientos expresivos de la frente. ¡Qué pequeños se sienten! Está próximo el fin del mundo. Pero su locuacidad es

inagotable hasta el último momento. Mirando por encima del llano desde el lugar en que se encuentran, ven el lindero del bosque. El espectáculo que se ofrece a sus ojos es aterrador. El incendio se extiende con una velocidad de espanto; las nubes se elevan, hinchándose en globos giratorios por encima de la selva, levantándose por propio impulso hacia la bóveda. Saltan chispas como flechas que llegan hasta las capas bajas de las nubes; se percibe un monstruoso zumbido, mezclado de crujidos y estallidos, que crecen, se dilatan por todas partes, se acercan cada vez más. Se oye ya el crepitar de las llamas sobre el bosque; un descomunal brazo, extendido y flameante, que viene

avanzando sobre el techo de la floresta, se levanta entre el humo, para caer de nuevo y desaparecer; sobre la selva se extienden salvajes llamaradas rojas y amarillas, curvándose en el aire como serpientes que retroceden para lanzarse sobre sus víctimas; se oye un silbido estremecedor, seguido del estruendoso retumbar del trueno; ya todo el bosque es una única llamarada restallante y arrolladora, cuya sola vista espanta. Ya el fuego alcanza el lindero del bosque y corre y se extiende a ambos lados con furiosa rapidez; no hay duda de que va a rodear todo el claro del bosque y pasar al otro lado continuando su carrera a través de la selva .. La gente que está sumergida en el pantano lanza un suspiro

de alivio, pues sabe que, aunque va a quedar rodeada por las llamas, para ella ya ha pasado el verdadero peligro, pues en el claro no hay un árbol donde puedan prender las llamas, y ellos están en el centro de un circo a cuyo borde el fuego se vio obligado a detenerse. Claro que no es precisamente una posición muy cómoda la de estar hundidos en agua hasta el cuello, abrasado el rostro por el calor de la cercana hoguera gigantesca, y toser casi asfixiados por el humo. Pero su vida está a salvo. Peor suerte les ha cabido a los animales. ¡Qué trance el suyo!

Todavía están pálidos los hombres de la impresión que les causó la visión de aquella feroz lucha por la vida;

todavía conservan en sus ojos el reflejo de la muerte después de lo que han visto. Esto tuvo lugar poco antes de que el fuego hubiera alcanzado el lindero. Delante del incendio y perseguidos por él, un inmenso rebaño de animales salió precipitadamente de la selva en busca del campo raso, corriendo con un tronar de cascos, mugidos, relinchos y aullidos, pues en aquel tropel figuraban toda clase de bestias: búfalos, caballos, elefantes, ciervos, jabalíes, osos, leones, jirafas y rinocerontes: amigos y enemigos, todos en una extraña mezcolanza. Ninguno atiende a otra cosa que a salvar la vida en la huida; lejos de dispersarse, avanzan apiñados, estrujándose unos a otros, ofreciendo la

visión de una densa masa ambulante en la que se oye el estallido de los huesos al romperse; los elefantes oscilan como en un agitado mar de bestias, chillando enloquecidos, levantadas hacia el cielo las trompas; en medio de aquel mar se destacan los largos cuellos de las jirafas, volviéndose hacia un lado y otro y luego hundiéndose y desapareciendo por haberseles roto las patas en medio de aquella apretura; galopando desde todas las direcciones, se apiñan millares de toros: todos quieren meterse en medio, y así se clavan los cuernos unos a otros y se empujan con la testuz gacha y resoplando furiosos... Debajo de aquel tropel los animales pequeños revientan aplastados por los grandes. Y, saltando

todos los obstáculos que encuentra al paso, el inmenso rebaño sigue adelante, como un viento huracanado, llevando consigo la muerte, el dolor y la destrucción; el gran tropel avanza sobre un puente de cuerpos muertos que se va formando a lo largo de aquella ciega huida; y en unos instantes cruza diagonalmente el claro de bosque y, prorrumpiendo en aullidos, rugidos, chillidos estridentes y estallidos de huesos triturados, se interna en la espesura del lado opuesto. Pero allí vuelve a tropezarse con el fuego, que lo persigue de nuevo a escasa distancia, y se oye el trueno del tropel de bestias perdiéndose en la selva, seguido del trueno del fuego que avanza alrededor

del claro de bosque pisándoles los talones Pero ya los hombres de la selva tienen ahora que pensar en sí mismos. Ha llegado la hora de la prueba. Sumergidos en el agua, se apartan de la orilla todo lo que pueden: el fuego se ha propagado del bosque al llano y ya está ardiendo la hierba. No les queda más remedio que afrontar este trance. Pero es muy corto. El fuego recorre el claro de bosque en un instante, pero tiene que detenerse al llegar al agua. Ahora los hombres ven cómo la hierba se ha convertido en asilo de diversos animales que habían ido a refugiarse allí. Se ve un hormiguelo de serpientes, condenadas a morir achicharradas por el fuego. ¡Al fin, el fuego hace algún bien

por donde pasa! Un puerco espín eriza sus lomos presentando sus púas al fuego como último gesto de defensa, pero resulta que estas púas son altamente inflamables y el pobre roedor parece calcinado. Toda esta escena se desarrolla al borde mismo del pantano. Los silvícolas alzan el cuello y perciben un fuerte olor a quemado; el roedor emite un aroma muy apetitoso al prender el fuego en él; las mismas serpientes, muertas allí cerca, con el vientre despanzurrado y derramando el veneno de sus entrañas, despiden un especial olor a tostado muy agradable; y aunque los hombres de la selva están casi en la boca de la muerte, el espectáculo que presencian excita su imaginación; al

cabo, un hombre es un hombre, y la verdad es que llevan ya bastante tiempo sin comer. Sus rostros están pensativos y de su boca sale un sordo murmullo...

Pero aún no han pasado todas las angustias. Un nuevo espanto se apodera de ellos; retroceden súbitamente todos juntos, produciendo un verdadero oleaje en el pantano; los niños se desgarran y hasta de la garganta del Hombre sale un grito de asombro y de alarma: ¡como por encanto acaba de surgir de entre la hierba un descomunal tigre rayado, plantándose en el mismo borde del pantano!

A estilo de buen tigre, había permanecido escondido en la hierba, aunque separado de los hombres por una

distancia de unos pies tan sólo; pero ahora el fuego le obliga a salir de allí, chamuscándole las corvas. De pronto se levanta, mira a lo lejos, hacia la orilla opuesta, se encoge, recogiendo las patas para dar el salto, pero no salta porque es imposible alcanzar la otra orilla. Levanta las zarpas una vez, dos veces, como para lanzarse al agua; pero las sacude como sintiendo el contacto del hielo, como si hubiera sentido las gotas de agua en la piel... No, no puede.

Y ahora, al sentirse bloqueado, rendido de pesadumbre y completamente solo, comienza a parpadear con sus enormes ojos dorados, abre la boca para emitir un maullido, pero no le sale la voz, y entonces la mirada de sus grandes

ojos dorados cae sobre los hombres que están sumergidos en el pantano... No los ve. Está demasiado abatido para ver nada.

Sí, allí está el tigre, en pie, aprisionado entre el fuego y el agua. Ya nunca más, al caer el sol, volverá a ir a lomos de un rumiante, hundiendo en sus carnes profundamente las garras y mordiéndole las arterias, chupándole las fuentes de la vida, tan sediento como antes de aquel suero vital; ya nunca más volverá a deslizarse cauteloso para entrar en la espantosa oscuridad de la jungla, tan sereno e intrépido en las tinieblas como si él fuera la tiniebla y el horror mismos. Ya nunca más se estirará al sol de la siesta, calentándose los

jaspeados flancos hasta que le estalle la vida por los pelos en forma de chispas cosquilleándole la piel y se ponga a roncar de delicia con el zumbido de un torno de hilar. Ya nunca más jugará con su presa viva en ese trágico jugar que termina con la desaparición del otro compañero de juego, mientras él se queda dormido después de la partida. Ya nunca más unirá su voz a los terribles dúos de amor a la luz de la luna. Ya nunca más se lavará con la zarpa ni se limpiará, feliz después del asesinato, el más pequeño vestigio de sangre de ciervo que le manche los bigotes. Ahora lo van a lavar a él de sus pecados en el ardiente fuego purificador. Se le está echando encima el incendio; ya le

prendió la llama en el rabo.

De pronto se vuelve de un salto para hacer frente al fuego, que avanza crepitando por las altas hierbas secas. La bestia aúlla presintiendo la hecatombe. Quiere batirse con el abrasador elemento, de un salto se planta delante del fuego, lucha con las uñas desnudas, arremete contra las llamas, pero se le chamuscan las zarpas y los bigotes; abanica el fuego con zarpazos; se le agarran a la cabeza chispas y briznas ardiendo, y, dando bufidos y maullidos, cae revolcándose en el fuego, entre una nube de chispas; se muerde el sitio socarrado por la llama y se lacera la cara con largos desgarrones, hasta que al fin empieza a

arder la hierba que él está aplastando. Estornudando y estertorando en pleno delirio, sin un pelo en su cuerpo, desorejado, ciego y desnudo como un pollo desplumado, haciendo molinetes con su cola, rapada y rezumando sangre, se lanza a galope a través del claro de bosque, internándose en la selva, por entre los árboles envueltos con un blanco resplandor.

A los hombres de la selva, sumergidos en el pantano, se les saltan los ojos de asombro. Una extraña impresión los sobrecoge y se le oye sollozar bajito. ¡Han visto morir a la muerte! ¡Conque el fuego es más feroz que el mismo tigre!

La destrucción de la selva toca a su

fin. Pero vendrán la tarde y la noche, y no se habrá enfriado todavía el ambiente lo suficiente para que ellos se aventuren a salir de su refugio, teniendo que esperar hasta el día siguiente la hora de la partida. Tienen la impresión de que vuelven a vivir de nuevo. Contemplan millas y más millas de bosque abrasado. Es preciso buscar un nuevo bosque. Es preciso andar y andar avanzando hacia el destino incierto.

Empuñando en la izquierda el pedernal, el Hombre inicia la marcha, hablando consigo mismo; y, siempre sabio y prudente, se pone a la cabeza de su grupo. Inmediatamente detrás de él avanzan los hombres, a continuación las madres y, finalmente, los jóvenes,

exactamente en el mismo orden que antes de entrar en el pantano.

Entretanto, la llegada de un nuevo ser ha venido a aumentar el número de los componentes de la tribu. Una mujer dio a luz prematuramente a causa del susto que se llevó mientras se hallaban en el pantano, en peligro de perecer. Fue un alumbramiento difícil. En medio del ruido atronador producido por el incendio y por los animales condenados a morir abrasados, se alzó un acento lastimero, el agudo quejido de la mujer en su trance e instantes después el tierno plañir de un recién nacido que anunciaba con un lamento su entrada en el mundo.

El pequeño vino a la vida medio ahogado. Su primer aliento fue para aspirar el humo de la tierra abrasada, y sus primeras sensaciones, las que grabaron en él los aullidos y el calor abrasador del fuego. Pero a pesar de no estar todavía maduro para venir a la vida, el pequeño duende tiene ya fuerza suficiente para buscar a ciegas el alimento acercando su boca al seno de la madre. La madre se siente feliz de haber dado vida a este ser, feo como la muerte, pero con más hambre que una sanguijuela. Con los brazos y el pecho hace ella un nido para él, ocultándolo a los ojos del Hombre; lo acalla apretando la boca del niño contra su boca, no sea que el jefe llegue a odiarlo

al oír a su lado un nuevo vagido, y en un arrebato de cólera se apodere de él. Medio desfallecida, pero siempre sacrificada, marcha ella, vacilante, detrás de los otros, la última de la caravana.

La caravana continúa su peregrinación. Delante de todos marcha el Hombre con su palo y su piedra, dispuesto a pinchar o a apalear, y la última de todas camina la mujer, llevando en sus brazos el fruto de sus entrañas.

Durante aquel terrible día se ha hecho, sin embargo, mucho bien en pro de aquella gente. Pasado el duro trance del incendio, se desahogaron

entregándose a toda una serie de fiestas y comilonas. En una extensión de muchas millas la tierra aparecía cubierta de carne comestible, desde palomas achicharradas caídas del cielo hasta elefantes ya preparados por el mismo fuego. La muerte de los animales no redundó en perjuicio de los hombres. Por otra parte, éstos no habían tenido baja ninguna; tal contrario, había crecido su número.

La multiplicación de los hombres se producía lo mismo en los tiempos buenos que en los malos, pues a veces las calamidades y apuros provocaban el alumbramiento de las mujeres. El número de los seres humanos crece constantemente y el Hombre se somete,

resignado, a esta realidad, aunque en el fondo detesta ver comer y saciarse a otro que no sea él mismo, por más que pertenezca a su tribu. Sin embargo, este crecimiento de la población tiene su ventaja, especialmente para pasar la noche y por otros motivos. Muchos gritan más que uno solo, y cuanto mayor sea el coro de gritos más derecho tiene él. Por eso el Hombre se complace en tan numerosa compañía.

Y así se trata con clemencia al recién nacido, que es varón. El Hombre lo pellizca hasta hacerlo llorar y lo golpea hasta hacerlo callar. Con este rito queda consagrado como padre del niño. A partir de entonces rara es la vez que le presta atención. El niño queda bajo la

autoridad de la madre, que se encarga de alimentarlo hasta convertirlo en hombre. Después de alimentar al niño, la madre quedaba exhausta. Pero poco a poco fue el infante adquiriendo lozanía, convirtiéndose en un niño hermosísimo. Ha heredado la alegría de la madre y la voz de su padre. Muy pronto hace notar fuertemente su presencia en toda la tribu.

La Naturaleza le sonrió desde el principio. Al nacer, el niño se encontró sumergido en el agua, saboreando las agonías del ahogado, y el agua le respetó la vida. Su primer aliento lo exhaló tosiendo, pero el humo no consiguió asfixiarlo. Rebaños de animales enfurecidos hicieron temblar la tierra muy cerca de él, y el primer

perfume que aspiró el niño fue olor a cuerno quemado, a sangre y a sudor; terrores y sobresaltos crearon la base de sus instintos; pero aquella enloquecida caterva de animales lo dejó sobrevivir, pues sus pisadas no llegaron a donde él estaba; las bestias habían estado a ambos lados del pantano y aunque muchos de ellos, empujados por los otros, cayeron en el lodazal y perecieron, ninguno llegó al lugar ocupado por los hombres de la selva. El niño tuvo al tigre tan cerca de sí, que sólo los separaba una distancia menor que la longitud del cuerpo de la fiera; pero ésta no lo tocó. Al venir a la vida, el mundo le tributó un recibimiento distinto del que suele dispensar a los

demás; todas las fuerzas de la destrucción se habían congregado allí, en un alarde de poderío aterrador. La vida se había desvanecido como si todos los seres hubieran sido arrancados de raíz, y en aquel preciso momento la vida entró en él.

Dijérase que el fuego omnipotente, la fuerza más poderosa del mundo, había brillado sobre su cuna y presidido su nacimiento, manteniendo, inmovilizados de espanto, a todos los demás *elementos*. Los hombres de la selva no podían pensar de otro modo. El muchacho parecía predestinado ya desde el principio... Para conmemorar el gigantesco incendio de la selva y la clemencia del cielo, que había hecho

retumbar sus truenos y esparcido el fuego sobre la tierra, respetando a los hombres, éstos adoptaron como padrino a Gunung Api, al cual consagraron al niño bautizándolo con el nombre de Fyr¹.

El niño llegó a ser con el tiempo el gran “hombre del fuego” y padre de fecundas razas.

LA INFANCIA DE FYR

SUS primeros pasos en el mundo los dio Fyr a gatas, arrastrándose por el suelo; pronto consiguió correr con bastante rapidez, apoyándose sobre manos y pies. Más de una vez su madre se llevó un susto al ver la increíble rapidez con que el niño, desnudo, se le escabulle apenas ella da la vuelta.

Ya desde el principio, Fyr manifiesta cierta inclinación a hacer exploraciones entre la hierba y entra en contacto con los cuadrúpedos, que lo admiten, complacidos, en su grupo como amigo y compañero de juego. Se ha tropezado con una manada de cachorros

de chacal que se han separado ya de su nido y lo reciben con alegres ladridos. No tarda en entablarse una verdadera batalla campal, en la que niño y cachorros ruedan por el suelo formando un ovillo: ora aparecen encima los cachorros, apoyando, triunfantes, sus patas delanteras sobre el vencido; ora es Fyr el que está encima de ellos, abarcando entre sus brazos todos los cachorros que la longitud de ellos le permite. Un poco alejada, en medio de las altas hierbas, la vieja madre de los chacalejos apunta hacia la escena con su hocico y sus ojos, contemplando muy seria el espectáculo, mientras que, en dirección opuesta, aparece en pie la madre de Fyr, que vigila la lucha,

igualmente emocionada y arrobada ante su hijo. De este modo establecen contacto unos con otros y comienzan las relaciones.

Se estremece el aire con el vuelo de las perdices que se levantan cuando Fyr va caminando entre la hierba, la cual es tan alta que el niño no puede ver por encima de ella. El muchacho se asusta. Se lanza en persecución de los perdigones que aún no saben volar, y echan a correr, piando, por entre los altos tallos herbáceos. No quieren jugar con él, aunque él quisiera jugar con ellos. Los cervatillos y los pequeños potros tampoco se quedan quietos cuando el niño se acerca. Fyr extiende hacia ellos las manos; los animales

menean la cabeza, como invitándolo, y dilatan las ventanas de la nariz; no se muestran esquivos. Pero al ver que Fyr se les acerca demasiado sueltan un bufido y echan a correr al trote. Hay otros animales grandes y can cuernos que andan errantes entre la hierba y a cuyo pato retrocede Fyr...

¡Qué mundo más vasto aquél! Y ¡con qué extraños seres se tropieza Fyr en aquel mundo! Entre la alta hierba se desliza un bulto largo y gris: una cosa que tiene en los ojos una luz velada y cambiante y que posee una larga mandíbula voraz; pero apenas el niño la ve, cuando oye resonar detrás un grito de susto y a su madre, que viene cojeando entre la hierba y se planta

delante de él con unos gestos furiosos, emitiendo una serie de roncos berridos, hasta que aquella figura gris desconocida ha desaparecido; luego el muchacho siente que le tiran del brazo, se lo llevan de allí, le propinan una paliza y luego lo inundan de lágrimas. Ya para lo sucesivo sabe Fyr que no puede entablar relaciones con aquel bicho que acaba de conocer. Y ¡cuántas cosas tiene que aprender antes de conocer todo lo que puede ocurrir en la pradera! A estas alturas Fyr ya levanta las manos del suelo y empieza a andar derecho.

Y un buen día llega la hora en que su madre pierde la esperanza de poder seguirle. Ve cómo su cabeza inquieta se

asoma y desaparece entre la hierba: el muchacho se lanza a correr a grandes saltos, como un corzo, como el viento que pasa galopando sobre la hierba. Fyr galopa como el viento desbocado hasta perderse de vista en la lejanía.

Un buen día Fyr desaparece de la tribu en compañía de un grupo de niños de su misma talla, los cuales ya empiezan a valerse por sí mismos. Ya no necesitan andar pegados a los mayores y escuchar sus interminables explicaciones sobre cosas que todavía no existen para ellos, como luchas entre tribus, pudor femenino, cosas que para ellos siempre terminan en una azotaina.

Y es que a estos niños les resultan lentas y aburridas las horas que pasan en

la tribu. Los hombres, en su marcha durante el día, constantemente encuentran ocasión de detenerse para empezar a reñir de voz en grito: de pronto se paran, silenciosos, dándose frente unos a otros, apretados los puños y alargando el cuello; de nuevo se separan con risas de desprecio. Se acercan otra vez, se insultan, cogen piedras, pero no las sueltan. Viene el Hombre y ahoga con su voz los gritos de los contendientes; éstos continúan inmóviles, lanzándose improperios; se alzan de puntillas, como gallos, mirándose, retadores, a la cara. Todo el cortejo se detiene; las mujeres se sientan en el camino esperando a que el Hombre alce su voz para enmudecer a toda la

caravana. Los esfuerzos realizados para restablecer la paz entre ellos retrasa la marcha de la caravana. Y ¿por qué —se preguntan los muchachos— seguir juntos cuando se insultan mutuamente, cuando ya están todos hartos unos de otros, siendo el mundo tan ancho para todos?

Sí, eso es lo que no son capaces de entender los chiquillos. Se adelantan al grupo corriendo, distanciándose de él cada vez más, hasta que, al fin, desaparecen de su vista y comienzan a explorar ellos solos el camino. Pero también ellos van sometidos a la disciplina, formando un grupo al mando de otro chico. No podría ser de otro modo, aunque lo que une a aquella banda de muchachos no es todavía la

pasión, ni una severa coacción, ni un abuso del poder, ni una dependencia impuesta por las exigencias de la vida. A ellos les resulta esta disciplina como la cosa más natural del mundo. Sienten que es lógico que haya uno más capacitado que todos los demás y que ése marche a la cabeza de los otros.

El que iba a la cabeza de los muchachos era, naturalmente, Fyr. Parecía que andaba por el aire. El viento oreó su maravillosa infancia. Iba siempre con los labios separados y los ojos enormemente abiertos, ansioso de ver y descubrir nuevos horizontes, mientras el viento empujaba hacia atrás sus cabellos. Alto, ágil, corredor, iba siempre con una canción despreocupada

en los labios. Le chiflaban los pájaros y las flores y amaba las cosas más diminutas: un vilano flotando en el aire, una pluma; una piña minúscula, aunque no fuera comestible, no dejaba de tener su valor y se la regalaba a un compañero: su corazón se va haciendo tan grande y generoso, que el niño siente necesidad de deshacerse de su tesoro para dárselo a los demás. ¡Qué alma más generosa la suya!

A la cabeza de una cuadrilla infantil que lo adoraba, avanzaba Fyr explorando, en primer lugar, el terreno descubierto: pastos, malezas, peñascos... Luego se arriesgó a internarse en la selva, donde permanecía largo tiempo solo, pues le gustaba vivir

entre los árboles; abandonaba durante largos ratos el suelo y no volvía a bajar a él hasta después de haber aprendido muchas cosas nuevas.

En medio de los árboles, hay, entre el cielo y la tierra, un extraño país, un mundo singular constituido por un puente aéreo de enredaderas, plantas trepadoras y copas de árboles entrelazadas, que se extiende, en millas de extensión, como una estera continua a través de la selva. La vegetación que lo forma es tan densa que parece una alfombra verde bajo las copas, un bosque dentro de otro, un dilatado piso cuyas columnas de sustentación son los altos troncos y cuyo ondulante techo está formado por follaje. Allá arriba se

forma un lecho de mantillo al ir cayendo las hojas secas y prenderse en ellas el polvo que llega volando hasta allí; se acumulan musgos y leña podrida; gusanos y hormigas van trabajando este estrato, manto de césped en el aire, mojado por las lluvias torrenciales y abonado por los pájaros, que al mismo tiempo dejan semillas. Allí brota el verdor formando un campo elevado de plantas silvestres, dilatados jardines colgantes, envueltos en un zumbido de abejas y con mil nidos de pájaros, sombreados en toda su extensión por verdes toldos, llenos del perfume de las flores y del vaho que exhala el calor de los nidos.

Allá arriba se columpia Fyr,

divirtiéndose en compañía de sus camaradas. En estos peligrosos columpios van y vienen a la carrera, atraviesan el techo con las piernas, y vuelven a asomarse de nuevo por encima de él después de haber hundido los pies en el vacío. Se columpian, sobre un puente de lianas, por encima del abismo, y comen frutas, tirándose las cáscaras a la cabeza; corren sin cesar buscando, anhelantes, la ocasión de realizar toda clase de impresionantes audacias. El que más alto llega es Fyr, que trepa a las últimas ramas de un árbol altísimo, se deja ver sacando la cabeza por entre el follaje y vuelve, audazmente, la mirada a todas partes. Ni el mar ni el cielo le hacen temblar.

Nadie se atreve a seguirle en una aventura tan temeraria. ¡Oh, y qué bello es el panorama que se divisa por encima de las copas de los árboles! Diríase que se podría dar un paseo sobre el techo del bosque. El aire está poblado de golondrinas que van y vienen, cerniéndose por encima de la selva; cigüeñas y águilas giran unas en torno de otras en grandes círculos vertiginosos, allá, por encima de todas las cosas, ya cerca de las nubes y del espacio azul celeste donde tiene su morada el sol. En un instante queda para siempre grabada en el alma de Fyr la magnificencia del cielo, el ágil vuelo de las golondrinas, el majestuoso poderío de las aves gigantes, la altura de las nubes y la

maravilla del sol. Fyr ha volado, Fyr se sintió ligero como el aire.

Desde el pináculo del bosque baja Fyr al mundo de las sombras. Con desprecio de la muerte, desciende por las finas lianas y se pierde allá abajo, en la oscuridad de la selva. Poco después se encarama, veloz, a otro árbol, chillando a voz en grito y con el cabello erizado; detrás de sus talones avanza, rápida, una serpiente. Toda la cuadrilla prorrumpe en agudos gritos; todos se quedan paralizados de terror, hasta que se descubre que aquello es un trozo de rama desgajada que Fyr va arrastrando detrás de sí al trepar por el árbol. Ahora sus compañeros han podido comprobar qué clase de prójimo es Fyr.

Con una admirable sangre fría baja Fyr conduciendo toda la cuadrilla hacia el fondo del bosque, que ya no tiene secretos para él. Bajo aquel toldo que crece y se mece allá arriba, entre los árboles, se divisan desde la altura los troncos, que se pierden en la oscuridad del fondo de la selva, tinieblas eternas día y noche, donde hay un bullir silencioso de murciélagos y grandes polillas perezosas. Suben desde allá lejanos y lentos ecos: la humedad gotea en las profundidades de la selva, de donde sube un hálito pegajoso, un pesado tufo de leña muerta, mezclado con el olor a resina de los tiernos brotes.

Allá, en el fondo de todo, bajo el

humo, algo fermenta y se incuba en el inmóvil espejo del agua; suben cálidas emanaciones húmedas de un pantano; corre la humedad por los trancos de los árboles, entre cuyas raíces hay negros charcos formando un espeso líquido que burbujea a causa de la fermentación y donde se calientan el lomo los sapos. En un hoyo del pantano hay un signo de vida: los cangrejos de río hacen vibrar sus órganos bucales; gruesas babosas se arrastran entre los helechos y pegan una hoja a otra, de modo que la pálida hojarasca comienza a columpiarse y la babosa da la vuelta, mostrando su panza abigarrada. Los ciempiés, se enroscan alrededor del tallo de raíces blancas que nunca han visto la luz.

Todo es quietud en estas profundidades. Sólo hay denso y lúgubre silencio, en el que se oye el estallido de las burbujas y el tenue chasquido de las babosas al abrir el orificio por el que respiran. Zumba una mosca y se para en algún punto en medio de la oscuridad, para cazar una gota luminosa, fina como un flotante hilo de telaraña; sobre una almohadilla de musgo, adonde llega una luz tenue y espectral, duerme, estirado, un lagarto verde sumido en su letargo, con sus ojos fijos y abiertos.

Por estas profundidades pasean un rato Fyr y sus amigos, saboreando las babosas y haciendo estallar a su paso los hongos. Apenas hablan, porque allí, en la oscuridad, les contesta un eco

temeroso. Beben los charcos limpios, quedándoseles pegados en la comisura de los labios pequeños renacuajos. Un estremecimiento se apodera de ellos y miran a lo alto, ansiando ver la luz del día.

¡Si, allí está la luz, allá arriba, muy arriba! Allá a medio camino, en el espacio vacío que queda entre los troncos, caen, al sesgo, haces de luz, la luz del día que penetra en la espesura, proyectando ojos luminosos sobre la corteza de un árbol, una leyenda como una aureola en torno del sol. Y allá más arriba se pierden los rectos troncos en sutiles ramificaciones, y terminan, a una altura aturdidora, en un denso y cerrado techo de follaje, transido de una aurora

verde y salpicado de chispas azules, confundiéndose con el cielo y el follaje trémulo en un mar de luz y colores. En algunos puntos aquel techo es tan cegadoramente brillante, que casi es imposible mirar hacia arriba, pues las hojas y el cielo se funden en un anillo de fuego policromo: ¡es que a la altura de aquella zona brillante navega el sol! En la alta lejanía, entre las verdes mansiones, crece el canto de los pájaros; es el canto del mismo bosque, que murmura y murmura sin cesar, impulsado por un poderoso soplo solitario que se va transformando en melodía.

Como han permanecido bastante tiempo en el reino de las sombras, se

encaraman de nuevo a los jardines colgantes, para saltar y brincar jubilosos sobre el alegre y soleado toldo verde, en compañía de los pájaros, de las flores y de las abejas. Se huele un perfume de miel; a través de los claros del follaje se proyectan los rayos solares en un haz polvoriento; chirria el canto de las cigarras: se oye el chillar de los papagayos de vivos colores y el zureo de las palomas torcaces: inmensa felicidad la que hace cantar a las palomas con su voz grave en los nidos escondidos. De árbol en árbol vuelan escuadrillas de urracas; se escucha la voz del cuco, ese ser alado que, dedicado a un misterioso juego de escondite dentro del bosque, llama allí

donde los muchachos están, suelta una carcajada, vuelve a llamar y luego se contesta a sí mismo desde otro lado del bosque. La selva es un mundo de travesuras y sortilegios. La selva escucha, se llena de sonoridades, se queda silenciosa. A la hora del mediodía está como tendida sobre la superficie inmensa con el Presente dormido entre sus brazos.

De lejos viene retumbando el trueno sordo de Gunung Api, un gruñido que parece dilatar el paisaje y que atraviesa los valles produciendo un eco lúgubre, que va repercutiendo de un muro de árboles a otro. Allá, en lo más recóndito de la espesura, le contesta el clamor del elefante, que en esos

momentos está derribando un árbol con su espalda poderosa, para alcanzar las hojas.

En los profundos y resonantes huecos que quedan entre los árboles se escucha el picoteo del pájaro carpintero en una rama seca; va marcando el tiempo con el pico con tal rapidez, que es imposible seguir sus golpes: cada picotazo es un instante que ya no existe. Y, sin embargo, mientras el carpintero está proclamando la fugacidad de las cosas, los árboles y los seres alados que los pueblan, los animales y los hombres, asombrados, seguirán viviendo.

Fyr vivió su infancia en la selva. Aquella realidad maravillosa se le hincó profundamente en el alma. Esta

impresión se le metió en la sangre y más tarde se convertirá en un sueño maravilloso, infundido en el alma de sus descendientes cuando la selva haya desaparecido.

Poco a poco Fyr se fue haciendo tan corpulento que ya los árboles no podían sostenerlo. Al principio su exiguo peso aún le permitía subirse a las más delgadas ramas de las copas más altas; después se vio en la precisión de descender un poco y contentarse con andar por las ramas más gruesas, y, finalmente, ya no fue capaz de saltar de un árbol a otro, teniendo que echar pie a tierra para desplazarse por el interior de la selva.

Cuando Fyr se hizo adulto, buscó

de nuevo a su tribu, a la que encontró en un campo raso, en las estribaciones de Gunung Api, caminando con su jefe en medio, como siempre.

Su llegada no tuvo una acogida muy cordial. La tribu, alzando los ojos, lo vio venir en compañía de una caterva de jóvenes que lo seguían como si no hubieran salido jamás del seno de su clan. Un aumento del número de los zopencos les era sencillamente indiferente. Ellos ya conocían el puesto que habían de ocupar: por las noches estarían colocados en la periferia del cuadro.

No fue pequeña la agitación que se produjo entre las mujeres cuando vieron de nuevo a Fyr en el grupo familiar. El

arrapiezo delgaducho se había convertido en un alegre jovencito, asombrosamente hermoso, alto y perfecto como un árbol joven, con ojos como estrellas y una simpática soltura de lengua. Se había traído de los bosques un papagayo, al que había convertido en amigo suyo: el pájaro se le posaba en la mano y sabía hablar como una persona. Se veía que el muchacho había conseguido llegar a una misteriosa inteligencia con los animales mientras había estado fuera del clan. Se le veía, allá por los llanos, en compañía de caballos bravos y nómadas, y siempre estaba al lado de la cría de algún animal, a la que él había apresado y que llevaba consigo de un lado a otro,

divirtiéndose en grande con ella.

No obstante, Fyr no permanecía mucho tiempo en el seno de la tribu. Casi siempre desaparecía para hacer escapadas bastante largas, gustando de adentrarse más y más en la selva o remontar el curso del río en dirección a Gunung Api. Se rumoreaba, incluso, que en sus andanzas había llegado hasta el mar, del cual se sabían bastantes cosas, pero donde no tenía nada que ir a buscar. Estas escapadas eran periódicas. El muchacho se ausentaba en ciertas épocas para regresar en otra época distinta, de acuerdo con las condiciones atmosféricas, fenómeno que se producía en ciclos bastante regulares, de los que uno podía darse cuenta.

La vida en la tribu no tenía muchos atractivos para Fyr, pues era una existencia monótona. El Hombre mismo era monótono y rutinario, y al correr del tiempo comenzó a hacerse extrañamente perezoso e indolente. Al viejo le gustaba estar sentado. Durante el día se sentaba en el suelo en alguna loma, en un punto elevado desde el que pudiera ver al resto de la tribu, que se ceñía alrededor de él como un anillo. Estaba taciturno, sumido en un silencio sobrenatural, y sólo se le movían los ojos, cuya mirada volaba de una persona a otra, o que se perdían en una insondable y larga mirada fija en el cielo. Hacía rechinar los dientes dentro de su boca cerrada; movía imperceptiblemente los labios;

saboreaba, mudo, las delicias de su soberanía absoluta y de su ciencia. Fruncía la nariz sumido en íntimos pensamientos que iban y venían como la luz y la sombra de las nubes errantes. Le llevaban comida y se ponía a comer sin abandonar su aire de dignidad. Echaba ligeramente hacia atrás la cabeza cuando se acercaba a él algún culpable, y todavía manejaba el garrote con gran energía; pero ya no era capaz de descargar golpes directamente, porque para ello necesitaba describir un círculo en el aire, y por eso se limitaba a clavar en las carnes de la víctima la afilada punta del garrote, dejando profundas heridas sangrando. A todo niño que llorase había que llevárselo para que lo

pellizcara; pero las madres, en vez del niño, le presentaban sus propios brazos o piernas; él apenas veía, y las mujeres se sentían felices al sentir estrujar sus carnes cuando así podían salvar de aquel castigo a sus pequeñuelos.

Su autoridad sobre las mujeres se acrecentaba de día en día. Para ello no necesitaba emplear palabras; le bastaba emplear la mímica de los gestos más mínimos; bastaba que él moviera un solo cabello para que ellas maullasen, postradas en el polvo. Ya fuera porque lo considerase ofensivo para su dignidad, o bien porque él se había vuelto comodón, el caso es que ya no castigaba con actos de violencia a sus mujeres, posesión sagrada reservada a

él sólo; pero las seguía conservando tiránicamente en aquel abuso del derecho de propiedad; seguía abarcándolas a todas con una mirada en la que brillaba una luz dura, y subrayaba esta actitud abusiva con un gesto, ante el cual las mujeres se postraban en tierra como gallinas que se apretujan a la vista del gavilán. El plan de cualquier ataque, que se había incubado en el pensamiento del viejo, ahora lo ejecutaban casi siempre los jóvenes a espaldas suyas. Ahora le había llegado su hora a la juventud.

Por fin, el Hombre llegó a estar continuamente postrado y tenía que mandar a la gente que se acercara a él. Adelantaba la mano a ciegas,

palpándolos hasta dar con un sitio carnosos, en el que se limitaba a hundir las yemas de los dedos. ¡Ay!, en tiempos pasados tenía tal fuerza en el pulgar, que era capaz de retorcerle la piel a un hombre arrancándole un trozo de carne; ahora apenas dejaba su zarpa una huella amoratada.

En esta postura postrada le encontraron una mañana, casi con el mismo aspecto de siempre, pero inmóvil y sin respiración. Allí estaba con sus cabellos blancos, largo y descarnado, vueltos hacia el cielo sus ojos abiertos y vidriosos. Estaba frío. Aproximaron su mano a un niño, pero aquella mano no pellizcó ya. Era él y, sin embargo, ya no era él... De pie a su alrededor se fue

agrupando, en silencio, toda la tribu, atónita y atemorizada. Y muchos comprendieron por vez primera que aquel temido caudillo, cuya talla parecía llegar al cielo, aquel hombre de grandeza sobrenatural, omnipotente e inaccesible, no era al cabo más que un pobre jamelgo viejo y descarnado. Lo que a ellos les infundiera miedo, no era él, sino el mismo miedo.

Cuando comprendieron que ya no volvería a moverse más, uno de los hombres alargó la mano, tomó el bastón, lo blandió sobre su cabeza, dando un formidable bramido, e instintivamente los demás cayeron de rodillas. Ahora el Hombre era él.

Años después, al pasar por el lugar

donde el viejo había quedado tendido, la tribu vio que todavía estaba allí. Con temeroso respeto dieron un rodeo para no tropezar con él, pero tuvieron valor para echarle una mirada de reojo. Allí estaba en la misma posición, convertido en un esqueleto blanco entre la hierba: una espantable cabeza vuelta hacia el cielo; en vez de la boca, una abertura con dientes, y en lugar de ojos, dos grandes cuencas vacías.

LA VIDA SOBRE EL VOLCAN

CUANDO FYR LLEgÓ a mayor y echó barba, abandonó su tribu y se fue él solo a fijar su residencia en la montaña. Allí hubo de pasar por un período de aprendizaje, y las artes que él aprendió de aquella época fueron de tal trascendencia, que partieron en dos el destino de los hombres de la selva: los que seguían las leyes de la naturaleza siguieron aferrados a ella y tuvieron que emprender una peregrinación para encontrar aquellas condiciones de vida que eran necesarias para su

supervivencia; los que le siguieron a él se elevaron por encima de los imperativos de la existencia y se convirtieron en hombres totalmente diferentes. Los viejos emprendieron su viaje en busca de calor, y Fyr condujo a sus secuaces hasta el fuego.

Allá abajo, en el valle, persistía todavía el verano eterno; pero a Fyr le tocó el destino de adelantarse a todos los que más tarde habían de intentar escalar la montaña. Allá, en la montaña, en medio de un aire más ligero y enrarecido, comenzó a conocer las noches frías, pero al mismo tiempo se fue habituando a soportarlas, ayudado de la proximidad del fuego. Allí adquirió vastos conocimientos acerca del fuego, y

puso en la mano de sus sucesores un poderoso elemento que los iba a liberar de su estado primitivo para ponerlos en el camino de la humanidad progresiva.

Muy pronto se sintió Fyr arrastrado hacia Gunung Api. De niño había sido consagrado al fuego, del que había tomado el nombre. Gunung Api era un pariente próximo suyo, y cuando le pareció estar en condiciones, se puso en camino para presentarse ante él.

Nadie había estado jamás en lo alto de aquel volcán. Idea descabellada y peligrosa. Nadie había visto el otro lado de la montaña, el lado opuesto al que daba frente a los valles por donde andaban los hombres de la selva; nadie había visto la comarca situada en la

parte de atrás que ocultaba el volcán; nadie sabía si allí había tierra o sólo inmensos abismos de fuego; nadie presentía lo que se ocultaba detrás de las espaldas de Gunung Api. Lo único que sabían de cierto es que por allí salía el sol, naciendo todos los días detrás de la base del volcán, y que por aquel lado surgía también la luna, por lo cual les parecía lógico pensar que allí detrás había inmensas fuentes de fuego. A la sazón, Fyr se sintió atraído por los cuerpos celestes, pues como venían de Gunung Api quería estar emparentado con ellos también. El deseo de estar más cerca de los astros y estudiar sus rumbos era un motivo más para que Fyr se sintiera atraído por las alturas. Al

emprender el camino de la montaña, que tuvo que recorrer en muchas etapas, un día y otro día, estudiando minuciosamente cada trecho que recorría, dispuesto en todo momento a emprender la retirada en caso de que el volcán sacara a relucir su cólera, lo primero que hizo Fyr fue abandonar la selva: las palmeras y plantas tropicales a las que él estaba tan habituado, por haber vivido en los valles, desaparecieron para dejar paso a una vegetación de sombra más fresca. Desde lo alto de las primeras estribaciones del volcán, dirigió una mirada a los valles, humeantes y llenos de una bruma cálida y cubiertos de vegetación. De ellos ascendía un vapor denso y

sobresaturado. Bajo aquel manto de exuberante fecundidad se movían los hombres de la selva. Pero por encima de Fyr el aire era diáfano y sobre él bajaba un fresco hálito. Cuantas cosas encontraba en su ascensión constituían un mundo nuevo para él.

Respecto al colosal tamaño del volcán, Fyr hizo sorprendentes descubrimientos. Desde lejos parecía una cumbre fácil de escalar; daba la impresión de estar cerca, muy cerca de uno; pero para llegar sólo al pie de la montaña hubo necesidad de hacer una marcha de largos días, y los primeros declives se abrían en grandes y dilatados panoramas. Aquellas rayas trazadas en las laderas del volcán, que

desde lejos parecían simples rasguños, se comprobaba ahora que eran tremendas grietas cuyos vertiginoso talud se perdía en un abismo sin fondo, por donde corría un rápido torrente y que estaban taponadas con bloques de lava y vegetación silvestre. Más arriba comenzaba un escarpado campo de cenizas, cuyo límite final, que terminaba en un talud casi vertical, no podía distinguirse a simple vista. Pero ya a aquellas alturas notó Fyr bajo sus pies tales sacudidas, y percibió un olor tan revelador de la presencia del fuego, que no se atrevió a seguir caminando hacia la cumbre. Por debajo de este nivel, en una zona donde todavía crecían plantas — extrañas malezas secas y árboles

enanos—, Fyr, abriéndose paso con gran dificultad, fue dando la vuelta a la montaña hasta que al fin comenzó a distinguir la perspectiva que ofrecía el lado opuesto del volcán.

¡Qué decepción! Vio que la parte posterior de la montaña presentaba, hasta cierto punto, la misma topografía que la parte anterior, que ya conocía. Por aquel lado, la montaña, bajando también a través de distintas zonas de vegetación, y tras variadas oleadas de grandes paisajes quebrados, iba a perderse en una inmensa llanura envuelta en una bruma que cubría interminables bosques pantanosos, una tierra que se dilataba hasta donde alcanzaba la vista, lo mismo que aquella

de donde había salido Fyr. En una cierta dirección, la tierra terminaba en una bahía circular, más allá de la cual se divisaba un infinito horizonte de agua que se perdía en la más remota lejanía. Era el mar. Y Fyr vio que era de allí, del otro extremo del mundo, de donde venía el sol: por aquella puerta se asomaba rojo y radiante cada mañana.

¡Así, pues, no era Gunung Api el nido del sol! Y Fyr comprende que apenas hay esperanza alguna de poder llegar al lugar donde nace el sol. Uno de sus problemas se hundía en una nueva incógnita. Pero, desde aquel día, mientras permaneció en la montaña, sus ojos siguieron continuamente los movimientos del sol y, al correr de los

años, llegó a conocer las costumbres del astro rey.

¡Los años! Fyr fue el primer ser humano que se fijó en el tiempo, el primero que hizo cálculos con la marcha de los cuerpos celestes, y estudió su reaparición y las modificaciones que se repiten uniformemente y que están relacionadas con aquélla. Desde el elevado observatorio donde él contemplaba con toda libertad la mayor parte del horizonte circundante, sirviéndole Gunung Api de referencia para las demás cosas, poco a poco fue conocido los rumbos de los astros y el tiempo que tardan en hacer su recorrido hasta el momento de recomenzar su ciclo.

Lo que más llamaba su atención era la marcha de la luna, la cual unas veces aparecía redonda y luego más o menos menguada, como si la hubiesen mordido arrancándole un bocado, y otras veces desaparecía para comenzar a reaparecer más tarde; era un fragmento de ella que iba aumentando de tamaño al anochecer, como si se fuera curando ella sola, reponiendo la parte arrancada. Esto se repetía durante tantas noches que él ya no recordaba con exactitud su número, pero daba justamente la impresión de que los intervalos eran exactamente iguales. Éste era el ciclo de la luna. Todas las demás cosas que le ocurrían a la luna y la razón de por qué se ponía enferma y volvía a restablecerse,

superaban todavía la capacidad de compresión de Fyr. Diríase que allá, en el cielo, se producían choques uniformes análogos a los que se producen en la tierra, entre animales enemigos. Acaso eran perros que roían la luna; acaso las nubes eran monstruos que se la tragaban; pero, eso sí, siempre volvía a recobrar su tamaño normal. En su calidad de espectador, Fyr se contentaba con contar el tiempo transcurrido entre dos ciclos; aquél era, ni más ni menos, el tiempo lunar, en el que el número de noches transcurridas resultaba, aproximadamente, igual al número de dedos de sus manos y pies, más los dedos de las manos otra vez, suma larga y crecida, difícil de retener en la

memoria.

Pero más difícil era conocer el ciclo del sol. Mucho tiempo hubo de transcurrir antes de que Fyr cayera en la cuenta de que el sol, en su carrera, tenía períodos fijos que se repetían, y antes de que hubiera notado que, a medida que iban pasando los días, el sol nacía y se ponía en sitios diferentes, aunque de un día a otro el desplazamiento era casi imperceptible, habían pasado años antes que él pudiera formular cómo y en cuánto tiempo se había realizado el fenómeno. Años enteros necesitó Fyr para formarse una idea de la ruta del sol y del tiempo empleado en recorrerla. ¡Cuánto tiempo y cuántos esfuerzos mentales para recordar un lapso tan

largo! Pero en esto le sirvieron a Fyr de gran ayuda sus conocimientos relativos a los ciclos de la luna, cuyas fases dividían el tiempo en partes menores y más fáciles de abarcar. Los cambios solares consistían en que el astro nacía en un punto del horizonte que día a día se iba desplazando a un nuevo punto, de modo que a Cualquiera, haría pensar que poco a poco llegaría a recorrer toda la línea del horizonte. Y no era así. Al llegar a un punto determinado, que Fyr había localizado desde su invariable observatorio, daba marcha atrás para surgir en cada amanecer más lejos de aquel punto en una marcha de retroceso para luego volver a desplazarse hacia delante. ¿Por qué? Sí, ¿por qué ir cada

día subiendo por el cielo para hundirse en las profundidades del lado opuesto? Porque tiene que seguir forzosamente un curso propio, y si cada día desplaza su punto de salida hasta cierto límite para retroceder luego, esto se debe, sin duda, a la manera de ser que tienen los cuerpos celestes. En sus apariciones es caprichoso, pero en su larga carrera presenta la más rigurosa regularidad. Lo cierto es que cuando Fyr había hecho sus cálculos, no había duda alguna de que durante el lapso que el sol empleaba en desplazarse sobre el horizonte hasta volver a su punto de partida, la luna, aparecía redonda tantas veces como dedos tenía en las manos más los dedos de los pies. Y éste era el ciclo del sol. Y

con esta escala cronológica, fluctuante sin fin, pero de validez para todo tiempo, aprendió Fyr a medir su propia vida.

Desde la primera vez que observó que el sol daba la vuelta y que volvería a darla con el mismo intervalo, fue contando su propio tiempo, y de estos cálculos resultó que estuvo viviendo en la montaña tantos años como los dedos de una mano más el pulgar de la otra.

Se puso a cavilar profundamente en la naturaleza del sol. Se prometió a sí mismo no mirar al sol directamente; se sentía empequeñecido ante su poder; cuando se arriesgaba a mirarlo, le hería los ojos, dejándole medio ciego. En esto se parecía al fuego de Gunung Api; casi

cabía afirmar que se encontraba frente a una hoguera que iba flotando sola por el cielo. Pero no se acercó a la solución de aquel aspecto del enigma del sol hasta que llegó a ser un experto conocedor del fuego.

Fyr se percató de que con la marcha del sol y del año las hierbas y los árboles iban cambiando de aspecto con intervalos que se repetían, y esto ocurría anualmente. En los valles, donde los árboles eran siempre idénticos, no se hubiera notado este fenómeno; pero en la montaña, el caso era distinto. Después de haber salido de los cálidos bosques de la llanura, y al ir ascendiendo por la montaña, se había encontrado con otra

especie de árboles más frescos; después de las palmeras aparecieron pequeños bosques frondosos de sombra fría; tras éstos aparecía una zona de coníferas, y luego, otra vez, árboles frondosos, pero de ramas finas y vueltas hacia abajo, y, finalmente, extensos sectores de matorrales enanos y plantas trepadoras muy resistentes. En la montaña observó Fyr, por vez primera, que había una época de floración, una época de fructificación y una época de esterilidad en las plantas, las cuales más tarde vuelven a echar hojas y recomenzar su ciclo, todo ello dentro del mismo período que empleaba el sol para avanzar y retroceder sobre la línea del horizonte. Y ésta fue la primera vez que

en el mundo se observó el ciclo de las estaciones. Esta noticia guardaba íntima relación con las experiencias que Fyr había hecho respecto a las condiciones del tiempo atmosférico. El sol, las plantas y el tiempo marchaban del brazo. Mitad del año los días eran buenos; la otra mitad no lo eran tanto. Y este cambio del año afectaba también sensiblemente a su propia vida.

La primera variación normal que percibió desde que subió de los valles fue que las noches se hicieron frías y siguieron siéndolo todo el año; se hizo cargo de que se había producido un empeoramiento durante una mitad del año, en la que los días eran también más fríos. En la montaña la situación variaba

mucho, según la altura a que se encontraba. Conforme subía, iba aumentando el frío, y Fyr no podía explicarse esta relación entre la altitud y la temperatura, puesto que él se iba acercando al fuego a medida que subía más alto.

¿Cómo se las arregló Fyr durante aquellas noches frías de la montaña? ¡Ah!, es que allí había fuego. Allí se sentía el tibio calor de Gunung Api. Hubo de subir un buen trecho hasta llegar a la zona donde hacía frío, precisamente, para sentir calor. Este contraste creó, automáticamente, relaciones entre él y el fuego, relaciones que se fueron perfeccionando hasta hacer de ellas un verdadero arte. No

tardó en acostumbrarse a ascender por la montaña todas las noches apenas el frío comenzaba a llegarle a la raíz de los pelos, dejando el bosque muy atrás, para internarse en un terreno escarpado y desierto, porque sabía que allí el suelo estaba caliente. Y allí pasaba deliciosamente la noche entera, metido en algún hoyo en la capa de lava, o bien tendido al abrigo de una tibia roca.

Pero este acercamiento a Gunung Api exigía tacto y delicadeza. No se podía ofender ni escandalizar al viejo volcán, ni aun viviendo con él en familia. Fyr, que es la discreción misma, se desliza furtivamente en el crepúsculo, a gatas como un perro, pues no quiere que le vean. Toda la noche la pasa

agazapado detrás de una peña caliente, permaneciendo alerta, incluso durante el sueño, al menor rumor que se produzca en las entrañas del volcán. Naturalmente, no se aventura a ir muy lejos sobre el desnudo suelo ardiente que se extiende hasta la boca de Gunung Api, terreno donde se ve relucir, a través de las grietas, un vivo y rojo resplandor. De sobra le bastaba aquel calorcillo radiante que le permitía dormir agradablemente con la misma delicia que cuando durante el día se tendía bajo el sol abrasador que le tostaba la piel. Sin embargo, se arriesgó a acercarse a una de aquellas grietas ardientes. Allí dormía más tranquilo, pues podía estar seguro de que a aquel

sitio, donde el fuego subterráneo proyectaba su rojo resplandor visible desde muy lejos, no vendría ningún otro ser viviente, ni siquiera serpientes o fieras, pues el fuego, con su claridad, limpiaba la noche en torno al durmiente, si bien el peligro que él corría no era, naturalmente, pequeño. Aunque siempre cauteloso y abriendo a medias un ojo de cuando en cuando, al ver por experiencia que nada ocurría en una noche y otra noche, Fyr pensó que estaba tácitamente en paz con el volcán. Cada vez que iba a dormir le preguntaba a Gunung Api cortésmente si le permitía descansar, y como la montaña no decía, que no, él tomaba su silencio por un sí y se tendía sobre su suelo deliciosamente

caliente.

Al aparecer el sol despertándolo con sus madrugadores rayos, el muchacho se escabullía, fresco y despabilado, en dirección al bosque, después de mascullar una acción de gracias a Gunung Api por haberle deparado tan buena noche, acto que, poco a poco, fue transformándose en una fórmula rutinaria, pues la montaña parecía no oír lo que él le decía. Durante el día tal vez olvidaba el lazo que le unía al padre Fuego, que ardía allá arriba; pero en los atardeceres, cuando caían las sombras y él sentía la necesidad de calor y protección, regresaba a la altura en silencio y con discreto paso.

En la medida de sus posibilidades, él, por su parte, contribuía al mantenimiento de las buenas relaciones con el volcán, haciéndole obsequios de cuando en cuando. Cuando tenía provisiones en abundancia, y después de haberse hartado él mismo, consideraba justo llevarle al fuego alguna cosa, en prenda de gratitud, y así aportaba un pájaro o una fruta, y la dejaba caer en una grieta que tuviera fuego en el fondo. Para él era indudable que la montaña aceptaba pequeños presentes, pues inmediatamente se ponía a hervir de placer y en poco tiempo devoraba lo que caía en su boca: frutos, hojas y hasta ramas. Para todo tenía apetito. ¡Y las cosas que el fuego comía exhalaban un

olor estupendo, un aroma tan especial y delicioso...!

EL FUEGO Y EL HOMBRE

ERA verdad. Las cosas que el fuego tenía en la boca poseían un sabor tentador y delicioso, ya se tratara de frutas, que se iban endulzando, con el calor, o bien de carne, que soltaba un perfume tentador al tostarse. A veces se olvida de dar gracias a Gunung Api por el calor que le presta, pero continúa llevándole, invariablemente, dones al fuego, y, cuando éste los devora, él se emociona tanto que se traga saliva, se le cae la baba y se le dilatan las ventanas de la nariz, de modo que el resplandor del fuego le sube hasta el cerebro. ¡Quién pudiera probar aquel manjar!

El fuego no siempre se come todo el manjar. Muchas veces deja restos carbonizados. ¿Si lo hará a propósito? Con mucho comedimiento, Fyr pregunta si también él puede comer, y como nadie le dice que no, él piensa que quien calla otorga, y se da el gran festín con los restos del regalo que ha dejado el fuego. ¡Buenas tajadas se saca él haciendo obsequios al fuego!

Antes de venir a la montaña, Fyr no tenía mucha experiencia en esto de comer carne. Esta ocasión sólo se presentaba cuando ardía el bosque, en circunstancias que amargaban el placer, como — según le habían contado — había ocurrido en su nacimiento. En aquella ocasión todo el suelo había

aparecido cubierto de animales achicharrados, y el festín había durado dos días, porque al tercero la carne no se tragaba, y los hombres de la selva casi estuvieron a punto de morir con el olor pestilente y el horror que les produjo: toda aquella comarca se les hizo abominable por haberse unido íntimamente el placer de comer a las náuseas mortales.

Más tarde, al producirse de cuando en cuando incendios de menor importancia, que no se extendían a todo el bosque, Fyr había probado carne cocida por el fuego, y se le hacía la boca agua cada vez que lo recordaba. Desde entonces sus sentimientos de respeto para con el fuego se habían ido

enfriando un poco, y le había birlado algún bocado al fuego mientras éste banquetecía. El aroma de un animal frito en el fondo humeante del bosque era francamente irresistible, se le metía inevitablemente en el paladar, le hacía perder los estribos y le servía para disculpar su pecado. Antes de que pudiera darse cuenta, ya estaba con una paletilla de ternera entre las manos, frenético por devorar carne. Era el fuego el que tenía que disculparse.

Además, ¿no había una cierta lección oculta en el modo que tenía el fuego de comer? Siempre le sobraba algo, siempre dejaba magníficos restos de comida asada. ¿Acaso quería enseñar al hombre a comer carne de un modo

más correcto y decente que el que él conocía, bien preparada, asada y santificada por el fuego?

Todos los días Fyr tomaba sólo carne cruda, casi siempre bichos vivos. Los animalitos pequeños, como polluelos, ratones y alimañas análogas hasta el tamaño de una liebre, le entraban en la boca tal como estaban, dejando un sabor de sangre crudo y nauseabundo; pero aquella carne deshuesada y tostada de los animales mayores que habían pasado por el fuego constituían una asombrosa revelación para su paladar. ¿Cómo permanecer mudo e indiferente ante una cosa así?

El fuego era un ser glotón, con un apetito de descomunales proporciones.

Lo comía todo sin excepción, lo mismo el bosque que los animales que había dentro del bosque. Respecto a los árboles, lo mismo intactos que carbonizados, un hombre no podía compartir el gusto del fuego. Pero los animales que éste comía y dejaba asados y carbonizados, como si ya estuviera harto de comerlos, se perderían sin remedio. ¿Y no era una timidez mal entendida y casi un pecado dejarlos allí?

La experiencia iba a demostrarle que él podía comer también. La primera vez que hubo echado mano a la comida del fuego, para retroceder, temblando de miedo, ante el castigo que iba a caer sobre él, el castigo no vino. ¿Qué interpretación podía dar a esto? ¿No era

una prueba suficiente?

Por lo demás, la carne le saciaba y le daba audacia, de modo que tenía menos miedo a las consecuencias de su acto que cuando andaba con el estómago vacío. Era demasiado pedirle a uno que esperara el castigo cuando no había comido. Y así esperaba, satisfecho, las consecuencias, fueran cuales fueren, porque estaba bien forrado por dentro.

Por otra parte, casi siempre el fuego se había ido, casi siempre había pasado el incendio cuando se presentaba la ocasión de coger un bocado. No solía ponerse nunca del lado del viento, sino en la dirección opuesta; y, utilizando con mucho tacto las experiencias adquiridas, se las componía muy bien con el fuego.

Según los conocimientos que Fyr tenía del fuego antes de emprender su ascensión por la ladera de Gunung Api, ideas que coincidían poco más o menos con el punto de vista de los hombres de la selva, su completa dependencia del fuego y la ocasión de comer carne asada se limitaba a escasísimas orgías en las que el fuego celebraba sus opíparos banquetes al producirse la erupción de un volcán o la caída de un rayo. Pero en la montaña, Fyr entabló un continuo y diario trato con el fuego, trato que, a su juicio, redundaba en beneficio de los dos.

Allí, en las grietas abiertas en la lava, que por el día abrasaban,

despidiendo una emanación pestilente, y en la noche brillaban con un amortiguado resplandor rojo, vivía el fuego una vida de asfixia, una existencia crepuscular: no tomaba alimento ni estallaba espontáneamente en llamas mientras no le echaran algo encima. A Fyr le daba pena ver cómo la lava abría su boca hambrienta, y así, arriesgándose a acercarse sin quemarse los pies, le arrojaba manjares, como frutas y algún que otro infeliz conejo, y el fuego siempre aceptaba alegremente lo que le daba, y contestaba lanzando una viva llamarada acompañada de humo y lamiendo golosamente las cosas que más le entusiasmaban. El fuego no solía dejar nada, a no ser que Fyr, con toda

astucia, colocara sus obsequios un poco al margen de las brasas para que el fuego no se los comiera. Éste parecía no darse cuenta de ello. Y ésta era la parte del banquete que le tocaba a Fyr. Fyr no quería servicios sin beneficios. Él le pagaba bien al fuego, y a cambio de ello obtenía una ventaja razonable. Si el fuego no estaba satisfecho del trato, se expondría con toda seguridad a quedar apagado.

¡Vaya si se apagaría! Claro está que él no se refería al fuego grande ni a Gunung Api; pero hay otras clases de fuego. Hay, por ejemplo, los retoños del fuego, que distan mucho de ser invencibles, al menos mientras son pequeños. Fyr observa que el fuego se

reproduce y multiplica. El fuego no era una sustancia invisible, sino que constituía una familia de muchas llamas y espíritus ígneos que nacían de chispas después de haber sido incubados en el sordo hogar de Gunung Api, y de cada una de estas crías podría salir el gran incendio de la selva. La más insignificante llamita podía crecer y agigantarse hasta alcanzar tremendas proporciones, con tal de encontrar suficientes medios de subsistencia. Pero, si no tenía qué comer, se moría, pues su naturaleza no era distinta de la de las demás criaturas.

Fyr da de comer al fuego allí, en lo alto de la montaña. Le echa ramas y se pone a observar lo que él hace. El

muchacho nutre a los hijos del fuego y poco a poco va comprendiendo su naturaleza. Cuando el fuego ha devorado lo que tiene delante, toda la leña que le presentan, si no le dan más, deja de existir. Le echa leña y vive y crece mientras le dura, pero cuando ha terminado el pasto se va achicando hasta desaparecer. Era evidente que todo fuego que ardía solo dependía no solamente de lo que le daban, sino de aquel que se lo daba.

Cuando hundía una rama en la lava ardiente para que el fuego prendiera en ella, Fyr podía retirar el fuego y posarlo juntamente con la rama en el suelo. Luego le echaba leña menuda y jugaba con él como con un perrillo, y, si se

hacía muy grande y peligroso, no le echaba más leña y entonces el fuego se iba debilitando, por no tener nada en que hincar el diente.

¡Oh, que no le hablen al fuego de agua! Cuando había en las inmediaciones algún charco entre las piedras, ¡qué fácilmente amansaba el fuego! Hasta el brasero ardiente de las grietas del volcán se volvía negro y frío cuando llovía. Con unos cuantos puñados de agua, Fyr podía matar en un instante a uno de los grandes y furiosos hijos del fuego. Al jugar con él, el muchacho tenía la sensación de que, al fin, y al cabo, él no era tan inferior a Gunung Api ni a los hijos del fuego.

Al anochecer, cuando Fyr vuelve a

escalar la falta de Gunung Api para dormir sobre el piso de lava caliente, lleva comida para el fuego, pesca en las grietas a un hijo de éste, por pasatiempo, y se divierte con él mientras el fuego dé luz. Aquella llama no da calor suficiente, pero alumbra, emitiendo en su mano un resplandor tal que el joven puede distinguir los objetos más próximos. Es como un agujerito de luz, una mancha luminosa en medio de la oscuridad, que no deja acercarse las sombras de la noche. El muchacho come alguna cosa caliente y la comparte con el fuego; le aumenta la ración, a éste, y, cuando las llamas se han hartado, él se queda con su parte. Jamás se había imaginado que él y el fuego llegarían a

estar en buenas relaciones y prestarse mutuos servicios.

Fyr siempre vivió sólo en la montaña, con excepción de algunas mujeres que le habían seguido. Los amigos de la infancia que anduvieron con él por la selva se habían quedado allí, en la honda llanura, en compañía de la tribu, ejercitándose en actos propios de los varones y perfeccionando su voz, Pero ahora Fyr había logrado entablar unas extrañas relaciones en las que nadie había soñado jamás: ¡relaciones con el fuego! Y se puso a pensar en hacer partícipe de su victoria a la gente que vivía allá abajo en el llano. Pero antes quería completar su triunfo de

modo que no hubiera necesidad de traerse su tribu a la montaña: él mismo les llevaría el fuego.

Por otra parte, ya no podía seguir escalando la montaña escarpada para llegar al suelo cálido empleando en la subida la mitad de un día. Resultaba demasiado lejos para llevar cebo al fuego, pues no había bosques en las cercanías. Allá abajo, en los parajes boscosos, era donde tenía su alimento y su trabajo, y no en la montaña estéril, donde nada tenía a que dedicarse. Además, podía prescindir del calor de Gunung Api haciendo él mismo una hoguera.

Y así un día Fyr tuvo una súbita inspiración, y, tras madura reflexión,

conociendo la clase de bicho que era el fuego, tomó una rama ardiendo y, con ella encendida, descendió por la montaña. Si él, al correr de los años, no se hubiera curado del tremendo espanto que el fuego infundía, ni hubiera estudiado a fondo su manera de ser, le hubiera parecido empresa irrealizable el apresarse a un hijo del fuego y echar a andar con él para llevárselo muy lejos. Un rapto inaudito y una temeridad. Pero él lo hizo.

La empresa tuvo éxito. La montaña se estremeció hasta sus cimientos, lanzó truenos y emitió largas llamaradas hasta los mismos valles, para aniquilar, sin duda, al robador del fuego y a todos los demás seres humanos. Pero esta cólera

se produjo medio año después del suceso; el volcán actuó con gran lentitud, resultando inofensivo, pues entretanto ya Fyr había huido de la montaña.

Ya ni siquiera tenía necesidad de volver allí. Aquella servidumbre en que había vivido, el tener que permanecer perpetuamente al lado del monte para poder llegar a los cálidos parajes que le servían de lecho durante la noche; aquellas durísimas condiciones, por no decir cadenas de esclavitud, que tanto estorbaban sus movimientos, obligándole a recorrer estúpidamente un camino que duraba más de una jornada, aquella humilde falta de libertad, había terminado ya. Él llevaba su fuego

propio, como el volcán el suyo, a cualquier parte de la selva donde se le antojara instalarse. Ya no necesitaba absolutamente para nada del volcán.

Después de haberse llevado el fuego, Fyr tuvo un rápido éxito. Sabía perfectamente cómo había de tratarlo, conocía el procedimiento para conseguir que se multiplicara. Después de haberle hecho prisionero, con mayor peligro de su vida que si hubiera tratado con una víbora, lo vino sosteniendo entre las manos en la punta de una rama ardiendo, y, cuando ya el fuego corría el riesgo de apagarse, lo depositó en el suelo, lo alimentó con los mayores mimos, dándole a roer ramillas secas y la leña más fina, hasta que el fuego se hizo

corpulento y empezó a bramar hecho una furia. Muy sereno, y despreciando el peligro, le arrojó más leña aún para que no volviera a languidecer. Luego encendió otra rama larga y, empuñándola, reemprendió la marcha. Y así siguió bajando por la ladera del monte, pues Fyr era un artista y sabía meter en cintura al fuego.

Después de haber bajado de la montaña, y tras seguir caminando hasta topar con el lugar más conveniente para fijar su morada, encendió una hoguera, dejando que el fuego adquiriera grandes proporciones. Era increíble la cantidad de cosas que engullía. Fyr reunió medio bosque y le fue llenando el gznate a la hoguera hasta que las llamas casi

tocaban el cielo, desarrollando un calor abrasador. Fyr giraba en torno de la hoguera, mirando con grandes ojos fascinados su ardiente llamarada. Se olvidó de cuanto le rodeaba y él abrasador elemento se le quedó para siempre hincado en el alma. Desde entonces fue, para el resto de su vida, el Hombre del Fuego.

Pero, una vez que hubo saciado su espíritu con la visión de un incendio gigantesco y visto su poderosa fuerza de destrucción, dejó que la hoguera se fuera achicando, y durante días y noches mantuvo un pequeño fuego alimentándolo con leña menuda. Así podía seguir viviendo aunque le daban poco de comer; pero el fuego podía

aumentar de volumen siempre que Fyr quisiera.

En cualquier momento se podían sacar de la hoguera hijos del fuego y criarlos hasta formar una verdadera familia, de modo que, aunque je dejara morir a la hoguera madre, se podía perpetuar el fuego criando nietos y biznietos suyos tantas veces y en un campo tan extenso como se quisiera.

Y he aquí que el fuego está ya domesticado. La hoguera que Fyr había encendido no volvió a enfriarse jamás. Del primer fuego que él había traído salieron luego todas las demás hogueras, porque, cuando hubo llevado el fuego a su tribu, lo repartió entre los hogares de

las familias particulares que la componían, y de la tribu de Fyr se transmitió el fuego a las demás tribus extendiéndose por la tierra hasta dondequiera que hubiese seres humanos.

Pero esto dio origen a una división entre las poblaciones de la selva: había una tribu en la cual había sido domesticado el fuego y que poseía tradiciones sobre su propio origen y linaje, y había los clanes que recibieron prestado el fuego para sus necesidades domésticas, sin hacerse cargo del carácter sagrado de la primera tribu que se lo había prestado. Con este motivo se estableció una línea de separación que se fue ahondando hasta alcanzar importancia trascendental.

Pero también los que conocían el fuego y su aplicación y utilidad, sin saber realmente en qué consistía su naturaleza, llegaron a tener una gran superioridad sobre los demás seres. Y no era sólo la ventaja de poder disponer en cualquier momento de alimentos asados sin peligro para la vida —para lo cual bastaba llevar una rama encendida, alimentándola y renovándola durante el viaje—, sino que todas las noches podían echarse a dormir junto a una hoguera llameante. Además, ahora poseían la luz. Los hombres se habían hecho, por fin, señores de la noche y de su primitivo abismo de horrores; dominadores de los animales que andaban a la caza en las tinieblas, y de

las terribles fuerzas invisibles que paseaban espectralmente por la noche, pero evitando el fuego y la luz.

Se habían acabado ya los gritos y lamentaciones espeluznantes que profería la gente, formada en cuadros durante la noche, cuando las tinieblas inundaban sus pupilas, y los hombres temían a cada momento ser arrebatados por la zarpa de un leopardo. Ya, sentados contra la hoguera, veían a las fieras errantes asomarse al círculo de resplandor y parpadear con ojos espectrales, mirando a aquel ser formidable con el que habían llegado a aliarse. Los grandes felinos olfateaban el aire, fijos sus brillantes ojos en la lejanía; los incitaba aquel apetitoso olor

a hombre, y se les venía a la memoria el recuerdo de tiempos pasados; pero el fuego era un estorbo para sus carniceros proyectos. Puestos sobre tres pies, con la pata delantera preparada para el zarpazo, pero sin esperanza, se tragaban la saliva de que se les llenaba la boca a la vista de tan deliciosa golosina. A punto están de abalanzarse, pero se sienten incapaces de atravesar el fascinante círculo de luz que el fuego traza en torno suyo en medio de la noche.

Y allí, en espléndida y tranquila amistad con el fuego, aparecían sentados aquellos hombrecillos, muy abrigados y calientes, royendo nada menos que un hueso perteneciente a un hermano de las

fieras que vagaban hambrientas al anochecer, merodeando por allí, mirando desfallecidas y con ojos bizcos a la hoguera.

Pero ellos también cuidaban de que se cumpliera el pacto religiosamente. Condición indispensable para que el fuego se mantuviera manso y pagara servicios con servicios era, naturalmente, que lo alimentaran. A él no podía faltarle su ofrenda propiciatoria. Además de la leña con que se saciaba su más urgente y ávido apetito, había que darle carne por lo menos una vez al día, y hay que confesar que aquellos hombrecitos andaban muy celosos y deseosos de procurársela — si era posible, varias veces al día—, siendo

los animales las únicas víctimas que ellos le ofrendaban, puesto que ellos se reservaban los restos y paladeaban aquel manjar, gratuito regalo de la misericordiosa liberalidad del fuego.

Entre las remotas tribus que habían recibido el fuego de segunda o tercera mano o habían medio olvidado de dónde les había venido, las prerrogativas que tenía el fuego como compañero de mesa de superior categoría, y en general el noble origen de las comidas, fueron pasando, fatalmente, a segundo plano. Pero, como compensación, se cuidó de que la tribu que había introducido el fuego conservara celosamente las tradiciones en nombre y a beneficio de todos los habitantes de la selva.

Estos iniciados que habían recibido sus instrucciones de Fyr no dejaron de tributar al fuego todos los honores que se merecía por arder, y se esforzaban en hacer extensiva esta práctica a todos los que hacían uso del fuego. Y —cosa muy natural— a las demás tribus les correspondió luego honrar a estos iniciados, que eran los que seguían manteniendo aquellas buenas relaciones con el espíritu del fuego en el propio santuario de éste. Las víctimas de estos iniciados tenían ya su virtud y validez legal, razón por la cual era muy justo suministrarles los animales que ellos habían de ofrecer como víctimas. De este modo todo hombre no iniciado podía hacer mucho por el bien *común*.

La tribu del fuego no tenía, por tanto, necesidad de molestarse nunca, pues en sus manos recibía, como un derecho propio y legítimo, los animales sacrificados que se necesitaban para alimentar el fuego y para sustentarse ellos mismos. Esta costumbre se fue perpetuando hasta que los hombres llegaron a olvidar sus orígenes, pero siguió en vigor y quedó sancionada por el uso.

Todo esto pasó a la posterioridad como uno de los resonantes acontecimientos que se relacionaron con el fuego y, además, como el cambio operado en la vida de los silvícolas por el creciente consumo de carne, hecho que determinó que ellos comenzaran la

guerra contra los animales y se convirtieran en cazadores.

LAS SERVIDORAS DE GUNUNG API

ANTES de que Fyr hubiera descendido a los valles para llevar el fuego a su tribu, ya él mismo había puesto los cimientos de una nueva tribu. Esto se produjo casi sin que él se diera cuenta al venir en busca de un eremita tan hermoso numerosas mujeres, unas en pos de otras, de modo que al final Fyr se encontró rodeado por un verdadero rebaño de ellas, y él no era de índole tan áspera como para ahuyentarlas.

Ellas solían acudir allí espontáneamente, y el hecho de que casi

nunca dejaban de encontrarlo demostraba su finísimo olfato. No era probable que unas se pusieran en comunicación con las otras con este fin. Cada cual quería que él viera que había ganado méritos por sí sola, sin ayuda de nadie. Asombraba su habilidad para encontrarlo, pues Fyr parecía haber desaparecido deslizándose hacia la cumbre. Él no sabía que todos los días bajaba de la montaña una potente y melodiosa voz, como si los cielos cantaran de júbilo, cuando él, Fyr, saludaba al nuevo día uniendo su voz a la de los pájaros. Las mujeres iban en busca de aquella voz maravillosa y subían hasta donde él estaba, arañadas de zarzas y en carne viva los pies, y,

cada vez que esto ocurría, él se quedaba maravillado de la capacidad de localización de aquellas mujeres.

Éstas eran muchas y muy diferentes; habían abandonado sus tribus del valle al oír aquellas tonadas, a pesar de que los jefes de sus tribus poseían un magnífico registro vocal. Las atraía más aquella voz lejana. No podían resistirse a aquella voz que caía del monte y, en un momento en que su amo y señor estaba desprevenido, se habían escabullido por entre las matas, desafiando atolladeros y pantanos y senderos cortados a pico para llegar a aquella voz de hechizo que las embrujaba.

Y he aquí su encuentro con la primera mujer. Era una mañana en que

él, encantado de la soledad, se extasiaba ante la salida del sol por el oriente. El sol y todo el paisaje que a sus pies se extendía estremecíase con el canto de alegría que salía del fondo del alma de Fyr, el cual, al mismo tiempo, se paseaba, solemne, en un cerro. Se sentía ufano: ¡suyos eran la luz y el espacio que constituían toda su herencia! Y de pronto sus ojos tropiezan con una mujer. Estaba sentada allí cerca, sobre el césped, completamente inmóvil, recogidas las piernas bajo su cuerpo y la cabeza inclinada, cayéndole por el rostro una larga melena desgredada.

—¡Ote! — prorrumpió Fyr, tratando de espantarla como a una

gallina, al ver interrumpido su cántico al sol.

¿Qué quería aquella criatura? ¿Cómo había llegado hasta allí? Batió las manos para ahuyentarla. Pero ella no se movió. Estaba completamente tranquila, acariciando *un* tallo de hierba entre sus dedos; allí estaba tan achicadita como un ovillo sujeto al suelo y oculto bajo la cabellera; estaba allí como si no existiera: sin importunarlo a él en lo más mínimo.

Tampoco él podía ofenderse por el hecho de que ella estuviera sentada allí una vez y que al volverse él sus ojos tropezaran, por casualidad, con ella. En ocasiones sucesivas ella permaneció generalmente olvidada. Cuando alguna

vez la volvía a ver, allí la encontraba, calladita como un ratón, oculta bajo su melena, y él llegó a acostumbrarse ya a su visita.

Y un buen día ella se echó atrás los cabellos que le cubrían el rostro y levantó los ojos. Eran unos ojos negros en los que brillaba como una luz de locura. De su boca medio cerrada salía un sordo sonido, como si en su pecho estuviera clamando un cautivo: era la plegaria de un alma en la oscuridad, hundida sin esperanza en un sentimiento que ella ni siquiera conocía. Era un pequeño universo reconcentrado y ardiente, mezcla invisible de desprecios recibidos, amor y necesidad física de ambas cosas. Y entonces Fyr sintió

anhelos de bondad. Ya no le importaba la alegría si no podía compartirla con ella. Y desde entonces él ya no se encontró solo.

A cierta distancia de la base del volcán se extendía una planicie a bastante altura, pero de enorme extensión, formando un paisaje aparte, con aire frío y un fresco soto expuesto a todos los vientos. Entre los árboles, muy diseminados, crecía la hierba, formando anchos campos, ondulantes como un mar, y cubiertos de flores silvestres. Nadie conocía aquel paraje, excepto un escasísimo número de animales. Ésta era la patria de las abejas y de las alondras.

En este terreno herboso fue donde se encontraron Fyr y la mujer. Allí hicieron nidos entre la alta hierba, ocultos a los ojos de todo el mundo, excepto a la ancha luz del cielo que bajaba hasta ellos.

Allí tienen alimentos al alcance de la mano. Ellos son sobrios y prefieren estar masticando despacio la mayor parte del día. Aquí y allí, en medio de los campos de hierba, hay semillas de trigo silvestre. Ellos juntan las espigas, las desgranán, restregándolas entre las palmas de las manos, avientan el grano soplando las granzas y se llevan a la boca los tiernos granos, todavía lechosos. Cuando sienten ganas de probar la miel, se la sacan a las abejas

en grandes panales amarillos, chorreantes, que extraen del hueco de un árbol. Sobre la planicie crece el peral silvestre, ofreciendo sus frutas a todo el que pasa junto a él; éstas son pequeñas y duras, pero nadie las ha comido con más gusto.

Entre los sotos de arbustos, encuentran frambuesas, fruta que antes no conocían; tientan el uno al otro a comerlas, metiéndose intencionadamente en la boca la mejor frambuesa. No queda más remedio que probarla. Muerden muchas y se comen pocas. ¿Qué clase de fruta es ésta, tan preciosa y tan embriagadora? Formando un solo corazón, ellos permanecen largo tiempo entre el ramaje de los matorrales.

Aquella zona desconocida de la montaña produce unas frutas rarísimas. No es como la inmensa llanura de abajo, donde la fruta presentaba una madurez morbosa y excesiva, carnosa, chorreante de espesos zumos, engendrados por el vaho de los pantanos y el aliento del verano eterno. Arriba, en cambio, eran cosillas diminutas, concentradas, nutritivas; sabrosos granos en la zona de hierba; avellanas y otras nueces en los bosquecillos enanos, frutas no mayores que el tamaño de una uña, pero misteriosamente dulces, como si procedieran de la condensación de los sutiles y variados agentes que parecían flotar en la atmósfera. Flores silvestres que habían recogido en su cáliz el rocío

de la mañana y exhalaban un perfume intenso de tierra refrescada por la lluvia, como si se hubiera saturado de la esencia de mil chubascos y noches frescas.

Contemplaron la caída de las hojas cuando los árboles decaen y sueltan sus ropajes dorados hasta quedar completamente desnudos y el viento pasa silbando a través de las finas copas esqueléticas. Y también aprendieron a pasar frío y acurrucarse al anochecer. Pero más arriba, en la montaña, tenían calor, el calor de su primer hogar. Y más tarde, cuando Fyr hubo domesticado el fuego, ambos lo llevaron consigo adondequiera que fueran.

Y asistieron también al triunfo de la

primavera. Resucitaron los árboles al reaparecer las hojas, que reverdecieron con un frescor perfumado y lleno de rocío, bajo el juego del sol y de los chubascos. Florecieron los perales respirando frescor; todo el llano ondulaba la hierba nueva y verde, ondulaba como un mar de flores. Las ovejas bravas bajaban de la montaña, conduciendo a sus corderillos recién nacidos, hasta los prados y los diáfanos arroyos. Jóvenes ternерillas de blandas y delicadas pezuñas daban sus primeros pasos vacilantes entre la hierba, alargando fuertemente el morro, llenos sus ojos de cielo y de noche. Por encima de los llanos se cernían las alondras, que subían cantando entre arcos de luz

tendidos entre dos aguaceros; cuchicheaban el viento y la hierba, cabeceando y silbando perpetuamente. Se oía el zumbido de millares de abejas, apagado diálogo interminable que sostenían con las flores, formando una sola melodía, vasta y adormecedora. Se alzó el verano con su esplendor de gloria; las hierbas soltaron un polen dorado, preparando sus futuros granos, y los polluelos, recién salidos del huevo, ensayaban su primera salida del nido.

El verano es tan perecedero como la amapola... Sí, como la amapola que refresca en la brisa sus rojas llamas un instante, y luego las pierde al alcanzar su rojo más intenso. Y ¿no es en verano cuando las amapolas florecen siempre?

La joven pareja se adorna de amapolas, y su fruto los adormece. En el corazón de la amapola se oculta la fugaz seducción del verano: un breve ardor, y luego un letargo largo y negro...

Mientras floreció la amapola, floreció su alegría. A Fyr se le desplegaron las alas del espíritu. Pisaba sobre el suelo con aire más cauteloso; el día y la noche salían a su encuentro como un milagro. Ella se humanizó, abrió los ojos a la visión de un mundo nuevo, y hasta demostró tener voz, una fina voz de niña en la que se reflejaba la alegría. Enderezó su cuerpo para no volver a arrastrarse más por la hierba replegada sobre sí misma, presentando al sol su esbeltez y, sedienta como una

copa sin fondo, abrió su alma a la admiración y al asombro mientras le duró su verano. Era aquélla su excursión a una tierra que no conocía aún. Sin saberlo, habían estado viviendo en la antesala de tiempos que iban a venir, en los linderos de una futura humanidad.

Después, como por azar, descendieron a la vasta llanura y a los bosques uniformemente cálidos, donde cada uno volvió a replegarse sobre sí mismo para vivir su antigua vida. A él se le cerró el manantial del corazón, y ella volvió a andar agazapada y muda al verse en aquella soledad.

Pero en el niño que un día llegó a arrastrarse entre ellos quedó depositado el milagro de su vida y el germen de una

vida nueva.

Una verdadera multitud de mujeres siguió a Fyr cuando éste llegó, portador del fuego, a los valles y se presentó ante los hombres. Había crecido el número de mujeres, y él no sabía decir cómo había ocurrido aquello. Las mujeres eran siempre numerosas y aparecían en gran número como langostas, todas idénticas. Fyr, al principio, creyó que en realidad era siempre una misma mujer la que tenía delante cuando se le presentaban una a una. La diferencia entre ellas era tan pequeña que él apenas podía notarlo. ¡Todas eran tan hermosas!

Sí, todas eran bellas, esculturales, con brazos y piernas lozanos, torneados

con un arte que él no hubiera podido imaginarse. ¡Visión hermosa! Todas eran extraordinariamente agradables y ¿cómo distinguir, cómo elegir a una entre todas? Viéndolas de espalda, era imposible reconocerlas y diferenciarlas. Todas tenían la misma cabellera larga y las mismas líneas esbeltas. En cuanto a su espíritu, se parecían las unas a las otras hasta confundirse: todas eran tan cortas de inteligencia como largas de cabellos; para ellas no existía ayer ni mañana, sino que se aferraban, furiosas, al momento presente. Si por allí se oía alguna voz apresurada y cortada, como quien habla a borbotones, es que estaba charlando una de ellas. Hablaban mucho y todas a un tiempo. En cuanto se

agotaba el torrente de las palabras en todas las bocas, otra vez volvían a empezar, como en un movimiento cíclico, la verborrea. Su consigna era aparecer de un modo muy distinto ante los hombres que entre ellas mismas: tenían dos maneras de ser.

Fyr no sabía cuántas eran las mujeres que componían aquella multitud. Se había formado una idea del número de ellas basándose en los cálculos que había realizado sobre los astros más accesibles, principalmente el sol, la luna y una gran estrella aislada que navegaba entre las demás. En cambio, el contar las estrellas superaba la capacidad del hombre. No tenían un campo acotado y había cosas como las arenas del mar, los

enjambres de abejas, el flujo y reflujo de las mareas, las inundaciones, las lluvias, el viento y otros oscuros agentes de la Naturaleza que no se podían sujetar a una medida. Se las tomaba como cosas caprichosas que son, rebeldes a todo cálculo. Tampoco recordaba haber visto a las chicas todas juntas a la vez en el mismo lugar. ¿Cuál de ellas había de ser la preferida a los ojos de Fyr? Esto era, evidentemente, un asunto que ellas mismas habían de ventilar. A juzgar por las cosas que Fyr oía, tal problema no siempre se resolvía en términos cordiales, pues a veces allí, detrás de los matorrales próximos a Fyr, se oían gemidos y golpes sordos, como quien aporrea un pellejo, y más de una

vez Fyr recogió en sus brazos a una jovencita toda sudorosa y jadeante, con sus rasgos afeados por arañazos. A medida que se fueron familiarizando con aquella vida en común, las mujeres fueron encargándose de la alimentación del joven como una cosa natural e inevitable. Ya estaban habituadas a ello desde cuando estuvieron en los valles, y sentían una necesidad física de dedicar a alguien su vida. Lo peor para ellas estaba en que eran demasiadas las que pretendían la misma cosa; cada cual se desvivía por alimentarlo ella sola y, con este motivo, se pegaban a escondidas, se metían unas a otras los dedos en los ojos, se tiraban de los pelos y no perdonaban medio para evitar que la

compañera se acercara al hombre. Pero fuera cual fuera la que se salía con la suya, Fyr siempre tenía comida, tanto que hubiera hambre como que no la hubiera. Como se desvivían por atenderlo, esta circunstancia le resultaba muy agradable a aquel hombre solo y le dejaba mucho tiempo libre, cosa que redundaba en beneficio de su tranquilidad y le permitía dedicarse en paz a sus pensamientos y planes.

Fyr dedicaba todo el día a ejercitar sus artes relacionadas con el fuego, haciendo surcos en el polvo con el dedo, señales que la gente relacionaba con los cuerpos celestes al ver cómo Fyr lanzaba al mismo tiempo frecuentes miradas a los astros. Para aquella gente

era evidente que Fyr imprimía dirección y rumbo a las estrellas y sustentaba el orden del cielo. Sin él, se desplomaría todo el Universo. Por eso era necesario tenerlo siempre bien alimentado.

Con frecuencia estaba Fyr abstraído en sus investigaciones sobre los secretos de la Naturaleza, secretos que habría de descubrir de modo involuntario y después de cavilar profundamente. Él notaba que a su lado estaba la comida; abstraído en sus pensamientos, le hincaba el diente, masticaba y continuaba cavilando en la solución de un enigma... Al ver que aquel pequeño dios comía, alguien profería un leve grito de alegría, que le desviaba a Fyr la atención de la comida

hacia la mano que se le alargaba y sus ojos pasaban de la mano a la mujer... ¡Ah!, ¿pero está aquí otra vez? ¡Qué hermosa!

Hacía ya mucho tiempo que Fyr había comprendido que aquel cortejo de mujeres le tenía por una especie de Gunung Api, considerándolo como el mismo espíritu del fuego y dios de los hombres de la selva. Veían cómo él dominaba el fuego, y le atribuían el mismo poder que a éste. Pero ya delante del fuego mismo, al que se aproximaban bajo la protección de Fyr, no daban señales ni de sumisión ni de recogimiento, ya fuera porque ellas no tuvieran imaginación o porque no fueran capaces de formarse una idea del

espíritu. Trataban al fuego con cierta sequedad, huían de él como del agua, porque ambas cosas eran perjudiciales para su piel; si las brasas rozaban sus dedos, ellas se los soplaban, pero sin escarmentar la próxima vez; no obstante, ante el voraz elemento no eran capaces de sentir más que el dolor físico. El fuego era para ellas sólo el resplandor que rodeaba a su creador y conjurador, el de las barbas espléndidas. A su luz adoraban ellas a Fyr.

Para ellas Fyr era en realidad Gunung Api. ¿No lo habían oído, acaso cantar allá en la altura con aquella característica voz de toro del volcán? ¿No hablaban todos de Gunung Api como de un hombre gigante, como de

algo que era a un tiempo fuego, voz y supremo poder?

Por eso huelga decir que cuando alimentaban a Fyr —tal como si alimentaran su propia corazón— nunca le había de faltar nada al fuego, al fuego de Fyr. ¡Cuántas cosas aprendieron en poco *tiempo oyendo* las lecciones de Fyr! Aprendieron a sustentar al fuego no sólo con las cosas que éste amaba —sobre todo la leña, de la que no se saciaba nunca—, sino también con otras ofrendas —frutas, animalitos pequeños, huevos y cosas análogas—, todo cuanto podían rebañar y juntar por los alrededores. Envidiaban las golosinas que el fuego devoraba, pero no todo se iba en humo, pues Fyr, removiéndolas

cenizas, sacaba su ración— “la parte del león”—y se ponía a comer él también. Ellas son felices de ver cómo su gran búfalo de largas crines, el de los mugidos cariñosos, el dios suyo, se digna a restaurar sus fuerzas.

He aquí, pues, cómo las mujeres se convirtieron en vestales, solícitas servidoras del fuego, responsables de vigilar noche y día a su Gunung Api.

El fuego era un amo insaciable, pues continuamente había que estar alimentándolo y atendiéndolo. En lo sucesivo ya tuvieron que contar con una nueva carga además de la perpetua carga de sus hijos. Y así se las veía avanzar con un haz de leña a cuestas.

El hombre, el creador, había

comenzado a meditar en nuevas cosas desde el día en que había llevado el fuego a su familia. La próxima proeza de su ingenio iban a ser las armas; pero para las mujeres comenzaron los inacabables ejercicios de paciencia, las noches en vela; su vida recluida día tras día al pie del hogar, su alma encerrada en soledad, pero jamás agotadas las fuentes del corazón.

LOS PRIMEROS CAZADORES

CUANDO FYR DESCENDIÓ de la montaña con el fuego se produjo un inmenso revuelo entre los hombres de la selva. Corrió el rumor de que él, seguido de una multitud de mujeres, andaba por los valles con un incendio domesticado, que lo seguía a dondequiera que él fuese.

Se decía que al lado de él venía avanzando un incendio, o siguiéndole por la hierba, que se detenía cuando Fyr se detenía, que se echaba a sus pies como un perro. Se decía que el fuego

avanzaba incluso en dirección contraria al viento. Se decía que se internaba un poco en el bosque y, después de devorar algunos árboles, retrocedía y volvía junto a Fyr cuando él lo llamaba. Tales eran las cuestiones que ocupaban las conversaciones de los profanos que aún no habían contemplado aquella visión. Pero los que habían visto el fenómeno con sus propios ojos declaraban que el fuego no era libre ni se movía por su propio impulso, sino que Fyr *lo* tenía a sus pies y ¡o mantenía sujeto de un modo misterioso; era prisionero de Fyr y, aunque observaba una conducta alegre y viva, lanzando en torno largas lenguas de fuego y enviando al cielo grandes humaredas, no abrigaba la menor

intención de escaparse; permanecía en el mismo lugar todo el tiempo que Fyr deseara, y le era obediente. ¡El poder de Fyr era inaudito! Cuando el fuego intentaba desplazarse a otro lugar, él reducía sus proporciones, lo colocaba en la punta de una rama y andaba largo trecho con él en la mano, antes de depositarlo en el suelo y alimentarlo para convertirlo en una hoguera.

Allí se ocultaba algo misterioso e inexplicable. Allí estaba el secreto íntimo de Fyr. ¿Cómo se las había arreglado para hacerse amigo del fuego? ¡Lo esclavizaba alimentándolo! Para tenerlo contento le proporcionaba continuamente leña y, de cuando en cuando, animales. Este era el primer

dogma en que habían de creer, dogma no muy difícil de entender.

Mucho tiempo hubo de transcurrir antes de que la generalidad de los mortales se acercara a Fyr y a su peligroso compañero el fuego. Y cuando lo hicieron por vez primera, ninguno era capaz de aproximarse en posición erecta, sino que, ya desde larga distancia, *venían* arrastrándose boca abajo y siempre con algún obsequio en la mano, pues era cosa sabida que tenían que llevar ofrendas al fuego, tales como ramas, leña o bien algún que otro animal que tuvieran la suerte de cazar. Generalmente llevaban un cerdito, por no ser difícil capturarlo en una camada. Muchos individuos que habían venido

con sus cerdos habían recibido una magnífica acogida. El fuego apreciaba este manjar haciendo crepitar el aire y exhalando un rico olor cuando se sacrificaba uno de aquellos animales. El propio Fyr les daba su aprobación aplaudiendo la elección que habían hecho. En la última etapa que recorrían antes de llegar al santuario donde ardía el fuego, en torno del cual Fyr paseaba, como un maestro experto, asistido por las mujeres iniciadas, los hombres no sólo avanzaban arrastrándose boca abajo, sino que llevaban los ojos fijos en el suelo para no mirar ni un solo momento al interior del fuego, molestándolo con la curiosidad de sus miradas asombradas, o acaso

enfermando ellos mismos de la vista. Con el rostro pegado al suelo, lanzaban con sus manos la ofrenda hacia el fuego. Una vez recogida, volvían la espalda, se ponían en pie y echaban a correr hacia su viejo escondite. ¡Qué difícil les resultaba acostumbrarse a aquel Gunung Api viviente y encarnado, a pesar de que no era el volcán de verdad, la montaña devoradora, sino sólo uno de sus ardientes hijos! De aquí provenía el respeto que todos sentían por Fyr.

Pero el hábito embota los sentimientos. Después de ver al fuego un día y otro día y adquirir la irrefutable certeza de que es manso, ya no pueden seguir temblando en su presencia. Algunos, sí; aquellos cuyo modo de ser

ha sido modelado por sus padres y por las experiencias de su propia vida no pueden tener sosiego cuando ven el fuego: se mojan, pierden los ánimos cuando más los necesitan, se les doblan las piernas y, con la velocidad que éstas les permiten, echan a correr para salvar su pellejo. Estas gentes no se acercan al fuego, no seguirán la corriente ni se amoldarán a los tiempos nuevos, sino que, siguiendo las huellas de sus padres, continuarán comiendo fiambre todo el resto de su vida.

Pero, en cambio, hay otras gentes muy distintas: los jóvenes que andan merodeando por los clanes y que — por decirlo así — se van acostumbrando demasiado pronto a Fyr y a su fuego,

vienen a espiar con atrevida curiosidad, y es preciso hacer un escarmiento con ellos, para que sepan lo que está bien y lo que no. Fyr se ve, incluso, obligado a arrojarles un tizón a la espalda que les hace llorar y huir a gatas. Son unos brutos, pero la insolencia tiene también sus límites. Cuando daban pruebas de honradez, se les permitía que vinieran con ofrendas para el fuego. Después de dar rodeos pasando por entre las servidoras del fuego, a veces podían obtener como recompensa un pequeño bocado preparado al fuego, como una uña de puerco asada y cosas similares. Constantemente andan merodeando por allí cerca. Jamás habían probado antes manjar tan maravilloso. Cualquier otro

alimento palidecía ante aquel manjar.

La primera comunidad de Fyr se fue formando con un hato de jovencitos vagabundos procedentes de distintas tribus, que venían ávidos de novedades y con una frescura asombrosa, declarando que se les daba un comino de Gunung Api y lanzando otras expresiones escandalosas de este estilo. Pero eran gente de fiar cuando los ponían sobre una buena pista: Fyr los adiestró, convirtiéndolos en los primeros cazadores.

La costumbre de llevar víctimas al fuego no podía durar mucho. Esto de encontrar caza que se dejara coger tranquilamente con la mano tenía un límite. El hombre vivía en paz con la

mayoría de los animales. Pocos de éstos permitían el contacto directo con los *hombres*, y *ninguno se* dejaba llevar a rastras por las buenas. Se hacía necesario matarlos primero y esto era bastante difícil: había que hacerlo a pedradas, para matar únicamente uno o dos de todo un numeroso rebaño; los demás se alborotaban y quedaban permanentemente alarmados, de modo que, en lo sucesivo, ya no era posible tenerlos al alcance. En tiempos pasados, el hombre podía andar libremente entre los apretados rebaños de ganado salvaje, codeándose con ciervos y caballos sin que se extrañasen los unos de los otros. Cuando los hombres se lanzaron a perseguir codiciosamente a

los animales, éstos no tardaron en adoptar una nueva actitud. Por eso se imponía, evidentemente, la necesidad de intentar su captura con medios más sutiles e ingeniosos, y darle una forma sistemática si se había de continuar proveyendo de ofrendas al fuego. Y lo primero y más urgente era procurarse los instrumentos adecuados.

En consecuencia, la fértil imaginación de Fyr comenzó a trabajar de nuevo.

El fuego y el hogar apresuraron el advenimiento de numerosas cosas nuevas. Allí en la llanura, en medio del verano eterno, el hombre no necesitaba aún protegerse contra el rigor de las estaciones; por las noches estaba, a

cubierto del ataque de las fieras y, por otra parte, le había tomado gusto a la carne aderezada por el fuego, gusto que ya no olvidaría jamás. Otra cosa importante era que el fuego había traído más sosiego, proporcionando ocasión para la reflexión. En todo caso, el hombre se veía obligado a permanecer en un solo lugar mientras la hoguera estaba encendida, porque cualquiera podría llevarse consigo un tizón encendido de un lado a otro, pero no un hogar, pues éste exigía estabilidad. En las largas noches, durante las que Fyr se encontraba sentado junto a la hoguera, aprendió a aplicar su tiempo y su imaginación a los instrumentos de caza desde el momento en que empezó a

servirse de ellos. Al unirse la insaciable voracidad del fuego al apetito del hombre para crear un nuevo tipo de consumo, surgió un arte nuevo que cristalizó en la fabricación de las primeras armas del hombre.

Los únicos instrumentos hasta entonces utilizados, que sólo en ocasiones funcionaban como armas, los únicos que habían conocido los hombres de la selva, eran el palo y la piedra. El palo era una sencilla rama recogida accidentalmente del suelo, con la que se armaba el *Hombre*; una invención que le permitió a éste convertirse en conductor de su tribu; era un buen amigo suyo durante la marcha, pues alcanzaba más lejos que el brazo y su golpe se sentía

como el de un duro hueso. Cuando tenía punta, se utilizaba para pinchar, pudiendo penetrar en las carnes, a pesar de ser romo, si se aplicaba con fuerza. Fyr empezó a perfeccionar el palo: introdujo su punta en la hoguera, endureciéndolo. Con su exuberante imaginación se figuró que al introducir la punta en el fuego, éste le comunicaba una fuerza mortífera. ¡Y vaya hermosas lanzas salieron! Era preciso elegir bien, siendo preferible ir lejos a buscar un arbolito derecho y delgado, que, después de haber pasado por el fuego, no se desfibrara por los extremos, sino que se le endureciera la punta. La experiencia demostró que Fyr podía atravesar la piel de un buey cuando un

potente brazo la lanzaba; la caza mayor caía por tierra bajo su impacto. Le habían salido bien los cálculos a Fyr. Las lanzas endurecidas en la hoguera poseían, en un sentido metafórico, pero muy eficaz, las propiedades mortíferas del fuego. Lejos de guardarse para sí mismo esta invención, Fyr hizo partícipes de ella a todos los hombres deseosos de instruirse. ¡Todo hombre que llevara una lanza podía abrigar la esperanza de comer carne!

En el mismo momento de ponerles a sus hombres las armas en la mano, ya está Fyr pensando en una nueva invención. Su pensamiento está siempre en el futuro. Mientras todo el mundo viene a pedirle lanzas en la creencia de

que, poseyendo una tan perfecta, ya no hay más adonde ir en el arte de las armas, ya está Fyr camino de inventar el hacha.

Esta idea se le presenta a la imaginación como la unión íntima del palo y la piedra, una cosa sencillísima pero que jamás se le había ocurrido a nadie hasta entonces. Fijaos en la piedra. Está en la mano como en su propio lugar. El hombre nació, por decirlo así, con una piedra en la mano y con los ojos fijos en la distancia, con una mirada como una *jettatura*, que apunta tan lejos como puede alcanzar la piedra. Unas veces caminan los hombres con ella en la mano, sin soltarla; otras, se deshacen de ella, disparándola, y en

estos momentos conviene tener muchas al alcance de la mano. El lanzamiento de piedras era un arte, un arte que las mujeres no aprendieron nunca, pues al describir el círculo con el brazo lo hacían de un modo tan rígido que no eran capaces de soltar la piedra. Pero había hombres tan adiestrados que sabían dispararlas con puntería infalible, de modo que de una pedrada podían abatir pájaros en vuelo. La piedra resultaba un instrumento magnífico para cascar nueces, y cuando tenía una arista afilada, podía aserrar las cortezas correosas de las frutas y abrir un animal; aunque en realidad era difícil encontrar piedras así. Sin embargo, se había conseguido obtener piedras

afiladas partiéndolas en astillas, que podían utilizarse largo tiempo. El uso de la piedra se propagó automáticamente hasta tal punto que las mismas mujeres utilizaban piedras cortantes para preparar la comida, afiladas astillas que los hombres habían desechado por inservibles.

Largo tiempo hacía que se había descubierto que el mejor instrumento de piedra era el pedernal, el duro y frágil sílex. Se rajaba fácilmente al golpearlo, dando numerosas aristas cortantes. Aquellos bloques de pedernal en bruto recordaban por su forma cabezas humanas, blancas cabezas de ancianos. Producía un sonido metálico y estridente. Saltaban esquirlas cortantes

capaces de sacar sangre, cuchillas sedientas de hundirse en la carne y teñirse de rojo. Si hubiera posibilidad de casar el palo con la piedra — pensaba Fyr — se podría tener la seguridad de que tal pareja engendraría la muerte.

Fyr hacía ensayos ingeniosos para convertir en realidad lo que le bullía en la imaginación. Conseguir que el pedernal quedara sujeto a la punta del garrote, consumando la indisoluble coyuntura entre la virtud cortante de la piedra y el alcance y fácil manejo del palo... Pero, ¿cómo hacerlo? Los hombres que observan las experiencias que está realizando Fyr, con las manos apoyadas en la lanza que éste les diera,

menean la cabeza y sonríen disimuladamente al compañero de al lado.

—¡Ca!

El hombre del fuego ha comenzado esta vez con mal pie, Pero ¿qué se ha creído este hombre?

Y contemplan cómo él va uniendo el palo a la piedra mientras medita.

—¿A qué viene tanto pensar? ¿Es que espera él que la piedra eche raíces en la madera? ¿Es que la piedra tiene dientes para asirse firmemente o la madera va a abrir la boca para atrapar la piedra? ¡Bah!, el hombre del fuego está perdiendo el tiempo.

Pero Fyr sigue obstinadamente con su idea, haciendo ensayo tras ensayo. Y,

después de innumerables tentativas, un buen día exhibe de verdad un palo con un pesado y puntiagudo pedernal sujeto a la punta, y comienza a descargar golpes sin que se suelte la piedra. Golpea duro, rompiendo árboles con el hacha. Los hombres que presencian sus maniobras fruncen el ceño. Están deslumbrados. Peligroso, muy peligroso es el nuevo artefacto que Fyr ha ideado. Al instante lo han comprendido.

—¿Cómo ha sido posible? Se lo explican a uno y ni aun así lo comprende. Los hombres ven con sus propios ojos cómo se hace el instrumento, pero no son capaces de imitarlo. Fyr ha avanzado a tientas hasta descubrir el procedimiento de unir

ambas cosas valiéndose de una tercera. Utiliza materiales largos, finos y resistentes —crines, tendones, tripas— y los enrosca alrededor de las piezas con mil vueltas complicadísimas e interminables... En vano tratan los demás de imitarlo. Fyr tiene su secreto, y este secreto está en el arte del nudo.

Ésta fue la primera hacha. Fyr no se reservó tampoco la ventaja que este instrumento daba a su poseedor sobre los demás, pues hizo que el hacha pasara a manos de los enérgicos jóvenes de aquellas tribus con el encargo de que éstos procuraran convertirse en buenos cazadores. A él acudían a recibir lecciones. A unos se les entregaba un hacha hecha por las manos de él; otros

llegaron hasta a copiarla. El arte de unir las piezas era difícil, pues, además de habilidad manual, exigía una considerable madurez intelectual, siendo necesario fijar en la mente ciertas relaciones espaciales. El aprenderse la técnica del nudo imponía largos dolores de cabeza; antes de llegar a dominarla era preciso meditar largamente, con la cabeza hundida entre las manos, y tomarse periódicos descansos.

Mientras el hacha se iba difundiendo entre la mayoría de los silvícolas, que la conservaban en la misma forma en que la habían recibido, no se secaron las fuentes de la fecunda imaginación de Fyr, quien no tardó en comprender que en aquella nueva

combinación se encerraba el germen de otras armas e instrumentos. En efecto: uniendo al extremo de un mango corto una piedra afilada, ancha y de bastante peso, se obtenía un hacha excelente para cortar; y si ese trabajaba un mango largo y se le amarraba una piedra terminada en punta, se obtenía una jabalina nueva muy perfeccionada, afilada y de una fuerza de penetración mayor que la otra. Y, como siempre, Fyr hizo que esta nueva invención se propagara entre los hombres de la selva.

Ahora sí que le pareció que había hecho algo positivo. Hachas y jabalinas iban a trabajar en lo sucesivo para él, empuñadas por las manos de los hombres de la selva. Pero, ¿cómo

hubiera podido mantener su supremacía, si no hubiese tenido cuidado del fuego para conservar su alto prestigio e influencia para siempre? No estaba tan ciego que no viera el enorme poder que él había puesto en las manos de las tribus al concederles armas. Eran ya muchas, muchísimas, las hachas y jabalinas contra una sola. Pero él tenía el fuego, él era casi el fuego mismo. Así lo creían las tribus, y así lo creerían aun cuando él accediera a explicarles la verdad, tan diferente de lo que ellos creían. Así lo creían también las mujeres. Lo creían todos y todos estaban dispuestos a creerlo, hasta tal punto que hubo un momento en que casi se lo hicieron creer a él mismo. Para ellos,

Fyr era real y verdaderamente Gunung Api. Todos estaban unánimes en afirmar que el hacha por él fabricada para su uso particular, el hacha que él manejaba genialmente, no sólo descargando hachazos, sino lanzándola directa al blanco, albergaba dentro de sí al rayo. La temían más que a un hacha corriente. ¡Aquél era el fuego fulmíneo de Gunung Api!

Pero su gran poder consistía en poseer el manantial del fuego. El era todavía su único dueño; pues, aun cuando había transmitido el fuego a las tribus, el fuego *no* llevó consigo su secreto. Este secreto sólo lo conocerían los hijos de Fyr, herederos de su poder. Este poder consistía en que en cualquier

momento se podía renovar el fuego cuando se extinguiera la hoguera. Si los otros podían obtener de él una hoguera, no así el manantial del fuego, que éste estaba escondido en la cabeza de Fyr. Si se apagaba la hoguera, él sabía crear un verdadero volcán.

En medio del llano arde la hoguera. De todas partes vienen los hombres de la selva, arrastrándose de bruces, con una ofrenda para Gunung Api. ¡Ilimitado, casi sobrenatural, es el poder de Fyr!

Los animales... ¿Qué decían los animales? Bien pocos motivos tenían para estar satisfechos de la nueva situación, pues ellos fueron las víctimas

que pagaron las consecuencias. La paz entre hombres y bestias, aquella paz que había sido tan profunda como la que reinara entre los mismos animales, se rompió de pronto. La había roto la parte que se creía más débil. Aquel hombrecillo de la selva, saltarín y locuaz, se quedó de pronto horriblemente quieto y callado, y se dio a matar, cada vez con más frecuencia, animales de toda especie, llegando a ser más poderoso incluso que las bestias de más fuerza y corpulencia. De un modo inexplicable consiguió dominar hasta al elefante, al que nadie se acercaba sólo con ver su talla de gigante.

Callaron los rumiantes, que estaban acostumbrados a pagar su tributo de

sangre a los carnívoros. Un ciervo cae mudo, partida la cabeza o atravesado por una jabalina. Antes moría de un zarpazo o entre unos colmillos, o veía a su reptante enemigo arrastrándose junto a las fuentes y ríos o entre las altas hierbas. Ahora se dirigían hacia él enemigos levantados sobre dos pies, y cuando él, tendido en tierra, no podía levantarse, oía resonar un coro de carcajadas seguida de un hachazo entre los ojos. La misma muerte era más indulgente que aquellos hombres. Los herbívoros se fueron distanciando del hombre: al principio sólo los separaba la distancia de una vara; luego se alejaron más allá de un tiro de jabalina, al conocer el alcance de ésta. Al final

acabaron por huir hasta del olfato del hombre, a millas de distancia de él. Para que los hombres pudieran acercarse a ellos, habían de avanzar contra el viento y con el mayor sigilo.

La hegemonía de los carnívoros había pasado ya. Éstos ya no volvieron a lanzarse a la caza del hombre sin fijarse antes en la hora del día o de la noche, pues al encuentro de ellos salían objetos duros y mortíferos. La lucha quedaba decidida desde lejos, antes de llegar al cuerpo a cuerpo. Aquellos seres bípedos herían a distancia a través del espacio; de sus manos venían volando unos extraños objetos que producían dolor. Ya no encontraban sabrosos a aquellos hombres diminutos, que encima se

presentaban con aire retador y hostil. Cuando pensaban tenderles una emboscada en la noche, los encontraban agrupados en compañía del fuego, y no les quedaba otro recurso que volverse, cabizbajos, por donde habían venido. Preferían mil veces no tropezarse con ellos. Pronto se habían vuelto las tornas: ahora eran los hombres los que se dirigían a ellos, casi siempre en grupo; furtiva e insidiosamente acudían de todas direcciones, empuñando unos largos chismes peligrosos, con el resultado, demasiado frecuente, de que un animal carnívoro fuese a parar al estómago de aquel a quien antes consideraba como su desayuno. Estornuda el tigre al ventear a los

hombres; éstos despiden ahora un olor acre, pues llevan enredado en los pelos el tufo del fuego. El tigre camina a favor del viento, evitando, desde lejos, todo encuentro con el hombre.

Pero llega un día en que ni siquiera les basta eludir el encuentro cuerpo a cuerpo con los hombres y sustraerse a sus lanzadas. Los hombres de la selva persiguen a los animales con ardides totalmente nuevos, excavando hoyos para cazarlos. Pues dondequiera que vayan, las fieras se encuentran con el riesgo de que el suelo se hunda bajo sus patas. Ya la vida en la selva ha llegado a ser casi imposible. El mismo elefante encuentra su camino erizado de trampas, ¡ Qué golpe más duro para el más

prestigioso de los animales! Y si el poderoso e inteligente animal consigue salir del foso a fuerza de colmillos, la próxima vez que cae en la trampa encuentra en el fondo del hoyo una estaca afilada y endurecida por el fuego en la que la bestia queda clavada. ¡Con qué arte malvado trabajaba la cabeza de algunos, y qué gran aprecio debe de dar el hombre a la carne!

También los caballos salvajes son hostilizados por los perversos cazadores, que, empuñando garrochas y con estruendosa algarabía, avanzan, numerosos, con la intención de acorralarlos. Los caballos, como movidos todos por un mismo resorte, acuerdan zafarse de tal gentuza para

salir de aquella región donde no les es posible seguir viviendo, y se lanzan a todo galope en la dirección por la que no se ve aparecer ningún hombre con garrocha. Pero... ocurre precisamente lo que los cazadores habían pensado: en aquella dirección el terreno se corta bruscamente, descendiendo en un talud casi vertical, invisible desde arriba, y, oleada tras oleada, todo el galopante rebaño de caballos salvajes se precipita allá abajo, en un fondo cubierto de rocas. Ni uno solo se escapa de la muerte. Son tantos los caballos que quedan muertos que los cazadores solamente pueden consumir una parte de ellos antes de que se pudra aquel cementerio de caballos.

—Sí, los animales tenían motivos para temer a los aliados y sanguinarios proveedores del fuego.

Se había acabado la paz en la selva de verdor eterno que precedió al período glacial. Había pasado la época en que los herbívoros andaban en rebaños por las llanuras, y los hombres salían de los sotos para mezclarse con ellos, sin que ni unos ni otros conocieran el miedo. Entre las retozonas crías de los rumiantes y los hombres —que, amigos de todo lo que significara cambio, andaban correteando y saltando — había subsistido una antigua amistad. Sobre las vastas praderas, los hijos de los hombres, los cachorros y los potros

jóvenes, se habían revolcado en la mañana de los tiempos jugando entre sí al sol. Pero hubieron de separarse. En su destino estaba escrito que volverían a encontrarse de nuevo; pero antes habría de transcurrir largo tiempo y tendrían que pasar por amargas pruebas. Un duro aprendizaje esperaba a las criaturas antes de que llegara ese día.

Los animales vivían en el medio que les era propicio, adaptándose a las condiciones topográficas y climáticas. Los ciervos y el ganado vacuno habitaban en los bosques ralos, y por sus cercanías rondaban los animales carniceros. Por las estepas andaban errantes los caballos y las aves zancudas, y se desarrollaban plantas con

bulbos subterráneos, que habían de sobrevivir victoriosas al paso de las estaciones estériles. Debajo de la tierra se escondían los roedores que de ella vivían. Cabras y gamuzas escalaban las montañas; en las crestas más altas se instalan los renos para poder vivir en paz, pero se encuentran con esos animales a los que se ha dado el nombre de “glotones”. En las marismas habitaban los cerdos y los búfalos, mientras el lobo giraba en torno de los cañaverales espiándolos. Las nutrias encontraban salmones en los ríos de curso rápido, y allá lejos, en el mar, asoman sobre las olas su cabeza semihumana, mientras la ballena resopla entre bancos de arenques y bajo una

nube de gaviotas.

Por extraño y recóndito que fuera el lugar en que se ocultaran y por más que supieran defenderse unos de otros, no podían los animales librarse del hombre, con el que se encontraban en todas partes. Una mancha de sangre se había interpuesto entre el hombre y los demás seres. Al hombre le perseguían los elementos, y él y el fuego perseguían a los animales. Su vida se convirtió en una cacería que se extendería durante los siglos venideros. Ya *nadie* podría detener a los hombres, que habían adquirido un nuevo poder, valiéndose de toda clase de armas jamás soñadas. Sin embargo, no estaba lejano el día en que el hombre volvería sus armas contra sí,

convirtiéndose en su propio y más encarnizado enemigo.

EL HOLOCAUSTO

FYR había llegado al apogeo de su poderío cuando todavía era joven. Su caudillaje se basaba más en una realidad nueva e irresistible que en un largo cúmulo de experiencias, como había ocurrido con sus antepasados, los jefes que habían acaudillado a los hombres de la selva. Ya no era necesaria ni siquiera la experiencia de los viejos. Ahora que se estaba en posesión del fuego, todo lo que aquéllos sabían para defenderse en la noche y del peligro eran antiguallas superfluas. Una sola explosión de luz en el alma de un hombre había echado por tierra todo aquel cúmulo de recuerdos

amontonados durante toda la vida.

Fyr no gobernaba con actos de violencia y castigos brutales. Su fuerza y autoridad emanaban espontáneamente de su espíritu generoso. Ante él y ante su fuego se inclinaban todos de muy buen grado.

Fyr gobernaba con liberalidad, y bajo su gobierno los hombres de la selva entraron en una ininterrumpida serie de fiestas. Él organizó los sacrificios e introdujo una reglamentación fija en la provisión de alimentos para la manutención del fuego, de modo que, al mismo tiempo, todos los hombres participaran de ella; y esto lo había hecho de acuerdo con misteriosos convenios con los espíritus

ígneos, de cuyo cumplimiento él solo respondía, convenios cuyo origen se olvidó posteriormente, pero que se mantuvieron en vigor con tanta mayor persistencia cuanto menos se recordaba el porqué.

El sacrificio, tal como lo había instituido Fyr, descansaba en una sencilla concepción del fuego, al que se consideraba como un espíritu devorador, y en cada banquete era él quien presidía la mesa. Y el hecho de que los hombres hubieran osado comer con él obedecía a una revelación igualmente sencilla y elemental; o sea, que cuando se le preguntó al fuego si se podía comer un trozo de la ofrenda, él no contestaba, y esto se interpretó como una respuesta

afirmativa. Siempre se veía a Fyr murmurar una plegaria antes de dar comienzo al ágape. Aunque la oración no era larga, debía de tener mucha importancia, puesto que él nunca la omitía, Ésta era la fórmula utilizada por Fyr para solicitar la venia del fuego. Se paraba un instante a escuchar cortésmente por si el fuego quería decir algo, y como éste no decía que no y la carne estaba completamente asada, se apoderaba de ella.

La clase y cantidad de objetos que el fuego dejaba sin consumir se dejaban al discreto criterio de Fyr. Naturalmente, en esto se observaba siempre la equidad y se tomaban en consideración los conocimientos de Fyr, quien más tarde

llegó a hacer un convenio con el fuego, el pacto más favorable para ambas partes. Bastaba una simple observación inmediata para que uno descubriera el gusto del fuego, que era bastante distinto del gusto del hombre. Aquél prefería la leña a las frutas; tragaba las hierbas y las hojas marchitas crepitando y alzando grandes llamaradas. En cuanto a la carne, se comprobó que el fuego consumía pieles, huesos y vísceras de animales sacrificados con tanta voracidad como las demás cosas, y cuando digería bien, la carne maciza, paletilla y todo lo demás quedaba para el oferente y para los piadosos participantes del ágape. Poniendo toda la carne en un montón y la piel y los

huesos en otro, señalaban alternativamente a ambos preguntando al fuego con qué montón prefería quedarse. Ante su natural negativa, Fyr hacía la elección por sí mismo, procedimiento que adoptaba Fyr siempre que se presentaba una ofrenda al fuego. A continuación rendían a éste los máximos honores y comían hasta hartarse. Y así estaban haciendo sacrificios mañana y tarde.

Dispuso Fyr que se hicieran sacrificios al fuego tres veces al día, asociando, por una razón oculta a los demás, la naturaleza del fuego y de Gunung Api con el sol. Esta relación, aunque demasiado elevada para que pudiera comprenderla la generalidad de

los selvícolas, presentaba un encadenamiento lógico, puesto que era preciso prestar atención al sol en su salida, en su apogeo del mediodía y en su ocaso. La verdad es que esto coincidía estrictamente con la necesidad física humana de tomar algo al despertar, al mediodía, cuando la mañana había sido larga, y antes de irse a dormir. El extraño y sagrado significado de las horas de comer había de seguir siendo asunto exclusivo de Fyr y de *su* sol.

Pero Fyr no se limitaba a celebrar tres veces al día sus banquetes con los espíritus ardientes, los tres sacrificios diarios de siempre, sino que también celebraba grandes y extraordinarias

fiestas rituales en otras circunstancias determinadas, entre las cuales solía transcurrir un largo período. Tal ocurría, por ejemplo, con la reaparición de la luna. Asimismo disponía se sacrificasen grandes víctimas para conmemorar lo que él llamaba el año y el solsticio. Pero las más populares y simpáticas eran las fiestas lunares, que se celebraban con cantos y danzas.

A la popularidad de estas fiestas contribuyó también una costumbre de épocas anteriores. En otros tiempos los antiguos solían reunirse en las noches de luna llena, divirtiéndose con cánticos y con aquella armonía del árbol hueco. Ahora se habían añadido grandes y humeantes sacrificios nocturnos. En

medio de la asamblea fulguraba una inmensa hoguera, a la que llevaban cuantas víctimas pudieran conseguirse; a ser posible, se llevaba un elefante, que comían entero y tostado y que era el centro de gravedad del festín; o bien un hato de ganado salvaje después de perseguirlo y obligarle a bajar por una ladera. En tales ocasiones se organizaba un banquete gigantesco en el que se hartaban de grandes tasajos asados en el rescoldo. Circulaba la carne carbonizada y corría la grasa dorada; el aire se llenaba de animados gritos, y los espíritus se inflamaban bajo la presión de las venas congestionadas y brotaba un torrente de palabras en toda su espléndida y florecida magnificencia. La

abundancia engendraba elocuencia y suscitaba un coro de cantos báquicos. Y entonces el cuerpo pedía bailar.

El efecto paralizador que antes había producido el fuego sobre los nervios desatados, se trueca en excitación y movimiento ahora que la gente no se presenta ya ante el devorador elemento temblando estúpidamente de miedo. Ya los hombres no se postran boca abajo: al contrario, se atreven a rodear la hoguera, girando y girando en torno de ella. Impulsados un poco por el miedo y un mucho por la alegría, giran en un círculo mágico alrededor de la ardiente pira, cogidos de las manos y gritando, locos de entusiasmo, con un clamor en el que

vibra a la vez el homenaje de la gratitud y el júbilo de la posesión. Este rito se prolonga durante toda la noche, girando y girando alrededor de la hoguera incansablemente.

Devotamente introducen en el fuego un trozo de sebo y cuando ya huele a chamuscado y tiene un hermoso aspecto se ponen a lamerlo, y cada cual vuelve a coger de la mano a su compañero y sigue girando en torno al fuego con el sabor de la grasa en el paladar y un nuevo himno de alabanza en los labios, alarido de júbilo sin palabras que se repite sin fin. Al compás de aquel armonioso coro de alaridos dedicado al fuego y a la luna, rueda la danza a lo largo de la noche hasta que se anuncia el amanecer. Al asomar la aurora ya están

pensando en el sacrificio matutino que hay que ofrecerle al fuego, reservándose cada cual su bocado, pues bien merecido lo tienen después de un culto tan agotador.

De Aquí nacieron las sagradas danzas del fuego, en las que tomaban parte todos los hombres de la selva; danzas mímicas en las que se imitaba al fuego: extendían los brazos haciendo como que tomaban grandes brazadas, igual que él; cantaban con voz crepitante, silbaban y se enfurecían, como él; con antorchas en las manos, alucinados y enloquecidos como el fuego, se movían de puntillas durante toda la noche. En resumen, ellos eran ya el mismo fuego. Se metían el fuego

dentro del alma y luego lo devolvían en forma de cántico.

El cántico era sencillo, pero en el arrebatado coro de alaridos se repetía hermoso, en la noche larguísima, el nombre del fuego: “¡Oh fuego, oh fuego!” Y al final, este estribillo: “¡Venga una tajada y me chupo los dedos! ¡Qué deliciosas, oh elefante, qué deliciosas tus patas cuando han pisado el fuego, el fuego, el fuego! ¡Ahora que has entrado en la eternidad, descansa en mi estómago, descansa en paz!” Allí eran de ver la danza, la canción y el banquete.

Sin embargo, aquellas fiestas no se reducían a una mera glotonería. Aquellos felices cantos báquicos y aquel

arrebatado entusiasmo por el fuego llevaba en sí los gérmenes de una naciente poesía. Fyr había descubierto que tanto el fuego como los hombres necesitaban alimentarse de cosas distintas de las que saciaban el apetito; por ejemplo, aquel aroma delicioso... El fuego der mostraba un especialísimo goce espiritual cuando le daban ciertas plantas, cortezas aromáticas o resinas, exultando de placer y exhalando un humo tan perfumado que hasta los hombres se gozaban en respirarlo. Por esta causa dispuso Fyr que se celebraran diferentes sacrificios de frugalidad en los que sólo era considerado como don verdadero el humo que subía al cielo. Este sacrificio no era tampoco inútil

para el sacrificador, ya que en los momentos de saciedad constituía una verdadera delicia aquel humo aromático, el toser y dilatar el alma descansando y dejando volar el pensamiento.

Con fervoroso acatamiento presenciaban los hombres de la selva las artes fumígenas de Fyr. No les hacía falta forzar la imaginación para advertir que aquél era el modo con que el fuego y el grande y sabio hombre del fuego, unidos los dos, creaban las nubes. No les cabía la menor duda de que él, Fyr, era quien sostenía la bóveda del firmamento.

En las grandes noches de fiesta, mientras los hombres giraban en torno

de la hoguera, los animales se acercaban formando un corro alrededor, pero desde muy lejos. Sentían necesidad de ver lo que ocurría ante sus ojos y conocer el motivo por el que todos ellos tenían que morir. Allí oyen el coro de conjuros de los hombres, que danzan alrededor de la hoguera. Pero no escarmientan. El elefante hace su aparición en la orilla del bosque meneando la cabeza y doblando las rodillas. Es inteligente, pero no logra desentrañar aquel misterio. El tigre enseña los dientes, deslumbrado y molesto; allí terminó su poderío. Allá está en pie el toro, abiertos sus ojos asombrados y babeando. Todos los animales se van tornando cada vez más

mudos; lanzan una larga mirada que indica que no han comprendido que miran sin ver.

El primer hogar —el lugar donde estaba emplazada la hoguera de Fyr— se fue transformando en una especie de santuario. Al principio era modesto y sencillísimo: un fuego desnudo sobre un suelo desnudo. Pero para los hombres de la selva era un lugar sagrado por el que sentían la máxima veneración.

A medida que los hombres fueron perdiendo su antiguo miedo al fuego, a fuerza de ir y venir por delante de él, se fueron formando y multiplicando los símbolos y misterios de que el hombre lo rodeó. Fyr se cuidó de aquello, que no fue sino el resultado de la relación

fundamental que unía a Fyr con el fuego: la relación del toma y daca. El fuego le daba poderío a él, y él le daba alimento al fuego.

Era preciso que el fuego viviera con dignidad, y así Fyr construyó para él un pedestal para evocar el recuerdo de la montaña de donde había venido. Era un altar, un Gunung Api en miniatura, y en torno de ese altar fue colocando Fyr las cosas que él se imaginaba que serían del agrado del fuego, tales como cráneos y cuernos de los animales sacrificados, para que el fuego tuviera siempre presente el espectáculo de la caza mayor, aunque corrientemente tenía que contentarse con poco cuando era escaso el abastecimiento de carne y numerosos

los partícipes del sagrado banquete.

Cuando el fuego paladeaba aquel bocado delicioso, dando a la carne un gusto tierno, sin hacer otra cosa que producir humo y aroma, ¿acaso no era eso bastante para los días ordinarios de la vida? Diríase que el fuego había aprendido a alimentarse simbólicamente, tomando su sustento del espíritu de una cosa sin exigir la cosa misma.

Y es que Fyr encontró piedras que, como elaboradas por la mano de la Naturaleza, presentaban cierto parecido con los animales o semejaban cabezas de bichos; se le ocurrió que tal vez podrían dar alegría al fuego, aparte de que ahorraban el trabajo y la

preocupación de agenciarse la víctima viva de la que era imagen aquella pétrea concreción. Y se puso a hacer ensayos. Colocó cerca del fuego una piedra que le recordaba vagamente la cabeza de un ciervo, y para que el parecido fuera más exacto, el propio Fyr se puso a berrear y a encabritarse como un ciervo; a continuación preguntaba al fuego si la ofrenda era de su agrado, y como el fuego nada decía, interpretaba su silencio en sentido afirmativo.

El dar al fuego la imagen de un animal para que la devorara directamente hubiera sido una falta de imaginación imperdonable. Era probable que el fuego disfrutaba y se solazaba precisamente a la vista de la

imagen, y así era preciso conservarla bien para que aquel goce fuera constante y duradero. Fyr plantaba la piedra delante del fuego y él mismo tenía en su imaginación al verdadero ciervo cada vez que la contemplaba. ¿No era éste, acaso, el mejor procedimiento para nutrir al fuego en un sentido más elevado y fundamentalmente más noble?

Este acto no se limitó a la figura del ciervo. Fyr encontró muchísimas piedras diferentes que cualquier ojo perspicaz tomaría por animales. No le era difícil adivinar a un elefante en una gran piedra redonda con una vaga forma de trompa; cada piedra tosca que aparecía en el camino representaba una vaca. De aquella clase de animales

podía Fyr procurarse todos los que quisiera. Fyr colocó todo un reino animal alrededor del fuego, formando un círculo sagrado de piedras, las cuales, lo mismo que los auténticos animales, eran aceptadas por el fuego como una expresión simbólica de que él siempre estaba atendido.

Y si el parecido era demasiado remoto, se le daba un retoque rudimentariamente artístico para que resaltara mejor la imagen del animal en aquella piedra. De suyo no era preciso que la piedra se pareciera al modelo original, pues en cualquier piedra se podía grabar la imagen del bicho deseado. Así, por ejemplo, los caballos y los búfalos eran tan engañosamente

parecidos, que lo mismo daba reproducir unos que otros. Y, a fin de cuentas, ¿por qué había de emplearse precisamente una piedra? Como el espíritu era imagen, y no piedra, se podía reproducir simbólicamente un animal determinado como uno quisiera. El alma estaba en las líneas. Y teniendo las líneas, se tenía todo el animal.

Para nutrir al fuego, que gustaba de alimentarse con tantas ceremonias y rodeos, había un arte fecundo que permitía en todo momento tener contento al fuego, presentándole el bosquejo de una comida, reservándose para ellos la comida verdadera, alegando, por ejemplo, motivos de salud. Jamás dejaban de dar al fuego leña suficiente

para su consumo diario, tarea de la que se encargaban las mujeres.

Fyr había organizado las cosas del siguiente modo: las mujeres traían la leña, y la totalidad de los hombres de la selva se iban de caza desde la mañana hasta la noche, para conseguir víctimas para el fuego, mientras éste se contentaba fácilmente con la caza simbólica. La parte del beneficio que, mediante este procedimiento, llegó a corresponderle a Fyr se reflejaba bien a las claras en la silueta que adquirió éste, pues con el tiempo se fue transformando en un verdadero Gunung Api, en una sedentaria montaña de gordura.

Cuando la mayoría de la gente se hubo acostumbrado al fuego; cuando

todas las tribus llegaron a tener hoguera propia, alimentada por ellos mismos; cuando le hubieron ofrecido sacrificios apropiados (naturalmente, la víctima principal había de destinarse a la hoguera de Fyr), éste se trasladó con su primitiva hoguera a una cueva, la cual llegó a convertirse en un verdadero santuario.

La cueva estaba metida en una roca y era tan lóbrega y laberíntica, que, para llegar al lugar interior donde estaba el fuego, había que atravesar largas galerías húmedas. Allí vivían, con un siniestro poderío, Fyr y el fuego, el sagrado fuego del sol, padre de todos los fuegos. Allí, en los muros y en el techo, había bosquejado Fyr las figuras

de todos los animales de caza para propiciar al fuego, y allí recibía las ofrendas.

Fyr era un artista; lo que él creaba en su imaginación quedaba convertido para él en realidad: una realidad extraña de la que él se había rodeado, haciéndola suya. Él era señor de aquel mundo. Ya no pensaba en la realidad exterior.

¡Pero he aquí que de pronto Gunung Api rompe su silencio!

Largo tiempo hacía que la montaña estaba dormida; tanto, que los hombres de la selva habían casi olvidado su devastador poderío y le había atribuido otras virtudes desde entonces. Él no había hecho más que humear como de

costumbre, hacer la guerra a la lluvia, relampaguear entre las nubes y retumbar de cuando en cuando, como siempre. Pero un buen día, sin previo aviso, se estremece hasta sus cimientos con tal violencia que por sus faldas se desplomaron, dando tumbos enormes, pesadísimas rocas, el agua saltó del lecho de los lagos, los árboles oscilaron en la selva, zonas enteras de la selva se desplazaron como si ésta quisiera ponerse en marcha. En la tierra se abrieron profundas grietas que se tragaron ríos y arroyos. Se produjo una confusión espantosa. Este fenómeno fue de corta duración; pero luego, en el interior de la montaña, siguieron produciéndose truenos y estallidos; el

día se fue hundiendo en las tinieblas; los rayos surcaban el cielo como saetas; se oía un retumbar de truenos, no con estampidos aislados, sino de un modo continuo, como el ruido de un monstruoso torrente bramador. Se estaba esperando de un momento a otro que estallara el incendio en la selva. Parecía ser aquél el último día del mundo.

Y aquel día Fyr fué la víctima sacrificada al fuego.

Resultante final de muchas causas, se cumplió en él “la ejecución del hado presurosa”.

El primer presagio de su desdicha fue que aquel gran desastre lo alcanzó también a él, pues parte del sagrado recinto donde él vivía se derrumbó.

Nadie resultó herido; únicamente una docena de mujeres quedaron enterradas en una galería; pero los hombres de la selva comenzaron a considerar aquello como una mala señal. ¿Era o no era invulnerable? Fyr ¿era Gunung Api o era algo distinto?

Luego, cuando Fyr hubo salido a escape, con el resto de sus mujeres detrás, tumultuoso rebaño que iba dando balidos, y sobre las que todo el mundo esperaba que él ejerciera una influencia tranquilizadora, resultó que el hombre del fuego apareció tumbado en el suelo, en una postura demasiado humana, tendido de bruces lo mismo que los demás, buscando a gatas algo a que agarrarse en la tierra, que se alzaba y se

hundía como a saltos. Aquello estaba claro como la luz del día: quien movía la tierra no era Fyr, puesto que ni siquiera en un instante fue capaz de mantenerse en pie.

Cuando, después de haberse calmado el primer movimiento de pánico, pareció producirse una pausa en la cólera de Gunung Api, los elementos más sensatos de la tribu trataron de decidir cuanto antes lo que había de hacerse. Era necesario aplacar al volcán, ¡y cuanto antes! De las afirmaciones de Fyr, tantas veces repetidas, de que la suprema aspiración del fuego era devorar la comida que le ofrecían, ellos habían llegado al convencimiento de que para aplacarlo

era necesario una víctima; si retumbaba el trueno en el espacio o si el volcán profería sus amenazas, todo el mundo sabía que estaba deseando carne, pues era lo que tenía por costumbre comer. Pero he aquí que ahora Gunung Api estaba supremamente irritado, tanto que ni todos los animales de la selva juntos bastarían a satisfacer su voracidad. El fuego necesitaba un plato extraordinario, absolutamente delicioso... Y de pronto se les ocurre a todos a un, tiempo una idea salvadora: que lo que el fuego quiere es al propio Fyr.

Están convencidos de que las bestias no son suficientes; que él quiere hombres, la población entera de la selva; no, mejor aún: el que más

descuella entre todos, es decir, a la Humanidad representada en una sola persona; el arrendatario y representante del fuego y de la Humanidad... Y Gunung Api va a tener de verdad lo que desea. La vieja crueldad va asomando secretamente a medida que los hombres de la selva van avanzando entre férreas conclusiones lógicas. Fyr ha gobernado frívolamente, esparciendo en torno suyo la alegría. Ahora vendrá lo serio; ha llegado el momento de la prueba. ¿Quién es, en fin de cuentas, ese que se hace pasar por Gunung Api? Ahora se va a ver si él es o no es un hombre igual que los demás.

“¡Cuánto ha habido que aguantar en silencio — piensan aquellos hombres —

por culpa suya! Matarse por él, cazar por él, y ¿cómo había desempeñado él su cargo? Habían confiado ciegamente en el hombre que había de ser mediador entre Gunung Api y la Humanidad, y ahora la catástrofe amenaza a todos los ciudadanos de la selva porque él ha venido dando al fuego pieles y huesos en vez de carne, quedándose él con la gordura más rica y distrayendo al devorador celeste con figuritas e imágenes. Conque el alimento espiritual, ¿eh? ¡Al fuego con él! ¡Que se lo coma Gunung Api!”

¡Ante cuántas cosas habían permanecido mudos cuando este pirata, que se ha proclamado dios, inventaba historias sobre el mecanismo del

universo, historias que él había dicho que le habían sido reveladas allá en la soledad, en la cumbre de la montaña! Él había afirmado — y esto lo había sacado de la contemplación directa del cielo y de la tierra — que el día no tenía luminosidad propia; que era día porque el sol brillaba, como sí cualquier hombre, en pleno uso de sus sentidos, no fuera capaz de ver que ocurría todo lo contrario: que el día tenía luz propia y que el sol le pedía prestado su resplandor. Y había dicho más: había dicho que el sol era un espíritu de la misma clase que el que se revelaba en el fuego, en Gunung Api y en el rayo; que acaso era el máximo y supremo espíritu del fuego, puesto que habitaba en el

cielo, y si parecía más pequeño era por estar tan alto y lejano... ¡Habrase oído cosa igual! ¡Si todo el mundo estaba más que convencido de lo que veían sus ojos, de que el sol era un minúsculo y vulgar erizo! ¡A la hoguera con él!

Y ¿no se le había ocurrido también el disparate de que las figuras que se veían en el agua cuando uno se asomaba a ella no eran personas, sino un engañoso espejismo, de que uno se veía a sí mismo en imagen? ¡Al diablo él y sus imágenes! ¡Aquello era inaudito! Era preciso estar loco para negar aquella cosa viva que uno veía con sus propios ojos, para desmentir la opinión de los más viejos. ¡Ea, a las llamas con él!

Cierto que ellos habían aprendido

de él el uso del fuego; pero, para hablar honradamente, lo habían hecho a regañadientes y con miedo, y la verdad es que no querían cargar sobre sus propias espaldas una culpa que sólo era de él. Él solo pagaría la audacia de haber robado el fuego a Gunung Api. Fyr resultaba ahora demasiado peligroso en la tribu para que se le dejara andar suelto. Los viejos llenos de experiencia, que ahora volvían a levantar la cresta entre los hombres de la tribu, consiguieron convencer a éstos de que era un peligro para toda la población de la selva el tener entre ellos a un individuo que andaba tan derecho, puesto que atraía al rayo dejando expuesta a toda la Humanidad a la ira y

la venganza de las potencias invisibles. En la cólera y erupción de Gunung Api está la prueba. Lo mejor que podía hacerse era dejar frío a aquel blasfemo; cuanto antes, mejor.

Los dos o tres inventos insignificantes que él había legado a la Humanidad, ¿qué eran? Puras perogrulladas que cualquier hombre hubiera podido inventar después. Mucho había alardeado de ello. Pero ahora las iba a pagar todas juntas.

No obstante, se quiso dejar bien sentado que no era la población quien lo condenaba por todos sus delitos, sino el fuego. Si él era realmente un dios, como algunos “creían”, entonces no prenderían en él las llamas cuando lo

rozara el fuego, en cuyo caso había tierra suficiente para yacer postrados y adorarle. Si era dios, se mostraría tan magnánimo que perdonaría la pequeña duda de los hombres. Pero si era una persona como las demás, ardería como una tea.

Pero cuando la tierra tiembla nadie puede estar seguro de mantenerse en pie. Llegó el momento de la prueba y Fyr ardió.

—¡Mirad, mirad!—decían los viejos, guiñando y pestañeando expresivamente, al ver de qué modo tan rápido desaparecían cabellos y barba—. ¡Resulta que es tan combustible como un cerdito! ¡Es un hombre como yo y como tú! ¡No os lo decía yo?

Veían que sus quejidos eran auténticos cuando el fuego hizo presa en sus manos y pies, que sus aullidos eran aullidos humanos. Ya no había razón para aplazar por más tiempo la prueba. Fyr no había podido resistirla con éxito. Luego prueban en él el hacha de su propia invención; hunden en sus carnes una lanza de punta de pedernal — otra de las cosas que había legado a la Humanidad—, la cual ahora se volvía contra él. Luego hicieron que las servidoras del fuego lo sacaran de la hoguera y lo abrieran en canal. En esto tenían mucha práctica. Había que someterlo hasta la última prueba.

La tierra continuó estremeciéndose todavía durante algún tiempo. Gunung

Api echó a rodar rocas por su ladera. Los rayos bailaban en las tinieblas. Se hizo medianoche en la mitad del día; una horrible oscuridad con una pira de sacrificios en el fondo, como un charco de sangre, y aquí en este infierno se realizó la prueba, suprema. Hombres y mujeres paladearon la carne de él, hallándola exquisita, tierna, hasta deshacerse en el paladar, y muy parecida en todo a la de cerdo, pero de una dulzura más intensa. En esta ocasión sintieron el gusto anticipado de un asado especial que, más tarde, levantaría a los hombres en hordas unos contra otros y sería causa de que las gentes se lanzaran en masa unas contra otras, quedando después de la batalla la mitad de los

combatientes y en el campo de batalla sólo los huesos y restos de una hoguera, pues los hombres de la selva le tomaron el gusto a la carne y después se comían todo aquello que no resistía a la dureza de sus dientes.

Fyr tenía buen sabor. Los hombres se pusieron a eructar y a mirarse unos a otros furtivamente, con los ojos inyectados en sangre.

—¡Y decir que tú y yo, compañero, habíamos llegado a creer que ese hombre era un dios!

LA GLORIA POSTUMA DE FYR

PERO después de la muerte de Fyr la gente empezó a recapacitar. La duda relativa a su divinidad había sido, a pesar de todo, una duda peligrosa en la que era difícil mantenerse ya. Lo mejor y más seguro era empezar a dudar de la duda misma. Después del holocausto de Fyr aparecieron varios signos y prodigios difíciles de explicar con una interpretación imparcial. Gunung Api se había callado de repente. Ya no volvieron a producirse más sacudidas, ni más caídas de rayos, ni más incendios

en la selva. La montaña se había quedado extrañamente silenciosa. Diríase que había quedado satisfecha con el castigo impuesto al malhechor. Pero al mismo tiempo había señales indudables de que Gunung Api había sido herido de muerte, pues había cesado de humear. Sobre la corteza terrestre se extendió una quietud mortal. ¿Ya nunca más habrían de ver un hombre como él, un Gunung Api en forma humana? ¿Ya nunca más volverían a contemplar al ser a quien habían dado muerte?

Se produjeron otras muchas señales fatídicas. Poco después del día de la catástrofe aparecieron una mañana marchitas todas las palmeras. Cayó una

helada que presagiaba la ruina de la selva eternamente verde. Un estremecimiento recorrió todas las cosas de la Naturaleza y ocurrió algo extraño: el cielo comenzó a desplomarse en fríos harapos blancos. ¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Qué es lo que habían hecho? ¿Ya no volvería a existir aquel mundo? ¿Es que en su insensatez habían dado muerte a aquel que sostenía el cielo y la tierra?

Esta vez no se desplomó el cielo por completo; sólo se desprendió de él un estrato. Sin embargo, aquello era ya bastante malo. Era evidente que toda la bóveda del cielo había sufrido un grave trastorno. Demasiado tarde se dieron cuenta los silvícolas de que habían

trabajado para su propio daño.

Muchas y muy sombrías ideas cruzaron por su mente al pensar ellos en *su* presente estado de indefensión y en las posibilidades de salvar al mundo de su destrucción.

¡Ay, quién tuviera ahora la cabeza de Fyr para entender y explicar lo que era el error y lo que era la verdad!

Pero se quedaron con el alma oscura y negra como el carbón después de haberse extinguido la llama, con fantasmas de luz ante los ojos, pero sin poder penetrar la oscuridad. En un instante recordaron todos los rasgos del Fyr desaparecido, pero ya no lo volvieron a ver vivo. Tenían fuego, pero no lo tenían a él.

Su renombre y las imágenes de que se sirvieron para describir sus cualidades pasaron a formar parte de su lenguaje; Fyr era de fuego, como su nombre; una luz entre los hombres; una clara, luminosa, rielante cabeza; de él emanaba un fuerte resplandor radiante; en su corazón moraba el fuego eterno; era el comienzo de toda luz. Alumbraba, relampagueaba, crepitaba lleno de gracia e ingenio. Su naturaleza era una pura ascua. Era ligero y veloz. Era antorcha en la noche. Deslumbraba, daba calor; destellaba, su alma era llama. Abrasaba, ardía, centelleaba, fulminaba, saltaba como un surtidor; en una palabra, a él le aplicaban todas las imágenes y símbolos que eran atributos

del sagrado elemento a quien él había domesticado y con quien él se había identificado. Ya nunca olvidarían que él había legado el fuego a los hombres. ¡Qué desgracia que hubiera sido precisamente él el que pereció en la gran hoguera!

Pero el caso es que la desgracia había ocurrido. Ocurren cosas así en la vida. A nadie en particular se podía culpar de ello; toda la población de la selva había estado unánimemente acorde en entregarlo al fuego, y éste lo había devorado sin piedad. La mayoría de la gente y el fuego a un tiempo habían dicho su palabra. ¿Quién iba a alzar su débil voz solitaria contra este hecho? Lo que más tarde ocurrió no es muy a

propósito para contarlo aquí. Al formarse el juicio póstumo del fin de Fyr predominaron dos puntos de vista: el primero era que resultaba francamente muy dudosa la hipótesis de *que* había muerto sacrificado al fuego; eso sonaba a inaudito y sólo se podía aceptar con grandes reservas. ¿Quién lo había visto? La noche era oscura, la tierra temblaba y todas las cosas se sacudieron y se entremezclaron. ¿No pudo ocurrir fácilmente que la muerte de Fyr se confundiera igualmente con alguna matanza casual ocurrida en las proximidades?

Nadie tenía derecho a creer lo peor al enjuiciar a los seres humanos. En realidad, Fyr había sucumbido de un

modo natural y los buitres habían hecho presa en él igual que en los demás muertos. Esta explicación pasó a la posteridad como la más lógica y fue la que prevaleció. Por lo demás, había sido Gunung Api el que había exigido el castigo. El segundo punto de vista nunca llegó a discutirse verbalmente. Era una opinión completamente tácita que todo el mundo compartía, pero que no era necesario mencionar: había cierto número de hombres en la selva, número bien definido, que estaban perfectamente enterados, pues todos ellos habían asistido a aquel supuesto sacrificio, jamás puesto en claro ni demostrado; y aun cuando ellos no dijeran nada, estaban secretamente convencidos de

una cosa, que más tarde se comprobó, que tenía mucha importancia: todos los que habían asistido a la muerte de Fyr tenían dentro de sí una parte del dios. Los demás demostraban tener ante ellos cierto temor religioso; los honraban, pero les tenían miedo hasta el punto de erizárseles el cabello al acercarse a ellos. Ya desde entonces aquellos partícipes de la muerte de Fyr y los descendientes de ellos ocuparían un lugar especial en las tribus. La gente los rodeaba de un sentimiento sagrado, como si fueran una especie de sepultura consagrada, pues sabían que en sus cuerpos había sido enterrado Fyr.

El poder y secreto de Fyr pasó a sus hijos, que tenía muchos: auténticos

Fyrs saltarines y veloces como el viento, que sabían aprovecharse muy bien de la herencia legada.

En la opinión universal de los hombres, Fyr fue ocupando paulatinamente el lugar de Gunung Api; pero resultaba más fácil y natural imaginarse al dios como un hombre que como una montaña. Cuando hacían los sacrificios pensaban más en Fyr que en el fuego en éste adoraban a su persona, y cuando lo invocaban esperaban de él precisamente que escuchara su ruego; él comprendía mejor a los hombres que el fuego, que nada tenía de humano. Así fue como el culto, que antes había sido un fenómeno oscuro para los hombres de la selva, adquirió ahora un sentido y un

significado.

De Fyr, como hombre, se decía que no había opuesto la menor resistencia cuando le condenaron a la prueba del fuego; que él había ido voluntariamente a la hoguera. Cuando se quejó, no era del trato que le habían dado, sino, evidentemente, por otros motivos personales.

Porque, ¿qué había de decir respecto al trato que se le dio? Eran muchos contra él, muchos los que estaban rugiendo a coro, y un coro siempre tiene razón. El fuego, naturalmente, no era un amigo cariñoso. Pero si Fyr se sentía atormentado entre las llamas era por otras razones, no porque se sintiera arder y morir. Más le

torturaban las cosas en que pensaba: visiones interiores que bullían en su mente demasiado vivas al enfrentarse con su propio fin, tan próximo.

Entonces vió a cuán mísero estado había llegado; vió cuán cortos tenía el hombre los brazos y cuán alto estaba el cielo. Él se había figurado que un día se pasearía por el gran campo de estrellas, que vería a la luna por la espalda y que tocaría con sus dedos el sol. Pero ni siquiera había alcanzado la cima de Gunung Api. Él pensó que siempre tendría tiempo de hacerlo, pues hasta entonces todas las cosas le habían salido a maravilla en este mundo. En todo tuvo éxito; se había hecho amo de su propio mundo; el fuego se le había entregado

sumiso; pero había una cosa que él no fué capaz de encadenar, y esta cosa era el tiempo inexorable. Él había inventado los procedimientos para medir el tiempo; había introducido números en el mundo para sujetarlo y detenerlo. Pero, ¿dónde había quedado el mundo?

¿Adónde había ido el tiempo pasado? Estaba presente en su mente, pero en realidad ya no existía. ¿Dónde estaba la juventud? ¿Dónde estaba aquel joven Fyr de la montaña? ¿Dónde su cántico a la Aurora? ¿Qué se había hecho de las amapolas? Y aquella amiga de un día, ¿dónde estaba ahora? ¿Dónde la breve antorcha que habían encendido juntos? ¡Ah, entonces él era él y ahora sólo era su apariencia! ¡Y ahora lo iban

a entregar al fuego! Mejor así, pues ya no era ni la sombra de sí mismo. Conque, ¿era aquello un castigo? ¡Pues aprisa, aprisa! ¡Echad más leña, perros!

Llorando había ido Fyr a la muerte. Pero cuando él estaba gritando con humana angustia; cuando los años y el fuego mordían en su vida, oyeron cómo alguien gemía, y vieron la sombra de un ser humano, una anciana mujer encorvada que se arrastraba hacia la hoguera. Era la madre de Fyr, decrepita y olvidada desde hacía muchos años; desde la lejana cueva de invierno excavada en la tierra, adonde se había retirado, oyó los gritos de su chaval, y al poco rato apareció arrastrándose, tentando el suelo con su pie cojo, y, de

un salto, se arrojó a la hoguera, se tendió en ella y exhaló un hondo suspiro. ¡Qué suerte compartir la de aquel mozo valiente que una vez — ¡qué lejana aquella fecha, y, sin embargo, aún había sido ayer! — se le había escapado del regazo con sus cabellos flotantes para desaparecer entre el oleaje del mundo!

Si no había podido entrar con él en el fuego antes, lo podía hacer ahora. Ella se llamaba *Ve*, que significa Dolor.

Más tarde los descendientes de los hombres de la selva dijeron que el sol era Fyr, que, fascinador y generoso, caminaba todos los días por el cielo, sembrando de luz el mundo.

En cuanto a la madre de Fyr, afirmaban que era la luna, que marcha en

pos de él, siguiéndole en su ruta, pálido el rostro, unas veces entera, otras veces sólo la mitad, lo que indica que ella da por él pedazos de su corazón. Y cuando las noches son oscuras, es porque ella lo ha dado todo y ha sucumbido a su dolor; pero cuando vuelve a irradiar con toda su fuerza en el cielo, entonces él se siente dichoso.

Todas las mujeres invocan a Ve. Versátil y cambiante como el corazón de Ve es el corazón de las mujeres; se deshacen todas a fuerza de dar. Pero en cada plenilunio, su corazón vuelve a estar entero.

LA MONTAÑA DORMITA

LA última erupción de Gunung Api fue como una convulsión sin consecuencias, como el gesto de un coloso que se despereza en sueños. Después se quedó extrañamente tranquilo y silencioso; ya no volvió a humear de un modo perceptible. Nunca más dio a entender con temblores que en su interior palpitaba la vida. Ya no se ocultaba tanto entre las nubes. Con frecuencia aparecía descubierto en toda su larga y negra desnudez y allá arriba, alrededor de su frente, brillaba como una corona la helada. Ya no volvió a respirar. ¿Se había quedado realmente sin vida?

Quien hubiera hecho esta pregunta, no llegaría a vivir el tiempo suficiente para obtener respuesta a ella. No le contestarían tampoco las razas venideras durante muchas generaciones. Gunung Api ha entrado en un largo sueño; su garganta se ha cegado de cenizas, y allá, por debajo de él, en las calderas subterráneas, el fuego se ha enquistado y se ha dormido, encerrado en la prisión de los eones. Ya no parecía ahora mantener en pie sus regimientos de terror sobre la tierra.

Al contrario, arriba, sobre la tierra, flota en el aire una cosa distinta, algo que no posee la naturaleza del fuego.

Ahora pasa a su lado el hombre, llevando el fuego como quien lleva un

leopardo domado; ahora el hombre se ha vuelto valiente y se ha transformado en un gran tragón, llegando, incluso, a alimentarse de la hiel de su hermano.

Y los cazadores — los que allá, en los valles, cazaban y eran cazados — ven aparecer una mañana ante sus ojos un capuchón blanco, de un nítido y duro resplandor, como un ojo vidriado, primer presagio del período glacial, la era de las nieves eternas.

SEGUNDA PARTE

EL GLACIAR

DRENG

EN las selvas vírgenes ardía una hoguera, la única que podía verse en muchas millas a la redonda. Ardía en un terreno raso, inmediatamente al pie de un alto talud rocoso, al abrigo del viento. Allá arriba el huracán pasaba silbando a través del bosque; la noche era oscura, sin luna y sin estrellas. Llovía. Pero abajo, al abrigo de las rocas, el fuego alzaba de un montón de leña menuda sus quietas llamas fulgurantes. La luz formaba como un ojo brillante en la noche profunda.

Alrededor de la hoguera estaban tendidos un grupo de hombres

durmiendo; todos tan cerca de la hoguera, que se los veía bañados de luz. Estaban desnudos. Todos eran varones. Cada cual dormía con una maza en la mano o colocada a su alcance para poder asirla en sueños. Sus cestos de varas llenos de diversas provisiones — frutas y raíces — yacían en la hierba en torno de la hoguera, cuyo redondo círculo de luz envolvía al grupo dentro de la selva virgen. Unos pasos más allá de la roca, donde caía la lluvia, y venían arrastrándose las sombras de la noche, se entreveían vagamente los restos de un animal degollado parecido a una cebra, víctima sacrificada al fuego...

Sólo uno de los del grupo estaba en vela. Se hallaba sentado junto a la

hoguera sin moverse, pero sus ojos no estaban quietos ni un momento. Era un mocetón membrudo, de descomunal corpulencia, aunque todavía no había alcanzado la madurez de un hombre. Tenía a su lado una enorme fila de ramas gruesas y leña menuda, de la que cogía de cuando en cuando algo para echar al fuego. Cuando el fuego iba menguando hasta el punto de que los hombres del grupo más alejados quedaban fuera del círculo de aquella esfera de luz, inmediatamente se agitaban en sueños. Pero esto rara vez ocurría, pues el muchacho nunca solía dejar de alimentar al fuego en la medida necesaria y suficiente. Sabía de cuánta leña disponía y lo larga que era la noche. Sin

necesidad de pensar en ello, atendía al fuego y generalmente estaba solitario y silencioso, vueltos sus cinco sentidos hacia la temerosa oscuridad de la selva. En la mano izquierda empuñaba un pedernal en forma de cuña, todavía de forma tosca. Cuando el fuego seguía ardiendo bien y nada distraía su atención, dirigía un corto vástago de asta de ciervo hacia un lugar u otro del pedernal y, después de largos tanteos, le sacaba una astilla, que iba a caer en el fuego. Luego comprobaba el resultado sopesando en la mano el trozo de pedernal, que había de convertirse en hacha como nadie jamás había visto otra igual, y lo examinaba por todas partes, con ojos penetrantes, aproximando el

asta del ciervo, calculando la posición de la próxima anilla que le ocultaba la forma ideal que él veía en su mente. Sobre sus rudas facciones se extendía una luz creadora, un resplandor de visionario, en tanto arrancaba hábilmente a la piedra el secreto de un futuro instrumento. Mientras estaba haciendo sus ensayos y tanteos, sus ojos destellaban inteligencia. Pero cuando luego arrancaba una astilla a fuerza de presión, ponía en ello una fuerza tal, que hubiera podido atravesar de parto a parte la cabeza de un hombre con el asta del ciervo, pues arqueaba los lomos como para levantar una montaña, cuando únicamente se trataba de hacer saltar una esquirla diminuta. Aquélla sería una

arma nunca vista. Tenía arrimada a sus rodillas el hacha con la que él había cortado leña para el fuego; era una modesta piedra muy grosera sin forma ni filo. Pero era sagrada por haber pasado en herencia a las generaciones que habían plasmado el destino del muchacho.

Éste se llamaba Dreng. Había nacido para velar por el fuego. Perteneecía a la prestigiosa y temida familia cuyos miembros tenían la prerrogativa de cuidar del fuego y hacerse cargo de las víctimas a él sacrificadas. Este privilegio era tan antiguo que nadie recordaba exactamente su origen. Corría una vaga leyenda acerca de un hombre de la tribu

que un día, en un momento de locura espléndida, asaltó la montaña ardiente donde habitaba el espíritu del fuego, el rugiente devorador, y regresó indemne con una llama en la extremidad de una rama. Naturalmente, la tribu había arrojado a aquel poseso a un muladar para que fuera pasto de los buitres; pero conservaron el fuego y se alegraron de ello. El desdichado que había robado el fuego fue rehabilitado más tarde con una bella leyenda de gloria póstuma y se protegió a los buitres convirtiéndolos en objeto de culto, pues se suponía que ellos poseían el espíritu del hombre a quien habían devorado. Pero más tarde el fuego y sus víctimas pasaron en herencia a la familia de aquel hombre,

uno de cuyos descendientes era Dreng. Éste tenía el prestigio de que habían gozado sus antepasados, pero, por diferentes motivos, las gentes le temían.

Dreng era un guerrero. La familia del fuego nunca se había destacado por su carácter viril; su trabajo era fácil, y ella vivía demasiado bien merced a la caza aportada como ofrenda para el fuego. Los selectos de la tribu era gente generalmente débil y sedentaria que, a falta de fuerzas y energía, se servían de brujerías y otras mañas cobardes. En la mayoría de las demás tribus, a las que conocían, pero con las que nunca establecieron contacto, las mujeres eran las encargadas de cuidar el fuego, y se consideraba el trabajo como algo

indigno de un hombre. Esto se basaba, naturalmente, en la ignorancia y en lo» groseros puntos de vista de las tribus forasteras correspondientes. Sin embargo, ¡qué lástima que el arisco Dreng pareciera compartir la opinión de aquellos extraños salvajes! I Frecuentemente expresaba su desdén por su vocación, y cuando se lo censuraban, repartía bofetadas. Dreng no se parecía a sus inmediatos antecesores; ya muy temprano comenzó a diferenciarse de ellos por su afición a la soledad. Cuidaba del fuego mejor que lo hicieran sus predecesores, pero lo hacía con desagrado; no se postraba de bruces ante el espíritu ardiente, sino que le daba indiferente y metódicamente un hueso a

roer. Talaba árboles para el fuego como quien comete otros tantos asesinatos; y esto no lo veían con buenos ojos las personalidades más respetables de la tribu. Él poseía unas fuertes manazas y hacía las armas más perfectas, pero esto no era una cosa digna y decorosa.

Cuando era un zagal muy joven, había mostrado inclinación por la caza, inclinación poco apropiada para el que el día de mañana había de ser un “elegido”. Y cuando salía de caza, ni siquiera lo hacía en compañía de los más jóvenes cazadores de la tribu, sino que se le veía insociable y solitario; toda va no era más que un muchacho cuando, con su trozo de rama de fresno endurecida al fuego, mataba y traía

arrastrando, a veces, la cría de un caballo triungulado, y otras veces, la de un oso de las cavernas o más bien la de un rinoceronte, rechoncha, de color malva, todavía sin cuernos. Y en tales casos la gente lo miraba por entre los dedos de la mano.

Pero llegó el día en que le fue entregarla solemnemente el hacha sagrada del fuego y le consagraron a la larga vida oculta de guardián del fuego. Se había acabado aquella infancia libre de cuidados. Pero aún ahora, cuando otro de su familia tenía el turno junto a la hoguera, él intentaba escabullirse para hacer una excursión por el bosque. Cada vez miraban con más malos ojos su espíritu mundano, y tantas mañas se

dieron por amargarle la vida después de cada escaparla, que el muchacho prefirió no volver a las andadas. Entretanto, el gusto por la aventura se le metió en la sangre, y esta inclinación buscaba su salida en una vida interior muy intensa y agitada. Soñaba grandes cosas. La falta de experiencia y el estar atado por su deber de cuidar la hoguera le fue dando un carácter adusto, aunque no mezquino ni malvado. A pesar de su forzada vida inactiva, él se hizo fuerte como un uro y, al mismo tiempo, callado y sobrio. Aunque era muy joven, había creado ya una no pequeña tensión entre él y el resto de la tribu. Cuando las personas mayores le impedían hacer una de las suyas, entonces, como

compensación, se divertía con ellos haciéndoles travesuras. Dreng preparaba hogueras que achicharraban las plantas de los que estaban durmiendo y que amenazaban devorar a todo el campamento, o bien les lanzaba tal cantidad de humo que los más próximos se rompían el pecho tosiendo. La tribu toleraba sus pesadas bromas, pero no amaba a] muchacho. La gente vivía una vida idílica y no quería oír hablar de una vida distinta. A pesar de esto, no hay duda de que el destino de Dreng se habría parecido bastante al ríe los demás, pese a su natural rebeldía. Va el tiempo se encargaría de ir domando sus fuerzas transformándolas en rencor, hasta el punto de llegar a ser el azote de

su tribu, azote que ésta merecía y los opíparos banquetes de los sacrificios, al correr de los años, lo habrían convertido un día en un grueso y torpe anciano.

Pero aquella vida idílica estaba ya amenazada. Hacia tiempo que aquella gente primitiva venía notando que la vida se estaba modificando en torno de ellos. Ya no vivían en lugares fijos, sino que habían comenzado una vida nómada. La selva ya no les proporcionaba albergue ni podía ofrecerles refugio, y el mismo Dreng empezó a sufrir quebrantos. En el ambiente flotaba algo que de un año a otro se había ido haciendo más amenazador, y ahora constituía una seria amenaza para todo

ser viviente. Se notaba un paulatino descenso de la temperatura. No cesaba de llover. *¡El frío! ¿Que era el frío? ¿Quién era? ¿De dónde venía?*

Tales eran las cuestiones que Dreng se formulaba en sus cavilaciones, mientras estaba junto a la hoguera y los demás se hallaban dormidos. El muchacho tomaba este problema muy en serio; comprendía que la vida de la tribu corría un grave riesgo. Recordaba el tiempo en que la gente vivía todavía en la parte norte de las montañas; recordaba el año aquel en que hizo tanto frío que tuvieron que bajar por el desfiladero hacia la zona Sur. A partir de entonces, tuvieron que ir cambiando todos los años de residencia; y ahora

llevaban largas jornadas caminando y deteniéndose al sur de aquel lugar donde Dreng en estos momentos estaba sentado junto a la hoguera pensando, alarmado, en aquel incesante repliegue.

La tribu, con sus mujeres y niños, habitaba en un valle situado a muchas millas de distancia, donde todavía prosperaban la palmera y el árbol del pan. Este grupo que rodeaba la hoguera no era más que una expedición enviada a los poblados desiertos para ir a recoger lo que quedaba de fruta y caza de los antiguos bosquecillos.

Aquí, junto a las rocas, había vivido la tribu por espacio de un año, hasta que la vida en tal sitio resultó imposible. Dreng descubrió allí todavía

huellas de cabañas hechas de ramas que las lluvias y la cellisca habían desparramado sobre la fría tierra. Allí, en aquel terreno raso y fangoso, situado delante de las rocas, había él visto a los chiquitines de la tribu jugar con plumas que parecían volar como pájaros entre los matorrales. Ahora todo estaba desolado y desierto; las piedras desnudas emergían de la tierra, lavada y esterilizada por la lluvia perpetua.

Pero la tribu emprendió la retirada con gran presencia de ánimo, acaso sin darse cuenta de ello. Ahora no les quedaba más remedio que continuar caminando hacia el Sur siempre que veían que la selva del Norte no les proporcionaba abrigo seguro. En caso

de que los árboles muriesen y ellos no encontraran alimentos en el lugar donde se habían instalado, levantaban el campamento y se trasladaban a sitios mejores; pues, ¿no había espacio suficiente hacia el Sur? El único a quien no gustaba nada esta perspectiva era Dreng. Él caminó con su tribu y con ella se fue replegando de un valle a otro, pero siempre contra su gusto. En todo ello había fuerza coercitiva que iba endureciendo su carácter. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquella retirada? ¿Es que iban a continuar así eternamente? ¿No iban a volverse ni una sola vez para Hacer frente al frío, volver sus dientes contra aquella fuerza silenciosa que había comenzado ya a marchitarlo y

aterirlo todo, contra aquel frío que jamás dejaba ver su rostro, pero que no soltaba cosa que aparraba? ¿De qué serviría continuar viviendo en una sempiterna despreocupación, cuando todos los años había que ir en busca de un lugar más al Sur, cruzando largas y penosas millas al otro lado de las montañas? ¿No sería preferible desenvainar el hacha de combate y salir a defenderse a campo raso?

Tales eran las preguntas que todas las noches, sentado en vela junto al fuego, se Hacía Dreng, miembro de aquella triste expedición que iba entrando en la zona del frío a medida que avanzaba hacia los antiguos poblados donde había residido el clan.

Y esto lo impulsaba a la acción, a hacer algo desesperado, pero sin que él pudiera explicárselo. Era un hombre primitivo con instintos indómitos, pero sin espíritu. Nada ni nadie lo hacía apartarse de su camino y esta energía indómita, que se alzaba ciegamente contra toda coacción impuesta a su voluntad, fue causa de que su destino se separara del destino de la tribu.

Esto ocurrió en Escandinavia, al final de la era terciaria, cuando todavía reinaba un clima tropical, sin estaciones. El periodo glacial estaba a punto de empezar; vino con un acompañamiento de lluvias interminables y noches frías que arrancaron a los hombres de la apatía y de su despreocupada vida

selvática. Éstos no querían ni podían tampoco convencerse: pero el caso es que tenían que emprender la marcha. Se congelaban aquellos hombres cándidos, trataban de hacerse una especie de capotes de hojas de higuera para protegerse contra el rigor del tiempo; cantaban las más bellas elegías; pero el viento del Norte, con su helado látigo, los separaba de sus cobertizos de hojas contruidos bajo los bananeros. Ya no tenían hogar. Les era forzoso emigrar.

Les costaba un quejido cada vez que tenían que abandonar los huertos paternos, que ya se habían convertido en inhóspitos. Pero ellos recobraban sus alientos al calor del sol, allá más al sur, cantando de alegría al plantar en un

nuevo hogar sus cayados de peregrino, a los que veían retoñar de nuevo. En esta región meridional se sentían más a gusto, por lo cual decidían quedarse en ella. Al año siguiente los alcanzaba la invasión del frío, obligándolos a reanudar su peregrinación. No se daban cuenta de aquella retirada paulatina, pues sólo pensaban en el presente. Pero, sin ellos saberlo, el ocaso de su existencia les iba marcando su sello, empobreciéndolos primero y luego reduciéndolos en número.

Dreng no podía rendirse. Su alma se alimentaba con actos de rebeldía. Él creció en la adversidad. Y cuando aquella gente primitiva se vio ante la encrucijada de escoger entre el bosque y

el frío, Dreng fue el que escogió lo imposible.

LA SELVA. SENTENCIADA A MUERTE

ES larga la noche. Dreng, sentado junto a la hoguera, medita.

Mientras está velando, él está convertido en los ojos y oídos de sus enmaradas; él es el alma de ellos en medio de la infinita negrura de la selva, el centro de todo lo que se mueve en un radio de varias millas; su oído percibe el menor ruido; cada pelo de su cuerpo es una antena que capta todos los mensajes del mundo exterior; ningún aleteo del aire escapa a su atención; ningún soplo se mueve sin que él lo

advierta. Su olfato es tan fino, que él es capaz de seguir por el césped al topo que va bajo tierra hasta llegar al escondrijo donde se aloja. Centellean sus ojos en una vigilancia jamás dormida, y, cuando duerme, presenta una mancha amarillo-pálida en cada párpado, que da a su rostro la peligrosa expresión de aquel que finge estar dormido, haciendo estremecer a todo ser viviente que se acerca a él. Está silencioso, pues su imaginación trabaja continuamente. Nadie sabe lo que se incuba en su alma: no lo sabe ni él mismo, hasta que el impulso de actuar se apodera de él como un rayo.

Tal es él, y tal es el aspecto que presentí al resplandor del fuego mientras

está sentado junto a la hoguera: un veloso joven selvático de espesas y ásperas cejas, dilatadas las ventanas de la nariz y adelantadas las poderosas mandíbulas. Velloso es su pecho, vellosos los largos brazos, excepto en los puntos donde sobresalen los poderosos músculos. Cuando no está con la herramienta en la mano trabajando, le place tenerla introducida entre los dedos de los pies para remover con ella las astillas del fuego lo mismo que si lo hiciera con la mano. En todos estos rasgos no se diferencia de los demás hombres de la selva, de los camaradas suyos que yacen dormidos alrededor de la hoguera; sólo que ellos son quizá más esbeltos, con vellosidad

más suave y de contextura menos robusta. Éstos están durmiendo con la maza en la mano y una fruta mordida en la otra. Sólo a Dreng, que ha comenzado a pensar por ellos, se le han endurecido las facciones adquiriendo una expresión implacable.

A aquel semblante brutal de Dreng corresponde una cólera y una energía interiores; es la tristeza por el rumbo que han tomado las cosas; son los múltiples estratos de experiencias acumuladas, una carga que cada día le oprime más y más, y que puede conducir a la destrucción de su propia vida. Él no ha olvidado cosa alguna, sino que las ha ido sumando una tras otra, y mientras está así sentado, embriagándose de

sombríos presentimientos sobre la ruina del universo, está acumulado en su sangre una rabia furiosa que le impulsa a la rebeldía y a la acción.

Él intuye con toda claridad que la jungla está condenada a muerte. Se acabó el verano eterno. Los cálidos sotos están desapareciendo y las lluvias y borrascas huracanadas están haciendo su entrada solemne en las montañas escandinavas. Más hacia el Sur se alzan aún los bosques de palmeras y de árboles del pan, y las uvas están madurando en las rocosas laderas que descienden hasta llegar a las azules anuas de los estrechos. Pero, ¿cuánto tiempo les queda de vida a estos árboles? Cuando regresen al

campamento donde reside la tribu, estos jóvenes que yacen junto al fuego, ardiendo de calor por un lado y congelándose de frío por el otro, cogerán con la mano las pesadas uvas doradas del sol y, sonrientes, se pondrán a chuparlas con delicia. Pero, al año siguiente, en aquel mismo lugar de donde ha huido el campamento, Dreng podrá aprovechar todas las cepas muertas para la hoguera... ¿Hasta cuándo iba a durar esto? La selva está condenada a morir; desde el Norte avanza una fuerza irresistible y fatal que la va dejando arrasada.

Dreng mira en torno, contemplando los árboles allá lejos, bajo la lluvia. Hasta durante la noche puede ver

aquella devastación. Todas las palmeras están muertas; alzan un cuerpo sin cabeza y con el tronco carbonizado, elevándose en el espacio como un enorme hueso descarnado. Los gigantescos helechos arborescentes se inclinan carbonizados y negros; su copa se ha convertido en un limo corrompida; mimosas y acacias se han ajado durante los años anteriores y están irreconocibles; todos los árboles de verdor perenne se han secado por completo hasta la raíz, y ahora se recortan en el aire como esqueletos cuyas descoloridas ramas desolladas señalan, como brazos, en todas direcciones. Colosales cedros y gomeros yacen derribados, retorcidas

sus enormes raíces, que la lluvia ha dejado al descubierto, raíces que emergen entre las ruinas de otros árboles exterminados. Las lluvias frías han matado todas las flores y pequeños arbolitos. El suelo del bosque es un cenagal de leña podrida y grandes piedras desnudas. Sólo algunas coníferas parecen intentar resistir; pero no, se van hundiendo, se hincha su tronco, y la resina se coagula en la corteza tornándose blanca, ¡*Juuu!*, resuena el viento en el bosque.

¡*Juuu!* Un helado gemido cruza por entre las copas desmanteladas de los árboles; se oyen penetrantes en la oscuridad, anhelantes y precipitados, aletazos de bandadas de aves salvajes

que han traído las patas demasiado frías, del agua del norte del desfiladero, y ahora emprenden el vuelo, velozmente, rumbo al Sur. Se comunican unas con otras, allá arriba, en la noche, en un vuelo enloquecido, mediante sonidos desgarrados de seres desterrados, voces de ocas silvestres, cigüeñas y flamencos. Se sienten desgraciados. Dreng oye aquel adiós que se va perdiendo a lo lejos, y se siente, como ellos, perdido, sin patria ni hogar.

Allá, en el fondo de la selva, se oye un murmullo procedente del camino milenario que la caza había abierto por el desfiladero. Dreng lo conoce. Despiertan sus facultades omniscientes; oye atento el desfilar de sombras, que

pasan deslizándose furtivamente y cruzan a pasitos menudos por el desfiladero por donde se desboca el viento. Son animales que, una noche y otra noche, vienen en grandes manadas de las selvas situadas al norte de las montañas, para dirigirse a valles más meridionales. Dreng los oye pasar. Aun cuando no los ve, los conoce por la cálida emanación que despiden, y sabe perfectamente esta noche adonde se dirigen.

Y mientras va resbalando la noche, desfilan por la cañada largas hileras de paquidermos, elefantes prehistóricos, animales titánicos y rinocerontes, agitando al viento sus grandes orejas de greda, calados de agua y con la panza

vacía. A veces, dentro de los intestinos de una de aquellas bestias gigantes cas suena un ruido vacío como un derrumbamiento; el elefante retuerce la trompa y tose por la nariz de tal forma que su tos resuena en las profundidades de la selva. El enorme león de las cavernas, que se ha constipado, estornuda lleno de congoja, y luego se seca las lágrimas con la pata mientras sigue caminando. El facóquero siente que le falta el aire y ronca tristemente, formando signos de interrogación con el rabo.

No mucho después se oye el menudo trote de finas pezuñas. Son los herbívoros del bosque, que también emigran. En medio de su trote resuena el

paso furtiva de las fieras sanguinarias, que tampoco encuentran ya lugar permanente. Pasan trotando las gacelas velocísimas, relampagueando su color pálido como manchas de luz lunar bajo un techo de follaje. Van en rebaño junto con las derrengadas hienas, que pasan como una exhalación. Los caballos salvajes y los okapis marchan en parejas, lo mismo con tigres que con leopardos, porque esta noche los animales son compañeros de viaje y se han olvidado de toda hostilidad mutua. Detrás de ellos viene rugiendo el aquilón por el desfiladero con su largo látigo. Después de desaparecer estas manadas hacia los valles del Sur, surgen nuevos rebaños por el desfiladero,

procedentes del Norte. Las jirafas cimbrean su largo cuello barriendo las hojas muertas de las ramas con su larga cabeza mientras marchan al paso de los demás, mudas y con unos ojos fantasmales. La fauna menor sigue a los rebaños con un trote crujiente, apenas perceptible: puercoespines, tapires, osos hormigueros. Todo lo que está provisto de patas emprende el rumbo del Sur.

Y allá arriba, más arriba del camino, marcha una emigrante caravana entre los árboles: son los mudables monos, que habrán de desaparecer para siempre de estas regiones. De pronto se ha apoderado de ellos el impulso vital de la huida. Se acabaron las orgías de

los banquetes de cocos; je acabaron los tumultuosos parlamentos que celebraban en la copa de los árboles, discutiendo sobre quién había de ser arrojado del árbol al suelo: todos han sido arrojados al suelo. La selva está sucumbiendo. Emigran a regañadientes. No nacieron para asirse con las manos a las ramas mojadas. Algunos se niegan categóricamente; pero cuando se han ido los demás, acaban por marcharse y seguirlos. Ninguno de los monos vuelve la vista atrás ni una sola vez; raro es el animal emigrante que lo hace.

Uno de los grandes proboscidios se volvió para mirar a los bosques familiares, y no pudo continuar la marcha. Se volvió atrás, tratando de

reparar el desfiladero. Era el mamut. Otros animales quedaron porque se les ocurrió en aquel momento. Éstos perecieron para siempre. Por todas partes viene desde la selva un rumor extraño de animales que se han puesto en marcha a regañadientes. Chorreando fango, sale el hipopótamo del lago a donde había ido a buscar fresco. Dreng oye cómo el animal expulsa el aire de su enorme abdomen y se aleja, resoplando entre la espesura marchita, para buscar el camino de otros estanques más tibios y abrigados. Con extraña pena oye Dreng cómo los pocos animales que se quedan se reúnen dentro de la selva. No pueden viajar; tienen miedo; se llaman unos a otros con una voz alterada, baja,

desmayada. El reno está completamente quieto y silencioso bajo un árbol, y no es capaz de comprender a la selva ni siquiera de comprenderse a si mismo. De vez en cuando sacude las orejas, moviendo al mismo tiempo la cabeza; cambia de posición, crujiéndole, doloridos, los huesos de las patas. El carnero almizcleño, muy tranquilo, ahora se ha vuelto rebelde como carnero gigante que es, y se encamina directamente hacia el Norte, en la dirección opuesta a la de los demás. El oso está de muy mal humor, pero no tiene intención de viajar. Escarba una capa de hojas muertas para hacerse la cama; está resfriado y quiere descansar. No está de humor, resopla indignado por

la llegada de este frío temporal en el preciso momento en que él estaba muy entretenido con sus abejas. Ahora dormirá un sueñecito antes de que el sol lo despierte; y si alguien acierte a pisarlo, ¡no hablemos de la dentellada que le espera al interesado! El oso no sabe que va a entrar en un largo sueño. El tejón y el erizo siguen su ejemplo, metiéndose bajo tierra en espera de tiempos mejores.

Pero no todos los animales son tan prácticos. Por arriba y por abajo, el bosque está animado con un bullicio de animales que ni se apresuran a huir ni tratan de buscar refugio, sino que corretean de un lado para otro sin sosiego, moviéndose durante toda la

noche porque el frío no les da punto de reposo. Dreng oye cómo van y vienen, deslizándose furtivamente, ciervos, búfalos y cabras montesas, y se quedan un rato parados y se ponen a ventear tratando de orientarse; aguzan los oídos para percibir de dónde sopla el aire que les trae tan mal olor; luego vuelven la espalda y de nuevo echan a correr de acá para allá; ninguno se acerca a la hoguera; conocen su desagradable olor y saben que el resplandor que ella irradia muerde y devora más que cualquier otra cosa de la selva.

Sólo una vez — hacia la medianoche — distinguió Dreng dos chispeantes ojos verdes en un lindero del bosque, divisando al mismo tiempo

el destello de unos dientes desnudos. Era el hoy extinguido felino de dientes de sable que se acercaba insidioso; el horripilante animal de cuya boca salían hojas de espadas. ¿Por qué esta noche no tenía miedo al fuego, por que se aventuraba a acercarse tanto? Un estremecimiento recorrió los cuerpos de los durmientes; hasta en sueños se daban cuenta de la presencia de aquel animal; muchos comenzaron a dar quejidos de angustia, y a Dreng se le extendió por todas las venas una llama abrasadora al sentir aproximarse al terrible enemigo. Pero el felino retrocedió; se puso a pestañear un momento con aquellos ojos hambrientos y se alejó. La lluvia hundió sus descarnados flancos rayados; el

animal estaba transido de frío, y su corazón de tigre se sentía amilanado ante la expresión feroz de Dreng, más aterradora que la suya propia. Dreng oyó cómo se alejaba vacilante y se internaba en la selva, como desorientado, sin rumbo, sin intenciones sanguinarias. El muchacho sabía que la fiera estaba condenada a muerte, que todas las puertas estaban ya cerradas para ella.

Pero este espectáculo llenaba de dolor y de terror el alma de Dreng. A tal extremo habían llegado las cosas, que hasta el felino de dientes de sable, el gran animal sin amigos, que hasta entonces había soportado el odio y la execración de todos los seres, había

llegado, a hurtadillas, cerca del fuego, no para arrebatarse un ser humano y comérselo, sino para mostrar su tristeza y marcharse otra vez sin comer.

¿Qué iba a ocurrir entonces en el mundo, qué secreto designio se había maquinado, quién era el ser insaciable del Norte que venía a arrasarse las selvas y ahuyentar a los animales, qué poder despiadado era aquél? ¿Era un hombre, o bien era un ser invisible, un poderoso espíritu del mal? ¿Es que no se le podía matar, no se le podía obligar a presentarse a la vista y aceptar combate? ¿No sería posible detener su marcha victoriosa con un buen hachazo descargado en el momento oportuno?

Es larga la noche. Allá lejos aúllan

los lobos a coro, con tristes aullidos; y en un árbol hueco está posada la lechuza, lanzando lúgubres augurios. Se lamenta un pájaro, y otro le remeda. Otros se encolerizan. El cocodrilo lloriquea con la boca llena de comida. La hiena se retuerce de risa, una risa siniestra, y su repugnante diversión la deja derrengada para siempre. Pero ni a uno solo de los animales se le ocurre lanzar aullidos de desafío contra el bandido, contra el gran asesino que lo aniquila todo. Por ninguna parte se oye un grito de venganza. En ninguna parte se ve un plan premeditado para matar al frío. Todos los seres creados huyen mansos, cada uno por su lado. Resuenan en la selva lamentos perdidos de fieras

mezcladas con carneros salvajes, todos indefensos contra el frío.

Dreng juró vengarlos.

Era una noche de la época de transición en que el clima tropical de la primitiva Europa septentrional estaba entrando en el periodo glacial. Pero el recuerdo del calor quedó en la memoria de la Humanidad aun después de haberse propagado desde su patria nórdica por toda la tierra. La Humanidad vivió su infancia en el Norte, y el recuerdo de aquella edad quedó tan dolorosamente impreso en los hombres, que fue para siempre convertido en nostalgia de una "Tierra perdida".

Las mismas bestias, que también

sueñan a su modo, de una forma ciega, instintiva, conservan en medio de la tranquila naturalidad con que se devoran unas a otras, el recuerdo de una época pacífica que existía antes de que entrara el invierno en el mundo.

EL INVIERNO

Y la noche siguió avanzando, Pasada la medianoche surgió en el cielo la luna durante un breve momento, bañando de una débil claridad las nubes inmensas que envolvían el mundo. Y cuando las nubes volvieron a engullir al astro de la noche se produjo una oscuridad total, como la de una caverna subterránea, y arreció la lluvia, anegando en torrentes las ruinas de la selva virgen. En la noche desolada caía oblicua una rugiente catarata del cielo; la lluvia formaba lagos continuos que removían la tierra hasta sus cimientos.

Dreng oyó cómo, allá en la

montaña, se juntaban las aguas y bajaban rodando entre rocas y árboles con ruidos abismales, profundos como la voz de una campana a medida que entraban y salían de las cavernas con el sordo estrépito del derrumbamiento de las tierras y de los árboles que se desplomaban. Ya no se oía ningún grito o voz de los animales fugitivos o desesperados.

Era como si el cielo, que había azotado la tierra con un esterilizador c incesante aguacero, hasta donde alcanzaba la vista de los hombres y de las bestias, se fuera cerrando cada vez más hasta parecer que había sobrevenido la oscuridad eterna, y ahora, cada vez más frío, se concentrara

para producir una inundación aniquiladora que fuera a destruir la tierra entera. Con gran estruendo chocaban entre si los troncos de las palmeras, desplomándose en masa en medio de la selva bajo el impulso rugiente del agua. Islas enteras de árboles arrancados, con las raíces al aire, bajaban flotando en aluvión desde las montañas. El cielo rugía de lluvia.

Un aguacero glacial caía en el espacio situado al pie del declive de rocas, y el fuego, que atravesaba con su resplandor la torrencial cortina fijo de la lluvia, era incapaz de eliminarlo. Los hombres siguen dormidos, apretados unos contra otros, y se estremecen aterrados por pesadillas. Algunos se

desvelaban y miraban, murmurando, aquellas negras cortinas de lluvia que los rodeaban como si fueran las paredes de un pozo; pero ellos se sentían impotentes e incapaces de pensar en nada. Se volvían a tender cruzando los brazos por encima de la cabeza y exhalando profundos suspiros para seguir durmiendo medio yertos de frío. ¡Qué larga era aquella noche!

Dreng iba alimentando con parsimonia su hoguera. Miraba la lluvia con unos ojos en los que brillaba una luz cada vez más hostil bajo sus salientes cejas. Sus sentimientos se iban endureciendo. Enseñaba los dientes a aquel cielo implacable. Ya que era imposible hacer otra cosa, volvió a su

tarca para terminar su hacha de sílex.

Una hora antes del amanecer amainó la lluvia, y al final cesó por completo. El aire estaba tan sereno que a millas de distancia se oía mugir el agua en las montañas, entrando, hirviente, en los pantanos de la selva arrasada. Todos los animales estaban mudos. Los hombres situados al abrigo de la roca yacían sumidos en un letargo, atontados, sin dar señales de estar soñando. Comenzó a clarear débilmente el día por entre los troncos arrastrados, total o parcialmente derribados. El cielo salía de la noche con un color pálido y vacío. Calló el viento, y el tiempo se puso muy frío. El aire se cargó del fresco olor de la tierra removida por la

lluvia. Era como si la Naturaleza entera yaciese glacial y desnuda, aguardando la hora de su juicio final.

Poco antes de la salida del sol el resplandor del alba se eclipsó detrás de un nuevo cortejo de hinchados nubarrones lívidos, que se multiplicaron en pleno vuelo, extendiéndose por toda la faz del cielo. Se produjo una mórbida oscuridad, y durante un breve instante todas las voces de la Naturaleza quedaron mudas, en tanto que Dreng, en angustiada expectación, contemplaba aquellas nuevas nubes, más negras y cargadas que las que había visto jamás.

De repente, del seno de aquellas tinieblas cada vez más sombrías surgió la luz de un relámpago. Más tarde se

produjo un segundo relámpago, una llama fría y lívida que abarcaba el mundo y a cuyo resplandor las nubes aparecían blancas como llamas hasta lo más alto del ciclo; monstruosos mundos coronados de almenas y abismos blancos en la altura. A este relámpago siguió el estruendo del trueno como un breve estallido desgarrador, e instantáneamente se abrieron las nubes y, en una caída oscilante, se precipitaron sobre la tierra, Pero no era lluvia lo que caía, sino cosas blancas que le flagelaban a uno como látigos; los congelados granos de granizo azotaban la tierra; con una descarga cerrada la tempestad pasaba barriendo la tierra reblandecida. Los truenos aterrorizan a

todo ser viviente. Resuena en la selva un coro de lamentos. Los animales — ciervos y tigres entremezclados—, que durante largo tiempo habían luchado con el agua en los valles sumergidos, se levantaban en una convulsión final por encima de las olas al ver la luz azulada del relámpago, que los dejaba ciegos antes de que ellos se hundieran para no volver a emerger más.

Allá lejos el unicornio despertaba con su voz, en un barranco, mil ecos que repercutían a millas de distancia, lanzando una llamada de socorro; poco después seguía clamando más lejos, a través de las selvas remotas.

Todos los que dormían al pie del declive rocoso se despertaron

sobresaltados. Al oír el trueno se echaron de bruces todos a una, suplicando, murmurando, gimiendo y golpeando la tierra. Llenos de dolor, suplicaban desesperados para que les salvaran la vida. Tras de estar echados un rato en tierra dejaron de gritar, y viendo que no se había producido más que aquel único trueno, se serenaron y se acercaron a rastras a la hoguera, fijaron en las llamas sus pobres ojos arrasados de lágrimas mientras recorría su cuerpo un estremecimiento de gratitud hacia el fuego bendito que les daba calor; extendieron sus manos sobre el fuego, moviendo involuntariamente los labios como si estuvieran comiendo, tan confortados se sentían con el calor de la

hoguera. Se inclinaron repetidas veces ante ella con profunda gratitud. El fuego era su señor y su único amigo. Luego se rascaron con tolas las ganas; hundieron de nuevo sus dientes en la manzana mordida; riñeron durante un breve rato; en una palabra, volvían a ser felices por haber escapado al aniquilamiento. Habían echado una mirada fugaz a aquellas cosas blancas que caían fuera del lugar donde se hallaban, aquellas cosas que tan feas les parecían. Pero al lado del fuego se estaba deliciosamente, y ahora no querían salir de allí. El calor les fue adormeciendo rápidamente. Aún no era de día. Bostezaban y se estremecían; uno tras otro fueron cayendo en tierra y se arrastraron hacia

la yacija seca donde antes habían estado tendidos, y pronto volvieron a quedarse todos dormidos.

Después de la gran granizada, apareció el sol. La capa de granizo desapareció rápidamente de la tierra convirtiéndose en una nube de vapor, que fue levantándose y desvaneciéndose bajo los rayos del sol. Durante un breve lapso brilló el sol en todo su esplendor sobre las selvas tristemente inundadas, como si quisiera contemplar de una ojeada aquella obra de desolación. Pero pronto se extendió sobre la tierra una niebla espantosa, y, en el silencio matutino que siguió, comenzaron a producirse en la selva mojada extraños crujidos y temblores.

Algo silencioso y solapado estaba ocurriendo, algo que no se había visto jamás. Afuera, en la naturaleza que los circundaba, reinaba una calma muda, durante la cual la tierra estaba preparando un doloroso milagro. El frío parecía ser lo único que tenía poder en el mundo.

Dreng ya no pudo permanecer inactivo. La cólera que había venido acumulando durante aquellos meses de lluvia inexorable se desbordó; sentía que lo que ahora estaba ocurriendo en la selva era una última emboscada mortal, y era preciso acabar con aquella invasión devastadora. Ahora saldrían al campo a encontrarse con aquel —quienquiera que fuese —que había

arrancado a los hombres de sus lares, ahogado a los animales y arrasado la tierra. ¡Ahora él le iba a obligar a enseñar su faz!

Dreng arrancó del mango su vieja y deleznable hoja de sílex y, en su lugar, puso la nueva hoja afilada que él había fabricado. Luego arregló su hoguera, tapó cuidadosamente el fuego, echando leña encima del rescoldo, para que pudiera seguir ardiendo durante largo tiempo, y se dispuso a partir. Tendiendo una mirada circular contempló con cariño a sus hermanos; estaban tendidos, estremeciéndose en sueños, apretados los miembros contra el cuerpo y con los dedos de los pies yertos de frío. Él sintió cuán estrechamente unido estaba a

ellos; sintió cómo su carácter de hombres irresponsables, irreflexivos y frívolos era lo que precisamente le movía a él a erigirse en protector de todos ellos. Ellos no se helarían ni perecerían. Dreng trazó sobre su pecho un signo con el hacha, como quien hace juramento de cumplir su misión; luego se alejó furtivamente del talud rocoso y, sin acompañamiento de nadie, salió al campo raso.

En la selva el frío cortaba la piel. En el aire quieto de la mañana flotaba como un sutil veneno invisible. Dreng perdió los estribos y se lanzó a la carrera. Largo tiempo anduvo corriendo ciegamente a través de aquella selva inextricable, avanzando penosamente

por encima y por debajo de los árboles derribados. En el fondo del bosque habla un pantano congelado, que le abrasó los pies cuando se hundió en él, y en su superficie brillaba una cosa cortante: largas y resplandecientes espadas y trozos de hielo que le hacían dar locas volteretas en el aire, como si le hubiese mordido una víbora. Hubo un momento en que realmente se apoderó de él el frenesí; echó a correr como un rayo, empuñando el hacha, sin saber adónde iba. Involuntariamente iba a buscar las alturas, siguiendo por la ladera del monte para llegar seguro al lugar donde hubiera menos agua y se divisara un panorama más amplio y despejado.

Ya en la montaña recobró el equilibrio de sus facultades; comenzó a avanzar más tranquilo, aunque todavía asustado y sofocado. Pero una vez más vió de lo que se trataba. Allá arriba, en una terraza de la montaña, la selva se abría formando una planicie, y, con el miedo que tenía todo hombre de la selva a encontrarse en campo raso, se agachó con gran antelación y se fue aproximando a ella, andando finalmente a gatas. Diñase que él esperaba encontrar allí al enemigo, al escurridizo fantasma del frío.

Cautelosamente separó con ambas manos una mata situada en el lindero y se puso a escrutar la planicie. Allí no se veía un ser vivo. El césped, que las

aguas de la lluvia habían surcado y arrasado, estaba totalmente rígido de escarcha. Los árboles derribados, que estaban al lado opuesto, flotaban, blancos, en la niebla. Silencio mortal. La maleza en la que él había permanecido escondido estaba cubierta como de una blanca barba de resplandecientes y transparentes carámbanos; algunos de ellos cayeron en sus manos, cortándole la piel con su frío helado, hasta que caían en gotas. Los paladeó y comprendió que aquella era agua dulce con un sabor a aire atmosférico, del que provenía, lluvia endurecida que cedía al calor y se convertía de nuevo en agua. A su alrededor las copas de los árboles

caídos estaban blancas y cargadas de la misma sustancia fría que formaba una especie de extraña floración. De cuando en cuando un estremecimiento sacudía la selva silenciosa y la escarcha caía en polvo a la tierra, con mil pequeños sonidos tintineantes. Era un susurro fino y doloroso, como si la tierra gimiera en sueños.

Alzó Dreng la cabeza y, olfateando con la nariz dilatada, aspiró el cortante aire glacial, que agudizaba hasta el máximo su sentido del olfato; pero era un aire que no delataba la presencia de plantas ni animales. En cambio notó su propia presencia con más intensidad que nunca, su palpitación y su respiración: la susurrante pureza y dulzura del aire le

prestaron más vida; resopló, se sacudió con todas sus fuerzas de modo que la escarcha de la maleza le salpicó todo el cuerpo.

Miró en torno suyo con ojos de desafío: ¿Dónde estaba aquel ser aniquilador con quien él había salido a encontrarse? ¿Cómo encontrarlo? ¡Silencio!

Allá lejos, por encima del bosque, se oyó un cacareo. Dreng se agazapó. Un instante después vió cómo dos patos silvestres se precipitaban en vuelo hacia un pequeño lago que había allí, muy cerca de la planicie, un estanque formado por los desbordamientos de aquella noche y que brillaba, terso, bajo la niebla, con orillas formadas por

montones de piedras. Cuando ya iban a alcanzar su superficie, los patos planearon, alargando las patas hacia el estanque, y un instante después los vió resbalar sobre el espacio durante un largo trecho, primero sobre sus patas estiradas y luego, al perder el equilibrio, sobre la cola. No podían posarse en el agua. Por fin lograron caminar sobre sus patas, alejándose lenta y penosamente sobre el estanque: resbalaban, caían torpemente de costado, se volvían a levantar y se quedaban derechos como pingüinos. Volvían la cabeza desconcertados, mirando en torno con aquellos ojos minúsculos situados en lo alto de la cabeza. El estanque estaba cubierto por

una capa de hielo. Se inclinó sobre el estanque, mirando el fondo a través del brillante hielo: el agua dormía, inmóvil y silenciosa, sobre la grava y las piedras del fondo; con sus pies desnudos, Dreng tentó el hielo y notó cómo cedía, produciendo estallidos: todavía era demasiado delgado para sostener su peso. Atravesando el césped escarchado que le cortaba los pies, cruzó la planicie para subir a un nivel más alto en la montaña. Donde no había césped, la tierra desnuda estaba tan dura como un guijarro y en ella resonaban los pasos de Dreng. Era aquel el primer invierno.

Emergiendo por encima de la niebla, Dreng trepó hasta un lugar más elevado donde el sol brillaba con alguna

fuerza y la tierra no estaba helada. La selva se había quedado atrás, dejando paso a matorrales y brezos. Al final ya sólo se veía musgo brotando sobre sus rocas vírgenes. Por fin. Dreng lleco al pico más alto; se detuvo bajo el calor del sol y, tendiendo hacia abajo su mirada, contempló el valle donde la niebla glacial se extendía como un hondo océano blanco. El sol, que estaba ya muy alto, disipaba toda la niebla remontándola al espacio hasta que se desvanecía por completo. El remolino de viento que se había desencadenado bajo la fuerza del sol allá arriba bajo el cielo azul, se precipitaba abriendo profundos pozos en la niebla, a través de los cuales Dreng pudo ver allá abajo el

fondo del valle, donde los árboles arrancados de raíz parecían una mescolanza de alfileres, y todo el rebaño de animales ahogados flotaba como moscas en aquellas turgentes ciénagas heladas.

AQUEL día Dreng no encontró a su gran enemigo. Todavía no había subido a bastante altura. Después de mirar en torno suyo durante un momento desde la cumbre de la montaña donde se encontraba, comprendió que sólo había llegado a tanta altura para divisar más lejos montañas más elevadas todavía.

En la lejanía, hasta el Norte, se alzaban, uno tras otro, murallones montañosos y escarpados, formando ejércitos enteros de montañas que se escalonaban desde todas direcciones y uniéndose para sostener el techo del mundo; y todavía, por encima de ellas

subía derecha al ciclo una zona de blancos picos vertiginosos, de modo que no se sentía sí eran nubes o era un nuevo mundo inconcebible. ¿Era de allí de donde venían el cierzo y la helada? ¡Ay!, entonces aquello significaría para él una larga peregrinación; entonces le resultarla muy difícil llegar hasta el monstruo poderoso que enviaba el frío a los valles. Tenía muy alta su morada, y; quién sabe si aquel monstruo no era demasiado poderoso para que un ser humano pudiera hacerle frente? Dreng no sabía qué hacer ni qué decisión tomar, permaneciendo largo tiempo sumido en aquellas meditaciones de las que sacaba tanto provecho. No sabía cuánto tiempo había transcurrido. El sol

del mediodía atravesó y disipó los últimos restos de la niebla del valle, dejándose ver éste en toda su extensión. ¡Qué profundo y qué vertiginoso era, a uno y otro lado! Dreng fijó su atención en un punto situado en el azul del cielo a una altura colosal: un puntito negro navegando en el aire bajaba trazando grandes círculos. Era un buitre. Rápidamente aumentó de tamaño y cuando estaba exactamente al nivel de él, volando sobre el abismo, plegó las alas y, como una piedra que cae vertical, se precipitó a través del espacio empequeñeciéndose hasta que, al fin, desapareció de nuevo, como un puntito minúsculo, allá en lo profundo, donde el sol cegaba con sus resplandores el valle

inundado. Donde Dreng se encontraba se oyó el zumbido de una ráfaga suave. Pero de las profundidades no subió el menor eco.

Los estragos causados por las lluvias en el valle, vistos desde la cumbre, parecían agujeros y rayas en la alfombra verde del bosque. Dijérase que alguien había tenido el capricho de escribir con un dedo allá abajo, en el suelo. Por encima del diluvio sonreía el sol y pasaban las nubes resplandecientes. ¿Quién era Dreng? ¿Acaso alguno de los poderosos espíritus que se paseaban por el espacio contemplando aquel espectáculo sospechaba que él existía? ¿Acaso había, en realidad, alguien que lo

perseguía a él y a su tribu?

Nubes tan extensas como comarcas enteras navegaban por el cielo de colina en colina, mudando de forma al pasar; allá, muy hondo, en la tierra, se deslizaban sus sombras cambiantes. La tierra se ensombrecía o se sonreía al paso de las nubes brillantes a través del mundo.

¿Acaso las nubes conocían a los hombres? Pasaban sobre las montañas por caminos de vértigo y jugaban con el sol, pero los hombres eran demasiado pequeños para ella. Resplandecían perfectamente, inconscientes de todo; no conocían a Dreng, el del hacha vengadora; a Dreng, el Grande, que había salido a exterminar el mundo

entero.

Dreng sintió vergüenza ante la faz sonriente del cielo; se agazapó bajo una piedra y ya no se dejó ver.

Cuando después volvió a salir, ya sereno, de su escondrijo, el cielo se había cerrado tapando al sol. Ya no podían divisarse los picos lejanos. Las nubes estaban grises y pasaban muy bajas; se agarraban a las cumbres de las colinas próximas, rodando por las laderas. A los pies de Dreng, el valle yacía sepultado en una densa niebla. Dreng comenzó a descender, y no había llegado muy lejos cuando aquella niebla espesa y lóbrega no era ya más que una lluvia torrencial que se precipitó sobre él.

Cuando Dreng llegaba ya al fondo del valle estaba muy próximo el anochecer. De pronto le asaltó el angustioso recuerdo de sus camaradas y apretó el paso de mudo que la lluvia fría fustigaba sus espaldas levantando nubes de vapor. Al divisar el acantilado donde él había déjalo a los otros al amanecer de aquel día, se quedó sorprendido de no ver el humo de la hoguera, y se detuvo en seco. Un pensamiento terrible le asaltó; aspiró profundamente y, dando un gran salto, se lanzó como una tromba hacia la parte inferior del talud rocoso... ¡Se habían ido! ¡La hoguera estaba muerta!

Al pie del acantilado todo estaba desierto y frío. Sus hermanos habían

abandonado el lugar. De una ojeada, Dreng vió que la hoguera estaba intacta, cal como la había dejado aquella mañana, pero apagada. Debían de haber estado durmiendo mucho tiempo, y el fuego se había extinguido. La leña estaba húmeda y no había ardido toda, como él había calculado. Tal vez el viento había cambiado de dirección, empujando a la lluvia hacia el lugar situado al pie del declive rocoso. ¡Ay!, conque aquellos infelices, al despertar a la mañana, habían encontrado el fuego frío y descubierto que él se había marchado y entonces se pusieron en marcha, emprendieron el camino de regreso con la desesperación que uno se podía imaginar. Y ahora Dreng ni

siquiera tenía fuego. ¡Qué terriblemente solo se encontraba! Todos se habían ido, y él volvía a encontrarse solo en la salvaje selva inundada.

Se inclinó rápidamente, descubriendo las huellas de ellos en el suelo reblandecido por la humedad. Reconoció las pisadas de cada uno y pegó la nariz al suelo y lloró de pena por lo que había sucedido y tembló de espanto ante el pensamiento de haberlos perdido. Su rastro era fácil de seguir. Así, pues, se lanzó en busca de sus camaradas, en una carrera loca a través de la selva. Y cayeron las sombras de la noche. Volvía la cabeza a uno y otro lado, gritando y enseñando los dientes, mientras corría desalentado, con las alas

que le prestaba el terror. ¿Y si no llegara a encontrarlos? ¿Y si ellos estaban muertos? En algunos lugares por donde pasó notó que ellos se habían detenido perplejos, reuniéndose en grupo hasta dar con el camino que rodeaba las zonas inundadas; topó con algunos de los míseros envoltorios con provisiones, que ellos habían arrojado para poder andar más ligeros, y entonces se detuvo un momento para deshacerse en sollozos, llorando la angustiada situación de sus camaradas y el desastre que había sobrevenido. Pero la oscuridad y aquella horrorosa soledad en medio de la selva le espoleaban más y más. Conoció, por lo reciente de las pisadas, que ellos no podían estar ya

muy lejos, y el sudor frío que inundaba su cuerpo se convirtió en un calor ardiente. Reía y lloraba a la vez mientras seguía su carrera.

Por fin los encontró en una cueva donde habían hecho alto y donde estaban sentados, formando un apretado grupo y gimiendo quedamente en la oscuridad. Había percibido desde lejos sus lamentos; sus llamadas de auxilio se habían convertido en un lamento unísono, tan repetido a coro que sonaba como una especie de canto cansado y lastimero, cuya letra decía que el fuego estaba muerto para siempre y cuán largo era el camino que los separaba de los lares. Dreng se detuvo, los llamó a voces con el corazón conmovido y les

dijo cantando: “Aquí estoy.” Ellos se quedaron callados, y él se les acercó casi exánime, agotado del esfuerzo realizado y sollozando de alegría. Pero cuando se hubo acercado más a ellos, éstos se levantaron, recibéndolo con un furioso griterío. Salieron de su escondrijo y, formando un grupo cerrado, comenzaron a proferir irritados insultos y amenazas contra él. Vió cómo los ojos de ellos brillaban en la penumbra crepuscular; vió piedras en sus velludas manos; vió cómo blandían mazas contra él, como si fuera una ñera sanguinaria. Así había visto Dreng en otros tiempos al grupo alzarse y hacer frente a un lobo o a un tigre que se acercaba demasiado al campamento;

pero entonces él se encontraba dentro de aquel mismo grupo y era uno de los primeros en vociferar y amenazar. Ahora él era un extraño.

La oscuridad era casi completa y la lluvia fría azotaba a aquel grupo de hombres que cada vez se iban encendiendo más de cólera, y sólo él era el único que estaba fuera, en el más total desamparo.

—¡Pero si soy yo! — exclamó con voz quebrada, acercándose un poco más y dejándose ver en toda su talla, para que ellos lo reconocieran.

¡Pues claro que era el! ¡Si ya lo sabían!

Como respuesta, zumbaron las piedras alrededor de sus oídos. Un gran

pedrusco le dió en mitad del pecho, que resonó con un ruido hueco y sordo. Él no se quejó; se limitó a retroceder.

“Bien empleado me está”, pensó el, pues, como ellos decían, él tuvo la culpa de haber dejado apagar el fuego.

Pero, ¿quién era el que le había tirado aquella piedra tan grande? Se quedó dudando un momento: no le cabía en la cabeza que ellos tuvieran intención de arrojarlo de su compañía. Pero eso era precisamente lo que ellos pretendían. De nuevo echaron mano de más piedras y se las arrojaron; y como él no retrocedía a pesar de que era difícil proteger e en aquella semi-oscuridad contra tantas pedradas juntas, el grupo comenzó a moverse en

dirección a él aullando de rabia. Uno de los más altos se adelantó a la cabeza de sus hombres y los reunió para maldecir y proscribir al matador del fuego, al traidor. ¡Al traidor! Aquel hombre era Gjuk, el amigo entrañable de Dreng.

“¡Cómo!”, pensó Dreng, y se quedó paralizado. ¿Qué era lo que Gjuk había dicho? ¿Cómo era posible que Gjuk se hubiera puesto a la cabeza del grupo para ser el primero en fulminarlo con su maldición? ¿Era Gjuk aquel que se presentaba ante él con las facciones descompuestas y la sangre encendida de cólera; era aquel manso y pacífico Gjuk el que ahora, echando espumarajos y levantando en alto las manos temblorosas, le iba acorralando, seguido

de los otros, que aullaban a coro?

Dreng no retrocedió. Comenzó a respirar fatigosamente, soltando dos o tres bufidos poderosos: estaba perdiendo el dominio de sí mismo. Pero todavía esperaba una reconciliación. Quería explicarse: intentaba decir algo; y como ellos no hacían más que ahogar su voz con infernales aullidos, él, sin despegar los labios, se puso a reflexionar y a pensar si ellos no tendrían realmente razón. ¿Era él un traidor? ¿No había él deseado precisamente salvarlos hasta un punto que ellos no eran capaces de comprender? ¿Es que a Gjuk no se le ocurría pensar esto?

Una pedrada dió de lleno a Dreng.

Entonces él montó en cólera. Se le inyectaron de sangre los ojos, se estremeció, abrió la boca y emitió un sonido quedo. Avanzó y retrocedió con una agilidad asombrosa; dió un salto formidable, agitando los pies como si sus miembros se hubieran vuelto totalmente ingravidos; se volvió salvaje como aquella banda que lo amenazaba, como aquellas bestias que lo maldecían sin querer escucharlo. Ellos tenían sus límites; él, no...

Y como Gjuk seguía aproximándose a él, profiriendo sin cesar imprecaciones insensatas, Dreng, adelantándose como un rayo, se le plantó delante y le partió la cabeza, de forma que el hacha de sílex se le quedó

hundida hasta la mandíbula. Dando un resoplido de alivio se hizo a un lado para evitar que le alcanzara el chorro de sangre que salía a borbotones de la boca de su amigo. Nadie lo hubiera creído. Dreng había realizado una hazaña imposible.

Gjuk quedó muerto en el acto. Y mientras los demás se quedaron rodeando el cadáver, paralizados de espanto, Dreng dió la vuelta y se internó en la selva inundada.

Al día siguiente se encontraba sentado frente a la extinguida hoguera, que estaba exactamente igual que como la había dejado. Las cenizas frías conservaban aún la forma de la leña, pero en miniatura. Dreng removi6 las

cenizas con una última esperanza de encontrar una chispa en el fondo Olfateó el montón de cenizas buscando un posible olor a brasas, un solo brotecito al que se pudiera mimar y alimentar; pero ya no había vida en aquel viscoso montón de leños carbonizados y cenizas, que ya eran tierra en la tierra. El fuego estaba definitivamente muerto.

Dreng había pasado la noche en un árbol, en un estado semi-inconsciente de rebeldía y de frío, no muy lejos de la cueva donde sus camaradas habían yacido asidos los unos a los otros, chillando toda la noche. En aquella lamentación de ellos se repetía constantemente el nombre de Gjuk, y a cada repetición se renovaba el dolor de

Dreng, abrasándole las entrañas y amargando su espíritu. Diluviaba espantosamente, lo mismo que la noche anterior, y hacia la madrugada comenzó a granizar y a helar. Entonces oyó Dreng cómo sus antiguos camaradas sallan en tropel de la cueva, alejándose por entre los árboles rumbo al Sur, hasta que el eco de sus lamentos se perdió en la lejanía de los bosques anegados. En aquel día invernal regresaban ellos con amargas nuevas, sin hogar y sin fuego.

Pero al menos estaban de regreso; sólo tenían que pasar un par de noches sin cobijo, al cabo de las cuales Dreng sabía que podían estar otra vez en el campamento, junto a sus mujeres y niños, en el cálido valle donde ardía la

vieja hoguera sagrada de la tribu. Allí serían recibidos y se calentarían al amor de la lumbre; pronto quedaría todo olvidado, pero no perdonarían a Dreng, el matador del fuego, el asesino. Acerca de él se fraguarían leyendas terribles, y la idea de que él se hallaba solo, condenado a sufrir una muerte terrible en despoblado, sazonaría la comida de toda la tribu.

Dreng abandonó la hoguera extinguida junto al declive rocoso. Se encontraba sin hogar. Durante varios días anduvo errante por la selva, sin saber dónde se encontraba. Vagó a la deriva por los ríos y pantanos, sin darse cuenta de si era de noche o de día. Sus ojos perdieron su brillo, quedando

hundidos. De cuando en cuando arrancaba un puñado de carne de uno de los animales ahogados y se la comía. No pasaba hambre, Pero el frío y la soledad en medio de la selva le doblegaban como una carga abrumadora.

Y he aquí que un día tiene la sensación de que está mejorando el tiempo; hace calor por donde él camina. Sin darse cuenta ha tomado el camino del Sur, llegando a las inmediaciones del valle donde viven sus hermanos de raza. Se acerca al campamento, luchando terriblemente consigo mismo; va contra su voluntad, pero es incapaz de resistir; camina sin despegar los labios, sin oír siquiera sus propios pasos. Acá y allá descubre las huellas

de ellos. El campamento no puede estar muy lejos. Pero, ¿qué hay allí, en el claro de bosque donde él sabe que arranca la senda que conduce a la cabaña? Levanta los ojos y ve que aquello es el cráneo partido de Gjuk, que ellos han puesto en una estaca. Al lado habían clavado otro palo, en el que se balanceaba el cadáver de un lobo. Habían puesto estas cosas por si algún día él se aventuraba a acercarse. Aquella era la barrera que lo separaba. Sí, habían puesto aquello para que él lo viera el día en que viniera y volviera sus ojos malditos hacia el hogar de ellos.

Dreng se incorporó penosamente y se marchó.

Iba con el propósito de volver hacia el Norte, subiendo hacia las frías selvas destruidas, desnudo, completamente solo.

EL FUEGO ETERNO

NEVADA. DRENG SE dirigió hacia lo alto de la montaña sagrada.

Los grandes copos de nieve se derretían sobre las desnudas espaldas de Dreng, pero él no hacía caso. Al principio creyó que era el cielo que se caía en jirones; pero no tardó en comprender el fenómeno; aquello no era más que lluvia bajo una forma más fría. Dreng fijó su atención en la cumbre de aquel volcán, al que el jefe de su tribu, hacia ya muchas generaciones, había subido a buscar el fuego para sus semejantes. Dreng empuñaba el hacha. Estaba furioso, como loco: ya nada le

arredraba después de haber pasado aquellas noches en la soledad y en las tinieblas de la selva glacial. Él había de hacerse con el fuego, por las buenas o por las malas. Iba dejando blancos vahos con su aliento en el paisaje nevado mientras seguía subiendo. Ni una sola vez volvió la vista atrás.

Allá lejos, hacia el Norte, después de atravesar numerosos valles donde habla vivido la gente de Dreng antes de que el frío los hubiera expulsado paulatinamente, se encontraba la vieja montaña: pero Dreng conocía el camino. Durante su estancia, Dreng había solido atisbar a través ele la choza de ramas para ver la roja sima de fuego exhalando humo. Había oído contar leyendas en las

que se decía que una vez el fuego había bajado de la montaña como un larguísimo brazo ardiente que devoró la selva en una extensión de millas, y que esto había ocurrido en una época de terror para la tribu, la cual había tenido que huir a esconderse en ciénagas y pozos hasta que amainó la cólera de la montaña. Pero en los últimos tiempos terribles, en los que la gente tuvo que irse alejando cada vez más al Sur, se había perdido de vista la montaña, y Dreng no sabía de qué humor se encontraría ahora el volcán. No había podido ver desde lejos la cumbre, a causa de las nubes que la tapaban.

Pero cuando ya llevaba subido un buen trecho de la montaña se sintió

asaltado por terribles presentimientos. La montaña, a la que antes nadie se podía acercar, por los rayos y lluvias de piedras que desencadenaba, estaba extrañamente tranquila y silenciosa. ¿Acaso estaba dormida? Ni siguiera se manifestaba con un solo trueno, ni en sus flancos se abrían ríos de fuego ni grietas llameantes. No se estremecía, no echaba a rodar piedras encendidas. Estaba fría y silenciosa. ¿No sería esto una emboscada? A Dreng no le encantaba la idea de continuar la escalada; por otra parte, para lo que él pretendía conseguir, era mejor que la montaña no estuviera encolerizada.

Hacía mucho tiempo que Dreng había pasado por aquella zona donde

terminaba la selva y la vegetación; estaba subiendo por una pendiente abrupta de extrañas piedras coaguladas y retorcidas, que llevaban aún las huellas del fuego, pero que estaban frías y transidas de agua congelada, semejando monstruos muertos. Dreng se sintió descorazonado sin remedio. Presentía la verdad.

Por la tarde alcanzaba Dreng la cumbre. El último trecho escarpado atravesaba una zona de endurecida y áspera ceniza negra que le cortaba los pies, amalgamada con fétidos bloques azules y amarillos, todo ello frío y cubierto de nieve. La cumbre estaba apagada y fría.

Dreng se detuvo al borde del pico

más alto, que formaba un amplio anillo, y sumergió su mirada en la boca abierta de la montaña. El cráter estaba frío y lleno de nieve. En todas direcciones, el cielo, los abismos y el mundo entero estaban desiertos, deshabitados, abandonados.

Ya nunca Dreng volvería a conseguir el fuego. Aquel poderoso espíritu que residiera en la montana ya no existía. El mundo estaba apagado.

Transido de frío y con los pies sangrando, Dreng, plantado en lo más alto de aquella tierra muerta, se sintió solo y sin esperanza.

Hacia unos días que, al dirigirse hacia el Norte, había pasado el desfiladero por el antiguo camino de los

animales, camino que ahora estaba casi borrado por las nubes; todos los animales que estaban en el Norte habían emigrado; él se había detenido por última vez para mirar hacia el Sur con la vaga e inútil esperanza de divisar siquiera el humo de las viviendas de su tribu. Y ahora esta infinita tragedia suya, este desamparo total, había creado en él un estado de ánimo espantoso que le hacía volverse contra el mundo, odiarlo todo y odiar a todos. Altanero en su dolor, se puso a cantar una nueva canción por encima del valle, un nuevo canto a la tierra sumergida, canto de rebelión y de negación. Cuando se encontraba completamente solo en el desfiladero había enseñado los dientes,

lanzando canciones y desafíos, enfrentándose con un porvenir totalmente opuesto al de todos los demás seres vivientes. El eco devolvió sus gritos, repitiendo su desgarrada voz, lo que hizo que él se enfureciera más, aumentando su locura. Y después de haberse saciado de soledad y renunciamiento, se había vuelto para hacer frente al viento del Norte, metiéndose en el corazón del invierno. Pero aquella, vez todavía alentaba en su pecho la esperanza. En aquel momento no se le había ocurrido siquiera la posibilidad de no encontrar fuego en la montaña sagrada de sus padres. ¿No había sido la montaña el origen de todo fuego, el calentador y devorador

inmortal? Pero el supremo recurso que le quedaba era presentarse al gran espíritu del fuego y luchar con él disputándole una chispa para sostener su vida. Con esta esperanza había alimentado su corazón; sobre esta esperanza se asentaba la aventura: la gloria o la muerte.

Ahora se encontraba él sobre la extinta montaña abrasada. Hasta la fuente misma del fuego se había secado. El gran espíritu estaba muerto. Ya Dreng no volvería a cantar. Allí estaba el adorador del fuego sin fuego, el hombre de la selva sin selva.

Y entonces recomenzó su peregrinación de hombre por la tierra como al principio, solo y desnudo sobre

la tierra fría.

Cuando Dreng se volvió para emprender el descenso vio al borde del abismo un mono que hacía visajes, enseñando sus largos dientes amarillos, un antiguo mono antropoide, que por alguna razón no había querido salir con sus compañeros de aquella región y que ahora había seguido a Dreng a lo alto de la montaña. Tenía juntos sus pies helados y metidas una en otra las manos temblando de frío. Cuando Dreng lo miró, él le respondió con la mirada de sus ojos ávidos, volviendo hacia él su corto rabo iridiscente: bajó corriendo unos cuantos pasos hasta un rellano de bordes abruptos, y allí se quedó sentado otra vez. Dreng disparó hacia su cabeza

un gran trozo de hielo, pero erró el tiro. Sintió unas ganas terribles de roerle el corazón.

Durante el descenso, el mono siguió a Dreng conservando siempre la debida distancia. Éste le arrojó multitud de piedras y carámbanos, pero sin acertar una sola vez. El mono, sin hacer caso, siguió bajando detrás de él.

No bien había Dreng abandonado el cráter, cuando se desencadenó una furiosa tormenta, durante la cual los montes y el cielo se fundieron y confundieron. Dreng logro dar muerte a un alce y luego se durmió bajo aquel cuerpo caliente, hartándose de chupar la sangre del animal. Durante algunas horas el alce le estuvo calentando con su calor

vital: pero cuando él se despertó se encontró bajo el peso de aquel cadáver yerto. No obstante, el alce le había salvado la vida aquella noche.

Y cuando salió el sol, y después de haber recorrido él ya muchas millas en dirección Norte, pude ver el espectáculo de la montaña sagrada cubierta con su capuchón resplandeciente de nieve. Pero aquella blanca corona ya no desapareció de la cumbre de la montaña. Al fuego eterno vino a reemplazar la nieve eterna.

Siguió nevando en las montañas, una nevarla tras otra, sin interrupción, mientras en los valles llovía y granizaba. El período glacial había hecho su aparición definitiva.

HACIA EL GLACIAR

DÍAS y semanas enteros — Dreng no sabía cuántos — estuvo caminando y trepando, siempre con rumbo hacia el Norte, aproximándose cada vez más al corazón del invierno. ¡Duras pruebas las que hubo de afrontar! El frío llegó a ser tan cortante que al finid él caminaba ya a tropezones, en una especie de semíletargo, casi sin darse cuenta de que estaba rendido. Pero él continuaba caminando, siempre tic cara al frío; todavía quería averiguar quién era el que habitaba allá, en lo más alto de aquellas cumbres.

Perdió la noción del tiempo; iba

caminando como quien marcha en el seno de la eternidad; si se daba cuenta de que existía era sólo porque tenía que luchar cada día pura mantenerse en pie. Aquella perpetua peregrinación, en medio ríe un invierno cada ver más cruel, le enseñó a conocer la naturaleza de la nieve y del hielo, fistos no tenían gratules secretos. El viento del Norte seguía aullando y aullando; “¡Ayúdate a ti mismo!”

Por las noches se producía una helada mortal. El agua estaba helada desde la superficie hasta el fondo en las quiebras de las peñas, donde la piedra, traspasada de hielo, le cortaba y desgarraba la piel. Jamás hubiera podido Dreng conservar la vida si la

necesidad no le hubiera obligado a hacer cosas imposibles, enseñándole a someterse a las leyes que la rigen.

Una noche de helada, en que yacía desnudo y exhausto bajo una roca congelada con la impresión de que no volvería a ver el amanecer, se levantó y, medio delirante, salió en busca de un oso, cuya tibia guarida invernal había adivinado en las cercanías. Al entrar en aquella cueva casi lloró: dentro flotaba un tufo cálido, un olor desagradable a fiera, y se acordó de su madre y de su perdido hogar en la selva virgen, donde apestaba la carroña bajo los rayos del sol frente a las cabañas. Se tragó las lágrimas. Tenía la sensación de haber regresado al hogar y se dejó caer al lado

del oso, quedándose instantáneamente dormido. Pero el oso se levantó en medio de la obscuridad y comenzó a olfatearlo y a lamerlo. Dreng se levantó como enloquecido; un instante después se produjo una lucha en la cueva, en la que Dreng hubiera perecido sin remedio de no haber tenido a mano el hacha de piedra. Mató al oso y le sorbió la sangre. Después abrió un hueco en el cuerpo del animal y se metió dentro. Allí estuvo durmiendo hasta que el cadáver del oso se enfrió; pero no abandonó aquel lugar sin haber antes arrancado la piel al animal. A la noche siguiente durmió bajo una roca envuelto en la piel del oso, que ya en lo sucesivo utilizó durante su marcha. Con esto

podía soportar bastante bien las frías noches y no tardó en involucrarse con ella también de día. Metiendo los pies dentro de la piel de las garras, soportaba muy bien las molestias del suelo frío y erizado de piedras. Pero la lucha con el oso le había costado la pérdida de un ojo.

Tomaba el alimento crudo, tal como lo encontraba y donde lo encontraba y no comía otra cosa que los bichos que hallaba a su paso, ya que no había rastro de plantas ni de frutas. Mientras caminaba se agachaba para recoger lemingos y musgaños: volcaba las piedras bajo las que se escondían estos bichos, que él se metía en la boca calientes y vivos. Pero cuando Dreng

sentía un hambre aguda mataba de un golpe y devoraba los animales que podía derribar desde las liebres y jabalíes hasta el enorme alce. Manejaba el hacha de piedra con tal fuerza y destreza, que no se le resistía ningún animal. El vigoroso uro caía como fulminado por el rayo cuando Dreng, abalanzándose sobre él, le hundía la hoja de sílex en el testuz. Dreng perfeccionó su herramienta e hizo cuchillos para descuartizar la caza: sujetó el cuchillo al extremo de un palo para conseguir un mayor alcance; y cuando no le era posible acercarse lo suficiente, arrojaba el arma contra el animal. Pero en la montaña escaseaba la caza. Frecuentemente tenía que ir

rastreando y persiguiendo al animal durante un día entero, acuciado por un hambre creciente, antes de que la pieza fugitiva quedara muerta bajo sus rodillas. El único calor de que disfrutaba era el de la sangre fresca y tenía que comer la carne cruda, puesto que no disponía de fuego.

Afrontaba valientemente la situación porque así se lo imponía la necesidad de seguir viviendo. Soportaba el rigor de cada día porque no le quedaba más remedio. Pero el destierro fue marcando con su sello su carácter a medida que se fue haciendo más hombre, de modo que él nunca acertó a concebir su propia existencia más que como una amarga nostalgia de otra vida mejor, una

vida que se encontraba en otro lugar. Y esto le impulsaba a seguir adelante.

Durante su infatigable incursión siempre caminó hacia el Norte. Se encontraba ahora sobre los Alpes escandinavos, donde la nieve era ya vieja sobre las cumbres y había comenzado a congelarse y a deslizarse convertida en hielo, hacia los valles, a lo largo de las quebradas laderas.

La primera vez que Dreng divisó el hielo eterno del glaciar se encontraba éste a muchas millas de distancia, brillando cegador, con aquel raro resplandor verdoso de una profundidad abismal que se mezclaba con el azul del cielo. Esta visión había de quedársele grabada para siempre en el alma.

Arqueó los lomos, como solía hacer cuando surgían nuevas incertidumbres, y reanudó la marcha.

Entre él y el glaciar se interponían sierras montañosas y páramos inmensos. Él corría siempre subiendo, gateaba con manos y pies por las quebradas pendiente de la montaña. Mientras caminaba se olvidaba de su propia existencia y luego volvía a tener conciencia de ella, deteniéndose en un lugar para reanudar su peregrinación. Y así volaron los años.

Mucho tiempo hacia que Dreng conocía el glaciar y caminaba sobre él como sobre otro camino cualquiera mil veces recorrido.

También allí, sobre los estériles

páramos de hielo, se podía vivir. Dreng erraba sin objeto entre las verdes crestas y simas de hielo: oía como unos sordos mugidos subterráneos bajo sus pies en las profundas cavidades resonantes que había en el interior del glaciar. No sentía el menor temor porque se había enfundado en dos gruesas pieles de oso, una de ellas con el pelo vuelto hacia dentro, envolviéndose las piernas en pieles de alce, que había conseguido sujetar con correas. Por la noche dormía perfectamente en algún hoyo que quedaba entre las rocas que sobresalían del hielo. Cuando arreciaban la helada y la nieve, sabía por experiencia que ésta constituía el mejor abrigo, y así hacía un socavón en

ella, y se enterraba en este hoyo bien abrigado entre las pieles, durmiendo hasta hartase. Después salía de nuevo a la luz del día, hambriento: y, con las pieles flotando a su espalda, salía a galope en busca de caza por los dilatados campos nevados.

Al ir avanzando en edad. Dreng fue desviándose de su primitivo objetivo. En un principio se había sentido impulsado a dirigirse al monte para medir sus fuerzas con el frío y castigar sus fechorías: pero la lucha cotidiana por la vida fue desplazando poco a poco aquella aspiración. En las altas cumbres no encontró otro tirano que las tempestades de nieve y el glaciar, que le obligaron a emplear todas sus energías

en sostener su vida lamentable. Los picos no guardaban más secretos que nieve. Aquel espíritu de rebeldía desafiadora con que había emprendido su peregrinación se convirtió en una inflexible voluntad y perseverancia en aquella lucha con las inclemencias del tiempo. Cuanto más dura era la adversidad, tanto más acerada era su voluntad de seguir adelante.

Si el silvícola que había en él había muerto cuando él *se* encontró sobre el volcán apagado, ahora desapareció la última chispa de instinto animal al irse esfumando, en su lucha con el frío, la idea de un ser hostil como culpable de todos aquellos males. A medida que, día tras día y noche tras

noche, se fue ejercitando en la empresa de resistir y sobrevivir, no venciendo una fuerza que era invencible, sino luchando ciegamente sin cesar, fue adquiriendo el convencimiento de que las fuerzas de la naturaleza eran fuerzas ciegas, desprovistas de inteligencia. Sus inclinaciones se fueron volviendo despiadadas al verse obligado a transformarse y adaptarse a las situaciones que él precisamente había querido dominar. Por lo demás, ya no pensaba; vegetaba en una especie de furia ciega contra todo ser vivo que lo rodeaba, desarrollando la energía de todo un pueblo. Y el viento del Norte le azotaba el rostro, aullando sin cesar: “¡Ayúdate a ti mismo!”

Dreng se quedó en las regiones nórdicas. Se instaló, solitario, entre las frías montañas, y allí comenzó a vivir su vida. Las tormentas y las ventiscas de nieve fueron sus compañeros de viaje; y su patria, una región sin horizontes. El invierno seguía arreciando. Las noches iban abriendo una boca cada vez más tenebrosa, tragándose casi literalmente al breve día.

La aurora boreal se encendía, en las noches blancas de escarcha, como una explosión de alegría desatada; como la aparición, en el cielo, del fuego muerto del mundo. Dreng alzó los ojos hacia aquel fuego espectral; pero aquella aparición fantástica no le libraba de su mísera existencia. Sacudió

la cabeza. Se inclinó sobre las huellas de un reno impresas en la crujiente nieve y exclamó: “¡Comida! ¡Tengo comida para hoy!”

En busca de caza iba Dreng por montes y valles, alojándose en huecos que quedaban bajo las rocas; y si no encontraba refugio adecuado donde instalarse, recurría a sus fuerzas de oso para voltear enormes piedras y colocarlas unas sobre otras hasta formar una cueva, en cuyo interior él podía estar seguro durante toda la noche. Este sistema atenuó grandemente el temor que él sentía por su vida, dejando en libertad sus energías para aplicarlas a otras empresas. De este modo, cuando llegaba a un lugar donde había caza suficiente

por los alrededores, solía afanarse en construir una casa, o más bien una tumba, en la que podía morar tal vez diez noches seguidas y a veces permitirse incluso un pequeño descanso durante el día. Solía sentarse delante de este túmulo disfrutando del débil calor del sol de invierno, mientras en torno suyo quebraba y esparcía esquirlas de sílex: estaba ocupado en fabricar instrumentos nuevos. Su ojo, distraído a ratos del trabajo, volaba errante: algunas veces se asombraba de que el sol se hubiera enfriado tanto y estuviera tan bajo sobre el horizonte. Nunca en torno a la línea del horizonte se movía cosa que él no viera.

Delante del túmulo vino a sentarse

a su lado, a corta distancia, un perro. Apuntó las orejas, y, con seguro olfato, se puso a husmear en las cosas que había a su alrededor.

Ya Dreng no estaba totalmente solo. No había estado jamás acompañado de animal alguno en los desolados páramos. La mayoría de ellos rehuía su presencia. El viejo mono había permanecido a su lado al principio; pero al arreciar el frío, sucumbió. Intentó alimentarse con los restos de carne que Dreng dejaba, pero no tenía cualidades de buen comedor y enflaquecía por momentos. Una sola vez le vió Dreng recoger una piel de oso que él había desechado por inservible y tratar de enfundarse en ella; caminó un poco

arrastrando aquella piel, pero esto le impedía andar a cuatro patas y la soltó de nuevo. Una mañana Dreng lo encontró muerto y congelado delante del túmulo donde el había pasado la noche. Más tarde se unió a él el perro.

Los perros salvajes solían ir tras él como una sombra, porque estaban seguros de conseguir siempre la parte más voluminosa que él mataba. Cuando no tenía otra cosa, Dreng solía comer también perros. Pero en la manada de caninos había uno al que él respetaba la vida: lo encontraba diferente de todos los demás, y se había acostumbrado a él. Aquel perro le seguía siempre; ya no se juntaba a los de su manada, y Dreng no podía quitárselo de encima. El animal

era muy discreto y modoso; nunca se acercaba hasta después de que Dreng había comido, y huía obediente sólo ron que él le dirigiera una mirada. Era un perro pequeño, de hocico afilado, con la cola enroscada sobre el lomo. Abandonó la costumbre de aullar, pues de lo contrario Dreng lo apedreaba, y aprendió a ladrar. Dreng y el perro estaban atentos a todo; sus ojos, siempre alerta, descubrían toda cosa que se moviera en un radio de varias millas de distancia. El perro seguía maravillosamente las pistas. Cuando salía con Dreng de cacería, se entusiasmaba terriblemente corriendo detrás de los renos: y más de una vez prestó a Dreng servicios que

consolidaron aquella tregua que se había iniciado entre ellos.

Dreng se encariñó con el animal. En medio de los rigores del invierno, en que los días y las noches y las semanas eran un único e interminable instante insoportable, le tranquilizaba saber que el perro le permanecía fiel, sin apartarse del túmulo durante la noche. Si al día siguiente la cacería resultaba un fracaso, siempre podía contar con el perro, pues éste constituía para él una buena comida. El perro parecía comprender a Dreng; era prudente y comedido, y jamás se acercaba a él a menos de una vara de distancia. Esta situación, un poco tensa, se prolongó durante algún tiempo, sirviéndoles para conocerse mejor el

uno al otro. Solían estarse juntos muy contentos en los breves días de invierno, cuando Dreng disponía de víveres más que suficientes para los dos, tenía construido el túmulo y el sol brillaba un poco desde sus lejanas rutas interestelares.

Crepitaba y humeaba el pedernal en las manos de Dreng, quien en los ratos libres estaba continuamente trabajando en algún instrumento. Y mientras así estaba entregado a su trabajo, comenzaba a veces, de pronto, a olfatear el aire frío, con los ojos ávidos de curiosidad, y acercaba la nariz al pedernal. Algo le había recordado al luego en aquel momento. Cuando desmenuzaba la piedra de sílex, notó

que había en ella o a su alrededor algo que olía a brasas de un rescoldo. Dilatando las aletas de su nariz, Dreng aspiraba aquel tufo a quemado, que le recordaba también el olor de la hierba mojada por la lluvia después de haber los rayos purificado el aire; o bien la neblina de la mañana que se alzaba de las selvas vírgenes, la densa transpiración nocturna de las plantas evaporada bajo los rayos del sol. Una vez más volvió a aspirar el aire profundamente. ¡Cuánto echaba de menos el fuego! Se hubiera puesto a trabajar en el silex sólo por el placer de respirar aquella emanación que desprendían las esquirlas al saltar en pedazos.

Por fin pasó el invierno. Dreng no se dió cuenta de ello inmediatamente. Las noches comenzaron a ser más tibias, y el sol caminaba a mayor altura sobre el horizonte, precisamente en una época en que él, apretados los dientes, tomaba sus disposiciones para hacer frente a un frío más intenso, a una existencia más dura, tal como el invierno le había enseñado a soportar.

Sólo ahora que el cielo se iba haciendo más luminoso con el crecimiento de los días, se manifestaron en Dreng las huellas de las calamidades que había sufrido en medio de aquella larga y espantosa oscuridad. Mientras duraron aquellas semítinieblas, él había andado como frenético, en un continuo

estado de desesperación, inconsciente de si mismo, poseído por la obsesión de defenderse; ahora, al ceder la resistencia que oponían las fuerzas ciegas de la naturaleza, respiró aliviado, emitiendo unos lúgubres sonidos que le salían convulsos de la garganta: era la risa. Aquella risa le hacía daño, pero pronto olvidó todo y se recobró de nuevo.

Vino el verano, trayendo a Dreng la convicción de que el frío se había ido esta vez para siempre. Pero volvió el invierno, más riguroso que nunca, y entonces Dreng pasó el trance más amargo de su vida, trance del que salió medio muerto. De nuevo el verano lo puso en pie. Y ahora se dió cuenta de

todo y llegó a comprender el secreto de los ciclos del año, y así se preparó para el invierno antes de que éste hiciera su aparición.

Cada nuevo invierno era más largo y frío que el precedente, y el verano más breve: éste llegó a ser sólo un intermedio lluvioso entre dos inviernos perpetuos. El glaciar crecía y dilataba su imperio.

Las altas cumbres yacían ahora bajo una continua cúpula de nieve, que constantemente se iba engrosando con las incesantes nevadas que azotaban las alturas. Las capas de nieve se prensaban unas a otras formando una enorme masa fluida de hielo que, deslizándose desde las cimas, empezaba a invadir los

valles. Ya aquellos breves veranos no eran capaces de seguir haciendo mella en el glaciar; sólo servían para mezclar los hielos fundiéndolos y licuar la nieve en la superficie, que volvía a congelarse de nuevo, dejando detrás un glaciar desnudo y brillante, cuyas profundidades verde-azules se extendían desde los picos más altos hasta los valles más distantes. Al correr del tiempo, el cristalino destellar de aquella insondable transparencia verde llegó a ser el horizonte único de Dreng, a medida que el glaciar, lenta e insensiblemente, fue extendiéndose por las montañas hasta cubrir toda la región.

El glaciar penetraba en la misma tierra, aplastándola con el peso de las

montañas de hielo puestas en marcha. En las negras noches nórdicas percibía Dreng el trueno subterráneo y el rechinar del hielo, que cuarteaba los cimientos de las rocas, avanzando impulsado por su propio peso, inmenso y frío. Ante aquella invasión Dreng rechinaba los dientes.

En los tranquilos días de helada en que el aire punzaba en todos los poros del cuerpo, le salía a Dreng el aliento en forma de densos chorros blancos, y la sangre le pinchaba bajo la piel como una lluvia de chispas. ¡Sólo el hecho de vivir le parecía ya una victoria!

AÑOS DE CACERIA

DRENG había alcanzado su plena edad adulta y se había endurecido bajo muchos inviernos. Llevaba ya una vida regular y segura, aunque todavía continuaba peregrinando sin cesar. Aquella absurda lucha contra el frío se transformó en un estilo de vida organizado y medido, desde el día en que comenzó a entender el cambio de las estaciones y aprendió a hacer preparativos para el invierno.

En la estación en que el tiempo era bueno, secaba la carne y la guardaba para cuando llegaba el frío. Encontraba caza suficiente incluso durante e!

invierno: pero cuando realmente se sintió feliz fue cuando se puso a construir una casa de piedra, profunda y sólida, para pasar allí toda la época de los fríos, y esto le determinó a reanudar el hábito de reunir provisiones. No tenía una residencia completamente fija. Todos los otoños elegía en las cercanías un lugar próximo a zonas de caza intactas: pero solía quedarse a vivir allí en los largos meses de invierno. Ahora tuvo que construir su casa a fuerza de enormes trabajos, ya que debía utilizarla durante mucho tiempo; y así hubo de hacerla conforme a un plan predeterminado. Cuando encontraba alguna cueva natural, tomaba posesión de ella después de haber dado muerte al

oso que generalmente solía alojarse allí. Pero cuando no había cuevas de esta especie, construía un túmulo colocando unas piedras sobre otras, de modo que formaran una cámara, y recubría las paredes con piedras menudas. Excavaba la tierra profundizando aquel pequeño recinto de piedras, y lo forraba con musgos y pieles. Allí no entraba el frío en las largas y tenebrosas noches invernales. Siempre anclaba de caza, pero durante el invierno nunca se alejaba demasiado, de modo que siempre estaba de vuelta en su casa antes de la noche.

Aun cuando no tenía fuego ni luz, siempre que no podía dormir, y cuando disponía de carne suficiente, se ocupaba

en realizar diversas tareas dentro de su cueva Preparaba sus pieles; sentado durante horas interminables, se dedicaba a mascar las crudas y tiesas pieles, pulgada a pulgada, hasta dejarlas flexibles y suaves. Esta operación se la había enseñado la dura necesidad, lo mismo que las demás cosas que había aprendido a hacer. En las épocas de hambre se vio obligado a sustentarse royendo los restos de carne que quedaban pegados a la piel, descubriendo así que los cueros duraban más y vestían mucho mejor después de masticados. En las mismas circunstancias había aprendido el modo de conservar la carne, secándola. Cuando no mascaba pieles, permanecía

en la oscuridad tenebrosa como un ciego. Avanzaba pacientemente a tientas, palpándolo todo con los dedos, abría agujeros en las pieles con un punzón de hueso y las ensamblaba con correas hechas de piel de reno. Él sabía ceñirse al cuerpo perfectamente aquellas pieles, de modo que le produjeran más calor, cosa que también le costó largos trabajos y quebraderos de cabeza. Torcía cuerdas e hilos de tripa, que juego le servían para diversos usos. Todo esto sabía hacerlo a oscuras.

Entretanto, los inviernos se hacían cada vez más largos. El glaciar cubría ya una enorme extensión de aquella región. Dreng no veía moverse el glaciar, pero este, mes tras mes y año

tras año, se había ido extendiendo cada vez más. El último límite del glaciar estaba ahora muy lejos, allá en las tierras bajas, donde el quebrado hielo verde entraba en contacto con los restos de la selva muerta. Donde antes había bambúes y mimosas se extendía ahora un caparazón de hielo; en los cálidos pantanos donde ayer habían crecido los helechos gigantes tendían ahora su arco grandes pontones por donde irrumpían sucios ríos con un agua blanca y turbia. El glaciar estaba siempre licuándose y congelándose de nuevo por la fuerza de mi propio frío, y crecía y avanzaba invadiendo comarca tras comarca.

Dreng conocía muy bien su

naturaleza y sabía que iba avanzando. Hacía cálculos y observaciones, que le permitían prever con bastante claridad la época en que el año culero no sería más que invierno: La época en que el glaciar hubiera invadido todo el país. Involuntariamente acumulaba fuerzas en previsión de aquello que se estaba incubando. Cada invierno era una dura lección que le enseñaba a prepararse a conciencia. Ahora ya no emprendía cosa alguna durante el día sin poner en ello una intención orientada hacia el futuro aunque a veces no se daba cuenta de la finalidad con que lo hacía. El glaciar era el amo de su vida.

Los primeros veranos que siguieron en la época en que se quedó solo eran

todavía bastante cálidos, aunque muy lluviosos. Eran verdaderamente años diluviales: aquella lluvia caliente caía durante semanas ininterrumpidas, convirtiendo la tierra en pantanos envueltos en una neblina. Luego aparecía de nuevo el glaciar, bañado por la lluvia, y brillando con aquel resplandor abismal de color verde desde abajo hasta la cima; trazaba en su marcha curvas de millas amplitud, cuarteando e y constelándose de rocas caídas desde las cimas, sobre las que se extendía la nieve, hasta llegar a las llanuras veladas por la cortina de lluvia.

En aquellos breves veranos diluviales. Dreng se convirtió en un hombre semiacuático, y aprendió a

cruzar las aguas sobre troncos de árboles, que él impulsaba con una rama a guisa de pértiga. Los ríos y los lagos desbordados ya no eran un obstáculo para él. Si las aguas adquirían excesiva profundidad, chapoteaba el agua enlodándola, hundía el extremo ancho de la estaca y seguía navegando contra viento y marea. El perro le seguía, sentado en el otro extremo del tronco, o bien nadando a su lado. Los dos estaban constantemente mojados, con su pelambre chorreando, y entumecidos de frío. Pero ellos se sentían como el pez en el agua.

Durante aquellos veranos fugaces, Dreng volvía a caer en la desidia y despreocupación del hombre de la

selva. Arrojava lejos de sí las pieles y caminaba errante, sin llevar consigo más que sus armas de piedra. Absorbiendo calor por todos los poros de su cuerpo, permanecía echado días enteros y se tostaba al sol cuando éste, al fin, irrumpía a través de los cúmulos. Pero la voracidad que había despertado en él el invierno se había dormido ahora y sólo esperaba la llegada del frío. Su memoria estaba siempre despierta. Nunca se distanció tanto del glaciar que no viera sus verdes destellos fulgurantes contra el ciclo.

En la época estival erraba sin cesar, alejándose hasta millas de distancia para cazar toda especie de animales. Construía minúsculas cabañas

de ramajes para la noche y continuaba adelante a la mañana siguiente. En sus incursiones llegó hasta la comarca del Sur de donde había venido, encontrando la selva casi podrida y transformada en una ciénaga caótica e irreconocible. Los troncos de los grandes árboles apenas se podían distinguir y formaban un fondo casi inaccesible de leña muerta, sobre la que empezaban a brotar matorrales y hierbas silvestres.

La selva virgen ya nunca más se volvería a rehacer. Todos los años, algunos de los árboles destruidos echaban retoños, que intentaban subir hacia el ciclo, y por encima de las enterradas palmeras verdeaban en el fango algunas yemas, que nunca llegaban

a convertirse en árboles. El invierno siguiente los volvía a castigar de nuevo. Ninguna de las auténticas plantas de la selva volvió a recobrar su antigua talla y lozanía; se limitaban a prolongar la vida en los retoños raquíticos, algunos de los cuales resistían, propagándose y reproduciendo la selva virgen, aunque, en una escala mínima y de una forma muy distinta.

En cambio, otros vegetales, que antes no habían tenido importancia ni significación alguna en la jungla, se encumbraron y comenzaron a hacer causa común para formar una nueva selva; la selva de las coníferas, capaz de resistir todos los ataques del frío. Los pinos y los abetos del norte se

extendieron rápidamente sobre la zona donde antes había estado de selva virgen, y hasta el enebro, que se había alzado en la selva cálida como un gigante cupresáceo, atravesaba el invierno con unos cuantos renuevos de lento crecimiento que poco a poco se iban pareciendo a las cúpulas y pirámides del árbol materno, aunque sólo en miniatura. Por el contrario, otras plantas, que antes eran sólo hierbas y matas, se transformaban en árboles gigantes bajo las nuevas condiciones climáticas, adquiriendo la propiedad de perder la hoja en invierno para brotar ríe nuevo en la primavera. Eran abedules y encinas, que antes sólo habían sido arbustos creciendo en el

fondo de las selvas vírgenes: álamos temblones y sauces y muchos otros árboles que ahora adquirirían pujanza y envergadura, comentando a formar bosques y a desplegar su follaje caduco durante las claras noches de verano.

Todo se iba amoldando a aquel nuevo orden con estaciones cambiantes, pues no podía ser de otra manera. Muchos de los animales emigrados volvían al Norte en la época del calor, y luego siguieron repitiendo estas emigraciones, aunque iban retrocediendo lentamente, año tras año, ante el avance del glaciar.

Casi todas las aves se dirigían al Norte cuando el sol se airaba con sus cegadores abanicos de luz por encima

de las comarcas inundadas, cuyos contornos conocían bien ahora. No se asustaban ante aquella inmensidad de agua mientras el sol hiciera salir de ella hierbas y juncos y un buen hormiguero de gusanos para su sustento. Algunas se habían quedado para siempre en el Sur; a esta clase pertenecían los flamencos y pelícanos y muchos pájaros igualmente delicados, de aspecto un poco sospechoso, pero con una gran sensibilidad entre los dedos de sus patas membranosas. Todos los demás — ánsares, ánades, cisnes, avefrías, alondras y chorlitos — saludaban a Dreng cuando en bandadas, densas como nubes, venían rumorosas del Sur con alegres cantos de regreso y se

precipitaban hacia los lagos inmensos, donde la antigua selva emergía del fondo en forma de ramas y raíces descoloridas en una extensión que se perdía de vista.

Allí croaban lo» sapos hasta que venía la cigüeña y los devoraba; allí, flotando en el agua llena de sol, burbujaban y bullían gusanos y pececillos recién nacidos atrayendo a los ánades: grandes lucios trazaban surcos centelleantes en el espejo líquido, perseguidos por las nutrias, y entre los árboles amontonados, rebaños enteros de castores construían sus ciudades.

Todo era una apetencia de vida, una incubación y un alumbramiento sin fin, y Dreng se daba atracones de huevos y

aves, y pasaba semanas enteras en los islotes donde las abejas construían sus panales en los huecos de los árboles muertos.

Muchos de los animales terrestres intentaron también abrirse paso hacia el Norte en la época de los calores. Cuando Dreng, sentado en las montañas del Norte, contemplaba el panorama, descubría allá, en la infinita lejanía, hacia el límite sur del horizonte, bañado en los rayos del sol, una figura muy conocida, recortándose contra el cielo: era el león con su ancho pecho formidable, que aparecía como un punto casi invisible en la lejanía. O bien distinguía las finas líneas de algún antílope friolero, que acaso había

recorrido centenares de millas procedente de los nuevos pastos de los valles meridionales, con el solo objeto de echar un vistazo a su hogar nórdico, que un día había abandonado. No eran más que simples y solitarios animales errantes que siempre volvían la espalda al descubrir desde una altura el panorama de las selvas arrasadas. Su destino apuntaba cada vez más hacia el Sur, de modo que muy pronto el lugar que ellos ocupaban aquí ya no los volvería a ver más.

Algunos animales terrestres venían de visita por el verano y volvían a marcharse al aparecer los fríos; pero cada vez eran menos numerosos. No podían viajar por el espacio como los

pájaros ni habituarse a aquella emigración, repetida todos los años. Los caballos salvajes habían aceptado este género de vida, y lo misino algunos otros animales veloces; pero pronto el glaciar separaba a los que iban a quedarse de los que iban a marcharse. En los dos o tres primeros veranos el hipopótamo probó de volver atrás; venia chapoteando a través de los marjales y al año siguiente ya no hacia su reaparición. Volvía la espalda a su patria ingrata, y eso que era una espalda muy ancha.

Los primeros veranos se había producido una enorme invasión de monos rabones. Habían olvidado la existencia del invierno y, con altaneras

pretensiones, defendiendo supuestos derechos y atacando a los demás seres vivientes, consiguieron instalarle en un bosque de la montaña, donde disponían de frutos y bayas suficientes para darse la gran vida durante los meses cálidos. Cuando en el otoño siguiente Dreng descendió a las tierras bajas, encontró los esqueletos de toda aquella horda en una isleta a donde ellos habían ido a parar huyendo del frío. Los había sorprendido el terrible temporal, y todavía podía verse, por las hileras de huesos descamados, cómo habían estado todos juntos en apretado grupo, abrazados los unos al cuello de los otros, y así se habían quedado muertos por congelación. A Dreng siempre le

habían fastidiado aquellos bichos, porque continuamente le estaban fiscalizando y remedando, y así se alegró de poder tararear una canción de burla dirigida a aquella horda, Éstos fueron los últimos que vio en su vida. En el Sur también pereció una buena cantidad de ellos, a pesar de que constantemente andaban alegando derechos y se jactaban de ser más que nadie.

Más prudente fue el mamut, al que Dreng había visto con tanta frecuencia en sus primeros años de cazador, en los que el tiempo le resultaba eterno y en los que él se desarrollaba transformándose en hombre. Él y el mamut anduvieron juntos desde el

principio. Dreng todavía no cazaba a este animal gigante, pues no estaba maduro para semejante empresa; por eso los dos podían muy bien viajar juntos sin meterse el uno en el terreno del otro. El uno se alimentaba con cosas distintas de las del otro.

El mamut era ya diferente del elefante común; con el frío se había cubierto de largas cerdas, dando la impresión de una pequeña montaña semoviente tapizada de musgo al ir errante, con su paso tambaleante, entre los bloques de granito, sacudiendo la escarcha de los alerces para recoger las verdes agujas del árbol. En el invierno se convirtió en una figura familiar para Dreng allá en la montaña, donde solía

encontrarse con el gigantesco animal en algún bosque de coníferas cargadas de nieve, al abrigo de un bloque de rocas, con la trompa enroscada, cayéndole a chorros la nieve por entre los colmillos, enormemente separados. Allí estaba él, infinitamente paciente, pesado como una montaña, balanceándose en medio de la tempestad de nieve y asomándosele largas y abundantes lanas entre sus poderosas patas; bajo la espesura de los linderos cargados de nieve miraba al vacío con sus pequeños ojos vivos y expertos. Parecía la imagen misma de la soledad.

En las duras y silenciosas noches de helada, al estar Dreng encostado y en vela dentro de su covacha hecha de

cantos rodados, oía el eco de la sordatos del mamut resonar entre las simas de hielo y perderse en el sonoro silencio de la eternidad. Luego el viejo animal se ponía en marcha, remontando el glaciar a la luz de la aurora boreal, y avanzaba, tanteando cautelosamente el suelo con sus pies de gigante, entre las grietas y los bloques de hielo. De esta manera recorría largas distancias para encontrar las montañas-islas, que frecuentemente constituían picos escarpados, donde crecían los abetos enanos, que eran su alimento. En cambio, en el verano iba resollando perezosamente y ávido de golosinas entre los jóvenes abedules, haciendo malabarismos con la comida: se la echaba sobre el lomo y la arrollaba

con su sensible trompa antes de decidirse a comérsela. En aquella época mudaba de pelo, dejando sus ásperos mechones de lana prendidos en breñas y zarzales.

El mamut amaba las noches claras, en cuya luz crepuscular los troncos de los abedules brillaban oscuramente en la lejanía como cuerpos blancos y jaspeados. Y entonces, allá en los cerros donde el cielo a la hora del mediodía todavía conservaba un resplandor amarillo, se veía al mamut moviendo ora una pata, ora otra y espantando los moscardones con las orejas; desde larga distancia se oía el crujir de sus torpes colmillos, profundo y resonante como el ruido de las piedras que rodaban en el

fondo, bajo el glaciar.

Pero a medida que se iban acortando los veranos, menos frecuentes eran las ocasiones en que el mamut bajaba de la montaña; prefería ir desplazándose más hacia el Norte al llegar la primavera, pues se había enamorado de la vida en un medio de frío. Y este fenómeno le sirvió a Dreng de advertencia para el futuro. Sabía que el mamut era previsor.

Dreng se puso a pensar seriamente en ello. Su infancia se había ido para siempre, dejándole sólo la sensación de que habían transcurrido años infinitamente largos; el tiempo en que él había vivido solitario en los montes deshabitados era como un ciclo de

milenios. Nada le faltaba; era dueño absoluto de su existencia y encontraba cada vez más recursos para hacerla más llevadera. No tenía a nadie en el cielo ni en la tierra; había sometido a su poder todos los animales con el hacha y la jabalina que salían volando de su mano, y no se rebelaba contra las fuerzas ciegas que le salieron al paso en las tormentas de nieve y en la oscuridad, pues ellas eran el símbolo de la vida dura que llevaba: eran la fatalidad inexorable y el espíritu de rebeldía injertados una en otro para formar un solo árbol, El había vencido a la naturaleza y se había vencido a si mismo.

Pero se sentía inmensamente solo.

¿Para qué había llegado a adquirir tal fuerza y robustez? ¿Es que sus energías no iban a emplearse en otro objetivo que en el de vivir, simplemente vivir? No tenía tiempo de aburrirse: ve dedicaba a cazar para el día o hacia provisiones para más adelante. Podía trabajar a oscuras incluso, y, cuando tenía tiempo y vagar, permanecía en su túmulo días y noches seguidos, contemplando el paso de las estrellas y la nuevas. Todo lo que el veía o tocaba una sola vez, quedaba para ción de los cuerpos celestes, el tiempo que tardaban en reaparecer y lo que duraba su ausencia.

Sus ojos escrutadores miraban constantemente a un lado y a otro, observándolo todo. Sus manos

continuamente buscaban cosas nuevas. Todo lo que el veía o tocaba una sola vez, quedaba para siempre en su memoria; siempre tenía los sentidos abiertos para captarlo todo; siempre estaba ocupado en algo; cada nuevo descubrimiento le enloquecía de entusiasmo; iba de un lado para otro como un pájara que, en la fiebre de la incubación, se afanaba en construir su nido. Su cerebro creaba, y en sus manos todo se tornaba fructífero.

Pero no era feliz.

Un verano se propuso emprender el camino del Sur siguiendo las huellas de su tribu. Rastreando de un campamento abandonado a otro, hubo de caminar varias semanas antes de llegar a la

llanura. Hacía mucho tiempo que ellos habían abandonado los lugares donde vivían en la época en que Dreng se separó de ellos y la selva estaba destruida. Dreng tuvo que atravesar montañas y bajar a parajes completamente irreconocibles, en los que no se sentía seguro. Por fin, un día divisó el humo que salía de un campamento y adivinó que allí estaban ellos. No era un lugar cálido precisamente, a pesar de hallarse tan al Sur. ¿Qué había sido de ellos en todo aquel tiempo? Con profunda nostalgia contempló el humo, el cual evocó en su memoria la imagen de la tribu acampada y sentada alrededor de la hoguera o formando un círculo en el interior de las

cabañas; allí los hombres seguirían, sin duda, riñendo un día y otro, inculpándose e insultándose, pero sin pasar a vías de hecho. Si se hubiera asomado al campamento el día en que vio la estaca que ellos habían levantado para él como símbolo de venganza, hubiera oído cómo se insultaban con voces llenas de odio, imponibles de acallar: y él sabía que esa misma escena era la que iba a ofrecerse a sus ojos ahora, si persistía en seguir adelante. Por eso no pasó adelante. Además, ¿acaso traía el fuego consigo? ¿Había, acaso, encontrado en su largo destierro lo que él siempre había considerado como condición indispensable para poder regresar a sus lares? No, no quiso

seguir adelante.

En aquel verano se quedó en la zona desierta situada al norte de los bosques, donde las diferentes tribus salvajes — con excepción de la suya — habían asentado sus reales, muy alejadas unas de otras, y, como siempre, separadas por implacables enemistades.

Desde su atalaya, situada en las cumbres. Dreng veía con frecuencia el humo que ascendía de los campamentos de otros clanes, allá abajo en las llanuras del Sur; pero no pensó ni por un momento ponerse en contacto con ellos ni se le ocurrió siquiera tratar de robar una chispa del fuego de sus campamentos. No obstante, sólo había una manera posible de acercarse a

aquellos forasteros.

Aquel verano Dreng se tropezó con unos cuantos seres humanos cuya curiosidad e irreflexiva audacia los había inducido a desplazarse muy hacia el Norte, internándose en las remotas tierras desiertas. Estas ocasiones le permitían satisfacer su ansia de entrar en contacto con los hombres, liste encuentro podía ser un éxito o una desilusión, según que la persona con que se encontrara fuera un joven sano y robusto o un viejo macilento del que no era posible sacar un bocado. Durante mucho tiempo Dreng conservó el amargo y no compartido recuerdo de los dolores digestivos que le había proporcionado uno de estos encuentros. Era un viejo

salvaje esmirriado, a quien él sorprendiera pescando cangrejos en un arroyo; sin pararse a examinarlo, se lo comió en el acto. ¡Cuánto tiempo sintió luego un fuerte dolor de muelas! A punto estuvo de aborrecer la ingestión de la carne humana. Aquella necesidad de probar carne de seres humanos fue disminuyendo considerablemente después de haber probado él la carne de una docena de ejemplares. Además, al final ya nadie se atrevió a desplazarse al norte de los bosques ni en grupos ni aisladamente. Entre las tribus comenzó a circular el rumor de que allá arriba, en las regiones desoladas, andaba un monstruo malvado, medio oso y medio hombre, que descuartizaba y devoraba a

todo ser que se acercara a aquella comarca. Así, pues, Dreng se volvió al No: te, hacia aquellas frías regiones que ya eran suyas.

Pero cuando se vio reducido, durante algunas semanas, a guardar, como solía, una dieta exclusivamente animal, comenzó a desvariar en sueños, ansiando encontrarse con un ser humano de carnes tiernas y pictóricas de vida. ¡Encontrarlo una vez más, una vez tan sólo! Y así anduvo haciendo excursiones de un lado para otro y dando lentos rodeos antes de volver a su soledad.

En una de estas excursiones, emprendidas con una esperanza que él no quería confesarse a sí mismo, por estar seguro de que saldría defraudado,

se encontró con el milagro de su vida.

Era un ser humano. Al fin se encontraba otra vez con una criatura que caminaba erguida sobre sus pies. Fue un día en plena primavera, cuando Dreng vio a su presa en un valle desolado, corriendo a refugiarse en una cueva. Luego, cuando él le atajó el paso, ella echó a correr por el valle, saltando un arroyo, y desapareciendo detrás de una colina. Y la persecución comenzó.

Duró tres días con sus noches, al cabo de los cuales habían recorrido un largo camino, llegando a una comarca completamente desconocida para Dreng y que no contribuyó precisamente a que esta caza fuese un éxito en su vida de cazador. En efecto, aquella pieza de

caza que corría veloz y con una mayor resistencia que el mejor reno, lo llevó al límite donde terminaba la tierra y comenzaba el agua de un lago inmenso que se extendía hasta perderse de vista. Era el mar.

Tan pronto como el perseguido emprendió la fuga, le extrañó a Dreng que no tratara de volver hacia los bosques ni dirigirse hacia las montañas, sino que se desviara hacia las zonas bajas de pantanos y estepas que se extendían en una enorme planicie hacia el poniente. ¿Acaso habitaba gente en aquellas regiones? ¿O es que aquel ser humano fugitivo no tenía una tribu a la que acogerse?

Lo que más le sorprendió fue que

aquella figura fugitiva parecía llevar algo puesto, no una piel como él, sino otra cosa que aleteaba y flotaba al viento en la carrera. Si eran prendas ele vestir, acaso eran las necesarias para aquel clima, pues en aquella época avanzaba del año arreciaban el granizo y las borrascas heladas; pero Dreng no conocía a ningún hombre que, excepto él, supiera vestirse con premias de abrigo para protegerse del frío. Notó también que la persona fugitiva no trataba de defenderse ni de eludirlo con ningún ardid, sino que seguía corriendo a una velocidad uniforme, sin descanso, como único medio de salvarse, tal como solía hacer el ganado salvaje. No le quedaba otro recurso que correr hasta

alcanzarla o hasta que el fugitivo cayera rendido.

Dreng hubo de recurrir a todas sus fuerzas para no perderla de vista; al principio, durante largas horas, aquella criatura le tomó una gran delantera, distanciándose más y más de él. Pero luego Dreng comenzó a ganar terreno, casi insensiblemente, pero lo bastante para no renunciar a la persecución. Por la noche Dreng descansaba algunas horas para comer y dormir, y al día siguiente tenía que seguir la pista a todo correr, después del mediodía, antes de conseguir divisar al fugitivo.

Al día siguiente el perseguido utilizó algunas astucias inocentes, metiéndose en el agua y volviendo a

salir para esconderse luego en un peñascal; Dreng descubrió su rastro; levantó la caza y lo persiguió más de cerca que antes. Habían dejado atrás muchísimas millas de camino para entrar en una región de la que Dreng no tenía la más remota idea.

Manadas de caballos salvajes se levantaban de cuando en cuando y echaban a correr galopando y describiendo círculos; se detenían para mirar a Dreng, que pasaba volando a largas zancadas. Ya al colmo de su paciencia, Dreng iba rechinando los dientes en aquella inacabable persecución. La caza solía ser para él un elemento de su vida cotidiana; pero esta vez la pieza era más noble y preciosa y

más codiciada también.

El último día el fugitivo le llevaba ya escasa delantera. Parecía resentirse de las piernas, había corrido hasta alcanzar la gran llanura de agua; ambos siguieron bordeando la milla, donde la arena tina se mezclaba con cantos rodados y otras cosas extrañas para Dreng. Este corría lanzando miradas ávidas a todo lo que iba viendo por la playa y volviendo su vibrante nariz para aspirar aquel intenso olor marino; pero no se detuvo un momento. Va sólo era cuestión de resistir unos momentos más.

El fugitivo corría delante de él sin ganar terreno, caminaba exhausto. Finalmente se lanzó a la playa, dejándose caer en la arena; se levantó;

trató de seguir adelante y, finalmente, sólo pudo caminar a gatas. La persecución había terminado.

Dreng se acercó a su presa con enormes saltos, y zancadas, pero sin lanzar la jabalina ni hacer ademán de utilizar el hacha. Le bastaba sólo emplear los dientes esta vez; se pasó la lengua por los resecos labios. Tenía hambre y sobre todo mucha sed.

Y entonces se dio cuenta de que aquella figura era una mujer. Estaba de rodillas, con el rostro hundido en la arena, esperando su fatal destino. Cuando Dreng la enderezó y se encontraron los ojos de ambos, de los labios de ella no se escapó el menor quejido. Y en el corazón del hombre se

desvaneció de pronto la idea de homicidio. Naturalmente, ella podía estar segura de no morir.

Pero él se apretó los dientes con un postrer impulso de venganza por las ansias y trabajos que ella le había costado.

De los ojos de ella desapareció el terror de verse entregada al poder de aquel hombre al adivinar que le respetaría la vida, y por eso ella enseñó todos sus dientes como si quisiera morderle; pero ninguno de los dos atacó. Y ésta fue la primera sonrisa.

A partir de entonces caminaban siempre juntos. Iban los dos solos sobre el glaciar, la única pareja humana que había en el Norte.

Entre las nubes asomó el sol y vio que sobre aquella región no había más que ellos dos...

EL MAR

MUCHOS años después, cuando Dreng llevaba ya viviendo una generación en compañía de su mujer en las tierras altas, le sobrevino una enfermedad incurable, aunque no peligrosa para su vida: una avasalladora nostalgia del mar.

Esta nostalgia había nacido en el momento en que ya no le fue posible olvidar nunca un banquete de mariscos frescos que el y su mujer habían recogido en la playa poco después de su encuentro con ella, un día en que sobre sus rostros salvajes se intercambió una sonrisa. Aquel festín, que había

permitido a Dreng probar comida salada por vez primera, le pareció más tarde el único de verdad de toda su vida; cuando le venía a la memoria solía menear afirmativamente la cabeza sin darse cuenta, como si estuviera viendo en realidad una gran cosa totalmente nueva.

Aquel regusto llevaba asociado el recuerdo nítido y dichoso de todo lo que él había experimentado en aquellas breves horas que él y Moa — que así se llamó ella más tarde, con este nombre que le dieron sus propios hijos — habían estado disfrutando en la playa antes de regresar de nuevo al glaciar. Dreng había estado estudiando aquellas piedras redondas y otras muchas cosas desconocidas, algunas de las cuales

resultaron comestibles, aunque de valor desigual. Y él había aspirado a grandes bocanadas el aliento de aquel lago que era más denso y oscuro que las aguas que él había visto tierra adentro y que por el otro lado no tenía orillas visibles. Aquella agua tenía otro sabor, un sabor fuerte. No estaba mala, pero no se podía tomar demasiada. Pájaros que hablaban un especial lenguaje estridente levantaban el vuelo por encima de las olas, que parecían navegar en una larga emigración. ¿Había tomado Dreng la secreta resolución de volver allá de nuevo y luego había olvidado aquella idea? ¿Era esto lo que le llamaba hacia el mar? ¿Por qué aquel día había sido tan hermoso, por qué había metido en su

alma tanta dulzura que su recuerdo fue el oculto resorte que más tarde había de infundir en Dreng una especie de bondad primitiva? Muchos años después seguía aún meneando la cabeza, y cuando, durante la marcha, Moa apartaba los ojos de su carga agobiadora para mirarlo a él, solía descubrir una suave luz juguetona que se extendía sobre los brutales rasgos del hombre, una expresión que se parecía a la sonrisa de aquel día de la playa. Para ajustarlo mejor sobre los hombros, Moa iba continuamente subiéndose el perpetuo envoltorio en que su tierno hijito asomaba su cabeza por encima de la de ella. Ahora sabía que el hombre estaba enfermo de nostalgia y que apenas

pensaba en ella. Y, sin embargo, no había en el mundo cosa alguna ante la que se inclinara más profundamente bajo su carga que aquella sagrada nostalgia del hombre, y la misión de ella en este aspecto era seguirlo con mucha fidelidad hasta la muerte.

¡Cómo Dreng sentía la nostalgia del mar! Los años lo habían ido alejando de aquel instante único vivido en la playa. Su vida llegó a convertirse en un verdadero invierno; pero aquel instante continuó siendo el único y supremo de su vida. En su alma había entrado lo desconocido en aquel momento fugaz en el que él permaneció sentado en la blanca arena, viendo a las olas unirse y navegar hacia un lugar que él era ya

incapaz de divisar. En la maravilla de aquel instante había algo que le quedó hincado en la sangre, algo que más tarde había de influir en su destino y en el de su raza.

Pero no sabía ni llegó a saber jamás que aquella nostalgia del mar era un anhelo místico, que había quedado eternamente unido al amanecer que sintió en su alma en el momento en que fijó sus ojos en los pobres y asustados ojos de Moa.

LAS COSTUMBRES DE MOA

Y ahora era el desfile de los días vulgares. Llegó el invierno. Drengr y Moa salieron voluntariamente a su encuentro, dirigiéndose al Norte, a la frontera del glaciar, donde él estaba acostumbrado a vivir y donde se encontraba como en su propio hogar. Y aquí vivieron, primero en constante peregrinación y luego con residencia fija, y, al correr de los años, fueron formando una familia.

El frío no era una novedad para ella, ya que había aprendido a salir de

apuros a lo largo de todas las estaciones del año. Poco a poco se fue enterando Dreng de todos los pequeños recursos imaginativos que ella poseía para defender su vida; estos ardidés eran tan poco teatrales y tan sencillos, que nadie que estuviera acostumbrado a vivir en los bosques podría imaginárselos. Ella hacía uso de ellos de un modo sencillo y natural. Las ropas que llevaba puestas cuando Dreng la alcanzó junto al mar eran de su propia invención, y él se complacía en recordar cómo a dos personas alejadas entre sí, que no se habían presentado lo más mínimo, se les habían ocurrido las mismas cosas. Esta fue la razón por la que Dreng, transformado repentinamente y

agradecido, admitiera a Moa en su soledad.

La vestimenta de Moa estaba hecha de un material diferente del de Dreng. No estaba hecha de pieles, sino de una especie de paño bardo, tejido y embutido con pelo de mamut que ella había recogido de los zarzales para convertirlo en un hilo grueso, del que resultaba un tejido espeso y caliente. Calzaba sandalias de fibra entretejida y jamás se separaba de un artístico cestillo de juncos, donde guardaba sus cosillas, sus más raros tesoros, bajo la forma de todas las cosas imaginables, como las que coleccionan ciertos pájaros. En este cesto guardaba ella huesos y pepitas de fruta, dientes,

pequeñas piedrecillas que le habían llamado la atención por su color y redondez, plumas, flores mustias, pelusa de lino de los pantanos, toda clase de cosas llamativas, blandas o suaves, aparte, naturalmente, de las provisiones, las cuales eran asimismo, de excelente calidad. Si ya no le cabían más cosas en el cesto, ella las guardaba acá y allá debajo de las piedras o en los agujeros. Jamás tiraba cosa alguna, pero se olvidaba fácilmente de lo que ella había escondido, ¡Qué buena era!

Dreng nunca llegó a saber con exactitud cómo Moa había llegado a aquellos páramos desolarlos ni cómo había conseguido sobrevivir al frío. Moa era muy parca en palabras. No es

que fuera una mujer misteriosa o le disgustase hablar, sino que para ella no existía un pasado coherente. Ella ora vida pura, pero una vida anclada siempre en el presente. Toda cosa recordada pasaba por ella como la sombra de una experiencia vivida de nuevo, pero no existía en realidad. Cuando Dreng le preguntaba cómo había venido desde su tribu, ella sacudía su cabeza del modo más expresivo: probaba de contar una larga historia que de pronto, a juzgar por su mímica, parecía ser actual para ella, pero la cosa no pasaba de elocuentes expresiones o sombras de tristeza en sus ojos y unas cuantas palabras o más bien sus ruidos melodiosos, con lo cual ella creía haber

relatado un mundo de cosas. Dreng tenía que comprenderla. Sobradas pruebas tenía de quién era ella, aquella mujer tan cariñosa que siempre estaba al lado de él; bien se veía de qué era capaz. Y esto ¿no era una hermosa historia?

Además, según todo lo que Dreng había podido averiguar, por una razón o por otra, que natía tenían que ver con su manera de ser. Moa había sido proscrita como él y se había echarlo al monte, pues cuando él la conoció acababa de llegar a la edad adulta y era evidente que había pasado muchos inviernos en la soledad. Era fácil que se hubiera visto en una situación espiritual parecida a la de Dreng, que la había indispuerto con todos los demás miembros de la tribu,

dándole fuerzas para vivir sola y sin fuego. El viento del Norte la había endurecido, enseñándole a defenderse ella sola.

Especialmente era de notar cómo ella había adquirido la misma capacidad de resistencia que Dreng, aunque de un modo diferente. Esto lo fue viendo Dreng a medida que se fue prolongando la vida en común y llegó a conocer las costumbres de Moa. Ella no se había dedicado a la caza; todos los animales le causaban espanto, especialmente los más pequeños, como los ratones, a cuya vista era capaz de escalar rocas. En cambio, se comía, con la mayor tranquilidad, caracoles y todos los bichos reptantes, así como moscas y

otros insectos, exceptuando siempre a las arañas. Parecía elegir los animales conforme a un criterio misterioso.

En general, solía alimentarse casi exclusivamente de vegetales, con los cuales había creado — con gusto o sin él — toda una serie de nuevos tipos de platos. Cuando no podía disponer de frutas, como ocurría en la época en que se encontraba en la selva con su tribu, se saciaba de hierbas, raíces y plantas que encontraba en los tremedales y en las zonas rocosas donde vivía, y su propia existencia demostraba el gran don que tenía de encontrar sustancias alimenticias, pues tenía un aspecto vivaracho y lozano. En el verano se arreglaba muy bien, y hasta muy entrado

el otoño había una gran abundancia de hayas en las marismas, de las que Dreng también había sabido sacar provecho. Pero, ¿cómo había sobrevivido al invierno cuando en los páramos desolados no era posible encontrar bichos ni hierbas comestibles? Ella no tenía el don previsor y consciente de acumular provisiones para la época del frío, como lo tenía Dreng, y, sin embargo, ¡había sabido salir del apuro!

Era, sencillamente, su universal manía de coleccionar, que había llegado a tal extremo que, hasta en los largos periodos, en que no existían alimentos, ella sabía defenderte bien con las reservas que tenía en el cesto o en los escondrijos de que disponía. Ella

coleccionaba todo lo que podía y en la mayor cantidad posible, y este ciego instinto llegó a confundirse con el instinto de conservación. Ella siempre tenía provisiones. Y así consiguió vencer al invierno.

Moa sabía secar diferentes raíces comestibles cuando éstas no se habían ido secando naturalmente en los depósitos donde las tenía escondidas; de estos productos atesoraba grandes reservas. Lo que más le gustaba eran las semillas de ciertas clases de hierbas, que ella descascarillaba y guardaba en grandes cantidades con el mayor afán. Es probable que empezara por enamorarse de estos granos porque eran pequeños y ella se los imaginaba como

tiernas crías, como minúsculos corderillos bravos que era necesario mimar y que le pertenecían sólo a ella. Se moría por ellos y hubiera querido reunir un número infinito por el solo placer de tenerlos. ¡Era un inundo de cositas pequeñas, tan encantadoras! Después, cuando la obligó la necesidad, empezó a comer los granos: un puñado de ellos bastaba para saciar su apetito durante todo el día.

Recogía en especial los granos de una gran gramínea de largas y barbadas espigas: era la cebada silvestre. Dreng conocía muy bien estos granos, pues cuando casualmente se le había agarrado alguna espiga al pelo había probado alguno que otro grano cuyo sabor resultó

agradable. Pero Moa los recogía todos los años en grandes cantidades y pronto llegaron a ser un elemento permanente en la alimentación de los dos.

Pasaron los años; Moa había perfeccionado sus dotes mientras ellos habían andado errantes en medio del glaciar, deteniéndose más o menos tiempo en cada lugar, y Dreng dejó que se ocupara tranquilamente de sus quehaceres, mientras él se dedicó a sus cacerías y perfeccionó sus utensilios. A menudo notaba que Moa tenía entre manos cosas nuevas, que surgían como por encanto. Recogía solícita lana de mamut y pelo de otros animales por los sitios por donde él pasaba, y luego, llegada junto a su túmulo-vivienda, se

sentaba a torcer el hilo, que luego lejía, convirtiéndolo en vestido. Para la temporada de verano confeccionaba faldas ligeras de juncos y fibras herbáceas torcidas. Y tras numerosos ensayos, se quedó finalmente con una planta de resultado ideal para sus propósitos; una hierba de flores azules: el lino. Más tarde, el lino y los incansables dedos de Moa habrían de trabajar mucho juntos. Moa hacía cestos de mimbre para su grano y los rellenaba con arcilla plástica para que no derramaran el grano. Por este procedimiento, y tras largos tanteos, las personas de su sexo, al correr del tiempo, llegarían a fabricar objeto.; de alfarería; pero en esta industria, como en

tantas otras, el éxito no fue completo hasta que Dreng volvió a conseguir el fuego.

Tenían ya algunos niños. El primero nació cuando Dreng estaba ausente. Cuando el segundo alumbramiento, ella se alejó del túmulo yendo a situarse detrás de un peñasco, donde Dreng la oyó quejarse levemente y de donde regresó al cabo de media hora con un nuevo hijo en brazos. Sus hijos se desarrollaban rápidamente. Ya el mayor se contoneaba paseando delante (le la puerta, husmeando toda cosa que se movía en la naturaleza. Para él fabricó su padre un hacha de sílex, no mayor que la uña del pulgar, con la que el hombrecito hacía verdaderos estragos

entre los cachorros de perro que pululaban por las inmediaciones del campamento. Y Dreng volvió a ver pequeños niños soplando plumas y jugando a ser pájaros, como había ocurrido en otros tiempos en la selva perdida. Pero ahora todo era muy distinto.

Hubo necesidad de construir una casa espaciosa y sólida para que pudiera albergar a toda la familia. Cuando Dreng salía de caza, levantaba una piedra de grandes dimensiones dejando cerrada la entrada. Allá dentro se quedaba Moa con los niños, sin peligro alguno, dedicada a su labor de tejedora. Por el día separaba a un lado una piedra pequeña del techo para que

entrara en aquel subterráneo un poco de luz. De ordinario solía estar bastante a oscuras, sobre todo en invierno. Durante la época de frío, vivían siempre en un mismo lugar, que a veces era un caserío muy amplio. Dreng tenía que construir pequeñas dependencias especiales para guardar sus provisiones de raíces, granos y carne curada. Tenía siempre la precaución de elegir un lugar que proporcionara abrigo, preferentemente una cueva natural o bien un declive rocoso que le servía de pared para edificar, o, si esto no era posible, buscaba una depresión del terreno.

El glaciar los obligaba a seguir huyendo, en sentido literal a menudo, al llegar el horror del hielo para invadir su

residencia. De este modo se habían visto obligados a desplazarse tanto hacia el Sur, que ahora residían aproximadamente en la región donde habían nacido y pasado su infancia. Dreng se percató de ello por numerosos indicios. Estaba en las cercanías del volcán apagado. Pero donde antes se alzara la selva virgen había ahora, en una extensión inmensa, un caparazón de hielo con grietas verdes más profundos que la talla de los más elevados árboles. La diferencia era asombrosa; y Dreng, que había sobrevivido al cambio operado en la naturaleza, en algunos momentos ni se reconocía a si mismo.

Al mismo tiempo se iba haciendo cada vez más difícil la marcha. Moa

seguía teniendo hijos y caminaba penosamente, llevando con amor uno a la espalda, otro en brazos, otro de la mano y todavía otros dos o tres agarrados a un pliegue de su falda; tenían que llevar ya tantas cosas imprescindibles, que casi resultaba imposible la marcha. Moa arrastraba más peso que el de su propio cuerpo, marchando siempre silenciosa y cariñosa. Y ellos caminaban porque el glaciar les decía que caminasen. Pero esto no podía continuar así.

Por otra parte, Dreng había introducido tantas mejoras, que francamente resultaba difícil ponerse en marcha después de haberse instalado en un lugar. Había comenzado a tener

animales en su morada. Durante sus cacerías se le presentaba a menudo la ocasión de capturar algún animal vivo — un potro salvaje o un reno hembra — y los llevaba a su morada, donde los tenía atados con correas en las inmediaciones de mi hogar. Cuando la caza no era abundante, era preciso aumentar el número de animales domésticos. Este número se fue ampliando tanto en el transcurso del tiempo, que su morada se fue llenando de caballos salvajes y reses bravas, renos y cabras, que se multiplicaron en su cautiverio, convirtiéndose en un verdadero rebaño. Más de una vez venían los lobos a acometerlos de noche. Y entonces Dreng construía

vallas de setos hechos de palos y ramas entrelazadas. Al llegar el otoño, sacrificaba la mayoría de estos animales y curaba su carne para el consumo de invierno: pero a alguno:) de ellos, que estaban totalmente domesticados y pertenecían a la familia, por decirlo así, les permitió vivir durante el invierno. Moa y los chicos los alimentaban con heno recogido durante el verano. Los caballos salvajes y los renos medio domesticados se podían llevar con menos dificultades, y hasta permitían a Moa cargar sobre los lomos cíe ellos algunos de sus bultos, prestándole así útiles servicios. Pronto loa chicos tomaron confianzas con los mansos caballitos salvajes, casi desbravados ya,

sobre los que a veces montaban a horcajadas durante la marcha.

Y así se formó la caravana. Drengr iba a la cabeza, con su hacha de sílex, siempre decidido a todo, siempre peligroso. Sólo tenía un ojo, pero un ojo que lo veía todo, que descubría toda cosa que se moviera en un radio de muchos kilómetros. Con las manos agarra las grandes piedras que le cierran el camino, les da una vuelta y luego las aparta a un lado con los pies, continuando la marcha sin detenerse, con la mirada prendida en la línea del horizonte; detrás va Moa con los bultos, los hijos y los animales domésticos, todos en una alegre camaradería, bajo la línea del horizonte aparece el destello

verde del glaciario, que les sonríe con un familiar pestañeo de luz, obligándoles a seguir adelante. Y así va el hombre de la Edad de Piedra caminando con todos sus enseres.

Y he aquí que un día se acaba por fin su largo peregrinar. Un año se establecieron en una altura montañosa, y no pudieron decidirse a salir y allí quedaron bloqueados.

La montaña tenía un contorno de varias leguas de longitud y era bastante aplanada en su cima, pero tan elevada, que el hielo no había subido hasta su cumbre aunque se dilataba en torno de ella en una extensión inmensa. En esta montaña-isla, que pronto se vio rodeada por una extensión inmensa de hielo, se

quedaron ellos viviendo mientras el glaciar crecía y seguía avanzando.

Creció la familia; los chicos y chicas eran tantos, que superaban la capacidad de cálculo de sus padres. Pero, por innumerables que fueran, cada uno se hacía notar lo suficiente y comía como una persona mayor. Moa, que antes había cultivado su afición de coleccionista de las cosas más fugaces, se había entregado ahora a su auténtica tarea de mujer, dando la impresión de que iba a engendrar a todo un pueblo. Todos los años, al reaparecer el breve verano y cuando la montaña-isla estaba bellísima de flores y espeso follaje, de la alforja que colgaba de las espaldas de Moa asomaba una tierna cabecita

velluda.

Los chicos mayores corrían locos por el campo. Dreng tenía a sus hijos casi criados; éstos comenzaron a escrutar la lejanía, siguiendo el verde destello que vibraba entre el glaciar y la línea del horizonte, y comenzaban ya a olfatear el aire como grandes cazadores del mañana.

LA PIEDRA DEL FUEGO

DRENG y su familia no hubieran podido sobrevivir en aquella nórdica montaña-isla en medio del glaciar y bajo inviernos cada vez más crueles, interrumpidos sólo por breves y lluviosos intervalos estivales, si él, después de haber tenido que pasarse sin el fuego durante tantos y tan rigurosos años, no volviera a hacerse de nuevo con el fuego.

Pero, así como el haberse criado en la adversidad era una lección que le había enseñado que la vida siempre se renueva antes de haber aniquilado toda esperanza, así surgió del corazón del

invierno el fuego en los momentos del más angustioso desamparo. Y no fue ahora el fuego el fruto de la caída de un rayo ni de la caída de ninguna piedra incandescente, ni se debía a ningún favor generoso del fuego que se abriera en la montaña como una flor. No, Dreng se encontraba inmobilizado en medio del hielo, mísero y abandonado de la mano de Dios, luchando por conseguir el fuego. Y tan tenazmente luchó con la piedra dura, que al fin el fuego hizo su aparición. Y, sin embargo, fue para él una maravillosa sorpresa el ver un día cómo el fuego nacía entre sus manos; un embriagador momento de triunfo, que en todo momento pondría recursos en sus manos, convirtiéndolo en dueño del

mundo.

Hacía ya muchos años que Dreng se había percatado de que el fuego, de un modo para él misterioso, estaba de alguna manera presente en el pedernal o en el aire que lo rodeaba. Cuando sacaba esquiras afiladas al pedernal para hacer cuchillas o fabricar a martillazos armas de mayor tamaño, notaba que salía una ráfaga ígnea, acompañada de un fuerte olor a cosa quemada, que embriagaba sus sentidos con el recuerdo de todo lo que estaba asociado con el fuego: el olor penetrante de las brasas bajo las cenizas; la jungla: los pantanos hirviendo en burbujas: las tempestades eléctricas, Era ya un gesto invariable en él — gesto que Moa

consideraba consustancial al hombre, aunque no alcanzaba a comprenderlo— el inclinar su rostro sobre las esquiras cuando estaba trabajando el pedernal, bebiendo ávidamente aquella emanación con la boca muy abierta y dilatadas las ventanas de la nariz. Así fué Dreng rastreando el fuego y analizando cuanto con él se relacionaba; así caminaba su imaginación adonde Moa no podía seguirle. A veces el fuego se dejaba ver, especialmente cuando Dreng golpeaba el sílex en la oscuridad: saltaban chispas y rayos, que con sus colores, que se encendían y apagaban en un instante brevísimo, chisporroteaban entre las manos de Dreng como pequeños mensajeros del arco iris o del mundo

estelar, fecundando su imaginación.

Pero ahora que los inviernos se habían tornado tan crueles al quedar bloqueado por el glaciar el hogar de Dreng; ahora que fuera de su cueva se presentaba la helada con un frío tan cortante y todo estaba envuelto en una capa de hielo sonoro que estallaba en el aire tenso; ahora que era tan intenso el frío, que Moa y sus hijos tenían que permanecer tumbados en el fondo del túmulo, apretujados y rebozados dentro de varias capas de pieles, Dreng se sintió como en los primeros tiempos de desesperación en que se hallaba desnudo y solo, como en los momentos en que el frío amenazaba arrebatarse la vida..., ¡ahora era preciso hacer algo,

ahora tenía que ocurrir lo imposible!

Y se lanzó a lo primero que podía ocurrírsele: seguir adelante en la tarea que ya conocía, es decir, tallar el sílex. Sentado allá arriba, ante la entrada de su cueva, se le veía día tras día martillando morrillo al resplandor del sol que brillaba débilmente o bajo la lluvia torrencial, metido hasta los ojos en pieles de oso. No se daba punto de reposo; uno tras otro iba martillando y machacando montones de pedernales y grandes cantos rodados, observando cómo subía humo de ellos a través del aire helado; y así estaba entre pilas de esquirlas golpeando sin cesar hasta que el sol, que allá lejos brillaba desfallecido y frío como un témpano,

había recorrido su órbita y declinaba hacia el horizonte para hundirse detrás de los infinitos campos de nieve. Venía la noche con su aurora boreal y sus grandes estrellas trémulas, y el túmulo de piedra se embozaba de nieve, de modo que sólo quedaba un agujero parduzco por donde salía el cálido valió do los que estaban bajo tierra, indicando que allá ahajo había vida.

Pasó un rebaño de renos dejando oír el crujido de sus articulaciones en la crujiente nieve, hacia la cual inclinaban sus helados morros; emitiendo aquel sonido gutural fricativo de “rau”, que constituye su lenguaje. Y en lo profundo del cielo se cernía sobre el glaciar, rielando, la aurora boreal como una

silenciosa y loca carcajada. Envuelta en su halo nebuloso, parpadeando las pléyades, mostrando todas sus estrellas empañadas de rocío, flotando en su eternidad.

Al día siguiente aparecía de nuevo Dreng delante de la entrada de su vivienda, golpeando piedras a la débil claridad del amanecer, desesperanzado, incansable, reconcentrado el semblante; sólo las aletas de su nariz seguían estremeciéndose y vibrando sin cesar. Al menos mantenía el calor en el cuerpo con su frenético e insensato trabajo. Esto era lo único para lo que le servía su labor. La pobre Moa creía que su marido se había vuelto loco de frío.

Pero Dreng continuaba su obstinada

labor. Puesto que allí estaba encerrado el fuego, por fuerza había un medio de sacarlo de allí. Forzosamente tenía que estar dormido en una de las piedras, y aunque tuviera la maldita suerte de que la piedra que escondía en sus entrañas el fuego fuera precisamente la última que él engiera en su vida, habría todavía, durante miles de años, piedra suficiente que despedazar, y aunque se hiciera un viejo decrepito, él se saldría con la suya. Una vez agotada su provisión de piedras, iba a buscar más, trayendo a rastras todos los pedruscos sueltos de los alrededores y les abría las entrañas a martillazos. Aun así no consiguió hacerse con el fuego. Y el invierno cruel pasó.

Por el verano tenía piedras de todos los puntos de aquella montaña-isla, reuniendo un verdadero número de ellas delante de la cueva. La única proeza que hizo aquel verano fue salir bajo las frías lluvias torrenciales para traer a rastras piedras y más piedras. Y la callada Moa le miraba con los ojos llenos de lágrimas. Ella y sus hijos se ocupaban en reunir provisiones penosamente, porque ya casi no había cosa comestible en la isla. Se habían acabado ya los animales domésticos. ¿Qué iba a ocurrir? Dreng arrinconó sus armas de caza, y cuando Moa lo miraba con los ojos húmedos de llanto, él la miraba a su vez como si no la conociera. Ya no se parecía a si mismo; su rostro

estaba gris y surcado de arrugas; iba todo cubierto de pequeñas esquirlas y polvo de piedra triturada, que se acumulaban en su cabellera, llegándole hasta su único ojo, que aparecía siniestramente Manco e irritado; la cuenca vacía del otro ojo estaba llena de polvo y barro. A veces el mismo tenía la sensación de que el frío se le había metido en el alma, tal como Moa pensaba.

Pero aquel invierno encontró por fin el fuego.

Un día en que llevaba ya partidos centenares de piedras, como de costumbre, y estaba medio aturdido por aquel olor a quemado que poco a poco había ido actuando oscuramente sobre él

como un deseo de dormir, de quedarse dormido para no volver a despertar, tomó en la mano una piedra extraña, que, al golpear contra el pedernal, emitió grandes y deslumbrantes chispas. Volvió a golpear con más fuerza, y de aquella piedra salió una lluvia de fuego en forma de chispas azuladas, verdaderas serpientes luminosas y largas, que salían serpeando por el aire y se detenían un instante en forma de ardientes arcos parados antes de morir. ¡Fuego! ¡Fuego!

Dreng siente que le abandonan las fuerzas; siente que una corriente encendida le recorre el cuerpo como si fuera un mísero pecador. Se siente mortalmente desfallecido, viéndose obligado a descansar un rato. Se le caen

los brazos a lo largo del cuerpo. Mira a su alrededor con ojos suplicantes: vuelve sus oídos hacia el sol, que centellea cegador allá lejos como en un frío abismo deslumbrante. Se vuelve en torno para pasar su mirada en la isla y en el glaciar, que está blanco y desolado hasta donde alcanza la vista del hundiré. Y piensa que nunca ha visto con tanta claridad como ahora el mundo en que se encuentra. Sabe por vez primera que ese mundo es así. Y se le escarpa un hondo suspiro.

De nuevo vuelve a probar y ve como las chispas caen grandes y vivas en la nieve, donde se apagan dejando un hoyo pequeñísimo con una mancha de carbón en el fondo. Vuelve a suspirar

una y otra vez; un profundo desfallecimiento le invade el corazón en aquel intervalo en que la pérdida de la esperanza deja paso a una dicha en la que aún no se atreve a creer. Pero esta dicha es verdad. Se levanta decidido con la sensación de que de sus manos había salido una cosa trascendental. Mientras se disponía a preparar una hoguera casi ni respiró siquiera. Desde hacía larguísimo tiempo, desde la época en que él cuidara del fuego en las selvas vírgenes, sabía lo que había que hacer, sabía hacerse con la yesca para apresar y propagar el fuego, atizarlo, alimentarlo con leña para conservarlo, pocos instantes después estaba ya en posesión de la llama.

Hizo incidir una chispa en la yesca seca, en la que al instante se formó un punto Ígneo que empezó a humear, a convertirse en una cosa negra con bordes brillantes, dilatándose cada vez más. Sopló con fuerza hasta que la brasa se hizo deslumbradora, rompiendo a silbar, y en aquel momento se apresuró a esparcir virutas por encima y continuó soplando. De pronto se irguió una llama recta y libre en el aire, como un duendecillo azulado y amarillo, de aliento cálido, que después de vacilar un poco, subiendo y bajando, desaparecía y reaparecía el compás del humo a medida que Dreng soplabá. Éste siguió soplando incansable y entonces la llama, con un voraz zarpazo, se lanzó sobre las virutas

y comenzó a arder. Dreng prendió fuego a una rama grande. ¡Ya había fuego, al fin! Ya Dreng poseía el fuego y no tenía que agradecerse a nadie, Era suyo. ¡Oh, el fuego al fin!

Moa oyó gritar a alguien allá arriba, frente a la entrada de la cueva: un descomunal rugido de alegría y un cántico. Notó como sobre su cabeza se estremecía la tierra bajo la danza de unos pies, como un eso que diera grandes saltos en el aire para después aplastar sus zarpas contra el suelo. ¿Era aquélla la voz de mi marido? A ella se le ensombreció el alma; arrastrándose salió de la cueva, segura de encontrarse con una catástrofe. Ahora sí que le llegaba su fin a Dreng y a todos los

suyos. Lo encontró allá arriba, en el campamento: él estaba dando vueltas, bailando y blandiendo en la diestra una rama ardiendo. Al fin ella estaba viendo el fuego. Y entonces esbozó una sonrisa que era una mueca, se quedó paralizada de asombro, y rió deslumbrada. Comprendió lo que había ocurrido. Su consorte, su dios, se había dignado crear el fuego, Pero esto no la sorprendió demasiado. Pues, ¿de qué no era capaz el? De todos modos, aquello era magnifico. Moa mira el fuego pestañeando, y sonríe. Pero Dreng se arrebatata y aúlla de alegría y le grita en un transporte de júbilo. "¡Moa! ¡Moa!"

Los niños, que han subido a rastras y estornudando de frío, ven el fuego y

estiran sus largos cuellos, aproximándose con ojos llenos de curiosidad.

¡Qué día aquel! Día único, día sin principio ni fin. El fuego se estrenó triunfal, con carne curada y sebo viejo; aquel primer holocausto llenó de humo el aire helado, exhalando un aroma tostado y delicioso, que llenó de júbilo a la familia, porque aquello significaba la orgía y el olvido de todo.

El fuego consumía con avidez abrazando vorazmente la leña con todos sus brazos devoradores, cubriéndolo todo con su feroz cuerpo fantasmal; se estiraba y daba saltos en el aire, se multiplicaba constantemente y desaparecía y volvía a aparecer. La leña

crujía y crepitaba, y las llamas despedían un aliento atroz; rugían y desarrollaban en el aire esferas de humo que se elevaban al espacio hasta formar una gran nube. ¡Oh maravilla! Pero la maravilla más grande era el calor que daba la hoguera: hacía más calor que en los días caniculares y quemaba casi más que el gran sol. Dreng vio cómo sus hijos sonreían ante el fuego, vió cómo sobre los rudos semblantes de aquellos pobres seres desgraciados se extendía una expresión luminosa de felicidad. Los veía extender las manos como acariciando al fuego, agradeciéndole el calor delicioso que les proporcionaba. Veía también cómo retrocedían, espantados, cuando se habían acercado

demasiado, lo que provocaba en el un torrente de carcajadas: muy pronto conocerían el límite que separaba lo bueno de lo peligroso. Moa, iluminada por un resplandor de alegría, contemplaba el espectáculo, con una cara arrugada, pero con ojos de niña. De nuevo reanudó su labor de cestería, que había abandonado momentáneamente a causa de aquel acontecimiento, y siguieron crujiendo las varas en el cesto comenzado.

Y por la noche tenían ya luz en la cueva. Una hoguera ardiendo en el suelo les revelaba por vez primera el interior de un hogar donde hasta entonces habían avanzado siempre a tientas. Para la familia había comenzado un nuevo

género de vida en el glaciario.

Dreng se puso a estudiar la piedra maravillosa que, al chocar contra el pedernal, había producido fuego y que podía continuar produciéndolo. Era amarilla y brillante: destellaba al darle vueltas en la mano, bajo la luz; al romperla emitía un olor parecido al de la cebolla cruda. Era un cuerpo pesado y por su aspecto podía adivinarse ya que aquella era la “piedra del fuego”. Despertó en él un goce de la posesión completamente nuevo, una tremenda codicia que al mismo tiempo quedaba saciada al tenerla él en sus manos. Aquella piedra le daba un poder omnímodo. Era el primer tesoro del que su raza y toda la Humanidad había

entrado en posesión. Con ella no sólo había producido fuego, sino que, cuando éste se apagara, podría crearlo de nuevo en cualquier momento, liso ni siquiera había podido hacerlo nunca en las selvas vírgenes, en las que sólo se disponía de la hoguera, de la que había que sacar todos los demás fuegos llevando carbones humeantes en un canasto con vescalas cuando iban de camino. Si el fuego se apagaba, no había posibilidad de encenderlo de nuevo. Entonces no tenía la chispa que engendraba el fuego. Pero ahora sí. Y Dreng resolvió construir una chocita especial con las piedras más pesadas, piedras que él solo pudiera mover, para que sirviera de cámara para guardar la

piedra del fuego.

Pero al llegar la noche y cuando ya todos dormían en la cueva profundamente al amor de aquel fuego que los calentaba, Dreng no pudo dormir. El gran descubrimiento hecho durante el día continuaba ocultando sus pensamientos e hirviéndole como una fiebre la sangre. Por todo su cuerpo la alegría y la emoción corrían a borbotones. Estaba acostado mirando en torno suyo con ojos desvelados como por una visión ultraterrena; era como si, después de haber alcanzado su objetivo tras un largo periodo de trabajar sin esperanza, se aflojase de pronto, con efecto retardado, aquella tensión. Ya el fuego brillaba sin llama, recogido y

oculto en un agujero practicado en el suelo y bien recubierto de cenizas. Allí arriba, a través de la pequeña abertura que él había practicado en el granito del techo para dar salida al humo, brillaba una estrella pequeñita, íntima, familiar.

El hoyo subterráneo perfectamente fortificado donde yacía Dreng con todo lo que le pertenecía estaba cargado de un olor a fuego y a madera abrasada que había quemado toda su savia acumulada en viejos veranos, y él se imaginaba que se encontraba de nuevo en las selvas vírgenes, en aquella careada atmósfera de fermentación que envolvía las palmeras chorreantes de resina y brillantes de rocío. Todo volvía a ser como un sol deslumbrador para sus ojos;

le parecía volar, mecerse libremente en un mar de dulzura apreste o balancearse sobre las vertiginosas copas de los árboles.

¿No estaba viendo un pavo real? ¿No era él mismo como un radiante e irisado pavo real que, extendiendo su cola salpicarla de rutilantes anillos, volaba al sol por encima de la selva? ¿No había vuelto a los días de su infancia, no se levantaba sobre la tierra el cálido bosque rumoroso? ¿Acaso no era un mal sueño la visión de aquel glaciar que se extendía sobre la tierra perdida con un espesor que aventajaba en altura a los árboles mis elevados?

A sus ordos llegaba el rumor acostumbrado de la noche; el hondo y

subterráneo rechinar del hielo al dar contra las rocas del fondo en su avance; el desplomarse de los hincos de hielo; el zumbido del viento del Norte en las verdes resquebrajaduras desoladas... ¿Era el cálido ruido de la lluvia en las copas de los árboles de la jungla lo que él estaba oyendo, el suspirar, el lento quejido de los altos árboles? Se le agolpaba la sangre a sus oídos; ya apenas sabía que ruido era aquél: ya casi no sabía quién era él mismo. Convulsiones de alegría producía en su pecho el recuerdo de su tesoro; estaba tan contento, que veía soles ante sus ojos. Había perdido toda noción del tiempo. Ya no se conocía a sí mismo. ¿Era verdad o alucinación? ¿Era él

aquel mismo que durante interminables años se había revelado con creciente saña contra el invierno, viendo cómo sus hijos tiritaban de frío sin poder proporcionarles calor, hasta que su corazón se tornó duro como el pedernal que él machacara a martillazos, empeñado en arrancar fuego de la piedra aunque toda la tierra se transformara en piedra? ¿Era él realmente quien había inventado el fuego? ¡Oh!, ahora había recobrado de nuevo su vieja alma. En su pecho manaban ahora manantiales ardientes, casi torturantes.

Tiene a su lado la piedra del fuego. Le parece que ha pagado una eternidad desde el día en que comenzó a hacer ensayos con ella. Suspira por ver saltar

chispas de ella otra vez. Por sus venas corre la sangre ardiendo como un incendio. Necesita ver fuego, saciar su espíritu con aquella riqueza que ha descubierto. Y de pronto se incorpora, dándole vuelta» la cabera, y en la oscuridad coge aquella piedra y un trozo de pedernal y se pone a sacar chispas.

Una gran chispa azulada brota de la piedra, azulada como el rayo más fiero y de un enorme poder luminoso, que descubre un mundo ante los ojos de Dreng.

Y de pronto...

Ya no está en su cueva, sino al aire libre; en torno suyo riela un elemento verde en el que todo lo que él ve aparece flotando; allá arriba, por encima

de su cabeza, las cosas se mecen formando un techo danzarín y brillante donde se refracta la luz con un resplandor cegador. Él se da cuenta de que está en el seno del agua, en un hipar profundo donde un agua tibia y pesada le envuelve el cuerpo, cosquilleándole los costados, por donde corren chispeantes burbujas. El horizonte es muy reducido y se desplaza hacia delante, fin cesar, a medida que Dreng sigue avanzando; éste ve moverse apitados otros seres vivientes: grandes escualos revestidos de una coraza, que, al tropezarse con él, se desvían instantáneamente, dando un coletazo con la aleta sesgada de su cola; translúcidas anguilas mucilaginosas que desaparecen entre las palmeras marinas

describiendo rápidas y sinuosas curvas. Allá en el fondo, que parece mucho más cercano de lo que en realidad está, se extiende como una pradera cuajada de millares de flores, una pradera de corales abiertos y destellantes; pólipos gelatinosos que tantean en torno de él con sus tentáculos llenos de ventosas y tersos ojos y que se retuercen hacia dentro y hacia fuera, arriba y abajo, en las profundidades del agua, la cual centellea de tal modo que no se percibe con claridad si son pólipos o simples puntas de una de las largas plantas acuáticas que se mecen suavemente alzándose del fondo, hormigueantes de cangrejos y con pequeños bichos mucilaginosos arrastrándose sobre su

tallo. Las profundidades están llenas de lóbregos bosquecillos de plantas de forma de hojas y de dedos, separadas unas de otras por espacios verdes: por allí hormigean toda clase de peces de color de fuego o azul celeste que abren la boca para tragar el agua cálida y expulsarla por las agallas y miran en torno revolviendo sus ojos planos y brillantes. Diminutos hipocampos con perfil lleno de picos y largas mandíbulas inferiores están sujetos a las algas con su cola prensil y dejan a todas las cosa» seguir su camino; su aleta dorsal está enhiesta como una pequeña vela, moviéndose suavemente en la corriente.

Al ir avanzando despacio, Dreng se da cuenta de que es él quien proyecta

sombras sobre aquel mundo virgen de algas por donde él camina produciendo un oleaje que hace cimbreade todo aquel bosque submarino; se da cuenta de que él es un ser grande y terrible, puesto que todos los peces, aun los de aspecto más temible, se apartan de su camino, dejando en torno suyo un constante vacío de determinada magnitud. Va pasando por diferentes corredores submarinos donde, en las cerradas tinieblas palpitantes de seres vivos, relucen las colas de las anguilas de los pantanos, que huyen a lugar seguro. Pasa rozando las crestas de los bajíos de coral, de donde salen corriendo asustados todos los pececillos recién nacidos. Por último se aproxima a aquel cegador y

centelleante techo, asomando por encima su cabeza. A través de un banco de fango sube, por entre las raíces de un árbol, a la superficie, y se encuentra en el lindero de un gran bosque sumido en una atmósfera húmeda y embalsamada por un aroma de resina.

Sobre su cabeza se extiende un cielo blanquísimo de cálidos vapores, una bóveda que parece apoyarse exactamente sobre la cabeza de los helechos gigantesos surcados por grandes arrugas que, con los altísimos equisetos y marrubios, forman un bosque de enorme altura. Arriba, entre las copas de los helechos gigantesos, revolotean insectos colosales, principalmente moscas, libélulas y chinches de tamaño

descomunal, cuyas alas resplandecientes revolotean produciendo un gran zumbido y trepidación. Pero en el humeante fondo del bosque, bosque formado por mangles y negros troncos derribados, está como ardiendo la ciénaga con el calor de la fermentación: allí se ven turgentes sapos de los pantanos que están agazapados con sus grandes ojos estúpidos, haciendo ademán de querer saltar cuando ronda cerca de ellos alguno de los insectos gigantes. Por los troncos medio podridos trepan extrañas plantas parásitas y arbustos vermiformes que parecen vivos, extendiendo al aire húmedo sus tentáculos de glándulas carnosas y llenas de vesículas. En los retoños de las

raíces de los equisetos, donde rezuma la savia en fermentados charcos sulfurosos, se revuelcan renacuajos y caracoles. El cieno que hay entre las raíces de los árboles está lleno de cavernas por donde se asoman los cangrejos; en torno suyo circulan peces de ojos móviles y aletas que llegan hasta el fondo. Por todas partes se levantan burbujas y se siente el hervor del cieno cálido. Pero no se ve el sol, sino más bien una neblina resplandeciente extendida sobre el paisaje. De cuando en cuando recorre la niebla una especie de estremecimiento cálido, de modo que la atmósfera se torna más blanca, pero no más transparente. No muy lejos cae un rayo seguido de un trueno sordo. Al Sur,

por encima de los helechos envueltos en niebla, se alza en el cielo un redondo resplandor nacarado: es el sol, que nunca penetra la densa atmósfera de vapor. Por entre las descarnadas raíces de un árbol situado en un islote de fango, Dreng descubre la presencia de un ser viviente, una enorme salamandra de color carne y con ojos que parecen humanos. Tiene su cola palmeada en el agua y abre y cierra sus largas mandíbulas provistas de colmillos feroces. Está devorando a otra salamandra más pequeña. Los demás animales se apartan respetuosos, dejando en torno de ella un amplio vacío... Y en este instante se apaga la chispa, y Dreng aparece sentado en la

oscuridad de la caverna practicada en el glaciar.

Dreng lanza un suspiro. Sabe que ha tenido una visión, pero no es capaz de recordar lo que ha visto. Escucha la respiración de los niños. Todos duermen confiados en la tibia caverna. Afuera sopla, a través de la noche, un viento helado con una música monótona y solitaria. Se oye una especie de tos lejana, procedente del glaciar; el hielo se desploma en una sima. Y Dreng sintió la torturante sensación del paso del tiempo. De la piedra salió una larga chispa azul-amarillenta.

Dreng se convirtió en un anciano. Sus descendientes, que vivían con él en

el glaciar, se habían transformado en un pequeño pueblo. Todos ellos llevaban confundidos los rasgos de él y de Moa: eran una nidada de cachorros fuertes e intrépidos. Moa ya no existía; pero no había peligro de que las costumbres de ella desaparecieran: su raza se encargó de legarlas a la posteridad. Sí, Dreng se había hecho viejo: su alma se movía dentro de un estrecho espacio de su cuerpo encogido y osificado, ¡El tiempo! Un día se sintió devorado por la nostalgia y bajó al pequeño recinto que él había construido exclusivamente para la piedra del fuego y adonde nadie se atrevió a seguirle. Cerró aquel pozo detrás de sí con una pesada losa, y sus hijos y nietos que se habían quedado

fuera rodeando el túmulo, detenidos por el más profundo y respetuoso temor, oyeron cómo el viejo se revolvía dentro de su yacija y respiraba fatigosamente, como un oso que se mete en su cueva de invierno. Luego le oyeron susurrar bajo tierra, canturriando esta canción:

*Muy pronto en las
borrascas de la vida
aprendí yo a amar la
sencillez,
bajo tierra, la patria
sumergida
a su lujo cansado da
acogida.*

Pasó aquel día. Y la noche pasó. Y Dreng no salía. Nadie se arriesgó a bajar adonde él estaba. Pero le oían cantar:

*De niño cogí frutos del
gran árbol
del pan, donde hoy las
“icebergs” se rompen:
las razas venideras
habrán de suspirar
por la tierra que he
visto naufragar.*

A los tres días oyeron todavía le

desmayada voz de un hombre sin fuerzas que procedía de aquel sepulcro. Dreng cantaba:

*¡Cuánta nostalgia
ahora de los mares
sin fronteras que,
siendo aún joven, vi!
Su recuerdo es mi vida.
¿Volveremos
alguna, ves, oh Moa, a
encontrarnos allí?*

Vieron salir riel sepulcro un ígneo resplandor y retrocedieron llenos de miedo. Sólo después de varias semanas

perdieron el miedo y se atrevieron a cubrir con tierra la cueva adonde el viejo había descendido.

Pero aquel resplandor ígneo que ellos vieron se había producido cuando Dreng, después de haber pasado tres días y tres noches sumido en sus pensamientos, avanzó a tientas en la oscuridad, buscando con sus entumecidas manos decrepitas la piedra del fuego; la encontró por fin y empezó a sacar chispas.

En torno de él se encendió una luz vivísima, ¡una luz de otro mundo! Dreng está en medio del bosque de los vivos. El suelo es una piel de grandes poros, cubiertos aquí y allá de matas de pelo y en ciertos sitios endurecida y

transformada en cuernos con rayas negras y blancas. Cerros y valles, yuxtapuestos como largos pliegues, indican el lugar donde abultan los huesos de la Tierra, y las costillas, de millas de longitud, corren bajo la piel; las llanuras están sembradas de viejas osamentas blanqueadas; la grava que cubre la orilla de un pantano de sangre está constituida por dientes humanos amontonados en confusión, y por encima del pantano se asoman yemas de dedos: desde los dedos minúsculos y tiernos de un niño, todavía no abiertos, hasta los fuertes y completamente desarrollados dedos de una mano adulta. El bosque, que es completamente compacto y tan extenso que allá en las últimas lejanías

sólo se ve tomo una colina rosa pálido, está constituido por árboles desnudos con brazos y piernas ramificados y salpicados sus truncos de ojos abiertos; las copas son cabelleras humanas que cuelgan larguísimas. No todos son de la misma especie: algunos tienen la corteza blanquísima y rubicunda, por debajo de la cual se transparentan las venas; tienen ojos verdes y unas exuberantes copas coloradas. Otros tienen la corteza de un color más moreno, con ojos negros y copas negras; pero la selva es tan inmensamente grande, que apenas se notan estas diferencias.

La selva hace el efecto de una mole única, y, sin embargo, los árboles no son todos del mismo sexo ni de la misma

edad. Hay árboles masculinos con nudosas ramas y gruesas panzas, y allí hay también árboles-muchachas, esbeltos y nerviosas, con toda la abundante cabellera temblándoles como los abedules en la primavera. En los bosquecillos brotan niños pequeñitos, de los que apenas se ven más que redondas cabezas saliendo de la tierra.

Algunos árboles son viejos y su cabellera rala y completamente blanca cae en dos vertientes de las menguadas copas; sus troncos están encorvados y llenos de surcos. Hay también árboles muy jóvenes, de aspecto infantil, con una piel fina como de leche y una rubia pelusilla en las regordetas ramitas.

Todo, y cada uno de los árboles

están unidos a la tierra basta confundirse con ella mediante raíces ganchudas; pero cada uno de ellos posee sus propios órganos. Además de ojos poseen una o más orejas en el tronco; por entre las bifurcaciones de las ramas se abre una boca, y alrededor de todo el árbol sobresalen, aquí y allá, cierto número de narices; pero todos tienen una sola respiración común: todo el bosque resuella produciendo una especie de enorme respiración febril, y desde las entrañas de la tierra sube por los árboles hasta las últimas ramificaciones el golpe de un único latido universal, cuyo ritmo se puede percibir en el paisaje como un acompasado y casi imperceptible subir y bajar sin cesar;

aquel enorme corazón universal late hasta lo íntimo de las entrañas de la tierra. Todo está envuelto también en una atmósfera común. En toda la selva se percibe el olor de una transpiración.

Hasta dundo alcanza la vista — y el aire es tan claro que se pueden distinguir distancias situadas a centenares de leguas — se dilata la selva rubia como el cutis humano, una gran selva sin fronteras. Algunas zonas aparecen cubiertas de sombras a trechos; estas sombras parecen tener una determinada forma ovalada y desplazarse lentamente sobre el paisaje. Dreng, sentado en la selva como un viejo y nudoso tronco, con ojos mortecinos, levanta la vista para ver de

qué cosa proceden aquellas sombras, y descubre varios seres gigantescos totalmente aplanados como lenguados, que pasan flotando allá arriba, en el espacio, contra un cielo rojo. Uno de ellos está bastante cerca y parece un monstruoso óvalo de leguas de longitud que avanza altísimo sobre la selva. Dreng no es capaz de distinguir qué es aquello; sólo ve que es algo que se va deslizando lentamente y que a lo largo del borde, que es delgado y transparente, hay un movimiento vibratorio que recorre su periferia en forma de olas periódicas desde delante hacia atrás, como las ondulaciones de las aletas periféricas de un lenguado. La descomunal magnitud de estos óvalos

volantes hace que la selva y todas las demás cosas de la tierra parezcan achicadas e insignificantes. Pero la luz roja que brilla en el cielo por encima de aquellas figuras voladoras hace que los ojos miren más arriba de éstas, que instantáneamente quedan olvidadas como si fueran briznas en el aire, pues el cielo se está abovedando para formar el espacio infinito.

El Universo está bañado por un hermoso arrebol de aurora, la fuente de donde han manado todas las vagas leyendas sobre la vida feliz. Un sol brilla cerca, muy cerca, pero sin abrasar, de modo que se pueda ver el maravilloso cuerpo gaseoso en su perfecta esfericidad descansando

lozano, dilatándose y contrayéndose, más sutil que el aire y, sin embargo, como un enjambre de abejas en un cielo de verano; en torno de él gravitan diferentes planetas recorriendo felices sus órbitas, y, en el fondo de todo, un ejército de constelaciones indica que se están redondeando soles innúmeros de un modo independiente, en perfecta libertad, pero según la misma sagrada ley del vuelo. Esferas azules y amarillas flotan tan cerca, que el observador puede distinguir allá arriba los contornos de los mares y continentes. La Vía Láctea, situada a billones de millas de distancia, Rota como un enjambre de finas nubes en el Universo.

Y en lo más alto gira, con un centro

en el cénit, una nebulosa cuyo colosal y brillante remolino espiral forma como una rueda que vela casi la cuarta parte del cielo. Sobre la selva de los vivos se alza siempre esta rueda, símbolo de la eterna fuerza centrífuga que se mueve en el infinito...

Se apagó la chispa, y Dreng se quedó solo y perdido en las tinieblas; el sepulcro quedó cerrado herméticamente en torno de él. Era reducido y mezquino como las primeras cavernas de las rocas que el había construido cuando se encontró solo y desnudo, expuesto a los rigores del invierno. Pasaron los años, pero sus ojos todavía podían ver. Entre las piedras había una abertura a través de la cual vislumbró un trocito de cielo

estrellado, y su última alegría, una honda alegría, fui hallarse tendido en su propia tierra, negra bajo la luz de las familiares constelaciones de su niñez.

Eran las Pléyades que resplandecían sobre su rareza, las Pléyades que parpadeaban como veladas por una neblina, mostrando sus ojos estelares; las Pléyades, que volvían a flotar como gotas de rocío, tranquilas en su eternidad.

LOS HIJOS DE DRENG

LA población del Norte se multiplicó. Mientras iba avanzando el glaciar, la descendencia de Drena y Moa se transformó en un gran número de familias y pequeñas tribus que vivían distribuidas en montañas-islas, continuando el género de vida de sus antepasados.

Al principio la población del glaciar recibió la sangre de sus primitivos parientes de tribu en las selvas. Los hijos de Dreng hicieron excursiones de raza hacia el Sur, hasta encontrarse con la población de la selva, de la que se llevaban mujeres, y

niños, pues hacia mucho tiempo existía la costumbre de que los jóvenes del glaciar, al llegar a la edad adulta, se dirigieran a los bosques y buscasen allí sus mujeres. Estas expediciones, que se emprendían siempre por la primavera, revestían el carácter de una fiesta, que era el sueño de los más jóvenes y que los viejos guardaban con gratitud en la memoria. Además ríe llevarse a su tierra nuevas muchachas de cabelleras rizas, encontraban en estas excursiones ocasión de ponerse en contacto con los parientes de la novia y de intervenir en un intercambio de víveres, que siempre era bien recibido. Circulaban divertidas leyendas que versaban sobre raptos de mujeres, seguidos de orgías en las que,

en la embriaguez de la fiesta desenfrenada, se habían comido a la novia, y para no regresar con las manos vacías tenían que comenzar de nuevo la excursión. ¡En el extranjero se corrían la gran juerga, por lo visto!

Pero cuando los jóvenes habían represado al glaciador con las muchachas de la selva, estas eran tenidas en gran estima, en parte a causa de su escasez y en parte porque pronto se ganaban la estimación como madres fecundas: y el gesto semiinvoluntario con que se acercaba a ellas como para devorarlas se iba transformando luego en una expresión de cariño.

Entretanto la distancia fue haciéndose mayor cada día, a medida

que el glaciar se iba extendiendo: a veces era preciso un año entero para encontrar a los indígenas de la selva del Sur y regresar de nuevo con mujeres. Además se perdió aquella costumbre porque la población del glaciar se había hecho tan numerosa andando el tiempo, que los jóvenes pertenecientes a familias diferentes, aunque lejanamente emparentados, eran suficientemente extraños unos a otros para sentir ese recíproco asombro que reúne a las personas jóvenes. Todo termina. Y las cacerías de mujeres en la primavera pasaron al fin a la historia. Los descendientes de Dreng y los pertenecientes a su misma tribu de origen eran ya personas de índole muy

distinta. Se amontonaron leyendas y más leyendas fantásticas sobre las maravillosas muchachas morenas de la selva; pero los ejemplares aislados que hasta entonces habían logrado agenciarse olían a almizcle y no eran del gusto de los pobladores del glaciar. Una cosa son los sueños ideales y otra la mezquina realidad. Cuando al fin la distancia y el tiempo hubieron separado definitivamente a ambos pueblos, toda inclinación hacia mujeres extranjeras fue considerada como lujuriosa, y, en cambio, los sueños que se nutrían de nostalgia insatisfecha adoptaban formas cada vez más maravillosas y terminaban fatalmente por crear la belleza abstracta, formando un mundo aparte.

Así se ahondó para siempre el abismo entre aquellos dos pueblos que el glaciar había separado. Ya se diferenciaban grandemente los unos de los otros. La separación produjo fatalmente sus efectos. La población de la selva, que constantemente fué retrocediendo, continuó siendo lo que era: en cambio. Dreng, que no había sido capaz de retroceder, se había transformado en un ser distinto, dejando en herencia a sus descendientes su transformado carácter. Los habitantes de la selva continuaron retirándose ante el avance de los inviernos, alejándose más y más hacia el Sur para poder gozar siempre del mismo género de vida: esta retirada, a medida que se fueron

multiplicando, había de llevarlos a climas lejanos, diseminándolos por todo el mundo. Pero la rara de Dreng se fijó en el Norte, desenvolviéndose en condiciones cada vez más difíciles, que la obligaban a progresar y perfeccionarse sin salir del país natal. Ya no se parecían en nada a aquellos salvajes desnudos y atolondrados que habían sido sus primitivos ascendientes. Eran hombres muy distintos.

Los hijos de Dreng se hicieron grandes y fuertes como osos en la penosa vida de cazadores que llevaban en el glaciar; a fuerza de vivir a la sombra, su piel se tomó blanca y sonrosada. El clima siempre húmedo dio una tonalidad blanca a su cabello: los

ojos, que antes habían llevado aprisionada la oscuridad de la selva, habían adquirido ahora el color de las grietas del glaciar y aquella luz temblorosa y verdemar que bordeaba la línea del horizonte entre el hielo y el cielo.

Hasta su modo de ser era ya diferente del de sus remotos antecesores: se comportaban de un modo muy distinto del de los hombres de la selva, quienes, sin pensar en lo que hacían, levantaban el vuelo de su pocilga para ir luego a posarse donde se les ocurría. La existencia que ahora llevaban los hijos de Dreng los forzaba a reflexionar y luego actuar en el momento propicio. No vivían en el

momento presente, en el verano eterno de la selva primitiva: tenían que pensar en el pasado y en el futuro si querían sobrevivir al cambio de las estaciones. En vez del carácter apasionado, pero completamente inofensivo, de los hombres primitivos, se armaron de un dominio que parecía frialdad. La gran trascendencia de las empresas que ellos acometían los obligada a pensar dos veces y a vacilar antes de decidirse. Esto los convirtió en reconcentrados, reservados y aparentemente tristes de aspecto; en sus campamentos no se oía el gorgojeo de los pájaros, como se oía en las chozas de ramas de la selva. Pero en el fondo de su naturaleza estaba latente el gozo de vivir y la pasión

exaltada, que bajo las nuevas circunstancias se habían acrecentado aún más. En esto se parecían todos a Dreng, acerca del cual corrió entre sus descendientes la fama de que toda su vida había sido un hombre reposado, pero que en dos o tres ocasiones había dado rienda suelta a sus energías primordiales con furiosos actos de violencia. Se afirmaba que nadie había visto reír a Dreng, y, sin embargo, había pruebas de que él había trozado de la vida más que ningún otro ser viviente. El viejo Tuerto era objeto de un oscuro temor religioso por parte de los hombres del glaciar: toda tradición que se refiriera a él se tenía como sagrada. Todo giraba en torno de él.

Continuaron llevando aquel género de vida en las montañas-islas durante un sinnúmero de generaciones; al cabo de muchos milenios seguían pareciéndose a la vida de Dreng y de Moa, sus primeros padres.

Los hombres fabricaban armas y se dedicaban a la caza. El único cambio que se produjo en sus artes cinegéticas fué que la caza iba escaseando más cada día, haciéndose necesario ir a buscarla cada vez más lejos; menos mal que todas las familias solían tener renos domesticados, que sacrificaban cuando no disponían de caza para su alimentación. La caza más importante era la del mamut, con el cual los hombres del glaciario tenían rotas las

paces desde tiempos inmemoriales y al que se capturaba mediante fosos y se le daba muerte con arpones. Por desgracia, estos animales no abundaban en aquella región y a veces había que ir a buscarlos a montañas-islas muy remotas después de caminar leguas y leguas sobre el glaciar.

Por eso la caza del mamut se consideraba como un gran acontecimiento y se celebraba con algazara; por toda la isla resonaban los trompetazos producidos por cuernos hechos con colmillos de mamut y estallaban gritos de júbilo cuando los cazadores, tras una larga ausencia regresaban relatando las peripecias de la captura. Se pregonaba el suceso en

toda la isla, anunciándose con especial tumulto en el círculo familiar al que pertenecía el cazador que había sido el primero en descubrir la pista del mamut. Así, la noticia ponía en movimiento a todo el poblado, y todos los que podían arrastrarse o caminar echaban a andar por el glaciar en una excursión de uno o más días hasta llegar al lugar donde yacía el monstruo capturado. Llevaban consigo el fuego y las pieles destinadas a construir tiendas, y alrededor del mamut se levantaba todo un campamento, donde se lanzaban a orgiásticas comilona» devorando el animal como energúmenos. Los afortunados hombres del glaciar que hormigueaban en torno del mamut

parecían ellos mismos degollados, pues estaban todos bañados en sangre de pies a cabeza; desojándose las pieles que los cubrían, se lanzaban desnudos a las entrañas humeantes del bicho con un cuchillo de pedernal en la mano cada uno. Las mujeres se remangaban la ropa hasta el cuello, lanzando afanosos gritos al tiempo que corrían saltando entre el cuerpo del mamut y las hogueras. Allí ocurrían cosas indescriptibles. Todo estaba permitido cuando se celebraba la muerte de un mamut.

El banquete empezaba con la ingestión del estómago del mamut. Esta comida había sido la preferida del viejo Tuerto en su vejez. Una gran parte de la panza, con su contenido, se la ponían

aparte siempre que mataban un mamut, reservándola para ofrecerla en sacrificio en el túmulo sepulcral de Dreng, a su regreso. Los cazadores viejos sabían relatar lo que sus antepasados les habían contado acerca de la preferencia del tuerto por la panza del mamut. Y — cosa que resultaba increíble — añadían que en los tiempos de Dreng y de sus hijos y nietos la población del glaciar era tan reducida que todos juntos, incluidos las mujeres y los niños, no eran capaces de devorar el mamut de una sola vez. ¡Tanto tiempo había transcurrido desde entonces! En cambio ahora, cuando todos estallan reunidos, los hombres del glaciar eran capaces de devorar un número de

mamuts igual al de los dedos de las dos manos, y aun de manos y pies.

Leyendas y cantos, épocas y destinos ya desaparecidos reaparecían en los grandes banquetes de mamut, donde la embriaguez de la carne desataba la lengua y terribles pesadillas engendraban los más descabellados sueños. Se extendían en relatos de historias intrigantes sobre un mamut que se había vuelto loco aplastando bajo sus pies a los cazadores, un mamut tan infame que ni siquiera respetaba a los hombres muertos de hambre. Cuando estaban ya hartos hasta el gaznate, se ponían a decir cosas increíbles, como el caso de aquel mamut sobrenatural que su dios y padre común había visto; e

incluso — sobre todo cuando habían comido riñones — algunos decían que lo habían visto sobre el glaciar en una noche de invierno: un enorme mamut macho y viejo con los colmillos erguidos a la luz de la aurora boreal y la piel blanca como un campo nevado, de vieja que era: el padre primitivo de los mamuts, cuya aparición presagiaba el hambre. Las dormidas dotes poéticas que anidaban en el alma de algunos comensales se despertaban infaliblemente en estas comilonas, y así, más tarde, se repitieron de boca en boca algunos poemas excelentes en los que se cantaba el sabor del sebo de la hoguera, el delicioso aroma del asado en medio del glaciar y el fulgor de las estrellas

que desellaban sobre la escena.

La tribu no regresaba de junto al mamut derribado hasta que no quedaba de él más que la piel y el pelo. La carne que quedaba sin comer se la llevaban cortada en lonjas al campamento, donde la ahumaban. La lana del animal la empleaban para hacer vestidos y para revestir el interior de las cabañas. Lo aprovechaban todo, hasta los huesos, tripas y tendones. Después de reunirlo todo y llevarlo al campamento, se procedía al reparto. Esto planteaba un problema muy complicado, puesto que todos los que residían en la isla habían de recibir del animal una parte mayor o menor, según ciertas normas establecidas. La población del glaciar

siempre había recibido su parte desde la época en que el viejo Dreng presidía personalmente la matanza del animal, cuidando de que a todo el mundo se dieran raciones iguales. Desde entonces siempre había ocurrido así, hasta que ya resultó difícil hacer esta clase de reparto, debido a que la población del glaciar había crecido tanto que resultaba imposible proceder a un reparto directo. Era preciso guardar proporción en la distribución. Existían determinadas leyes heredadas para el reparto que jamás habían sido quebrantadas; pero la multiplicación de las tribus impuso una nueva interpretación de las leyes, que luego se hizo tan embrollada que sólo unos cuantos podían entenderla y

aplicarla. El primero que recibía su parte era el afortunado cazador que había descubierto la pista de la caza, al cual correspondía, además, uno de los colmillos, con el que hacía un magnífico cuerno de caza o nuevos y magníficos arpones, El otro colmillo se reservaba para el Tuerto, a quien se le ofrendaba al pie de la sepultura, juntamente con la panza del animal y otras cosas de valor. La carne y las demás partes del animal se repartían luego de acuerdo con normas muy severas: la tribu que había tenido la suerte de intervenir en la matanza del bicho era la que más recibía; el resto del animal se distribuía de acuerdo con los grados de parentesco, de modo que cada familia de

la isla recibía su parte del botín, por pequeña que fuera. La más favorecida en este reparto era, naturalmente, la familia de Garm, descendiente de los primogénitos de Dreng, que tenía el privilegio de hacerse cargo de todas las ofrendas destinadas al Tuerto. Un solo mamut, por muy rápidamente que se consumiera, podía alimentar a una familia durante varios años e incluso a toda la población de una isla durante la mayor parte de un invierno. ¡Tanta era la cantidad de lana que daba para tejer y tantas tripas y tendones daba para hacer cuerdas! Era asombrosa la cantidad de cosas que había dentro de un animal que, aunque corpulento, visto desde lejos, parecía como un mosquito en el glaciar.

Además del gran elefante terrestre del Norte, aquellos hombres perseguían en sus cacerías al rinoceronte lanoso, al reno y al buey almizclero, al oso polar y a numerosos animales menores, como zorros y liebres, que habitaban en las oquedades de las rocas o andaban errantes sobre el hielo que se extendía entre ellos.

Durante la caza los hombres del glaciar llevaban siempre en su compañía perros, que desde los días de Dreng se habían ido propagando y convirtiendo en una raza mansa, pero enemiga mortal de sus congéneres caninos los lobos. En el campamento los perros prestaban también grandes servicios vigilando a los rebaños de renos e impidiéndoles

que se escaparan de la isla.

Pero excepción hecha de la caza y de la fabricación de armas, los hombres solían llevar un género de vida idéntico al de los tiempos de Dreng, el patriarca fundador de la tribu: y, sin embargo, habían pasado ya incontables generaciones. Las casas seguían siendo fosas excavadas en la tierra, protegidas por piedras ciclópeas que se colocaban encima: los vestidos seguían estando constituidos por pieles maceradas con los dientes y curtidas con grasas y unidas entre sí por correas de piel de reno al viejo estilo. No podía concebirse la posibilidad de introducir ningún cambio, pues el orden que Dreng había establecido había de conservarse

como el primer día, y este era el único orden aceptarlo por los hombres del glaciar. Lo que él había adoptado como norma de su vida satisfacía plenamente a sus hijos y quedó establecido como una costumbre invariable para todos los hombres de su sangre.

Sólo había un hecho que el padre común apenas habría imaginado en su tiempo, y este hecho era que ellos llegaron a constituir una numerosísima población en la montaña-isla. La extensión de esta isla se había ido dilatando bastante, pues eran necesarias varias jornadas para recorrerla desde el centro de la periferia: no obstante, al correr del tiempo, la población se hizo demasiado numerosa. Se registraba un

número creciente de nacimientos; los niños parecían brotar de la tierra como hormigas. Cuando se reunían los niños de numerosas familias, solían formar verdaderos rebaños que atronaban toda la isla, haciendo casi peligroso el tránsito de tocio adulto que caminara solo. Y estos niños estaban comiendo o pidiendo de comer.

Pero había, además, otras cosas que agravaban la dificultad de conseguir alimentos para tantas bocas hambrientas. Los víveres no se repartían en proporciones iguales precisamente porque en la isla todos eran iguales. La vida en común impedía a los distintos individuos que componían la sociedad desarrollarse en perfecta libertad. Esta

circunstancia y otros factores de orden interno, como el respeto a la memoria del padre fundador de la tribu, comenzaron a pesar como un yugo sobre la cerviz de las gentes del glaciario. El orden establecido por Dreng, que había sido impuesto en un principio para ampararlos a todos, al final amenazaba con paralizar el crecimiento de los individuos en particular y el de toda la pequeña comunidad de la isla en general. El culto al padre común, que poco a poco se había ido transformando en un sistema organizado, mantenía ciertamente unida a la gente del glaciario en un bloque estable, pero también la impedía progresar. Todas las consideraciones tenían como meta el

túmulo sepulcral de Dreng. Pero existía un riesgo cada vez mayor de que aquel culto en común se convirtiera en un privilegio natural de una determinada familia, la que descendía de Garm, el primogénito de Dreng. Esta tribu estaba encargada de custodiar la tumba de Dreng y recibir las ofrendas a él destinadas.

Diríase que nadie creía ya que el Tuerto (el padre común) estuviera muerto. Dreng no había sido asesinado ni había perecido en accidente, como otros hombres. Se había limitado a bajar a su casa subterránea, que tanto le gustaba, y allí se había quedado para siempre. Después de numerosas generaciones, muchos afirmaban haberlo

visto y hasta hubo algunos que aseguraban haber visto salir a veces llamas del túmulo. Para ellos era indudable que el Vicio seguía viviendo y que, por tanto, había que alimentarlo, y no les parecía bastante digno de el lo mejor de la caza. Se consideraba como la cosa más natural del mundo el que la tribu de Garm, que custodiaba la tumba, recibiera luego las ofrendas y hasta se aprovechara de los víveres ofrendados, porque lo que recibía la familia de Dreng lo recibía el mismo Dreng. Nadie se sentía tampoco lesionado en sus derechos al tener que renunciar a la mitad de las piezas de caza que había cobrado. Pero andando el tiempo, la cantidad de caza asignada a los

cazadores quedó reducida a una quinta parte, hasta el punto de que prácticamente éstos sólo cazaban para otros. Y los descendientes do Garm pretendieron luego ejercer su dominio en otras esferas que nada tenían que ver con la distribución del botín y explotaban el temor popular que inspiraba la tumba. Los garmianos tenían en su mano el poder. Poseían el fuego y el manantial que producía el fuego.

Cada familia tenía, naturalmente, su hoguera, a la que protegían y mantenían encendida con el mayor desvelo; y aunque al llegar las épocas de penuria, la alimentación de la hoguera les costase hasta la última gota de sebo, el fuego no podía morir. Si alguna vez se apagaba,

no quedaba otro recurso que ir a buscar un carbón encendido y que estaba en posesión de la tribu de Garm. Ni que decir tiene que ellos no entregaban el fuego sino a cambio de generosas remuneraciones o sin quedar ligados los beneficiarios por obligaciones de otra índole; la tribu de Garm fue adquiriendo, en provecho propio, una sagacidad muy airada, que se transmitió a sus descendientes. Además de la hoguera sagrada poseían la piedra del fuego. En cualquier momento podían disponer de fuego, aun en el caso de que la hoguera se apagara. Algunos pretendían saber que el Tuerto había iniciado a su primogénito Garm en las artes del fuego con la orden de iniciar

también a los demás con el secreto, secreto que luego Garm había decidido reservárselo para si solo; otros aseguraban que Dreng se había llevado consigo la piedra al túmulo para que nadie pudiera apropiársela, pero que más tarde Garm había profanado aquella sepultura y se había llevado la piedra de chispa. Fuera como fuera, el caso es que la piedra maravillosa había ido a parar a la tribu de Garm, pasando directamente de padres a hijos; nadie la había visto jamás, si se exceptúa el hijo mayor de cada generación. No había fuerza sobrenatural que no atribuyesen a aquel instrumento. Sin embargo, nunca había sido utilizado todavía para renovar la vieja hoguera, la cual se

había mantenido continuamente encendida desde los tiempos de Dreng.

La población del glaciario prestaba de buena gana acatamiento a la tribu de Garm por consideración al padre común, pero una de las consecuencias de aquel culto a Dreng fue que todas las tradiciones conservadas por las tribus y relativas a la vida y milagros del Tuerto quedaron sólidamente establecidas como las únicas verdades valederas para siempre, y los garmianos se constituyeron en depositarios e intérpretes de estas tradiciones. Nada se permitía que no estuviera sancionado por la tradición, nada que no se pudiera decir que lo había hecho el Viejo. Todas las primitivas costumbres sencillas que

un día habían tenido su origen exclusivamente en la necesidad, aunque modeladas por la mano de Dreng, fueron adquiriendo un significado sagrado más profundo y se emplearon para impedir toda nueva tentativa que hubiera podido tener un efecto liberador. Esto dió como resultado el que la vida cotidiana se convirtiera en algo rígido. Poco a poco se fue extendiendo en cada individuo el entusiasmo por la caza. Pero no había solución para aquello que todos consideraban como algo inevitable; no cabía imaginar que hubiera alguien que se negara a manifestar su respeto ante la sepultura de Dreng, respeto que era sincero. Tampoco podían imaginárselo los miembros de la tribu de Garm, que

se aprovechaban de las ricas ofrendas destinadas al Tuerto.

Así nacieron las sagas y así se mantuvieron vivas mientras el glaciario seguía avanzando a lo largo de los siglos. Extraña: constelaciones caudadas hacían su aparición en el cielo y volvían a desaparecer, dejando místicos terrores en la memoria de los hombres. Unas generaciones siguieron a otras; en los sitios donde habían habitado se fueron amontonando en capas superpuestas montones de huesos y carbón vegetal. Los hombres que recordaban su propia infancia como si esta hubiera transcurrido ayer, veían crecer a sus propios hijos y jugar con los nietos, que verían lo mismo. Y la gente del glaciario

seguía tallando sus hachas y construyendo viviendas ciclópeas bajo tierra, siguiendo una oscura pero inviolable tradición que ellos crecían impuesta por el padre común. Los espíritus seguían encerrados en la penumbra gris de una vida uniforme, mientras transcurrían generaciones y edades.

En torno de la montaña-isla, el glaciar, como lo había hecho durante milenios, seguía expresándose con un lenguaje hecho de sordos truenos y aludes que se precipitaban en los hoyos existentes bajo el hielo, produciendo un ahogado crujido contra las rocas primitivas del fondo y un subterráneo mugido de cascada; pero nadie percibía

aquel lenguaje, a fuerza de estar acostumbrados a oírlo.

En el glaciar los hombres estaban verdaderamente maniatados sin saberlo siquiera. Pero mientras ellos seguían dedicados a la caza y viviendo en una voluntaria servidumbre, las mujeres— cosa bastante extraña — fueron introduciendo, de un modo imperceptible y espontáneo, muchas novedades que mejoraron la situación en que vivían. A los hombres jamás se les había ocurrido conceder a la mujer participación en el orden social del hombre; permanecían al margen, gozando hasta cierto punto de plena libertad.

En lo que atañe a su vida cotidiana,

las mujeres habían heredado y conservado las costumbres de Moa, ocupándose asiduamente en fabricar diversos tipos de tejidos, en tener provista la casa y, sobre todo, en cuidarse de los niños, que ellas llevaban sobre la espalda, incluso dentro de casa y aunque ya no llevaban vida nómada, sencillamente porque así lo había hecho Mea. En el verano recogían el grano y, en general, todas las cosas comestibles que se criaban en la isla; en el invierno hilaban y tejían telas para vestidos.

Pero ahora, en la época a que nos referimos, las mujeres hacían vasijas de arcilla, cociéndolas al fuego. Al principio se les ocurrió embarrar sus cestillos con una capa de arcilla y, al

dejarlos colgados a secar encima del fuego, observaron que los cestos se quemaban, quemando el barro sólido y pegado. Así nació la primera olla: de un descuido de ellas. Era una vasija muy hermosa. Entusiasmadas por el descubrimiento, las mujeres ya no se entretuvieron en modelar vasijas sobre la armazón de un cesto, sino que las hacían directamente en barro, había sido una cosa audaz, pero el material aguantó. A partir de entonces todas las mujeres fabricaban de este modo su propia vajilla.

Pero la vasija de burro cocido introdujo un cambio importante en su modo de vivir, ya que desde entonces comenzaron a cocer la comida en vez de

asarla en el fuego como antes. Sin embargo, no colgaban aún la olla sobre el fuego, sitio que metían piedrecitas incandescentes en ella hasta que la comida estaba a punto. Mientras los hombres estaban en el monte cazando, ellas pasaban todo el tiempo trajinando alrededor del hogar. Todo lo probaban, chamuscaban, olfateaban, sacaban de las ollas para volver a meterlo en ellas, lo paladeaban y volvían a hacer nuevas mezclas. La curiosidad y la holganza las llevaron a la práctica de cocer el pan, y así dieron en chamuscar y calentar todos los alimentos antes de llevárselos a la boca; tocaban granos de cebada sobre una piedra, que adquirirían así un gusto especial; trituraban el grano entre los

piedras, echando agua o leche en esta harina antes de cocerla, preparando así los más apetitosos pasteles — cuya preparación imitaban los niños amasando barro en el campo —; y como los hombres encontraban buen gusto a estos panecillos, éstos se convirtieron en su manjar permanente mientras dispusieron de granos. Cocidos en las ardientes piedras del hogar y rebozados de ceniza, que les daba un gusto salado, constituían un manjar complementario muy apreciado, especialmente en el invierno, en que no había hortalizas que recoger.

Todo lo solían meter en la olla juntamente: raíces y bulbos, carne y sebo; lo mezclaban con agua, calentando

la sopa con piedras ardiendo que, además de hacer hervir la comida, le daban un gusto especial al añadir carbón y cenizas. Cuando las piedras estaban incandescentes las dejaban caer en la olla, en la que escaldaban el agua hasta que la vasija empezaba a temblar y el vapor batía contra la tapadera; les parecía que con la fuerza de la lumbre, salía del agua en forma de vapor un espíritu maligno dando ronquidos espantosos, de modo que tenían que sujetar bien la olla para que no se volcara.

Cuando las mujeres no estaban dedicadas a sus artes culinarias junto al hogar, se entretenían tejiendo telas para vestidos, cada vez más finos y

rivalizando en calidad, pero siempre del gusto de todos. Durante un siglo se vieron obligados a vestirse únicamente con una piel de uso polar, formando una vestimenta completamente abierta por delante. Los osos polares se habían extinguido por completo y las mujeres apenas salían de casa, porque aquella moda les daba demasiado frío. Se vestían así precisamente porque estaba prohibido ver la espalda de las mujeres.

Las mujeres del glaciar solían reunir las más extrañas cosas para su ornato y embellecimiento. Vieron de pronto cómo un collar de dientes de lobo perforados y ensartados en un hilo hacia un efecto magnífico alrededor del cuello de un ser tan débil como es la

mujer. Un huesecito atravesado en el cartílago de la nariz era un adorno que todas podían procurarse fácilmente, y por eso duró poco esta moda. Se tenía en mucho aprecio la posesión de una tez hermosa, que ellas procuraban conseguir aplicando a la piel un poco de ocre que sacaban de los manantiales de la isla. Aquel lozano colorido pronto se propagó del rostro a todo el cuerpo, y esta práctica también pasó a los hombres, a quienes gustaba embadurnarse de ocre y grasa hasta adquirir un color rojo vivo como el fuego, haciendo desde lejos un efecto maravilloso.

Pero además de estas mejoras introducidas en el aspecto exterior de su

persona, las mujeres introdujeron también una práctica que la vieja Moa no conociera y que se remontaba a muchas generaciones anteriores y cuyo origen nadie conocía: ordeñaban los renos semidomesticados, utilizando la leche en la economía doméstica. Tal vez tras este uso se ocultaba una pequeña historia, triste y hermosa y muda como el corazón de una madre: la historia de una mujer que, no teniendo leche para alimentar a su tierno niño, la había ordeñado de los renos que andaban entre los poblados y que se reservaban para la matanza. Más tarde las gentes habían tomado gusto a la leche de este animal, y ahora so veían siempre ollas de leche fresca o cuajada en las despensas, por lo

cual se les perdonaba la vida a muchos de los renos destinados a la matanza.

En general, puede decirse que las gentes convivían en paz y armonía en el glaciar, llevando una vida honrada y sencilla. Pero el incesante aumento de la población iba ejerciendo su presión sobre los individuos, que ya no podían seguir en aquella situación. Tal vez los habitantes del Norte hubieran podido quedarse para siempre en aquel estado estacionario de pueblo de cazadores pobre y honrado, encerrado dentro de una fructífera visión retrospectiva, si el apretado anillo en que se atrofiaba su vida no hubiera servido para eliminar al final a alguien, como en otros tiempos habían eliminado a Dreng: a un nuevo

insurrecto y libertador que, contra la voluntad de su pueblo, levantara a éste sobre sí mismo.

Al mismo tiempo se fueron transformando radicalmente las condiciones de vida en el glaciar, el cual en todo tiempo había ido moldeando el destino de los hombres.

EL UNICORNIO

HABÍA un hombre llamado Hvidbjörn (es decir, Oso Blanco)², que no descendía del linaje de los hijos de Garm.

Desde muy temprano había oído hablar de los atropellos y usurpaciones de poder de los garmianos. El padre de Oso Blanco solía estar sentado, en la caverna que constituía su hogar, con las espaldas metidas en el rincón más escondido y con un constante movimiento de labios que revelaba que dentro de él hervía un mar de maldiciones. Esto ocurría en una época posterior a aquella en que los garmianos

le habían inferido un ultraje, que se quedó hincado en el alma como una brasa ardiente. Pero de su boca no había salido jamás una sola palabra: él se había tragado su propia cólera. El padre de Oso Blanco era un gran cazador que todos los años pagaba como tributo a Ildgrim — el más viejo representante viviente de la tribu de Garm — grandes cantidades de colmillos de mamut y otras clases de trofeos de caza.

El padre de Oso Blanco era muy corpulento y forzado, mientras que Ildgrim era un pigmeo de rollizos miembros, incapaz de recorrer mayor espacio que el que separaba a las cámaras de provisiones de su casa; Oso Blanco, de niño, se asombraba de ver

juntos a los dos hombres oyendo cómo Ildgrim daba órdenes a su padre, siendo así que su talla no llegaba al pecho de éste. Cuando Oso Blanco salía a recorrer la isla con pandillas de chicos como él y su gran apetito de adolescentes les daba audacia, siempre estaban hablando de llegar a ser mayores para comerse a Ildgrim. Aquello incitaba a Oso Blanco; pero éste, al mismo tiempo, sentía cierto estremecimiento; es que Ildgrim poseía aquella piedra mágica que mataba a los hombres y luego volvía por sí misma a las manos de él.

Más tarde, cuando Oso Blanco alcanzó la edad adulta y se hizo cazador, aprendió a rendir culto al padre común,

y así un día, al pie del sepulcro, le exigieron la promesa de ofrendar a los garmianos la mayor parte de las piezas de caza que cobrara. En aquella ocasión Ildgrim, lo mismo que ya había hecho con otros, dio a entender a Oso Blanco que aquel sacrificio recibiría su premio cuando el padre común — que no tardaría en llegar — se presentara para llevarse consigo a su pueblo a aquel lejano país de la abundancia. Sí; Oso Blanco estaba bien enterado de la existencia de aquel hermoso país del verano eterno que un día se había perdido, y que Ildgrim afirmaba que volverían a poseer; pero el muchacho apenas pensaba en ello, pues se encontraba bastante bien en el glaciar.

Respecto a las ofrendas, Oso Blanco no se consideraba perjudicado, puesto que mataba mucha caza. Se convirtió en un cazador maravilloso, en el hombre más alegre de toda la isla; siempre andaba cantando y no era enemigo de nadie, ni siquiera de Ildgrim.

Pero he aquí que un día se enamoró de una muchacha, y se acabó la paz. Era costumbre que cuando los jóvenes decidían unirse y fundar un hogar debían presentarse ante el túmulo sepulcral del padre común para recibir la bendición y llevar a su hogar fuego de la hoguera sagrada. Cualquier otra clase de fuego no estaba permitido, por considerarse impuro. Ninguna persona honrada se apartaba de aquella costumbre, y en la

montaña-isla sólo había personas honradas. Pero la bendición costaba muy cara y obligaba para toda la vida, y, encima, dependía de que Ildgrim quisiera autorizar la unión. Cuando le llegó el turno a Oso Blanco no se le concedió autorización. Ildgrim nunca había simpatizado con la familia de Oso Blanco y, además, él mismo deseaba para sí a la muchacha. Ésta se llamaba Vaar — que quiere decir Primavera — y era muy hermosa.

No cabía esperar que Ildgrim se retractara por las buenas de su prohibición. A Oso Blanco se le transmitió la noticia de la negativa con toda cautela y diplomacia, diciéndole que el día en que consiguiera traer el

cuerno del unicornio a la tumba del padre común, ese día Primavera sería suya. Pero bien sabían todos que aquello era imposible.

Oso Blanco se sonrió. Salió al glaciar, en el que permaneció ausente durante un año, y cuando regresó había derribado a la bestia. Aquella fué la mayor proeza que jamás realizó hombre alguno en el glaciar. Nadie la había considerado posible. Se creía que sólo Dreng el Viejo poseía la fuerza suficiente para conseguir lo que Oso Blanco consiguió. Se le llamó el Matador del Unicornio y su nombre fué celebrado en sagas y canciones.

Él mismo trazó en la hoja de su lanza una representación gráfica de la

famosa cacería para conmemorar su proeza. Primero apareció un largo trazo horizontal sobre cuatro trazos verticales, más un trazo oblicuo en la parte superior: esta figura esquemática representaba al unicornio. Después aparecían dos trazos cruzados: esta figura representaba a Oso Blanco con su arpón; el resto — es decir, la lucha y la muerte del unicornio — no necesitaba representación gráfica, pues cualquiera podía adivinarlo con claridad.

El famoso unicornio era en realidad un rinoceronte. No el rinoceronte común, fiero y lanoso, que seguía las huellas del mamut por las montañas-islas y que frecuentemente era derribado por los hombres del glaciario;

éste era, sin duda, peligroso y feroz, un enemigo difícil de abordar, pues contra el unicornio de nada servían las fuerzas y las mañas de los cazadores.

El unicornio constituía una especie aparte: sólo poseía un cuerno y era casi tres veces mayor que un rinoceronte corriente. Era más largo de cuerpo que el mamut, pero más bajo de talla. Lo terrible era que corría y saltaba como un gamo a pesar de su peso descomunal, y atacaba casi antes de hacer su aparición: el presentarse dentro del radio de acción de su mirada equivalía a morir.

Apenas olía la presencia de un cazador se lanzaba sobre él rápido como una exhalación, emitiendo un berrido estridente que atronaba los oídos, con el

cuerno — de la talla de un hombre, situado entre los ojos — tendido hacia delante para atravesar de lado a lado a los infelices que tuvieran la temeridad de acercarse a él, aunque fuera a leguas de distancia. Era un espectáculo sobrecogedor ver cómo un animal tan monstruosamente corpulento saltaba y se volvía ligerísimo como un lebre; era a la vez el más veloz y corpulento animal del mundo. Cuando se lanzaba a un galope vertiginoso dejaba en el suelo huellas en forma de hoyos en los que podía enterrarse un hombre, y se disparaba en todas direcciones, veloz como el pensamiento. No había modo de huir de él.

Lo más terrible de aquel bicho era

la casi imposibilidad de reconocer su presencia en el glaciar o sobre las rocas cubiertas de sauce, donde solía morar; cuando estaba echado, como acostumbraba, daba la impresión de un peñasco oblongo, emergiendo sobre el hielo o de unos restos de matorral raquíutico, hasta que, de repente, se levantaba y se lanzaba sobre uno en un abrir y cerrar de ojos. Los cazadores sabían la suerte que les esperaba cuando él se encontraba ante ellos en el glaciar: lo creían muerto, pero de pronto se animaba; y apenas lo veían correr, se sentían traspasados por su cuerno o aplastados sin haberse dado apenas cuenta. Sólo contadísimas personas se habían librado de él con vida, y de éstas

procedía todo lo que se sabía de aquella terrible bestia.

Las gentes del glaciar creían que no existía más que un solo ejemplar de este animal; suponían que era hembra y que su edad se remontaba a los tiempos en que los animales se vieron obligados a abandonar la Tierra Perdida, de donde el unicornio hembra había salido solo, sin la compañía de ningún macho. Las escasas personas que habían sobrevivido a un encuentro con la bestia decían que tenía ojos pequeñísimos y enrojecidos, como si hubiera llorado toda una eternidad, y cuando por el novilunio se oía su fatídico lamento en el glaciar, desde leguas de distancia, decían las gentes que aquel era el

unicornio que estaba en pie con las fauces vueltas hacia el viento norte, lanzando quejidos como si se le partiera el corazón por la ausencia del compañero que nunca había tenido.

Decían que, como nunca había criados hijos, había conservado aquella joven agilidad en sus movimientos y corría al galope todavía como un ternero, a pesar de ser tan viejo que le nacían guijarros en los lomos. Las personas que contaban estos episodios por haberlos presenciado personalmente, estremeciéndose todavía al recordarlos, decían que en la cara y en toda su piel blanca presentaba arrugas tan afiladas que le cortarían a uno la piel, pues estos pliegues estaban

petrificados por la edad. Y su cuerno se había alargado enormemente, más que el de un macho, a causa de su extraordinariamente avanzada edad.

No sin razón la gente del glaciar consideraba más que imposible vencer a aquel bicho que poseía toda la velocidad y fuego de su juventud, y a la experiencia de su longevidad había añadido la falta de hijos y había templado en hielo y soledad la combinación de estas dos cualidades. Pero Oso Blanco cortó el hilo de su vida.

Nunca llegó a conocerse en detalle la captura del animal. Oso Blanco se encontraba solo en aquel trance y más tarde lo explicaba en un lenguaje

musical y arrebatado de entusiasmo, aunque extraordinariamente lacónico. Había estado largo tiempo haciéndole jugadas, hasta que el viejo animal cayó en una resquebrajadura de hielo, donde quedó aprisionado y luego él le dió muerte. Cuando luego le arrancó el cuerno y lo arrimó a su cuerpo vió que era tan alto como él, a pesar de que Oso Blanco tenía una estatura elevada. El cuerno tenía tal cantidad de anillos que era imposible contarlos; eran como las mismas espinas de la amargura que se habían ido amontonando capa sobre capa por toda una eternidad.

Además del cuerno le extrajo el corazón, el cual aparecía a la vista con un aspecto joven y lozano, aunque estaba

tan duro que ningún hacha de sílex podía hacer mella en él.

Ildgrim tomó posesión del cuerno en nombre de Dreng el Viejo. Él volvió sus gruesas espaldas a todas las fiestas que se celebraron en la isla con canciones y tumultos para exaltar la gran proeza de Oso Blanco; parecía haber olvidado por completo el pacto que había hecho con éste.

Pero cuando al fin Oso Blanco, con aire embarazado, le dió a entender que tenía que concederle a Primavera, como le había prometido, Ildgrim pronunció un discurso equívoco que podía interpretarse en el sentido de que él no había tenido tal intención; que el no había hecho más que una broma inocente

al pedirle a Oso Blanco que saliera a matar al unicornio. Todo hombre imparcial convendría con él en que la promesa sólo podía interpretarse como una negativa formulada de una manera diplomática. Pero que si Oso Blanco se había agarrado intensamente a su palabra, éste debía considerar aquella promesa como un piadoso deseo de ver castigado a Oso Blanco por su atrevimiento. Añadiendo que, cuando Oso Blanco había regresado, había sido él quien engañó a Ildgrim y que estaba en deuda con el padre común después que las cosas habían tomado este giro. Estas fueron las palabras de Ildgrim.

Esta conversación tuvo lugar en el poblado de los garmianos, el viejo

hogar de Dreng, que era tierra sagrada, y los acontecimientos se desarrollaron rápidamente. Cuando Oso Blanco vió que no le concedían a Primavera ni le autorizarían a llevar fuego para formar su propio hogar, tuvo un instante de cólera, haciendo ademán de embestir con un involuntario movimiento de cabeza, que llevaba cubierta con la piel de un toro almizclero coronada de cuernos; Ildgrim tomó a mal este gesto; se le hundió el pecho y se puso a pestañear como si le diese en los ojos una ráfaga glacial. Oso Blanco sonrió; su furia se calmó instantáneamente.

Entonces comenzó a estudiar con los ojos a Ildgrim, y después de mirarlo despacio de arriba abajo, prorrumpió en

carcajadas. Luego pegó al hombrecillo con una vara, la más pequeña que pudo encontrar, y se dispuso a marchar. Pero Ildgrim comenzó a lloriquear como si estuviera agonizando y al punto acudieron corriendo de todas partes garmianos con correas y garrotes para maniatar y apalear a Oso Blanco.

Y en esto se apoderó de Oso Blanco el espíritu de Dreng y, antes de que nadie pudiera prevenirse, hizo lo que nadie hubiera podido hacer: mató de un golpe a uno de los hijos de Ildgrim, que eran inviolables. Y mientras los demás garmianos retrocedían mudos de horror, Oso Blanco, enfurecido, tomó el cadáver por un brazo, se puso de pie encima de él, y le arrancó de cuajo

aquel brazo con el que había querido descargar el garrotazo. Con un rugido, Oso Blanco arrojó el miembro arrancado a los pies de Ildgrim. Satisfecha su venganza, se marchó.

Aquel mismo día Oso Blanco raptó a Primavera y los dos huyeron hacia los hielos eternos.

OSO BLANCO Y PRIMAVERA

NADIE en la montaña-isla aprobó la fechoría de Oso Blanco; ni siquiera los de la familia de éste. Se concebía un asesinato; pero Oso Blanco había pegado al gran sacerdote cometiendo este sacrilegio en lugar sagrado. Era un crimen horrendo. Ni una voz se había alzado en defensa de Oís o Blanco, cuando éste, ante la presencia de todo el mundo, fué declarado proscrito al pie de la tumba del padre común. Su nombre fué desterrado de los corazones de la gente del glaciario, y todo aquel que diera

las más pequeñas pruebas de simpatía hacia él, o lo socorriera con alimentos o le proporcionara abrigo, había sido proscrito igual que él. Oso Blanco y Primavera iban a quedar abandonados en el glaciar, sin fuego, maldecidos para siempre; y si alguien se encontraba con ellos, los consideraría como cualquier pieza de caza expuesta al arpón de todo el mundo.

La maldición pesó sobre la cabeza de Oso Blanco y Primavera, quienes fueron a instalarse en un solitario peñasco situado en el glaciar, en una zona muy apartada, donde disponían de la soledad amada de los enamorados, aunque gustaban también el pan amargo del destierro.

Estaban sin fuego. Y la carne cruda da fuerzas; pero a la larga se siente la necesidad absoluta de ingerirla cocinada. Pero era verano. Vivían magníficamente en una tienda de pieles; sobre aquel peñasco que emergía del glaciar como un arrecife, crecía una variada multitud de cereales y hortalizas, que Primavera cogía preparando con ellas platos complementarios en crudo. Con los granos de los cereales fabricaba panecillos, aunque no le quedaba más remedio que servírselos sin cocer a Oso Blanco cuando volvía de su excursión cinegética. Oso Blanco los devoraba haciendo mil gestos raros y entonando una alegre canción. Después de todo—

pensaba—, eso de injerir comida caliente sería un lujo vergonzoso para él. Más tarde, hacia el otoño, sobre las cumbres que emergían del glaciar, brotaban toda dase de bayas con las que podían condimentar los alimentos crudos. Lo pasaban maravillosamente en medio de su pobreza. Pero no tardó en llegar el frío. Hicieron su aparición las heladas nocturnas, las primeras nevadas..., el invierno.

Oso Blanco había construido una sólida vivienda con pesadas piedras y traído consigo una buena cantidad de pieles. A su vez, Primavera había curado la carne y las hortalizas para llenar su despensa. Oso Blanco había traído además, consigo, unos cuantos

renos salvajes, que había de atar al peñasco hasta domesticarlos para que luego dieran leche. Con estos preparativos salieron al encuentro del invierno. Y vino el invierno con sus borrascas y fríos cortantes. Ellos probaron de pasar un invierno sin fuego. Oso Blanco sabía que esto ya había ocurrido antes; pero ahora dudaba de que pudiera ser verdad.

Las noches eran largas y oscuras como las entrañas de la tierra. Al cabo ya casi ni sabían dónde estaban ni si existían siquiera. Menos mal que eran dos, pues así el uno podía encontrar fácilmente al otro para no separarse de él. En aquellas largas noches negras Oso Blanco se puso a cavilar. Ante sus ojos

veía a su patria con sus hogueras encendidas rodeadas de ricos presentes. Casi veía su claridad iluminándolo todo en torno, casi sentía el calor recorriendo la piel al pensar en el fuego. Ahora los garmianos y las demás gentes a ellos obedientes se acurrucaban junto al fuego, empujándose unos a otros y contándose mutuamente la historia de cómo Oso Blanco, el criminal, había llegado a un grado tan bajo de miseria, que apaleaba a su mujer echándole a ella la culpa de su delito. Decían que antes de mediar el invierno habían de ver a los dos mendigando por el campamento. Ante esa idea, Oso Blanco sonreía en la oscuridad.

Todavía al terminar el año, en

medio de un frío mortal y de una incesante nevada, en la que el sol y la luna parecía que iban a hundirse para siempre, Oso Blanco reía con Primavera en sus brazos. Pero ella temblaba. Se conservaban vivos porque eran jóvenes y fuertes, pero sufrían las mayores privaciones. Los dos flamantes colonos eran demasiado ricos para sentir preocupaciones; ninguna queja salía de sus bocas. Pero se estaban helando de una manera espantosa. Y Oso Blanco resolvió hacerse con el fuego a cualquier precio.

Lo primero que hizo fué arrojar de su mente la idea de que otros pudieran proporcionárselo. El recurso más expeditivo parecía ser el introducirse a

escondidas en el campamento y conseguir que alguien le proporcionara fuego, o bien robarlo de una de las hogueras; pero esta acción sería la última que él hubiera hecho. Más practicable le parecía el proyecto de ir a buscar una brasa encendida a la misma hoguera sagrada de los garmianos, en el curso de una visita oficial, en la que iría armado de arpones y hacha, etc. Pero no: Oso Blanco no podía hacer eso tampoco. Si Ildgrim y su tribu habían heredado el fuego, éste les pertenecía a ellos y a nadie más. Sus pensamientos se detuvieron largo rato en aquella misteriosa piedra del fuego que Ildgrim guardaba en la tumba del padre común. ¿Y si una noche penetrara en el sepulcro

por la violencia y robara la piedra mágica? De sobra sabía que Dreng el Viejo ya no estaba vivo bajo tierra. Tal suposición era una pura superstición. A lo más, sus huesos estaban pudriéndose en la tumba y ya ningún daño podría hacerle. Sin embargo, había vivido realmente en una época determinada, legando el fuego a su tribu; por esto lo mejor sería dejar como estaba todo aquello que se refería a él. Toda aproximación al padre común le parecía inconcebible mientras fuera posible hallar otra solución. Y de pronto... ¡Pues claro que tenía allí mismo un medio de solución el problema del fuego! Y puso manos a la obra. Fué reuniendo material combustible, de leña de pino, y lo

colocó ordenadamente en forma de pira. Pero no pasó de ahí.

Al año siguiente emigraron. Durante el verano se quedaron a vivir en el arrecife; fué un verano extraordinariamente caluroso y violento, con un sol que abrasaba y con tormentas casi diarias, que iban corroyendo visiblemente el glaciar. El espacio exento de hielo situado encima del arrecife se había ampliado hasta alcanzar una extensión doble de la acostumbrada, y las mismas “islas” situadas en torno aparecían mucho más grandes. El glaciar destellaba con sus verdes abismos bajo los relámpagos de las noches claras. Cuando no caía la lluvia a torrentes, las nubes se cernían

altísimas como el cielo, encendidas como brasas, extrañamente vividas; se desplazaban por sí mismas, formando turgencias resplandecientes a la luz del sol, hasta que de nuevo volvían a cerrarse desde todas direcciones para dejar caer un diluvio cálido sobre el glaciar. Los rayos fulminaban el hielo cuarteándolo hasta el fondo; los restallidos de los truenos repercutían con sus ecos en las simas chorreantes. Rugían furiosas las tormentas. En aquel verano, ni Oso Blanco ni Primavera echaron de menos el fuego. Pero él no se había olvidado del invierno. Le destrozaba las fibras del corazón el haber visto sufrir a Primavera. Sentía íntimamente la necesidad urgente de

hacerse con el fuego.

Pasó aquel furioso verano sin que se produjeran otras modificaciones en la cueva que el milagro del nacimiento de un niño, a quien Oso Blanco, gritando de júbilo y felicidad, alzó en sus brazos en medio de la lluvia. Había venido al mundo con dos dienteitos, y fué destinado por su padre a grandes cosas. Por de pronto, resultó ser un gran comilón.

Pero cuando el aire volvió por segunda vez a enfriarse en el peñascal, Oso Blanco empezó a dar muestras de inquietud. Aún no había conseguido producir fuego. Las noches comenzaron por tornarse azules y terminaron por convertirse en negras. Oso Blanco gemía

en sueños cuando no estaba en vela meditando profundamente. Una noche tomó en brazos a Primavera, que notó cómo él lloraba mientras le confesaba que no había podido encontrar fuego. Le preguntó qué le parecía si se pusieran en camino. Primavera le contestó que ella iría con él al fin del mundo. Y el proyecto quedó decidido. El plan de Oso Blanco era dirigirse hacia el Sur. Puesto que no había conseguido hacerse con el fuego, cambiarían de residencia. Allá muy lejos, en el Sur — *según le habían informado*—, terminaba el glaciar; allí debía de haber, sin duda, un país cálido con grandes bosques, habitado por hombres salvajes y desnudos; preciso era intentar llegar

hasta allá.

Casi tocaba el año a su fin cuando la pequeña familia se puso en marcha. A pesar de estar finalizando el año, la tempestad les organizó todavía una despedida de truenos, lluvias torrenciales y rayos, bajo los cuales resplandecían los abismos verdes del glaciar. Oso Blanco miraba a su alrededor. Rayos y más rayos surcaban el cielo por todas partes. ¡El mundo rebosaba fuego y, sin embargo, para él ni una chispita siquiera! Sonrió. Una sonrisa de viejo, cansada, que se mezclaba con las profundas arrugas que surcaban su rostro. Luego reanudaron la marcha sin volverse ni una sola vez para mirar atrás.

Todo lo que la familia poseía era un pequeño rebaño de renos medio domesticados y un montón de pieles para la tienda y para vestirse, aparte de las armas de Oso Blanco y los cestillos de Primavera, llenos de toda clase de chucherías; con este equipo se habían puesto en camino hacia el Sur. Los alcanzó el invierno, que se fué haciendo cada vez más riguroso. Pero sentían aliviada su marcha gracias a que el glaciar se cubría de nieve, la cual se solidificaba formando enormes campos nevados, sobre los cuales caminaban con más facilidad que sobre el hielo escabroso.

Caminaron durante todo el invierno sin haber adelantado mucho; a Oso

Blanco le parecía que se estaba volviendo viejo. Le causaba sudores mortales el esfuerzo realizado para mantener alejada el hambre de su pequeña tienda plantada en la nieve durante su larga expedición. Frecuentemente se veía precisado a seguir sus propias huellas durante noches y días para poder regresar con una pieza de caza. Sabía que durante su ausencia su mujer y su hijo quedaban muy desamparados en la tienda. Delante de él, el animal huidizo, que no quería dejarse atrapar; detrás de él, el miedo, que se le pegaba a los talones; pero tenía que seguir adelante para poder regresar con alguna pieza cobrada. En una de estas ocasiones encontró a su

regreso la tienda cubierta de nieve y los escasos renos domesticados pataleando, atadas las patas delanteras, formando un rebaño disperso en la nieve, cuyo aliento se convertía en escarcha.

Oso Blanco no cedió a la tentación de matarlos, a pesar de lo trabajoso que le resultaba conseguir carne; la leche de estos animales era el único alimento de que disponía Primavera cuando él se ausentaba de la tienda; los renos constituían por sí mismos una reserva alimenticia a la que sólo habría que recurrir en caso de extrema necesidad. Para alimentarlos, Primavera recogía musgos y líquenes de las piedras y peñascos que aparecían diseminados por el glaciar, defendiéndolos de los

lobos cuando Oso Blanco había salido con los perros. Cuando éste había conseguido cobrar una buena pieza, levantaba la tienda y reanudaban la marcha.

Cuando soplaban las tempestades de nieve, no había otro recurso que meterse en un agujero o tumbarse en una cueva hasta que pasara la tormenta. De este modo transcurrieron semanas enteras en continua oscuridad, en la que casi perdían la facultad de hablar. El invierno era largo y riguroso; envolvía a los dos como en una niebla; al final, ya casi habían olvidado que estaban en marcha, no recordando ni adonde querían dirigirse ni sabiendo siquiera quiénes eran. La aurora boreal se

extendía por el cielo en un mudo delirio, cerniéndose, como una eternidad próxima y, sin embargo, lejana, sobre las cabezas de aquella familia que se perdía en medio de la nieve en plena marcha.

No Obstante, aquel invierno fué más corto que de costumbre; el deshielo vino prematuramente con toda su fuerza. Pero de nada le servía esto a Oso Blanco mientras siguieran peregrinando por la nieve. En los últimos tiempos habían conseguido avanzar con más rapidez, debido a que Oso Blanco había introducido el sistema de la marcha en vehículo: un ingenio que más tarde se convertiría en trineo. En vez de disponer las cosas de modo que los renos

llevaran la tienda y el resto de la carga, se le había ocurrido hacer que arrastraran el bagaje, colocando debajo de éste los troncos de abedul que él utilizaba como postes para levantar la tienda; por este procedimiento avanzaban más, pues la carga se deslizaba sobre la nieve. A los renos les resultaba más fácil arrastrar la carga que llevarla a lomos. Oso Blanco y Primavera no tardaron en sentarse encima del bagaje, dejándose arrastrar con él. Esto significó un gran progreso y sirvió para estrechar las relaciones entre los renos y la familia. Oso Blanco estaba muy contento con este trineo en embrión, y no tardó en darle una forma definitiva. Para ello no necesitó más que

colocar debajo del bagaje dos pequeños troncos de abedul, aunque éstos debían tener forma arqueada para no quedar hincados en la nieve ni destrozar las correas de sujeción. Con el objeto de que el bagaje no se arrastrara por el suelo, adosó de través ramas curvadas a las varas y las ató fuertemente, con lo cual quedó completamente terminado el trineo. Oso Blanco tenía unas manos maravillosas; la necesidad hizo el resto.

Al venir el buen tiempo, y cuando el sol brillaba sobre los brillantes campos nevados, Oso Blanco echaba un trote jaleando alegremente a los renos; parecía como si él y Primavera se despertaran de un largo letargo y reconocieran sus arrugados rostros

amados. Las penalidades los habían adormecido infundiéndoles una especie de ceguera espiritual en la que habían perdido la conciencia del tiempo; pero no conocían la pena propiamente dicha. Volvían a encontrarse a la luz del sol, deslizándose en el trineo sobre la cristalina superficie: delante de ellos iban los fuertes renos resollando, y a su lado, los perros meneando alegremente la cola. El nene sacaba la cabeza del saco que colgaba a la espalda de Primavera, y revolvía los ojos mirando soñador sobre un mundo que giraba alrededor del trineo.

De este modo llegaron al mar. Oso Blanco había puesto rumbo al Sur; pero se había desviado hacia el Este, y esta

desviación lo llevó desde el glaciar a la costa de la tierra montañosa. Cuando la nieve, que también al sur del glaciar cubría la tierra continental, se derritió al llegar el deshielo de la primavera, se dió cuenta Oso Blanco de que habían llegado a una tierra baja, exenta de hielo, surcada de lagos, pantanos y ríos y llena de picos rocosos diseminados, que se prolongaba en forma de escollos e islas hasta el interior del mar.

El glaciar quedaba muy al Norte, pero aún estaba muy reciente la época en que había cubierto aquella zona llegando hasta el mar. La costa y todos los arrecifes estaban aún desnudos, completamente descarnados y lamidos a su alrededor por el hielo; por todas

partes descubrió Oso Blanco las huellas del glaciar. En una zona más septentrional del litoral, se extendía todavía un brazo del glaciar a través de un fiordo hasta llegar a la misma playa, y Oso Blanco notó que allá lejos se producían una especie de truenos y quejidos al reventar el hielo en el mar y alejarse flotando en forma de icebergs. El glaciar no tardó muchos años en retirarse de la costa, y las montañas de hielo, que todavía se veían flotar muy adentro del mar, procedían de los últimos confines del Norte. A Oso Blanco se le dilataron las ventanas de la nariz: una y otra vez aspiró ávido la brisa al conocer, por vez primera, el mar. En su alma había algo escondido,

algo que aquel olor a salitre venía a despertar, algo que para él resultaba incomprensible. ¡Era la nostalgia de Dreng por el mar, que Oso Blanco llevaba metida en la sangre! El sueño del mar era la aspiración más fuerte de Dreng y permaneció vivo en toda su descendencia como un impulso dormido, que sólo necesitaba una bocanada salada de la playa para despertar. Las ventanas de la nariz abiertas, bebió Oso Blanco el aire marino. Y el mar lo ciñó con sus brazos.

Aquel anhelo cristalizó en un súbito deseo de seguir adelante. En un principio se había propuesto hacer un viaje con dirección al Sur y a las selvas; pero aquel ondulante caminar y caminar

del mar más allá de su propia frontera extasiaba a Oso Blanco, transformando todo su ser en Un anhelo nostálgico. Diríase que en aquella orilla, donde ya no podía seguir adelante, no hiciera en realidad más que empezar por vez primera. El mar lo detenía; pero un día había de convertírsele en camino.

Se establecieron en aquella llanura, entre pantanos cubiertos de maleza y lagos. Esta región estaba situada tan al Sur y tan distanciada del glaciar, que éste sólo se veía brillar allá abajo, en el lejano cielo nórdico, como un difuso y verde resplandor. Al otro lado se extendía el horizonte limitado por arrecifes y mar abierto. En la región había suficiente caza; cada vez iban

apareciendo más piezas — verdaderos rebaños—, a medida que iba aumentando el número de animales que se internaban en la tierra sin hielo. En el interior, los lagos de agua dulce y los ríos hormigueaban de peces — salmones, lucios, anguilas — que Oso Blanco no tardó en saber apreciar y atraerlos hacia la tierra valiéndose de un gusano retorcido, atravesado con un garfio. El mismo mar era como un relampagueante campo de peces; la ballena perseguía hasta la playa bancos de arenques, que estaban tan espesos que se podía vadear caminando sobre ellos. Había allí una verdadera riqueza. Y el corazón de Oso Blanco se fortalecía con el sueño, cada vez más

ardiente, de cruzar el mar. Su alma estaba puesta sobre el puente de luz lunar tendido entre los arrecifes cuando el mar subía cubriendo el mundo con su rugiente y atronadora inmensidad.

Pero hubieron de quedarse allí. Pasaron los años y ellos siguieron viviendo en la tierra baja situada entre el glaciar y el mar. Primavera fué multiplicando la familia hijo tras hijo. Aun sabiendo que no podían seguir adelante, Oso Blanco no hacía más que proyectos de viaje. Todos sus pensamientos iban dirigidos a encontrar medios para seguir su ruta. Ciertamente en invierno podía utilizarse el trineo, con el que hacía largas excursiones en todas direcciones sobre los lagos

helados, llegando así muy adentro del mar cuando el hielo estaba sólido y aguantaba su peso; pero no podía ir más lejos, porque el mar abierto le impedía seguir más allá. En el verano el trineo permanecía ocioso; el deshielo primaveral transformaba frecuentemente la llanura en un único lago enormemente crecido, que rodeaba a Oso Blanco con un cerco tan infranqueable como el del mar. Era preciso hacer algo.

En el glaciario no había existido la menor oportunidad para la navegación, aun cuando los cazadores de mamuts tal vez conocieran el arte de atravesar en primavera algún río desbordado a causa del deshielo, utilizando como embarcación un bloque de hielo.

Circulaba una oscura leyenda que afirmaba que el padre común, en el principio de los tiempos, había viajado una vez sobre las aguas viniendo del Sur — unos decían que sobre el tronco de un árbol, otros que a lomos de una tortuga encantada—y, de todos modos, lo había hecho con ayuda de fueras que los demás mortales no poseían. ¡Qué cosa no hubiera podido hacer el Tuerto! Los sueños de Oso Blanco no llegaban hasta la pretensión de poder igualar al padre común en poder sobrehumano. Él no era más que un simple mortal que intentaba salir adelante, pues para eso tenía buenas manos. No obstante, Oso Blanco llegó a dominar este arte a fuerza de experiencia.

En el país no abundaba la madera. Pero si se dió cuenta de que había existido mucha en tiempos remotos: en los días claros en que el sol atravesaba con su luz los pantanos grisáceos descubría en su profundidad un fondo fangoso y hundido, un lecho constituido por troncos derribados de todos los tamaños. Era, evidentemente, un bosque anegado; mil cosas pasaban por la imaginación de Oso Blanco cuando bajaba los ojos para contemplar aquel silencioso mundo hundido que pertenecía a un pasado lejano. Por encima del espejo de las aguas, sobre las islas pantanosas hundidas allá abajo se extendía un cielo con nubes vertiginosamente lejanas, y sólo donde,

él divisaba su propia imagen en forma de sombra, que se destacaba vivida muy por debajo de él en el agua, había tal transparencia que se percibía el fondo y el bosque naufragado. Era extraño: cuando veía el bosque hundido, su propia imagen se había disipado, y cuando se veía a sí mismo reflejado, desaparecían de su vista los árboles del fondo.

Fuera cual fuera la suerte que había corrido el bosque que un día había existido, el caso es que era un bosque en cuya busca había salido Oso Blanco al emprender el viaje. Pero debiera estar vivo y situado más al Sur. Un día hundió una correa con un lazo corredizo, engancho a uno de los gruesos y

redondos troncos, que presentaba un aspecto lozano de árbol vivo, con huellas que mostraban el sitio donde habían estado las hojas y con una corteza que todavía chorreaba resina. Pensó que tal vez podía aprovecharse el bosque hundido para hacer una embarcación que lo llevara hacia el Sur. La idea no le parecía descabellada; pero al tirar del tronco hacia arriba éste se deshizo en podredumbre, y cuando sacó afuera otro vio que por dentro estaba completamente negro y convertido en lodo.

Pero Oso Blanco seguía obstinado en la idea de cruzar las aguas. Entre él y la región del Sur se interponía el mar, y quería continuar su ruta más allá. Hacía

mucho tiempo que, sin saberlo, había hecho grandes progresos en pequeña escala. Los pantanos y ciénagas que se extendían sobre el llano estaban cubiertas de bosquecillos de abedules, álamos blancos y toda clase de arbustos y árboles enanos, de los cuales sólo el abedul alcanzaba un grosor mediano, pero sin llegar a constituir un árbol maderable. Oso Blanco tuvo que renunciar a toda idea de navegar sobre troncos de árboles. Las tortugas que encontraba no excedían del tamaño de la palma de la mano; si en tiempos remotos el padre común vino navegando sobre una tortuga, tuvo que ser por arte de encantamiento. Sabía ciertamente que la concha de una tortuga flotaba sobre el

agua y su forma era pintiparada para su propósito, pero estaba muy lejos de sostener el peso de un hombre.

El cuerpo de Oso Blanco era muy pesado, como podía observar en sus ensayos diarios. No obstante, cuando recorría la húmeda tierra surcada por innúmeros ríos, solía atravesarlos, si eran estrechos, arrojando al agua arbustos y ramas hasta formar un puente. Cuando el agua tenía demasiada profundidad arrojaba troncos enteros formando una balsa, que él impulsaba con una pértiga. Para que la balsa no se deshiciera la ataba con correas; a fuerza de repeticiones y ensayos esta balsa se convirtió en barca y Oso Blanco se transformó en barquero.

Continuamente se le veía sobre el agua, chapoteando de un lado para otro, con nuevas embarcaciones cada vez más perfeccionadas. Aquella ocupación llegó a ser para él una segunda naturaleza. No hacía más que ensayar nuevos ingenios en el agua para ver si flotaban, si estaban bien compactos y herméticos, si hendían bien el agua y si conservaban el equilibrio. Trabajaba sin descanso en la playa, con las piernas desnudas, entregado a experimentos por vía húmeda, amoratado por el frío, chorreándole la nariz. Sobre él se alzaba y se volvía a hundir el sol. Se convirtió en un gran carpintero y en un auténtico hombre acuático. Y, sin embargo, nada le asustaba tanto como la humedad: él

sentía hacia ella un horror innato que agitaba en convulsiones su cuerpo gigantesco de hombre que no conocía el miedo y que ahora gruñía como un jabalí cuando se metía en aguas profundas. Oso Blanco no sabía nadar. Observaba que todos los animales avanzaban trotando alegremente por el agua, pero aquello no se acomodaba a su modo de andar. Cuando había mucho fondo, cuando sentía cómo aquella fuerza lenta y mecedora empujaba hacia arriba sus miembros, se apoderaba de él una especie de locura, un imposible impulso de trepar que él no había podido vencer en su vida. En cambio, sus hijos eran nadadores natos; se lanzaban al agua y volvían a emerger como nutrias;

constantemente estaban ateridos, con todo el cuerpo arrugado a fuerza de bañarse, para corretear inmediatamente por la orilla.

Todos los hijos de Oso Blanco eran rubios; su piel, completamente lampiña y blanca, era gruesa y estaba como abatanada por la perpetua humedad. En el verano se llenaban de pecas, vestigio que recordaba la sangre que las madres morenas habían introducido en la tribu y que a ellos les salía a trechos al exterior por la piel penetrada del sol. Su cabello rubio tenía un brillo que tiraba a rojo dorado, como dejando adivinar todavía el negro cabello que el clima del Norte había tornado pálido. Sus ojos tenían la vibración de la luz estival en el glaciar.

Estos muchachos habían de llegar a ser un día grandes navegantes.

Oso Blanco, por sentirse tan indefenso cuando se encontraba en el agua, tenía sobrados motivos para pensar en cosas capaces de flotar y transportar gente. Pero siempre había en su pensamiento el *leit motiv* de una idea avasalladora: la idea de poder un día surcar el mar hacia un rumbo lejano, muy lejano. Y este sueño lo transmitió a sus hijos en herencia.

Mientras estuvieron viviendo en la costa, Oso Blanco — se puede decir — nunca permaneció en un mismo sitio; sin embargo, su familia permaneció allí hasta que los niños llegaron a mozos.

Los muchachos se transformaron en

hombres de manos diestras y tenaz memoria, que rivalizaron con su padre en inventiva y en labor de carpintería. La herramienta creaba trabajo y el trabajo creaba herramientas. Oso Blanco y sus hijos afilaban ahora sus hachas de piedra y sus cinceles, a diferencia de sus antepasados, que se habían contentado con un tosco desbaste hecho a hachazos. A costa de tiempo y de trabajo consiguieron pulimentar con un esmeril una dura hacha de pedernal, la cual penetraba en la madera sin estropear su filo. A Oso Blanco y a sus hijos siempre se les ocurría idear alguna novedad, y esta novedad los hacía cada vez más diestros e inteligentes. Tenían el golpe de vista de Dreng: aquellos ojos

penetrantes, muy juntos, que sin cesar pasaban relampagueando sobre las cosas que estaban trabajando. Tan lejos llegaron con su aventura, que al fin quedó listo y terminando en la orilla el primer barco, varado delante del campamento.

Era éste una larga balsa de madera, hecha de troncos finos de abedul, acoplados y trabados, con piso arqueado, cerradas las juntas de las maderas con sebo y pelo animal, de modo que no sólo flotaba, sino que también dejaba en su interior un recinto completamente seco. No era muy pequeña, pues podía transportar a varios hombres y era de buen andar. Las pértigas destinadas a impulsarla tenía

los extremos aplanados, para reaccionar mejor contra el agua cuando la profundidad de ésta era tal que no se podía tocar fondo. Oso Blanco y sus hijos hicieron largas excursiones a remo por los lagos interiores, quedando muy satisfechos de su nave. Cuando habían de bogar a favor del viento cortaban ramas frondosas, plantándolas verticalmente en la nave para que el soplo del viento las empujara avante, evitando la necesidad de emplear remos. Cuando fijaron una piel en una de las pértigas observaron que la nave avanzaba todavía con más facilidad. Haciendo pantalla con la mano sobre los ojos, Oso Blanco oteaba la lejanía del Sur, donde el horizonte se desvanecía

entre el cielo y el mar. Ya no tardarían en emprender el viaje marítimo. Pero todavía era preciso dar mayores dimensiones al barco, pues, de lo contrario, sería menester construir una flota para poder transportar a toda, la familia.

Primavera se quedó callada mirando, perpleja, a su marido cuando éste, radiantes de entusiasmo sus ojos azules y con el ademán propio de un águila pronta a levantar el vuelo, lo declaró: “¡Ahora sí que vamos a marcharnos!” Oso Blanco había repetido esta misma frase durante tantos veranos, que ya los hijos de Primavera habían llegado a ser tan altos y tan desconcertantes — en el buen sentido de

la palabra — como su padre. Primavera alzó sus ojos para contemplar con profunda admiración a su Oso Blanco, que todavía era capaz de seguir radiante de ilusión y de esperanza como en su primera y arrolladora juventud, a pesar de que ninguno de los dos era ya joven. Pero ella sintió miedo de los planes de Oso Blanco y acarició a su hogar con la mirada de una persona que ha recibido un golpe y que ya es incapaz de levantarse. Primavera tenía mucho que perder.

Jamás había estado ociosa en aquellos largos años en los que Oso Blanco venía diciendo a diario que era preciso emprender la marcha. Mientras vivieron allí, ella se había arraigado

profundamente en la vida cotidiana y había dirigido la casa. Para Primavera no había futuro ni sueños quiméricos; pero era fiel en lo poco. Mientras Oso Blanco, con su apasionado olvido de cuanto le rodeaba, se ocupaba de sus embarcaciones, Primavera, fiel a su tarea, creó un régimen doméstico extraordinariamente positivo que con los años fué ampliando bajo su dirección. Jamás se alteraba; nunca — al menos a sabiendas — había cambiado sus hábitos, y, sin embargo, ella, olvidadiza como todas las mujeres, había llevado a buen fin, en el curso de los años, muchos proyectos de cosas buenas indispensables.

Oso Blanco acaso no apreciaba sus

pequeños esfuerzos diarios, inquieto como estaba y deslumbrado continuamente por sus sueños de navegación por el mar. Él la veía como era, reservada y siempre avanzando al mismo paso, como la marcha de un tranquilo destino, constituyendo el sostén de él. Allí estaba Primavera; siempre había estado allí, con su presencia dulce y alegre, cayéndole por los hombros la larga cabellera rubia en medio de la lluvia, siempre con un niño en brazos, siempre dispuesta, dentro de los estrechos límites de su hogar, a prestar alimento y amparo. Rarísima vez se la encontraba alejada del campamento a una distancia superior a la que alcanzaba un voz humana; y

cuando salía, sólo era para poder traer los más raros condimentos para la comida.

Aquel año fué muy borrascoso, y más de una vez Oso Blanco vió a Primavera a la luz de un relámpago, en medio de una lluvia torrencial, rodeada de sus hijos y animales domésticos, inmóvil, callada, con la actitud más tranquilizadora en sus ojos serenos bajo la borrasca, mientras todo el mundo buscaba su protección. No era capaz de comprender los tormentos, como tampoco los designios con que el Altísimo y los hombres en general gobernaban el mundo; pero los niños y los animales acudían a ella buscando la tranquila serenidad que irradiaba su

espíritu. Y en esta actitud la siguió viendo en sus recuerdos Oso Blanco más tarde, cuando había huido su juventud: sentía en la lengua el sabor de la lluvia como venida del cielo, el olor a fuego del rayo próximo, y veía a Primavera con la cabellera desbordada sobre la espalda exhalando el perfume de las lilas silvestres que extendían sus brazos floridos hacia el sol y la lluvia.

Primavera era ahora una madre experta, curtida por el sol y la lluvia, fortalecida por las armas del silencio y la experiencia, que le habían enseñado a esperar tranquila todos los acontecimientos y a dejar correr las cosas. Con toda su alma se sonreía cuando todos los años Oso Blanco

anunciaba la construcción de una nueva embarcación y el proyecto de una próxima partida; bien sabía ella que todavía era preciso construir nuevas barcas e introducir nuevos perfeccionamientos en su construcción; pero cuando él, con aire resuelto y con ademán completamente serio, le habló de la próxima partida de modo que ella no tuvo más remedio que creerle, se quedó perpleja, dejando vagar su mirada, como sin comprender, por el interior de aquella mansión en la que había echado tan sólidas raíces. ¿Qué iba a ser de las vacas? ¿Habían de embarcarse con ellos y cruzar el mar? Primavera tenía un campo sembrado de cebada y otro de lino, y además una

huerta entera con bancales de guisantes, tomillo, cebollas y nabos. ¿Podría llevarse las tierras consigo? ¿Qué decía él a todo esto?

¡Cuántas cosas tenía que dejar Primavera! Ella alimentaba a sus animales domésticos y labraba la tierra. Esta práctica la había ido introduciendo insensiblemente. Al principio, cuando no tenían fuego, la necesidad los obligaba a defenderse por sí mismos, recurriendo a todas las cosas imaginables; más tarde, cuando volvieron a tener el fuego a su disposición, no pudo renunciar a ninguna de las actividades de que era capaz. A las vacas profesaba un especial cariño. Las había introducido en su economía

doméstica cuando su hogar estaba muy frío, época en la que aquellos animales habían salvado la vida a ella y a sus pequeñuelos.

El ganado salvaje hizo su aparición en los llanos cuando se retiró el glaciar. Los pequeños terneros recién nacidos que, con paso todavía vacilante, iban corriendo detrás de *sus* madres, hablaban un lenguaje inefable al insaciable corazón de niña de Primavera. Ella se ponía en cuclillas y extendía sus manos para atraerlos, zalamera, a su regazo.

Al principio apenas se asustaban; comenzaron a mostrarse asustadizos sólo cuando Oso Blanco los empezó a perseguir en sus correrías de caza, y aun

entonces las vacas, en su inocencia, se paraban frecuentemente a poca distancia, formando semicírculos, vueltas hacia este ser para ellas desconocido todas las cabezas astadas y todos aquellos morros con los que estabas masticando alguna flor. Al aproximarse él huían al trote, pero pronto volvían la cabeza y se paraban a mirar, húmedos los morros y los ojos, en los que había una negrura como la de la noche. Algunos animales, movidos por una irresistible curiosidad, salían unos cuantos pasos del círculo y se acercaban adoptando una actitud casi amenazadora, dando un vigoroso golpe en tierra con la pata, con aire de desafío. La vaca lanzaba un hondo resoplido; pero sus

mansos ojos desmentían totalmente su actitud belicosa y el animal se retiraba parpadeando y volviendo la cabeza.

Al llegar el momento del ataque, la lanza voladora de Oso Blanco dejaba tendido a uno de los animales revolcándose en el suelo, atravesado de parte a parte, en tanto que el resto del rebaño huía a galope. Oso Blanco gustaba, sobre todo, de cazar a los grandes toros, que daban un mayor incentivo a la caza; a veces llegaban a encenderle la sangre al adelantarse hacia él, audaces y agresivos, para acometerle.

Había ya en el llano densos rebaños de ganado vacuno. En los días claros de sol, desde cualquier cerro

podía distinguirse una extensión de muchas leguas cubierta de pantanos y praderas, en las que manchas de sombra proyectadas por las nubes se mezclaban con los rebaños de animales hasta donde alcanzaba la vista. No sólo eran bovinos salvajes los que se divisaban, sino también grandes rebaños de uros y ciervos; de los matorrales salían manadas de jabalíes para volver a esconderse; en las islas se oía el pisar de los osos por las malezas de arándanos, y junto al arroyo la zorra estiraba sus patas delanteras para atrapar una trucha. Los alces vivían en grandes rebaños en los sotos de abedules jóvenes. Los pinos enanos parecían de pronto adquirir alas al

aproximarse uno a ellos, abriéndose para dar paso al formidable urogallo. Todo el llano estaba vivo, animado de pájaros primitivos. Aquí se veían pulular animales, y allá, en la lejanía, se esfumaban los grandes rebaños convertidos en rayas nebulosas que se confundían con el horizonte, extendiéndose al otro lado de éste. La Naturaleza proporcionaba una fácil alimentación, y Oso Blanco disponía de tiempo sobrado para proseguir sus trabajos de construcción naval con vistas a la próxima partida.

Ya desde el primer año Primavera pidió a Oso Blanco que capturara unas cuantas vacas vivas para que ella intentara domesticarlas, pues allí no se

daban muy bien los renos: sentían nostalgia del glaciario y ya no daban leche. De este modo se procuró las primeras vacas. Una vez hechas prisioneras, se sometieron de buena gana a su cautividad y comenzaron a rumiar, reflejándose la hartura en sus profundos ojos. Daban mucha más leche que los renos y eran infinitamente mansas. Llegaron a ser las mejores amigas de los niños y eran también amigas y favoritas de Primavera, la cual trataba con ellas en íntima familiaridad. El calor de sus cuerpos pletóricos se le transmitía por las manos, llegándole al corazón. Olían a hierba, y su rumiar producía un continuo zumbido en la casa.

Más tarde, cuando reapareció el fuego y Primavera pudo fabricar al fuego gran cantidad de vajilla — pucheros y fuentes—, comenzó a elaborar mantequilla. Esta invención tuvo su origen en las necesidades personales de Primavera: la agradable necesidad de embadurnarse con cosas de agradable aroma. Al principio ella y sus hijos se ungián con la nata, la cual era tan espesa en la superficie de la leche que se podía quitar fácilmente en grandes cantidades; este unguento se hacía aún más concentrado cuando se le conservaba largo tiempo inmóvil, pero más aún al agitarlo enérgicamente dentro del puchero. Cuando se proponían hacer esto les esperaba un trabajo larguísimo;

pero se ponían a él con entusiasmo, hasta que al fin iba cuajando la mantequilla, que luego podían aplicarse en forma de pomada. También Oso Blanco le encontraba gusto a esta substancia, pero la prefería injerir para fortalecerse, y Primavera se la preparaba en grandes raciones. De este modo la mantequilla se introdujo como un nuevo plato en su alimentación.

Primavera había llegado también muy lejos en lo que atañe a la fabricación del pan. Todo lo que guardaba relación con los granos y todo el cultivo del campo — cultivo que ella fué la primera en introducir — tuvo su origen en un pacto místico con la tierra, en una especie de extraña religión de

Primavera, que se remontaba a aquella primavera y venturoso día en que apareció el fuego.

EL DESHIELO

¿NO está cayendo, grávida y fecunda, la lluvia? ¿No es igual que un susurro de los enamorados, un largo y apagado cuchicheo de amor, dicho boca con boca, por la lluvia y la tierra?

El cielo bendijo el destino de Oso Blanco, dándoselo todo como regalo. Cuando, maldecido por su pueblo y declarado proscrito, emprendió el camino del destierro, tuvo la suerte de encontrar la ruta que le condujera hacia climas más benignos para entrar en un verdadero paraíso de caza (donde jamás se sintió completamente feliz como en su propia patria); pero aún había de

encontrar allí una mayor abundancia al irse transformando el clima, tornándose más cálido. Se habla dirigido hacia el Sur, y el Sur se le adelantaba saliendo a su encuentro.

Por el Norte venía ya el gran deshielo destellando a la luz del sol. El glaciar comenzó a emprender una súbita retirada. Al principio Oso Blanco, desde el punto del llano en que vivía, pudo ver bajo el borde del cielo, hacia el Noroeste, el verde resplandor del hielo; pero más tarde el hielo se fué alejando hasta perderse de vista casi por completo. El glaciar se había ido retirando del horizonte por el lado del mar. Nada tenía de extraño, pues el tiempo había cambiado de tal forma que

era capaz de derretir montañas enteras. Casi ininterrumpidamente se oía bajar, rugiendo como un torrente, acompañado de truenos y de una lluvia ardiente. Durante toda la primavera cruzaron por el campo chubascos torrenciales y entre ellos irrumpía el sol sonriendo con tal fuerza, tan esperanzador, que hasta las bestias levantaban la cabeza de la tierra mojada y contemplaban el mundo como si acabara de crearse.

Sombríos turbiones de granizo cruzados de rayos pasaban a toda velocidad por el cielo bajo el vivo resplandor del sol y fustigaban la tierra hasta dejarla blanca; cuando la granizada había pasado y el trueno se iba perdiendo en la lejanía, se tendía un

fantástico arco iris sobre las altas hierbas de las praderas en las que las gotas de la lluvia colgaban, centelleando como lágrimas suspendidas de las pestañas de un niño. Uno, dos, tres, magníficos arco iris se cernían en el cielo, uno sobre otro, como puentes de colores paradisiacos que se alzaban sobre la tierra, entre las nubes y el sol victorioso. Cada chubasco era una batalla perdida que engendraba una nueva esperanza.

Días y noches se oyó el incesante zumbido de la lluvia, a la que daba acogida la tierra, ya deslavada y partida por grandes surcos. Crecían los lagos, se hinchaban los ríos hasta enrasar la orilla, se derramaban espumeantes sobre

el llano, lanzándose en remolino hacia el mar. La lluvia era cálida y traía una nueva era dentro de su seno inagotable.

La alegría dilataba los ojos de los hijos de Oso Blanco al contemplar la lluvia que rasgaba los charcos, dando la impresión de que de la tierra se alzaba una multitud de seres diminutos dando saltos, alzándose un instante hacia el cielo para luego hundirse en la tierra, mientras la lluvia repetía este juego millones de veces. Sobre la infancia de los hijos de Oso Blanco se alzó el arco iris, prometiéndoles la posesión del mundo.

Todos los años continuaba todavía llegando el invierno como siempre, pero la época del frío era más breve y la

primavera aparecía cada vez con más fuerza. En todas las primaveras se anegaban los valles, y Oso Blanco se vio y se deseó para salvarse a sí mismo y a los suyos utilizando sus embarcaciones. Hubo épocas en que la tierra quedó sumergida en un radio de varias leguas, sobresaliendo únicamente los más altos cerros en forma de islas e islotes, adonde se agolpaban los animales salvajes acudiendo en negros y enloquecidos rebaños, a los que no era posible acercarse sin estremecerse de espanto, mientras otras multitudes de animales, ya ahogados, se movían en las profundidades, llevados y traídos por el oleaje. Oso Blanco, que se había entregado a la tarea de construir barcas

casi por pura distracción, comenzó a presentir un oculto destino en la empresa por él acometida. Acaso lo que él había producido por puro deporte se convertía en algo Utilísimo al llegar la hora crítica. Al pensarlo, Oso Blanco se sonreía de modo que su rubio semblante se fruncía de arrugas.

¿Acaso el sol no era amigo suyo? ¿Acaso no podía confiar en la tierra? Cuando él careciera de fuego y se encontrara solo, la tierra le había proporcionado fuego. Sol y tierra se habían unido para aniquilar el glaciar y dar fuego a Oso Blanco.

Jamás olvidó Oso Blanco el día aquel en que bajo su campamento se abrieron las rocas en forma de cráter

humeante por el que salió el fuego de las entrañas de la tierra; aquel momento comenzó por un terror indescriptible, para terminar en una alegría delirante. La tierra entera se tambaleó como si estuviera inminente el fin del mundo, truenos poderosos retumbaron en las profundidades; se produjeron choques y sacudidas tan espantosas que hasta dieron con Oso Blanco en tierra, y de los pantanos salieron gritos de terror irreconocibles los gritos de los animales que, completamente enloquecidos, se atropellaban unos a otros sin reparar en si se tropezaba con amigos o enemigos.

Y en medio de aquel paralizador horror de la muerte observa Oso Blanco que de aquella grieta abierta en la tierra

sale un remolino de llamas. Oso Blanco se levanta, prorrumpiendo en carcajadas como un demente. Comprende de pronto la broma colosal que le ha jugado la tierra; se acerca vacilante, pues el suelo oscila bajo sus pies como una ola en el mar; cae al suelo, ríe, se levanta, de nuevo y finalmente iza el fuego en sus manos. El corazón se le quiere saltar del pecho en un impulso de felicidad y gratitud.

¡Al fin tiene ya el fuego! Lanzando aullidos de desenfrenada alegría corre a su casa a encontrarse con Primavera. Él blande la rama ardiendo sobre la cabeza de ella al tiempo que grita: “¡Fuego! ¡Fuego!” La tierra ha dado el fuego a Oso Blanco, ¡Qué buena es la tierra!

Aquel día en que ardió en su casa la primera pira de leña, Oso Blanco salió al campo y alzó llorando sus ojos a las nubes que le enviaban su lluvia cálida. Lluvia y lágrimas le corrían por la barba mientras él, avasallado por un impuso de gratitud, alzó los ojos mirando al cielo inundado de sol.

Muchos años habían transcurrido desde entonces. Oso Blanco tenía ya hijos adultos, a quienes solía contar la historia de su amistad con la tierra y el sol. En todas las primaveras encendía una gran hoguera para celebrar la rica y pródiga liberalidad de la tierra. Llevaba un becerro al sacrificio; mientras el cielo aceptaba propicio el homenaje del

humo, Oso Blanco y sus hijos se regalaban opíparamente, injiriendo grandes cantidades d carne fresca asada. Cantaba el cuco, y el cielo nórdico comenzaba a lucir de noche con el sol que no se apaga; la hoguera encendida de Oso Blanco. Era en la época en que Oso Blanco encendía su hoguera de regocijo para celebrar la primera llama que la tierra le había regalado. Más tardé los hijos de Oso Blanco siempre encendían sus hogueras en aquélla misma época, aun mucho después de haberse separado unos de otros, distanciándose tanto que cada uno no veía ya el resplandor de las hogueras de los demás.

Y desde entonces subsiste en el

Norte esta costumbre.

Primavera, que no estaba en el secreto de los proyectos que abrigaban Oso Blanco y sus hijos—hombres que para ella eran genios—, se acercaba sigilosamente a la tierra para agradecerle el precioso fuego que ahora ardía en su hogar; cuando nadie lo sospechaba, salía de casa y, a la vez que contemplaba la claridad de la noche, la tranquilidad con qué dormía el sol detrás del glaciar lejano, que ya no la amenazaba a ella y a los suyos, ofrendaba a la tierra una escudilla de granos escogidos de cebada, que el año anterior había recogido espiga a espiga, quitándole pacientemente el cascabillo con sus dedos. Ella no conocía ninguna

dádiva mejor; ya que la tierra les había dado el fuego para cocer el pan, merecía también una ofrenda de gratitud. Esta ofrenda era tan diminuta que nadie podía verla. Pero — pensaba ella — la tierra no debía pasar toda la noche, larga y clara, sin recibir su don. Primavera esparcía sobre la tierra dormida los granos de cebada, un poco ruborizada como una niña, y luego volvía calladito a su hogar.

Durante el verano: brotaba la cebada, convirtiéndose en un hermoso sembrado, fenómeno que Primavera interpretaba en el sentido de que la tierra había aceptado secretamente su ofrenda; la mujer estaba encendida de gratitud, como si comprendiera que, en

respuesta, la tierra le devolvía silenciosamente y con creces el grano ofrendado. Primavera se imaginaba el campo sembrado como un grande y desinteresado requerimiento de amores, que ella acogía con una humilde inclinación ante la tierra sobre la que asentaba su planta. Casi se desmayaba de emoción ante esta merced de la tierra. Como una madre, como una niña, aceptaba lo que le ofrecía la gran Generosa. Al sol del estío ve ondular el primer campo dorado; es un pacto secreto, una hermosa e inocente cita de amor entre la tierra ubérrima y el mudo corazón infantil de Primavera.

La primavera del siguiente año salió ella a entregar a la tierra la

ofrenda de su grano mientras los hombres se recreaban con sus hogueras de regocijo encendidas en lo alto de las colinas del Norte y saludaban al sol. Al llegar el verano, los campos por ella sembrados fueron todavía más extensos. En el otoño no recogió todo lo que había sembrado. Dejó una pieza de terreno sin segar, reservándola para la generosa tierra, que bien lo merecía. A partir de entonces ella supo organizar, con sagacidad y astucia, su sistema de ofrendas de acuerdo con lo que deseaba que la tierra le diera, pues era una mujer eminentemente práctica.

Sembraba granos de linaza, por no ser comestibles, y luego recogía fibras para su rueca. Sembraba semillas de

nabos también. En cuanto a sus coles, dejaba las raíces y tomaba sólo las hojas. Hiciera ella lo que hiciera, observaba que la tierra cumplía silenciosamente su pacto y que el sol y la lluvia hacían fructificar el trabajo que las dos realizaban conjuntamente.

Tal fué el origen de la agricultura iniciada por Primavera. Su pacto con la tierra y los animales domésticos le había alegrado la vida en que le habían nacido los hijos y donde ella los había visto crecer, mientras Oso Blanco hablaba a diario de levantar su tienda para reanudar la marcha. Pero mientras permanecieron en sus lares, Primavera había ido viviendo sencillamente al día, fundando para sus hijos un hogar.

Su bondad quedó en la memoria de todos. Tenía tan buen corazón, que se le saltaban las lágrimas cuando veía a los pájaros llevar a sus nidos pajitas en el pico. Tan dulce era de carácter, que aquellos hombres duros que eran sus hijos, precisamente por amor a ella, nunca mataban un animal, a menos que lo necesitaran para comer.

Hasta en los siglos posteriores el recuerdo de Primavera estuvo asociado a los terneros y a los corderos blancos que, en los comienzos del año, yacían recién nacidos y temblorosos en el suelo junto a sus madres. Y toda la época del año llamada primavera tomó su nombre del nombre de ella y en su nombre fué bendita.

Pero llegó, por fin, el día en que Primavera hubo de abandonar su hogar y pasar un mundo de dolores y angustias antes de que le fuera dado poseer un nuevo hogar. En uno de los años el deshielo fué tan brusco y violento, que arrancó a toda la familia de sus lares para lanzarlos, desprevenidos, al mar. El fenómeno comenzó con un deshielo inusitadamente prematuro, acompañado de una riada procedente de las montañas y originada por la fusión de la nieve. Ríos y arroyos se desbordaron aun antes de que se produjera la irrupción del hielo propiamente dicha. Fragmentos del glaciar vinieron flotando con tal rapidez que apenas tuvieron tiempo de derretirse durante su marcha. Por la gran cantidad

de animales muertos que venían flotando con las aguas de ríos y torrentes, coligió Oso Blanco lo difícil que se había puesto la situación allá en la zona montañosa. El agua llegaba al cuello a todos los seres vivientes. Con la prematura riada primaveral venían también cadáveres humanos; Oso Blanco los reconoció y empezó a temer por la suerte de la gente que vivía en el glaciar.

Un día vio un cadáver flotando sobre el agua con el vientre hinchado. Sobre él venía posado un cuervo, picoteando la piel para extraerle la carne. Oso Blanco se dirigió en su barca al lugar donde aparecía el muerto y vio que era el viejo Ildgrim. Desde aquel día Oso Blanco amó a los cuervos.

Pero ahora otras cosas ocupaban más su pensamiento que sus enemigos de ayer. Se produjeron terremotos y marchas vivas; aquéllos, acompañados de truenos y salida de llamas por los cráteres abiertos, haciendo rodar verdaderas montañas; y éstas, rápidas, silenciosas, extendieron sus brazos estranguladores. Allá en la lejanía del Norte, en dirección al glaciar y a las montañas, vió Oso Blanco subir al espacio una columna de fuego de inmensa altura mezclada con colosales bloques de hielo y rocas enteras que salían disparadas, soltando llamas y relámpagos, para caer otra vez en forma de lluvia. A continuación subió, girando, una nube de vapor de color ocre, que en

un instante llenó casi toda la extensión del cielo visible. Luego sobrevino la oscuridad, seguida de un huracán, y del cielo se precipitó una lluvia torrencial de lodo. El resplandor del fuego surcaba aquel mundo crepuscular.

Y de las montañas se alzó un sordo mugir de truenos que se propagó hasta la costa, yendo a chocar con el formidable trueno del mar. Era el líquido alud que bajaba rodando desde el glaciar a consecuencia de la brusca fusión de éste. Venía formando torrentes desbocados de leguas de anchura, a cuya cabeza figuraba un crujiente restallar de agua congelada que llegó hasta el mar, donde las olas gigantescas se encresparon y alzaron para recibirla.

La costa y los arrecifes desaparecieron en aquella lucha coronada de espuma.

Y cuando el alud amainó y todo volvió a quedarse sereno y tranquilo, la llanura entera pareció agrandarse al quedar sumergida bajo las aguas, formando un lago que se confundía con el mar. Lentamente se elevaba y hundía el espejo de las aguas, meciendo en su negro e infinito regazo todas las estrellas de la noche.

Aquí y allá flotaban en calma, formando grandes islas flotantes, rebaños de animales ahogados, bosques de toros, patas y cuernos iluminados por la luna.

Hacía ya tiempo que Oso Blanco y

los suyos moraban en el mar abierto. Cuando Oso Blanco advirtió que el glaciar y la tierra empezaban a reñir una batalla y que sobre la tierra seca no quedaba ningún lugar a salvo, terminó de construir sus balsas y barcas y llevó a bordo víveres y fuego y se embarcó con toda su familia. Para Primavera este momento fué como un trance de muerte. Pero las montañas ardiendo y la lluvia de fuego la convencieron de la necesidad de surcar las aguas. Ya estaban muy internados en el mar cuando la inundación bajó de las montañas; las olas llegaron a ellos muy amortiguadas, sin el menor peligro de volcar las embarcaciones. Cuando se hizo la calma completa, la pequeña flota se quedó

parada, meciéndose bajo el adormecedor aliento del mar. Oso Blanco y sus hijos estaban sentados en sus embarcaciones, sin esperanza, mudos como las constelaciones que rielaban sobre sus cabezas y destellaban reflejadas en las aguas del mar. Monstruos marinos emergían de las relampagueantes rompientes que se producían entre los *icebergs* y volvían a sumergirse, relucientes sus aletas dorsales a la luz de la luna.

Y vino la, mañana. Rojo y omnipotente se alzó el sol por Oriente. Una fresca brisa soplaba sobre el mar, saliendo al encuentro del sol. Oso Blanco y sus hijos desplegaron las pieles al viento, y las barcas empezaron

a navegar.

Cuando ya estaban en alta mar vieron que la parte interior de la tierra que ellos habían abandonado se iba alzando. Allí quedaban las montañas del Norte brillando, desnudas, con todos los colores, como en el alba de los siglos. El glaciar se había volcado en el mar. Irguiéndose altísima sobre la tierra, se dibujó una montaña de cima redonda, de la que se elevaba, tranquila, una esbelta columna de humo. Oso Blanco comprendió que había retornado la paz al mundo. El sol había vencido y había aceptado el sacrificio de la tierra. El viento arrastró las embarcaciones lejos del Continente, hacia el Este, hasta que en todas direcciones no se veía más que

la alborotada planicie del mar. Los navegantes creyeron que iban a morir sin remedio. Al décimo día, cuando todos yacían en el suelo extenuados, apareció tierra por el Oriente. Oso Blanco comprendió que estaban salvados, y así, llamó a aquel país Livland (Livonia), que significaba “el país de la vida”.

En aquella tierra se establecieron. Oso Blanco encendió una hoguera con el fuego de Primavera, y bajo el vuelo rumoroso de una bandada de pájaros que, procedentes del Sur, cruzaban hacia los mares del Norte, tomó posesión de aquella tierra.

También aquí luchaban el sol, el agua y las nubes; la tierra yacía desnuda, recién salida del baño, exhalando

vapores, ya llena de luz, ya sombreada por las nubes fugaces, con las que ahora jugaba el sol. Al fin triunfó la primavera. El arco iris tendió su diáfano puente sobre la tierra verde, como símbolo de que aquí también el hombre se encontraba como en su propio hogar.

Y Oso Blanco, mirando en torno, descubrió abedules y madera de construcción abundante y de buena calidad para sus naves. “Aquí — pensó — se podrán construir embarcaciones de velocidad vertiginosa con las que podré recorrer el mundo. ¡Aquí me quedaré para siempre!”

EL COLONO

EN LIVONIA se encontró Oso Blanco con la población primitiva. Ni en sueños se había imaginado que estos pequeños salvajes cubiertos de costras, que andaban agachados entre los matorrales como sabandijas, pudieran ser aquellos hermosos hombres desnudos que él había pensado encontrar en las selvas del Sur. Descendían en línea directa de aquel pueblo que un día había expulsado a Dreng, dejándolo a merced del invierno.

Largo tiempo transcurrió antes de que Oso Blanco hubiera conseguido tranquilizar a los asustados indígenas,

hasta que al fin pudo verlos de cerca. Al principio se escondían como zorros, en la maleza, emprendiendo la huida apenas él hacia ademán de acercárseles. Solían escabullirse a gatas, para que nadie pudiera verlos; al arrastrarse así por la hierba llevaban como único abrigo unas pieles tiesas que les cubrían los lomos; solían volver su rostro hacia atrás, enseñar los dientes y reanudar la marcha. Cuando se habían alejado mucho se ponían en pie y echaban a correr en línea recta hasta que se creían a salvo. Oso Blanco les impuso el nombre de *tejones* por las huellas que dejaban al anclar.

Observó que miraban con espanto y con el más profundo respeto a él y a sus

hijos, de elevada talla, considerándolos casi como seres sobrenaturales. ¿Cómo iban a comprender a aquellos gigantes de cabellos rubios y ojos azules que habían venido cruzando los océanos en navíos, cosas éstas de las que ellos no tenían la menor idea? Para persuadirlos a que se acercaran, Oso Blanco se vió precisado a darles infinitas señales de amistad, llevando en la mano ramitas verdes en vez de armas, y, aun así, se acercaban arrastrándose de bruces, lloriqueando como perrillos.

Primavera, la dulce, se ponía en cuclillas ante ellos, atrayendo a sus hijos con tortas de cebada, que mostraba en su regazo.

Poco a poco se fué produciendo un

acercamiento; pero aun después de convencerse de que aquellos seres tan altos y blancos no tenían intención de comérselos, los *tejones* continuaron acercándose a ellos a rastras, como si ellos fueran seres sobrenaturales. Por esta razón Oso Blanco no tropezó con resistencia en el país cuando fué a fijar allí su residencia.

El país abundaba en bosques de altos abetos y abedules y estaba lleno de caza. En el interior se extendían estepas inmensas en las que pastaban rebaños de caballos salvajes y de ovejas. Por primera vez vió allí Oso Blanco al caballo salvaje. Habían abandonado la Península Escandinava mucho antes de la época en que nació Oso Blanco.

Oso Blanco se prometió grandes cosas de su trato con los caballos salvajes. Eran animales hermosos, con listas negras apenas perceptibles en sus flancos, de color gris amarillento y grandes orejas movibles. Eran muy curiosos y valientes, traviesos y juguetones, y siempre estaban preparados para lanzarse súbitamente a un alegre galope sobre la estepa. Los muchachos de Oso Blanco no pensaban en otra cosa que en aquellos animales veloces; con un trozo de pan en una mano y una correa enrollada en la otra, trataban de aproximarse a ellos; los caballos se ponían a olfatear, curiosos; danzaban, sin moverse del sitio, con elásticos movimientos y dando muestras

de un prodigioso apetito; pero al aproximarse los muchachos arrancaban a todo galope. Tenían un relincho fogoso, sobre todo los machos jóvenes, y sacudían con denuedo sus crines, mostrando una blanca media luna en los ojos. Los muchachos los llamaban con los diminutivos más cariñosos, y los caballos inclinaban la cabeza, contestando con alegres resoplidos; pero, por si acaso, no les dejaban acercarse demasiado.

Los indígenas sólo sabían matar caballos, no domesticarlos. En general se mostraban crueles con los animales, cosa que a Oso Blanco le parecía extraña e indignante. No se contentaban con matarlos en sus cacerías, sino que

llegaron a martirizarlos a sangre fría por pura diversión.

Muy variada y diversa fué la suerte del pueblo primitivo desde que el viejo Dreng se separó de ellos en la tierra perdida. La mayoría de ellos, indudablemente, se habían dirigido en línea recta hacia el Sur, extendiéndose por las lejanas tierras tropicales, donde jamás se tuvo noticia de ellos hasta que, después de una era del mundo casi completa, un descendiente de Dreng — Colón — encontró una rama de la familia en las islas de las Indias Occidentales.

Pero en la época en que Oso Blanco vivió todavía no habían llegado más allá del sur de Europa y empezaban

a hacer excursiones esporádicas a África y a Asia. Todavía seguían existiendo puestos avanzados nórdicos, que soportaban mejor el frío que los demás, y cuando la temperatura era más benigna, muchos volvían a emigrar hacia el Norte sobre las antiguas huellas, persiguiendo la caza, en movimientos de avance y retirada, como el de las olas del mar, de acuerdo con las estaciones del año. Cuando la población primitiva emigró de Escandinavia, esta tierra estaba sólidamente unida al resto de Europa. Más tarde se formaron en medio estrechos navegables, por los que entonces no podían pasar las gentes. Por eso se desviaron, siguiendo a lo largo de las provincias bálticas, y de allí se

fueron propagando, al mismo tiempo, muy adentro de Rusia. Fué aquí precisamente donde Oso Blanco se encontró con los *tejones*.

Al principio no se entendían unos a otros. Cada uno de los grupos creía que el otro no tenía habla, sino que emitía un mero sonido sin sentido; pero pronto aprendieron a inferir el significado de aquellos sonidos, y esta diferencia de lenguaje les dió la primera base para formar conceptos que más tarde adoptaron una fórmula permanente. Este aprendizaje no duró mucho tiempo; Oso Blanco encontró en aquel lenguaje de los *tejones*, totalmente extraño y desconocido en apariencia, palabras que le resultaban conocidas y que en tiempos

remotos debían de haber sonado igual en los dos idiomas. Los *tejones* sabían recitar poemas y relatar sagas antiquísimas; poseían, entre otras cosas, la tradición nebulosa de la historia de un hombre que había matado a golpes a su hermano y que había sido deportado a un país desierto. Oso Blanco escuchó con gran interés el relato de aquel trágico suceso y obsequió al narrador con un trozo de pan.

Los hombres primitivos que habitaban en el Norte ya eran muy distintos de aquellos de los que se había separado Dreng. El destierro y las calamidades los habían hecho peores; eran más difíciles de contentar y se envidiaban unos a otros más que en

tiempos antiguos. En ellos ya nada quedaba de aquella despreocupación y vida muelle de que habían gozado sus antepasados. Ya no se columpiaban en la copa de un árbol con una manzana en la mano ni sacudían por pasatiempo los árboles, haciendo caer sus frutas por el suelo. Se abrigaban la espalda contra el invierno, del que habían estado huyendo constantemente. No sabían vestirse debidamente, limitándose a echarse encima cualquier piel de oveja que les abrigaba los lomos contra la intemperie durante el mal tiempo. No sabían adobar las pieles, que eran tiesas y duras. Las utilizaban como defensa y protección en sus cacerías y en todo el tiempo; dormían con ellas encima, y detrás de

ellas se ocultaban en los momentos de peligro. No construían casas, sino que dormían en míseros agujeros practicados en el suelo, o dentro de un matorral. Al llegar el primer anuncio del invierno salían hacia el Sur, en densas cuadrillas, como bandadas de aves de paso, y no volvían a aparecer hasta la próxima primavera. Pero siempre habían tenido fuego. Lo llevaban en yescas encendidas, metidas en un cesto, lo mismo que en los tiempos primitivos. Pero no habían avanzado más en cuanto a la utilización del fuego. No fabricaban vasijas de barro, no tenían la menor idea de la fabricación del pan ni sospechaban siquiera la existencia del grano, a pesar de estar metidos hasta el cuello entre los

cereales y estar llena de cebadilla toda aquella tierra. No había que pensar siquiera en que ellos fueran capaces de cultivar cereales. Nada sabían de cuanto se relacionaba con la construcción de barcos. En cambio, sabían nadar; el agua era para ellos un obstáculo más fácil de vencer que para Oso Blanco. No utilizaban la jabalina; se limitaban a tallar hojas de sílex.

Pero los *tejones* tenían, en cambio, un utensilio que era algo completamente nuevo para Oso Blanco. Sabían hacer volar a gran distancia, y en una dirección calculada con exactitud, una caña provista de pedernal en la punta, valiéndose de un instrumento constituido por cuerno de antílope, cuyas puntas

estaban unidas por una cuerda hecha de tendones que las mantenía en tensión. Era el arco. ¿Cómo habían conseguido inventarlo? Ni ellos mismos sabían explicarlo. Se limitaban a hacer, con una visa sarcástica, demostraciones prácticas de su arte de atrapar serpientes venenosas y hundir en su cabeza la punta de la flecha piara que la acción de ésta fuera más mortífera. Oso Blanco se quedó horrorizado cuando por vez primera vió caer un caballo salvaje bajo el impacto de semejante flecha y morir entre violentas convulsiones, a pesar de que su herida apenas era más que un rasguño. Aquello era una repugnante arte de magia. Por su parte, Oso Blanco no aprendió a servirse del arco. Pero los

muchachos no apartaban su vista de él y no tardaron en hacer arcos similares, pero de madera de fresno. La utilización del veneno no les interesaba; ellos no cazaban por el sistema de emboscadas; eran fuertes y con el tiempo llegaron a ser tan diestros que desde una regular distancia podían traspasar de parte a parte un bisonte con su flecha. Además de utilizarlo para la caza, los *tejones* destinaban el arco a otros usos, sentándose en el suelo y haciendo un poco de música. Con sus dedos hacían vibrar la cuerda tensa; el instrumento emitía un sonido que halagaba el oído. Aquella música evocaba la voz del viento en bosques lejanos.

Los *tejones* eran apasionadamente

aficionados a tocar este instrumento musical. Uno de ellos rozaba con sus dedos el arco, cuyo sonido quedaba reforzado por la oquedad del cráneo donde estaban insertados los cuernos; otro golpeaba con un garrote en un árbol hueco; un tercero soplaba dentro de un hueso mirando al cielo, mientras que un grupo numeroso de espectadores hacía corro alrededor de los músicos, lanzando a coro apasionados gemidos: este espectáculo era verdaderamente capaz de producir la más profunda impresión a las personas que contemplaban a aquellos músicos de movimientos contorsionados. En aquella agradable mescolanza había como un encanto mágico que infundía en los

hombres y hasta en los mismos animales una profunda nostalgia y arrancaba lágrimas; era como el sonido de la selva que despertaba los adormecidos recuerdos de un paraíso perdido.

En un principio, los *tejones* habían utilizado, en realidad, la música de reclamo para el servicio exclusivo de la caza, a fin de cautivar la atención, de los venados. Cuando se aproximaba el caballo salvaje meneando la cabeza, erguidas las grandes y agudas orejas para escuchar los encantadores sonidos que el viento parecía traer de lejanas praderas encantadas, salía del arco la envenenada saeta que inoculaba el veneno de la muerte. Era un arte lucrativo. Todo el espíritu del hombre

primitivo estaba puesto en este instrumento, que era a un tiempo áspid y arpa.

Merced al largo ejercicio, la destreza de los *tejones* llegó a ser tal que finalmente empezaron a cultivar aquella música como un arte puro, prescindiendo de su utilidad para la caza. Multiplicaron el número de las cuerdas del arco, las cuales eran de diversas especies y de distinta intensidad, e hicieron más grave el sonido arrancando los cuernos del cráneo vacío para insertarlos en la concha de una tortuga, que daba a la música una mayor sonoridad. Practicaron perforaciones en las zamponas de hueso, aumentando así el

número de sonidos; cortaron de raíz el árbol hueco para que fuera transportable, y aprendieron a lamentarse a la medida de cierto compás que convertía la expresión de sus lamentos nostálgicos en un arte. Verdaderamente eran maestros en el arte de la música.

Oso Blanco y su familia no tenían dotes naturales en este aspecto; pero eran muy sensibles a la música y escuchaban con una honda y muda emoción cuando los *tejones* los obsequiaban con una pieza musical, exhalando profundos suspiros y poniéndose alternativamente encendidos y pálidos bajo el influjo de las impresiones que embargaban su espíritu;

la música los amansaba; quedaban clavados como estatuas, totalmente arrobados por el mágico reclamo que los elevaba sobre el mundo de la realidad. Cuando así estaban escuchando arrobados, se acordaban de los hermosos caballos salvajes, a los que la música amansaba y hechizaba. Fué la música de los *tejones* la que conquistó para Oso Blanco las simpatías de aquéllos, siendo el aglutinante que estrechó su trato y amistad con ellos.

En otros aspectos, Oso Blanco no aprendió gran cosa de los habitantes del Este. Al contrario, los *tejones* demostraban poseer asombrosas dotes mímicas; gracias a su capacidad de imitación aprendieron en un santiamén a

vestirse, a cocinar, a andar en trineo, a navegar por el mar, a hacer todo lo que hacía Oso Blanco. Con tal perfección lograron asimilárselo todo, que casi llegaron a persuadirse a sí mismos de que hacía ya muchísimo tiempo que conocían aquellas cosas, que ellos llegaron a considerar como simplezas. A punto estuvieron de reírse del hombre a quien llamaban Barba de Fuego, que se jactaba de ser el inventor de aquellas cosas tan sendas. Decían, incluso, que era una suerte que ellos no hubieran inventado ninguna de ellas. Sin embargo, jamás progresaron con las cosas nuevas que habían aprendido, hasta que se fijaron en la manera de trabajar de Oso Blanco.

Bajo las pecosas manos de Oso Blanco se multiplicaban las herramientas y la madera. Observaban cómo las cosas que Oso Blanco tocaba no permanecían en el mismo estado que tenían antes, sino que adoptaban una nueva forma más perfecta cuando su centelleante mirada se había posado sobre ellas. De sus manos no salía ninguna barca ni ningún trineo que fuese igual a los precedentes. En cambio, todos los esfuerzos que hacían los *tejones* para crear algo nuevo iban encaminados a hacerlo todo exactamente en su forma antigua y conocida, y en esto sí se distinguieron, pues llegaron a lo máximo a que puede llegarse en cuanto a imitar... cosas sencillas.

Ellos, a su vez, propagaron los nuevos conocimientos a las tribus primitivas distantes, que los aceptaron de buena gana; pero en la mayoría de los casos éstas se quedaron estacionadas en un grado u otro de la evolución progresiva a la vez que se fueron alejando de la fuente.

De todos modos, Oso Blanco y los *tejones* se entendían muy bien. Cada cual se aferraba a sus usos, los cuales eran bastante dispares. Así, por ejemplo, los *tejones* todavía seguían quemando a sus muertos, práctica que ahora ya no era más que simbólica, pues procedía de la edad remota en la que ellos asaban y comían carne humana. Para conmemorar, por decirlo así, la

primitiva costumbre, la familia seguía aún comiendo un trocito de carne del muerto junto a la hoguera, con el simple fin de honrar al difunto. Pero cuando hubieron aprendido de Oso Blanco a utilizar el grano, comenzaron a modelar pasteles en forma de pequeñas imágenes del difunto, que luego comían junto a la hoguera. Y esta costumbre subsistió posteriormente.

A Oso Blanco no le enojaba la cremación de cadáveres, aunque le repugnaba el olor. Él estaba acostumbrado a los usos y costumbres del glaciar, que eran bien diferentes por cierto, pero no pretendía tampoco que todos los humanos fueran iguales. La población del glaciar no creía en la

muerte. Desde que el padre común bajó a su morada subterránea, de la que nadie le vió salir jamás, a todos los que morían de vejez o enfermedad se les solía dejar en las cavernas que ellos habían habitado en vida, depositar a su lado provisiones para el viaje desconocido y cerrar luego la sepultura con tierra. A ellos no les incumbía decidir la cuestión de si los enterrados seguían viviendo o no después de aquella inhumación; por si acaso, les daban todas las oportunidades de que eran capaces.

También en lo que se refiere a la vida cotidiana las costumbres de los *tejones* diferían grandemente de las de Oso Blanco. Las mujeres llevaban una

vida francamente digna de lástima. La fornicación desenfrenada estaba a la orden del día como la cosa más natural del mundo. El latrocinio era la única forma del derecho legítimo que conocían los *tejones*. Eran tan cobardes, que inspiraban repugnancia; pero desde cierta distancia se mostraban extremadamente valientes y atrevidos. No respetaban la autoridad; echaban a correr a la vista de un pequeño animalito; pero no callaban cuando la Naturaleza hablaba. En la obscuridad alborotaban como una manada de lobos; siempre había trifulcas entre ellos; constantemente se estaban provocando unos a otros como miserables pobretes que eran, pero sin jamás descargar el

golpe.

Entre Oso Blanco y los *tejones* se fué produciendo espontáneamente cierto distanciamiento. Mientras él se quedó en la ribera del mar ocupándose en construir nuevos barcos de grandes dimensiones, los *tejones* iban y venían en sus correrías, cruzando siempre las mismas regiones: hacia el Sur cuando hacía frío, y otra vez hacia el Norte cuando venía la primavera. Cuando ellos reaparecían después de sus incursiones, Oso Blanco los recibía con afabilidad, pero no se produjeron relaciones más íntimas entre ellos. En todas las primaveras, época en que Oso Blanco encendía su hoguera y se disponía a celebrar el sacrificio

solemne anual, durante el cual sacrificaba ya con el mayor placer el caballo salvaje, de carne muy sabrosa, los *tejones* solían presentarse para tomar parte en el festín como viejos conocidos y camaradas, y siempre sabían relatar algún acontecimiento que les había ocurrido en sus correrías. Paulatinamente el sacrificio se fué convirtiendo en una gran fiesta, seguida de veladas musicales y operaciones comerciales de cambio. Los *tejones* solían traer con frecuencia cosas que Oso Blanco deseaba poseer, y él, a su vez, poseía tesoros por los que suspiraban los *tajones*.

Un año, uno de aquellos nómadas se presentó con un hacha de una hechura

tan notable, que Oso Blanco la cambió por otra cosa y se puso a estudiarla minuciosamente. Era hermosa, de un color rojo y brillante, tan brillante y pulimentada que se podía ver el rostro reflejado en ella, como en el agua. Lo sorprendente era que no se podía tratar como ningún otro instrumento de piedra; no se desmenuzaba ni saltaba en astillas al descargar golpes sobre ella. Por el contrario, se la podía aplanar a fuerza de golpes hasta calentarla, y luego se la podía martillar para darle otra forma. La materia de que estaba hecha era tenaz, pero no muy dura. Estaba desprovista de todo olor y sabor y era muy pesada. Aquella sustancia era el cobre. De momento Oso Blanco apenas

sabía qué hacer ni qué destino dar al nuevo material, si bien tuvo que pagarlo a un precio muy alto, pues Primavera lo deseaba ardientemente para colgárselo del cuello. No parecía que fuera muy útil para hacer herramientas, ya que estaba muy lejos de tener la dureza necesaria. Para este propósito resultaba bastante mejor el pedernal. Oso Blanco poseía cierto número de afilados escoplos y hachas que ningún otro material podía reemplazar: penetraban profundamente la madera y resistían la mayor fuerza que se pudiera imprimir al golpe.

Pero poco a poco Oso Blanco fué conociendo más a fondo las propiedades del cobre, observando que éstas no eran

nada despreciables. Cuando se puso a elaborarlo para convertirlo en dijes y alhajas, observó que se fundía en el fuego. Con los martillazos *se* calentaba y, al mismo tiempo, se hacía más blando; luego probó a recalentarlo al fuego y de pronto vió como una serpiente roja que corría a través de las brasas... Apenas podía creer a sus ojos. Más tarde lo encontró ya frío, formando una masa compacta entre las cenizas, y repitió la operación desde el principio. Este metal llegó a prestarle con el tiempo numerosos servicios. Los *tejones* declaraban haberlo recibido de tribus con las que se encontraron en regiones muy lejanas del Sur y del Este; pero no sabían cuáles eran las propiedades que

lo distinguían de la piedra. Siempre lo traían ya forjado y convertido en pequeñas hachas o bien en forma de barritas atravesadas en la ternilla de la nariz. Más tarde compró Oso Blanco pequeñas piezas de un metal parecido que los *tejones* habían traído de sus viajes. Era más amarillo y más blando, por lo cual sólo se podía destinar a la elaboración de perlas o pendientes para las mujeres. Oso Blanco llegó a conocer, asimismo, un metal de color blanco y muchas otras cosas que los *tejones* traían consigo, como conchas, piedras preciosas y cosas parecidas.

El trato mutuo fué perdiendo el sello de la novedad. Los *tejones* sabían perfectamente que los hombres blancos

no eran más sobrenaturales que ellos. Un año, una de las tribus se quedó en el Norte durante un invierno entero, consiguiendo arreglárselas muy bien. Habían aprendido a construir casas y a curtir pieles. Desde entonces se fijaron allí e intentaron rivalizar con la familia de Oso Blanco. Demostraron una notable perseverancia en su afán de observar el proceder de Oso Blanco e imitar lo que él hacía. Poco a poco fueron adquiriendo una típica mirada estrábica a fuerza de fijar sus ojos furtivamente en el trabajo de Oso Blanco.

Oso Blanco los dejaba hacer. Se alimentaban de la pesca después que hubieron aprendido a sacar provecho

del mar. Pero no construyeron naves, sino que prefirieron imitar las embarcaciones huecas cuyo modelo les había facilitado Oso Blanco. Disponía de árboles suficientes. De este modo, sin gran esfuerzo, pudieron, valiéndose del fuego, vaciar el tronco dándole la forma de artesa, lo cual bastaba para atender las necesidades de los *tejones*. Ahora ya no miraban con aquella boba admiración primera la grande y artística embarcación que Oso Blanco estaba construyendo a orillas del mar; más bien les producía una especie de enfermedad que los devoraba interiormente y para la cual sólo había una medicina...

Fué creciendo la nave de Oso Blanco, y con ella sus proyectos. Tan

grande iba a ser el barco que sería capaz de transportarlo a él y a toda su raza hasta el último confín del mundo. ¡Hasta la tierra perdida! Se le iba la cabeza presa del vértigo mientras trabajaba. Corría de aquí para allí en su entusiasmo febril; le ardía la frente, se le encendían las manos de sangre y sus ojos echaban chispas mientras su cerebro creaba. ¡Demostraba tal prudencia, tal agilidad de dedos, tan penetrante perspicacia mientras aplicaba su herramienta al trabajo! Cortaba los árboles de un solo tajo, se lanzaba sobre ellos como un toro apenas concebía la idea de lo que iba a hacer. Durante el trabajo, lanzaba, con aire de triunfo, gritos de júbilo cuando brillaba el sol,

convertido él mismo en un pequeño sol nimbado de las llamas de su cabeza y barba roja; había momentos en que, furioso de impaciencia, rompía en pedazos toda su obra con su gran martillo, cosa que ocurría siempre al enfadarse con alguna cosa que no quería someterse a sus planes. Al día siguiente volvía a levantarse radiante, entraba en su taller, se hurgaba la rubia cabellera con los dedos y comenzaba de nuevo desde el principio. Sus hijos le ayudaban en todo.

La embarcación que estaba construyendo fué la primera dotada de quilla. Había forjado anclas y clavos de cobre para sujetar y unir las cuadernas, y como el barco había de tener tales

dimensiones que ni él ni sus hijos ni ningún poder humano podría moverlo, él, aleccionado por anteriores experiencias, había empezado por colocar la quilla sobre troncos cilíndricos, para que sobre ellos rodara el barco hasta el agua, una vez terminado.

Oso Blanco puso a contribución toda su destreza e ingenio en la construcción del espolón, dándole la forma de la cabeza de un monstruo con unas enormes fauces abiertas.

No era fácil adivinar, qué representaba aquella figura; el mismo Oso Blanco no estaba muy seguro de su significado. Pero aquel hombre, por cuya sangre corrían los espectros de

ciegos recuerdos heredados de sus antepasados, que un día habían visto la horripilante serpiente marina que ahora dormía eternamente en el fondo del mar, se figuraba que, de este modo, su mano podía crear y asir aquel fantasma imposible, dando así expresión plena a sus pensamientos. Esta cabeza monstruosa era capaz — y eso era lo que él pretendía — de espantar las mismas ballenas. Mientras estaba construyendo el barco, aquella figura monstruosa parecía estar como oteando la lejanía y simbolizar la nostalgia de aquella tierra que bajo su signo saldría a buscar Oso Blanco.

Entretanto, y antes de que el barco estuviera terminado, Oso Blanco, como

un vidente de intuición fulminante, había descubierto otra posibilidad de llegar a la ansiada meta. Esta posibilidad era la estepa, el dilatado panorama del Este, al que no se le encontraban límites por más que uno se internara en la región; la infinitud de la tierra, que, al igual que la del mar, le quitaba el sueño. ¿Es que nunca había de poder continuar el viaje? ¿Acaso su frontera infranqueable era este redondo círculo del horizonte por donde salía el sol? ¿Nunca había de ser suyo el mundo por aquel lado? ¿Por qué los caballos salvajes galopaban hacia el Este libremente?

Y entonces Oso Blanco se dedica a capturar y domar caballos y vuelve a utilizar los trineos que antaño se

deslizaban sobre la nieve. Y al llegar el invierno, la expedición pasa silbando por los infinitos campos nevados.

En el corral comenzó a notarse una viva actividad. Se veían nuevas crías de caballos y se oían relinchos y risas y gritos dirigidos a los animales. Primavera presentaba pan a los caballos en la palma de la mano para que los animales, en su voracidad, no le mordieran los dedos; éstos tomaban los mendrugos con sus blandos y móviles morros. Cuando ya no le quedaba nada en la mano, ella les secaba la espuma de las crines y les sonreía, mientras ellos corrían detrás de ella olfateándole las manos. Oso Blanco fabricó con mucha maña un hermoso látigo que hendía el

aire silbando y cuyo golpe picaba la piel como un tábano. Bajo su restallido los caballos bailaban, enhiesta la cabeza.

Oso Blanco y sus hijos corren desbocados sobre la estepa con la velocidad del gamo. Los gallardos caballos salvajes galopaban entusiastas a toda velocidad tirando del trineo, en la creencia de que lograrían soltarse del vehículo y liberarse de su cautiverio. Detrás de ellos va sentado Oso Blanco riéndose a carcajadas, pues lo que él quiere es precisamente esto: que los caballos huyan a toda velocidad. A su lado van sus hijos, que hace ya mucho tiempo que han aprendido a echar una pierna por encima del lomo, del animal, imprimiendo a su carrera la dirección

que ellos querían. Caballo y jinete marchan a pleno galope, como fundidos en una sola pieza.

Pero al llegar el verano, Oso Blanco no sabe qué hacer con el trineo. Y se pone a cavilar...

Medita y medita... De pronto... ¡Ya está! Aquellos largos rodillos sobre los que hace rodar sus barcos al botarlos al mar... ¿No podría sujetar por debajo del trineo un madero cilindrico que se desplazara con el vehículo girando bajo las varas? Ya no le es posible quitarse de la imaginación la idea del rodillo. Y hace un ensayo: rodea con correas los dos extremos de un rodillo macizo y los suspende de la parte inferior del trineo. Pero las correas, demasiado apretadas,

agarrotaban el rodillo, impidiéndole girar. Por fin un día ya ni es preciso que toda la longitud del rodillo toque en el suelo. Oso Blanco lo desbasta dejándole muy delgado en los dos extremos, con lo que consigue que quede bien enganchado; pero su invento no resulta todavía, hasta que, en vez de aplicar correas, abre agujeros en las varas, metiendo por ellos la parte delgada del rodillo. Ahora el trineo ya podía correr de verdad sobre la dura tierra. No obstante, todavía era necesario hacer más grandes los discos de los extremos, sacándolos de un tronco más grueso, y el ir adelgazándolos a hachazos en la parte central llevaba mucho tiempo y trabajo. ¿Por qué no fijar una vara al trineo y

practicar el agujero en los mismos discos de madera?

Estos pensamientos encienden chispas en los cabellos de Oso Blanco, el cual se pone inmediatamente a trabajar. Tras penosos ensayos, que duraron todo un verano y exigieron interminables hachazos, al fin se ve en posesión del primer carro.

Inmediatamente se dispone a enganchar los caballos. Trae un par de ellos, los cuales abren los ojos y pestañean de asombro a la vista de este aparato montado sobre dos ruedas, las cuales habrán de tener una importancia incalculable en el destino del hombre. Los animales lanzan resoplidos y se estremecen mudos. Están dispuestos a

lanzarse a un galope para poder libertarse. Oso Blanco no se opone a ello. Basta que los caballos se estén quietos mientras les pone encima las correas de cuero. Al sonar un restallido de las correas en los ijares de los animales, éstos se someten fácilmente y, al mismo tiempo, se sienten más ansiosos de liberación, que es lo que desea Oso Blanco. Les pone de bocado un cuerno de ciervo para que puedan espumar. Y ahora...

—¡Quitaos de delante, muchachos!

Y Oso Blanco arranca lleno de alegría conduciendo el carro.

Antes de que transcurrieran dos minutos, ya tenía fuego.

Oso Blanco arrancó a gran

velocidad, y al poco rato estaban humeando las ruedas, en cuyo eje ludía una madera contra otra.

Y los caballos, que creían que el incendio de la estepa les venía pisando los talones, se lanzaron a una carrera alocada. De los dos cubos saltaban chorros de humo y comenzaron a salir chispas; un instante después se encendían en llamaradas las ruedas y todo el vehículo quedaba convertido en una espléndida antorcha. Y todos los *tejones* que se habían ido acercando a hurtadillas cayeron postrados en tierra, mesándose los cabellos, con las más profundas muestras de humildad y acatamiento, pidiendo a aquel hombre prodigioso que no los matara.

Pero no tardaron en reponerse de su asombro para casi romper a reír al ver en qué paraba aquella cabalgata: Oso Blanco dió con él cuerpo en tierra; los caballos, que se habían desbocado, arrancaron con mayor celeridad, y Oso Blanco quedó tendido entre los restos de su carro destrozado defendiéndose de las llamas. Se le chamuscaron los cabellos y la barba, y él sufrió también quemaduras, aunque él no las notó ni advirtió siquiera la presencia de los *tejones*, que se le habían acercado y se le reían en las narices. Él mismo se desternillaba de risa, abriendo unos ojos enormes con el susto y la alegría. Y blandió por encima de su cabeza un trozo del carro en llamas, lanzando

aullidos frenéticos de entusiasmo. ¡Fuego! Salió disparado como un rayo en dirección a su taller, para volver a comenzar todo desde el principio. Mientras corre, se queda de pronto callado: su cerebro está de nuevo trabajando.

Detrás de él vienen resonando las estridentes carcajadas de los *tejones*, aquellos hombres encadenados a la tierra, que nada sospechan de los planes de Oso Blanco, en el que no ven más que al hombre derribado y chamuscado.

Y a raíz de entonces se reían de Oso Blanco de un modo cada vez más público y descarado, cuando aquél salía de excursión en su coche, como un loco que anduviera suelto, fingiendo que lo

admiraban, permaneciendo silenciosos y simulando estar pasmados ante las cosas que ideaba y ejecutaba aquel dios del trueno. Y es que cuando Oso Blanco pasaba a toda velocidad, el carro trepidaba con un ruido infernal, pues las ruedas no eran perfectamente redondas. En su primera excursión de prueba, en que se había declarado el fuego en el carro, los *tejones* habían creído de verdad que entre ellos estaba el mismo dios del trueno, y se habían postrado ante él. Era una disparate que le iba a costar caro. En la risa de ellos se ocultaba un malicioso sarcasmo, un odio como el que sólo es capaz de albergar un corazón cobarde. ¡Era preciso tomar venganza de aquellas ínfulas de inventor

genial! Sin embargo, Oso Blanco no advirtió ni el menor indicio de la conspiración que se incubaba en torno suyo. Su carro absorbía todos sus pensamientos. Comenzó inmediatamente la construcción de uno nuevo; para evitar que se incendiara, echaba ahora agua sobre las ruedas. A su lado iba sentado en el carro uno de sus hijos con un puchero entre las manos, mojando incesantemente el eje; este procedimiento lo utilizó muy ventajosamente, hasta que, después de numerosos ensayos, aprendió a lubricar los ejes con grasa y sebo. Igualmente perfeccionó las ruedas. El trozo de un tronco cortado transversalmente en forma de rodaja era de corta duración, y,

además, el cortarlo y labrarlo suponía un trabajo sobrehumano. Así, pues, colocó dos bloques en cruz, en el centro de la cual montó el cubo; alrededor de la periferia curvó una fuerte rama de fresno del grosor de una muñeca y la sujetó con correas de piel de cerdo. Luego protegió estas ataduras contra el desgaste cubriéndolas con un segundo revestimiento de madera de fresno, con lo cual estimó que ya no había más perfeccionamientos que introducir en la rueda. Alargó el cubo para que el agujero no quedara flojo y la rueda no se bamboleara. Además introdujo algunas mejoras en el mismo carro; añadió una lanza para enganchar a los caballos y balancines para los tirantes.

Ya Oso Blanco sabía que para sacar fuego le bastaba emprender su carrera con el carro sin untar. Así, pues, el fuego había venido a poder de Oso Blanco como antaño a las manos de Dreng: a fuerza de trabajo e inventiva.

A partir de entonces, Oso Blanco cultivó la práctica de hacer fuego como un arte puro. Hizo una rueda especial dotada de eje y le imprimió un movimiento inverso, es decir, haciendo girar el eje mientras la rueda permanecía inmóvil. No tardó en saber por experiencia que lo que daba mejor resultado para estos fines era el empleo de un eje de fresno y un cubo de olmo. Esto le puso en posesión de un estupendo encendedor, que le permitía

renovar el fuego cuantas veces quisiera.

Cuando no había de utilizar la rueda para andar en carro suprimía la llanta, dejando solamente los radios dispuestos en cruz y provistos de un garfio en cada extremo, como refuerzo. Este instrumento se convirtió más tarde en un símbolo secreto para todos los miembros de la tribu de Dreng, cuando éstos se hubieron diseminado por toda la tierra: un emblema solar³ al que se le atribuían todos los significados que podía imaginarse. Pero el único secreto de este signo estaba en la perseverancia, en el fuego y, sobre todo, en el trabajo.

Oso Blanco tomó la resolución de partir. El buque estaba casi terminado y había de tener grandes dimensiones. Su

capacidad iba a ser suficiente para alojar el carro y algunos caballos, ya que ellos pensaban andar en vehículo en el país que habían de encontrar después de cruzar el mar.

El barco había de llevar provisiones de granos para largas semanas. La tierra de ultramar se encontraba muy lejos. El propio Oso Blanco ayudó a Primavera en la siembra de cereales. Observó cómo ella, con un trozo de rama, horadaba la tierra para depositar el grano en aquel pequeño hoyo, cruzando rápidamente de un lado a otro el campo de cultivo; poco después daba a la rama una forma especial, unciendo a ella un buey, que le evitaba a Primavera *un buen* desgaste de energías.

¡Una cosecha más y emprenderían el viaje!

LA VOZ DE LA SANGRE

Y llegó la gran primavera de la emigración. Ya estaba terminado el barco con su dragón de proa, de boca enormemente abierta, mirando hambrienta hacia el mar.

Oso Blanco había quemado para aquel año una de sus hogueras de regocijo, y esperaba encenderla en la primavera próxima en nuevas latitudes. Esta vez Primavera entregó su grano a la tierra con grandes suspiros. Sabía que ya nunca recogería la cosecha de aquel grano. Pero a pesar de ello, quiso sembrarlo para que la tierra, que había sido la primera en dar, fuera también la

última en recibir.

Los *tejones*, que habían llegado al mismo tiempo que las aves de paso, fueron espléndidamente obsequiados con carne de caballo y fogatas primaverales. Con motivo de su próximo viaje, Oso Blanco presentó ofrendas al sol, a la luna, al mar, a la tierra y a todas las fuerzas de la Naturaleza. Hubo grandes fiestas en las que los *tejones* obsequiaron a la concurrencia con los más desgarradores conciertos. Con un fiero ruido, como de tormentas procedentes de los cuatro ángulos del mundo, resonó el arpa; los golpes dados al tambor resonaban como si se descargaran en un corazón infinitamente triste; las flautas de hueso gemían. La

Tierra Perdida estaba cerca. Los *tejones* que se habían quedado en la patria tenían muchas novedades que contar a los que regresaban de sus correrías; y así, entre los diferentes números del concurso, juntaron las cabezas para cuchichear incesantemente los unos con los otros. Oso Blanco estaba borracho de música, sin despegar los labios.

Como creyó advertir cierta melancolía en sus huéspedes, decidió hacer una pequeña excursión con su coche nuevo y maravilloso; acaso les serviría de distracción verle enganchar los caballos y oírlo tronar a través de la estepa. Los fulgurantes ojos de Oso Blanco, que antes lo veían todo, no advirtieron cómo los *tejones* encogían el

cuello llenos de un secreto furor. No notó que ellos rechinaban los dientes de rabia al ser testigos de sus habilidades y mañas.

A los *tejones* les repugnaba profundamente contemplar aquella carrera que ellos consideraban bufonesca. Casi resultaba un peligro de muerte el ver girar las ruedas tan vertiginosamente que ya casi ni se sabía que eran ruedas, y oír las rodar con un ruido que desafiaba al trueno y que resultaba intolerable para los que tenían que escucharlo. “¿Es que ya nunca ese hombre—se preguntaban — podrá correr sobre sus dos piernas?”

Y ¿qué nueva hazaña proyectaba realizar aquel hombre?

Pero, vamos, ¿qué se creía ese forastero, atacado de una enfermedad que le había blanqueado el cabello? ¿Qué se creía ese individuo que, incapaz de humillarse como debiera, intentaba con tal descaro deslumbrar al mundo con sus necias invenciones? ¿Es que no podía contentarse con las viejas costumbres y usos? ¿Por qué había de ser él distinto de los demás? Él mismo había demostrado que no aventajaba en nada a los hombres corrientes al mezclarse con ellos como si efectivamente fueran sus iguales.

¡Pues claro! ¡Lo que pasaba era que ellos se estaban dejando explotar! Todo el cobre que él había utilizado para la construcción de su barco, y luego para

calzar las ruedas de su carro maldito, ellos lo habían llevado espetado en la nariz o colgado del cuello; con su propio sudor le habían dado color verde, y a ellos les pertenecía en justicia. Y ¿qué era lo que había dicho últimamente?...

Oso Blanco había dicho la cosa que más les había encendido la sangre a los *tejones*, poniendo un color amarillo en sus ojos. En realidad sólo se trataba de una ligera observación que Oso Blanco dejó caer al azar, olvidándola inmediatamente; pero a los indígenas les sentó como un sarcasmo sangrieno, como una desconsideración imperdonable. Un día en que estaban oyéndole un grupo de *tejones*, él declaró

— ¡con toda intención para que lo oyeran! — que, después de todo, era una suerte que él hubiera sido el primero en conseguir accionar el barco de modo que caminara con la proa hacia delante; que si no hubiera sido por él, los hombres andarían de costado hasta el último día. Sí, eso es lo que había dicho. Y esto era una crueldad. A partir de entonces los *tejones* ya no hablaban de otra cosa en las fiestas de Oso Blanco, y mientras él parecía estar totalmente absorbido en la música y el canto, ellos trataban de apresarlo.

Unos días después de quemar la hoguera del sacrificio, Oso Blanco realizó una incursión por la estepa en busca de caza. Todavía carecían de

provisiones de todas clases para el barco, y los *tejones* habían traído la noticia de que en ciertos puntos de aquel territorio habían visto manadas de búfalos. Le habían persuadido de la conveniencia de que llevara bastantes hombres consigo, y Oso Blanco se llevó a sus cuatro hijos mayores. Éstos habían de ir a caballo, y él, en el carro.

Aquel día, cuando ya Oso Blanco había andado un camino de algunas horas, los *tejones*, saliendo de distintas direcciones, se fueron acercando sigilosa y solapadamente al paraje donde él tenía su domicilio, lo cercaron y se pusieron al acecho, mientras tres o cuatro, a cara descubierta, se dirigían a la casa de Oso Blanco.

En ella se encontraban Primavera y sus tres hijas — la más joven todavía una niña — y un muchachito imberbe llamado Orm.

A éste se dirigieron los *tejones*... Durante un rato estuvieron hablando de cosas indiferentes. Orm los conocía muy bien a todos, pues ellos solían ir con frecuencia a aquella morada a pedir cualquier cosa a Oso Blanco. Esta vez se limitaron a pedir que les cediera una vasija de barro; y apenas Orm les volvió la espalda para ir a buscarla, le echaron correas alrededor de brazos y piernas y lo derribaron violentamente. Orm se defendía desesperadamente y a punto estuvo de soltarse; pero acudieron más *tejones* en auxilio de sus camaradas, que

al fin redujeron al muchacho.

En medio de aquel alboroto apareció Primavera con su hija pequeña. Las dos jóvenes mayores se habían quedado en su casa subterránea de piedra. Ni una sola palabra se cruzó entre Primavera y los *tejones*. Pero cuando ella miró alrededor y vio a Orm derribado y maniatado, tomó a su hijita en un brazo y, echando mano de un grueso garrote, comenzó la lucha para salvar su vida y la de sus hijas. Luchó mientras tuvo alientos, fiera como una leona, hasta que no pudo más.

Todo el campo se había llenado de *tejones*; verdaderas manadas surgían hormigueando de la tierra, entre la maleza; tan numerosos eran, que *su*

masa fluctuaba adelante y atrás como una marea; eran casi demasiados para que pudieran hacer nada de provecho. Pero el trágico episodio se fue desarrollando paulatinamente. Unos se fueron a apostar detrás del barco. Otros hicieron pedazos el trineo de Oso Blanco y dieron muerte a los animales domésticos. Sacaron de la cueva a las dos hijas mayores, convertidas en un puro grito; grito que pronto quedó ahogado bajo las pieles que les echaron por encima de la cabeza, extinguiéndose antes de que se las llevaran de allí. Una verdadera multitud se apoderó luego de Orm y lo llevaron al pie de un árbol para martirizarlo. Clavaron en él unos ojos en los que ardía un fuego de

codicia y rapacidad; se les erizaban los cabellos como la pelambre de los animales en la noche; sus miembros se descomponían en convulsiones: lanzaban resoplidos, temblaban: sus mandíbulas estaban rígidas de calambres y carcajadas glaciales; la voz de Orm, que tenía un acento de desamparo total, fue lo único que se oyó entre aquellos hombres extraños. Habló mucho: parecía que tuviera que apurar de un trago la provisión de palabras acumuladas durante toda una vida. Su voz sonó quebrada, como la de los adolescentes, incluso cuando lo estaban maltratando.

Como le era imposible reprimir el temblor, desnudo como estaba delante

de sus verdugos, les hizo saber que sus piernas flaqueaban contra su voluntad. Le atormentaba ver apiñarse a tantos hombres alrededor de él. Querían obligarlo por la fuerza a que se quejara y para ello le aplicaron brasas a las plantas de los pies; le rompieron a palos las articulaciones de los dedos; él acusaba el golpe, pero no despegaba los labios. Era de tal temple, que no se doblegaba en la adversidad. En vista de esto comenzaron a aplicarle graves tormentos, hasta el punto de que al muchacho se le saltaron las lágrimas.

Allá lejos, en la estepa, Oso Blanco divisó una humareda e instantáneamente comprendió que aquel humo sólo podía proceder de su propio

campamento. Extrañado de aquel fenómeno, interrumpió su cacería y dio la vuelta. El humo se iba haciendo cada vez más denso. Luego vio subir una llamarada. Entonces apresuró el paso, espoleando a los caballos para que corrieran cuanto les permitieran sus fuerzas. Al llegar a un cerro se detuvo para otear la costa. Y vio que su barco era pasto de las llamas.

En su camino de regreso había un espeso bosque de abedules, de donde salió una innumerable multitud de *tejones*, que con una gritería atronadora se abalanzaron sobre Oso Blanco y sus hijos. Pero antes de que ellos se hubiesen acercado a él a la distancia del largo de un látigo, la visión del gigante,

que venía a un galope atronador sobre su carro, empuñando su gran martillo de piedra, les infundió miedo, y todo aquel enjambre se volvió de pronto, como una bandada de chorlitos, corriendo a refugiarse de nuevo en la espesura. Su pequeño plan de campaña quedó abortado. Pero Oso Blanco ya no veía el camino al reemprender su desafortada carrera hacia el campamento.

Tampoco en el campamento se veía ya ningún *tejón*. Su rastro indicaba, sin embargo, que hacía poquísimo tiempo que habían emprendido la huida. Oso Blanco apenas lanzó una última y fugaz mirada a su buque; estaba envuelto en una brillante llamarada. Su trabajo de constructor de navíos se había perdido.

La cabeza de dragón, de proa, yacía carbonizada, con su enorme boca abierta hacia el mar. Pero delante de su casa descubrió Oso Blanco cosas mucho peores; allí los enemigos habían estado una hora larga cometiendo tranquilamente las mayores atrocidades. Todo el lugar estaba lleno de sangre.

Y Primavera... ¡Primavera, muerta! En sus brazos sostenía aún el cadáver desfigurado de su hijita. Sus dos hijas mayores habían desaparecido. Y, atado a un árbol, Oso Blanco encontró moribundo a su hijo Orm. El muchacho tenía su pálido rostro caído sobre el hombro, pero se enderezó un poco al advertir la presencia, de su padre, y le sonrió. Por las pecosas mejillas del

muchacho aparecía la huella de las lágrimas bajo los ojos, que tenía medio cerrados y vidriosos; aquellos ojos ya no podían ver; pero sus labios lívidos se movían todavía como queriendo decir algo.

Le habían partido el espinazo y arrancado el pulmón en carne viva. Todavía volvieron a moverse aquellos labios. Oso Blanco se inclinó y oyó el susurro de su hijo, que le decía que se encontraba bien. Y dicho esto, se le dobló la cabeza al muchacho, que quedó inmóvil y muerto...

En las claras noches nórdicas se alza el perfil del abedul; su exuberante ramaje cuelga sobre el gracioso tronco, que reluce en la noche como un brazo

blanco jaspeado de manchas negras. Este delicado árbol se estremece todo como una mujer a la que le cae la larga cabellera sobre el rostro, y el cielo del Norte que, con el sol dormido en sus brazos, sonrío ruborizado, no sabe si el abedul ha ocultado su rostro porque se estremece de dicha, o porque está llorando.

¡Ay!, el abedul está lleno de tristeza bajo su clara melena fresca y verde, porque sueña que su copa es una cabellera ensangrentada y que cada hoja es una sangrienta herida hasta que viene la nevada y lo reboza de nuevo en su blanco manto. Este árbol hermoso que tiembla en la maravilla de la noche del Norte es Primavera, la dulce Primavera.

Pero la grande, la blanca estrella que peregrina incansable por el cielo, mientras las demás estrellas han encontrado su asiento y reposan inmóviles y parpadeantes; esa estrella que no fulgura, sino que brilla impasible y yerta como las lágrimas de un muchacho, ésa es Orm, el temprano desaparecido. ¡Ay!, cuál resplandece en su palidez mientras va trazando muda su órbita, que ha quedado cortada antes de haber terminado el curso de su vida. ¡Cómo peregrina perpetuamente en torno de la tierra su alma rebelde y delicada!

Y, unas veces convertida en estrella del alba, y otras en lucero de la tarde, brilla la estrella de la pequeña niña, que había sido muerta contra el pecho de su

madre, blanca y velada como el alma de
una niña que, solitaria, muda, jugando
sola, avanza por los caminos infinitos...

BAJO EL SIGNO DEL MARTILLO

COMO el sombrío mar de sangre en que se hunde el sol al mediar el invierno; como las largas, como las negras noches del Norte, así era el dolor de Oso Blanco. Hubieron de pasar generaciones enteras antes de que volviera a amanecer en su espíritu, y durante todo aquel período en que la oscuridad envolvió su alma, anduvo errante por el país, convertido en un terrible vengador. El hierro y el fuego devastaron toda la estepa; de un lugar a otro lugar pasaba Oso Blanco tronando en su carro, que se

había convertido en un mensajero infalible de muerte; sus hijos le escoltaban a caballo, en un galope veloz como el rayo. Dondequiera que iba, quedaban retorciéndose sobre sus huellas *tejones* moribundos. Iba blandiendo el gran martillo de piedra, que antaño le sirviera para construir pacíficamente sus barcos; no dejaba hincada la herramienta en la herida como un hacha; la arrancaba otra vez y la blandía con enorme agilidad en su mano, mientras seguía adelante a toda velocidad, siempre adelante. Montes y valles contemplaron la carrera de Oso Blanco, mientras detrás de las ruedas enloquecidas quedaban tendidos los *tejones*. En un radio de muchas leguas,

el país quedó convertido en un lugar de desolación; Oso Blanco incendiaba las malezas para hacer salir de entre ellas a los *tejones*, y los mataba por rebaños. Todo lo que se llamara bosque o guarida quedaba calcinado; y la estepa aparecía renegrada hasta donde alcanzaba el ojo humano. Era como si sobre toda la faz de la tierra hubiera pasado el látigo devastador del invierno; ni un solo brote se salvó de la destrucción; los *tejones* eran barridos de los árboles como hojas arrastradas por el cierzo glacial.

Pero la venganza y la muerte no podían, a fin de cuentas, remedir lo irremediable. Los ojos de Oso Blanco no se hartaban de ver cómo el estremecimiento de la muerte recorría

los rostros de aquellos desgraciados, a los que él había sentenciado, y que, sin embargo, no sabían en qué consistía su delito. Oso Blanco comprendió que ellos habían obrado con una inconsciencia total; se habían limitado a obedecer la ley de su naturaleza; él se consideraba a sí mismo como el principal culpable por no haberse prevenido contra aquella contingencia. Le había ocurrido lo que le ocurre a aquel que, habiendo librado en el bosque a un lobo de la trampa en que cayera, siente de pronto las garras de la fiera alrededor de su cuello. Eran hijos de la selva, de sentimientos elementales. Habían cometido su fechoría sin razón ni motivo, por una simple necesidad del

momento. Ahora ya no se daban cuenta de su culpa, y les parecía que él había tenido la arbitraria ocurrencia de descargar sobre ellos su furia de carnicero para no acabar nunca. En ellos no anidaba otro sentimiento que un odio callado; no sabían siquiera lo que era morir de muerte natural, a pesar de que ellos eran bastante cobardes. Oso Blanco miraba aquellos ojos que sólo reflejaban el odio puro al darse cuenta de la sentencia que les esperaba; sólo reflejaban la hostilidad de las bestias, automática e intemporal, hasta que él, de un martillazo, desparramaba sus sesos por la tierra. Y al fin llegó un día en que ya no le era posible seguir matando. Después de todo, eran muchos. Y él

consideró que tenían la razón de su parte.

Y, para final, ocurrió algo que fué superior a las fuerzas de Oso Blanco. Allá lejos, en el Este, se topó con el grupo que había raptado a sus dos hijas mayores. Ya estaba él viendo el cielo de color de rojo; ya una atmósfera de venganza y carnicería se cernía en el aire... Y entonces vieron sus ojos cómo aquellas niñas suyas y de Primavera, de blancos brazos, carne de su carne y sangre de su sangre, se arrojaban a los pies de él pidiendo clemencia para los malhechores que las habían atropellado y raptado. Oso Blanco lloró. Y a continuación hizo las paces.

Abandonó su guerra de venganza y

partió hacia su país. Anduvo ocioso durante meses, lamentándose sordamente como el bosque frondoso en invierno. Su cabello se puso enteramente blanco. Pero pronto volvió el cavilar y el pensar; reapareció en él la sed de construir. Poco a poco se fueron abriendo paso sus ideas. Y con sus ideas moldeó su destino y el de los *tejones*.

Primavera y sus dos hijos yacían en la casa que Oso Blanco había habitado. Sobre ellos amontonó tierra y levantó un gran túmulo. Valiéndose de gruesos troncos, construyó su propio campamento en un bosque situado a orillas del mar, un poco más al Sur. En este paraje pudo construir un nuevo barco. Su manga y su eslora eran tan

descomunales, que los *tejones*, que poco a poco se habían ido acercando al campamento, tímidos y curiosos, se esforzaban por descifrar cómo Oso Blanco podría hacer avanzar sobre el mar un barco de tales dimensiones. Sobre la roda montó una cabeza de dragón que sacaba la lengua sobre el mar y que parecía reír con una risa inmóvil y fatídica.

Un día, estando ya el barco enteramente terminado, con sus bancos de remos para veinte hombres, aparte de él y sus hijos, saltó a tierra y fué a buscar veinte *tejones* jóvenes y fornidos, y los condujo maniatados al barco. Para cada asiento había un aro de cobre, con el que sujetó los pies de los

prisioneros. Ellos esperaban con tranquila calma la hora de morir. Pero Oso Blanco les dió de comer y los cuidó tan bien, que ellos bajaron humildemente sus ojos. Luego les ordenó que, empuñaran los remos y comenzaron a remar. Ellos empezaron a comprender el modo como Oso Blanco pensaba impulsar hacia delante su barco.

Cuando les llegó la nostalgia, cuando comenzaron a comparar la vida de libertad que llevaban en la estepa con su existencia de ahora, gris y encadenada, suspirando por el tiempo pasado y lamentando la disminución de su capacidad de trabajo, Oso Blanco los animaba elogiando su fuerza física y prometiéndoles una próxima cena. Ellos

no tardaron en mostrarse orgullosos de la fuerza de sus brazos, adquirida en el rudo remar; y cuando Oso Blanco se lo alababa, ellos esbozaban una risa de conejo enseñando todos sus dientes. La cena era, en efecto, espléndida; por ella valía la pena de emplear todas las energías durante unas horas al día.

Los *tejones* llegaron con el tiempo a ser excelentes remeros. Nada les faltaba. Oso Blanco llevó a bordo cierto número de mujeres de la raza de ellos, alojándolas en el fondo del barco para habituarlas a aquella vida y para disponer de una mayor tripulación durante el viaje, si fuera necesario.

Aparte de esto, Oso Blanco llevó a bordo de aquel espacioso barco todo lo

necesario para la vida; carros, caballos, reses vacunas, heno, trigo y cuantas pieles y herramientas tenía, así como todas sus reservas de cobre y armas. En un hogar instalado en la parte de popa ardía fuego, que Oso Blanco apagaba y encendía a su antojo. En cuanto a la disposición en que se colocaron los hombres, Oso Blanco estaba al timón, en tanto que los cautivos empuñaban los remos; sus hijos estaban en la proa avizorando la tierra, siempre preparados con las armas en la mano. Dispuestos de esta forma, se fueron internando en el mar.

El buque, con todo lo que llevaba a bordo, con toda la mole de que estaba construido, avanzaba contra el viento y

las olas, impulsado por los remos, como una pequeña isla viviente, ejemplo del resurgir de las energías en la adversidad; las estelas que iba dibujando se extendieron desde el glaciar, pasando por encima de la totalidad de Europa para surcar más tarde todos los mares y, finalmente, dilatarse convirtiéndose en lo que, andando el tiempo había de constituir el orden social del hombre blanco.

En Livonia se quedó el hijo mayor de Oso Blanco, Varg. Este muchacho se había quedado con una de las hijas de los *tejones*, una joven de la estepa, morena y pizpireta; en vez de embarcarse prefirió quedarse en tierra y compartir con ella su destino. De esta

pareja y de las dos hijas blancas de Oso Blanco, que se habían unido con hombres indígenas, nació un gran pueblo que, en carros y caballos, se extendió hacia el Este y el Sur.

Guiado por la Estrella Polar, siguió Oso Blanco navegando hasta que se apoderó de él la nostalgia de Upland, donde había vivido la mejor parte de su vida soñando en ir a tierras lejanas. Tenía que ver forzosamente el lugar donde los primeros campos de oro de Primavera habían ondulado bajo el viento del estío, lo mismo que su exuberante cabellera; y descubrió el rumbo orientándose por la montaña de fuego cuyo humo le guiaba de día, mientras el rojo resplandor de la cima,

hundida en el cielo, lo guiaba por la noche.

Y Oso Blanco se quedó a vivir en el Upland. Hacía mucho tiempo que habían decrecido las aguas producidas por la licuación del glaciar, y la tierra aparecía cubierta de un tenue verdor y de bosques jóvenes, que por todas partes revestían los húmedos bancos de grava y las arrugas orográficas. Los profundos canales que en muchos sitios había dejado el glaciar en el suelo pedregoso estaban llenos hasta el borde de agua clara, de modo que en la profundidad se veía descansar, inmóvil y cubierta de musgo, la roca buida y pulimentada que había aplastado las capas del fondo. Allí vivían pequeñas

salamandras acuáticas con su vientre salpicado de pintas como si nunca hubiera pasado por allí el glaciar. Sin embargo, hasta en los días más ardientes del estío le daba a uno en el rostro un hálito frío como la muerte: era el aliento de un hielo de siglos de edad que, protegido por una capa de tierras de aluvión, todavía se conservaba en el fondo de diversos barrancos del Norte.

La selva estaba llena de alimañas, que salían por senderos secretos a espiar entre los árboles con una mirada inalterable, como si el mundo hubiera sido siempre así. Al calor de mediodía sudaban los abetos resina, exhalando un aroma idéntico al de los tiempos en que habían sido árboles tropicales; álamos

blancos, abedules y serbales producían un vivo susurro con sus hojas, que se hacían señas expresivas, contándose unas a otras recuerdos de la tierra perdida. “¡Fué aquí, exactamente aquí, bajo nuestras raíces;”, decían, sacudiendo, omniscientes, sus copas. Y entre los matorrales, con una delicia más sutil y embriagadora que la que jamás había conocido selva alguna; con esa misteriosa y rica intimidad del verano nórdico, la frambuesa exhalaba su perfume.

En un torbellino de actividad zumbaban las abejas, libando la miel de las flores, que sólo vivían lo que vive el verano; pero también sorbían la esencia concentrada del humus que la presión

tritурadora del glaciар había hecho salir de las vitales entrañas de los montes, y que luego se había convertido en una pasta bajo la acción de los humores del cielo, la escarcha, la lluvia y el sol. Los musgos y líquenes arrastrados por los vientos recubrían las desnudas y rajadas rocas; las aves de paso cruzaban el cielo de la comarca llevando semillas, o venían navegando sobre el mar con el fuerte viento de septiembre, como una nube de plumas, y la tierra se extendía alfombrada con un tapiz nuevo, verde. En cada grieta de la dura roca se alzaba una hierba o una florecilla, exhalando un suave perfume. Y en el cáliz de cada flor las abejas sonoras revolcaban su aterciopelado cuerpecito de duendes; y,

después de haber emprendido de nuevo el vuelo, la flor cabeceaba una o dos veces, y volvía a cerrar su corola, irguiéndose de nuevo para hacerle guiños al sol.

Oso Blanco fabricó una bebida a base de miel, que se le subía a la cabeza, haciéndole la impresión de estar oyendo una charla amorosa entre el sol y las plantas de una ladera del Sur, impregnadas de un aroma purísimo.

Y cuando, embriagado por la hidromiel ardiente, y tendido sobre las losas que el sol abrasador había recalentado, alzaba los ojos para mirar un enjambre de abejas que flotaban delante del sol como un gran esfera suspendida en el aire, dilatándose,

contrayéndose y zumbando con una música de fuego en el espacio, sentía que había retornado a él la Tierra Perdida y, con ella, un mundo enteramente nuevo. Oso Blanco se sentía en el país de donde un día había salido.

Dejó correr los años. Examinó los bosques del Upland para ver si podrían suministrarle maderas para la construcción de barcos. Aquella madera no era aprovechable porque los árboles eran aún muy jóvenes. Pero sus descendientes dispondrían allí de árboles en abundancia para construir sus flotas. Y los árboles jóvenes, de brillante y lisa corteza, se mecían ya orgullosos, como si adivinaran que un día llegarían a ser las quillas que habían

de surcar el más remoto Océano.

Oso Blanco estaba contento de aquella vida tranquila. Remolcó su barco, dejándolo en tierra, con la quilla al aire, para que le sirviera de cobertizo. Y aquél fué el primer edificio de estilo gótico. Más tarde, cuando los descendientes de Oso Blanco encontraron una tierra nueva y se hicieron sedentarios, convirtieron sus barcos en naves de templos, bajo cuyas bóvedas prosiguieron sus navegaciones, pero en otro sentido: en un sentido espiritual.

Oso Blanco subió hacia la isla que había permanecido bloqueada por el glaciar, encontrando allí de nuevo las gentes de su raza. Muchos de los hijos

de Dreng habían perecido en el deshielo; pero los restantes vivían todavía en la misma condición que en la época en que le habían expulsado de su gremio. Ahora volvía otra vez conduciendo su carro con el martillo, el fuego y los barcos anclados detrás de él en la costa; y sus parientes, que todavía lo recordaban, lamentaron mucho la vieja historia.

Oso Blanco quitó el poder a los garmianos y ordenó a la población que se dispersara. Habitaban en una isla que hacía mucho tiempo que había dejado de serlo, ya que estaba rodeada por todas partes de campos descubiertos. Habitados a vivir en la isla, seguían llevando una vida insular; pero Oso

Blanco les hizo ver su necio proceder.

Para que no continuaran agolpándose ante la tumba del padre común, hizo valer su autoridad obligándolos a congregarse en torno de un nuevo signo: la rueda creadora del fuego. Él mismo estableció el santuario en el Upland, frente al mar abierto. Instituyó grandes sacrificios, que habían de celebrarse todos los años a la vuelta de la primavera, ordenando a las gentes del glaciar que rindieran culto al viejo Tuerto, haciendo sacrificios al fuego del sol primaveral. Deseaba que los jóvenes viajaran, como lo había hecho él en tiempos pasados. Él, sin embargo, se quedó allí, en su patria, y fundó un reino, cuyo espíritu había de grabarse

profundamente en los jóvenes, para que recordaran la patria de donde procedían y luego llevaran al extranjero las costumbres del hombre blanco.

Y, en torno de Oso Blanco, los hombres del glaciar se reunieron bajo el signo de la rueda de fuego y del martillo. Después de aquella fecha, muchos de ellos se dirigieron al Norte, a través de las montañas, y fundaron Noruega; otros se establecieron junto a la costa, con Oso Blanco, y aprendieron el arte de la agricultura. Más tarde se dirigieron a Inglaterra, Dinamarca y Alemania, hasta alcanzar el Mediterráneo, navegando en torno de Europa; se extendieron y propagaron, pero se mantuvieron siempre

moralmente unidos, viviendo en armonía.

Ya en los últimos años de su avanzada edad, Oso Blanco se dedicó con ahínco a observar los cuerpos celestes. Ningún ser humano anterior a él había llegado a tener los conocimientos que él poseía sobre los días del año y sobre los astros; más tarde transmitió a sus hijos la herencia de su saber. Habían de conservar siempre en secreto, sin revelarlo a nadie, el arte de pronosticar la posición del sol a través de los días del año, y luego dar consejos al pueblo basándose en esto.

Mientras pudo servirse de sus ojos, Oso Blanco, siguió trabajando la madera

y los metales. Con amor se apegó a sus herramientas de piedra, que tan insignes servicios le habían prestado; pero en las horas de ocio, la curiosidad le llevó a estudiar el cobre y otras novedades que sus hijos le traían de Oriente: todo lo sometía a la prueba del fuego, distinguiendo la naturaleza de los diferentes materiales. Una vez, Varg, al regreso de una de sus visitas, le trajo de Oriente un gran trozo de un nuevo metal, raro y llamativo, y lo puso en las manos del viejo. Esto tuvo lugar mucho tiempo antes de que se hubiera generalizado el uso del cobre. Oso Blanco sostuvo en su mano extendida el trozo, lo examinó detenidamente, lo sopesó y lo palpó con sus dedazos llenos de cicatrices. Era un

metal muy pesado, que emitía un brillo frío, azulenco, parecido al del hielo. Oponía resistencia al rayado. Oso Blanco se lo llevó a los labios, sintiendo un gusto a cosa amarga y ácida como el mar. Al olfatearlo, le pareció que olía a sangre. Después se quedó largo tiempo sumido en profundas cavilaciones. Aquel metal era el hierro.

Con este trozo de hierro Oso Blanco fabricó un martillo, faltando por primera vez a su fidelidad a la vieja y bien probada arma de sílex. Todavía tenía tal fuerza y robustez, que, de un solo martillazo, era capaz de matar fulminantemente un caballo ante la piedra de los sacrificios, y con tal limpieza, que el hueso frontal del animal

no presentaba una sola astilla.

Pero cuando le llegó la sabiduría que dan los años, comprendió que el pueblo sentiría necesidad de inclinarse ante su poderío, aun cuando éste va no existía, y esta visión del corazón humano proporcionó, una vez más, trabajo a sus diestras manos.

Oso Blanco permaneció casi siempre en su cobertizo, que estaba muy oscuro, y en el que se solía distinguir vagamente su alta figura, a la cual acudían a rendir el más profundo homenaje de respeto que se le debía a él y a su martillo. Por aquel entonces Oso Blanco se puso a tallar con todo sigilo un trozo de tronco esculpiendo una imagen muy parecida a él mismo; le

colocó en la mano su martillo, y la instaló en el fondo totalmente oscuro de la sala, donde él solía dejarse ver. Ahora tenía, además, la satisfacción de ver al pueblo inclinarse ante aquel simulacro con el mismo respeto que ante su propia persona. Y entonces el viejo se reía entre sus blancas barbas, orgulloso de la obra de sus manos, y además por otra idea de hombre experto, divertida y maliciosa. Y entonces descansó.

Pero aunque ya no se dejó ver más ante el santuario, ellos siguieron entreviéndole en la oscuridad crepuscular, blandiendo el martillo; y su hijo mayor, que era el único iniciado, lanzaba sobre él la sangre de las

víctimas y transmitía al pueblo el saludo del viejo nauta y auriga.

Oso Blanco, que, a juicio de ellos, había sido más que un hombre, fue venerado como un dios por los habitantes del Norte; le dieron multitud de apellidos, tales como el Tonante, el Blandidor del Martillo, el Profeta. Y en el cielo se le señaló un lugar al lado del viejo Tuerto. Pero su sangre siguió corriendo viva por las venas de su raza. De Dreng, que nunca supo doblegarse en la adversidad, y de los que de él descendieron a través de Oso Blanco, el creador de la lucha a pecho descubierto, proceden los reyes y labriegos.

El pueblo del Norte llegó a ser un pueblo de grandes agricultores y

navegantes. Trajeron esclavos del Este y los tuvieron a su servicio a lo largo de los siglos. Al correr de los tiempos se cruzaron y mezclaron formando un solo pueblo; pero siempre quedó entre ellos una frontera, a pesar de que eran dos troncos de la misma raíz; la frontera que había trazado el glaciar creando una desigualdad muy pronunciada en las etapas de su evolución. Los unos se hallaban ya en un grado de desarrollo avanzado y su destino los obligaba a arrastrar siempre consigo el pasado; los otros se debatían perpetuamente en la imposibilidad de remontarse a la altura de los demás, a pesar de que esto era su máxima ambición; de estos hombres libres y de estos esclavos, y de sus

descendientes mestizos, de los trabajadores uncidos al yugo con alma de hombres libres y de los Tres Santos de Hielo, proceden las poblaciones del Norte, y los países a los que ellos se propagaron para quedarse allí para siempre.

Pero cuando Oso Blanco hubo designado con acierto a un lugarteniente suyo, sintió sed de soledad. Y una noche abandonó el cobertizo y se dirigió, en secreto, a un barco cuyo rumbo dejó a merced del viento. Sintió la carga de la vejez y se alegró de poder entregar sus huesos al mar... para descansar. Ahora se encontraba en alta mar, completamente inmóvil, mirándose las manos mientras el barco se mecía en las

olas. Para él ya no existía el tiempo.

Amaneció. Se alzó su amigo el sol y volvió a hundirse, encendido, en el mar. La luna avanzó por el cielo, una luna que tenía los rasgos dulces y yertos de Primavera.

En el cielo de la mañana apareció la niñita muerta, mirando a la tierra, todavía resplandeciente, hasta que al fin, también ella, palideció.

Y entonces él cerró los ojos, y ya no vió más.

VARG, EL DOMADOR DE CABALLOS

SI OSO Blanco fué el primer hombre que navegó en un barco, el primero que domó caballos y el primero que construyó los carros, sus aventureros hijos fueron los primeros hombres que introdujeron la equitación.

Al viejo le resultaba cuesta arriba exponer sus pesados miembros a las corvetas de un caballo salvaje, y no accedía a montarse sobre sus lomos por considerar que aquello le restaría la dignidad que le correspondía como padre. Se contentaba con alardear de su

destreza de auriga. A pesar de que era un gran héroe de mar, Oso Blanco nunca había aprendido a nadar; en cambio sus hijos, impulsados por la curiosidad y la osadía, con tanta frecuencia se habían arrojado a las olas con riesgo de perecer ahogados, que acabaron por nadar con la perfección de las focas. Andaban siempre inquietos, sin hacer otra cosa que saltar arriba y abajo, y entrar y salir del mar siempre que tenían ocasión. Pero, así como aprendieron a nadar, también aprendieron muchas cosas, que, habiendo comenzado como travesuras, se convirtieron más tarde en artes que, quedaron establecidas y dieron carácter a su raza. Entre estas artes se destacó la de la equitación, cuyo

origen fué el siguiente:

Detrás del campamento de Oso Blanco, situado en la costa de Livonia, comenzaba la estepa, que se dilataba hacia el Este en una extensión tal, que nadie había visto jamás sus fronteras. Aquella región era bastante llana y cubierta de hierba sobre una superficie enorme; pero en la región de la costa y en muchos otros puntos del interior había bosques jóvenes de abedules y zonas de densos matorrales, así como pantanos con juncos y malezas. Por todas partes hormigueaba la caza, formando una mescolanza de osos, ciervos, uros, lobos y vacas salvajes. El mar rebosaba peces; y más al Norte, allá donde la estepa se trocaba en una

inmensa tierra helada de pantanos y rocas, había rebaños innumerables de renos. En invierno se dirigían hacia el Sur, abasteciendo a Oso Blanco y a su familia de todo lo que necesitaban. Pero en el verano venía el caballo salvaje huyendo del calor de las praderas y andaba errante por la estepa abierta y por los claros del monte bajo; luego se convirtió en botín de caza y su sabrosa carne hacía elevarse diariamente el humo del fuego del hogar de Primavera. Oso Blanco, en vista de lo sabrosa que era la carne de este animal, la prefirió a la de las demás bestias como ofrenda de homenaje a los poderes de lo alto, a los que rendía culto, pues todos los años celebraba fiestas conmemorativas en las

que llevaba y sacrificaba ante el altar uno o dos de aquellos hermosos y rebeldes animales. Pero además se destinaba el caballo salvaje al uso doméstico, conservándolo prisionero y domado, no sólo como despensa viva para los tiempos de escasez de caza, sino también para tirar de los carros y trineos. Este trabajo les gustaba mucho a los caballos, los cuales establecieron rápidamente una relación de confianza mutua con Oso Blanco. Pero los que especialmente se pusieron a trabajar con ellos fueron los muchachos. Varg, el primogénito, sentía hacia ellos una irresistible atracción, y ellos a su vez le brindaron una amistad especial.

El primer contacto entre los hijos

de Oso Blanco y el caballo salvaje tuvo lugar en las proximidades del campamento donde Oso Blanco tenía a pastar los caballos semidomesticados, que había capturado para unirlos al carro. Los animales se movían con entera libertad dentro de un gran terreno cercado, en forma de isla, que Oso Blanco había formado abriendo un foso por uno de los lados de una extensa pradera, que la naturaleza había rodeado de agua por los otros tres lados; dentro de este terreno había superficies descubiertas y árboles diseminados, por donde los animales podían errar para buscar abrigo a su libre antojo. Siempre que se los iba a buscar para pasarlos al campamento con objeto de engancharlos

al carro, casi era preciso cazarlos de nuevo; y como el cercado era muy extenso, daba lugar a que se produjeran toda clase de escaramuzas y astutos ardides por parte del hombre y de los animales.

La tarea de los muchachos consistía en ir a buscar los caballos; cuando no acertaban a aproximarse bastante a ellos para echarles al cuello un lazo corredizo hecho con correas, solían tentarlos mostrándoles un haz de hierba o alguna raíz deliciosa para su paladar, o tal vez un trozo de pan que la madre les había dado para sus amados caballos; cuando los caballos cedían a la tentación dejando acercarse a los muchachos, los bichos sentían en sus crines la zarpa de

una mano, y el muchacho, que tenía el ronزال escondido detrás de la espalda, lo lanzaba por detrás de la cabeza del caballo, que, víctima de su glotonería, quedaba prisionero.

Ahora tardaban ya menos tiempo en recorrer el camino que iba desde el cercado al caserío; los muchachos, que, naturalmente, deseaban, apartarse del camino que otros habían recorrido antes que ellos, no tenían el menor reparo en saltar sobre los caballos y dejarse llevar por ellos hasta la casa, en vez de caminar a su lado. Pero estos manejos no les gustaban nada a los caballos. El ronزال que los aprisionaba, y acaso el recibir en los morros un bofetón bien intencionado cuando hacía falta, todavía

lo podían tolerar. Pero, ¿dejarse agarrar por las crines, dejar que alguien se subiera a ellos como a un árbol al que todo el mundo puede trepar, aguantar a aquel bicho bípedo sobre sus lomos? Cada vez que los mozos intentaban hacer esto, el caballo, molesto, saltaba en el aire hasta despegar las cuatro patas del suelo, para sacudirse a, aquel intruso insolente; si éste continuaba montado a pesar de todo, se empinaba sobre las patas delanteras y luego sobre las traseras; y. si aún este balanceo no bastaba a derribarlo, el bicho daba un salto desaforado hacia un lado, convirtiéndose su lomo en un arco en el que ningún ser humano podría sostenerse; si, a pesar de todo ello, el

jinete permanecía clavado — cosa que Varg iba consiguiendo cada vez con más frecuencia—, entonces el animal se echaba en tierra como un perro, revolcándose en el suelo o —mejor aún— sobre un montón de piedras, pataleando con los cuatro remos para sacudirse al impertinente, o bien dando un salto bajo un árbol para que el jinete, al chocar con una rama baja atravesada, saliera disparado por la grupa. En fin, que no había que pensar en que un caballo tolerase a un hombre sobre su intangible lomo. La experiencia heredada de muchas generaciones, las consecuencias sangrientas que había acarreado el tolerar sobre el lomo a un animal, al lince, al guio, habían hecho

que el caballo, inconscientemente, se hiciera inaccesible a la menor aproximación de un ser humano.

Pero tal pretensión de parte de los caballos fué un vano sueño. Un día, desde la puerta de su casa, Primavera fué testigo de una cabalgata, al mismo tiempo trágica y cómica, en la que Varg fué el protagonista. El pelirrojo Varg apareció montado victorioso sobre los lomos de uno de los caballos traídos del cercado. ¡Tenía que ser Varg, el tremendo Varg! Sus hermanos iban conduciendo indolentemente del ronzal a sus animales; pero Varg iba montado en su caballo, colgadas orgullosamente sus piernas sin tocar el suelo, gobernando a su cabalgadura con una correa

enroscada alrededor del cuello. El caballo parecía encontrarse a gusto; iba con la cabeza gacha, sumido en profunda meditación, como si presintiera la enorme trascendencia que iba a tener este primer acto suyo de sumisión, sin hacer el menor conato de rebelión. ¡Qué gritos de júbilo, qué triunfal recibimiento el que le dispensaron los muchachos! Hasta Oso Blanco, que estaba perdidamente enfrascado en la construcción de su nuevo barco, levantó la vista de su hacha de sílex y miró a su vástago con unos ojos en que se asomaban las lágrimas, y luego comenzó a hacer movimientos de asentimiento con la cabeza que revelaban la emoción que le producía la hazaña: sabía adonde

podrían conducir aquellas temerarias acciones que se apartaban de las de los antepasados. El había conseguido realizar cosas imposibles. Los muchachos debían comportarse de un modo un poco distinto de lo que se esperaba de ellos.

El caballo que Varg montaba era amigo suyo desde la época en que aquél era todavía un potro. Había nacido en el campamento y se había criado en el cercado; Varg lo había criado mimándolo y dándole lo mejor que podía conseguir e imaginar; el animal lo conocía a él perfectamente, distinguiéndole sobre todos los demás; le entusiasmaba que el muchacho le rodeara el cuello con sus brazos, aun

después de haber llegado éste a la edad adulta. Tan metido llevaba en la sangre aquel ingénito miedo, que continuamente estaba dando brincos, como sintiendo mil impulsos de fuga, estremeciéndosele las patas y alarmados sus ojos inmensamente abiertos; movía nerviosamente sus orejas, echándolas hacia atrás mientras rechinaba los dientes; se le dilataban los ollares, transparentándosele los rojos cartílagos nasales. No quería que le acariciaran, aunque estaba deseando recibir caricias. Cuando lo tocaba una mano humana, daba un respingo como si le hubieran aplicado fuego. Su humor cambiaba como la brisa sobre el agua; sólo tras un larguísimo período de incansables

muestras de paz consintió en acostumbrarse; pero jamás llegó a ser lo que se dice un animal amansado.

Nadie más que Varg era capaz de acercarse a él. Varg se acercaba a él tranquilo, sin dar el menor paso nervioso; extendía hacia él su mano con el mayor tiento, para que no le recorriera el cuerpo el miedo y el impulso de huir; al llegar a su lado se guardaba de hacer el menor movimiento imprevisto ni cualquier cosa repentina que pudiera ahuyentar al caballo, que, en caso contrario, hubiera hecho volar bajo sus cascos piedras y terrones. El caballo estaba de ordinario muy tranquilo, ramoneando o paciendo, retozando y corriendo de un lado a otro; cuando

estaba quieto ni siquiera movía una oreja.

Muchas veces, cuando el caballo estaba así, muy quieto, en un claro día de sol a la sombra de un abedul, se le acercaba Varg con un paso que revelaba la más profunda tranquilidad, y el animal permanecía inmóvil, esperando su llegada. Luego Varg lo agarraba, echándole los brazos alrededor del cuello, y se entretenía, charlando largamente con él, apretando la cabeza del animal contra su fina piel; el caballo no movía una pata ni temblaba, limitándose de cuando en cuando a mover la cabeza, como indicando que ya bastaba de charla; Varg iba a su alrededor dándole palmadas,

acariciándolo y tranquilizándolo, hasta que, al fin, se le quedaba dormido y sosegado hasta el último pelo de su cuerpo.

Varg era un muchacho inteligente. Con la experiencia adquirida en él trato con los demás animales, que jamás se habían dejado domar, porque él los había sorprendido y asustado, volviéndose más rebeldes y testarudos, se guardó muy bien de montar de un salto sobre el lomo de este caballo. Era preciso que el animal no se diera cuenta del momento en que él lo montaba. Varg empezó por arrimarse al ijar, pasando ligeramente su brazo por aquel hermoso lomo suavemente curvado, a pesar de lo cual el animal, en un principio,

reaccionaba con un estremecimiento. Más tarde, tras innumerables repeticiones, consintió que Varg se lanzara impetuoso contra su ijar; luego, como jugando, el muchacho trataba de echar la pierna y un brazo, haciendo que los retiraba, hasta que, por fin, colocó todo su cuerpo, permaneciendo cada día más tiempo a lomos del caballo.

De este modo llegó el día en que el caballo, sin darse cuenta, consintió en que el jinete montara definitivamente, sin más preparaciones; pero para ello había tenido que hablarle con un lenguaje tan dulce como el del viento del Sur y los días de sol. Ahora el verse a sí mismo montado y sin que el caballo se moviera, Varg se echó a reír con un

íntimo júbilo que le hacía brincar de alegría el corazón.

Pronto aprendió a pasar del paso de andadura al trote y luego al galope, hasta emprender una veloz carrera por la dilatada estepa, ante la admiración y las voces de asombro de sus hermanos. De este modo Varg, el primer jinete, enroscada alrededor del vientre una piel de lobo, flotándole en torno de las orejas su cabellera rubia, ensortijada como la cabellera de un ogro, en la que solía limpiarse los dedos y que siempre estaba llena de lampazos y hierbas, se lanzó a la carrera, formando un solo bloque con el caballo salvaje, rayado como la cebra.

Conseguida aquella primera

victoria, los hermanos, poco a poco, trataron de imitarlo; cada cual eligió su potro favorito, comenzando por acariciarlo y rodearle con los brazos el cuello, hasta que el animal se encariñó con el jinete y llegó a formar con él una sola figura contra el paisaje y que, al pasar a galope tendido, hacía abrir la boca de admiración y miedo a los demás seres.

Cuando los hijos de Oso Blanco se convirtieron en jinetes ya no había modo de encontrarlos por ninguna parte, pues en su actividad se multiplicaban hasta el punto de que parecían estar en diferentes lugares a la vez. Oso Blanco prefería pasar trepidando por la estepa en su carro de dos ruedas; pero no había ni

que pensar en que él pudiera alcanzar ni aun seguir a sus hijos en la carrera. Entonces las excursiones de cacería tomaron un auge inesperado. Sus hijos hacían salir la caza dando batidas a caballo, por sorpresa, mientras que antes tenían que ir arrastrándose penosamente y a hurtadillas, dando rodeos hasta quedar a un tiro de jabalina de los animales salvajes. Lo que los muchachos habían aprendido como una diversión iba a inaugurar una nueva era en la Historia.

Entretanto, los muchachos fueron creciendo. Insensiblemente, Varg comenzó a aislarse de sus hermanos, no porque hubiera tenido alguna discordia con ellos, sino porque se había

transformado, sencillamente, en otro hombre. Su voz se hizo profunda y quebrada; pronto se convirtió en una persona extrañamente seria y empezó a buscar la compañía de su padre y a talar árboles y hacer hábiles trabajos de carpintería en la construcción del barco; cierto es que luego volvió a asociarse con sus hermanos y hermanas más jóvenes para bromear con ellos, pero sus bromas eran tan pesadas y violentas que sus hermanos no las comprendían. A menudo él les estropeaba la diversión con las ocurrencias y salidas más extrañas.

Era Varg y no era Varg. De cuando en cuando le acometían verdaderas convulsiones de risa, momentos en que

solía apresar a un pobre corderillo, apretarlo contra el pecho y dar vueltas con él en brazos hasta volverlo completamente loco, o bien abrazar la primera cosa inanimada que encontraba, como un árbol o una roca, o echarse al suelo con los brazos abiertos, como si intentara abrazar la tierra; apretando cariñosamente contra el pecho una pesada piedra se zambullía de un salto en el mar, para volver a emerger de nuevo, solo y lleno de tristeza. Tenía arranques de magnífica generosidad, en los cuales regalaba a sus hermanos, deslumbrados de alegría y de asombro, todas sus propiedades, que para ellos eran verdaderos tesoros, mientras que para él no pasaban de ser un juguete sin

valor. En otras ocasiones, cuando salía de caza, solía empezar con una travesura de muchacho para terminar en una bárbara crueldad, matando sin piedad y buscando con la mayor sangre fría el peligro de muerte. En esos días salía él solo, armado únicamente de un hacha, para lanzarse contra el jabalí o el alce gigante, y regresaba de la lucha temblando de rabia, con una furia que ni la muerte del animal había sido capaz de mitigar.

El que tratase de buscar la explicación del estado de ánimo de Varg en el cambio de estaciones descubría que aquella furia le sobrevení­a en primavera; pero cualquiera que fuera la relación existente entre ambas cosas, la

verdad es que Varg había pasado ya muchas primaveras sin que él demostrara ni la mitad de aquella furia de que estaba poseído ahora.

En Livonia la primavera hacía su aparición con extraordinaria violencia, invadiendo el país con avasalladores y húmedos vientos del Este y noches tibias; la estepa se desembarazaba de la nieve para quedar desnuda en una extensión enorme, formando dilatados charcos negroazulados de agua del deshielo en medio del verde césped. Al quedar deshelada la tierra se cubría rápidamente con una inundación de agua, y en pocos días la hierba nueva revestía de una alfombra verde la tierra. Las aves de paso llenaban la noche de una

vaga armonía, y de repente todo quedaba dispuesto para la gran cita de la primavera: árboles floreciendo y exhalando el aroma de sus resinas; el aire, poblado de cantos de pájaros; y al advenir la clara noche, la música de ensueño de las ranas, el vocinglero revolar de bandadas de urogallos en los bosques de abedules, y allá en la profundidad de la noche, los pavorosos aullidos de las fieras en celo.

Y he aquí que llegaron los caballos salvajes, los auténticos, los que venían de la estepa. La primera manada hizo su aparición en un día luminoso, asomándose en la infinita lejanía como un enjambre de plumas que surgieran de la línea del horizonte en el punto exacto

donde nace el sol; de aquella dirección iban acudiendo en número cada vez mayor, y pronto la estepa hormigueó de manadas de caballos, cosa que siempre solía ocurrir al llegar la primavera.

Entre los semidomados caballos encerrados en el cercado reinaba un gran tumulto y alboroto. En aquellos días parieron las yeguas, y los garañones se separaron unos de otros para unirse cada cual a su manada de yeguas jóvenes, entablado luchas feroces, en las que saltaban sobre las patas traseras y se daban de dentelladas, lanzando espuma como la tormenta en el mar y relinchando de tal modo que sus relinchos perforaban las espectrales noches silenciosas. Los caballos se

resentían de su vida de encierro; se los veía frecuentemente parados al borde del foso, irguiendo y bajando la cabeza y mirándose en el espejo del agua y dirigiendo una larga y escrutadora mirada hacia el Este, hacia la estepa lejana; pero el foso constituía una barrera para ellos y no íes era posible franquearla. Cuando acertaba a pasar por las inmediaciones una manada de caballos libres de la estepa, los animales prisioneros pasaban verdaderas angustias: se levantaban de un salto en el aire y daban vueltas como trompos, estirando el cuello como si quisieran echar a volar para reunirse con sus salvajes parientes.

Si los caballos del cercado no

fueron capaces de franquear el foso, los de la estepa sí lo fueron. Una noche varios garañones saltaron el foso y entraron donde aquéllos estaban. Aquella noche se desencadenó una violenta lucha en el cercado; en la inmensa lejanía se oía el estruendo de los caballos y el tronar de la tierra. Al día siguiente, cuando los mozos fueron a buscar sus caballos, se encontraron con que los animales intrusos habían acorralado a los garañones del cercado contra un rincón y se habían repartido entre sí las yeguas, que era lo que más codiciaban. Los vencidos estaban en pie, humillados, con la cabeza abatida y lacerados, mientras los vencedores, a pesar de ser muy inferiores en número,

se paseaban en torno de sus numerosos potros nuevos y dóciles, con ufanos movimientos de cuello y enarbolando orgullosamente la cola, mientras miraban de soslayo a sus enemigos con los ojos inyectados en sangre; al mismo tiempo estaban ocupados en tasar el valor del botín de guerra que a cada uno le correspondía.

Varg se puso fuera de sí al enterarse de las insolencias cometidas por aquellos caballos, y antes de que sus hermanos adivinaran sus intenciones cuando se lanzó en tromba a grandes saltos y aullando, con desprecio de la muerte, vieron cómo él se abalanzaba hacia uno de los garañones salvajes y, yéndose por detrás de un árbol para

saltar sobre el caballo, lo agarró por la crin y de un salto volador se montó en él. Instantáneamente el caballo arrancó como un rayo con el jinete sobre sus lomos. El desbocarse era en él una segunda naturaleza; pero al sentir ahora a un ser extraño sobre sus espaldas, a alguien que lo atenazaba con dos poderosas piernas hundiendo los talones en sus flancos, sintió que el rayo y el trueno se le metían en la sangre, el aire estallaba delante y detrás de él. Como un dardo se lanzó en furiosa carrera hacia la estepa.

¿Sería capaz de saltar el foso? Con una tensión casi insostenible, los hermanos de Varg contienen la respiración al ver cómo el caballo

salvaje, ciego de rabia, se levanta de un salto y aterriza al otro lado del foso. Ven cómo Varg se cierne en el aire, la cabeza tendida hacia delante, mientras el caballo vuela sobre el foso. Al caer al otro lado el jinete no se cae, sino que permanece más asido que nunca; inmediatamente sale lanzado, avanzando a galope tendido, mientras el caballo se mete en terreno descubierto, loco de espanto. Caballo y caballero estaban ya muy lejos; los hermanos de Varg casi sintieron que se les paraba el corazón al ver cómo Varg, en la lejanía de la estepa, se arrojaba resueltamente del caballo y rodaba por la hierba con grave peligro de su vida, mientras el bicho seguía galopando en desatentada

carrera. Pronto se tranquilizaron los hermanos, pues sabían que Varg era capaz de aguantar las más violentas caídas. Varg regresó completamente tranquilo y sereno, simulando ante sus hermanos la mayor indiferencia, a pesar de que estaba sangrando por la nariz y al respirar parecía que las costillas quisieran reventarle la piel; por lo demás, Varg siempre estaba de muy buen humor; ahora sabía que ni siquiera un caballo salvaje y sin domar era capaz de quitárselo a él de encima. Y entonces Varg quedó convertido en el único, en el gran domador de caballos; sus hermanos, que también se habían convertido en unos magníficos jinetes, no sólo no intentaron rivalizar con él,

sino que generosamente le rendían homenaje como a un maestro de jinetes; por una parte era el hermano primogénito, y por otra, había sido el primero que había tenido aquella idea luminosa. Así, pues, el caballo se convirtió en el destino de Varg y del pueblo que de él descendería.

El hielo se había roto hacia el litoral, y Oso Blanco y todos sus hijos andaban muy ocupados en hacer planes de viaje por mar y en construir, nuevos barcos más perfectos. Todo el verano fué un período de actividad febril y de ajetreo sobre el mar.

Hacia el otoño, Varg desapareció.

Sus hermanos intentaron silenciar este hecho; pero cuando su padre los

apremió exigiéndoles una respuesta, ellos dijeron, por toda explicación, que Varg se había marchado con los potros salvajes. Era todo lo que sabían.

Pero la verdad de la historia es que en él otoño, cuando la estepa tomaba un color terroso y todas las aves de paso se aprestaban para el viaje, se apoderó de él la melancolía. Vió que ni siquiera el sol tenía un lugar permanente, pues cada vez iba naciendo más al Sur y avanzando más bajo por el cielo, para irse más temprano a descansar. Ya se había alejado mucho y seguía llevando trazas de alejarse más. Pero los días todavía eran claros; la estepa estaba envuelta en una fría luz de despedida, bajo la que cada tallo mustio se desperezaba, no

verde ya, sino extrañamente luminiscente y luctuoso, en el aire encalmado. Una tardía abeja solitaria iba dejando oír intermitentemente su leve zumbido aquí y allá, buscando dónde pudiera encontrar una flor tardía. Enjambres de pájaros que, en vuelos acrobáticos, se lanzaban a derecha e izquierda, arriba y abajo, se oían a leguas de distancia durante los días de sonora claridad. Allá en el cielo diáfano tremolaban o se arremolinaban las telarañas para luego desvanecerse en los aires; las ocas salvajes emprendían la marcha a la luz de la luna. Y Varg sintió que el verano se iba, que el recuerdo se iba... Todo se iba.

Pero al ver que también se iban los

caballos salvajes, al ver que una manada tras otra emprendían la marcha emigrando hacia el Este y el Sur, perdiéndose en la lejanía como una mancha de niebla, a ratos dispersa y a ratos reunida, entonces le pareció a Varg que su corazón quería salirse para ir en seguimiento de los caballos. Lloró inclinado sobre las huellas últimas que ellos habían dejado impresas en la tierra como un recuerdo final; la nostalgia de verlos partir; la estepa, que ahora aparecía desértica y desolada; el recuerdo del mundo, tan lejano ya, de donde salía el sol, le atenazaba la garganta como si fuera a ahogarlo. Ya no podía alentar, de pura nena. Como un cuchillo hundido en sus carnes, le dolía

pensar que aquella tenue nubecilla de polvo perdida en la insondable lejanía era la manada en que iban los caballos al trote, llevando por guía al más viejo de ellos, con las jóvenes yeguas en el centro, flanqueadas por jóvenes caballos para su defensa y protección, ¡Qué bien los conocía!

En la manada siempre había algunos que corrían en parejas y que no se encontraban a gusto si no iban juntos. ¡Amistad de los caballos! Ciertamente es que no tenían manos para asir las cosas, sino sólo córneos cascos; cierto que no sabían hablar, pero ¿quién podría expresar la delicia que representaba el ver cómo ellos se cruzaban recíprocamente las cabezas sobre el

cuello? ¡Ah, ningún calor, ningún aroma tan exquisito como el olor del caballo!. Varg no sabía lo que le pasaba. Sentía que tenía que ocurrir algo. De buena gana se hubiera metido bajo tierra, abriéndose una fosa con sus propias manos; corrió de un lado para otro, describiendo círculos absurdos; sacudió violentamente la cabeza; sentía que, si se detenía en algún sitio y se daba cuenta de su propia nostalgia, no podría vivir.

Estaba acostumbrado a detestar las emociones; odiaba el sentirse conmovido, y para desahogarse prefería hacer alguna locura, que de todos modos no le producía vergüenza, como una emoción; pero en estos momentos sentía

que sólo una acción insensata, como lanzarse a las llamas, podía constituir un sedante para él. Y he aquí que un día se unieron en él el azar y la inspiración. Se había puesto en marcha uno de los últimos rebaños de caballos salvajes, dirigiéndose a todo trote hacia el Sudeste. Varg estaba tendido detrás de un matorral de la estepa, siguiendo con la vista sus movimientos. A la cabeza del rebaño venía corriendo el caballo que los acaudillaba y que era el animal más fuerte de todos; de repente notó Varg que venía en derechura de la maleza que le servía de escondrijo; el caballo iba a pasar muy cerca de él. Ante sus ojos vió como una nube negra y en aquel mismo instante hizo lo que

constantemente había pensado: al pasar al trote el caballo cerca de él, Varg, poniendo a contribución su fuerza y su agilidad, saltó en el instante mismo en que el caballo había descubierto su presencia dando un giro para volverse. Casi sin que él mismo se diera cuenta, Varg siente en su puño las crines del animal, y, corriendo al lado de éste, da tres largos saltos sobre la marcha, hasta que logra despegarse de la tierra y quedar montado, tal como había soñado. Dos o tres hermanos suyos, desde un lugar de la estepa donde se encontraban en aquel momento, lo vieron desaparecer montado firmemente sobre el caballo, el cual, a un galope enloquecido, salió disparado hacia la

línea del horizonte, siguiéndole en pos la manada, envuelta en una nube de polvo. Al cabo de breves minutos Varg y los caballos salvajes habían desaparecido detrás de la última tierra visible. Sus hermanos no esperaban que él regresara a pie.

Oso Blanco sabía a qué atenerse y no temía por la suerte de su primogénito. No obstante, transcurridas algunas semanas sin que Varg regresara y viendo que Primavera lloraba su muerte, Oso Blanco se puso en marcha camino del Sur, recorriendo dos o tres jornadas para hacer averiguaciones cerca de los *tejones*, los indígenas errantes que habían plantado su campamento de tiendas en las regiones del Sur. Los

tejones le dieron razón de su hijo, como él esperaba, declarando que éste habitaba allí, en las zonas del Este, en compañía de una muchacha de prodigiosa hermosura. Dijeron que Varg la había robado en pleno día, cosa que — decían ellos — exigía (con perdón) una indemnización por daños y perjuicios, indemnización que, sin duda alguna, estaría dispuesto a pagar el jefe de la tribu por amor a su hijo. Añadieron que ambos jóvenes vivían bastante miserablemente, solos y aislados del mundo en unos pastos lejanos, en los que, según noticias, vivían en común con los caballos salvajes, alimentándose principalmente de leche de yeguas. Le manifestaron que

muchas cosas tenían que referir de él. Según los *tejones*, ningún ser humano tenía la vida segura en la zona donde Varg se encontraba, pues éste tenía la insensata costumbre de montar sobre las bestias y lanzarse trotando por el mundo como una exhalación, y que si se le antojaba conseguir algo, él se lanzaba disparado, a lomos de un caballo salvaje, para obtenerlo. Muchos afirmaban rotundamente que Varg era un ser sobrenatural, que por abajo tenía la forma de un caballo con sus cuatro patas y por arriba era hombre; pero esta historia no había traspasado los límites de aquella zona interior de la estepa. Afirmaban que allí mismo le habían visto con sus propios ojos echar pie a

tierra y que, por lo menos, había demostrado gustos humanos al haberse fugado con una mujer en la grupa del caballo. Parece ser que ella se había enamorado tan perdidamente del hombre como el hombre de ella; montada en cuclillas sobre el caballo salvaje, seguía a Varg en todas las correrías. Pero — agregaban, mirando de reojo con una mirada ladina — si de tal capitán como Oso Blanco había podido salir un vástago como Varg, también de un *tejón* bien pudo nacer una muchacha tan loca para huir.

Oso Blanco les dió las gracias por la detallada información que le habían facilitado y emprendió el regreso. ¡Vaya, vaya! ¡Conque Varg había realizado otra

de sus increíbles hazañas! Ahora sí que cabía esperar que la vida iba a tomar un rumbo distinto para cada nueva generación. Oso Blanco no podía negar que su trato con aquella muchacha le disgustaba; por aquellos indígenas sentía, incluso, más compasión que aprecio, y jamás se había imaginado que él pudiera llegar a ponerse en contacto de este modo especial con aquella chusma. La familia de Oso Blanco era la única raza blanca introducida en Livonia; por tanto, no había en el país otra clase de mujeres que las indígenas. Nada podía hacer; era preciso dejar a Varg que viviera su propia vida y que él solo pechara con las consecuencias. Primavera estaba inconsolable; el hecho

de que también ella en su juventud se hubiera fugado con Oso Blanco no mitigaba su dolor. Varg era un hombre perdido para su patria.

Y he aquí que, al llegar el invierno, Varg regresó de improviso. Venía en un trineo, precedido por dos magníficos caballos fogosos y adiestrados. El vehículo venía cargado de renos muertos y congelados que él traía para la despensa de su madre, igual que en los tiempos pasados cuando regresaba de la cacería. Ella se lo agradeció como un regalo. Grande fué la alegría que se produjo cuando todos volvieron a reunirse; nadie dejó traslucir la menor extrañeza, sobre la desaparición de Varg ni sobre su repentina reaparición. No se

formuló la menor pregunta. Sus hermanos lo encontraron igual que antes, sin haber experimentado ningún cambio, a no ser la barba que se había dejado, una barba que, por desgracia, casi ni se notaba, por ser de un rubio muy claro, razón por la cual él se la tiznaba a escondidas con hollín cuando se hallaba al amor de la lumbre. Parecía tener los ojos hundidos; su aspecto era bastante brusco y esquivo, pero tenía el semblante extraordinariamente contento. Pese a su extremada delgadez, asombró a sus hermanos con demostraciones de fuerzas y habilidades prodigiosas. Nada se habló sobre las cosas que en otro tiempo él había vivido ni sobre el mundo enigmático de que él se había

hecho dueño allí en la región esteparia. Sólo permaneció dos días, al cabo de los cuales regresó por el camino que le había traído, saliendo rumbo al Este con su trineo vacío tirado de aquellos dos caballos maravillosos, lanzados a un galope magnífico.

En el momento de la despedida, el viejo Oso Blanco había dejado escapar la observación de que el viaje hubiera sido mucho más agradable yendo dos en compañía, pues así el viajero no tenía que dejar atrás personas por las que sentir preocupación. A esta observación Varg contestó asintiendo con movimientos de cabeza, dando a entender que era un hombre que sabía perfectamente lo que quería, pero que

también sabía aceptar y recordar siempre un buen consejo.

Más de un año transcurrió antes de que lo volvieran a ver. Pero he aquí que un buen día llegó de visita, trayendo esta vez consigo todo cuanto poseía. Todas sus propiedades se vió que consistían en una incontable manada de caballos; ni el propio Varg sabía su número, aunque era capaz de reconocerlos a todos uno a uno. No estaban domesticados en el sentido estricto de la palabra, pero Varg sabía mantenerlos juntos y los alimentaba por las buenas o por las malas, caminando a caballo alrededor de ellos, señalándoles el rumbo que él quería seguir e impidiendo que ni uno solo se desbandara.

En esta labor le secundaba su esposa, a quien la familia de Varg llegó a ver y conocer.

La compañera de Varg se llamaba Tju y era como un torbellino que barriera la estepa cuando pasaba por ella como una exhalación entre gritos de júbilo. Montaba con tanta audacia como Varg, toda fuego, toda llena de vida, ágil y flexible como una gata joven. Si la familia de Oso Blanco había adquirido en el glaciar un pelo rubio y una tez clara como la lluvia, en la estepa jamás visitada por las nubes, Tju tenía el color tostado del ardor del sol y el pelo más negro que la noche. Sus ojos, muy salientes, casi al ras del rostro, tenían el color oscuro de la miel añeja. No era

hermosa, pero irradiaba vida y poseía unos miembros diminutos, ágiles como ardillas, y dientes firmes, de una blancura maravillosa. Cuando tenía las manos ocupadas y necesitaba agarrar algo lo asía con la boca, hincando tan firmemente sus dientes que quedaba agarrada al objeto, de modo que no se soltaría aunque la llevaran arrastrada por el suelo atada a la cola de un caballo. En ella no se veía otra cosa que las zarpas, la energía y, además, una risa franca, sin inquietudes. Era nerviosa y reidora. En su alforja de cuero, colgada a la espalda, llevaba un niño que no se trastornaba ni agitaba aunque ella llevara andando a caballo un día entero y en cuya sangre iba penetrando ya a tan

temprana edad el ritmo del galope. Primavera asía la alforja por sus cuatro picos y sacaba de ella al niño para contemplarlo; parecía crecer lozano y radiante; se parecía muchísimo a su madre; era de color atezado y de cara chata, pero tenía los ojos azules y las manos de Varg. Cuando el niño extendió las manos hacia su abuela, ésta le levantó un altar de idolatría en su corazón.

La familia de Varg sólo se encontraba allí de paso, yendo de un lado a otro con su rebaño por las diferentes zonas de pastos. Todo lo que poseían era este numeroso rebaño, aparte de una pequeña tienda de pieles, en la que dormían por la noche. Seguían

alimentándose de leche de yegua, a la que se habían aficionado durante la primera — loca y deliciosa — época de su destierro.

Así anduvieron vagando durante unos años; pero cuando los caballos, por el trato mutuo, se hicieron más tranquilos y sociables entre sí, lo mismo que la familia, Varg fundó un poblado en su tierra, a orillas del mar, cerca del poblado de su madre, y allí fijó definitivamente su residencia, continuando dedicado a la cría de caballos.

De los descendientes de Varg y Tju habían de salir más tarde los inquietos pueblos de jinetes de Asia, en cuyas venas corría tanta sangre del Norte

como del Sur. De ellos procedían todos los nómadas de las estepas, libres como los pájaros, que han venido galopando a través de los siglos.

Y del caballo salvaje que acompañó a Oso Blanco en su regreso al Upland, y que más tarde viajó alrededor de Europa a bordo de los barcos de sus hijos, desciende el corcel de guerra que convirtió a su propietario — jinete o caballero — en amo del mundo. De él procede también el laborioso y sufrido caballo del campesino, que arrastró el arado abriendo el surco creador del trigo, que había de ser el sustento del labrador, del mismo caballo y de infinidad de seres vivientes.

Como para perpetuar la memoria

del resoplante corcel que Varg y Tju se habían llevado allá al país sin ley, brilla ahora una constelación en el cielo.

LA ALONDRA

HUBO un navegante que se llamaba Svein. Llegó a bordo de su embarcación a una tierra que casi se confundía con el mar y que estaba constituida por numerosas islas bajas, entre las que había fiordos y estrechos. En uno de estos fiordos se perdió. Anduvo errante entre cabos, bahías e islas durante tanto tiempo, que al fin se enamoró de aquel país.

Aquella tierra emergía del mar con una superficie llana, sólo alterada por suaves declives de enorme extensión; tierra pedregosa, profusamente sembrada de peñascos, olorosa a tierra

mojada, como si el glaciar se hubiera retirado todavía la víspera. Parecía recién creada. Svein desembarcó. Le pareció acogedora aquella playa, cubierta de finísima y límpida arena; las olas morían en un círculo de policromos guijarros redondos que ludían unos con otros con un ruido casi imperceptible. Las praderas llegaban al mar casi confundiendo su verdor con el azul de las aguas. En el interior había ubérrimas praderas y zonas pantanosas cubiertas de musgo, un naciente bosque de árboles muy diseminados y, en medio, extensos brezales. Soberbias piezas de caza corrían en todas direcciones, y el fiordo que recogía el agua de arroyos y torrentes, discurría lento entre flores y

remansos, relampagueando de peces. Y por encima de aquel paisaje, cuya tierra baja apenas se refleja en el mar, se extendía, inmenso, el cielo con túrgidos mares de nubes y dardos de luz lanzados por el sol, escondido.

Svein se trasladó a otra región; pero, incapaz de olvidar aquella tierra llana, regresó de nuevo a ella. Era en las primicias de la primavera y soplaban una fresca brisa. Las nubes iban y venían descargando aguaceros como si sintieran un extraño amor a aquella tierra.

Sobre los pardos campos se veían los equisetos que habían brotado al lado de las toperas como finos dedos. Bajo ellos, en el suelo, que absorbía la humedad, se veían a la luz del sol

piedrecillas como ojos húmedos, y entre el césped delicado crecían unas cuantas flores amarillas sobre tallos enmohecidos. En las laderas de las colinas del Sur aparecía la tierra como una alfombra verde en la que delicadas trinitarias miraban hacia el cielo como minúsculas caritas lívidas de frío.

Sombras de nubes barrían sin cesar los campos mojados. En un momento la comarca quedaba oscurecida y pocos minutos después irrumpía súbito el sol, galanteador y triunfal, dilatándose radialmente como una rueda, expandiendo sus llamas por el mundo, para luego desaparecer. Las nubes iban exhalando su frío aliento sobre la tierra, como espectros de un mar errante que

subiera por las laderas, persiguiéndose unas a otras acosadas por el viento, grávido de los efluvios de la tierra.

Allá arriba, en el cielo agitado, donde las nubes se iban ennegreciendo y el sol asomaba a ratos con un calor que entibiaba los párpados, se cernía la alondra, deshecha en trinos y gorjeos.

Ebria de alegría flotaba la alondra en el espacio, ya en la luz, ya en la sombra, cantando sin cesar, sumida en un sueño extático: ¡tanto se ensanchaba su pecho con aquel aire puro! Tan alta se remontaba en su ascensión vertical, que la luz y las nubes se la tragaban de modo que parecía que era sólo el húmedo aire el que pasaba cantando, altísimo, sobre la tierra, mientras del desnudo suelo

salían a borbotones los límpidos manantiales.

Y las noches templaron. Las ranas, hundidas de cuclillas en el agua hasta el pecho, cantaban como duendes en los pantanos, donde todavía fulguraba la imagen dorada del sol. Abajo, en el fondo, brotaban garras verdes en las negras y grotescas raíces del cálamo aromático. Los prados estaban llenos de brotes que se habían recubierto de blancas películas para protegerse contra las caprichosas variaciones del clima. Vinieron las aves de paso. Toda cosa viva germinaba.

Pero los oídos de Svein habían oído el canto de la alondra. Y Svein resolvió quedarse allí. Allí habían de

crecer sus hijos, que un día poseerían la tierra. Esta región había de recibir más tarde el nombre de Dinamarca. Svein se estableció en la cuenca de un fiordo resguardado y tranquilo junto a la desembocadura de un río. A lo largo de aquella cuenca se extendían selvas y zonas pantanosas, y más arriba, en las colinas, comenzaba el páramo.

Apenas los hijos de Svein comenzaron a andar a gatas aparecieron entre los brezos con sus cabelleras de color rubio claro y así se familiarizaron con las cosas de aquel mundo nuevo. Se acercaban a los grandes cantos rodados diseminados sobre el erial, cada uno de los cuales presentaba rasgos característicos y definidos, o unidos

formando verdaderas sociedades. A veces se quedaban pasmados, con las manos a la espalda, ante aquella callada grandeza, esperando que apareciera una señal de vida. Extendían su minúsculo dedo hacia los matorrales de enebro que destacaban entre los brezos; pero al notar que les pinchaban la mano no volvieron a acercarse a ellos.

Los niños entablaron relaciones de amistad con mil cosas de aquel mundo; se hicieron amigos de aquellos brezos que parecían arbolitos de hierro y presentaban en todas sus ramas una especie de rosas escamosas; de las hojas perpetuamente verdes del arándano, que parecían minúsculos barquitos, adornadas con unas bolitas

que exhalaban un fino aroma silvestre. Florecía la retama con un color de fuego, echando más tarde vainas negras semejantes a espadas carbonizadas. En un lugar apartado se erguían las pintadas orquídeas y los banareros; entre la áspera alfombra de líquenes que se extendían bajo los brezos reptaba el licopodio, asomando sus brotes de largas puntas para contemplar el mundo exterior: éste era el árbol de verdor más claro y el más cándido de todos.

En los cálidos días de, verano, cuando, a través del erial, resonaba por doquier el chirriar del grillo, por encima de los brezales se divisaban espectrales reflejos de bosquecillos y lagos.

En las noches claras los niños

permanecían en vela con frecuencia, pensando en aquellos guijarros redondos diseminados sobre el páramo como cabezas. Ellos alzaban luego la vista para contemplar la profundidad de la noche clara; por su alma infantil, semidespierta y clarividente, acaso pasaba el oscuro recuerdo de una etapa de aquella maravilla de los tiempos remotos; el recuerdo de una selva tropical que había cubierto todo el Norte, extendiéndose bajo noches eternamente luminosas.

Y aquí termina el mito de Dreng.

TERCERA PARTE

NORNE-GAEST

APARECE GAEST

HABÍA nacido en Seelandia. La primera cosa que quedó grabada en su memoria fué la imagen de un serbal cuajado de bayas, que, meciéndose sobre su cabeza como una hermosa aparición roja, había hecho levantar sus ojos a un mundo hecho de ramajes frondosos y copas de árboles, verdes y altísimos, llevando su mirada al cielo azul, en el que grandes cosas blancas se perdían en una profundidad radiante. Fué aquélla la primera vez que sus ojos vieron la luz del día.

En un punto del cielo azul vió algo que alumbraba y emitía un calor tibio; al

mirarlo sintió en sus ojos como un enorme fuego blanco que irradiaba luz como un anillo y luego ya no vió más que tinieblas, una oscuridad llena de colores vivos, todos diferentes. Al abrir de nuevo los ojos vió danzar en el espacio manchas lívidas, espectros del sol, que se reproducían en los árboles, en el cielo y en todo lo que miraba.

Su madre lo había dejado boca arriba, bajo un árbol, en el lindero del bosque. Advirtió que el niño había comenzado a distinguir las cosas que lo rodeaban. Vió que en sus delicados rasgos se estaba dibujando un futuro portento. El niño encogía brazos y piernas, pestañeando asustado cuando un pájaro salió de un matorral para

quedarse parado un momento fuera haciendo vibrar sus alas antes de volver a esconderse en la maleza. Se quedó igualmente estupefacto al ver cómo un gusanillo verde bajaba hasta meterse en una invisible telaraña, oscilando en el aire por encima de su cabeza. Su madre le sonreía con alegría y con pena, como suelen sonreír las madres...

El pequeño Gaest, evidentemente, no comprendía el mundo en que acababa de entrar.

Por eso le dió el nombre de Gaest, que significa *forastero*. Él había venido al mundo desamparado, mudo y extraño en el país; había venido de un mundo desconocido a otro igualmente desconocido.

Apenas hizo su entrada en el mundo, en todos sus actos se reveló como un niño perfecto. No tardó en comenzar a servirse con sus manos llevándose a la boca cuanto encontraba.

Solía pasar la mayor parte del tiempo durmiendo plácidamente en el capacho que colgaba de la espalda de su madre, recibiendo mil sacudidas cuando ésta se doblegaba para recoger mariscos en la playa.

Apenas acababa de aprender a andar, cuando un día, después de una tormenta, saltó torpemente de las rodillas de su madre para ir a apoderarse del arco iris, que se alzaba con un pie sobre el césped, aparentemente a dos pasos de él; pero el

policromo arco iba retrocediendo a medida que él se acercaba; y cuando el niño hubo bajado hasta la playa vió que el arco estaba ya allá lejos, con sus columnas sobre el agua; sin vacilar, el niño se arremangó su pequeño vestido de pieles y comenzó a avanzar por el mar; su madre tuvo que lanzarse a la carrera para alcanzarlo, y, cogiéndolo en brazos, lo condujo a tierra meneando la cabeza y riéndose a carcajadas de la temeraria audacia del pequeño. Jira evidente que el chico tenía el propósito de llegar muy lejos.

Cuando todavía no era más que un muchacho abandonó su tribu por propia iniciativa. La madre de Gaest vivió en la Edad de Piedra. Se llamaba Gro y fué la

madre de toda la tribu. Todo el poblado estaba lleno de niños; la misma Gro tenía una multitud de ellos, pero le costaba trabajo distinguir a los suyos de los ajenos, por lo que siempre andaba vigilante e inquieta. Siempre que Gro veía a un niño con sus bracitos extendidos lo levantaba en brazos y lo adormecía apretándolo contra su pecho. Era la primera en aparecer, de mañana en el poblado y la última en ir a dormir; nunca se supo de nadie que la hubiera visto dormida. Gracias a ella la tribu se mantenía naturalmente unida, sin necesidad de coacciones; entre los hombres no se sabía quién llevaba las riendas del gobierno, pues todavía no se había elegido a ningún jefe; si alguna

vez surgía algún desacuerdo, el pleito casi siempre quedaba zanjado al acudir a Gro para pedir consejo. Todos los hombres la amaban.

Bajo la custodia y protección de Gro, Gaest pasó su infancia en un soleado arenal que se extendía entre el bosque y la orilla del mar.

EL POBLADO

EL lugar donde nació Gaest, en Seelandia, estaba bastante retirado y escondido; no estaba situado en la misma costa, sino en un fiordo abrigado hacia el Gran Belt, un poco hacia el interior.

Mirando desde el mar, nadie podría adivinar que la costa estaba habitada; se parecía a un largo bosque espesísimo que flotase sobre las olas, pues la tierra casi era invisible, por ser muy baja. Doblando la costa visible se adentraba en el mar otra lengua de tierra cubierta de bosque que, vista desde el mar, no se sabía si era un rincón de la misma isla o

si era otra de aquellas islas bajas danesas que parecen flotar entre el Báltico y el Kattegat.

Sobre la comarca giraba el cielo con nubes enormes, como islas que navegaran lentamente, nubes en el cielo, nubes sobre el mar; rodaban espumeantes las olas; inmenso y azul era el resplandor del día, un día lleno de quietud y de paz. Sólo gaviotas y aves marinas dejaban oír a lo largo de la costa una fina música marina; silenciosa emergía la foca de entre las aguas con sus ojos húmedos y brillantes dirigiéndose hacia tierra; sobre el bosque se levantaba una columna de humo; en el bosque sobre el que flotaba aquel humo vivían seres humanos. Una

playa pedregosa y una pequeña duna separaban al bosque del mar. En la periferia el bosque estaba constituido por plantas y arbustos apretados contra la tierra, aplastados por el viento y formando una masa compacta e impenetrable; hacia el interior los árboles iban aumentando gradualmente de altura; desde el mar, el bosque daba la impresión de un techo inclinado y liso que se alzaba desde la ribera hacia el interior, siendo aparentemente más accesible por la parte superior de las copas que por entre los troncos de los árboles. Dijérase que la tierra había vuelto la espalda al mar. En un punto próximo a un cabo se adentraba en tierra un brazo de, mar difícil de distinguir

para el que no lo conociera y que en el interior se ensanchaba, convirtiéndose en un fiordo, junto al cual comenzaba un bosque.

El interior del fiordo estaba más soleado, tranquilo y silencioso que la costa exterior, azotada por los vientos. Aquí el sol brillaba la mayor parte del día; el agua, aprisionada en una bahía, estaba completamente tranquila y tersa, y a través de ella se transparentaba brillante la arena y sobre su superficie relampagueaban los reflejos del sol de mediodía. El fondo arenoso era un enorme banco de ostras.

La bahía estaba enmarcada por una playa pedregosa y llena de algas en el interior, bancos bajos de grava pulida y

grandes bloques de piedra que habían rodado al fondo. Dominando todo este paisaje se erguía el bosque. Pero, a diferencia del bosque situado a la orilla del mar, que arqueaba su lomo haciéndose impenetrable, este otro formaba una bóveda ventilada, de árboles bastante separados con elevados troncos que parecían las columnas de cien puertas de salida hacia la bahía. Las grandes y tupidas copas de los árboles formaban un techo inmóvil y tranquilo, lleno de sol. Los días allí eran siempre calmos, serenos, silenciosos.

A aquel paraje afluía un número enorme de gaviotas; blancos de gaviotas estaban los bancos de arena del interior, donde el agua, tibia, tenía sólo unas

pulgadas de profundidad; las gaviotas chillaban, disputándose su botín; todo el día se lo pasaban gritando desaforadamente, aleteando y haciendo evoluciones y posándose en las grandes piedras de la bahía; la elocuencia que derrochaban en su guirigay resonaba, pasando por encima del bosque, al otro lado del fiordo, donde había otro cerro boscoso, abovedado y lleno de sol. Sobre este escenario se extendía el azul del cielo estival, con un techo de nubes blancas que se reflejaban en la bahía, mezclando su blancura con la blancura de las gaviotas.

En el aire encalmado flotaba una neblina cálida y espesa formada por las emanaciones desprendidas de las algas

en fermentación del agua salada bañada de sol, de las conchas abiertas que había, dejado en seco el reflujó de la marea y que comenzaban a descomponerse, y de los excrementos de las gaviotas: entre todas estas cosas se mezclaba un olor a especias y a verde de bosque, el aroma de la frambuesa arrastrado por el aire y el perfume de la miel procedente de los claros soleados del interior del bosque, donde mezclaban sus tallos flores y gramíneas.

Al llegar la noche, todo el aire se poblaba de sonoridades. Sobre la superficie del mar se asomaba la foca, saltaba sobre un peñasco que afloraba en la bahía y se echaba de costado para dormir. En la noche se vislumbraban, a

veces, unas cosas largas, parecidas a troncos de árboles, que se arrastraban en el crepúsculo. Dentro de la bahía había cazadores que habían advertido la presencia del tritón. Comenzaron a hacer maniobras para cercarlo. Les parecía que tenía abundante y rica carne y que su piel era preciosa. Y así decidieron sorprenderlo con astucia y clavarle el arpón antes que cerrara por completo la noche. Pero el tritón pronto solía darse cuenta del plan de los cazadores y se lanzaba al mar, y los hombres regresaban tan silenciosamente como habían venido, arrimando sus canoas a la playa. Luego a las mujeres, que ya, en la espera ilusionada, habían preparado la hoguera, les explicaban con mil

rodeos que aquello que habían visto no era realmente un tritón, sino un ser sobrenatural, puesto que había dado pruebas de un ingenio infinitamente superior al suyo.

Un poco más allá del borde del mar, y en dirección al cerro, estaba el poblado. Allí no había mucho que ver. Las diez barcas de madera ahuecada que habían sido remolcadas a la orilla, desde cierta distancia se confundían con árboles derribados, de los que había tendidos un buen número desde el bosque hasta el cerro, y desde allí no podían distinguirse siquiera las cabañas situadas arriba, en el lindero del bosque; éstas eran túmulos, es decir, verdaderos agujeros practicados en la tierra, con

pared de piedra y coronados por un tejado de turba verde, que se confundía con el césped circundante. En el verano la mayoría de la gente gustaba de dormir fuera, junto a la hoguera, bajo una tensa piel apoyada en unas varas; sólo las mujeres y los niños pequeños vivían todo el año en los túmulos.

Pasaban todo el día en la misma playa, donde estaba ardiendo continuamente el fuego, cuando no iban al bosque o a los bajíos a pescar.

Allí en la playa realizaban sus faenas; allí comían, dejando los residuos de la comida sobre los de las comidas de épocas anteriores; largas y tentadoras pilas de conchas de ostras vacías y otros restos les traían el recuerdo de

anteriores banquetes. En la playa se sentían como en su propia casa.

En la parte situada más abajo del lindero del bosque y del cerro, donde casi siempre había abrigo, flotaba inmóvil, bajo un sol de fuego, un olor acre, penetrante y desagradable, mezclado y espesado con el olor a pescado podrido, a algas y sangre de animales muertos en estado de fermentación, a cal descompuesta y a agua salobre agriada, a todo lo cual se añadían el humo que salía de la hoguera, los zumos aromáticos de los árboles lujuriantes, el cálido tufo de los rescoldos y de la ceniza mojada, sin olvidar el tufo apestoso de los perros y el que despedían los cuerpos humanos

mojados de agua marina y de las cabelleras enmarañadas. Imposible acercarse al poblado sin estornudar.

Ved a aquellos hombres comiendo sentados; a su lado está la playa, que es una inmensa despensa; las paredes de su comedor son las brisas suaves del estío; el tejado que los cubre, la infinita bóveda del cielo.

¡Qué sereno y radiante se extiende el cielo sobre la llana playa tibia! ¡Cómo los doseles y abismos de las nubes se reflejan en el mar, cómo la golondrina de mar se lanza vertical y silenciosa, en el ardor del mediodía, sobre su propia imagen reflejada en el agua, cómo el cielo y el mar se apoyan el uno en el otro, como dos mundos

hermanos!

Bajo la lejana línea del horizonte retumba el trueno; se sienten breves sacudidas subterráneas, como si algo avanzara por las entrañas de la tierra. Diríase que nunca había habido otra cosa que mediodía y canícula...

EL ALBA DE DINAMARCA

EN plena canícula, casi imperceptible, el sordo rugir de la tormenta lejana que sacude las islas danesas es como la imagen agigantada del quejido exhalado por glaciares en trance de alumbramiento, con el gemido que anuncia el nacimiento de la tierra. A la misma altura a la que ahora pasan volando sobre el Báltico las nubes esféricas nimbadas de resplandor, se habían dilatado antaño el hielo y la nieve formando una sólida cordillera, una masa única que se extendía desde el polo Norte hasta muy al interior de la Europa Central.

Al fundirse el hielo. Dinamarca emergió del mar en forma de bancos de grava, bajos y desnudos; campos de arcilla y piedra que el glaciar había arrastrado de los montes de Noruega, triturándolos en su largo rodar y que quedaron hundidos en el fondo del mar al derretirse el glaciar, de modo que este fondo se fué engrosando y creciendo hasta convertirse en islas, efecto del colosal trabajo de aluvión del glaciar, que descortezó gran cantidad de tierra para formar una tierra nueva.

Después del gigantesco y brusco deshielo, aquella región quedó batida por los vientos; huracanes diluviales barrían las numerosas islas e islotes recién formados y completamente

pelados, que formaban campos de grava inmensos y constelados de grandes peñascos chorreantes, atravesados por una red de estrechos ríos y canales que corrían entre las costas y de una red de lagos y cursos de agua en el interior; todo estaba cubierto de agua; en los primeros siglos que siguieron a la fusión del hielo, cuando la tierra todavía estaba fría, diluviaba sin cesar; más tarde, al entibiarse la temperatura, apareció una niebla cerrada que se pegaba a la tierra durante todo el año; pero al final triunfaron el sol y el viento, los cuales secaron las islas de tal modo que las gaviotas pudieron andar con sus pasos menudos sin hundirse en la tierra reblandecida; luego, poco a poco, y con

el concurso de múltiples factores, los desnudos bancos de grava inmersos en el mar comenzaron a transformarse en tierra firme.

Los primeros seres vivos en llegar fueron las palmípedas, que vinieron en colosales bandadas produciendo una blancura cegadora en el aire espeso, húmedo, visible; blancas como la espuma que coronaba las olas plumizas, como las últimas nieves de abril, que alfombraban el interior de la tierra firme, como la túrgida diadema de las nubes transverberadas por el sol, estas aves se instalaban en las islas para incubar, mezclando sus huevos con las peladillas policromas que abundaban en la parte alta, confundiéndose con ellas;

así se empollaban las nuevas nidadas de gaviotas, que tenían el color del medio en que habitaban y que nunca volaban más que para ir a incubar allí.

El agua de los lagos y la procedente de las inundaciones permaneció fría durante largo tiempo, y era tan clara, que dejaba ver en el fondo la más minúscula piedra; con las heladas nocturnas se congelaban estas aguas, formando verdaderos puentes sobre las piedras, bajo las cuales todavía existía el hielo conservado durante milenios; pero a medida que el sol fué afianzando su imperio, el agua se fué tornando tibia y comenzó a albergar seres vivientes, seres minúsculos y casi imperceptibles que se iban multiplicando, tales como

algas e infusorios sembrados por el viento. Aparecieron los primeros insectos, barridos de la tierra firme por una tormenta de primavera; depositaron sus huevos en la tona del agua y pronto comenzaron a pulular una multitud de larvas; cada charco se convertía en un microcosmos viviente todavía frío, todavía desnudo. Pero ya están apareciendo las plantas; líquenes y musgos revisten las numerosas piedras, extendiendo un manto verde sobre los extensos campos de grava; algunas aves dejan caer semillas, otras semillas vienen arrastradas por el viento de las costas lejanas; en el fondo cuajado, juncos y carrizos extienden sus frías raíces; los equisetos propagan su fino y

pálido bosque sobre el terraplén de grava, y al abrigo de una pendiente arcillosa florece el tusílagó, cuyos copos habían volado el año anterior por el aire en un espléndido día y luego, durante el invierno, habían conservado en el subsuelo su virtud germinativa.

Con el viento y con las aves y con las corrientes marinas van llegando a las islas todos los gérmenes favorables para la vida. Primero aparecieron los seres más robustos y resistentes; a continuación, los animales de los que depende la vida de la población: primero las larvas que asoman por encima del agua la tráquea con ansias de vivir; después los batracios y otros animales que viven de aquéllas, y luego

los seres alados que se alimentan de los batracios. En los hoyos arcillosos entra la salamandra, semejante a un minúsculo dragón; el sapo se instala en un escondrijo que buscó bajo las piedras pegajosas; los estanques se llenan de ranas saludando a las primeras noches cálidas y a las primeras lluvias estivales con un coro infantil y unánime. ¡Ya resuena en el aire la gran orquesta primaveral, ya llegó la cigüeña!

La nutria sale a tierra y — sólo por variar — se zambulle en el agua dulce, codiciosa del cangrejo de río, mientras sobre los escollos situados frente a la costa las focas, parecidas a un hormiguero de gusanos, confunden sus ladridos con el fragor de las rompientes;

un rebaño de marsopas va cruzando a paso lento las aguas, sumergiéndose bajo las olas para asomarse de nuevo; tal va cambiando el escenario del país al paso de las estaciones, bajo un murmurio de pájaros, bajo las lluvias, bajo la nieve, sepultado en la niebla durante meses enteros y volviendo a exponer al sol su desnudez cuando soplan los vientos ahuyentando las nubes. Todos los inviernos se repite el período glacial: lagos, campos de grava y rocas forman una única masa endurecida, un nuevo bloque pétreo desde la superficie hasta el fondo; y todas las primaveras vuelve el deshielo, aunque el tiempo se va haciendo más cálido cada año que pasa. La tierra se

va desecando día a día y preparándose para dar asilo a plantas y animales.

Musgos y plantas acuáticas llenan los charcos y transforman vastos eriales inundados en pantanos cenagosos; llegan las aves de paso; vienen los ánades en zumbadores ejércitos, graznando; llegan cisnes, gansos y otras aves acuáticas a sondear con sus afilados picos el barro para pescar gusanos, lombrices y caracoles; vienen chorlitos, becardas y garzas, que han viajado mucho y quieren pasar allí el verano; viene el avefría con su desmelenado penacho y estrena la primavera para siempre; ya está en el cielo la alondra, mirando allá abajo la tierra desnuda recién creada o contemplando sobre su cabeza, deshecha

en cánticos, el sol formando grandes abanicos refrigerantes, apoyado en pilares de nubes.

En los lugares donde las aves han defecado y los musgos, y líquenes putrefactos han formado humus, van surgiendo más tarde flores y plantas herbáceas que cubren con su fría alfombra la tierra. Ya los sauces enanos encuentran substancias nutritivas con que alimentarse. Los primeros brotes de los sauces encienden su frío fuego la luz del primer sol frío. En aquel momento la tierra queda ya bastante seca después del deshielo.

El país está ahora transitable por todas partes; yermos pedregosos y dilatados pantanos se llenan de malezas

y sauzales; liebres, ratones y toda clase de roedores encuentran alimento adecuado en el país; siempre dispuesta a lanzarse sobre ellos, anda la zorra en acecho; sobre su guarida se ciernen inmóviles las aves de rapiña. De este modo transcurre rápidamente un milenio, al cabo del cual los renos invaden la región, y vuelven a evacuarla porque el tiempo no mantiene constantemente el frío que ellos necesitan; los veranos se van alargando paulatinamente, y, con lenta y paciente marcha, viene avanzando la selva.

El abedul enano es el primer árbol capaz, de desarrollarse hasta asentar y fijar sus raíces en el hielo, y está tan a ras del suelo, que el viento es incapaz

de marchitarlo, pues el árbol está como agazapado. Tras él viene el abedul al hacerse más benigno el clima; este níveo y esbelto árbol resiste tranquilamente la lluvia, el viento y el granizo, que atraviesa su dilatada copa; ha entrado en escena como un soldado apostado en una avanzadilla. Resiste él solo hasta que se multiplica y se convierte en bosque; cuando el viento cree que puede eliminar al abedul, no consigue más que llevarse su semilla, con lo cual muy pronto van apareciendo abedul tras abedul, formando un bosque cada vez más denso. En su compañía va brotando el álamo temblón, que se estremece de arriba abajo, pero no se rinde ni se muere, y, unidos todos, forman la

primera selva frondosa, elevada y accesible; aunque el huracán agita las altas copas, el bosque tiene ya rincones soleados y tranquilos, por donde anda el alce, olfateado por el lobo. También en el bosque, con su torpe y tambaleante paso, el oso voltea las piedras buscando ratones y hartándose de ramillas de arándano antes de meterse en su cubil invernal constituido por troncos derribados y cubiertos por un montón de nieve.

Más tarde aparece el pino, áspero y oscuro, envolviendo las piedras con sus raíces tortuosas para afianzarse. El enebro se arrastra a ras de tierra en los sitios batidos por el viento y se eleva erecto donde hay abrigo; donde no

brotan otras plantas, los brezos visten con su manto las alargadas colinas batidas por el viento.

Y al final, cuando resulta adecuado para él la combinación de sol, viento y lluvia, aparece el roble. Su desarrollo es lento; no tiene prisa por llegar a viejo; el abedul y el álamo temblón se retiran respetuosamente a los pantanos, y los abetos, a los campos pedregosos más áridos; el roble se extiende a sus anchas en el terreno de tierra más fina formando bosques con todos los árboles que van llegando a continuación de él: tilos, serbales, manzanos silvestres, avellanos, madreselvas y agavanzos van surgiendo bajo el robledal.

En la parte más distante, hacia la

playa, levanta el robledal una barrera de árboles abrigosos muy bajos y achaparrados que se sacrifican para formar un parachoques contra el viento; pero hacia el interior el bosque se espesa con todas sus malezas y espacios cubiertos de sombra: ésta es la historia de la selva contada por ella misma, desde la primera cebolleta, enana situada a ras de tierra hasta las altísimas columnas de los troncos que se alzan en el interior del bosque. El viento tiene cerrada su entrada a la selva y sólo pasa como un murmurio lejano por las crestas de las copas inmutables. La selva, compacta y sólida, cubre las islas formando un bosque continuo de costa a costa. Escondidos en ella están todos los

animales selváticos: ciervos, jabalíes, ardillas, tejones y todas las aves canoras del bosque; donde antes cantaba el viento de la estepa, se yergue ahora el bosque, encerrando en su interior su silencio y su secreto.

Tal era aquel país cuando la gente de la Edad de Piedra se instaló en él.

LOS HOMBRES DE LA EDAD DE PIEDRA

¿Quiénes eran? ¿Eran aquéllos los primeros hombres que posaron su planta en las islas danesas?

En los mitos relativos a la era glacial se cuenta el origen de los hombres del glaciario, descendientes de Dreng; los primeros de estos hombres eran cazadores de mamuts; más tarde ligaron sus vidas al caballo salvaje y al reno. En la época en que éstos atravesaban el territorio de Dinamarca, acaso alguna o algunas familias de la población primitiva hiciera su entrada

en el país acompañada de rebaños de renos, aunque también es verdad que éstos siguieron a aquellos hombres cuando salieron de allí y se perdieron hacia el Norte y el Este, en regiones donde todavía vive el reno en la actualidad. En la época esteparia, Dinamarca estaba unida continentalmente a Asia; más tarde los estrechos y canales rodearon las islas, separándolas de nuevo del Continente.

Los hombres de la Edad de Piedra eran navegantes. Emprendieron la ruta del Sur hasta llegar a las islas, partiendo de las costas bálticas, donde se había establecido la población del glaciar y mezclándose con los indígenas descendientes de los hombres de la

selva. Así, pues, los primitivos daneses tuvieron un doble origen.

Algunos viejos poseían leyendas retransmitidas por los padres de sus padres; leyendas que se contaban unos a otros, leyendas que hablaban de un pasado en que los hombres habitaban en una tierra remota; leyendas que hablaban de viajes realizados durante los novilunios, cruzando a bordo de troncos de encina ahuecados numerosos estrechos y rodeando las costas bordeadas de islas sucesivas; leyendas que decían que en aquella tierra lejana los inviernos eran muy suaves y que había años en que ni siquiera se veía la nieve. Decían que allí la gente vivía a orillas de grandes ríos, donde siempre

encontraban pescado en abundancia; que un hombre solitario y audaz fué el que encontró por vez primera estas islas en medio del Océano y en ellas se instaló, y que más tarde le siguieron muchos navegantes llevándose consigo a sus familias. Al principio aquellos hombres sólo se trasladaban a las islas en el verano, quedándose a pescar mientras el tiempo era bueno. Aquellos hombres eran generalmente jóvenes, que además de ser navegantes audaces, conocían la ruta. Pero cuando las noches se hacían frías, regresaban recorriendo a fuerza de remos el largo camino para invernar en la tierra continental. Con el tiempo llegaron a habituarse de modo que consiguieron pasar muy bien el invierno

en las mismas islas, ya porque así lo deseaban, ya porque, habiendo retrasado demasiado el regreso, se quedaron bloqueados por las tormentas de otoño, y al ver que podían aguantar perfectamente la estación, muchas familias se quedaron ya para todo el año en las islas y no volvieron a ver jamás su antiguo país de origen.

Las islas estaban deshabitadas; estaba intacta la caza, que era abundantísima y muy mansa; cualquiera podía coger los pájaros con la mano y los bueyes venían confiados a olfatear el hacha; los cazadores no se tomaban la molestia de ir a buscarlos a lugares tan distantes que fuera necesaria la mitad de un día para arrastrar la carga hasta el

campamento; se limitaban a tenderse junto a la hoguera, y cuando los ciervos, impulsados por la curiosidad, venían en plan de visita fraternal; los mataban sin necesidad de dar ni dos pasos. Pero luego los animales despertaron de su ignorancia y se hicieron más desconfiados.

A medida que se fué haciendo difícil la caza, fué disminuyendo el número de las gentes que llegaban a las islas como emigrantes; por otra parte, no siempre tenían buena acogida por parte de los primeros colonos que habían ocupado el país: a veces desaparecían tripulaciones enteras sin dejar el menor rastro. La ruta que conducía a las islas quedó al fin olvidada, y en las islas

tampoco había ya nadie que conociera el camino de regreso: los que lo habían recorrido a bordo y conocían los puntos de referencia para orientarse, hacía muchísimo tiempo que habían abandonado el mundo de los vivos. Pero tampoco tenía nadie deseos de regresar; tenían más que suficiente allí donde se encontraban y sólo deseaban que los dejaran tranquilos.

Las familias se convirtieron en pequeñas tribus que se diseminaron por las diferentes islas y costas, distanciándose tanto, que ni siquiera se conocían unas a otras, aunque tampoco tenían grandes deseos de mantenerse en contacto. Cada tribu se bastaba a sí misma y tenía una marcada tendencia a

considerarse como un grupo superior a los demás, a los que consideraban como despreciables extranjeros. Esta convicción de ser ellos los que constituían el centro del universo, la tenían también los habitantes del pequeño Doblado de cazadores y pescadores situados en la bahía donde había nacido Gaest.

Aunque todos eran capaces de conocerse unos a otros individualmente, no sabían calcular el número exacto que formaban. Con un ciervo, del que todos llevaban una parte, y con una cantidad igual de mariscos, la tribu quedaba bastante bien provista, a pesar de que no era una familia muy reducida, y la comida de cada día suponía un buen

trajín.

El mundo en que se movía la tribu no era grande: estaba constituido por la bahía, la parte más próxima del fiordo y luego el bosque, que se extendía hacia el interior y que ellos conocían al detalle aunque no en un radio superior al que un hombre puede recorrer en una jornada para estar de regreso antes del anochecer. Todo lo que estaba más allá de aquel radio apenas les era conocido y de momento no los tentaba a practicar ninguna exploración. Se cuidaban *mucho* de no pasar en la selva los límites dentro de los que ellos se conocían unos a otros: ¡Dios sabe qué cosas habría más allá de aquellos límites! No era raro el caso en que un hombre regresara al

poblado casi reventado de tanto correr y en un estado tan agitado que sus amigos tenían que echarse sobre él para inmovilizarlo en el suelo y conseguir que se calmara. Y es que se había adentrado en la selva y el espanto se había apoderado de él.

A la lejana costa exterior iban muy pocas veces. A aquella ribera llegaba un mar inmenso y airado, y éste era el único camino por el que se podía venir a lo largo de la costa hasta o desde otros poblados con cuyos habitantes nadie quería tropezar. Con los más cercanos, de cuyos poblados podía verse salir el humo desde la desembocadura del fiordo, mantenían algún contacto, aunque se mostraban reservados en su trato con

ellos. Pronto refrenaron su curiosidad por conocer a los extranjeros; las tribus más lejanas no parecían distintas de las demás ni tenían un comportamiento diferente del de las gentes del propio poblado, como no fueran ciertas bufonadas y bravatas de índole especial, a las que se consideraba propias de un pueblo atrasado. Hacia el interior de la selva los terrenos jurisdiccionales de caza de las diferentes tribus estaban separados por lindes tácitamente convenidas; cuando en la selva se tropezaba uno con cazadores extraños, ambas partes se avenían de buen grado a retirarse con envarado continente y maneras ceremoniosas, mientras los perros de ambos bandos se enzarzaban a

dentelladas. A menudo los cazadores de la bahía, al volver a su casa, venían relatando la historia de que un forastero se había portado con altanería con ellos sin intimidar en absoluto al narrador, mientras que éste estaba seguro de que el otro había salido agradecido de la entrevista y con un sentimiento de estima hacia el narrador.

Como la vieja jurisdicción de la tribu tenía su frontera por el lado del bosque, el mundo que ellos conocían se detenía en el mar ante la costa. Aquel mar no era un océano, pues en días claros podían percibir muy distintamente desde la copa de un árbol la costa situada al otro lado: una tierra alargada y baja, como aquélla en que ellos

vivían; pero sabían que aquélla no era la tierra de donde habían venido los primitivos antepasados; ningún hombre sensato se había decidido a ir a un país tan lejano en una piragua; ellos habían venido, más bien del Sur, a lo largo de la costa, procedentes de islas más pequeñas situadas al sur de aquellas que ellos habitaban. Porque los viejos sostenían que era probable que la isla en que ellos vivían era muy grande, aunque nunca la habían recorrido alrededor.

Cuando los cazadores, sentados alrededor de la hoguera, se entretenían charlando sobre estas cuestiones de sus aventuras y experiencias diarias, siempre solían notar la presencia de uno de los hijos pequeños de Gro, que en pie

en las inmediaciones de donde ellos estaban, aparecía inclinado, con el oído atento, escuchando con los oídos, la nariz y la boca. No era difícil que le arrojaran en broma un tizón, o le dieran permiso para permanecer allí en pie como perro insignificante que era. Aquel niño era Gaest, ávido de ciencia; toda leyenda que cazaba al vuelo la conservaba en su memoria como un precioso tesoro. Allí oyó él por vez primera una conversación en la que hablaban de un país extraordinario del que habían venido todos los hombres allá al principio de los tiempos; no aquel país de grandes ríos que quedaba relativamente cerca, sino un país tan distante, que ningún hombre podría

llegar hasta allí, aunque estuviera viajando toda su vida. Tanto tiempo hacía que los hombres habían venido de aquel país, que el relato había pasado innumerables veces de generación a generación, de modo que la mayor parte de esta historia había ido cayendo en el olvido a lo largo de aquel infinito período, llegando a estos hombres sólo un oscuro recuerdo y unos cuantos detalles que se habían salvado del naufragio de aquella tradición. Se decía — aunque muy pocos creían que aquel país siguiera existiendo ni que hubiera existido jamás — que allí nunca hacía frío ni se necesitaban vestidos; que los árboles tenían pechos que amamantaban a los habitantes de aquella región y que

por la noche la gente dormía en brazos de estos árboles. Todo el mundo sabía muy bien que los árboles eran seres sagrados y protectores; pero todo lo demás resultaba increíble, por más que aquella tradición nunca había perecido totalmente en el olvido. Los primeros hombres habían quedado separados de aquella tierra al producirse una espantosa inundación, en la que perecieron la mayoría de ellos, exceptuando unos pocos que poseían canoas y sabían navegar; de éstos descendían los hombres de la Edad de Piedra y allí estaban sus canoas como pruebas palpables de que aquella parte del relato era verdad.

Gaest escuchaba atento, y las

palabras que oía le quedaron impresas en la memoria.

LOS TRABAJOS DE GAEST

UN enjambre de niños llenaba el poblado, yendo de un extremo al otro, expulsados por los hombres por insoportables. Sus madres, por el contrario, los encubrían y ocultaban, poniéndose de parte de ellos.

Otro elemento muy importante en el poblado eran los perros; las relaciones de los niños con los perros tenían sus altibajos de amistad y hostilidad. A veces se enzarzaban por un hueso o por una tripa, de uno de cuyos extremos tiraba el perro y del otro el niño; otras

veces jugaban en perfecta armonía y dormían los unos con los otros. Los niños más pequeños, que apenas sabían andar, se arrastraban ya con perrillos en brazos. Los arrapiezos pasaban una gran parte del tiempo jugando con los perros; el resto del día lo pasaban chapoteando en la playa o haciendo pozos y castillos en la arena. Tenían la prohibición de ir al bosque por miedo a que los devoraran los lobos; los mayores no les contaban historias de la caza, ya que ellos no podían entrar en el círculo de los adultos.

Pronto sintió Gaest que este mundo le resultaba estrecho, aunque tampoco deseaba ser recibido en el círculo de los adultos, con los que mantenía una actitud

de reserva y hostilidad. Poco a poco fué él madurando planes para llegar al nivel de los hombres adultos sin preguntarles cosa alguna ni depender de ellos, y en la realización de estos planes encontró una aliada decisiva en su madre Gro.

Desde su primera infancia, Gaest se había venido ocupando de hacerse él mismo sus cosas en la medida de lo posible: al principio eran juguetes, y después, auténticas y perfectas herramientas como las que manejaban las personas mayores. Disponía de un tallercito propio al lado de una roca que él había elegido cerca del poblado.

Y aquí pasa él los largos días del verano fabricando sus primeras hachas. En todos los trabajos que acomete echa

de menos un hacha; y como nadie se la da ni se la presta, ha de fabricársela él mismo. Todas las cosas del poblado son propiedad de alguno de sus habitantes y no las puede tocar, y cuando no pertenecen a ninguna de las personas mayores, son propiedad de la selva, del mar o de los espíritus. Nadie puede obtener cosa alguna sin dar otra a cambio, y al que no tiene nada, no le queda más remedio que crearlo con sus propias manos. Tales son las primeras lecciones que la vida le da a Gaest.

Un buen día, al dar una vuelta por el bosque clandestinamente, encontró un asta de ciervo abandonada; y después de asegurarse de que no tenía dueño y de que se le presentaba en el camino

precisamente para que él la recogiera, se bajó a cogerla. En este momento no puede por menos de dirigir un pensamiento de simpatía y de cariño al ciervo, interpretando aquel hallazgo casual en el bosque como una señal de benevolencia de parte del animal.

Canturriando en voz baja, Gaest estudia el cuerno del ciervo, pensando en la forma que ha de dar a su hacha. Sus camaradas se acercan a él con intención de jugar, pero él les vuelve la espalda. Uno de los perros que se atreve a curvar el espinazo levantando hacia él las patas delanteras para hacerle zalamerías, sale despedido de un codazo, sin conseguir que Gaest le dirija ni una mala mirada de reojo. El asta del

ciervo es larga y fina con pocas puntas, y una vez eliminadas éstas, la cornamenta servirá de mango teniendo la empuñadura en el afilado extremo superior; el otro extremo grueso tiene una gruesa rama que después de cortarse a una distancia conveniente del astil, se ahueca para insertar en él la hoja de sílice. Es, en realidad, un trabajo difícil y complicado. Pero el día es largo y el canto de Gaest sube de tono a medida que va vislumbrando el método que ha de seguir.

Al mismo tiempo nota que por allí cerca hay alguien que también está cantando: es una muchachita llamada Pil, que había sido compañera de juegos de Gaest desde que eran pequeños. La

casa de la madre de ella está contigua a la de la madre de Gaest, razón por la cual los dos niños siempre han estado juntos. A la niña le dieron el nombre de Pil, que significa *sauce*, por ser tierna y menudita y estar cubierta de una fina pelusilla al nacer, igual que la flor de un sauce.

La niña se hizo esbelta como un sauce joven; su pelo se tornó rubio y brillante como el sol. Tenía una sonrisa natural y acogedora. Era la más afable y encantadora de todas las niñas. Lo mismo que Gaest, ella gustaba de jugar sola, pero siempre lo hacía cerca del lugar donde se encontraba Gaest.

Gaest observa que la niña está extrayendo fibra de una rama de tilo

encontrada en el bosque y tan a punto de madurez, que la corteza de la rama se suelta sin echar a perder el líber que constituye la fibra. Va ella separando los largos segmentos de líber en finas tiras, que coloca yuxtapuestas en el suelo, tranquila y embelesada, pensando en el buen resultado que prometen; canta, absorta en sus sueños, como el susurro de un viento de verano. Gaest comprende que la labor de Pil terminará en una obra de entrelazado, en una especie de tejido.

El niño pone también manos a su obra. Tan absorto está en su trabajo, que las horas vuelan sin que él se dé cuenta de nada. Utilizando una piedra como yunque y otra como martillo, comienza

por sacar del tronco central del asta las ramas superfluas, martilleando lo más cerca posible de este tronco sin dañarlo. Más tarde eliminará las uñas que quedan y procederá a un raspado general. Se pone luego a cortar la rama delgada del astil en la que ha de insertarse la hoja del hacha, operación que le ocupa mucho tiempo. Pero al mismo tiempo tiene que ir tallando una hoja de sílice tras otra a medida que se van estropeando con el corte, y esto le supone igualmente un larguísimo trabajo; Gaest golpea y hiende los pedernales tal como ha visto hacerlo a los mayores; pero no siempre consigue sacar una hoja servible. Y vuelve a cortar y limar alrededor de la rama del asta, hasta que

el filo se embota sin que el corte haya avanzado apenas nada. El niño se impacienta, se irrita y encoleriza, dejando ya de cantar. Apretando los dientes, concentra todas sus fuerzas... Se enfada al mismo tiempo con el asta, que es estúpidamente dura, y con la herramienta de sílice, que estalla cuando es afilada, y si no estalla, no corta; y así se pone, furiosamente, a tallar nuevas hojas de sílice, cortándose las manos en las finas aristas. Es preciso ponerles mango o envolverlas en algo para que no hieran las manos. Por eso se va en seguida a pedir fibra prestada a Pil, y, como ésta empieza a poner graciosos reparos, Gaest le arrebató la mitad de las fibras que ella tenía preparadas,

enrollando en ellas las hojas de sílice para no lastimarse, y sierra, corta y golpea durante la mitad del día hasta que por fin consigue que la rama del asta quede cortada.

Contempla apasionadamente la rotura de la rama, en cuya sección tendrá que hacer una perforación para insertar la hoja del hacha. Por fortuna, el tejido óseo es más blando en el núcleo; pero tiene que fabricar hojas especiales para aquella labor; Gaest ruge y martillea el pedernal, haciendo saltar una masa en añicos y produciendo un ruido que delata a larga distancia su afán y su cólera; luego se pone a perforar la sección de la rama con las manos temblorosas de impaciencia, pero sin

cejar en su empeño.

En su pequeño taller se oye un grito de triunfo que resuena entre las rocas de la playa: el agujero de inserción está terminado. El día está muy avanzado ya; Gro llama a todos sus hijos que están allá lejos junto a la hoguera; les tiene preparadas ostras cocidas, humeantes y recién sacadas de las cenizas con su delicioso sabor a salitre; los muchachos las comen despacio, mientras que Gaest devora rápidamente su ración sin quitar los ojos del mango del hacha comenzado, que sostiene en la mano; corre al arroyo, bebe, regresa corriendo y se lanza de nuevo a su trabajo.

Pero faltaba lo más difícil y decisivo: tallar la hoja del hacha en

forma de cuña, provista de un buen filo y con una forma tal que pueda ajustarse por el extremo aguzado y quedarse sólidamente encajada. Pero el sílice está muy lejos de rajarse como él quisiera; la hoja resulta irregular, aunque el filo acierta a salir aprovechable; él hace un ensayo tras otro; rompe montones de pedernal; pero cuando la hoja encaja por un lado, no encaja por el otro; modifica el agujero, que es demasiado reducido unas veces y demasiado grande otras; se desespera por las dificultades con que tropieza y no puede por menos de llorar en secreto por aquel suplicio; un llanto ardiente y asfixiante que le quema las cejas y que está a punto de ahogarlo; golpea la fallida cuña, reduciéndola a

añicos; la tritura hasta convertirla en fino polvo; ¡hay que destruirla por completo! La cólera y las lágrimas le impiden ver; se le erizan los pelos; recomienza de nuevo la operación; y como el trabajo hecho aprisa nunca da buen resultado, se pone a luchar, abriéndose paso con lento esfuerzo contra aquel material recalcitrante y estúpido, aquella maldita piedra que se ríe de él saltando en pedazos. Él cambia de táctica, practicando un agujero mucho más profundo; pero el pedernal, terco, sigue oscilando dentro del agujero. De su boca se escapa un alarido; golpea y aplasta los fragmentos, pero se hiere considerablemente en un dedo, que se le ha puesto lívido e insensible... “¡Se me

ha quedado paralítico!”, murmura el niño. Tranquilo, pero con aspecto terrible, toma un nuevo bloque de sílex y vuelve a empezar, trabajando sólo con nueve dedos. Pero al fin se sale con la suya.

Gracias al cálculo y a su buena estrella ha conseguido una magnífica cuña de sílice; limando un poco el reborde y corrigiendo el agujero, consigue, al fin, que la hoja de sílice quede inserta e inmovilizada. La hoja del hacha tiene un filo ancho y sólido, adecuado para toda clase de trabajos; pero también se la puede utilizar como un arma peligrosa. La hoja ha quedado en una posición perpendicular al mango, pues esta posición es ideal para el uso

especial a que él piensa destinarla.

Gaest ha conseguido dominar a los elementos rebeldes; como por azar, se presenta ante Pil con el objeto que acaba de crear; la niña advierte al instante que se trata de una obra maestra, y sonrío entusiasmada, respetuosa y llena de asombro; Gaest mueve ligeramente la cabeza, como indicando que carece de mérito aquella insignificancia a la que él se dedicó por mera diversión. Pero al ver que Pil, ante estas palabras, no daba señales de apreciar su trabajo en todo su valor, él le muestra el hacha haciéndole ver lo bien que sienta en la mano, siguiendo con el dedo la dirección de sus líneas y elogiando sus curvas. Diríase que el hacha en su porte

engallado se echa atrás en ademán de asestar un golpe, que su alimento propio son los hachazos. “Por lo demás — agrega Gaest — no es un trabajo definitivo, ni puede juzgarse por su estado actual, ya que tendré que limar las protuberancias y raspar todo el mango.” Le explica a Pil, pero como quien habla consigo mismo, que el tubo donde está insertada la hoja estará reforzado con una amarra tan sólida que no habrá el menor riesgo de que reviente, de modo que un hombre podrá descargar golpes con él con todas sus fuerzas.

Con el ceño fruncido y metiendo en la boca su dedo aplastado, le pregunta a Pil cómo va su trabajo, dando su

aprobación con repetidos movimientos de cabeza. Tampoco Pil ha estado ociosa. Ha torcido ya una gran madeja de hilo de fibra de tilo, sosteniendo dos fibras en una mano y haciéndolas girar contra el muslo con la otra. Ahora está tejiendo con este hilo una especie de tejido de estera para una nueva y bonita falda. La labor es sencillísima: tendiendo en el suelo dos palos, va entrelazando sobre ellos una multitud de cabos de hilo, yuxtapuestos y muy juntos, y con sólo sus dedos va pasando otros hilos a través de ellos alternativamente por encima y por debajo; es un gran proyecto, que no podrá dejar concluido en menos de dos jornadas.

Gaest expresa una vez más su aprobación y regresa a su taller. Ahora tiene que proceder al amarre, cosa que le preocupa un poco, pues teme no poder terminar la construcción del hacha en el día; en efecto, para conseguir una atadura un poco sólida y segura es menester disponer de tendones o tripas recién extraídos de animales. Para ello recorre todo el campamento y baja al túmulo donde está su madre; pero por ninguna parte encuentra lo que necesita; por casualidad, no se ha matado recientemente ningún animal ni encuentra flotando en el río nada que pueda utilizar, si bien es cierto que le queda todavía la mitad de un animal que los perros han ido a lamer y desgarrar.

Afligidlo y sintiéndose abandonado, Gaest deambula errante de un lado para otro y al fin vuelve junto a Pil para ver cómo marcha su trabajo.

Entretanto Pil ha dejado a un lado su tela para ir a jugar con arcilla, a cuya diversión la han invitado sus amigas. Ahora se encuentran allí al pie de un ribazo, donde gotea una vena de agua tiñendo de rojo la grava con el ocre disuelto: a aquel punto van con frecuencia las mujeres con el pretexto de arreglarse y embellecerse. También Pil y sus compañeras se hermosean y se tiñen las mejillas, dándose una gruesa capa de colorete por todo el cuerpo, de modo que sólo queda sin pintar la zona situada entre los omóplatos, adonde no les llega

la mano. Después se ponen a extraer arcilla del húmedo ribazo, aprietan entre sus manos grandes puñados, los llevan a la playa y se sientan junto a piedras planas, donde les resulta fácil amasar la arcilla. Apartando las melenas que les caen sobre los ojos, se ponen a hacer vasijas. Para modelarlas van a buscar agua a la playa en grandes conchas azules. Una vez modelada la vasija, la ponen a secar al sol. Al contrario de lo que le sucede al impaciente Gaest, las muchachas no tienen prisa, sino que permanecen largo tiempo junto a su arcilla charlando en voz baja unas con otras.

Las vasijas que ellas hacen son bastante dispares, pero todas ellas

tienen la forma primitiva del cántaro. Es decir, la forma de una mujer: panzuda por la parte inferior, estrechas por el centro y de nuevo anchas hacia el borde. Algunas de las mujeres hacían cántaros gruesos y achaparrados, casi como pailas; pero todas las vasijas que Pil fabricaba eran altas, esbeltas y finas, de modo que, al quedar todas expuestas al sol, las de Pil parecían formar una pequeña familia aparte.

Y entretanto, exhalando suspiros, merodea por allí Gaest contemplando y observando el pasatiempo de las muchachas. De repente se vuelve a su taller a grandes zancadas, acometido por una súbita idea: ¡piel de anguila!

Eso es: piel de anguila cuando no

se dispone de tendones ni tripas. La piel de anguila es la cosa más resistente del mundo... siempre que se pueda disponer de una de las piraguas y zarpar a golpe de pértiga para capturar una anguila. Pero esto es precisamente lo que él no puede, y esto es precisamente lo que late en el fondo de todos los proyectos de Gaest: la falta de una nave. Las canoas son de propiedad de los mayores, y a quien se atreva a tocar sus cosas le dan de palos, como a un perro; eso de pedir que le presten la más pequeña cosa para recibir un *no* rotundo, como les ocurre a los demás chicos, es cosa que no hará jamás Gaest, pues él prefiere valerse por sí mismo. Así, pues, se embarca a bordo de un tronco viejo que consiguió

remolcar hasta el agua y que puede justamente sostenerlo. Para hacerlo navegar utiliza una pértiga de avellano, en cuyo extremo superior practicó una incisión dándole la forma de horquilla. Al ver algo en el fondo, poco profundo, invierte la posición de la pértiga y la clava como una horquilla sobre el lomo de los cangrejos, sobre las algas y sobre todo lo que encuentra; a veces ataca a una anguila, pero casi siempre se le escurre de la horquilla antes de conseguir sacarla fuera. Pero ahora, cabalmente cuando tiene prisa, no tiene el menor éxito, por supuesto. Entre los bancos de algas abundan las anguilas, formando verdaderos hormigueros en el fondo. Al clavar la pértiga, la horquilla

se abre contra el fondo arenoso, y cuanto más espacio queda para el paso de los peces tanta más presión hace el muchacho. Los mayores tienen sus fisgas guardadas en el interior del poblado, apoyadas en los árboles de la orilla, y sólo el tocarlas equivale a recibir una tanda de azotes. Ellos tienen una gran cantidad de varillas en forma de flecha, con garfios de hueso o asta de ciervo, atadas en haz a los extremos de una pértiga, de modo que los garfios estén orientados hacia dentro; pero él no puede tomarlas prestadas ni fabricarlas; por eso desembarca y perfecciona su horquilla, dotándola de una abrazadera que le impide que se raje hacia arriba, y en medio de las dos varillas inserta una

larga y afilada espina de pescado. Vuelve a salir al mar, y esta vez no se le escapan las anguilas: apenas dirige la pértiga contra una anguila ésta queda aprisionada entre las dos carillas y atravesada por la espina. La primera que captura es una anguila larga y pesada, que se debate largo tiempo aun después de haber quedado sin cabeza. El tronco del árbol gira y el niño con él, agarrado por la parte de abajo cuando no puede tocar fondo y tragando agua antes de subir a la superficie para ponerse luego a horcajadas sobre el tronco; pero no ha dejado escaparse la anguila.

Con el mejor instrumento de que dispone arranca la piel a la anguila; luego habrá de dividirla en numerosas y

finas tiras. Este es un trabajo largo y pesado, que no consigue terminar antes del anochecer. Oscurece. Todos los niños se han recogido y retirado a sus casas. Los cantarillos de las niñas han quedado abandonados, secándose sobre la playa. Pero antes de que cierre por completo la noche, ya Gaest tiene listas las tiras y colocadas las amarras. Una vez que el arrollamiento de las tiras esté seco quedará completamente sujeta el hacha. Por la noche sigue en vela; cayéndose de sueño, palpa las ataduras, para ver si ya están secas.

Al día siguiente se levanta temprano, para probar el hacha. Se va al bosque y, rápido como un rayo, corta vástagos de avellano de un solo tajo.

Siente el niño una especie de embriaguez, de orgullo; aunque él ha sido el autor del hacha, está a punto de atribuirle virtudes sobrenaturales. El hacha tiene ciertas cualidades del ciervo: rapidez y fuerza; va a ser un arma peligrosa en la caza. Y por llevar en sí hueso de pescado, sin duda resultará infaliblemente eficaz para la pesca. No obstante, su gran papel había de estar en las obras de carpintería y en la construcción de barcos.

A un lado del poblado, y a corta distancia de éste, se alzaba un roble en la orilla del bosque, que daba sobre la bahía, muy cerca de la playa; un árbol recto y elevado, con un tronco perfecto

que revelaba tener madera de embarcación. Hacía ya años que Gaest le tenía echado el ojo a este árbol, y cada vez soñaba más con la imagen de la barca soberbia que iba a fabricar con él. El grosor del árbol era como el de un par de hombres juntos; la barca no iba a ser ancha, pero sí muy larga, de líneas esbeltas, de gran andadura y con capacidad para transportar a dos personas. Ahora que ya tenía el hacha terminada en la playa, Gaest estaba deseando empezar la labor de derribar el árbol para fabricar una barca como la que tenían los mayores.

Casi desde que empezó a andar sintió la ilusión de viajar; modo que, al quedar todas expuestas al sol, las de Pil

parecían formar una pequeña familia aparte.

Y entretanto, exhalando suspiros, merodea por allí Gaest contemplando y observando el pasatiempo de las muchachas. De repente se vuelve a su taller a grandes zancadas, acometido por una súbita idea: ¡piel de anguila!

Eso es: piel de anguila cuando no se dispone de tendones ni tripas. La piel de anguila es la cosa más resistente del mundo... siempre que se pueda disponer de una de las piraguas y zarpar a golpe de pértiga para capturar una anguila. Pero esto es precisamente lo que él no puede, y esto es precisamente lo que late en el fondo de todos los proyectos de Gaest: la falta de una nave. Las canoas

son de propiedad de los mayores, y a quien se atreva a tocar sus cosas le dan de palos, como a un perro; eso de pedir que le presten la más pequeña cosa para recibir un *no* rotundo, como les ocurre a los demás chicos, es cosa que no hará jamás Gaest, pues él prefiere valerse por sí mismo. Así, pues, se embarca a bordo de un tronco viejo que consiguió remolcar hasta el agua y que puede justamente sostenerlo. Para hacerlo navegar utiliza una pértiga de avellano, en cuyo extremo superior practicó una incisión dándole la forma de horquilla. Al ver algo en el fondo, poco profundo, invierte la posición de la pértiga y la clava como una horquilla sobre el lomo de los cangrejos, sobre las algas y sobre

todo lo que encuentra; a veces ataca a una anguila, pero casi siempre se le escurre de la horquilla antes de conseguir sacarla fuera. Pero ahora, cabalmente cuando tiene prisa, no tiene el menor éxito, por supuesto. Entre los bancos de algas abundan las anguilas, formando verdaderos hormigueros en el fondo. Al clavar la pértiga, la horquilla se abre contra el fondo arenoso, y cuanto más espacio queda para el paso de los peces tanta más presión hace el muchacho. Los mayores tienen sus fisgas guardadas en el interior del poblado, apoyadas en los árboles de la orilla, y sólo el tocarlas equivale a recibir una tanda de azotes. Ellos tienen una gran cantidad de varillas en forma de flecha,

con garfios de hueso o asta de ciervo, atadas en haz a los extremos de una pértiga, de modo que los garfios estén orientados hacia dentro; pero él no puede tomarlas prestadas ni fabricarlas; por eso desembarca y perfecciona su horquilla, dotándola de una abrazadera que le impide que se raje hacia arriba, y en medio de las dos varillas inserta una larga y afilada espina de pescado. Vuelve a salir al mar, y esta vez no se le escapan las anguilas: apenas dirige la pértiga contra una anguila ésta queda aprisionada entre las dos carillas y atravesada por la espina. La primera que captura es una anguila larga y pesada, que se debate largo tiempo aun después de haber quedado sin cabeza. El tronco

del árbol gira y el niño con él, agarrado por la parte de abajo cuando no puede tocar fondo y tragando agua antes de subir a la superficie para ponerse luego a horcajadas sobre el tronco; pero no ha dejado escaparse la anguila.

Con el mejor instrumento de que dispone arranca la piel a la anguila; luego habrá de dividirla en numerosas y finas tiras. Este es un trabajo largo y pesado, que no consigue terminar antes del anochecer. Oscurece. Todos los niños se han recogido y retirado a sus casas. Los cantarillos de las niñas han quedado abandonados, secándose sobre la playa. Pero antes de que cierre por completo la noche, ya Gaest tiene listas las tiras y colocadas las amarras. Una

vez que el arrollamiento de las tiras esté seco quedará completamente sujeta el hacha. Por la noche sigue en vela; cayéndose de sueño, palpa las ataduras, para ver si ya están secas.

Al día siguiente se levanta temprano, para probar el hacha. Se va al bosque y, rápido como un rayo, corta vástagos de avellano de un solo tajo. Siente el niño una especie de embriaguez, de orgullo; aunque él ha sido el autor del hacha, está a punto de atribuirle virtudes sobrenaturales. El hacha tiene ciertas cualidades del ciervo: rapidez y fuerza; va a ser un arma peligrosa en la caza. Y por llevar en sí hueso de pescado, sin duda resultará infaliblemente eficaz para la

pesca. No obstante, su gran papel había de estar en las obras de carpintería y en la construcción de barcos.

A un lado del poblado, y a corta distancia de éste, se alzaba un roble en la orilla del bosque, que daba sobre la bahía, muy cerca de la playa; un árbol recto y elevado, con un tronco perfecto que revelaba tener madera de embarcación. Hacía ya años que Gaest le tenía echado el ojo a este árbol, y cada vez soñaba más con la imagen de la barca soberbia que iba a fabricar con él. El grosor del árbol era como el de un par de hombres juntos; la barca no iba a ser ancha, pero sí muy larga, de líneas esbeltas, de gran andadura y con

capacidad para transportar a dos personas. Ahora que ya tenía el hacha terminada en la playa, Gaest estaba deseando empezar la labor de derribar el árbol para fabricar una barca como la que tenían los mayores.

Casi desde que empezó a andar sintió la ilusión de viajar; todo el día andaba por el agua y hacía navegar ramitas de una isla a otra isla, simulando que las grandes piedras de la playa eran islas; después las ahuecaba, dándoles la forma de una verdadera barca, y con ellas emprendía largos viajes a costas lejanas (que eran las piedras distanciadas que había en la bahía), viajes en que el navegante iba andando en el agua al lado de la barca. En estos

juegos le acompañaba siempre Pil, y los dos estaban tan absortos en su entretenimiento que les parecía hallarse en lejanos mundos extraños, olvidados de cuanto los rodeaba, sin ver ni oír mientras estaban *navegando*. Pero ahora el juego iba a convertirse en una aventura seria.

Gaest abrigaba la intención de emigrar. No tenía idea muy clara de cómo iba a hacerlo. No era pequeña empresa para un niño completamente solo el conseguir abatir aquel árbol tan corpulento y trabajarlo para hacer con él la barca. Pero no era ésta la mayor dificultad; mayores obstáculos se le ofrecían: en primer lugar sentía que no podía talar el árbol, pues aquello

constituía una usurpación hecha al bosque y que no podía permitirse sin hacer a éste grandes servicios a cambio del favor. En segundo lugar, no debía tomar fuego de las hogueras del poblado; la hoguera, además de pertenecer a los mayores, era sagrada. Sin embargo, sin el concurso del fuego no había esperanza de poder trabajar.

En la misma mañana en que Gaest había ensayado su hacha fué a buscar fuego a casa de su madre y comenzó a preparar una hoguera en las proximidades del árbol; pero apenas se notó la presencia del humo, ya Gaest tenía encima a uno de los hombres, quien le dió una severa reprimenda y aplastó el fuego con sus pies,

quemándose afortunadamente las plantas de ellos. Cuando éste se hubo marchado, Gaest reavivó el fuego soplando una brasa que humeaba entre las cenizas y reanudó su tarea; esta vez se produjo automáticamente una verdadera revolución en el poblado: acudieron corriendo un grupo de hombres Coléricos, y Gaest fué arrastrado brutalmente por una oreja sobre la explanada que hacía de plaza; Gro apareció en la especie de vestíbulo que constituía la entrada de su casa, recibiendo cargos y acusaciones; los hombres braceaban soltando palabrotas; intervinieron también los perros enzarzándose, ladrando y abalanzándose unos contra otros con los pelos erizados,

como ocurría siempre que se armaba una trifulca. Se formó una inmensa y general batahola en el poblado.

Pero muy pronto soltaron los hombres a Gaest, gracias a los buenos oficios y zalamerías de Gro. Mientras el escándalo continuaba sin mayores consecuencias, Gaest, obstinado e impenitente, se volvió a su hoguera, haciendo fuego por tercera vez. Esta vez no le molestaron, aunque él desde gran distancia podía oír el tumulto y las voces del poblado.

Se consideró un delito grave el que un menor de edad, que todavía no había sido admitido en la tribu, se hubiera atrevido a jugar con el fuego. Jamás se había oído hablar de un desafuero

semejante. Pero como era hijo de Gro, y Gro declaró graciosamente que mientras el niño no fuese admitido en el gremio de los hombres éstos nada podían reprocharle, y como Gro era hermosa y apareció más radiante que nunca en el vestíbulo, todo el barullo se convirtió en un larguísimo y polifónico ladrido en el poblado, mientras Gaest hacía tranquilamente su fuego y se dedicaba a su tarea al pie del roble.

Cuando hubo conseguido tener una hoguera gigantesca echó en ella piedras; a medida que se iban recalentando las iba colocando al pie y alrededor del tronco, mediante una rama bifurcada en horquilla, que él impedía que se carbonizara mojándola en el agua de la

playa. De las raíces del roble subía el humo denso y ardiente, con olor acre de savia quemada. Había pedido a su madre un puchero y lo colocó a su lado, lleno de agua, para apagar el fuego cuando las brasas rompieran en llamas, amenazando extender el fuego a lo largo del árbol.

Allá en el poblado divisó a una muchedumbre de corpulentos cazadores de rojas cabelleras, que se habían quedado inmóviles como estatuas al comprender los propósitos de Gaest, moviendo la cabeza con furiosa impotencia. ¿Qué pensaba Gro hacer de sus hijos? ¿Qué iba a suceder? ¿Sobre la cabeza de quién caería el castigo el día que el bosque tomara venganza por la

fechoría de un mocoso irresponsable?

También Gaest movía la cabeza asintiendo, mientras colocaba nuevas piedras en la raíz del árbol; comprendía perfectamente la alarma de ellos; pero podían estar tranquilos, ya que había tomado sus previsiones: él se encargaría de dar al bosque su ofrenda de holocausto. En todo momento había tenido la intención de que el bosque recibiera algo como compensación por el roble, cuando él fuera mayor. El bosque no podía contentarse con un ciervo ni con un uro, sino que exigiría un par de hombres por lo menos... Con su horquilla, Gaest va colocando más piedras a las raíces del roble, y, al verlo chamuscarse y crepitar, se representa la

visión de la piel de aquellos dos hombres, cuya suerte no envidiaba precisamente. Lo primero que él tenía que hacer era emprender el viaje; pero si no hubiera de regresar sino al cabo de largos años para dar al bosque lo que le correspondía, aquello sería un comercio.

Durante todo aquel tiempo en que Gaest trabajó en la embarcación, en todo el campamento no se oyó más que un continuo refunfuñar. Los hombres parecían no adivinar los proyectos de Gaest, pero consideraban como un ultraje el que un niño hiciera caso omiso de su autoridad. Gro tenía poder sobre ellos; los dejaba rezongar y murmurar; estaba dispuesta a quitar toda

importancia a la proeza del niño, haciendo ver que ni siquiera merecía que se mencionara. No estaba enterada de las reuniones secretas de los hombres ni tenía obligación alguna para con los dioses de ellos; las mujeres siempre permanecieron al margen de las asambleas de los hombres y no eran jamás admitidas en sus comidas sacrificiales. Para ellas aquellas manipulaciones eran unas artes especiales que ellos cultivaban; decían que a éstos les gustaba andar en la vida con multitud de rodeos y complicaciones; por su parte, Gro sólo se dejaba ver en aquellas reuniones cuando se trataba de un asunto que la concernía personalmente a ella o a sus

hijos. En aquella ocasión se produjeron revueltas en el poblado, que automáticamente quedó dividido en dos campos: uno el de las mujeres y niños, y otro el de los hombres.

Luego que Gaest hubo quemado todas las raíces, con penoso trabajo, cayó por fin el roble: se inclinó dando un crujido colosal, que se oyó a gran distancia; se oyó un grito en la copa al romperse en astillas y un lamento amenazador que sacudió la tierra al caer el tronco, con todo su peso, sobre la playa.

Desde una distancia libre de peligro, los niños del poblado siguieron con sus ojos la operación de la tala del roble; los niños estaban muy quietos y

apretados en un corro. Maravillados al ver cómo Gro tenía en un puño a toda la pandilla infantil, se levantaron agitados enjambres de hombres, haciendo resonar todas sus armas y con unos ojos en los que brillaba una mirada asesina. Estando ya a punto de lanzarse con sus arpones, hachas y arcos para acabar con aquel blasfemo, les cayeron de pronto las armas homicidas de las manos, quedándose ellos inmóviles, con una mirada estúpida, con sólo una palabrita que Gro les dijo entre carcajadas... ¡Aquella mujer tenía que ser bruja por fuerza! Lo que ella dijo no lo oyeron en realidad o era superior a su capacidad de comprensión. Pero el caso es que la batalla se deshizo, habiendo triunfado

Gro sin la menor dificultad.

Lo que Gro tenía que decirles a los hombres era que, si ellos iban a matar a sus pequeños, no esperasen encontrar su zaguán abierto en el crepúsculo ya nunca más; que ella no quería verlos batirse como toros por conservar el favor de ella ni ver el exterminio de su raza.

No había hombre que pudiera soportar la idea de caer en desgracia de Gro. Uno tras otro fueron depositando las armas homicidas, que caían de sus manos como una lluvia. Y mientras estaban así, inmóviles, bizqueando y con las manos vacías, Gro quemó su último cartucho: después de haberlos mandado retirarse callandito, les preguntó: “¿Acaso hay alguno de entre vosotros

que esté seguro de que no era vuestro hijo aquel a quien habéis estado a punto de quitar la vida?”

En este momento ellos tosieron levemente, acobardados e inclinando la cabeza como bueyes. La insinuación de Gro los desarmó por completo. Los sentimientos paternos actuaron con una fuerte presión sobre sus almas; en el fondo de la escena los niños vieron cómo aquellos hombres se tragaban sus mismas barbas, cabizbajos, mientras Gro se reía de ellos, pero con la risa suave que ellos conocían y que significaba que entre ellos volvía a reinar la paz y la conciliación.

En el lugar de trabajo de Gaest, allá en la orilla del bosque, resuenan los

hachazos durante el día entero, hasta que los que yacen en el poblado se quedan dormidos con el monótono tictac de los hachazos.

En sus cercanías se encuentra Pil, la de los cabellos rubios como la luz del sol. No estorba para nada a Gaest; se ha puesto a trabajar en su vieja labor de tejedora; habla consigo misma mientras teje, feliz como siempre de jugar sola. Sólo cuando le cae alguna astilla en la cabeza, alguna astilla que salta del hacha de Gaest, levanta la vista estremeciéndose; Gaest está bastante enfadado con su trabajo y encarnado como una guinda. Está labrando la parte exterior de la barca, atacando el tronco con su hacha de sílice; es un trabajo

titánico; la mayor parte del tronco tiene que quedar eliminada; pero Gaest lo va labrando tercamente, y cuando ha terminado, el niño está como enfermo. Empezó por cortar la corteza arrancándola a grandes trozos; y cuando el tronco estuvo pelado, empezó a quemar el extremo del pie y el extremo opuesto, dando al tronco la longitud que había de tener la barca; este trabajo lo hizo casi exclusivamente el fuego; él sólo se cuidó de apagarlo cuando la llama se extendía demasiado hacia el interior del tronco. Después de darle la conformación exterior, inicia la excavación para formar el hueco interior. Empezó desbastando la convexidad superior hasta cerca del eje.

Durante días trabaja en la excavación, llenándose las manos de ampollas, que se le convierten en llagas. Luego coloca encima piedras ardiendo para comenzar la excavación. Con el hacha va: repasando lo quemado, para que éste no sea excesivo. Al fin consigue ver vaciado y hueco el tronco hasta el fondo, formando como una estrecha y larga artesa. Ya la embarcación está lista para navegar.

Y ese día los hombres del poblado oyeron resonar estentóreos gritos de triunfo en la endiablada factoría de Gaest, como si alguien estuviera a punto de morir de alegría; y aun cuando los hombres se habían conjurado secretamente para no prestar la menor

atención a lo que hacía el muchacho, al que no consiguieron frustrar sus propósitos, se ponen en marcha hacia aquel lugar, para pasar de largo, al objeto de observar qué es lo que Gaest consiguió llevar a cabo.

Y allí se encuentran a un Gaest taciturno e inmóvil, con sus gritos de júbilo atragantados; está como pasmado al lado de su embarcación terminada. Pero, por lo visto, Gaest no ha tenido en cuenta una cosa: ¿cómo conseguirá sacar el roble de allí y llevarlo al mar? La distancia no es larga; pero a la primera vez que él agarra la borda para balancear la barca, ésta sigue inmóvil, como arraigada en el suelo, como una roca. ¡Ha olvidado colocar rodillos

debajo del tronco al caer el árbol!
¿Cómo ha podido olvidarse de tal cosa?

Del bosque donde habían estado
espiando salen un par de hombres y con
falsa compasión le preguntan que cómo
la embarcación no quiere avanzar y
lanzarse al agua; les cuesta gran trabajo
contener la risa. A esto acuden más
hombres — un verdadero rebaño de
ellos — dibujando una mueca de burla
entre sus barbas, y de repente
prorrumpen todos en una estruendosa
carcajada que los hace tambalearse,
burlándose del pobre muchacho. Rara
vez hubo cosa alguna que les hubiera
resultado más divertida.

De repente se presenta Gro, atraída
por aquellos alaridos. ¡Y Gaest ve,

asombrado, cómo ella se echa a reír también! Pero mientras ella continúa riendo con una risa como un arrullo, porque Gro siempre ríe con la voz de una paloma torcaz, un poco sofocada por la obesidad, se acerca a la proa de la barca, la levanta sin más ni más y de tres tirones la arrastra hasta el agua. Viendo cómo flota ella le da un pequeño empujón, metiéndose una vez más con los pies en el agua de su mar. Al mirar a su hijo para sonreírle, ve cómo el inconsolable llanto de éste se transforma en una sonrisa de felicidad. El niño sonríe a través de sus lágrimas.

“¡Al fin has triunfado!”, le dice cantando a su hijo; luego dirige a los hombres una mirada de persona

ofendida, les vuelve la espalda y regresa tranquilamente a las chabolas.

Los hombres se quedan plantados, mirando un momento la polvareda que dejó en el aire la popa de la barca al trazar un surco en la tierra; apartan de allí su mirada para contemplar de reojo la espalda de Gro. ¡No sabían que ella pudiera tener tan descomunales fuerzas! Porque ella tenía la fuerza de cuatro hombres, por lo menos.

Contemplan su espalda mientras ella va caminando. Es una mujer alta, corpulenta, de reposado andar; a cada paso que da se le quedan temblando sus fuertes lomos; a la altura de las rodillas tenía las piernas un poco metidas hacia dentro, y a lo largo de su cuerpo caían

libremente sus brazos. Su paso resuena por dondequiera que ella va... ¡Qué hechura tan hermosa! ¡Pero el pensar que ella tenga tanta fuerza!... Los hombres se miran mudos unos a otros; uno de ellos alza la vista mirando al cielo, como para adivinar el tiempo que va a hacer; otro gira una paja entre sus dedos, como un enfermo en delirio; un tercero estornuda salvajemente y se suena las narices. Algunos se han escabullido ya sigilosamente. Los demás siguen su ejemplo. De esta historia no se volvió a hablar entre ellos.

Gaest echa mano de los dos remos que hace mucho tiempo fabricó de una rama gruesa; salta dentro de la barca, produciendo un sonoro ruido de madera

hueca, y se inclina para acariciar la superficie del agua; ¡no hay otra barca como ella en la extensión del mar! Poco después ya estaba Gaest navegando hacia el interior de la bahía con su nueva canoa de color claro, mientras los remos van y vienen.

Días después, algunos vecinos del poblado comenzaron a darse cuenta de que no se oía ni se veía a Gaest por ninguna parte. Al fin se enteraron de que se había marchado. Gaest ha desaparecido con su flamante barca. Al mismo tiempo la niña llamada Pil dejó ya de asomar su rubia cabeza por entre las apretadas filas de la cuadrilla infantil. Las mujeres lo supieron antes

que los hombres, los cuales se mostraron ofendidos con ellas porque no los habían informado, y pusieron el rapto de la niña en el haber del rebelde muchacho. Pero Gro les hizo saber que Gaest había marchado como un hombre honrado, llevándose consigo a su compañera de juegos. Gro no se había opuesto a aquel proyecto. Y la cuestión no volvió a discutirse más.

Al poco tiempo ya todos se habían olvidado de los dos niños, y acaso no hubiera vuelto a mencionarse nunca más el nombre de Gaest si no hubiera ocurrido un hecho que, de un modo doloroso, vino a resucitar el recuerdo de su fechoría.

Uno de los hombres pereció en una

cacería en circunstancias bastante extrañas. Al ver que no había regresado a la noche con los demás, fueron en su busca, y al día siguiente lo encontraron en su propia trampa, clavado y atravesado por una estaca. Lo sacaron todavía con vida, hasta el punto de que pudo llegar al poblado sosteniendo las vísceras con las manos. Se tendió delante del vestíbulo de Gro, y Gro le estuvo sosteniendo la cabeza sobre sus rodillas hasta que él murió. Era uno de los mejores cazadores de la tribu y hombre apuesto, alegre y guapo; Gro lo había amado intensamente; lloró por él días y noches; en todo el pueblo se oía un doloroso lamento subterráneo procedente de la casa-túmulo de Gro,

donde ésta se hallaba tendida en el rincón más oscuro y escondido, llorando.

La pena de Gro conmovió hondamente el corazón de los demás cazadores, a quienes semejante aflicción les parecía bastante impropia de ella. El muerto había sido un gran hombre como amigo y compañero; pero, por si acaso, cuando lo enterraron cuidaron bien de que él no volviera otra vez al mundo de los vivos, amontonando sobre su cuerpo un sólido montón de piedras en forma de túmulo. Había sido un hombre eminente. Cuando después los ojos de Gro tropezaban con algún hombre, ¡ay!, aquel hombre no era el cazador muerto. ¡Ya nunca más!

Pero los hombres no tenían la menor duda respecto a la causa de aquel accidente. De esto no hablaban en presencia de Gro, pues estaba completamente aturdida e incapaz de hacer las más sencillas deducciones respecto al accidente, y además era persona directamente interesada; pero a ellos el suceso les daba abundante materia de que hablar. Para ellos la realidad era evidente: como ellos acertadamente habían profetizado, las maldades de Gaest habían atraído el castigo sobre la tribu; el bosque se había enojado y tomado venganza.

Pero Gaest había desaparecido y nadie, excepto su madre, conocía su paradero y su destino.

LAS TRES SIBILAS

UN secreto fatídico acompañó el nacimiento de Gaest. Gro le reveló a su hijo a solas, antes que éste abandonara su poblado, aquel secreto.

A los pocos días de nacer Gaest, Gro sintió deseos de que se profetizara el destino del niño, y con tal propósito envió a un mensajero a buscar las nornas. Algunos de los hombres de Gro habían de ir a buscarlas por el mar, pues ellas se encontraban en la costa con otra tribu, llamadas para ejercer su oficio de vaticinadoras. Ellas no pertenecían a ningún lugar determinado, sino que iban de poblado en poblado para realizar su

importantísima y a veces temida misión.

Y llegaron a la casa de Gro. Eran unas sibilas muy viejas; venían encorvadas, agitando su vara; llevaban barba, pero no tenía ni un diente en la boca. Iban vestidas de pieles viejas, de las que no se habían despojado a lo largo de veinte inviernos. Pero eran muy inteligentes.

Gro les dispensó un magnífico recibimiento en su cabaña de tierra y les prodigó toda clase de atenciones, tomándose especial cuidado porque se sintieran cómodas y contentas. A la hora de la comida les sirvió ostras y mariscos, ya sin concha, con los que había llenado una olla. Se los sirvió ya preparados para chupárselos

inmediatamente, añadiendo además huevos de pescado en crudo e hígado de jabalí cortado a tiras. Como bebida les sirvió agua del manantial bien endulzada con miel. Las viejas estaban satisfechas y se daban buena vida. Después de la comida se volvieron parlanchinas, relatando interesantes historias, cuyo recuerdo les iba despertando el manjar; historias que abarcaban desde aquellos tiempos de caza que se remontaban a una época anterior al mismo nacimiento de Gro. A propósito del nacimiento del niño, evocaron ellas el recuerdo de sus propios alumbramientos y matrimonios, relatando los divertidos malos tratos que habían sufrido por parte de los cazadores que ahora estaban ya

convertidos en cenizas desde hacía mucho tiempo; también los hijos de ellas habían muerto; ahora eran sibilas, viejas, mujeres sin patria ni hogar, pero todavía sabían mover sus mandíbulas sin dientes y roncar de placer al pensar que un día habían sido personas como las demás. Las tribulaciones para ellas no eran lo peor. ¡Ay!, ahora ya una podía salir sola al bosque; hasta las bestias feroces ponían morros al ver la fea figura de una vieja sibila. Una vez que se hubieron saciado y cuando ya sus ojos brillaban chispeantes — la inspiración sibilina que se encendía en ellas—, Gro volcó en el piso la alforja que solía llevar a cuestas y les rogó que examinaran detenidamente al niño.

Lo encontraron muy crecido para su edad; pusieron sobre él sus dedos y lo declararon bien alimentado; le abrieron la boca y le tataron el paladar. Dijeron que era un niño; muy precoz, pues había echado los dientes muy temprano. Todas manosearon al niño. Con dos de las sibilas la inspección resultó de maravilla; pero cuando la tercera, le tenía el dedo metido en la boca, el niño la mordió, de modo que ella tuvo que dar un fuerte tirón para arrancarlo de allí. Gro, con su aire de disgusto, fingió castigar al niño. Pero en su interior consideró que el niño era ya un valiente. Luego las nornas extendieron su inspección a los miembros e hicieron diferentes

parangones, que demostraban que en ellas existía un abismo de experiencia; hicieron movimientos de asentimiento, cuchichearon, se hicieron señas... ¡Sí, el niño había nacido con buena estrella!

Una de las sibilas se levantó y se puso en trance: comenzó a desvariar y a contar una fea canción incomprensible que llenó la cueva de ecos siniestros; pero aquella canción era de buen agüero, era un canto mágico contra toda clase de espíritus malignos; terminó su oráculo vaticinando que el niño sería muy afortunado y que sus ojos habían de ver más cosas en el mundo que la mayoría de las gentes. La segunda sibila, repitiendo las mismas señales afirmativas con la cabeza, corroboró el

vaticinio de su compañera, y Gro, sonriendo de alegría, tomó al niño por los pies y lo volvió a sumergir en la alforja.

La tercera sibila no había dicho nada, y cuando Gro la miró con una mirada interrogadora, vió que la vieja cerraba la boca hasta que el mentón se le juntaba con la punta de la nariz, mostrando un ardor velado en los ojos que no parecía augurar nada bueno. Ésta era la sibila a la que mordió el niño.

Pero en realidad ella estaba descontenta desde mucho antes — justamente desde el momento de su llegada—, a pesar de que lo había ocultado. Lo primero que le había disgustado en Gro era que ésta les

hubiera servido alimentos tan líquidos como para que se dieran buena cuenta de que estaban desdentadas. En segundo lugar, para ella, la persona de Gro tenía algo de arrogante y mortificante para las personas pequeñas y débiles; por otra parte, ella era muy alta, corpulenta y gorda como una ballena, y por esta razón — pensaba — era codiciada por los hombres, de acuerdo con el gusto ordinariote que ellos tenían. En tercer lugar, ella se había vestido impúdicamente para aquella ocasión, exhibiendo indecentemente brazos y piernas, al ponerse encima la tela sutil de una esterilla de verano, vanidosamente tejida con mallas muy abiertas: aparecía tan poco tapada como

un delfín en la red. Además, aquel atuendo hacía un escandaloso contraste con la delgadez y angulosidad de las demás personas. Luego se había colocado, por pura exhibición de lujo, un ostentoso adorno alrededor del cuello y una diadema con más dientes de oso de lo que era posible contar: uno por cada uno de los hombres que ella tenía, cuyo número se adivinaba fácilmente, cosa que ella ni siquiera quería ocultar, pues cuando al inspeccionar las otras dos al niño coincidieron en afirmar que éste iba a ser bueno para las mujeres, Gro se había reído, declarando que deseaba tanta dicha a su hijo como la que había tenido ella misma. Para colmo, Gro, a su juicio, era orgullosa,

cualidad que se echaba de ver apenas se pisaba el umbral de su casa: su vestíbulo estaba limpio; el barrido a fondo que Gro había realizado en casa equivalía a un insulto lanzado a la cara de aquellas que tal vez en su casa tenían alimañas y un piso con una capa de suciedad de una vara de espesor, donde se revolcaban sus hijos muertos de hambre.

Pero lo peor, a juicio de la sibila, lo que más hería la vista era el hecho de que Gro hubiera encendido los cirios. No se contentaba con tener, como las personas corrientes, una hoguera en el suelo y un dornajo lleno de grasa y papilla, sino que había de tener una gran candela doble, por puro orgullo y gusto

por el lujo; aquellas velas las había hecho, al parecer, de sebo, con pabilo de junco, nueva invención desatinada que andaba en boca de todas las gentes y prueba de menosprecio de las viejas costumbres de la gente sencilla. Ni que decir tiene que aquella iluminación casi tan clara como la luz del día no era aprovechable en todos los aspectos y que el humo y las sombras que producían las velas estaba más indicado para una sesión de encantamiento de las que ellas celebraban.

Todas estas cosas resultaban intolerables a la tercera sibila, y cuando Gro, al advertir su disgusto, le preguntó cuál era su oráculo, la vieja se levantó con ademán de marcharse, agitando su

vara, movió repetidamente la cabeza, carraspeó para aclararse la voz y finalmente fijó en la luz una mirada de pájaro feo, declarando, con una voz que parecía un graznido, que por su parte ella no se atrevía a prometer al niño una vida más larga que la de la vela que su madre había encendido.

Gro extendió la mano con ademán de cerrar el pico a aquella ave de mal agüero, aunque demasiado tarde, pues ya aquel pico había soltado el vaticinio; la vieja, dando un chillido, se dirigió hacia el zaguán. Pero antes de llegar a él se inclinó hacia delante y vomitó toda la comida del banquete natalicio, cayendo con las manos en el suelo, y a gatas, como una rana, se arrastró hacia la

puerta. Gro, echando mano de la olla en la que quedaba un resto de comida, le arrojó sobre la espalda todas las gachas. Y como una osa furiosa, Gro se volvió luego hacia la luz y la apagó de un soplo.

En sepulcrales tinieblas terminó el brillante convite natalicio, Pero la vida de Gaest estaba salvada.

Y como una osa furiosa, Gro se volvió luego hacia la luz y la de vela, bien guardado en una bolsa de piel de vejiga y provista de una cinta hecha con tendones para colgarla del cuello; en el momento de la despedida, Gro le pidió que no se separara nunca de la vela y que recordara en todo momento su significado y su importancia. Gaest

agradeció profundamente a su madre
aquel don y se despidió de ella.

CON LA ARDILLA

EN lo más recóndito del fiordo en que Gaest había nacido desembocaba un pequeño río; las gentes del poblado situado a media jornada de la desembocadura lo conocían, pero no habían ido ni pensaban ir remontándolo hasta donde el arroyo se pierde entre espesos bosques y regiones de las que nadie tenía la menor idea. Aquel fué el camino que tomaron Gaest y Pil en su flamante canoa.

En un principio tenía Gaest el proyecto de salir directamente al mar, cruzando la bahía, para avanzar a lo largo de la costa hasta llegar a las islas

y a la gran tierra remota de la que tanto había oído hablar a los viejos; pero su madre lo disuadió de esta idea. En la secreta conversación que madre e hijo habían sostenido a solas sobre este tema, ella le aconsejó que navegara río arriba, internándose en la tierra, y probara de vivir allí primero, que ya después siempre podría volver y emprender viaje más largo si seguía con sus deseos de aventuras. Gro posó en él su mirada y entrecerró los ojos, esforzándose para recordar a Pil y calcular la edad de los dos. Y luego aconsejó a Gaest que permanecieran ausentes unos dos años.

La barca era larga y maniobrera, y como Pil, sentada en un extremo de la

barca, remaba tan bien como Gaest, navegaban maravillosamente. Se habían despedido de la bahía por la mañana muy temprano, antes que despertara nadie en el poblado, con excepción de Gro; al mediar el día tenían cruzado ya el fiordo y estaban remontando el río. En su recorrido iban dejando atrás las cercas y dominios conocidos; luego se adentraron en una tierra nueva, la cual les daba una seguridad completa en lo que se refería a una posible persecución por detrás; pero por delante, en cambio, podían sobrevenirles las cosas más terribles a medida que iban avanzando.

Cuando se sintieron seguros y bien escondidos detrás de los salientes de la tierra y los remansos del río, se

detuvieron a comer. Esto imponía, naturalmente, la necesidad de pescar. Gaest saltó a tierra en busca de gusanos para sus anzuelos; había visto en el río peces durante todo el recorrido; a los pocos minutos ya tenían pescado. Ponían los gusanos justamente bajo la superficie del agua, haciendo acudir una multitud inmensa de negros lomos de peces salidos del fondo, que picaron en el anzuelo; el anzuelo danzaba poniendo el sedal tirante, que restallaba en la superficie del agua. Lo primero que extrajeron fueron algunos peces anchos y de grandes escamas con aletas rojas; Gaest mataba con los dientes los peces todavía coleantes, que le comenzaron a llenar la boca de agua dulce y de un jugo

sabroso que lo determinó a seguir comiendo; el pescado le entraba rápidamente por una comisura de la boca y le salía por la otra en forma de espina mondada. La carrera a remo le había despertado el apetito.

Gaest estaba satisfecho con sus anzuelos, que, tras un cálculo concienzudo, había fabricado con hueso de pescado.

En un extremo de la barca está Pil sentada con mucha compostura comiendo un pececillo pescado por ella, vueltas sus espaldas al niño; tanta educación y tan finos modales tenía, que jamás quiso que nadie viera que ella estaba comiendo. Esto mismo hacían las mujeres mayores: en el transcurso del

día se metían de cuando en cuando un bocado en la boca sin que nadie las viera, y jamás se sentaban a la mesa para comer en reunión. Nadie vió a Gro comer jamás.

En el sitio donde los dos niños se encontraban había abundancia de peces que porfiaban furiosos por ser los primeros en llegar al anzuelo. Pronto los niños estuvieron hartos; recogieron los sedales y continuaron remando, después de haber bebido unos puñados de agua del río, fresca, sabrosa, fortificante.

Juntos siguieron remando aquel día y el siguiente, cruzando comarcas totalmente desconocidas a lo largo de los recodos y remansos que iba formando el río. Éste corría como un

espejo líquido, ancho y sereno, entre altas orillas de juncos que casi siempre tapaban la visión del mundo exterior; estos juncos eran ligeramente nudosos y aparecían meciéndose en los lugares estrechos donde había gran corriente, e inmóviles en los remansos de mucha hondura, donde pequeños remolinos van girando por la superficie; en la parte inferior de las orillas excavadas se oye un barboteo: los niños sabían que el río tenía su secreto que contar. Al doblar bruscamente un recodo espantaron una cosa viva que estaba bajo ellos; ante ellos se abrió un hondo surco que iba alejándose hacia la orilla: era un pez grande, o acaso una nutria, o tal vez un tritón de los ríos. A veces salían garzas

huyendo de los lugares próximos a ellos, mostrando en el vuelo un cuello corvo y unas patas inclinadas hacia atrás, que iban balanceándose en el aire. Al pasar volando, las golondrinas descendían para atrapar mosquitos en la superficie del agua. Junto a la orilla se oían sordas zambullidas de ranas o de ratas de agua. Describiendo grandes curvas sinuosas, las culebras pasaban de una orilla a otra asomando sobre el agua su cabeza y sus colmillos venenosos. A larga distancia levantaban el vuelo bandadas de ánsares salvajes. Entre los cañaverales se ocultaban o se zambullían las gallinas de agua. Al llegar frente a un paraje donde se abría un amplio panorama, vieron una manada de corzos que corrían, con altos

brincos, a través de los prados, y parecía que en cada salto quedaban un instante parados en el aire. Allá lejos, a ambos lados del río, la selva abovedaba sus cúpulas.

Junto a la desembocadura, en el fiordo, y muy tierra adentro, serpenteaba el río a través de dilatadas extensiones y malezas y tremedales intransitables; pero luego, a medida que el valle se iba angostando, los bosques situados a ambos lados se iban aproximando cada vez más entre sí y el terreno formaba un valle recurvado con praderas y matorrales en su lecho y flanqueado por densos bosques.

Al día siguiente a aquel en que ellos habían zarpado, y cuando ya les

parecía que estaban a una enorme distancia del punto de partida, en un mundo nuevo de paz y soledad, las sinuosidades del río los iban llevando bajo el techo del bosque situado a un lado del valle. Allí la tierra se inclinaba en una pendiente y aparecía cubierta de elevados árboles bastante diseminados. Sentían que algo los atraía hacia un lugar próximo a aquél; comenzó a aparecer el sol, muy bajo, sobre el valle por la dirección de donde ellos habían venido; los juncos se elevaban en el río y se divisaba un paraje dilatado que los invitaba a desembarcar; a orilla era llana, con un fondo de arenas y piedras, y se veían numerosos rastros de animales; presentían que en aquel lugar

habría un agua magnífica para beber. Bogaron hacia la orilla hasta dejar varada la barca y se pusieron a mirar en torno. Ante ellos se abría el bosque y les pareció que se fundían con él. Con él iban a convivir. Cogidos de la mano se internaron lentamente entre los árboles; sobre ellos se posaba la sombra del bosque; oían resonar sus propios pasos; allí dentro todo era negro, hueco y solitario.

A sus espaldas oyen crujir los matorrales; ellos permanecen callados; un estremecimiento recorre su cuerpo. No ven nada; pero en un lugar situado un poco más al interior, un temblor sacude la fronda de los avellanos, en donde irrumpe un animal invisible; ellos se

miran mutuamente, pero no encuentran nada que se vea.

Caminando alertas y con paso cauteloso por el fondo del bosque, exploran los andurriales más próximos. La selva se extiende ahora sobre una ladera que se precipita por el valle hacia el río; a ambos lados se empinan las praderas formando valles laterales menores. El bosque les parece tranquilizador, porque en esta zona tiene fronteras por los tres lados, y así, deciden instalarse provisionalmente allí.

En el fondo de uno de los valles laterales observan que sale corriendo un arroyo que se une más abajo con el río; y remontándolo durante un pequeño trecho, encuentran el manantial. Su lecho

está formado por un barranco, profundamente ahondado por las aguas del arroyo. El manantial brota entre piedras y raíces retorcidas a la sombra de un gran árbol, rodeado die otros árboles muy corpulentos. El hoyo, profundo y fresco, tiene un fondo de arena finísima, y en la arena hay un extraño foso que parece vivo, como una boca que soplara arena; al agitarlo con la lengua vieron los niños que se redondeaba y lanzaba agua hacia arriba, abriéndose y cerrándose como unos labios, sin el menor ruido. El agua estaba diáfana en aquel profundo y transparente hoyo. De las entrañas de la tierra subía el agua sin cesar; era como una fuerza subterránea que engendraba

agua, expulsándola del fondo del manantial, hasta llenar el recinto de éste, desbordarlo y transformarse en arroyo.

Una extraña oscuridad y fuerza subyugadora se notaba bajo los altos árboles, que se inclinaban sobre el manantial murmurando una secreta conversación con sus rumorosas copas que tapaban la luz del día. Más al interior, el bosque estaba oscuro; se veían árboles y más árboles con raíces hundidas en las tinieblas, perdiéndose en un muro espeso de lejanos árboles formando una masa de oscuridad; de aquella dirección venía un aliento lúgubre. Pero al otro lado, a través de una abertura entre los árboles, se podían ver abajo los prados bañados de sol,

extendidos como la palma de una mano, surcados por la línea torcida del espejo azul del río. Bajo los árboles se extendía la sombra densa, y el corazón de la sombra era el manantial.

Gaest y Pil se inclinaron sobre el espejo de la fuente, y bebieron. Y al beber sintieron como un milagro, como si se quedaran transformados en seres nuevos, recién creados. Sintieron correr el frescor suave de aquella agua por sus venas. Aquella dulzura les hizo olvidar su vieja patria, el poblado aquel asentado como un nido junto a la bahía. Ya aquella tierra les parecía lejanísima, aunque hacía dos días que se habían embarcado. Ahora se encontraban con una vida nueva, con una realidad más

dulce que el mejor sueño. ¡Tal virtud tenía aquella agua!

Y entonces sintieron la necesidad de presentar una ofrenda al manantial. Todo lo que Pil poseía era un collar de dientes de lobo que su madre le había dado como amuleto contra el ataque de las fieras. Y quitándose el collar, la niña lo dejó caer en la fuente y allí quedó brillando en el fondo de arena. Gaest apenas tenía otra cosa que su amuleto; ¡pero ni soñar en desprenderse de él! Se palpó los cabellos, sacando un largo punzón de hueso, varios anzuelos de espigas de pescado, un buen rollo de tendones y algunas hojas de sílice, y lo ofreció todo como don a la fuente.

Gaest subió a su barca y la dirigió por el río hasta un punto en que la embarcación estuviera en sitio seguro. Hacia él atardecer pescaron en el río todas las truchas que deseaban. Los peces grandes, más desconfiados, se asustaban, huyendo del cebo.

Una vez que hubieron comido sentados en el césped, al lado del manantial, quedaron sumidos en profundas cavilaciones. Ambos, sin decírselo, tenían en sus pensamientos la imagen de una misma cosa: la playa, aquella playa de la bahía que ellos habían dejado atrás... ¡Los mariscos!...

En aquella playa se podían coger con la mayor facilidad grandes, hermosas, delicadas, saladas ostras; allí

se podían comer ostras todos los días y a cualquier hora del día. Luego, los oscuros mejillones, que ellos sabían cascar con los dientes: ¡qué delicia chupar su jugo, mezclado con el sabor del salitre! Los caracoles, las almejas, y hasta las mismas algas... Gaest suspira.

Mira a su alrededor. Mira al cielo y a la tierra. ¡No tienen fuego! No existe ya la posibilidad de ir a casa de un vecino a buscar una brasa. Instintivamente echa mano de dos astillas redondas y las hace girar entre las manos; pero, nada; se cansa, se desmoraliza. El arte de producir fuego era un misterio en el que nadie le había iniciado todavía. La tarde declina, la luz se va. El niño deja caer sus astillas...

Y viene la noche. Allá en el poblado la noche tenía su horror; pero allí los niños siempre podían apercebirse a tiempo para la llegada de la noche, metiéndose en las chabolas envueltos en pieles y en la compañía tibia de los perrillos. Pero ahora se encontraban solos, sin abrigo, sin fuego, a merced de la noche.

Del bosque vino la noche. La calma se extendió por el mundo. Y de la tierra brotó el frío. Árboles y piedras se humedecieron como si lloraran. Se perdieron en la lejanía, los últimos trinos de los pájaros, y surgieron otras señales de vida, restos de un mundo invisible. Un ruido horripilante, la voz de un ser que no conocen, perfora la

selva. Sentados en silencio sobre el césped, Gaest y Pil sienten que el terror se adueña de ellos. El bosque se va llenando poco a poco de ruidos extraños, haciéndose sonoro, palpitante, vivo, fatídico. Los muchachos se aprietan el uno contra el otro. Y así los sorprende el sueño. Pero no tardan en desvelarse. En las malezas descubren dos ojos que brillan en las tinieblas y ven deslizarse una sombra. Se levantan gritando. Y otras y otras sombras se van arrastrando en la oscuridad entre las malezas. Y de pronto, algo inesperado, inaudito: el grito de un ser humano, un aullido humano intermitente, como de una persona loca... Este alarido se mezcla con los ruidos y voces de todos

los animales nocturnos, llenando de horror aquella noche interminable...

Por fin amaneció. Pil se va junto a la fuente, y, echándose atrás la cabellera que se le había caído delante de los ojos, se lava y se prende flores en el cabello. Gaest se levanta y mira a su alrededor buscando pedernales. Ha despertado con unas ganas locas de trabajar. Gaest se convenció de que no era posible pasar más noches como ésta. Y decidió hacerse un nido en la copa del árbol que estaba junto al manantial.

Gaest se sube a un árbol, y mientras corta grandes ramas. Pil recoge hierba y la pone a secar al sol. Con este material harían una especie de enrejado

recubierto de hierba para construir las paredes de su nido.

Pero en el árbol que ellos habían elegido había ya un inquilino. Era una ardilla, que andaba saltando de rama en rama, escondiéndose y volviendo a asomarse, ágil, elástica, incansable. Miró asombrada a Gaest, cuya aparición era algo inesperado para ella. Cuando Gaest, en lo alto del árbol, comenzó a cortar ramas, la ardilla se desplazó a las ramas más altas, lanzándole los más espantosos insultos de sus chillidos. Gaest no la molestó, porque desconocía el poder que podía tener aquel pequeño animal. Pero como no tenía intención de hacerle daño, se atrevió a acercarse a ella. Gaest cortaba las ramas más

grandes de que era capaz y las iba poniendo en la bifurcación en que había de establecer su nido; encima iba colocando ramillas más finas.

Desde que había comenzado a desgajar las ramas, sintió la aprensión de que estaba profanando el bosque. Era digna de notarse la conducta de la ardilla. Sabía más del bosque que lo que cabía esperar de un animal tan diminuto. Gaest pensó que sería mejor hacer algo para propiciarse al bosque. Y así que terminó el nido y descendió del árbol, se adentró en la selva de mala gana. Subió por la cuesta boscosa que parecía tener la forma de una nariz, bajó al valle que se extendía al otro lado y cruzó una nueva colina, llegando al corazón de la

gran selva. Allí encontró un claro, en cuyo centro se alzaba un árbol muy grande, una encina viejísima con un tronco enormemente grueso y largas ramas retorcidas que casi formaban un bosque. A su alrededor se arrastraban en la tierra árboles más pequeños, extrañamente negros y retorcidos, con una especie de ojos en el tronco, que le dieron miedo. Pero la vieja encina no le infundió temor. Vió que tenía el tronco hueco; y obedeciendo a una súbita inspiración, Gaest metió en la cavidad su cuchillo de sílice a medio hacer y cinco anzuelos magníficos.

Después de esta visita de amistad al bosque, llevó hierbas y hojas a su nido, que quedó convertido en una islita

aérea, meciéndose en el árbol entre el cielo y la tierra.

Mirando en torno y explorando la lejanía, vió que a un lado se extendía todo el valle recurvado, con el río en medio; allá muy lejos divisó el fiordo como un espejo azul brillante, y detrás de éste, mucho más lejos, el mar azul y la costa remota que se perdía en un banco de niebla. Pero por el otro lado se dilataba la selva con su verde cúpula en una sucesión de bosques y bosques innumerables. Ya en último término, en la raya del horizonte, el bosque parecía una ola borrosa contra el cielo; pero esta verde muralla estaba en un punto interrumpida por una abertura entre los troncos, a través de la cual se veía como

una puerta lejana; le parecía que aquélla era la puerta de entrada del ancho mundo de la aventura, y que por allí habían de salir viajando algún día. Cuando tuvieron terminado su nido, comenzaron a emprender excursiones; remontaron el río en un largo trecho y tuvieron ocasión de conocer mejor el valle, el cual aparecía profundamente hundido en el paisaje.

Al caer la noche, regresaban al manantial y se iban a descansar al nido que tenían dispuesto en el árbol, formado por una capa plumosa y balanceante de hierba con un fondo de gruesas ramas. Se cubrían con montones de hierba hasta la propia cabeza, para estar completamente ocultos.

Sobre su cabeza, en la copa del árbol, un ser del bosque velaba su sueño. La ardilla tenía sus lares en la rama más tenue y elevada, en un lugar inaccesible para cualquier animal más pesado que ella. Se había instalado en un viejo nido de cuervo, que cubrió con ramillas, hojas y hierbas, dejando una pequeña puerta de entrada y forrando el interior de musgo. Nada podía ocurrir sin que lo percibiera su finísimo oído.

La construcción del nido de Gaest y Pil sorprendió y alarmó a la ardilla; pero ésta no podía contener su curiosidad: estaba deseando ver lo que iba a suceder.

Y observó que, después de

instalarse allí los niños, no volvieron a escalar el árbol martas ni gatos monteses. Una noche subió allí un lince; la ardilla soltó un chillido, Gaest se despertó y vió un par de ojos verdosos, chispeantes, y entre ellos le plantó él filo de su hacha de sílice.

El lince cayó en tierra, y ninguno más volvió a aparecer por allí.

La ardilla se fué familiarizando poco a poco con Gaest y Pil hasta llegar a comer en su mano. Ellos se extasiaban viéndola comer. Gaest extendía la mano; el animal estiraba el cuello para ver en qué consistía el manjar, le daba una dentellada, se retiraba corriendo y luego volvía a dar otro mordisco.

Cuando la ardilla estaba ya harta y

no necesitaba más de momento, era maravilloso ver cómo escondía cuanto le daban en una grieta de la corteza del árbol, por ejemplo; horas más tarde iba a buscar lo que había escondido y, bajándose precipitadamente, lo iba a enterrar al pie de otro árbol próximo sin dejar el menor rastro ni señal.

Pil amaba aquel ágil duendecillo, y hubiera dado algo por atraerlo aunque sólo fuera para poder rozar su fina piel y percibir su calorcito; pero ¡cualquiera atrapaba a la ardilla! Era huidiza y susceptible y no podía tolerar que nadie la tocara ni un pelo; aunque era bastante mansa, prefería vivir en su propio mundo, como un espíritu del bosque. Cuando le daba el impulso de huir,

demostraba una extraordinaria fuerza, a pesar de lo exiguo de su cuerpo. ¡Saltaba de rama en rama trazando arcos en el aire como el vuelo de un pájaro, o bien se deslizaba como un rayo a lo largo de la más fina rama. Cuando tenía mucho que andar para llegar a otro árbol, se dejaba caer en el suelo y corría por la hierba como una rubia víbora, arrastrando su felpuda cola, y al instante estaba ya trepando por otro árbol y saltando de rama en rama. En pocos minutos desaparecía en el interior de la selva.

Intrigados y excitados por aquel modo de huir de la ardilla, Gaest y Pil intentaron imitarla, saltando de un árbol a otro cuando las ramas eran gruesas y

estaban próximas entre sí. Querían ser ardillas, pero eran demasiado pesados, lentos y prudentes. No obstante, la sensación de vértigo y la dificultad de pasar de un árbol a otro sin tocar la tierra, ejercía en ellos una atracción irresistible; parecía un sueño la visión del mundo desde los árboles, que descubría para ellos un panorama totalmente nuevo; tanto llegaron a entusiasmarse con el nuevo ejercicio que ya lo olvidaban todo; para ellos no existía más que una selva eterna, una eterna luz del sol y un verano eterno. ¡Tanto era el tiempo que pasaban yendo de un árbol a otro!

De aquel modo fueron adentrándose en el bosque. Ya casi todas

sus observaciones las realizaban desde la copa de un árbol, donde, además, permanecían ocultos a todo ojo humano. De este modo la ardilla se convirtió en su guía y maestra.

Los niños cubrieron su nido con un toldo a modo de techumbre, siguiendo el ejemplo de la ardilla. Casi era imposible descubrir el nido desde abajo. De noche estaban allí al abrigo de la lluvia y del viento y arrullados por el zumbido de los árboles y el monólogo de la selva.

Van vestidos con un tejido de fibra a modo de estera, obra de las hábiles manos de Pil. Pil se adorna ya, y se va transformando cada día que pasa; se embellece con flores silvestres, cada día

de una nueva especie, que encuentra en el bosque o en los pantanos; luego, con plumas que los pájaros han perdido y que ella prende en el pelo; y se pinta con ocre del manantial. Gaest accede a mejorar su aspecto pasándose unos brochazos por la cara. Está constantemente muy ocupado; ni un instante del día tiene libre, consagrandolo todos sus momentos a un trabajo activo o a divertirse, aunque sólo sea para recoger los pequeños cálices de ciertas flores y chupar la gotita de miel, casi imperceptible, que se aloja en el fondo. En las praderas encuentran nidos de abejorros y chupan sus redondas celdillas con una paja, y las devuelven al nido, y más tarde las vuelven a visitar

cuando los abejorros las han llenado de nuevo.

Pero cuando no tenían cosas de este género en que ocuparse, hacían viajes de exploración durante todo el día, de árbol en árbol, de modo que hasta se olvidaban de comer. Y así llegaron a familiarizarse con casi todos los seres vivientes. Veían pasar al ciervo allá abajo, con una larga sombra redondeada, paseándose a sus anchas y rascándose contra los árboles, o lamiéndose. Pero, apenas hacían los niños el menor movimiento de cuchicheo, el animal rompía a correr. Ya sabían de dónde venían los ciervos: el ciervo era sencillamente el alma del bosque, sus cuernos eran ramas

ambulantes.

Pero allá en el interior del valle, en la frontera que separaba los bosques, prados y pantanos, entraron en contacto con los uros de cuernos como una media luna; con los jabalíes, que se revolcaban en los pantanos; con los lobos, que se inclinaban sobre sus patas traseras en ademán de trepar por el árbol donde ellos estaban resguardados.

Un día está Gaest sentado junto a una gran piedra, próxima al manantial, que él había elegido como mesa de trabajo. Allí resuena el más fino sonido de la sílice. Gaest está realizando un trabajo delicado: puntas de flecha. Y es que de pronto le vinieron deseos de

fabricar arcos y flechas. Dispone de ramas para el arco y de cañas para flechas; pero no sabe dónde ni cómo hacerse con la cuerda.

Pil, que tiene que dedicarse a su tarea de tejedora, le cede a Gaest fibra para una cuerda; cuando éste la ha puesto tensa, llama a Pil y arranca el primer sonido cantarín a la cuerda pellizcándola con los dedos. Pil escucha y sonríe y le expresa a Gaest el deseo de oírla sonar en el arco como una música. Al lado hay un haz de cañas que él ha ido a buscar a la orilla del río y las tiene ya peladas y preparadas para hacer flechas.

El día transcurre lento. Pil ha hecho un largo trabajo monologando y echando

a ratos la cabeza atrás para quitarse el pelo de delante de los ojos; vuelve junto a Gaest, pero esta vez lo encuentra reservado, sombrío, incomunicativo. Y es que al tirar de la cuerda del sirco, ésta se rompe. ¡No, no! La fibra no sirve para esta clase de cuerdas. Pero él ha de hacer funcionar el arco, o no es quien es. La cuerda ha de ser de tripa; pero ¿cómo ha de disparar sobre los animales si no tiene tripa?

Provisionalmente se pone a hacer cuerdas de cabellos, tarea en la que Pil le es de gran utilidad esta vez, pues sus cabellos son más largos y finos que los de él; apoya la cabeza en una piedra, accediendo a que Gaest le corte con una piedra la cantidad de pelo que necesite,

y luego le ayuda a torcer la cuerda.

La nueva cuerda resulta resistente y da un sonido magnífico.

Una vez que el arco estuvo terminado y perfecto, Gaest se sentó y se puso a tocar con él una pieza para Pil. Tenía un sonido casi dulce, uniforme pero agradable; y así estuvo Gaest tocando largo tiempo mientras Pil le escuchaba extasiada con la música. Ésta fué la primera arpa de Gaest. Más tarde había de convertirse en un bardo.

Pero ahora sólo le preocupa la idea de llegar a ser un gran cazador. Disparó la primera flecha fabricada por él: el proyectil subió como una culebra hacia el cielo, hendiendo el aire con su pequeña punta de sílice. Llegó más alto

que los más altos árboles y en su caída quedó hincada en el prado, haciendo un agujero profundo como la longitud de un dedo.

Aquel día inició la guerra con los pájaros. Con el tiempo llegó a ser un gran tirador. Al principio el arco era muy corto y las flechas eran de caña, pero luego aquél aumentó de longitud, lo mismo que él, y las flechas pasaron a ser de madera, largas y resistentes.

Allí estaba Gaest dedicado a algo que nunca conseguía ver acabado y perfecto. Cada nuevo arco suponía un perfeccionamiento, alargándose y haciéndose más mortífero y dejando de ser un juguete con un sonido inocente. El arco de Gaest comenzó a resonar en la

selva con una voz agresiva y terrible...

EL CAZADOR Y SU HOGAR

EL lobo fué la primera pieza de caza mayor que Gaest logró capturar por sí mismo. Después de este triunfo fué ya para él un placer medirse con todos los animales de la selva en rapidez, astucia y fuerza.

Gaest fué el primero en romper las hostilidades con las fieras al construir fosos-trampas para cazarlas. Si acertaban a caer en los fosos, de ellas era la culpa, pues tenían sitio de sobra para andar por la selva, y si Gaest plantó trampas en el viejo sendero que

conducía a los animales al manantial, no lo hizo adrede para impedir que los animales cayeran en la trampa.

Todo esto lo había aprendido en su poblado natal, siguiendo el ejemplo de los mayores. Allí los cazadores capturaban a la mayoría de los animales por este procedimiento. Una parte de ellos los acosaban y cercaban en el bosque con el auxilio de los perros y los mataban en lucha campal; pero cuando los animales salvajes no querían entrar en los fosos por su propia voluntad, los cazadores rodeaban rebaños enteros de ellos y los obligaban a avanzar hacia los parajes donde había trampas preparadas. Por regla general, toda la caza iba a parar a las trampas sin

necesidad de acosarla. En los bosques existía todavía un contingente tan grande de animales—aun después de tan largos años de caza en un mismo lugar—, que este cómodo procedimiento, que, por otra parte, no dejaba remordimientos en la conciencia, había sido siempre el método preferido.

A Gaest y a Pil les llevó mucho tiempo construir el pozo, pues tenían que excavar penosamente el suelo con palos y llenar a puñados de tierra los cestillos de mimbres; pero eran dos en el trabajo y éste constituía para ellos un entretenimiento, especialmente cuando el pozo tuvo ya una profundidad que le permitía a Gaest estar de pie en él y excavar, mientras Pil izaba la tierra en

el cestillo. Primero encontraron tierra vegetal, y luego, arena y arcilla; pero pronto comenzó a filtrarse agua en el pozo y no se atrevieron a profundizar más, por miedo a no hacer pie y quedar aprisionados en las entrañas de la tierra. Piara el caso de que alguien fuera a investigar quién había cavado el pozo, pusieron luego al lado de éste los palos de excavar en una situación muy visible. ¡Como prueba, allí estaban los garrotes! Borraron cuidadosamente las huellas de sus pies, y, cuando el pozo estuvo terminado, no hubo más que taparle la boca con una fina capa de mimbres, mantillo y hojarasca, de modo que aquel punto no se distinguiera de la vegetación circundante.

Pero después de la cobertura pasó una semana sin que cayera ningún animal en la trampa. El rastro de los lobos siguió apareciendo alrededor del lugar y, finalmente, una mañana encontraron dentro de la trampa un ciervo. Más tarde consiguieron cobrar tal cantidad de piezas que cubrían sobradamente sus necesidades. Pero cuando ya estaban abastecidos, Gaest atravesaba grandes ramas encima del pozo para que los animales se desviarán de él. Al contrario de los cazadores de su pueblo natal, Gaest no colocaba estacas puntiagudas en el fondo de la trampa, al objeto de que los animales quedaran allí atravesados: Gaest desechó este procedimiento, porque la estaca dejaba

un feo defecto en la piel una vez adobada, y, además, ocasionaba daño a los animales, ya que frecuentemente aparecían muertos por la mañana y no se podía extraer la sangre de su carne.

El ciervo caído en la trampa proporcionó un largo trabajo a Gaest y á Pil. No podían dedicarse a secar, raer ni adobar la piel, pues tenían muchas otras cosas en que pensar; Gaest necesitaba las astas para fabricar herramientas; también tenía necesidad de aprovechar los huesos, intestinos y tendones, y, sobre todo, la carne, que habían de cortar, salar y ahumar. Al mismo tiempo habían comenzado a construir su chabola de invierno; el tiempo se había vuelto frío por las noches en la copa del árbol.

Y se imponía cada vez más una necesidad muy urgente: era necesario hacerse con fuego.

Gaest notó esta necesidad inmediatamente después de haber capturado el primer ciervo. Era preciso propiciar inmediatamente el fuego mediante una ofrenda apropiada. Ya antes de sacar la piel, él siente la necesidad de frotarse las manos. Es una mañana fría. Sin darse punto de reposo, echa mano de un palillo—trozo redondo de una rama desgajada—, lo aprieta contra otro trozo de madera, seca y comienza a hacerlo girar, a guisa de perforadora, entre sus manos. A pesar de sus esfuerzos, nada consigue. El palillo hace un hoyo en el trozo de madera, que

se ha puesto un poco caliente. Pero no pasa de ahí. Con redoblado ahínco vuelve a la tarea y, haciendo un gran esfuerzo, consigue ver salir un hilo de humo: el extremo del palillo y el hueco del trozo de madera aparecen ligeramente carbonizados. Pero el fuego no se deja ver. Gaest ensaya diferentes clases de madera; se devana los sesos tratando de averiguar dónde está el secreto, pero en vano. No obstante, observa que cuanto más rápidamente gira el palillo, tanto más humo produce. Por eso se pone a idear un procedimiento para hacer girar más veloz el palillo; toma, un cordel y le da una vuelta alrededor del palillo, y con ambas manos sujeta los extremos de este

cordel; pero como no tiene más manos libres para agarrar el palillo, toma otro trozo de madera en la boca y lo aprieta contra el extremo superior del palillo giratorio; pronto nota que humea, que el palillo se calienta por los dos extremos, y en un esfuerzo continuado, al fin salta la llama.

Gaest se queda como atontado, encendido su rostro de coraje. Inmediatamente arrima el palillo ardiente a la hierba, que empieza a arder; echa en la llama astillas, ramas y troncos enteros, y al cabo de unos minutos se alza en el bosque una ardiente, clamorosa y devoradora hoguera.

Gaest guarda cuidadosamente los

instrumentos que le sirvieron para producir el fuego, negándole a Pil autorización para verlos.

Y ahora le ha llegado al fuego la hora de recibir su ofrenda. Habían tenido que matar al ciervo en el pozo, ya que no podían sacarlo de allí sino a trozos. Al lado del pozo ardía la hoguera. Ellos, poco a poco, fueron llevándose la mayor parte de la carne del animal.

En una ocasión tan solemne como aquélla sabía Gaest que era preciso cantar y hacer invocaciones. Pero él no conocía los cantos ni las fórmulas mágicas. Se puso a pasear alrededor de la hoguera imitando una lúgubre romanza sin palabras. Y en este secreto

ritual tampoco quiso iniciar a Pil. Pero le concedió el derecho de percibir la importancia y alcance de los oscuros actos que se celebraban entre el espíritu del fuego y el omnisciente Gaest.

Una vez que el fuego devoró glotonamente su parte, Gaest y Pil se sentaron a comer la carne sin hueso que para sí habían reservado. Conocían la predilección del fuego por los huesos y las entrañas de las víctimas. Les parecía ser ya personas nuevas ahora que podían comer carne asada. Con el humo se extendió por el bosque un delicioso olor a asado. Desde entonces ya Pil tuvo un fuego al que atender y cuidar.

Terminado el banquete del sacrificio, regresaron a sus lares con una

rama encendida y se pusieron a construir un hogar en las proximidades del manantial, en la ladera de una colina cubierta de bosque, donde ya habían comenzado a excavar la tierra para, construir su vivienda invernal. Y en este lugar constituyeron así su primer poblado.

No tardaron muchos días en tener construida la casa. Ésta era una especie de cueva, excavada en la pendiente de un cerro, con una entrada larga y estrecha que se iba ensanchando hacia el interior. Todo ello estaba cubierto con listones y césped. La cámara era perpendicular al vestíbulo de entrada; en el interior tenía un banco de tierra y las

paredes estaban constituidas por cañas, musgo seco, lana de los pantanos y todo lo que Pil pudo hallar de blando y agradable, juntamente con los tejidos de estera de que disponían. Esperaban hacerse con pieles en breve. Ahora que tenían fuego, podían dormir por turno en la nueva casa. Sobre el suelo ardía, el fuego y por encima de la hoguera había una abertura de escape para el humo, practicada entre los terrones de césped, que al mismo tiempo servía de claraboya para dejar paso a la luz del día.

Ya los atardeceres comenzaron a alargarse y hacerse oscuros; sabían que estaba cercano el invierno. Pero el fuego era un arma eficaz contra el rigor

invernal.

Sabían que podían abastecerse de carne a lo largo de todo el invierno, pero era preciso hacer las provisiones a tiempo. Desde que Gaest consiguió producir fuego, Pil pensó en el modo de buscar arcilla y fabricar vasijas que le permitieran cocinar y al mismo tiempo le sirvieran de despensa.

En todo el largo otoño de aquel año se afanó Pil por llenar sus vasijas de provisiones, tales como nueces y miel mezclada con bayas comestibles; curar la carne, colgándola en las viguetas, v, a ratos perdidos, tejer esteras y adobar pieles, siempre con la compañía y auxilio de Gaest. Luego pensaron en proporcionarse un buen calzado, ya que

el suelo estaba constantemente mojado y frío. Para ello colocan el pie en una piel adecuada con el pelo vuelto hacia adentro, la unen por la pierna y la atan con correas. Para esto, lo mismo que para los vestidos invernales, necesitan gran cantidad de pieles, que Gaest se procura en sus excursiones cinegéticas.

Pero los animales, al verle armado de nuevas armas, se van alejando de él. Escasea la caza. El clima se hace riguroso. Emigran todas las aves de paso. Arrecia el frío, se desatan furiosas tormentas, viene la nieve. El invierno es terrible y largo; ya creen que no volverán a ver más el verano. La penuria le obliga a Gaest a quemar sus amadas flechas, el fruto de un afanoso e

ilusionado trabajo de largos meses.

Pero, por fin, un día aparece el arco iris en el cielo. Para ellos es un arco de triunfo, la promesa y anuncio de que la tierra va a despertar a la vida.

Y volvió el verano. Y aquél fué el verano en que Gaest y Pil salieron de su infancia para entrar en nuevos mundos.

NOCHES CLARAS

TIERRA adentro, en el último confín del horizonte, se elevaba el bosque como una ola. En su parte más alta se dibujaba entre los troncos una abertura por la cual se veía el cielo azul. Era como una puerta abierta al ancho mundo, y por ella pasaron Gaest y Pil en un día de verano, ansiosos de lejanía.

El sol y la brisa se disputaban el dominio del día. Por primera vez aquel año Gaest y Pil se aligeraron de ropa y se lanzaron a galope hacia lo desconocido. El aire frío les flagelaba el rostro, pero el sol y la carrera pronto dieron cuenta de aquél: poco después

sus cuerpos estaban bañados de sudor. Pero ellos corrían, corrían, acariciados por el sol y el aire y el bosque. Sobre ellos navegaban las nubes hinchadas y tormentosas.

Corriendo llegaron al punto más alto del bosque — un claro con algunos grandes árboles aislados desde donde se divisaba una gran extensión de tierra, nuevos bosques y valles que ellos no conocían, un nuevo horizonte con lejanas puertas—. Y hacia ellas siguieron corriendo, subiendo a las colinas y bajando a los valles, sin mirar nunca hacia atrás.

Gaest iba delante, con el arco en la mano, y, sin dejar de correr, disparaba la flecha; ésta volaba delante de él,

señalándole el camino de aquella tierra extraña; Gaest la veía subir describir un arco en el cielo azul y caer en tierra; corría a recogerla y la disparaba de nuevo hacia delante. Y así siguió disparando muchas veces la flecha con su arco poderoso. La flecha era delgada y larga, con una punta de pedernal de dos ganchos y con plumas de avestruz para que se remontara entre el cielo y la tierra.

De este modo penetraron en el corazón de Seelandia, en sus extensos y rumorosos bosques jóvenes, punteados aquí y allí de un claro y una colina.

Veían lo que jamás había visto antes ningún hombre: lagos tranquilos, rodeados por todas partes de murallas

de bosque; alturas cubiertas de brezo y enebro, desde las cuales se alcanzaba a ver nuevos bosques y nuevos estrechos azules que penetraban profundamente en tierra. Y ellos llegaron a extensas llanuras herbáceas cubiertas de grandes piedras. Aquella soledad olía a ajeno; en el aire sonaba el canto de la alondra; bosques con geniecillos y ríos donde el castor evolucionaba con sus troncos roídos... Y más allá, otra vez la tierra cubierta de llanuras herbáceas onduladas y cubiertas de piedras. Por doquier se veían flores. En el aire se disparaban las ligeras golondrinas, y sobre ellas, muy alto, planeaba un halcón, que se lanzó en picado hacia el suelo.

Gaest disparó su flecha contra el halcón y echó a correr raudo tras ella atravesando las altas hierbas y haciendo zumbar su propio cabello; y al volverse vió a su compañera de juegos corriendo tras él ligera como el viento, casi sin tocar la tierra. Su pelo flotaba en el aire como una llama. Llevaba en una mano un ramillete de flores silvestres y en la otra unas bellas plumas de ave que había encontrado a su paso. Corría con la boca abierta, volaba... Y entonces Gaest se dió cuenta de que ya no era la *pequeña Pil*, sino una joven lozana que venía volando sobre el césped como una brisa de verano.

A su vez ella vió que él ya no era un niño, sino un joven cazador con la

cabeza erguida sobre los fuertes hombros. Ella le oía gritar, lanzar hacia el cielo el alarido de júbilo de la captura. Y Gaest seguía corriendo y disparando, saltando sobre la hierba como un ciervo. Ella agitaba el cabello en la carrera, hinchaba el pecho y seguía corriendo en pos de él. Y corriendo se perdieron en la maleza.

La zorra se subió encima de su madriguera y se puso a mirar a aquellos dos seres que no dejaban de correr. Presintió una tragedia. “¡Qué extraños son los hombres!”, pensó. Antes había visto a muchos hombres correr tras una mujer; pero ahora era un joven fornido quien buscaba la salvación en una carrera desenfrenada, perseguido por

una mujer. “¡Sí, son extraños los hombres!”, repitió. Y la zorra dió media vuelta y desapareció entre las piedras.

Solitarias, tranquilas estaban las extensas llanuras, arrulladas por el canto de la alondra en el aire y por el zumbido de las abejas entre las flores. Las nubes vivían su vida aérea; el sol avanzaba poderoso y solitario; el largo y dulce día de verano descansaba en sí mismo hasta morir en el atardecer.

Cansado de brillar, se ocultó el sol tras las montañas. Y entonces bajaron las alondras de su sede aérea junto con el rocío y se mantuvieron un momento quietas sobre las hierbas, que iban envolviendo la oscuridad, antes de ocultarse en sus nidos cansadas de

cantar.

Verde y fresco era el mundo. Reinó un corto silencio, durante el cual se abatió la oscuridad sobre las piedras, mezclándose con el rocío del anochecer, y se encendieron las frías ¡y diminutas estrellas. Pronto, sin embargo, se dejaron oír otras voces: el grito del búho, la música de un escarabajo viajero, sonidos fascinadores procedentes de la floresta en sombras y el solemne y sonoro coro de las ranas alzándose de charcos y pantanos y llenando el mundo.

Y vino la noche. Pero aquel mundo no quedó sumido en tinieblas. Hacia el Norte, donde se había puesto el sol, dormitaba el día; el cielo brillaba, y las

llanuras y el bosque estaban envueltos en una penumbra crepuscular. Las blancas nubes se mostraban visibles en la noche, con sus crestas dormidas. Los matorrales se llenaban de rocío y de ellos salían los animales noctívagos. Libre y poderosa se elevaba la luna sobre el borde de la tierra, y miraba deslumbrada y boquiabierta hacia el otro lado del cielo donde se había puesto el sol. Con ella iba una gran estrella blanca y serena. A lo lejos sonaba el eco entre bosques: era el lobo que aullaba a la luna y abría sus fauces escandalizado por su aparición. Pero la luna seguía su marcha por el cielo, sola y soberana, reflejando sobre lagos tranquilos su imagen y mirando con ojos

de ciego el reposo de los bosques y la paz de las alturas.

En un paraje situado tierra adentro, junto a un manantial entre abedules, ardía la hoguera. Los animales, formando un amplio círculo en torno, se quedaban parados olfateando a la vista de aquel cambio que se operaba, a la luz de la luna, entre los sotos; no se atrevieron a avanzar; jamás habían visto el fuego en aquellos parajes donde nunca había pisado el hombre. Les llegó un olor a asado. “¿Están preparando la comida?”, pensaron. De la hoguera salían vivas llamas, y el humo se veía en la clara noche. De cuando en cuando surgía ante el fuego una sombra negra. Sí, no cabía duda de que había llegado

el hombre con sus artes diabólicas.

Eran Gaest y Pil quienes habían encendido la hoguera, gozándose en el calor después de haber estado todo el día corriendo bajo el aire y el sol. No se habían perdido. Habían salido a la mañana, sin llevar nada consigo. No sabían dónde se hallaban; pero ni por causalidad pensaban en volver. La noche no les daba miedo: era clara y tenían fuego. Gaest lo hizo con un par de ramitas pasándose por alto una parte de las ceremonias del mismo y dejando que Pil observara todo. Cuando la llama hizo su aparición entre sus fuertes manos, salió de su garganta un canto de júbilo, y cuando la hoguera era un serpenteo de llamas echó en ellas un par

de aves. Celebró al mismo tiempo el sacrificio y la cena, repitiéndolo todos los días. Gaest había dejado en su casa todos sus utensilios. Cogió una piedra cortante y la fué transformando en cuchillo. Después de comer, echaron al fuego las plumas, el pico, las garras y el esqueleto. Luego rompió ramas y preparó una choza para pasar la noche.

De este modo volvieron a la forma de vida más! sencilla, practicada mucho antes de su época, y menos complicada que la que ellos habían conocido en su aldea.

Y las noches claras los guardaron; permanecieron al aire libre el resto del verano, olvidando completamente el lugar junto al manantial y el sitio junto a

la costa; andaban y dormían cada noche en un paraje distinto, y veían mundos nuevos. Eran como los pájaros, como las moscas, como la luz, animados tan sólo el uno por el otro.

Sobre ellos se encendió la estrella del amor, como se encendió sobre los seres inocentes que se buscan el uno al otro y anidan y crían sobre la verde tierra. Se perdieron entre ellos, entre las aves que empollaban sus huevos y entre los ciervos con sus cervatillos recién nacidos. Y entre las golondrinas que trinaban al volar, y entre las libélulas en su vuelo de boda, y entre el cuco que jugaba al escondite y cantaba donde se encontraba, y entre los erizos que se arrullaban en la oscuridad, y también

entre las liebres... Por todas partes, llamadas y reclamos; el aullido desesperado del gato salvaje a la luz de la luna... Pero, dominándolo todo, se oía el mugido bestial del toro llenando valles y llanuras con su pasión, repetida hasta el infinito por el eco.

La zorra, que observaba a la pareja humana de cuando en cuando, se quedaba maravillada ante sus dulces sonrisas y sus bellas canciones sin sentido.

Al llegar el otoño, regresaron a su choza junto al manantial. Venían tostados por el sol. Y allí reanudaron su vida sedentaria.

El manantial les dió la bienvenida

con su conocida voz familiar. Ellos se miraron en sus aguas recordando sus rostros de niños. Pero ahora ya no eran niños, sino jóvenes en plena lozanía, que casi no tenían espacio para mirarse en el manantial. En el rostro de Gaest había brotado la barba; ya era un hombre. Pil era una belleza incomparable, un milagro humano.

En el fondo del cielo reflejado por el manantial vieron un águila cruzar el espacio; levantaron la vista y divisaron a esta ave volando bajo las nubes.

Encontraron su casa tal como la habían dejado, pero estaba casi a punto de derrumbarse. La levantaron de nuevo y la reforzaron con grandes piedras para que se mantuviera sobre sus muros.

Gaest quedó sorprendido al encontrar su herramienta; sopesó en la mano su vieja hacha. Ahora fabricaba grandes hojas de hacha, delgadas, pero de un pie de largo aproximadamente y con un mango proporcionado. Tenía ahora un arco de doble tamaño que el anterior. Llevaba ya consigo, cuando iba de caza, unas varas largas afiladas como el pedernal, las cuales eran peligrosas incluso para el animal más grande cuando éste se ponía a tiro.

Procurarse lo que era necesario para el futuro invierno no era problema. Gaest tenía fija su atención en construir objetos más agradables a la vista que útiles para la vida. Pasaba meses afilando un hacha, pues quería hacerla

completamente lisa, y con una tenacidad a toda prueba estuvo trabajando un trozo de pedernal hasta conseguir quitarle toda huella áspera y tener un hacha perfecta en todos sus detalles. El mismo cuidado ponía en hacer sus jabalinas, generalmente redondas y absolutamente iguales. Así las quería él.

Tampoco Pil descuidaba la perfección de sus trabajos. Era en ellos una cualidad innata el hacer bien todo lo que ideaban, todos sus proyectos y trabajos. Pil cuidaba su persona al pie del manantial, reflejaba su belleza en él y pensaba en nuevos vestidos; probaba las pieles en su propia persona, ora de un lado, ora de otro, antes de cortarlas y coserlas; hablaba consigo misma a

media voz sobre la labor que tenía entre manos; aislaba las pieles en el suelo y se ponía a pensar en cómo tenía que hacer; tejía e ideaba nuevos dibujos; trenzaba todo lo que veía, incluso su cabello, y Gaest tuvo que hacerle un peine de hueso con muchos dientes. Al comenzar el frío, hizo hermosos gabanes de piel y preparó mitones de piel de garduña, que ella adornó con retazos de piel en colores.

Pil curtía con esmero especial las pieles más pequeñas y más finas que le traía Gaest y las guardaba cuidadosamente. Cuando hacía vasijas de barro, las adornaba y revestía con los más preciosos dibujos. Hizo para su propio deleite una serie de pequeñas

vasijas que parecían hijas de las grandes.

A finales del invierno dió a luz Pil a su primer hijo. Por vez primera se oyó el tierno vagido de la nueva vida en la morada de Gaest. Era una vocecita que jamás olvidarían sus padres.

Fué éste un invierno muy crudo. La nieve duró mucho tiempo. La casa de junto al manantial fué cubierta por la borrasca y permaneció sepultada bajo la nieve semanas enteras, mientras el mundo exterior estaba envuelto en tinieblas. Fué tan largo el invierno, que el verano quedó sumido en el olvido. El río detuvo su corriente, y Gaest pasó por encima de su capa de hielo envuelto en pieles hasta los ojos para coger

anguilas. ¡Oh, el verano estaba lejos!

Pero en aquellos oscuros días había venido a ellos una primavera, un pequeño mensajero, tierno e indefenso como las tempranas flores primaverales con sus bulbos ocultos bajo la nieve y sus blancas campanillas expuestas al viento húmedo, como los velludos capullos del sauce que brillaban con sonrisa primaveral a las nubes del deshielo y al primer sol sin calor. Pil se había repetido en un capullo que era como ella misma cuando era una niña tierna, una criatura rubia, la niña más amable y deliciosa del mundo. Gaest lloró de emoción al levantar en brazos a su tierna hijita. Era un capullo y *Capullo* se había de llamar. Era dulce como su

madre. Al venir al mundo, emitió algunos vagidos y volvió al largo sueño del que había venido, lo mismo que la primavera que duerme mucho tiempo y descansa en sí misma antes de convertirse en primavera.

Gaest añadió una cuerda a su arpa, pues dos cuerdas que tenía ésta, ya no podían cantar satisfactoriamente la nueva vida. En la nueva cuerda estaba el alma de Capullo. Era un sonido agudo y alegre. Los largos días invernales permanecía Gaest en casa tocando para Pil y su Capullo y cantando canciones. Parecía, entonces que aquella subterránea morada se llenaba de rayos de sol y de trinos de pájaros, del suave rumor del céfiro y del callado lenguaje

de los árboles en los bosques recién florecidos.

Y, como si sus canciones lo anunciaran, aquel año tuvo el mundo la primavera más bella, una vez que el invierno pasó y los vientos cesaron de soplar y los chubascos de caer y el sol brilló en todo su esplendor.

El primer día en que la tierra mostró su capa de verdor y el calor se extendió sobre la selva, llevó Pil a Capullo al manantial y dejó que el agua reflejara su pequeña imagen, a fin de que aquélla le prestara su fuerza y fuese pura e inagotable como ella; luego la elevó hacia lo alto y se la ofreció al día y la puso cara al bosque pidiéndole protección para ella; la puso después al

pie del árbol grande que había junto al manantial para que la niña tocase su raíz y recibiese la fecundidad.

Transcurrió la primavera entre canciones y horas felices, y el verano volvió a plantar sobre la tierra su eternidad estival con sus días radiantes y caniculares, llenos de juegos y días maravillosos.

Y volvió el invierno y también fué bueno.

Pero a la primavera siguiente Capullo pudo tenerse en pie y tender sus manecitas hacia el sol y el bosque, y la familia entera abandonó su vivienda de junto al manantial y se dispuso a emprender un largo viaje. Gaest quería ver mundo. Había decidido ir río abajo,

salir al fiordo y de éste a la costa para seguir desde aquí el viaje hacia tierras nuevas. Durante el invierno había hecho una embarcación nueva, más grande que la anterior; era de un árbol gigantesco, pero para él había sido un placer construir aquella embarcación con las magníficas hachas de que entonces disponía.

Cuando todo estuvo a punto y la estación se mostró propicia, se pusieron en camino llevándose todo lo que poseían y deseaban, en el nuevo y espacioso barco. Allí iban las armas de Gaest: arco y flecha y lanza y sus herramientas. Metieron también todas las pieles y vestidos que necesitaban, el arpa, la piedra del fuego... También

hicieron un pequeño hogar en la nave para hacer la comida, pues, como Gaest pensaba, no siempre tendría ocasión de bajar a tierra para hacerla. No se quedaron en tierra, claro está, la fisga, los anzuelos y la red. Según iban viajando, se podía pescar.

En un extremo de la nave se sentó Pil: el remo que empuñaban sus manos era una obra de arte labrada por Gaest en las largas jornadas invernales. La proa de la nave representaba una ardilla. Ésta les precedería en el viaje y les traería la suerte.

Pil llevaba un collar con muchas hileras de dientes de animales. Era una preciosa joya que encerraba el espíritu de todos los animales que Gaest había

matado desde que era cazador. A sus pies, en un nido de pieles, iba sentada Capullo, que tenía la cabeza cubierta con un capuchón de armiño y llevaba un hueso de pájaro en la mano, que ella hacía sonar deliciosamente con una piedrecita que su padre había metido dentro de aquél. Este inofensivo juguete tenía por objeto espantar a los espíritus malignos.

Gaest se sentaba delante y empuñaba un par de remos a los que imprimía un vigoroso y acompasado impulso que hacía avanzar a la nave sobre las aguas.

Y así partieron los viajeros. Habían tenido la corriente en contra en los lejanos y entonces casi olvidados

tiempos en que todo comenzaba; pero ahora iban río abajo, hacia él fiordo, y con rumbo a nuevas playas. Las ventanas de la nariz de Gaest se dilataban al pensar en volver a contemplar el mar.

Duró el viaje un par de meses estivales, durante los cuales recorrieron Seelandia, como se vió al final, pues durante el viaje perdieron el rumbo y no sabían qué le había pasado al mundo.

Por la noche navegaban por el fiordo, silenciosos y sin apartarse del centro; no veían nada que les indicase la presencia de gente ni tenían tampoco ningún recado para ella.

Gaest había conservado la idea de que la costa estaba a mano izquierda al salir del fiordo y dirigirse a lo largo de

la tierra rumbo al desconocido país de que hablaban los dejos. Él siguió este rumbo y pronto se vió dentro de un mar un poco movido, por lo cual se mantuvo lo más cerca posible de la costa. Vieron que al lado opuesto había tierra, pero no entraba en los planes de Gaest ir en busca de este camino y por otra parte el canal le pareció demasiado grande. Continuaron, pues, navegando a lo largo de la costa con la esperanza de separarse un día de tierra y llegar a los grandes ríos de que hablaban los viejos.

Pero pronto vió que la costa era muy recortada, formando muchos fiordos ramificados; y como ellos navegaban constantemente en la inmediata proximidad de tierra, tuvieron que

seguir todas estas ramificaciones antes de salir al mar libre otra vez. Era un viaje largo. Dieron muchas vueltas alrededor de sí mismos y terminaron por perder el rumbo; pero al final apenas les preocupaba aquella manera de navegar. Prisa no tenían; se alimentaban por el camino, se paraban a pescar y Gaest saltaba a tierra para cazar donde la tierra le invitaba a ello. Vivieron muchísimas experiencias, todas muy interesantes; pero ninguna tuvo carácter funesto.

La costa era casi la misma en todas partes: baja, con bosques o puntas que se internaban en el mar; en algunas zonas había dunas que penetraban tierra adentro hasta limitar con bosques

espesos. Con muchísima frecuencia veían otras costas o islas al otro lado del canal; pero ellos se mantuvieron constantemente pegados a la tierra de donde habían salido, con la costa a mano izquierda, tal como Gaest sabía que debían navegar. A veces veían salir humo del bosque o de las proximidades de la costa, y entonces se rodeaban de toda clase de precauciones, escondiéndose de día y no pasando por los lugares sospechosos a no ser de noche. No tenían ninguna gana de tropezarse con hombres.

Así se perdieron en el mundo viajando sin descanso. Sus ojos adquirieron una especial viveza a causa de estar viendo siempre castas nuevas.

Finalmente llegaron de nuevo a un fiordo que penetraba en tierra — uno de tantos—, y Gaest estuvo pensando si debía cruzarlo y pasar al otro lado; sin embargo, decidió seguir, como siempre, costeando, pues no se podía saber si al final terminaba o, quizá, daba paso al camino que buscaba.

Pero, ¡qué sorpresa la suya cuando, al adentrarse un poco en el fiordo, vieron que éste se ensanchaba formando una bahía de aguas tranquilas llenas de gaviotas y frente a la cual había, costas y salientes que les parecían conocidos! Era notable la semejanza que tenía con el fiordo del que hacía largos años habían salido. ¿Era posible que hubiese dos fiordos tan iguales? ¡Exactamente el

mismo bosque que trepaba oblicuamente desde la playa! Y dentro de la bahía, el mismo poblado. Doblaron un saliente y vieron humo, embarcaciones varadas en la playa... Entonces se dieron cuenta de que aquel fiordo era el fiordo patrio, al que volvían después de un incontable número de vueltas y revueltas. Simplemente habían hecho el periplo de su país, el cual, como era una isla, obligaba al que lo costeaba a volver al punto de partida.

Se los recibió muy bien. Ningún rostro mostró huellas de aspereza al encontrarse con los viajeros. Era evidente que las viejas diferencias estaban olvidadas y que nadie las quería resucitar ahora que el hijo perdido

volvía al hogar convertido en un famoso y experto navegante. Acababa, por fin, de ponerse en claro, tras aquella circunnavegación, que Seelandia era una isla.

Gaest encontró a su madre igual que la había dejado. Solía salir, pero prefería quedarse en casa y mandar que le trajeran las cosas. Las personas con las que ella quería hablar tenían que acomodarse a ella. Pil y Capullo fueron admitidas a su presencia después de su llegada. Ella reconoció el vigor de la criatura y los grandes cuidados que se le habían dado, y la joven madre se enorgulleció al oír estas palabras.

Terminado aquel examen por parte de la anciana, Pil se mezcló contenta

entre sus amigas, ahora madres como ella, y, levantando a Capullo en el aire, la puso al lado de los demás pequeñuelos para poder apreciar cuál era más grande. Y había mucha diferencia: unos eran gordos y pequeños; otros parecían bolas; pero Capullo, aunque gordita, era más esbelta que todas.

Grande era la alegría de volver a verse. Ahora se veía que Pil, aunque nunca lo había insinuado, había suspirado por ver a otras mujeres que ella conocía para cambiar con ellas sus conocimientos de madre.

Gaest fué muy bien recibido entre los hombres; pasó sin inmutarse por todas las sangrientas y duras pruebas a

que había que someterse antes de ser iniciado en los misterios del hombre adulto. Y se vió que conocía perfectamente la mayor parte de éstos. Pronto se convirtió en uno de los más renombrados cazadores de la tribu.

LOS EXPLORADORES

GAEST no podía vivir sin el mar. En el periplo de Seelandia las nubes se le habían metido en el alma. Pasaban sobre su cabeza como grandes seres aéreos con las alas desplegadas y cruzaban por el espacio. ¿Adonde iban? Era indudable que las impulsaba el viento, pues seguían siempre el camino que seguía éste. Pero, ¿de dónde venía el viento? ¿Adonde iba?

Si el viento empujaba las nubes, ninguna dificultad había en surcar el mar en una embarcación confiada a la fuerza de aquél.

Gaest empezó a ensayar la vela en

la embarcación, para lo cual, para empezar, sujetó una estera en un palo. Esta vela improvisada no recordaba gran cosa las aéreas nubes, pero por lo menos servía para que la nave se moviese en la misma dirección que ellas. Era evidente que su pensamiento era lógico.

Los viejos movían la cabeza al oír las fantasías marítimas de Gaest; jamás habían oído antes hablar de tales quimeras y no le prestaron atención. Pero Gaest se ganó a algunos jóvenes del poblado y con ellos hizo repetidas pruebas de navegación a vela, primero en la bahía y después, cada vez con más audacia, en el mar abierto. Pronto llegaron al límite en que la nave podía

aguantar la vela sin volcar, y para evitar este inconveniente juntaron dos naves sujetándolas con palos atravesados, o también le ponían a la nave un tronco que iba flotando a su costado y estaba sujeto a él con puntales, con lo cual podía llevar la vela como si tuviera una manga tres o cuatro veces mayor, sin que esto impidiese en modo alguno la navegación.

Con las naves así unidas hicieron los jóvenes incursiones cada vez mayores por alta mar, a medida que se sentían completamente seguros. Los viejos no tenían ningún deseo de navegar en aquellas naves aladas; su lema era que no se debía uno adentrar en el mar más allá de donde se perdía el

pie, y que era preferible hincar la pértiga a remar. Las embarcaciones con vela constituían una indignidad, según ellos, pues llamaban la atención. Era más de hombres remar que encomendar al viento el cuidado de mover la embarcación. Y, finalmente, aquel tronco sujeto al costado y que impedía zozobrar la embarcación era una provocación a los dioses celestes y terrestres, al dios del viento como al dios del agua; y esto podía traer consecuencias fatales.

Sin embargo, como siempre, la fogosa juventud no compartía la prudencia de los viejos. Y un buen día aquellos audaces se hicieron a la mar para hacer un viaje de mayores proporciones. Dijeron que iban a pasar

a la costa opuesta y jamás regresaron. Los viejos tenían razón. Siguieron en el poblado igual que siempre. De todos modos, ocurriera lo que ocurriese, el caso fué que ninguno de sus contemporáneos volvió a ver jamás en Seelandia a aquellos navegantes llenos de juventud. O se habían muerto, o se los había tragado el mundo.

La realidad, sin embargo, fué que habían pasado al otro lado. Gaest y sus compañeros descubrieron la isla de Fyn, encontrando allí poblados casi como los suyos y una población parecida, que se alimentaba de crustáceos y que se mostró más acogedora que hostil. Había algunos antropófagos, y, contra lo que podía esperarse, ningún ser

sobrenatural. Allí lo pasaron muy bien los marinos; pero ante los poderosos motivos que los habían impulsado a navegar, no tardaron mucho tiempo en volver al mar. Casi con el mismo buen resultado fueron descubriendo sucesivamente los jóvenes navegantes el resto de las islas danesas.

Estuvieron recorriendo los canales bálticos hasta que encontraron los grandes ríos europeos. Entonces remontaron su curso y penetraron profundamente en tierras de Europa Central; y cuando ya no pudieron seguir avanzando por los ríos, saltaron a tierra y se hicieron cazadores. Y se abrieron paso a través de terrenos incultos y bosques espesos; penetraron en regiones

montañosas, hasta que volvieron a encontrar ríos al otro lado de las montañas; y de nuevo se hicieron pescadores y penetraron con sus embarcaciones miles de millas en tierras asiáticas, y se perdieron en las estepas infinitas y se hicieron cazadores de renos; se dirigieron hacia el Norte a través de bosques de escaso arbolado y terrenos cubiertos de musgo helado, hasta llegar al mar de hielo, donde casi se había perdido el sol. Y allí se hicieron cazadores de ballenas y construyeron botes de cuero por no tener madera. A lo largo de aquellas frías costas encontraron las desembocaduras de otros grandes ríos que los volvieron a conducir al corazón de Asia. Y de

nuevo se hicieron cazadores en los nuevos bosques salvajes; y remontaron otras escarpadas y pavorosas montañas, que parecían altísimas murallas coronadas de nieve puestas entre el cielo y la tierra. Pero donde la cabra montés podía poner pie encontraron ellos paso y alimento, Y atravesaron aquellas montañas ingentes y llegaron al otro lado, y bajaron a sus valles cálidos, por los cuales discurrían ríos que los atraían hacia el Sur. El gigantesco tigre serpenteaba con su cuerpo listado entre los cañaverales, mientras los navegantes, desnudos bajaban por los ríos en sus botes. Y el sol abrió sus puertas de fuego sobre sus cabezas. Y de esta manera llegaron a las tierras

cálidas, a través de los bosques tropicales; y salieron de ellas llegando a las fronteras meridionales y orientales de Asia. Siguieron sus enormes y largas costas, y volvieron otra vez al Norte, llegando a las más remotas islas de los mares árticos. Y otra vez se hicieron cazadores de focas. Y de estas heladas regiones pasaron a tierras americanas y en ellas encontraron el alce. Habitaron en los bosques y en las montañas, construyeron barcos de cortezas y, a través de ríos y lagos, se abrieron paso hacia el interior, llegando a unas inmensas llanuras donde se hicieron cazadores de búfalos. Se hundieron en el trópico americano, que se quedó con algunos; pero los demás salieron de él y

se extendieron por las llanuras sudamericanas barridas por el viento. Y siguieron todavía hacia el Sur, y no acertaban a comprender que cuanto más bajaban, más frío hacía. En estos territorios cazaron animales que parecían camellos, valiéndose de hondas. Su marcha no se detuvo hasta alcanzar la punta meridional de América, en las frías islas sumidas en las tinieblas invernales, semejantes a aquellas de donde habían partido al principio. Y en estas lejanas islas se quedaron algunos en la creencia de que habían llegado al fin del mundo. ¡Y allí siguen todavía!

Pero otros, desde Asia, encontraron salida por las islas del Océano y

siguieron adelante hacia el Sur; se hicieron comedores de gusanos y siguieron la pista del canguro; pero su alma se encontró con la cerrazón más completa; su existencia entró en un callejón sin salida y se olvidaron de su origen. Pero otros siguieron de nuevo por los mares del Sur, sin rumbo y a la aventura, encomendándose a las olas en sus inseguras embarcaciones, navegando medio sumergidos en el agua, descalzos, con tiburones al acecho, de cuya carne se alimentaban. Y de este modo llegaron a pequeñas islas volcánicas y cubiertas de palmeras, islas perdidas en el mar infinito, remotas y olvidadas por el tiempo, como las semillas que lleva el viento y por cuya suerte nadie pregunta

jamás después.

Fué ésta la gran emigración de la Edad de Piedra, en la cual tomó parte Gaest y sus compañeros y en la cual encontraron camino a sus impulsos nuevos cazadores y pescadores, generación tras generación, en una serie incontable de eslabones. Fué la gran ola humana, en la que ellos figuraron, que iba avanzando, en anillos cada vez mayores, hasta llegar a las más lejanas riberas de los últimos mares.

Pero no habían sido ellos los primeros, pues otros les habían precedido: una marcha de generaciones pertenecientes a las primitivas tribus selváticas, anteriores a la época de los hielos, a las que el frío iba arrojando

del suelo que habitaban y que ahora, temerosas de la luz, se ocultaban en las cálidas profundidades de la selva tropical en el corazón de Asia y África. Era la gente que formaba los grupos humanos más apartados y que, empujándose unos a otros, habían llegado a los últimos confines del mundo. Con ellos iba la ola adondequiera que fuesen pacíficamente o en son de guerra. Avanzaba la marea humana y pasaban los años.

Pero llegó al fin el momento en que Gaest se puso a reflexionar y a pensar en recorrer en sentido inverso el largo camino, pues sintió la nostalgia de la patria lejana. Había seguido a muchas

generaciones, y todas habían muerto. Y en la muerte — sólo en la muerte — no las pudo seguir, pues no podía morir; él era el espíritu viajero. Mientras iba por el mundo no envejecía. Pero ahora ansiaba una morada permanente.

Se encontraba en la más remota isla del Océano, a centenares de millas de otras islas, cuando sintió la nostalgia de la patria lejana. Pero el mar profundo rodeaba de agua la isla con infinitos anillos de olas larguísimas que avanzaban lentamente. Allí confluían todas las olas. Sobre su cabeza se elevaba una palmera con la copa cargada de fruto. Y en aquella isla sintió la vieja intranquilidad que lo impulsaba a ponerse en camino. Pero no se puso.

Había sentido la nostalgia del viejo árbol gigante que había junto al manantial, en Seelandia, y de las estrellas nórdicas; y tan fuerte era este anhelo, que no podía imaginarse que tuviera que volver por el largo e inacabable camino que había recorrido desde que saliera para emprender aquel viaje. Entonces decidió morir. Sacó la vela de sebo que había tenido guardada tanto tiempo y la encendió.

Era una lámpara maravillosa, que ardía de prisa; pero en su llama estaban el momento y la eternidad. Era como si el tiempo no hubiese pasado, como si no hubiese tiempo. Gaest vivía de una vez toda su vida; lo pasado era presente para él. Su madre, que había hecho

aquella lámpara con sus propias manos, estaba presente para él; también estaba Pil. En realidad nunca había estado separado de ellas; únicamente estuvo un momento fuera, pero ya se encontraba de nuevo a su lado. Y tan intensa era su alegría, que ya no quería morir. Y apagó la luz.

A aquella luz cegadora siguió la más completa oscuridad. Pero cuando se hallaba en aquellas tinieblas, sintió que el aire era distinto; ya no oía el prolongado rumor de las olas rompiendo contra los escollos de la isla. Todo estaba tranquilo. Cerca de él oyó el sonoro murmullo del agua corriente.

Poco a poco se fué haciendo la luz en torno de él, y vió que estaba al pie de

unos árboles frondosos llenos de frescor. Se sintió rodeado de un anillo de apagada música lejana: el fresco hechizo de las ramas en la noche clara. Sobre su cabeza miraba el velado ojo de las estrellas. Eran las estrellas que conocía desde siempre. Estaba en Seelandia, de la que nunca se había alejado.

La hierba que le servía de asiento era fresca, y la noche, confortadora. Lanzó un suspiro inmenso, un suspiro que contenía todos sus suspiros, y, cerrando los ojos, se quedó dormido en el pecho de Seelandia.

EL VALLE FERAZ

SE despertó al oír una dulce voz que le preguntaba quién era. Abrió los ojos y recibió la luz cegadora del sol. Cerca, en un claro del verde bosque, vió a una mujer.

Gaest la estuvo contemplando largo tiempo. Sí. ¿Quién era él? ¿Dónde estaba? ¿Quién era ella?

Gaest, arrodillado en la hierba, no se cansaba de mirar a aquella maravillosa mujer. ¿Era un ser sobrenatural? ¿Era, una benéfica sombra del bosque? Estaba extrañamente vestida: cubría su cuerpo una falda de color oscuro en la que se adivinaba un

delicado trabajo de manos femeninas, y un corpiño, que no era de piel ni de paño burdo, que le cubría el busto y los brazos. Su mano empuñaba una vara larga, una de cuyas puntas terminaba en gancho. Su aspecto era humilde como el de las mujeres. Sin salir de su asombro, descubrió Gaest una nueva maravilla: detrás de ella, en el bosque, pastaban varias reses de un tipo de ganado que de momento no conoció. No eran uros ni ciervos. Eran un tipo distinto. Parecían mansos, pues pacían tranquilamente entre los árboles próximos. Una de aquellas reses llevaba una campanilla colgada del cuello, la cual sonaba cada vez que la res se movía. ¿Eran de la mujer aquellos animales? ¿Eran, acaso,

sobrenaturales también? ¿Cómo podían andar juntos tan tranquilos? No cabía duda de que ella era una gran encantadora, pues podía domesticar a los animales; pero su aspecto indicaba que no era una sibila vieja y siniestra, sino todo lo contrario.

Finalmente, aquella aparición se quedó confusa ante la insistente mirada de Gaest; se sonrió y quiso volverse; pero Gaest asió rápidamente su falda. La sombra era una realidad. Ella se quedó quieta, silenciosa y sonriente. Gaest creyó conocer aquella sonrisa: ¿era Pil! ¿No era Pil?

Ella negó con la cabeza. Entendía su idioma, aunque el acento no era exactamente el mismo y la

pronunciación difería algo.

¿Cómo se llamaba ella? ¿Quién era?

Se llamaba Skur, y era vaquera y esclava del caserío que estaba allá abajo. Y su cabeza apuntó en dirección al bosque.

¿Esclava? ¿Caserío? ¿Vaquera?

Gaest dejó de hacerle más preguntas. En su cabeza entraban más enigmas que verdades claras. Y por ello prefirió observar a seguir haciendo preguntas.

Y así se terminó la conversación. Pero ambos continuaron mirándose mucho tiempo, y se pusieron de acuerdo antes de darse cuenta de ello. Él la encontraba sobrenatural, una maravilla

en figura humana. Tenía la cálida sonrisa de Pil, y, sin embargo, no era Pil. Ella difícilmente resistía su declarada admiración. Lentamente echaron a andar juntos: ella, con la cabeza inclinada, como agobiada por el peso de cálidas olas que la anegaban; él, con el alma llena de dicha y de temor también ante la idea de perderla.

Los dos continuaron en esta actitud maravillosamente extraña; él era para ella el forastero, y ella constituía para Gaest un enigma. Incluso después de conocerse mejor siguieron siendo el uno para el otro dos seres maravillosos. Ella tenía que ser una criatura mortal, y para ella no era ninguna desilusión que él, pese a su extraño aspecto, fuera un

hombre como los demás.

Juntos pasaron en el bosque aquel hermoso día de primavera. Skur le explicó a Gaest cómo cuidaba las vacas, y él le ayudaba en esta tarea, aunque, como cazador, tardó en acostumbrarse a aquellos animales mansos. Ella reinaba pacíficamente sobre sus vacas, las mantenía juntas con sólo darles una voz y las hacía andar en la dirección que ella quería, para lo cual le bastaba dirigir a la vaca que llevaba la campanilla: las demás seguían en pos de ella. Gaest examinó la campanilla y vio que era de madera hueca en cuyo interior había un badajo.

Al atardecer, Skur llevó el ganado a un cobertizo sito en el bosque. Era una

construcción de vigas de madera, bastante espaciosa. Las paredes eran de ramas, y el techo, de jabalcones cubiertos de paja. A Gaest le pareció una morada grande y suntuosa, incluso para personas.

Y allí se puso Skur a ordeñar sus vacas.

Gaest presenció en silencio la operación, sin hacer la menor señal de asombro, pero observando y tomando nota de lo que veía. Ella extraía la leche apretando con las manos la ubre de la vaca, al mismo tiempo que recogía en una cántara los hilos de leche. Difícilmente podía Gaest contener su curiosidad a la vista de la cántara, pues no estaba echa de una sola pieza, sino de

varias duelas sujetas con aros de mimbre. ¡Qué maravillosa era para Gaest la cántara! Las vacas se dejaban ordeñar; estaban en pie rumiando tranquilamente y lanzando un chorro de aire de sus pulmones. Toda la cabaña se llenó de un dulce olor a leche. Cuando se llenó la primera cántara, Skur se levantó y la acercó a los labios de Gaest. Éste, tímido y emocionado, bebió el blanco y espumoso líquido.

Cuando Skur terminó de ordeñar las vacas, llevó las cántaras llenas a un estante, y cuando las hubo dejado allí, salió a la puerta de la cabaña, pues aún había luz, llevando en sus manos un pan.

Cortó un trozo y se lo dió a comer a Gaest. Éste gustó el pan y sé quedó

completamente estupefacto. No acertaba a comprender cómo podía hacerse un alimento tan sabroso con granos. Y, sin salir de su asombro, mientras devoraba el pan, que para él era lo mejor que jamás había comido, Skur le puso en la mano una nueva sorpresa: un manjar llamado queso. Gaest lo miró, lo olió, lo gustó y movió la cabeza en un gesto de profunda satisfacción. Luego se fijó en el cuchillo. “¿Qué cosa es ésa que corta tan bien y es tan delgada?”, pensó. Supo que era un cuchillo de bronce. Gaest suspiró. Los enigmas le rodeaban por todas partes. “Veamos, pensemos — se decía interiormente—. Se necesita mucha ciencia para conocer a la vez tantos misterios.”

Sin embargo, poco tardó Gaest en familiarizarse completamente con todas las cosas que veía y le rodeaban. El lugar a que había llegado era el valle natal; pero lo encontró muy cambiado. Sin duda, había estado muchísimos años, un milenio o así, alejado de él. Se había marchado en la Edad de Piedra y volvía en la Edad del Bronce. Todos los que habían emigrado con él estaban en la misma fase de civilización; se habían marchado en vez de progresar. Pero en los sitios donde la gente se quedó hubo progreso y civilización. Gaest tardó mucho en saber en qué consistía la modificación y jamás se encontró en su centro allí.

Allí estaba la misma raza de

siempre; pero ahora eran otras generaciones, que no tenían la más ligera idea de la época lejana en que Gaest había vivido allí. Mucha era ahora la población; el valle estaba poblado desde la costa a lo largo del fiordo y del río hasta el interior del país. Gaest no tuvo más sociedad que la de Skur.

Entre todas las novedades con que Gaest se encontró, estaba la que se refería a la misma Skur. Gaest descubrió que no era libre, es decir, que era propiedad del dueño de un caserío, quien podía ponerla a trabajar donde quisiera y como quisiera y, además, era dueño del destino de la vaquera. En tiempos de Gaest sólo había una clase

de gente; ahora había dos: señores y esclavos. A éstos pertenecía Skur.

Vivía sola en el bosque, en el sitio donde Gaest la encontró, dedicada al cuidado de las vacas. Con la leche de éstas hacía queso durante el verano; dormía en el corral con los animales. Nadie le exigía más. En atención a que debía conservarse vigorosa, se cuidaba de que se la dejase en paz. La mujer que tenía que andar tras el ganado tenía que estar soltera, lo mismo que las encargadas de conservar el fuego sagrado. La gente del caserío al que ella pertenecía era gente ordenada. Incluso tenía ella un garrote junto a la puerta por la parte de dentro para el caso de que por la noche rondase por la cabaña

algún cazador o algún mozo. Pero ella no odiaba a los hombres, y ahora, sin pensarlo mucho, se había confiado al forastero que estaba con ella, pues había advertido la sinceridad de los sentimientos de Gaest. Y los dos compartieron las noches claras y Skur tuvo su primavera.

Aunque no era Pil, se parecía mucho a ella. Tenía una boca deliciosa como Pil, pero no tenía su esbeltez ni el mismo color de pelo. El pelo de Skur ni era rubio, ni negro, ni rojizo; era un color castaño oscuro. Además, tenía muy poco. “Me lo ha llevado el viento”, decía ella. Pero lo mismo que era tan escasa de cabello, era de una fidelidad exuberante; poseía un alma callada y

ardiente que se abría de par en par al verse amada. Era una mujer corpulenta, a la que casi daba miedo mirar de fuerte que era. Pero tenía un corazón puro; era un manantial de generosidad, un espíritu alegre, lleno de ternura y felicidad tan pronto como lo iluminase el sol.

Posteriormente vió mujeres más hermosas y más finas. Eran éstas las hijas de los señores. Todas tenían aspecto distinguido; eran altas, rubias y esbeltas. Tenían una cabellera larguísima, que les caía por la espalda, y una infinidad de adornos de bronce y de oro. Brillaban sus brazos cargados de brazaletes y relucían los collares alrededor del cuello. Las telas que cubrían sus cuerpos eran finas y de

colores vivos y suponían una fortuna. Cuando se cubrían la cabeza, llevaban un gorrito de malla que encerraba la rubia cabellera.

Pero Gaest no se apartó de la esclava que se había mostrado ante él con el resplandor de una diosa cuando la vió por vez primera y después enriqueció su corazón de hombre con encantos de mujer.

Pero no sólo era distinta la gente en su modo de vivir, sino que el país había, experimentado una transformación profunda durante el tiempo que Gaest estuvo ausente.

Lo primero que buscó Gaest fué el manantial junto al cual Pil y él habían

vivido. Estaba allí todavía, pero apenas daba agua. La profunda taza que formaba entonces estaba ahora cubierta de vegetación, y Gaest no pudo ver aquél espejo acuático donde antaño se miraban Pil y él. Ahora el manantial brotaba entre la maleza de la colina, formando unos riachuelos cantarinos que luego se juntaban formando un arroyo. Y el río donde el arroyo vertía sus aguas era también un arroyo.

El caudaloso río que en otros tiempos llegara hasta el mar había desaparecido perdiéndose en enrevesados y retorcidos meandros a través de las praderas, detenido por los cultivos y pollas plantas acuáticas. Incluso las praderas estaban desecadas y

trabajadas por la mano del hombre, y arriba, hacia los lados del valle, limitaban con extensas zonas de labor — claros del bosque convertidos en tierras labrantías—, en las cuales se recogía el grano del año, y que Gaest había conocido cubiertos de hierbas silvestres. En el centro de las verdes tierras labrantías estaban los caseríos.

Por lo demás, el bosque seguía allí en donde no había tocado la mano del hombre; espeso y sin veredas en el interior. La caza era también la misma, aunque menos abundante y más vigilante que antes, como Gaest pudo comprobar.

Únicamente habían desaparecido los uros, parte de cuya sangre había pasado a los bueyes domésticos, muy

semejantes a aquéllos, pero más pequeños. Seguían, sin embargo, los ciervos y los jabalíes. El hombre tenía en su caserío, aparte de caballos, ovejas y otros animales domésticos que no procedían del país, cerdos o jabalíes mansos. La leyenda acerca de los animales domésticos se perdía en la oscuridad. Al desaparecer el uro, quedose el bosque más tranquilo. En el valle no volvió a resonar su ronco mugido. Pero su recuerdo se perpetuó en el sonido de las trompas de bronce, que de vez en cuando llenaban el valle con sus sonidos, bien fuese anunciando sacrificios o llamando a combate, o anunciando cualquier otro hecho sangriento entre señores que no podían

arreglarse y movían guerra unos a otros.

La gente era más desconsideraba que antes. Entonces se gritaba y discutía mucho, pero no había derramamiento de sangre; ahora, sin decir palabra, se mataba. Los cuchillos se habían alargado. Ahora nadie parecía sentir ya aquel escozor que se experimentaba ante la sola idea de matar. Y así cuando las trompas resonaban en los valles, su sonido estaba hecho de sangre. Sonaban terriblemente, recordando los brutales mugidos apasionados de los uros. Hasta en su forma curva parecía la trompa el cuerno del uro, que antes había tocado el hombre antes de tener este cuerno de metal. Pero ahora nadie recordaba nada sobre el cuerno del uro. ¡Tanto tiempo

había pasado desde la época de Gaest!

Pero si el mugido del uro había pasado a las trompas con que los señores se desafiaban a un duelo, cuando la tierra se disputaba, el mugido de la hembra del uro había pasado al ganado manso que pacía en los bosques y compartía su paz con la gente pacífica que nada poseía y a la cual estaba encomendado el cuidado de él y el cultivo de la tierra. Si se les preguntase a los esclavos de dónde habían venido, responderían que para eso habían nacido. ¿Y dónde habían nacido? En los hoyos de turba o en la cuadra de los cerdos, donde vivían. Por lo demás, jamás se quejaban de su suerte.

Y así se vivía ahora en el valle.

El valle estaba muy frecuentado; los ojos no cesaban de ver ni los oídos de oír. Tanto el camino que, desde la costa, penetraba tierra adentro por la derecha del valle como el que subía por la izquierda, tenían un tráfico intenso. Casi no pasaba un día sin que uno se encontrase a un hombre a, caballo o en carro. Y, al contrario de lo que pasaba antaño, siempre eran personas desconocidas, de rostros herméticos, con las cuales no se podía establecer un punto de contacto. La vida era ahora muy complicada.

Aparte de la gente que transitaba por los caminos, se veía con frecuencia a un esclavo trabajando la tierra o un pastor. Del valle subía un griterío

incesante de hombres y animales domésticos: ladridos, relinchos, balidos, cantos de gallos... Los viejos valles, antes silenciosos, se estremecían ahora de ruidos. La riqueza y la vida habían descendido a ellos.

Gaest inspeccionó todo el bosque. En la parte más alta del valle, en los alrededores del manantial, todo estaba casi intacto; pero no era el bosque de antaño. Incluso los árboles más viejos eran distintos de los que había conocido Gaest. Ya no estaba junto al manantial el viejo y añoso fresno; en su lugar crecía un bosquecillo de fresnos pequeños, quizá retoños de aquel junto al cual habían construido su nido Gaest y Pil. De la casa de tierra que habían hecho, ni

rastros; en su emplazamiento había una viejísima capa de césped. Susurraba el bosque, pero su susurro ya no era el de antes.

Y ¿qué había sido del poblado que había en la bahía formada por el fiordo? Nadie vivía desde hacía varias generaciones, ni quedaba huella de habitaciones humanas. Únicamente una larga y pequeña elevación en la orilla de la playa, cubierta de hierba silvestre, señalaba el sitio donde otrora estuvo el poblado. Seguía habiendo pescadores, pero vivían en la costa y no tenían la menor noticia de que en algún tiempo hubiese habido un poblado de pescadores en el fiordo.

En un puerto del fiordo, junto a una

aldea que comenzaba a crecer, había grandes buques de vela, en comparación de los cuales la lancha que flotaba amarrada a su boya, y que ahora estaba reducida a la categoría de yola, parecía un botecito. Sí, eran los buques, y alrededor de ellos, a cierta distancia, anduvo Gaest mucho tiempo, estudiándolos casi con temor. Poco a poco se fué acercando a ellos. No podía soportar tanta maravilla a la vez.

Estos buques realizaban viajes a países extranjeros. Algunos eran tan grandes, que, además de la carga, podían llevar hasta veinte personas. Ellos ensanchaban el espíritu con relatos maravillosos acerca de los lejanos países de donde venían —lejanías tan

distintas de aquéllas en que se había perdido Gaest—. Eran los misteriosos países de donde había venido al valle toda aquella riqueza: los metales, los animales domésticos y los conocimientos agrícolas... Y Gaest caminaba en silencio. ¿No se habría burlado de él la vida, pese a todo lo que había viajado y visto?

Ahora podía él, que había viajado y descubierto, volverse y comenzar a viajar y descubrir de nuevo. ¡Tan lejos estaba de la época actual! ¿Participaría en este mundo completamente nuevo establecido en el viejo solar?

El valle y todas las condiciones de vida le respondían en silencio a medida que iba comprendiendo la situación. Los

caseríos estaban cerrados para él; le presentaban ahora la visión de tierras de cultivo verdes y abiertas, pero tenían una Valla a su alrededor. Allí los señores poseían la tierra con su familia, mientras que el bosque que la rodeaba lo tenían en común con otras familias, hasta llegar a un punto donde comenzaba el derecho de propiedad de otros señores, que eran otro grupo de familias del valle que estaban al otro lado del bosque. Toda la isla estaba densamente poblada, tanto en la costa como en el interior. En el centro de la isla, en bosques despoblados, se encontraban las fronteras de todos; pero desde todos los lados se hacía valer el derecho de propiedad, y por eso sonaba la trompa

de vez en cuando y largas espadas estaban prontas en la vaina. Esta tierra era extraña para Gaest, que no tenía lazo ninguno en ella.

Los caseríos eran espaciosos y complicadas viviendas, rodeadas de setos y vallas. Los señores estaban armados y no temían a nadie. Había que tener, mucho cuidado en pasar por delante del perro que, atado, guardaba la casa y se lanzaba sobre el transeúnte retorciéndose alrededor de la cadena. Los señores se mostraban complacientes con el caminante, si podía y quería entretenerlos con leyendas o con composiciones poéticas, si tenía dotes de poeta. Le obsequiaban espléndidamente y le daban albergue en

el desván o en la cabaña, según creían conveniente.

Gaest, por su parte, pronto se dió cuenta de su situación. Nadie sabía quién era ni de dónde había venido. Nadie le preguntaba y él nunca hablaba de ello. Pero se sabía que vivía en muy buena armonía con la vaquera Skur. A nadie le había oído palabras molestas por vivir con Skur, pero la gente, sin embargo, al verle, se mostraba sorprendida. Aparte de ser forastero y haber elegido aquel lugar para vivir, incluso inconscientemente, había violado la ley viviendo con Skur, la cual, como consecuencia de ello, vería probablemente disminuido su rendimiento en detrimento de su señor.

Y al pensar así, la gente no se equivocó, pues en el verano comenzó Skur a sentirse cansada cuando corría detrás de las vacas. Gaest, por su parte, se dió cuenta exacta de su situación y comprendió que allí no había sitio permanente para él. Al principio la curiosidad le brindó buena acogida en los caseríos, pues tocaba muy bien el arpa. Las esbeltas hijas de los señores acudían en masa cuando él hacía revivir en su instrumento mundos insospechados; pero sus abiertos ojos resbalaban sobre él; no lo veían. Y si en realidad lo veían sus ojos se quedaban helados, y ellas levantaban la nariz como si oliesen algún aroma tropical.

Gaest no les envidiaba, nada a los

señores. No se contentaban con la riqueza que tenían y siempre estaban ansiando tener más; el pan no les parecía bueno si no iba acompañado de otro manjar; arreglárselas solos en el bosque como antaño era un arte olvidado. Hasta los esclavos decían que tenían hambre cuando no tenían una torta en las manos.

Fácilmente podía tener Gaest un medio de ganarse la vida a juzgar por tantos como le daban puesto. Le gustaba ser pescador, pero se enteró de que tenía que ceder parte de la pesca y además pagar por la zona de pesca al señor que tenía el derecho de mar, y entonces rehusó. Dentro del fiordo, donde había anclada tanta nave, había gente suelta

que, sin tener tierra, vivía de muchas maneras. Entre estas gentes había broncistas que hacían preciosas armas y magníficos adornos de este metal, Gaest, después de haberlos visto trabajar unas cuantas veces, aprendió el oficio y le gustó; pero después de haberse hecho una buena hacha y un cuchillo; no tuvo interés en seguir en él. Trabajar para otros, incluso por dinero, le parecía una cosa fea. Él quería ser un ave libre.

De momento se fué al bosque con Skur y atropelló todos los derechos que pesaban sobre ésta: Ahora, como un ladrón, volvía a ser un ave libre como lo había sido antes.

Pero esta vez no le era tan fácil. Él podía vivir a sus anchas en el bosque

como cazador, pero a la larga le fué difícil mantenerse oculto, incluso en los parajes más apartados y espesos de la isla. Por allí pasaban los pastores de cerdos o se advertía la presencia de cazadores. No se podía pensar en tener una morada, y sin morada se podría vivir durante el verano; pero en el invierno, no.

Entones Gaest se construyó una embarcación en una playa remota, lejos de la vista de los hombres, y cuando las aves de paso comenzaron a agruparse, se embarcó en la nave en compañía de Skur y puso proa a otras costas.

EN SUECIA

CON una sensación de alivio y de libertad iban dejando atrás las costas de Seelandia. Navegaban hacia lo desconocido. Como siempre, Gaest llevaba consigo sus anzuelos y su arco. Sólo al irse alejando de Seelandia empezó a sentir con toda su fuerza la alegría de saberse dueño de un hacha y un cuchillo de bronce, que constituía la preciada parte que le había tocado en suerte de todas las maravillas del rico valle patrio que ahora abandonaba. Era asombroso lo que podía hacer con aquellos nuevos instrumentos, pues había tomado buena nota de lo que otros

habían hecho con ellos. Las espaciosas y artísticas casas que se cerraron para él podían ser una realidad en otros parajes, con libre derecho a la tierra donde se irguiesen. También él sería señor. Sabía todo lo que había que hacer para serlo.

Una vez más contó a Skur lleno de alegría la hazaña que había hecho con las dos cosas de bronce. Él mismo las había fundido y forjado para ver la naturaleza del metal. Había pagado por aprender y también había pagado el metal. Y ¿cuánto creía ella que había, pagado por todo? ¡Una piedra, una piedrecita reluciente que él había encontrado una vez en sus viajes, guardándola por ser roja! El broncista, al verla, se puso todo encendido y por

ella quería darle más metal que el que él podía llevar... La gente había perdido la cabeza. ¡Y Gaest se reía con ganas del loco que le había dado un hacha y un cuchillo por una piedrecita!

Tampoco Skur había abandonado el país con las manos vacías, pues en la embarcación iba una bolsita con granos que ella cuidaba como el más precioso de los tesoros. Los sembraría en la tierra donde se estableciesen, si la tierra lo permitía y el cielo daba su bendición. Llevaban en brazos una pareja de cabras jóvenes que habían cogido al abandonar el ganado. Con gusto se hubiera traído también a sus vacas, pero no cabían en la embarcación. Las cabras le daban mucho trabajo; tenían miedo al agua y

querían saltar y escapar a tierra antes de que la embarcación abandonara la orilla. Pero Skur les ató las patas y las puso en el fondo.

No tardaron mucho tiempo en alcanzar otra costa y poder dejar a las cabras andar un poco por tierra cada día. Más tarde aprendieron las cabras a ir por mar y se mantenían en la embarcación sin necesidad de cuidarlas. Gaest se había dirigido a las costas de Suecia, tierra de la que había oído hablar, pero que nunca había visitado. Cruzó el estrecho por la parte más angosta y, al llegar al otro lado, fué costeando en dirección a la baja línea montañosa que, como un puesto avanzado, se internaba en el mar. Su

intención era encontrar un río que lo llevase al interior del país. No fué hacia el Sur porque sabía que toda Escania y la costa de Oestersó estaba muy poblada, y él no viajaba para encontrarse con hombres.

Siempre que en la costa veían humo y otros indicios que les indicaban que allí había gente, daban un rodeo, si podían, o se estaban quietos y escondidos hasta la noche. Remontaron el primer río grande que encontraron cuando doblaron el cabo, sin descubrir en sus márgenes ninguna huella de la presencia del hombre, pero al cabo de dos días de navegación vieron flotar tripas corriente abajo y se volvieron. No cabía duda que más arriba vivía gente.

En el siguiente, que desembocaba más al Norte, también encontraron gente: eran dos individuos que iban a bordo de un bote de cuero e inesperadamente corrieron a ocultarse en un recodo formado por rocas escarpadas, donde precisamente ellos mismos trataban de esconderse. Sin embargo, Gaest vió que los del bote de cuero estaban más asustados que ellos, pues se hicieron el muerto, permaneciendo inmóviles y con la boca abierta tumbados en el fondo del bote. Eran individuos de talla pequeña, pelo negro y erizado, boca grande, con la comisura de los labios de color rojo vivo. Gaest vió salmones a borde del bote y supuso con razón que eran pescadores. No tenían ninguna cosa de

metal. Gaest decidió abandonar también aquel río.

Pero el siguiente, que era un río de corriente bastante rápida, no parecía un río visitado. Sus márgenes estaban cubiertas por doquier de árboles derribados y arrastrados. Pocos o ninguno andaban por aquellos contornos, como se echaba de ver fácilmente.

Gaest navegó río arriba muchos días, internándose profundamente tierra adentro, entre bosques salvajes, abiertos, de árboles pequeños, en su mayoría abedules cubiertos de musgo y separados por claros. El suelo estaba sembrado de grandes cantos rodados y de roca firme. Era una región amplia y abierta, pero con valles y recodos y

montañas, desde las que se divisaba un extenso panorama. Era la tierra ideal para la caza, una tierra con silencio de siglos, hecha a la medida del corazón de Gaest. Allí la naturaleza era joven y allí se quedaría Gaest.

En el corazón de aquella tierra, donde el río se estrechaba, pero ofrecía todavía parajes para pescar y mostraba en sus márgenes huellas de alce, establecieron su albergue una noche, al abrigo de unos enormes bloques de piedra dispuestos unos encima de otros de tal modo que formaban una mansión ciclópea. Y ésta fué la primera casa de aquella región. Las cabras en seguida treparon a las rocas y parecía contentas de verse en su ambiente de libertad;

también ellas se sentían a gusto en la nueva tierra Gaest empezó a recorrer el bosque con su arco; cortó árboles para hacer una vivienda adecuada. El hacha de bronce le prestaba un servicio incomparable. Por su parte, Skur encontró un terreno llano rico en humus, el cual, una vez quitadas las piedras, quedaba convertido en un magnífico terreno de cultivo. Skur puso inmediatamente manos a la obra, y con su inagotable energía fué dejando sin piedras aquella tierra de labor, formando con ellas una pequeña cerca alrededor de ésta. Medía esta tierra labrantía unos cuarenta pasos por cada lado. Y así nació su primer caserío.

En sus largas expediciones de caza

por el bosque, llegó Gaest a saber que en un radio de muchas millas eran ellos los únicos habitantes de aquella región; el bosque limitaba por un lado con grandes lagos, y por otro, la región terminaba en unas montañas bajas y alargadas, cubiertas de nieve durante la mayor parte del año. Y a estas montañas, a varios días de marcha del caserío, iba Gaest a cazar un reno cuando lo necesitaba.

En cambio tenía más cerca al alce. Su ancha y ramificada cornamenta se dejaba ver entre el follaje de los abedules enanos y húmedos musgos del bosque. Gaest no los asustaba. Ellos tenían derecho a vivir sin ser molestados por el estridente ladrido de

los perros. Gaest cazaba sin perro, y todos los días andaba por el bosque con el mismo silencio que los animales. Un par de veces al año cazaba un toro, el cual casi nunca sufría, pues lo mataba con tanta rapidez, que ni tiempo tenía el animal para sentirse malo. Había que vivir, pero no había que hacer daño. Por eso Gaest no necesitaba nunca alejarse mucho para tener carne.

Al abrigo de los grandes bloques de piedra, donde estableció su morada, construyó una hermosa vivienda de madera; aprendió de Skur la agricultura, y en el curso de los años ampliaron el caserío con varias pequeñas parcelas de tierra labrantía, cercándolas con la piedra que quitaban de ellas. Llegaron a

cosechar más trigo del que necesitaban. Del par de cabras salió un rebaño. Y ellos tuvieron varios hijos.

Gaest siguió en su nuevo hogar. Sobre su cabeza pasaba el viento recorriendo los extensos bosques; venía desde lejos susurrando sobre los árboles, pasaba rumoroso por delante de Gaest y susurrando se perdía en la lejanía. A su paso se agitaban las hojas de los abedules que recobraban su inmovilidad cuando el viento había pasado. Era el dios del viento que se acercaba invisible e invisible se alejaba. Pero Gaest se quedó.

Sobre su cabeza se erguían los serbales acariciados por el sol. Gaest ya tenía que hacer allí. Hizo cucharas de

madera para las muchas bocas que sucesivamente fueron apareciendo en el caserío, y escudillas para Skur, casi todas durante el invierno. Todo lo que tenían se lo habían hecho ellos solos.

Al cabo de algunos años, cuando ya tenían casa y cabañas y extensas tierras de labor, Gaest ya casi se sentía señor. Todavía no tenía más que cabras, y Skur llevaba años suspirando por tener vacas y ovejas. Gaest soñaba con un par de caballos. Pero todo esto llegó sin dificultad cuando los hijos se hicieron mayores.

Los hijos de Skur, pelirrojos, pecosos y fuertes, nacieron en la casa construida al pie de los bloques de piedra. Su infancia transcurrió al aire

libre, en un pequeño espacio acotado, con muchas casitas. Allí dieron sus primeros pasos y tuvieron por compañeras de juego a las crías de las cabras. Luego ampliaron su mundo en las tierras de labor, y más tarde, al río y al bosque. Todavía no habían llegado a su pleno desarrollo cuando emprendieron viajes de descubrimiento hasta donde se atrevieron a ir.

El brezo los recibía y les servía de cama durante el verano, bajo un aire embalsamado y entre nidos de pájaros; los matorrales de frambuesas les ofrecían abrigo en un rincón soleado, donde solamente asomaban sus puntas rojas; los mirtilos y arándanos les ofrecían mesa puesta en los pedregosos

claros, con árboles caídos y cojines de musgo. Y aquí estos hombrecitos “tomaron posesión de la tierra”.

Todo lo que se arrastraba por la tierra salió a su encuentro para darles la bienvenida: la mosca, ese pequeño animalito tan mortífero; la encolerizada abeja; la larva aterciopelada e hinchada; la araña, que inteligentemente tejía su tela; la negra babona, que, a su paso, dejaba tras sí el suelo lleno de viscosidad, encogiéndose cuando alguien la tocaba. Ellos llegaron a conocer a los pájaros y los saludaban al pasar por el bosque. Los árboles los recibían con su alma viviente.

Y sobre ellos se deslizaban las estaciones del año: el invierno, duro y

oscuro, que amontonaba la nieve a la puerta de la casa y cerraba el paso al bosque, pero que también les daba sus alegrías en las carreras colinas abajo sobre trineos hechos por ellos mismos, y en las cacerías con esquíes, en las cuales mataban también a los lobos, que se hundían en la nieve y no podían correr; la primavera, con su deshielo y con el tesoro del sol, que enviaba su cálido beso a los humildes árboles haciéndolos florecer, y con sus coros de pájaros y sus noches claras; el verano, con sus dulces días largos, en los que las cabras andaban por el bosque y el cuclillo se burlaba cínicamente en los valles, y con el maravilloso embrujo de sus breves noches claras; el otoño, con

sus cosechas, el tiempo de las nueces, de las bayas y de las manzanas silvestres...

Eran mozos sanos, de fuerza hercúlea. Para entrar en casa tenían que meterse de lado e inclinar la cabeza al cruzar la puerta. Pero sólo ante la puerta de la casa paterna bajaban la cerviz.

Guardaban un silencio absoluto cuando, cuchara en mano, estaban sentados alrededor de la fuente esperando la comida, mientras el padre pronunciaba sus acostumbradas palabras sobre la maravilla del trigo y su insuperable bendición.

Y las hijas se convirtieron en mozas robustas. Movían el molino donde se molía el grano al tiempo que

cantaban una canción. En torno de ellas reinaba la alegría.

Pero llegó un día en que los hijos de Gaest pusieron fin a su soledad y el aislamiento en que vivían en el bosque. Ellos ansiaban la sociedad y la compañía de los demás con la misma fuerza irresistible con que sus antepasados deseaban la vida solitaria.

Y así durante varios días cruzaron el bosque hasta llegar a lugares habitados, donde, con toda su magnificencia de hombres primitivos, se mostraron ante los ojos de las mujeres, las cuales eran a los ojos de ellos demasiado amables y tiernas para pisar la tierra. Ellos se las llevaron consigo

después de haber violentado las jaulas donde las guardaban y zurrado a sus guardianes. Exultantes regresaron al caserío con las doncellas, obteniendo autorización para quedarse con ellas, y si a alguna de estas jóvenes no le gustaba el caserío de Gaest, salían a romper piedra para hacer uno nuevo. De esta manera, al lado del viejo caserío surgieron dos nuevos.

Las hijas de Skur cuidaban magníficamente las cabras en el bosque, pero en cambio descuidaban su seguridad personal, y así se encontraban con mozos que las habían descubierto a muchas millas de distancia. Fruto de estos encuentros fué que el caserío se encontró con más descendencia y el

abuelo tuvo que hacer más cucharas. Sin embargo, alguno de estos trotabosques no abandonó a la moza y entró como yerno en el caserío de Gaest y más tarde se construyó su propio caserío. Y así surgió una aldea donde antes no había más que bosque salvaje.

Los hijos, que habían recorrido el bosque y conocían todo el terreno que desde el caserío se extendía a las zonas habitadas al Este y al Sur, proyectaron mejorar la hacienda. Desde niños habían crecido con el pan de la madre y el queso de leche de cabra; sobre las camas del caserío colgaban patas de alce ahumadas y sopa no faltaba nunca. Pero los hijos de Gaest querían comer los mismos manjares que habían visto

comer a otros. Ellos hicieron grandes viajes comerciales y regresaron al caserío con un par de gallinas jóvenes, según ellos creían; pero al cabo de algún tiempo, cuando más entusiasmados estaban esperando el momento de obtener huevos de sus nuevos animales, se encontraron con la desagradable sorpresa de que las tales gallinas empezaron a cantar y a echar cresta de macho y espolones. ¡Eran dos gallos! ¡Los habían engañado!

Pero no pasó mucho tiempo antes de que el corral del caserío tuviese gallinas y los montones de desperdicios se vieran picoteados por estas aves caseras.

Un año, después de un largo viaje a

pie, llegaron los muchachos al caserío llenos de polvo y cansados, pero contentos, pues traían un par de ovejas — macho y hembra — que pronto crearían un rebaño y darían abundante lana a las mujeres. El bosque conoció una voz más; el dulce balido de la oveja.

Y de esta manera, poco a poco fueron llegando al caserío todos los animales domésticos. Gaest se ocupaba de las abejas; les hacía colmenas, y en invierno las protegía con paja. En el verano él sentía su alma dulcemente arrullada por el zumbido de aquéllas. Y pronto llegó el día en que había un buen número de colmenas en el caserío, instaladas convenientemente detrás de cada casa.

La llegada de la primera vaca constituyó un acontecimiento. Hacía tiempo que se la esperaba. Pero hubo que pagar por ella un precio muy elevado: las pieles que habían sido fruto de la caza de varios inviernos. Mientras tanto, los hijos de Gaest habían adquirido experiencia comercial; ya tenían un concepto claro sobre los precios y ya no era fácil engañarlos. Sin embargo, un día, con gran alegría del vendedor, compraron una aguja de bronce por unas cuantas pieles de ardilla gris; pero ellos la llevaron triunfalmente a su pequeña aldea para ofrecer a las mujeres el fino obsequio de un instrumento de costura. El mismo Gaest se puso muy contento al verla.

Grande fué la alegría de Skur al ver la vaca. ¡Cuántos años hacía que Skur no había acariciado a una vaca!

Pero con ella no estaba resuelto el problema; había que traer un toro si querían tener terneras y abundante leche. Entonces los hijos de Gaest dijeron que debían unirse todos — hijos y yernos — en un esfuerzo común, ahorrando y levantándose temprano para reunir tantas pieles como costaba un toro. Cuando, por fin, lo compraron — a un precio carísimo—, les pareció que habían hecho una buena operación, pues pensaban que con los dos no habían comprado un par de animales solamente, sino todo el ganado del mundo. En adelante tendrían sus caseríos

rebosantes de ganado, como era su deseo.

Del mismo modo adquirieron caballos. También la llegada de los equinos despertó el entusiasmo en los caseríos de la aldea de Gaest. Eran dos ejemplares, un caballo y una yegua. Los hijos de Gaest que los montaban hicieron una entrada triunfal. Las mujeres salieron al encuentro de los animales llevando en la mano pan de cebada.

“¡Primero hay que quitarles la brida! — gritaron los jinetes a las ignorantes mujeres—. ¡Sólo faltaba que, por vuestra ignorancia, se quedasen sin dientes!”

Allí estaban los pequeños y

velludos caballos, juntas las patas y con los cascos salientes, comiendo pan muy tranquilos. Iban cubiertos con piel de foca. Los niños los contemplaban embobados, excepto dos, que se habían llevado la gran desilusión, pues habían oído contar a los mayores que los caballos tenían mucha fuerza y velocidad, y por esta razón se los habían imaginado grandes como casas y dotados de alas. Pero pronto encontraron en la realidad la compensación a sus sueños.

Sin embargo, los mayores experimentaron cierta reacción. Les habían vuelto a engañar un poco, como se podía ver: uno de los caballos no se contentaba con hierba solamente, sino

que comía madera; se comería una casa de madera si lo dejasen. Los que habían hecho el trato anduvieron tristes mucho tiempo. ¡Cómo iban a saber ellos que el caballo aquel comía casas! Pero se vengarían. Inundarían el mercado con los descendientes de este repugnante caballo. ¡Iban a saber lo que era bueno!

Ahora tenían ya todo lo que apetece el labrador. Ya hacía tiempo que habían traído cerdos del bosque y que los perros ladraban desesperados atados a la cadena. Y que los patos sorbían la hierba retorciendo el cuello en el charco. Con los caballos habían llegado al máximo: eran señores a caballo. Ahora ya podían ir en carro.

En el taller de uno de los hijos de

Gaest se oía a intervalos, a lo largo del día, el golpe del hacha sobre la madera. Estaba haciendo un carro y se tropezaba con la dificultad de hacer redonda la rueda.

Los hijos de Gaest habían aprendido del Viejo, como ahora le llamaban a éste, los distintos oficios que él conocía. Uno se hizo un excelente ebanista; otro salió un excelente herrero, y todos fueron magníficos cazadores y excelentes tiradores de arco. La madre les enseñó el arte de la agricultura y de la ganadería.

En los caseríos de la aldea de Gaest se fué dividiendo el trabajo, Gaest, el Viejo, que por naturaleza había sido cazador y apasionado ebanista, fué

dejando con el tiempo estas ocupaciones, que confió a los demás. Pero siguió siendo pescador, actividad en la que paulatinamente se fué quedando solo. Gustaba de estar solo en el río con su viejo bote, el mismo en que él y Skur, un día ya lejano, habían llegado a aquella tierra.

Y en él abandonó el país. Solo, remando, le vieron salir un día sus hijos para ir a pescar. Pero no volvió. Los hijos lo buscaron y regresaron apenados. No encontraron ni rastro del bote ni del Viejo.

Gaest se había ido con la corriente y con ella al mar.

Ahora estaban sin padres, pues Skur ya había muerto. Unas semanas

antes le habían dado tierra.

Un día se puso mala. Por primera vez en su vida la anciana tuvo que guardar cama, y entonces aquella mujer, tan sana y fuerte, que había dado tantas vidas, sintió que se quedaba sin vida. En su rostro se dibujó una sonrisa fría; buscó a su marido con los ojos, pero éste no estaba allí en aquel momento. Entonces Skur volvió su mirada al techo y se puso más pálida. Cuando Gaest llegó a su lado ya había fallecido.

Gaest le hizo un ataúd de madera, cuya forma recordaba la de un bote. ¿Hacia qué costa iría el alma de Skur? La enterró con todo lo que ella había tenido. Con ella bajaron al sepulcro la mejor vaca y un par de cabras. A su

cabecera puso Gaest una bolsita de grano. Cuando volviera a reverdecer el árbol a cuyo pie estaba enterrada, daría sombra a sus animales y a un trozo de tierra de labor.

Las familias jóvenes de la aldea de Gaest habían perdido a una madre anciana, a la madre de toda la aldea. Pero Gaest había perdido a una joven: él jamás dejó de imaginársela como la vió por vez primera en su radiante juventud. Ya no podía seguir viviendo allí donde ella había estado. Ella se había ido y él se fué tras ella.

HACIA LA COSTA DEL SOL

CON una herida en el alma, viejo, pero fuerte; triste, pero sereno; desligado de la vida, pero con un mundo abierto a sus afanes, marchó Gaest rumbo a nuevas costas.

Estaba solo, arrancado de su ser — sólo viajando volvía a ser él—; solo con las viejas cosas eternamente solas, con las montañas y tierras que miran de hito en hito, con las nubes que miran y no ven, con los árboles que hablan sin voz y con el lomo de los ríos silenciosos que bajan a perderse en el mar...

Su viejo bote fué dibujando sobre las aguas el contorno de las costas bálticas. Encontró los grandes ríos continentales y, como la vez anterior, remontó su curso, sin la alegría del reencuentro. Cuando los ríos no pudieron seguir llevándolo sobre su húmedo lomo, saltó a tierra y se hizo cazador. Se internó en los bosques más espesos y coronó la cima de las montañas, bajando a la otra vertiente en busca del nacimiento de nuevos ríos. Esta vez, sin embargo, no estaba en su ánimo dirigirse hacia el Este, hasta el lugar donde nace el sol; ahora buscaba el Sur, las playas del Mediodía.

Le empujaba la vaga esperanza de encontrar allí lo que había perdido. Pero

tampoco se había extinguido en su alma el puro deseo de saber: todavía se notaba en su mirada de hombre primitivo la sed de vivir en la última punta de tierra y en la última ola del mar.

Su fina observación le había hecho ver que, mientras había pasado miles de años en Oriente y en el Sur, el viejo mundo había realizado grandes progresos en las artes y en la forma de vida. Como cazador había abandonado el poblado y como cazador había vuelto a él. Pero vió que la gente que había dejado al partir se había enriquecido y vivía sostenida por la tierra en que continuaban establecidos, con animales bajo su dominio y con una agricultura en

pleno florecimiento. Ya no eran unas pocas tribus dispersas, sino un pueblo numeroso, próspero y lleno de vitalidad. Sin embargo, en seguida vió que aquel progreso no era más que el desdoblamiento nórdico de una cultura que en otras partes tenía que ser más floreciente aún. Nadie en Seelandia sabía a ciencia cierta de dónde les habían venido el bronce, el trigo y los animales domésticos; pero sí sabían que todos los adelantos venían del Sur. Del Sur seguían viniendo todas las novedades, todo lo que ellos no podían producir. Por consiguiente, la montaña de la magnificencia tenía que estar situada en la región de donde venían todos aquellos preciados dones. Estaba

situada en la tierra adonde iban las aves de paso en otoño.

Algunos decían que allí no se conocía la muerte; que no sólo eran inmortales los naturales, sino que era muy posible que fuesen a parar allí todos los que morían en otras partes. Pero nadie tenía una idea clara de estas cuestiones. Sin embargo, en las últimas regiones del Norte estaba la población tan influida por el Sur y por sus mitos, que no enterraban a sus muertos, según la vieja costumbre, sino que los quemaban en la hoguera, pues estaban convencidos de que éstos llegaban a la Costa del Sol si los confiaban al fuego y a la órbita solar. A veces echaban aves de paso a la hoguera para que enseñaran

el camino a las almas.

Gaest no sabía qué habría de cierto en estas creencias. Él, por su parte, había colocado el cadáver de Skur en un ataúd en forma de piragua, pues aunque tardase más tiempo, ya conocía este modo de viajar. Su inteligencia no acertaba a comprender que el alma tuviese que pasar primero por el fuego y luego por el camino del aire. Como sus contemporáneos de la Edad de Piedra, estaba convencido de que el hombre seguía viviendo eternamente, si no tenía la desgracia de ser asesinado o embrujado por un hombre malvado, de contraer una enfermedad incurable, lo que, desgraciadamente, les ocurría a todos, pues las excepciones apenas se

veían. Pero éstas venían a confirmar que todo aquel que eliminase las causas que atentaban contra la vida, viviría eternamente. Tal era lo que a él le había ocurrido. De todos modos, Gaest no comprendía cómo se relacionaba su inmortalidad con la muerte de los demás hombres, si, como se decía, ésta no era más que un tránsito a una nueva existencia distinta o a otras regiones. Por eso, para aclarar estos enigmas, decidió ir a la costa de que tanto había oído hablar y ver las cosas por sus propios ojos.

Gaest encontró una población muy densa en el interior de Europa; pero huyó de todo contacto con ella caminando siempre por los bosques. De

esta manera llegó a las montañas centroeuropeas. Pero también aquí, en los lagos que había entre estas montañas, encontró Gaest gente que vivía en casas asentadas sobre pilotes, verdaderas aldeas construidas sobre el agua; y observó que sus moradores, como si quisieran aislarse de los demás hombres, habían levantado los puentes. “¡Mejor!”, exclamó.

Así, pues, poquísimas personas vieron a Gaest. Éste caminaba y tras él quedaban sus huellas — huellas grandes, muy espaciadas—. Gaest era largo de piernas como el alce, y cuando alguien descubría sus huellas, ya él estaba muy lejos. Sus huellas se perdían en la cima, de las montañas, en la región de las

nieves eternas, sobre la cual se cernía el buitre. Y nadie podía explicar adonde había ido. Y cuando las descubrían al otro lado de la montaña, nadie sabía de dónde habían venido.

Cuando llegaba a la otra vertiente, se metía en un bosque y se ponía a construir una embarcación junto a un arroyo que prometía convertirse en río. Y si alguien lo oía trabajar, podía creer que se trataba de un pico de carpintero gigantesco y sobrenatural; pero cuando en el bosque dejaban de sonar sus hachazos, ya Gaest había desaparecido río abajo, sin dejar tras sí huella ninguna.

Siguió cruzando montañas y surcando ríos, hasta llegar a un afluyente

del Danubio. Este afluente lo llevó al enorme y tortuoso río, y en él, corriente abajo, se cruzó Gaest con un gran número de naves de todas clases y países que subían y bajaban por sus aguas en un tráfico incesante. Y entre tanta nave, nadie reparó en la minúscula embarcación de Gaest.

Y siempre al margen de los hombres, acompañado de su arpa, a la que de vez en cuando arrancaba melodías impregnadas de nostalgia; alimentándose de la pesca del río y bebiendo su agua, atravesó Gaest muchos reinos y llegó al mar Negro. Costeó este mar y pasó al Asia Menor. Allí se hizo cazador furtivo. Pasó al desierto y volvió a encontrar el

nacimiento de un río. Era el Eufrates. Entonces se construyó un bote de cedro y en él bajó a Mesopotamia, donde residió durante varias generaciones, siendo testigo de interesantes acontecimientos.

Luego bajó al golfo Pérsico, siguió navegando por el sur de Arabia y entró en el mar Rojo. Siguió hacia Occidente y volvió al desierto, cruzándolo hasta llegar al Nilo. Bajó a Egipto y permaneció en este país muchísimos años.

Finalmente entró en el Mediterráneo y recorrió detenidamente todas sus costas e islas. Y todo le decía que ahora se encontraba en la Costa del Sol. Entonces permaneció allí hasta que

ya no hubo secretos para él. En ella había países ricos. Ninguna brumosa leyenda del brumoso Norte podía hacer concebir que en esta costa hubiese un cielo perennemente azul. Sólo vivir allí era un don inapreciable. En aquel aire suave y benéfico vivieron pueblos felices e inteligentes.

Gaest los vió desfilar sucesivamente bajo la luz de su grandeza y entrar uno tras otro en el ocaso.

Él había visto a aquel pueblo fuerte y aficionado a la caza que habitaba en un país situado entre ríos; había conocido su crueldad en la guerra y su valentía, todos sus numerosos conocimientos en el arte de regar el suelo para hacer crecer el trigo. Esto mismo había visto

en Egipto. Ahora ya sabía de dónde venía el trigo.

En Egipto y en Creta se adoraba al buey. Todos los animales domésticos tenían su patria en estos exuberantes países de la Costa del Sol, o se habían domesticado en ellos. De estos países pasó la oveja a los lóbregos rediles de las viviendas nórdicas para dar su lana a sus lampiños habitantes, y de las claras montañas mediterráneas subió la cabra a las blancas cumbres del Norte.

Y Gaest vió lo que estos primeros pueblos vigorosos crearon y elevaron a la cumbre de la perfección. Conoció al maravilloso y feliz pueblo griego. No había cosa que ellos no pudieran hacer, ni había límite para su alegría.

En su recorrido por el Sur se encontró Gaest con artes y cosas completamente desconocidas en el Norte. Lo que aquí sólo eran fragmentos y comienzos, era en el Sur una cultura perfecta y antigua: ¡tan lentamente llegaban los adelantos al Norte! En el Sur se trabajaba el hierro hacía mucho tiempo mientras que en el Norte todavía se vivía en la Edad del Bronce. En el Sur se construían templos de mármol, adornados con estatuas humanas perfectas, al tiempo que en el Norte se rociaban con sangre negros ídolos, toscamente labrados en un trozo de madera.

Y, sin embargo, en el fondo, ambos pueblos — el del Norte y el del Sur —

pertenecían a la misma raza, pues el del Sur era el mismo pueblo con el que Gaest había peregrinado en la época preglacial hacia el Este y hasta los últimos mares del mundo; era el pueblo que el glaciar fué desplazando de los territorios que habitaban; eran los descendientes de aquellos a quienes había templado el frío; era el pueblo de Dreng y Moa, de Oso Blanco y Primavera, que, en oleadas sucesivas, generación tras generación, se dirigieron hacia el Sur, dejando su tronco en el Norte. Y de estos intrépidos y grandes navegantes, que dejaran tras sí maravillosas hazañas y leyendas marinas, descendieron los dioses y héroes griegos.

Pues lo que el frío, el rigor y las circunstancias adversas ahogaron en el Norte, floreció libremente en el Sur creando felicidad y arte. Y así como la ola cuando rompe contra la costa forma pequeñas olas que vuelven al mar, así también el eco de las hazañas de los marinos emigrantes del Norte llegaban al Norte despertando a la aventura a otros audaces, que seguían la ruta de sus predecesores llevando en su alma un capullo de fuerzas dispuesto a abrirse en un florecimiento prodigioso en el Sur. Sí, la cultura vino del Sur al Norte; pero fué en el Norte donde tuvo su raíz.

A este florecimiento del Sur contribuyeron además otras condiciones más favorables que en ningún otro lugar

del mundo y que en ninguna otra época: en los países del Mediterráneo se juntaron gentes de los tres Continentes: de Europa vinieron los habitantes del Norte; de Asia, los descendientes de Varg y Tju, y de África, el cálido pueblo primitivo, que buscaba un clima más fresco.

Y estos tres pueblos desarrollaron mutuamente sus energías creando una cultura y una civilización que tuvo su expresión más perfecta en la sublime belleza del arte escultórico griego, jamás superado desde entonces. Ahí están para siempre, bajo el azul cielo de Grecia, esas majestuosas estatuas humanas, superando la obra destructora del tiempo, pese a haber desaparecido

las condiciones que las crearon.

Gaest conoció también el poderío de Roma. A bordo de su barca, disfrazado de pescador, veía cruzar a su lado sobre las sucias aguas del Tíber la soberbia de las galeras romanas empujadas por tres filas de remos empuñados por esclavos encadenados. Y también oyó el griterío del pueblo cuando Roma empezaba a desmoronarse.

Pero su viaje no le dió los frutos que él esperaba. A medida que iba recorriendo la Costa del Sol iban cayendo unas tras otras sus esperanzas.

Había salido para encontrar la Costa del Sol y encontró mucho verano, bellísimos lugares soñados, una

naturaleza perenne; pero en ninguna parte encontró a los muertos.

Entonces pensó que lo más lógico era que los muertos residieran en una isla a la que nadie podía llegar. Y se puso a recorrer con celo especial todas las islas del Mediterráneo. Pero en todas ellas encontró gente recién llegada, con sello terrestre muy marcado; ninguna tenía esa señal inconfundible que daba la muerte.

Pero, por fin, llegó a una isla muy pequeña, perdida en el medio del mar y deshabitada. Gaest no buscaba una isla deshabitada, pero era la última y ya no tenía donde poner sus esperanzas. Y Gaest se quedó en ella con todos sus recuerdos.

Era la isla la cumbre de una montaña submarina que emergía en un mar azul, bajo un cielo eternamente azul. La parte más alta de esta isla era un cráter apagado cubierto de espliego, donde los saltamontes jugaban en la soledad del aire. En un valle rocoso crecía un bosquecillo de laureles y mirtos, y junto a un manantial prosperaba un grupo de algarrobos, con cuyos frutos se alimentaba Gaest. Una cavidad de la roca le servía de lecho. Se divertía con los lagartos que jugaban en las piedras soleadas. Las aves marinas anidaban en las cavidades rocosas y se pasaban el día chillando. El mar rodeaba la isla con una música de arpa. De cuando en cuando aparecía en el

lejano horizonte una vela, pero sólo para volver a desaparecer en el mar. La marsopa se divertía zambulléndose en las limpias y profundas aguas en torno a la isla, pasaba rozando los bajíos, subía a la superficie a respirar voluptuosamente y volvía a hundirse en el mar. Ninguna otra cosa turbaba la serenidad de la isla. Gaest hablaba poco consigo mismo, moviendo de vez en vez la cabeza. Se estaba bien en la isla.

Gaest construyó en las rocas una pequeña hornacina con columnas y gablete. Era un templo en miniatura. Dentro de él puso una escultura que representaba a una diosa. Pero esta estatua hecha por manos griegas era en realidad la mujer, la única mujer que

había amado en la Costa del Sol.

Con esta adoración confortaba Gaest su corazón. Como había vivido aquí algunos años y escuchado lo que el mar y el cielo le decían, y había escuchado también su voz interior, le pareció que él había elegido la soledad; pero más bien fué la soledad quien le eligió a él. Estaba solo porque el hombre se había ido de él. Pero ¿no había sido él también quien un día se alejó de donde debía haber estado? Sí, cuando fué un joven cazador se había escapado de la vida; cuando llegó a la edad madura y se había afianzado en la existencia, ésta se escapaba de él.

Había vivido mucho tiempo. ¿De qué le servía la inmortalidad si no podía

compartirla con los demás?

Después de premeditarlo serenamente, encendió Gaest la luz por segunda vez en su vida. Quería morir porque no quería vivir a disgusto.

La luz, de un dedo de largo solamente, se consumía rápidamente. Gaest se sentía envejecer a medida que la luz se iba acabando. Y su pena desapareció.

Era de día cuando encendió la luz, y no obstante, ésta llenó el mundo con una claridad más potente aún, sobrenatural. Y Gaest vivió en un momento toda su vida, todas las horas pasadas. Con él estaban Pil y Skur con su sonrisa amorosa; con él estaba su madre Gro, todos sus efectos; con él

estaban todos sus hijos. El tiempo y la distancia no existían en aquel momento; todo era presente. Gaest estaba a un tiempo en su infancia, en su juventud, en su edad madura. No estaba solo; solamente en su ser estaba la verdad. No era cierto que se había marchado, no; él estaba en su país de nuevo... Y cuando volvió a sentir el deseo de vivir era aún demasiado temprano para morir. Todavía quedaba un buen trozo de vela. Rápido, inclinó su cabeza hacia ella y la apagó.

Al apagar la luz, se quedó sumido en tinieblas y observó que su alma respiraba un aire más frío y confortador. En lugar del mugido del mar oyó sobre su cabeza el susurro de los árboles. El

trino de los pájaros era distinto.

Lentamente se fueron disipando las tinieblas. Pero entonces ya no fué la isla solitaria la que apareció ante sus ojos, sino un bosque de serbales mecidos por el viento. Sobre ellos corría un cielo de nubes grises.

Estaba en Seelandia. Era otoño. En las delgadas copas de los árboles rugía poderosamente la tormenta. La caída de la hoja semejaba una llama salida del bosque hacia lo alto. Cuervos y cornejas trataban de sostenerse en el aire contra el viento, mientras que bandadas de avefrías se disparaban hacia el suelo para acogerse al abrigo de las lomas. Era un día de emigración, y las aves abandonaban el país. Crujía el bosque;

en sus claros penetraban ráfagas de aire frío. Dinamarca sentía sobre su suelo acierto y sin luz el poderoso y frío aliento de una naturaleza rigurosa. De cuando en cuando se rasgaba una nube y dejaba pasar hasta el suelo una fría raya de sol. Era la pálida luz vespertina de un día frío y tímido que, al huir, volvía la vista atrás.

EL BARDO ERRANTE

EN las noches de invierno se oía a veces a la entrada de un caserío un complicado sonido que se mezclaba con el silbido de las puertas y el bramido del viento. Al pensamiento de todos sus moradores saltaba indefectiblemente un nombre; —¿Norne-Gaest?—. Y abrían la puerta del caserío: enfrente, en pie, iluminada por las llamas del hogar y enmarcada por la cerrada oscuridad de la noche, aparecía la alta figura de Norne-Gaest, un poco inclinado hacia delante como si llevara la noche a la espalda. Llegaba envuelto en pieles y con el arpa en las manos.

Le bastó pasar la mano por las cuerdas para que el caserío en pleno sintiese el embrujo de su música única y se lanzara a la puerta con el hervor de la expectación. Ni siquiera el cabeza de aquella comunidad familiar, cuya dignidad le ordenaba permanecer dentro, pudo dominarse y, con los ojos dilatados por la emoción, salió al encuentro del bardo exclamando:

—¡Ha llegado Gaest!

Y entonces el pesado y largo bastón de Norne-Gaest se quedaba descansando en el gancho de la puerta, mientras el bardo, sin dejar el arpa, tomaba asiento en la mesa al lado del patriarca. Aquella noche habían llegado al caserío la aventura y el mundo lejano, para

permanecer allí algunas noches rodeado de palabras afectuosas, abundantes cuernos de hidromiel y un buen lecho de plumas.

Ya sabían en los caseríos que el bardo solía hacerles solamente unos días de compañía. Una mañana Gaest volvía a empuñar su bastón de caminante y se echaba el arpa a la espalda. Los moradores del caserío lo veían transponer la puerta exterior. Caminaba lentamente, balanceándose. Gaest se había ido.

Seis meses o un año después volvían a sonar las cuerdas a la puerta del caserío. El bardo venía y se iba igual que las estaciones.

Gaest se había convertido en un ser

errante. Yacía en los caminos igual que las sibilas. Era un caminante que no tenía hogar. A su vuelta al valle natal, se encontró sin casa; pero era el amigo de todos los hogares, que visitaba uno tras otro. A lo largo del año recorría toda Seelandia, excepto cuando se hallaba de viaje por los países del Sur, o subía a Suecia y Noruega. Y cuando, tras estas ausencias, volvía a poner sus plantas en Seelandia, era más complicado aún el sonido de su arpa. Sus relatos no tenían fin. Gaest no tenía hogar, pero en su memoria moraban todas las canciones y leyendas del mundo.

Cuando Gaest regresó de su largo viaje al Sur, donde en vano había estado buscando la Isla de los Muertos, se

encontró completamente solo. Esta vez ninguna joven y risueña pastora le despertó preguntándole quién era. Estaba solo en el bosque, y cuando salió de él y llegó a su valle natal, Gaest apenas lo reconoció. Era el valle natal, pero ¡tan cambiado!...

Sobre el valle había pasado un largo milenio desde que Gaest estuviera en él la última vez. Ni siquiera las más viejas encinas milenarias eran bellotas cuando él se marchara. Todos los árboles eran otros árboles. Las generaciones eran otras generaciones; ninguna tenía el menor recuerdo de las generaciones pasadas de las cuales procedían. Su sangre era la de los altos y rojos pescadores de la Edad de Piedra

y la de los campesinos de la Edad de Bronce; pero ni siquiera tenían tradiciones de la Edad de Bronce. Ahora se vivía en la Edad de Hierro, y nadie podía imaginarse que los hombres hubiesen tenido alguna vez otra forma de vida.

No sabían quiénes reposaban en las grandes cámaras sepulcrales de la Edad de Piedra, y, sin embargo, en ellas yacían sus remotos antepasados. Existía la creencia de que eran obra de gigantes o la morada de los seres del abismo. Ellos seguían enterrando a sus muertos en túmulos, pero, a diferencia de lo que se hacía en la Edad de Piedra, ya no los quemaban. Ya no creían en el fuego, pero tenían otras ideas sobre los

poderes sobrenaturales. Ya no los veían en la naturaleza; se habían convertido en dioses, en personas. Esculpían imágenes de ellos como si fuesen para ver, sin advertir que con ello ponían de relieve la impotencia de sus nuevas divinidades. Gaest jamás fué partidario de Odín, pero siguió creyendo en el viento.

No eran claras sus ideas sobre el Reino de la Muerte. Se imaginaban que había dos cosas: una buena y mala otra. En la primera no entraba, como podría creerse, el asegurarse una vida larga, con posible continuación más allá del sepulcro, sino en terminarla violentamente. Haciéndolo así, estaban seguros de entrar en la tierra feliz, sobre cuya situación no había más que meras y

bellas suposiciones. Sin embargo, continuaban enterrando a los muertos con sus joyas y objetos más importantes. Persistía, pues, la viejísima creencia en la inmortalidad, aunque solamente en las costumbres.

La nueva creencia producía efectos sangrientos en las costumbres del valle. Se mataba más; la vida del hombre tenía escaso valor, pues se suponía que el verdadero fin de ella estaba al otro lado del sepulcro, aunque nadie había venido del otro mundo a confirmar tal suposición. Como la vida noble en que uno había nacido exigía una muerte noble, se mataban unos a otros con la mayor alegría, esperando encontrarse en el otro mundo para continuar matándose

y resucitando. La muerte frecuente era para la mayoría el máximo honor y la máxima felicidad; en cambio, la muerte tranquila se consideraba infamante y puerta de entrada a la tierra de la miseria. La longevidad, que parecía que debía ser la máxima aspiración, era de esta manera un destino triste. Por ello Gaest evitaba en todo momento la ocasión de tener que hablar de su edad.

En verdad es extraña la naturaleza humana. A pesar de que los valientes habitantes del Norte sentían un placer especial en exponerse a la muerte, hacían, sin embargo, cuanto estaba de su mano para dificultar el golpe mortal. Sus cuerpos estaban protegidos por corazas; el peto estaba hecho de aros de hierro y

era impenetrable a la daga y a los tajos de las espadas y demás armas cortantes; cubrían la cabeza con un casco, y llevaban además grandes escudos. Llegar al cuerpo del adversario y herirlo o matarlo era, un verdadero arte. En todas partes se oía el estruendo del hierro.

Ahora ya no eran unos grupos de campesinos que salían a liquidar sus diferencias; ahora era el *Ejército* el encargado de estas delicadas cuestiones. Pero el *Ejército* era una de las grandes modificaciones que se habían producido en Seelandia.

Estas modificaciones se debían en el fondo a una gran causa única: el aumento de la población. Tan poblado

estaba ahora el valle natal de Gaest, que nadie podía cruzarlo desde la costa al interior sin verse libre de ojos humanos en ningún momento.

Naturalmente, este crecimiento se extendió sobre todo por el bosque. En la Edad de Bronce los desmontes habían convertido en zonas abiertas grandes espacios de bosques a ambos lados del valle; ahora ocurría lo contrario: el bosque quedaba reducido a unas pocas zonas, rodeadas totalmente por tierras de labor, divididas en fincas cercadas con piedras.

Únicamente, muy dentro del país, se mostraba el lindero del bosque como un muro impenetrable, extendiéndose como una gran alfombra vegetal hasta el

centro de la isla. Pero aun en lo más profundo del bosque había desmontes y zonas verdes: hasta allí habían llegado hombres que habían comenzado a trabajar por cuenta propia. Poco a poco surgía una nueva aldea en estas tierras conquistadas al bosque.

Cerca de la boca del fiordo había una ciudad con un puerto lleno de grandes naves. No era una ciudad grande; toda ella se reducía a una sola calle con casas cubiertas de paja. Pero allí la gente vivía una vida independiente; no eran ni campesinos ni guerreros, pero podían ejercer esta o aquella profesión o dedicarse al comercio. Era gente tranquila y prudente — libertos o emigrados—, que

trabajaban en su ciudad, esperando solamente lo que podían esperar.

Arriba, en el extremo del valle, vivía el duque. ¿Quién era? Bastaba con preguntar a los campesinos para reconocer por el respeto con que hablaban que se trataba de un personaje importante. Él era el duque. Los terratenientes eran terratenientes allí en el valle, es cierto; pero tenían que reconocer a alguien que estaba por encima de ellos, a alguien que los conducía a la guerra y les exigía tributos en tiempos de paz por poseer la tierra. Ese alguien era el rey.

El rey vivía en el fiordo de Roskilde. Él no podía explotar personalmente toda la isla, pero se valía

del duque para administrar sus derechos. En la isla había muchos duques, y cada uno tenía su jurisdicción.

El duque que vivía arriba en el fondo del valle era el señor de todas las extensas praderas, que comprendían una gran zona de bosque y muchos caseríos. En el caserío más grande moraban él y su tropa de guerreros armados, cuya única ocupación era la guerra. ¿De dónde procedían estos guerreros? Eran el excedente de los caseríos, los hijos que, no pudiendo recibir tierra, se ponían a sueldo del duque o se embarcaban a las órdenes de un caudillo para ir a conquistar tierras extrañas.

Tampoco los duques podían explotar personalmente sus tierras y

encomendaban esta labor a los campesinos que dependían de ellos. Su ocupación principal consistía en hacer la guerra por cuenta del rey. El resto del tiempo lo empleaban en lujos y diversiones.

La caza era su diversión favorita, y a ella se dedicaban con ardor en tiempo de paz. Cazaban a caballo llevando consigo una jauría para acosar la caza. Las trompas hacían resonar el bosque, mientras el ciervo se lanzaba a una carrera loca entre los árboles, o el jabalí hundía su colmillo en el vientre de algún perro.

El rey tenía derecho a cazar en todos los bosques. En el patio de su palacio se reunía el mayor de los

ejércitos, en cuyas filas formaban los hijos de las familias más distinguidas de toda la isla. Y cuando el rey llamaba a las armas, todos los duques tenían que acudir inmediatamente con sus mesnadas. El rey era dueño de todos los ríos, fiordos y estrechos que separaban las islas.

Los poderosos se habían erigido en mediadores entre el individuo y los poderes sobrenaturales. El duque era el sumo sacerdote que, en nombre del pueblo, ofrecía sacrificios a los dioses. Pero el sumo sacerdote de mayor categoría era también el rey.

Así estaba dividida ahora la población. Los campesinos seguían conservando su puesto, pero ya no eran

lo que habían sido en otro tiempo. Tenían todavía un poder ilimitado sobre los esclavos; pero sobre ellos estaba el duque, y sobre éste, el rey.

Y entre todos ellos se movía el viejo Gaest, siendo bien recibido por unos y por otros y sintiéndose muy a gusto tanto en la casa del uno como en la del otro. En sus jiras llegaba hasta la ciudad del fiordo, donde se le recibía con la misma alegría can que se recibía a la cigüeña en primavera. Y Gaest correspondía a aquellas muestras de afecto embrujándoles el alma con su música exquisita. Y seguía con atención el trabajo de los constructores de naves, donde se encerraba la experiencia de tantas generaciones; accionaba el fuelle,

mientras escuchaba el ruido del fuego y miraba el herrero quitar las escorias de hierro antes de trabajarlo en el yunque, y se quedaba absorto viendo trabajar al tonelero. ¡Y cuántas cosas le decía la mercancía de los comerciantes!

También se metía en las chozas de los esclavos y permanecía con ellos días enteros, con gran sorpresa de los moradores del caserío. Hacía compañía a las jóvenes molineras y a veces les ayudaba. Y el molino le inspiraba canciones que luego pasaron a todas las generaciones. Y se juntaba con las ordeñadoras, seguía con interés y curiosidad su labor y gustaba la leche recién ordeñada.

De las lúgubres viviendas de los

esclavos se encaminaba Gaest al caserío, y era un señor rural entre señores rurales. En la casa del duque se conducía como un noble y en la sala real parecía tío del monarca. Gran cosa era ser bardo. El rey lo honraba mucho. Las estrofas de Gaest eran más preciosas que el oro. ¿Qué sería de la fama de Rolf Krake sin su bardo? Gaest estuvo en su palacio y en el de todos los reyes legendarios. Estuvo en la corte de Carlomagno, y con los Variegos en Rusia, y en todas las cortes europeas con sus narraciones y con su arpa.

Nadie le vió envejecer ni pudo sospechar su edad, pues su vida era más larga que el recuerdo de las generaciones.

Naturalmente, todos sabían que el Viejo tenía muchísimos años. Tenía costumbres que nadie le podía haber enseñado en ningún tiempo conocido. Al viejo vagabundo no le gustaba vivir bajo techo, ni siquiera en las casas más lujosas. Siempre que tenía ocasión, vivía al aire libre, incluso en los días fríos; y entonces se podía ver el raro espectáculo que ofrecía Gaest encendiendo su pequeño fuego en el campo y calentando las manos en él. De tiempos remotísimos conservaba la frugalidad en k comida; se conservaba con un puñado de grataos y un sorbo de agua. Era hábil de manos, pero se sentía muy poco inclinado a utilizar mejores instrumentos que un viejo cuchillo

desgastado.

Él mismo había hecho el arpa — un arpa muy artística y fuerte, propia para llevar por el mundo y bajo todos los climas—. Estaba hecha de un tocón de mediano grosor, en el cual crecía una rama formando un ángulo recto. Entre ésta y el tronco tensó las cuerdas. Cada cuerda tenía su sonido y su mundo. Cuando pasaba la mano por las cuerdas, desde el bajo hasta la más aguda, era como ascender por una celeste escalera musical, era sentir el arco iris de la música. Gaest ponía embrujo en su música y sabía llegar a los rincones más misteriosos del alma humana con sus notas incomparables. El arpa de Gaest era amada y casi temida.

Sus canciones preferidas eran las que exaltaban el heroísmo de las primeras emigraciones del hombre, en las cuales él había tomado parte.

Los primeros hombres persiguieron la caza como cazadores y pescadores y de este modo se extendieron por el mundo. Incluso como ganaderos iban de una pradera a otra. Solamente cuando se hicieron agricultores tuvieron que permanecer en las tierras donde crecía el trigo. El arado y la yunta marcaron su *tempo*. Si el mundo quería algo de ellos, tenía que ir a ellos. Eran los sedentarios, los campesinos. Su florecimiento tuvo lugar en el último período de la Edad de Piedra y en la Edad de Bronce. Y fueron

la familia, el caserío, los tranquilos y ricos valles ocultos en el bosque.

Pero después vino el Hierro y el bosque cayó ante las delgadas e insaciables hachas, y la tierra quedó abierta, y los campos alimentaban a la población. Pero ésta llegó a ser tan numerosa que ya no había tierra para todos; y entonces el hombre no solamente empleó el hierro contra el bosque, sino también contra su semejante. Se sembraba sangre y se cosechaba guerra; la espada desplazó al arado, y los rostros que antes se volvían hacia el centro del país, miraban ahora hacia fuera. El mundo había venido al campesino, pero el guerrero buscaba al mundo. Y de este modo volvió a

comenzar la emigración. Las expediciones de los vikingos brotaron como una ola represada y se dirigieron al Sur.

En los siglos que siguieron a la caída de Roma se pusieron en marcha todas las tribus germanas de Europa y avanzaron arrollándose unas a otras. Fué la gran emigración de pueblos de que nos habla la Historia.

Se dijo que la causa de esta marcha general fué el rey de los hunos Atila, al avanzar hacia Europa desde las estepas asiáticas. La sacudida se transmitió de un pueblo a otro, y nadie permaneció quieto. Pero en realidad la causa era mucho más honda y antigua; Atila solamente fué la ocasión de que surgiese

la gran marea humana, de que Asia y Europa chocasen formando un remolino en el que se fundieron razas y desaparecieron viejas creencias. Y de este feroz y grandioso drama fué testigo Norne-Gaest.

En medio de esta emigración de pueblos iba Gaest como el hombre que se ve en medio de un torbellino. Mientras veía a los demás gastar sus fuerzas en la tormenta, él estaba siempre en la zona de la calma. Había tomado parte en todas las emigraciones y movimientos, sin perder jamás la calma interior. Gaest era los cuatro puntos cardinales; era el espíritu en toda transformación, como había sido el mundo de la infancia y pasado por todas

las edades. Su ser estaba en calma, pero de él salía fuerza de todas las fuerzas que había tenido y que había puesto en equilibrio.

Esto fué cuando era bardo. Y bardo era cuando Atila se puso en marcha.

Gaest había llegado hasta su corte, situada en las puertas de Asia, y había cantado para él. Había tenido que contarle todo lo que sabía de Europa y de sus príncipes. Atila se mostró ávido de saber, pero se mantuvo incommovible e indiferente. Pero cuando Gaest le cantó a la mujer nórdica, Atila perdió su fiera calma.

Cuanto más le oía hablar de las altas y rubias mujeres de Europa, más perdía los estribos; se enfurecía y, con

una voz que era un rugido, mandaba a su guardia que le cortasen la cabeza al bardo pues no podía soportar la idea de que otro hombre hubiese visto y pudiese describir lo que Gaest describía. Pero antes de que aquélla ejecutase la orden, Atila había perdonado al cantor y suspendido el castigo. Y le mandó que siguiese cantando a las mujeres nórdicas. Y Gaest siguió cantando hasta que Atila, echando fuego de sus ojos, se lanzó con sus salvajes hordas asiáticas sobre Europa, arrasando reino tras reino.

Atila quería ser dueño de todas las mujeres nórdicas y mandaba que le trajesen las rubias y dulces hijas de los señores rurales. Pero ellas se mostraban

hoscas con él, a pesar de cubrirlas de coronas y anillos de oro. Entonces se enfurecía y las mandaba matar. Quería que le sonriesen y que le hablasen con cariño; pero ellas preferían la muerte antes que entregar su corazón a aquel monstruo al que jamás podrían amar. Eran duras en la adversidad; aceptaban su suerte con indiferencia, como si tuviesen que soportar una enfermedad o una ruda tarea; pero no se doblegaban jamás.

Y entonces Atila vió que su poder tenía límites. Podía tener todas las mujeres nórdicas que quisiera; pero no habría jamás una que lo amase. Y si tal ocurriese, Atila ya no sería Atila. Por eso pasó por Europa como el azote

vengador, destruyendo y quemando, hasta que una mujer sagaz, la borgoñona Ildico, fingiendo que lo amaba, estranguló al feliz Atila en su noche de bodas.

Mucho tardó en calmarse la tempestad que siguió a la tormenta de pasión que había desatado el rey de los hunos. Siguieron llegando momentos trágicos; las olas de Asia y de Europa se habían encontrado y no podía haber tranquilidad hasta que se hubiesen mezclado y roto y vuelto de nuevo a su ser. Las naturalezas grandes, íntegras y trágicas perecieron. El poder del oro aflojó los lazos de la amistad y de la sangre, el *hort* de los Nibelungos. Hombres insaciables y mujeres que

habían heredado la monstruosidad de sus sanguinarios padres, se exterminaban unos a otros. El lamento del poeta de los Eddas:

*Luchan, los hermanos
entre sí*

*para arrebatarse el
poder y la gloria,*

*y los primos rompen el
parentesco.*

*Ningún hombre perdona
a su semejante.*

Es cruel el mundo.

*El adulterio está de
moda;
es tiempo de hacha y
tiempo de espada:
se rompe el escudo.
Tiempo, de viento y
tiempo de lobos
antes de que el mundo
se derrumbe.*

¡Sí, todos esperaban ya entonces el fin del mundo!

Gaest pasó por las sangrientas tormentas de la emigración de los pueblos. Su recuerdo quedó en las sagas como un aullido nocturno en las puertas, cuando están mudas las vivas voces del

día.

Gaest vivió sus últimos años en Noruega. Se sentía más joven allí. La vida fresca de la hierba joven sobre las oscuras y viejas montañas dialogaban con su alma. Era como si en su avanzada edad se acercase más a la infancia.

Vivía en sus recuerdos, confusos ahora en su memoria, replegado dentro de sí mismo, casi inconsciente. Era como el árbol en el invierno: tenía todas las cicatrices de las hojas caídas. ¡Qué lejos estaba el verano! ¡Ay, qué lejos estaban los días de la juventud!

Mezclaba sus más agradables recuerdos de juventud, aquéllos en que él y su mujer compartieron el árbol con la ardilla, con los mitos de otras

generaciones, con el mito del Igdrasil, el gran árbol del mundo, origen de toda la vida.

Se sabe que Norne-Gaest fué a la corte del rey Olav Trygveson y que fué bautizado allí poco antes de morir.

Norne-Gaest recibió el bautismo aconsejado por el rey Olav y porque vió que muy bien podían ser ciertas las cosas que sobre el futuro le decía el clérigo que le explicaba la nueva fe. Durante su larga vida, Gaest había buscado este futuro en la tierra; pero ni siquiera había que ir a buscarlo tan lejos; estaba muy cerca, al lado mismo; solamente la muerte separaba a uno de él. Y no estaba lejos el tiempo del reino de Dios en la tierra. Estaba cercano el

año mil. Y ya no habría guerras ni luchas; no habría más asesinatos ni más charcos de sangre; no habría robos de mujeres, ni odios, ni necesidades, ni preocupaciones. Los débiles del mundo ya no tendrían que temer. Por todas partes habría paz y justicia.

Gaest asentía a estas palabras con movimientos de cabeza. ¡Aquello era precisamente lo que él esperaba! ¡Qué dicha morir cuando uno tenía en perspectiva una tierra tan buena!

Y después de haber sacado la vela que tenía guardada en el arpa y dársela al rey para que la encendiera, se echó hacia atrás y juntó las manos, según las instrucciones del clérigo, preparándose para morir.

Quedaba solamente un cabito de vela, que se consumía rápidamente. Para los presentes en la sala era una luz corriente, insignificante al lado del gran fuego que ardía en el suelo llenando la estancia de sombras y humo.

Pero cuando la mecha cayó y la luz se estaba extinguiendo, todo el mundo se extrañó viendo que la sala se ponía más oscura y más fría. Gaest tenía el cuerpo frío. Y al extinguirse la vela, murió.

Los circunstantes observaron que el moribundo dilataba sus ojos como si estuviese viendo otros mundos, más poderosos y más resplandecientes que el sol. El viejo bardo sonreía como el que vuelve a ver a su amada. Parecía que ya estaba en la eternidad en aquellos

breves momentos en que la vela se apagaba.

Todos los esbeltos jóvenes presentes en la agonía se estremecieron al acercarse la muerte de Gaest. El rey sintió frío y mandó alimentar el fuego. Y a la intensa luz de las llamas, en medio de una lluvia de chispas, continuó la reunión.

CUARTA PARTE

LA CARAVANA CIMBRIA

LOS CIMBRIOS

LA JUTLANDIA PRIMITIVA

JUTLANDIA arriba iba un anciano de elevada estatura. Ropas de seda cubrían su cuerpo. Llevaba un arpa a la espalda y su mano empuñaba un bastón que, al andar, le servía de tercera pierna. Su paso, lento y cansino, recordaba el caminar del alce. Muchas millas había dejado atrás entre la mañana y la tarde. Era Norne-Gaest, el bardo errante, que, en aquella época de su vida, venía de las tierras del Sur y se dirigía al país de los cimbrios.

Caminaba siempre por el centro del

país, siguiendo las alturas y buscando el nacimiento de los ríos que atravesaban la península, llevado de su vieja inclinación por tener horizonte libre a ambos lados. Iba por los caminos cuando los había y le gustaba ir, pero frecuentemente se apartaba de ellos. Conocía senderos y trochas y los compartía con los vivientes que los utilizaban. Otras veces cruzaba por todo, bosques vírgenes y brezales, abriéndose paso en la dirección que quería.

Tenía sus señales en grandes piedras miliarias: los fiordos de la costa oriental de Jutlandia, que penetran profundamente en las tierras como bolsillos enormes, situados el uno al norte del otro, arrancando desde el pie

de la península hasta el Osters y el Middeliársund, con las costas de Fyn enfrente, pasando luego por los que se abren Kattegat hasta terminar en el fiordo de Lim. No sabía cuántos eran, pero los conocía todos, uno por uno; eran para él como seres vivos, cada uno con su espejo. A medida que él iba pasando, giraban como largas puertas abiertas al mar. Y entre sus fauces yacían los paisajes de la Jutlandia Oriental, una serie maciza de colinas y bosques. Estas tierras estaban densamente pobladas; numerosos pueblos moteaban su superficie. Los ricos valles mostraban a distancia grandes claros en el bosque, a cuadros y verdes en el fondo. Aldeas con sus

tierras y pastos extendiéndose hasta las faldas de las colinas, y praderas en la parte baja, siguiendo el curso de las aguas hacia el fiordo; todo enmarcado por el bosque primitivo, con sus terrenos de caza, sus extensos cenagales y tierra de nadie a su alrededor, como zona de protección entre los señoríos. Lejos, sobre los árboles, se veía el humo de casas invisibles, y en las bahías de los fiordos se distinguían las naves, y, ya doblado el cabo, mar adentro, se esfumaba la pesada silueta de navíos con mástiles. Más allá, la densa bruma del mar que señalaba el camino hacia el mundo exterior. En los fiordos y en la costa se apiñaba la población que había hecho del mar su lazo de unión con las

demás tierras.

En el centro del país hacia el que se encaminaba Norne-Gaest habitaba poca gente. Rara vez asomaba en un claro del bosque un caserío recién construido, rodeado de tierras acabadas de roturar, con tocones de árboles y grandes piedras en el fondo; o se oía la esquila de madera de una vaca que andaba suelta por el campo, o el suave abaniqueo de humo oloroso de un hogar, o el ladrido de un perro. Y cuando esto ocurría, Norne-Gaest hacía un rodeo para mantenerse algo alejado de las tierras de aquella buena gente, caminando siempre por las zonas límite, por terreno libre adonde no llegaba la ley ni el derecho, pero le evitaba el

encontrarse con seres humanos. Pese a que en las granjas siempre era bien recibido, esta vez no quería ser huésped de ninguna. Solamente deseaba una cosa: seguir adelante, siempre adelante, rumbo al norte del país.

Un hombre podía atravesar el bosque desde un extremo de Jutlandia al otro sin ser visto en todo el camino por ojo humano, sin encontrar más vivientes que jabalíes y ciervos. Norne-Gaest no iba por el bosque por ocultarse, sino porque quería viajar en compañía de la soledad. Si quería mirar en torno suyo, buscaba los terrenos abiertos; y si alguna rara vez se encontraba con gente, rebaños, cazadores u otros viajeros, lo conocían en seguida y no lo

importunaban.

Norne-Gaest, naturalmente, tampoco se detenía a conversar.

Los caminantes tomaban sus precauciones. Si un hombre, al salir del bosque, divisaba en campo abierto a otro hombre a quien no conocía, era divertido ver cómo ambos se vigilaban sin dejar de andar. Vueltas las cabezas el uno hacia el otro, se miraban fijamente mientras sus pies, ansiosos, iban agrandando la distancia que los separaba. Allí era de ver cómo se tesaba el arco y se echaba mano a la aljaba. A veces, ambos caminantes quedaban materialmente cubiertos por sus escudos; otras, la vista no divisaba a la redonda más que matorral, hasta que

surgían de nuevo de la tierra en puntos más lejanos, sin que por eso dejaran de mirarse hasta perderse de vista. Las gentes de las distintas comarcas, con un fiordo, un río o una laguna por medio, nada tenían que hacer fuera de sus propias demarcaciones. En las fuentes no se encontraban como amigos; al contrario, se advertían mutuamente y a tiempo. Los vigilantes fronterizos no se quitaban ojo de encima, y si en una orilla del río se dejaba ver la ruda estampa de dos jóvenes guerreros saliendo de entre los árboles, surgía al instante en la orilla opuesta otra pareja: arcos que entraban en acción y aire que se conmovía atravesado por el silbido de flechas disparadas para alarma y

aviso mutuos. Nada de emboscadas allí; pecho abierto, caso de que alguien quisiese algo de alguno.

Comarcas así incomunicadas entre sí había muchas en Dinamarca; exactamente tantas como los fiordos que un día se vieron invadidos de inmigrantes que se multiplicaron, formando nuevos grupos independientes por todo el país y hacia la costa occidental. Eran una serie de pueblos que, aparte de su propio nombre, tenían el que se daban mutuamente. Algunos de estos nombres se olvidaron pronto o se modificaron; otros conocían ya un largo olvido; y no pocos carecían de la dicha de tener nombre. Sin embargo, unos y otros mostraban una acometividad

especial cuando alguien se aproximaba demasiado a sus fronteras. Los grupos se habían convertido en pequeñas tribus separadas entre sí y en continuo pie de guerra, aunque todas procedían del mismo tronco. Las relaciones, siempre tirantes, los obligaban a tener en todo momento las armas en la mano; no tenían adversarios más peligrosos que a sí mismos. Pero cuando las circunstancias eran más fuertes que las escaramuzas de todos los días y les obligaban a unirse, no tenían reparo en coligarse, y de esta coalición podía surgir de pronto un ejército que atravesara los límites del país contra un enemigo común, o salía de él en busca de otros destinos, si su estrella lo quería. De semejantes

multitudes, que inesperadamente se presentaban bajo otro cielo y entraban en la luz de otras tradiciones, Jutlandia había producido un número elevado en épocas prehistóricas; más de las que nadie recordaba en el país. Y todavía produciría muchas más.

Fué en la pausa que reinó antes de que la naturaleza preparase una gran concentración de fuerzas, en tanto que las relaciones entre las regiones, los señoríos e incluso entre las granjas estaban muy tensas — una paz armada hasta los dientes—, cuando Norne-Gaest subía por la Jutlandia con la intención de visitar a los cimbrios allá en las apartadas comarcas del fiordo de Lim.

Por todas partes, a su paso, encontraba el bardo huellas del estado de guerra y se informaba de la situación preguntando aquí y allí, a este o aquel pastor, o a un hombre que pasaba por el bosque. La gente de los fiordos formaba bandas armadas que se internaban en el interior del país para apoderarse del ganado de los demás; los campesinos quemaban a los campesinos; el país se había levantado y sus ejércitos, a veces numerosos, luchaban con resultados alternos; festines de sacrificios que daban mucho que hablar; duelos muy sonados; traficantes del amor; envidiosos; todo aquello que existe en un país cuando alguien lo observa de cerca, tan distinto de lo que parece

exteriormente. Norne-Gaest escuchaba y aumentaba su experiencia.

Venía con gusto a Jutlandia. La vieja época, que ya declinaba en otras partes — en las islas donde tenía su morada—, le salía al encuentro cuanto más subía hacia el Norte. En ciertos aspectos podía sentirse totalmente vuelto, a las primeras edades que él había vivido con los primeros emigrantes que se habían establecido allí. Todavía se veneraban las mismas cosas, entre el cielo y la tierra, que su origen le había enseñado a exaltar. Con frecuencia observaba las caras que se cruzaban ante sus ojos; entre la gente joven de los fiordos veía rasgos que eran de los antepasados con quienes

había ido por la tierra al principio de los tiempos, y sobre los cuales ningún viviente tenía la menor idea.

En la primavera solía Norne-Gaest encontrarse en Jutlandia. Venía del Sur, donde aquélla había hecho su aparición, y caminaba con ella hacia el Norte en compañía de las aves de paso. Deseaba verla venir muchas veces; era como una especie de estabilidad, como una diversión de un viejo andariego. Era además para él una alegría íntima ser recibido como parte esencial de la primavera adondequiera que llegase. En Jutlandia se decía que él y la cigüeña venían al mismo tiempo, y a los dos se les tributaba la misma alegre bienvenida. Y había gente tan amable

para el bardo, que aseguraba que él era el origen de la primavera. En pocas partes se le mostraban semblantes tan risueños como entre los duros cimbrios. Este pueblo apreciaba la primavera, en cuyo honor celebraba grandes banquetes solemnes de bienvenida, vieja costumbre en la que se mostraba su agradecimiento, y que tan grata era a Norne-Gaest. Cuando en tiempos pasados llegaba a poblados cuyos habitantes le ofrecían manjares preparados y mullido lecho, suspiraba por un sencillo alimento crudo y por las noches bajo las estrellas. Por eso le era tan grato visitar a los cimbrios en compañía de la primavera.

Arriba en la Jutlandia central, las

costas se alejaron de la vista de Norne-Gaest. Caminaba el barco por las anchas lomas del interior, que aquí tenían su núcleo, y que formaban el andamiaje más sólido de la península: las grandes colinas cubiertas de bosques y de brezo, con un anillo de lagos al pie. Aquí están las mayores alturas, y desde esta elevada atalaya la vista se esparce a todos los puntos del horizonte como sospechando toda la extensión del país: el pie de la península al Sur, la costa oriental recortada, la línea de crestas allí en el fondo contra el mar occidental, y detrás de un horizonte que va retrocediendo, como un anillo dentro de otro. Jutlandia Septentrional, que dejaba ver a lo lejos la brillante línea de un

brazo del fiordo de Lim, más allá del cual aparecían nuevas tierras con el cuello de la península; y al norte de todo, los dos mares, que lanzaban sus olas contra el Skagen.

La tierra ya tenía aquí un sello más salvaje; grandes y extensos bosques solitarios llenaban los valles; las montañas se juntaban allí como si aquello fuese un centro de gravedad sobre el cual descansara toda la tierra. De este centro de gravedad partían surcos en todas direcciones; de las fuentes que allí nacían en las entrañas de las colinas, se formaban riachuelos que en Jutlandia Central se convertían en arroyos y ríos, vertiendo sus aguas, unos a Occidente, tras un curso tortuoso

camino del mar occidental; otros a través de amplios valles cada vez más extensos, abriéndose paso a través de la ancha tierra oriental hasta terminar en el Kattegat. Tierra desierta mucha había allí. La población todavía se apiñaba en los valles más abrigados; el bosque era salvaje, y los ciervos eran mayores allí que en otra parte, y permanecían tranquilos cuando ante ellos pasaba un caminante. Muchos animales de allí jamás habían visto a un hombre. El ciervo coronado iba con su pesado e hinchado ramillete de rosas sobre la cabeza. Los nuevos brotes estaban creciendo.

Por doquier se anunciaba la primavera. Los árboles presentaban

botones en su corteza, goteantes de humedad, y sobresaliendo del tronco, se perfilaban las ramas llenas de brotes; el sol, como una bendición del cielo, lanzaba sus rayos luminosos y tibios sobre la fría tierra; penetraba el día hasta el fondo ¡de dos bosques sin sombra, dibujando la noble silueta de los troncos, que parecían verdes esmeraldas, y cantaban las aves en el bosque, que era entonces como una gran sala destartalada y vacía. Fuera, sobre las abiertas llanuras, se mecía la alondra en un deslumbrante mediodía.

Y Norne-Gaest se guiaba por ella para buscar los espacios abiertos. Seguía caminando hacia el Norte trepando sobre las colinas. En torno

suyo se extendía un horizonte inmenso en cuyo fondo una cinta de agua señalaba un fiordo o el mar.

En la cima de las largas y desnudas montañas de brezo encontró restos de hogueras, santuarios locales donde los días de mercado se reunía la gente de las tribus vecinas para rendir culto al sol. La soledad y el poder de aquellos elevados lugares hablaban de una herencia ancestral y abría el libro de la historia de una raza en cuyas páginas sabía leer perfectamente Norne- Gaest. Allí estaba señalado el camino de la invasión, la marcha hacia el Sur. Allí estaba el pasado: los viejos caminos, los ríos, los fiordos, el mar abierto, que quizá nunca habían visto los habitantes

del interior. Lo que cada día se apagaba en los estrechos valles se convertía allá arriba en un espectáculo y en un aviso. Y con este sentimiento se hacía la ofrenda al sol y se hacía fuego a su semejanza siguiendo su curso simbólicamente. Todo esto tenía que ser en los puntos elevados, pues el fuego había venido de la montaña; y así lo hacían, siguiendo una oscura pero santa costumbre, incluso los que jamás habían visto una montaña. Se hacía la ofrenda al sol verano e invierno antes del solsticio; pero en la primavera, época del despertar de la Naturaleza, 'de la salida de la hoja y de los días tibios, se celebraban también fiestas de acción de gracias al sol. Estas fiestas estaban a punto de empezar en

toda Jutlandia, y Norne-Gaest quería estar presente en ellas, pues para los cimbrios las fiestas de la primavera eran el gran acontecimiento, quizá porque vivían más al Norte y eran más pobres que los demás.

Norne-Gaest sabía medir bien el tiempo: se paraba cuando la primavera se retrasaba y avanzaba cuando ésta daba un paso adelante, deteniéndose semanas enteras aquí y allí en un tranquilo rincón del bosque o junto a un arroyo.

Por las noches dormía al sereno. El aire era todavía frío en aquella época del año, sobre todo cuando el sol se había escondido tras el horizonte. Norne-Gaest buscaba el abrigo ¡de las

piedras o se metía en una espesura del bosque, con la espalda apoyada: contra un árbol y una hoguera delante. Así pasaba la noche, durmiendo a ratos, pero enterándose siempre de lo que pasaba a su alrededor. Larga era la noche.

Pero al alba solía quedarse profundamente dormido, envuelto en su pelliza hasta el cuello y con la cabeza completamente caída, Se apagaba entonces la hoguera y aparecía, a la luz de la aurora, la blancura del rocío sobre la hierba.

Al despertarse, no sabía de pronto dónde estaba. Tenía la cara rígida de frío — frío que le penetraba hasta los huesos—, y con gran esfuerzo se

despojaba de la pelliza y estiraba sus miembros entumecidos. Parecía un cadáver que volvía lentamente a la vida. Revolvió las cenizas y sepultó en ellas sus manos. Todavía duraba el rescoldo. Así que hubo calentado las manos, cogió ramas y las echó a la hoguera; inclinóse y lanzó sobre las brasas un aliento que parecía el último suspiro. Pero el fuego se encendió y pronto se elevó la llama en el aire. Norne-Gaest se levantó trabajosamente; pero a medida que la hoguera iba creciendo fué recobrando sus fuerzas y con ellas toda la dormida energía vital.

Volvió Norne-Gaest la cara hacia el Este y se puso a observar el horizonte. Todo el cielo anunciaba la

pronta aparición del sol, que, oculto todavía, tras una loma, había desplegado el abanico de sus rayos rojos por Oriente. Y he aquí que de pronto el bosque comenzó a crecer; las viejas encinas, como seres recién nacidos, mostraron a los ojos del bardo la reciedumbre de sus troncos y la elegancia de sus ramas. Las colinas boscosas, blancas de rocío, se inclinaron para recibir la luz que entraba a raudales por las anchas y abiertas puertas de la tierra renacida, mientras el cuerpo de la luna se iba esfumando en el cielo, por encima de las copas de los árboles.

Estremecióse el bosque con un suave canto de pájaros, un susurro

apenas, y apareció el sol sobre el horizonte, majestuoso y triunfal. Volvió su cara el bardo hacia el brillante astro, y su cara quedó bañada de luz. Largo rato estuvo Norne-Gaest contemplando aquel milagro, el viejo milagro que repartía vida y luz.

Durante toda la mañana vióse el bosque envuelto en una nube de humo al tiempo que desaparecía el rocío. Norne-Gaest contempló los brotes reventones de las ramas. La intensa luz que le envolvía le indicó que la primavera estaba allí. Bandadas de aves pasaron volando sobre su cabeza; a sus oídos llegó una música dulce que parecía caída del espacio; una nube de patos salvajes cruzaron el cielo rumbo al

Norte, y Norne-Gaest sintió un irresistible impulso de caminar.

Pero antes se dirigió al río que allí cerca había y lechó sus aparejos de pesca; levantó una piedra, techo de la morada del gusano, y capturó un pez que había hecho allí su refugio. Lo preparó en la hoguera y junto a ella lo comió. Mientras comía miraba la lejanía, y su mente se movía entre un mar de pensamientos. Se acercó a un manantial para calmar su sed y bebió leí agua fresca, fría, que brotaba entre el césped.

Así se preparaba Norne-Gaest para el viaje. Cogió su hatillo y empuñó la vara, volvió a mirar al sol y a los árboles y se puso en marcha.

Los animales que habitaban los

valles vieron aproximarse a aquel hombre, cuya ronca tos resonaba como un ligero trueno en el bosque. Al oír la tos, los animales se alejaban sin ruido. Ellos no sabían qué podía pretender el hombre con aquella tos tan ruidosa. Pero no se veía la menor señal de acoso; los animales seguían su camino, y Norne-Gaest, el suyo. El bardo caminaba jubiloso hacia el Norte, y cuando llevaba casi terminada la jornada, su pensamiento hizo brotar de sus labias esta oración al poder desconocido:

*Bendita sea la luz del
mundo
en mi pensamiento;*

*bendita sea la luz del
sol*

y el don de la vista).

*Vuelve a nacer el fuego
de chispas*

ocultas bajo las cenizas.

*¡Sedúzcame
eternamente*

la maravilla del día!

*Nadé hay que refresque
como los manantiales.*

*¡Oh, qué grato es beber
en los ríos de la tierra!*

El cielo abierto

nos trae la esperanza.

*¡Qué bello, es el polvo
del camino, caminante!*

A medida que Norne-Gaest iba haciendo jornada tras jornada, la tierra cambiaba de aspecto; se hacía más baja y se dilataba a lo largo y a lo ancho. Llanuras de vegetación raquítica, yermos, brezales extensísimos que hacían olvidar que hubiese otra tierra. Todo un día estuvo el bardo cruzando brezales, solo en medio de un horizonte desierto, sin otra compañía que la de las aves, que corrían delante de él lanzando agudos gritos de extrañeza ante aquella aparición, como sorprendidas de sí mismas.

Daba temor mirar al cielo y se oía en silencio el choque de la propia sangre. Era un tormento para el espíritu

atravesar los brezales.

Pero también aquella inmensidad tuvo fin. En realidad, no era larga; pero Norne-Gaest la había cruzado un poco a la deriva. Sin embargo, el bardo conocía el terreno, y por las señales que había a su izquierda, en la dirección en que sabía que se encontraba Vebjerg, supo que estaba llegando al país de los cimbrios.

Ya no invadían su mente los pensamientos sobre el mar ni sobre las costas libres de la península; se encontraba en el interior del país y todo hacía pensar que no había otra cosa más que tierra. Ni siquiera una vez se dejó ver el fiordo de Lim. Pero la tierra tenía agua abundante, por lo que era

difícilmente accesible por el Sur. El camino pasaba por lagunas y ríos con dirección Este-Oeste, y, para cruzarlos por los puntos más bajos, había que tener piernas largas, desbordados como estaban en primavera, siendo necesario, incluso después de haberlos atravesado, hacer grandes rodeos para seguir adelante.

Aves recién llegadas, habían elegido aquellos lugares como sitio de reunión. Bandadas de patos que llenaban el aire con sus gritos se lanzaban en picado por todas partes, zambulléndose en el agua, gozosos de verla de nuevo libre del hielo invernal. Hacían piruetas en el agua y culebreaban con el cuello en el preciso elemento; se alisaban las

plumas; giraban en redondo y agitaban la cola levantando pequeños surtidores de agua en los que se formaba inmediatamente el hermoso arco iris. Todo era bullicio y alegría. El aire traía la época de los nidos. Más allá, en lagos inaccesibles por sus orillas fangosas, se confundían bandadas relucientes de cisnes con reflejos meridionales del sol. Venían en el viento su música, tonos, luz y lejanía mezclados. Por todas partes, agua; y el agua era azul, y el cielo era azul: El aire, frío y visible. Nada había aún en las praderas, pero en las matas y arbustos apuntaban ya blancos botones. Tropezó el bardo con los primeros huevos depositados por las aves en un nido abierto a los vientos, y se metió un

par de ellos en la boca, con cáscara y todo. El bardo interpretó este hallazgo como la bienvenida del país que tanto le gustaba.

Quedó la tierra baja atrás. Norne-Gaest pasó por una zona algo más alta, cubierta, millas enteras, de ramas, maleza, mimbrales, túmulos y grandes piedras horadadas y gastadas por lentas corrientes de agua. Salvaje era aquella tierra; el lobo tenía allí su guarida ideal. Era una tierra poco transitada. Norne-Gaest lo sabía muy bien, pues más de una vez había visto al lobo en pleno día introduciéndose de maleza en maleza. Piero el lobo se sentía incómodo al cruzar su mirada con la del bardo, que llevaba una pelliza de piel de lobo

curtida, y se daba cuenta del viejo desacuerdo que reinaba ¡entre los dos. Las aves apenas se movían de su sitio al pasar ante ellas Norne-Gaest. Era una tierra inofensiva e imperturbable, y los animales no conocían la inquietud. Norne-Gaest encontró así muchos animales que rara vez le sería dado ver en otra parte.

Venía tarde allí la primavera; parecía que no podía llegar nunca a aquellos parajes. Por las mañanas las marismas estaban heladas; las aguas desbordadas tenían una fina capa de hielo; los patos posaban sobre el duro suelo sus patas membranosas. Pero a mediodía se rasgaba el suelo ante el fuego solar, y el agua agitada por el

viento formaba múltiples reflejos dorados. Cuando nevaba, parecía que toda la tierra se contagiaba de nieve muchas millas a la redonda.

Norne-Gaest siguió su camino acompañado por la primavera. La tierra, era más ondulada; grandes colinas alzaban en todas direcciones, su curva y suave silueta. Aparecieron también las primeras huellas de territorio habitado: columnas de humo en los claros del bosque. Y Norne-Gaest se dispuso a entrevistarse con los pobladores.

Era el país de los cimbrios un territorio elevado, situado en el centro de aquella tierra. Anchas llanuras abiertas a los vientos, surcadas desde el centro hacia el fiordo de Lim, al Oeste y

al Norte, por numerosos barrancos y valles, antiguos fondos de fiordos y entonces feudo de anguilas y marismas. Por todas partas, bosque; bosque extenso, espeso, impenetrable en los valles y encogido y cubierto por el viento arriba en las llanuras. Pero en su parte más alta estaba la tierra abierta. Pasaba por allí una cordillera de cumbres desnudas, que cruzaba el país de Este a Oeste, y en las cuales sobresalían levantadas al cielo, largas filas de túmulos funerarios que los cimbríos de épocas más remotas habían hecho a sus muertos.

La primera impresión, de vida que Norne-Gaest percibió a distancia fueron los sepulcros. Las largas y apretadas

filas montañosas que surcaban el país extendido a sus pies habían visto a los que yacían allí sepultados; habían enmarcado sus vidas. Y los vientos que recorrían el país eran el espíritu de los ausentes.

Pero si las alturas y el horizonte pertenecían a generaciones pasadas, abajo en los valles vivían los actuales moradores, en caseríos muy separados los unos de los otros y, rodeados de una extensa porción de bosque y pradera. Las zonas incultas del interior eran propiedad común. Los cimbrios se dedicaban con pleno éxito a la cría de ganado; pasaban medio año en el campo con sus rebaños y en invierno bajaban a sus caseríos donde se dedicaban a la

agricultura.

Las primeras personas que encontró Norne-Gaest fueron dos jóvenes que preparaban sus lazos al otro lado de un arroyo. Uno de ellos se quedó sorprendido al ver al caminante y, rápido, echó mano a una flecha para hundírsela en el vientre; pero bajó el brazo tan pronto reconoció a Norne-Gaest.

Eran dos jóvenes altos, fornidos y de aspecto enérgico; sus movimientos eran desenvueltos. Cualquiera podía adivinar que habían pasado su vida en el campo, a caballo y cazando. En sus cuerpos se veía la ruda huella del clima, más acusado en sus rostros quemados y

en sus labios y orejas mordidos por los vientos helados. Debajo de la frente, medio cubiertos por unas cejas espesas y enmarañadas, asomaban unos ojos pequeños y deslumbrados. El pelo, que por delante les cubría la frente, formaba una cola atada en la parte superior de la cabeza. Su vestido, ligero, propio de la caza, consistía en un calzón de cuero y una camisa. Del cinturón de uno de ellos pendía una marta recién capturada.

La aparición de Norne-Gaest pareció causarles cierto embarazo; sin embargo, ni sus labios ni sus gestos acusaron la menor emoción. Con el escudo colgado de la espalda, actitud defensiva completamente superflua, miraban al bardo y al arpa, cambiando

de cuando en cuando entre ellos imperceptibles miradas de inteligencia. Pero bajo aquella apariencia se ocultaba una gran emoción. Ante sí tenían a Norne-Gaest, al bardo famoso, cuyos relatos les habían hecho soñar en su infancia.

Pero la emoción fue mayor cuando Norne-Gaest les dijo que pensaba visitar a un campesino de aquellos lugares llamado Tole. Les preguntó si le conocían; ellos le hicieron a un tiempo un signo afirmativo. Los jóvenes se guiñaron misteriosamente y uno de ellos, el mayor, se dirigió hacia un soto cercano de: donde regresó en seguida con un par de caballos. Sin decir palabra, miró a Norne-Gaest, luego a los

animales y, por último, tendió la vista en la dirección en que estaba el caserío de Tole. Aunque el ofrecimiento era evidente, convenía que fuese el viajero y no él quien expusiese sus planes. Norne-Gaest entendió perfectamente lo que se le proponía: montar a caballo e ir acompañado el resto del camino, y aceptó complacido. Sin que los jóvenes hubiesen insinuado nada, adivinó el bardo que aquellos dos muchachos, evidentemente hermanos, pertenecían al caserío de Tole; probablemente eran hijos de él.

Antes de ponerse en marcha, el mayor de los hermanos sacó su mochila del caballo, la desató y la extendió sobre el suelo. Era una piel con agujeros

en los bordes, por los que pasaba una correa. La piel podía convertirse en un saco y abrirse totalmente. Dentro de la mochila había leche cuajada. Volvieron los muchachos a mirar a Norne-Gaest y a la leche. No cabía duda de que el mayor de los hermanos había hecho todo aquello pensando que el viajero, que quizá venía de lejos, tendría hambre y necesitase tomar un bocado antes de alcanzar la casa. Norne-Gaest le comprendió perfectamente y se puso a tomar la leche. Sabía a humo, a humo de caserío poblado de mujeres y niños, vacas y demás animales domésticos. El caminante solitario de tantas jornadas se acercaba de nuevo a los lugares habitados. Cuando el viejo terminó de

comer, se sentaron los jóvenes y comieron también.

Se levantaron y bebieron un trago de agua en el arroyo. Norne-Gaest sacó una gran concha de caracola que utilizaba para este fin y la llenó de agua. Era una concha de tierras lejanas; por fuera tenía color azul celeste irisado; por dentro su color era como el de la carne. La había cogido un buen día en las playas del Sur. Los dos jóvenes quedaron como fascinados al verla; se les iban los ojos hacia aquel objeto irresistible. Pero se guardaban bien de mostrar su curiosidad. Norne-Gaest hizo lo que siempre hacía cuando alguien admiraba su concha: la puso delante del oído como si estuviese escuchando la

lejana música de la remota isla de Creta, en cuyas costas la había encontrado. Luego se la tendió a los mozos, quienes, a su vez, la llevaron al oído y se pusieron a escuchar. Pero se encogieron de hombros riéndose interiormente. Abrieron unos ojos enormes; jamás habían oído nada tan misterioso. Sin darse cuenta suspiraron perdiendo el color cuando Norne-Gaest guardó de nuevo su maravilla.

Al acercarse Norne-Gaest al caballo, rodeáronle los mozos uno por cada lado. Era evidente que querían acompañarle. La escasa comida que habían tomado era un pequeño refrigerio; con ella había sido recibido el viajero en la paz del país.

Recorrieron en silencio el camino que los separaba del caserío. Los hermanos se relevaron, sobre el único caballo de que disponían para los dos.

Y así llegó Norne-Gaest al caserío.

ENTREVISTA CON TOLE

EN lo más alto de uno de los valles que penetraban en el corazón del país estaba la morada de Tole. Su casa y hacienda ocupaban una altura dominante junto a un manantial del que partían varios ríos hacia ambas vertientes: la del Norte y la que, por el Oeste, terminaba en el fiordo de Lim. Era aquel lugar el centro del país. Tole era el patriarca y el jefe de la tribu. En sus tierras había un templo muy famoso.

Su hacienda parecía un pequeño pueblo. La formaban muchas casas diseminadas a lo largo de la falda del valle hasta tocar con la marisma. En su

mayoría eran chozas excavadas en la colina; venían luego cabañas de ramaje cubiertas y habitaciones individuales de madera de aspecto más vistoso. Fuera de este recinto se extendían campos y tierras de labor limitados por el bosque, que llenaba el resto del valle. Y, por último, tierras yermas y brezales.

Más lejos, en el fondo del valle, había varios caseríos semejantes; caseríos de señores cuyos habitantes estaban unidos entre sí por un parentesco más o menos estrecho. Aparte del dueño, vivía en la casa toda la familia: los hijos con sus descendientes y las hijas con su prole: tres generaciones juntas. Vivían también otras muchas personas que componían la

servidumbre, entre ellas los esclavos. Al lado de la casa, en las cuadras, vivían los animales domésticos, que en el verano estaban siempre fuera, en grandes espacios cercados.

Para un hombre que viniese de parajes deshabitados, aquello era tina verdadera algarabía. Se veía a la gente por docenas, andando de un lado para otro; en torno a las casas había innumerables senderos llenos de huellas de hombres y bestias; rebosaban las viviendas de, mujeres y niños, cuyos gritos y lloros infantiles se oían por todas partes. Las casas lanzaban nubes de humo, no sólo por la chimenea, sino por el tejado de brezo y por todos sus poros. Muchas casas tenían la puerta

abierta, y también por ella salía una nube de humo que se extendía en una espesa capa sobre el tejado. Entraba la buena estación y ya se dejaban sentir los días largos. Los niños tomaban el sol delante de las puertas, cubriéndose los ojos con las manos para defenderse de la cegadora luz. Delante de los graneros se veían esclavas moliendo grano en su actitud típica, muy inclinadas sobre el suelo, con el pelo caído sobre los ojos, desfallecidas de fatiga; pero el espíritu les hacía, no obstante, buscar la luz e ir a trabajar al aire libre.

Llegaban los días en que las ovejas eran despojadas de su lana, operación que se repetía todos los años, y tan conocida como el quiebro de la luz en el

estanque frío y cristalino y la aparición en la pradera de las primeras hierbas. En las esquiladoras se notaba que había llegado la primavera: cubrían sus cabezas largos pañuelos que les bajaban hasta los ojos para defenderse del sol lo mejor posible. Frío sentían las ovejas, pues primeramente las zambullían en el estanque atadas por las cuatro patas y luego las soltaban, ya sin lana, delgadas y desfiguradas, al aire todavía cortante. Algunas ya tenían corderitos, que correteaban a su alrededor apoyados en sus cuatro patas abiertas como las de un banco y lanzando tiernos balidos. Había llegado, ¡ay!, el nuevo año demasiado temprano; pero había llegado.

En las herrerías lanzaba también el

yunque su sonido metálico; reinaba allí la energía y el placer de trabajar. En los campos y dentro de las cabañas había una sinfonía de gritos animales. Los perros ladraban como posesos. Jinetes que iban y venían, lanzados al trote sobre sus ardorosos caballos, de los que estaban legítimamente orgullosos. Tiro al blanco contra un escudo; sacudida del arco y golpe de la flecha al llegar. Un par de jóvenes luchaban revolcándose por el suelo. Sacrificio de animales. Colgada de un árbol, se veía la redonda naturaleza de un cerdo, en cuyas entrañas tenía metidas sus ensangrentadas manos una mujer subida a una escalera apoyada en aquél. Por doquier reinaba actividad y vida,

movimiento, trabajo; pero la colectividad descansaba sobre arraigadas y viejas costumbres, sobre las cuales ejercía su influjo la estación, haciéndolas más activas aún.

Fuera, en el campo, se veía a Tole con ambas manos apoyadas en su vara. Iba vestido de pieles desde la cabeza hasta los pies e inspeccionaba sus rebaños.

Todavía había poco pasto para llevarlo al campo, pero en cambio se le permitía estirar sus miembros delante de los estrechos establos y airearse una hora cada día. Las vacías se movían lanzando su lengua golosa tras la breve hierba. Muchas estaban preñadas. Jinetes y perros mantenían unido al

rebaño, que se paraba dando entonces la sensación de una abigarrada alfombra viviente: cabezas blancas, negras, rojizas, con casco y manchas. Un espectáculo magnífico bajo la luz del sol, animado por los gritos de los mozos que hacían vibrar sus fustas. Las vacas se animaban con el sol e intentaban un galope. No había modo de contener las becerras, llamadas por los pastos silvestres. Pero no había sonado aún para el ganado la hora de la libertad. Tole hacía sus observaciones solares: las sombras eran aún demasiado largas y el bosque estaba lejos. Cuando todo estuviese bien; cuando los presagios y sacrificios primaverales hubiesen abierto la puerta del año y reglamentado

todo, entonces se soltaría el ganado. Pero el tiempo urgía; ya no quedaba más heno ni forraje que el justo para llegar a la fecha señalada para las ceremonias religiosas que indicaban el despertar fecundo y maravilloso de la tierra.

A un lado de Tole estaba el toro, guardado por una escolta especial de dos hombres, que vigilaban a distancia sus movimientos. Pero el toro estaba tranquilo, dormitando en pie al sol y aspirando el lejano calor que emanaba del astro. Maravillaba la actividad noble y feérica del toro erguido sobre sus cuatro patas, suavemente rendido a la cálida caricia del sol.

Poderoso era el toro. Su estampa tenía algo del uro y del bisonte, de los

cuales descendía. Rechoncho y fornido en su parte delantera, cuernos enormes, doblemente reforzados en la raíz, como estacas hincadas en su cabeza, apenas vueltos hacia arriba y con la punta roma, el toro no embestía; corría con ellos como con dos morteros, y cuando los clavaba no realizaba un trabajo de aguja precisamente: ¡lo pulverizaba todo antes de que hubiera tiempo para perforarlo!

Era entonces la imagen de la paz y de la dulzura. Sus fuerzas estaban dormidas. Lentamente volvía su tremenda y aristada cabeza, escribiendo con sus cuerpos el signo de la tranquilidad. Cerrados tenía los ojos. Dormía muchas horas mecido por la exuberancia de su naturaleza. Su frente

era una maraña de pelo que en el medio formaba un remolino, la *estrella*, la marca del toro con la que apuntaba a sus vacas y se volvía a sus enemigos. Pelo y cejas velaban las oscuras y neblinosas esferas de sus ojos, donde no se hacía patente la extensión, pero se mostraba un blanco anillo con dardos sangrientos cuando los volvía. Fuerza y furia prontas a estallar al menor motivo.

¡Pero, ay cuando estaba furioso!... En sus cuartos traseros bullía un peligroso galope; se agitaba su alto lomo macizo; su cabeza, unida a su robusto y carnoso cuello, se inclinaba buscando el suelo; hinchábanse las patas y las raíces de los cuernos. Se lanzaba a una carrera loca con todo su enorme

peso y velocidad, dispuesto al choque, y lo que no aniquilaba con los cuernos lo ponía debajo de sus patas, cargando sobre él todo su peso y los mazos de sus pezuñas. Cada pata era un ariete que machacaba las cosas hasta dejarlas pulverizadas. Así era el toro cuando estaba furioso.

Pero entonces estaba tranquilo y su poder descansaba. Tan tranquilo, que el vapor de la sangre caliente, que salía de sus flancos, se levantaba uniformemente como una columna alzada sobre él en el aire frío. Sólo una vez dejó oír su mugido como si se despertase a medias; en su frente se manifestaba algo que recordaba al buey; de las profundidades de su cuerpo salió un mugido ahogado,

oscuro y subterráneo, de una violencia especial, que sonó como un suave rozar de un tambor y después quedó largo tiempo vibrando en el aire. ¡Cómo sería cuando se pusiese fuera de sí y todas las fuerzas vitales le saliesen a través de las ventanas de su nariz!

De cuando en cuando parecía como si otro sueño despertase en la configuración cuadrada, recubierta por cuernos, pelo y patas. Entonces el toro estiraba el cuello y venteaba el aire con su hocico húmedo y brillante, y en sus ojos aparecía el anillo blanco. Era que hasta él había llegado el olor de las vacas. Pero también aquí seguía dormido el año. Todavía no había llegado el tiempo, y el toro cerró de

nuevo los ojos y volvió a replegarse en sí mismo bajo el lejano poder de los rayos solares.

En esta actitud era la imagen de la Naturaleza, de la cual había salido él y los que lo habían domado. Largo fue el camino que los dos, hombre y buey, recorrieron juntos, y largo era el camino que aún les quedaba por recorrer. Pero no estaba muy lejano el estado primitivo que el toro recibió de sus desaparecidos antecesores, habitantes de aquellos bosques; y la fiereza de los antiguos, que habían visto el bosque primitivo en estos mismos valles, podía verse reflejada en sus sucesores, a quienes dejaron en herencia el buey.

Reunido de nuevo el ganado en un

cercado, manifestó Tole el deseo de ver juntos también todos los caballos. De esta manera podía ver asimismo a los hombres que los cuidaban, que eran magníficos jinetes.

Y así, junto con los caballos, vinieron los hijos y los yernos, *mozos* arrogantes y temidos, miembros de la familia Tole. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos hijos tenía este patriarca; probablemente nadie decía su número por pudor; pero sí eran muchos. Cuando todos estaban reunidos causaban asombro por su extraordinario parecido; aquella multitud parecía el eco de un solo hombre, el desfile mil veces repetido del mismo individuo llevando de las riendas el caballo, cuyo cuello

sobresalía por encima de su cabeza erguida y desnuda. Todos tenían los rasgos de Tole; en todos se repetía su cara roja. También las hijas mostraban la huella de su padre, pero éstas eran completamente de un color rojo pálido, debido a que salían menos, mientras que el color de los hijos era de un rojo vivo, nacido de su vida al aire libre. Tal eran los descendientes de Tole.

No presentaban esta uniformidad sus yernos. Perteneían a distintas familias y a diferentes valles. Pero tampoco eran seres vulgares. Ser yerno de Tole y vivir en su casa suponía nada menos que abrirse paso, primero a través de los hijos, para luego llegar a las hijas, acción que solamente llevaban

a cabo tipos audaces y rudos.. Y resonaba la tierra dando la sensación de algo importante cuando todos los miembros de la familia Tole venían a un tiempo hacia el patriarca.

Contemplaba Tole su ganado con amplia y religiosa alegría de dueño, que disimulaba, pues el hombre no debía hacer gala de lo que tiene ante los poderes celestiales, a los que debía agradecimiento, porque, como era sabido, podían tomarlo a mal. Tan imposible le era dominar su orgullo cuando caballos y jinetes se le acercaron desfilando ante él. Los caballos eran las niñas de sus ojos; todo su empeño había sido lograr buenos ejemplares, a los cuales llegó después

de muchas generaciones y cruzamientos. No había caballo cuya ascendencia no conociera. Estaba contento de su obra: todos los caballos eran como él quería que fuesen: que todos ellos pareciesen uno solo también, salidos del tronco común a todos los campesinos de Jutlandia, pero con un sello imperceptible que distinguía el ojo conocedor diciendo: “Ese caballo es de Tole.”

Eran caballos de talla pequeña y patas cortas, cabeza grande y un poco largos de espalda, velludos y de color rojizo. Soportaban bien los rigores invernales. Sus grandes cascos se abrían hacia fuera, por cuya causa podían llevar un hombre sobre el suelo de un

pantano sin hundirse en él. Eran sobrios, se alimentaban de paja solamente. Lo mismo valían para la silla que para el tiro. Tole ya no montaba a caballo; solía ir en coche. Pero experimentaba un gran placer viendo cabalgar a los jóvenes.

Cada hombre era amigo de su corcel, al que había enseñado sus habilidades como si los dos fueran una sola cosa. Solamente la pareja se entendía perfectamente. Toda la disposición del caballo y el peso del jinete hacían que ambos perfeccionasen el trote, en el cual eran rápidos, seguros e incansables. Al galope se lanzaban cuando el jinete lo aligeraba de peso y saltaba a su flanco con una mano en la crin, chocando de este modo el uno con

el otro. Su marcha era veloz sobre la tierra y a la larga más extensa que la del caballo de galope. Unas veces pie a tierra y otras a caballo, tal era la diversión de los jóvenes, lanzándose de él en pleno galope con la lanza y la flecha, jugando a la guerra, y se colgaban de su costado cuando el caballo iba lanzado, de modo que quedaban defendidos por él, pero con el escudo abajo defendiendo los flancos visibles del caballo. Hacerse el muerto, hacerse invisibles los dos sobre la tierra, ponerse en pie sobre el animal en plena marcha, ponerse de cabeza: todo esto podían hacer los jinetes con más o menos maestría. Y Tole se alegraba mientras que caballos y jinetes rodaban

por el césped, abriendo su boca en una ancha carcajada, que a distancia podía adivinarse de quién era, cuando cualquiera de los jinetes medía el suelo con su cuerpo.

Pero esto no era más que una pequeña muestra de la alegría que iba a reinar dentro de poco. Las próximas fiestas de primavera iban a dar lugar a carreras y torneos, con los jinetes armados de punta en blanco; se celebraría la famosa caza del toro, que constituía la máxima alegría de los jóvenes y en la cual luchaban a cuerpo descubierto; había también tocadores de lura, ante cuyo sonido ardían hombres y caballos. Todo esto sucedería dentro de muy poco tiempo.

El ruido y el galope sacaron a las mujeres de las casas. Sus caras de color pálido, deslumbradas por el sol y por el espectáculo, contemplaban a distancia los sorprendentes ejercicios ecuestres. En verdad, la audacia de los jinetes era incomparable. También ellas le prometían días dorados aquella primavera. Más de un corazón de doncella se estremecía al pensar en el novio que le tocaría en suerte cuando el sol, los poderes sobrenaturales y los jóvenes reuniesen su poderío y lo dirigieran al sexo femenino... Pero, ¡ay, qué frío sentían! Sus ropas no les daban protección contra aquel tiempo inclemente, y daban diente con diente. Sí, hacía frío, y lo mejor era regresar a

casa. Pero no; seguían firmes contemplando las evoluciones de los jinetes con la esperanza de recibir de ellos una mirada.

A bastante distancia del campo de ejercicios asomaban por los agujeros de las cuevas situadas detrás de las últimas casas dispersas, unas cabezas negras. Eran los esclavos. Para ellos no había esperanza. Para ellos la primavera no significaba más que trabajo agotador. Su mundo no era aquel que miraban maravillados y melancólicos. Aquél era el mundo de los libres, para quienes era el aire y el día. Pero ellos, los esclavos, se arrastraban por el suelo, doblada la espalda y la rodilla. Su forma de andar parecía un continuo caerse. Ellos eran la

noche, la noche que anidaba en sus ojos oscuros, la que llevaban en sus ensortijados cabellos negros. Recibieron el sol de primavera como un tormento, estremeciéndose dentro de sus pellizas. El gran incendio solar no despertaba en ellos pensamiento alguno; en sus almas crepusculares no anidaba otro deseo que el de hundirse en el suelo como los gusanos. Los ejercicios ecuestres habían fijado sus miradas. De los agujeros del suelo pantanoso surgían figuras negras como la turba que miraban el campo donde los jinetes se divertían: ¡Qué bella estampa la de los mozos luciendo sus habilidades con la cabellera suelta, que parecía un tejido de rayos de sol sobre la cabeza! Todos

los caballos de Tole eran alazanes, de color rojo pálido, casi humano; parecían hermanos de los caballeros. El campo de ejercicios era como una rueda de luz.

Arriba, sobre las colinas, araba un hombre. Al oír el griterío, irguió su inclinada cabeza, paró el arado un momento y dejó respirar a los bueyes. Se puso a mirar con sus ojos neblinosos, sin lograr saber lo que ocurría allá abajo, en la pradera, pero seguía mirando con todas sus fuerzas. “Otra vez ejercicios con los caballos —dijo—. ¡Si se reventaran todos!” Pero había que dejar arada la tierra. Aguijoneó a los bueyes y volvió a inclinarse sobre el surco. Un par de mujeres, bajas y corpulentas, echaban estiércol. De

cuando en cuando se paraban para mirar a través de las rejas de su pelo la escena que se desarrollaba a sus pies. Y también dirigían su vista al sol, preguntándose si faltaba mucho para las doce.

El centro de la atención, la persona a quien todos buscaban con los ojos, era Tole. El patriarca estaba en pie sobre una pequeña eminencia del terreno, apoyado en su vara. Sus largos cabellos blancos y finos sobresalían por debajo de su capucha de piel de marta. Era un anciano de cuello enorme, corpulento y fuerte, ligeramente tembloroso; los bordes de los ojos, caídos, y éstos, enrojecidos y húmedos; pero su mirada era poderosa y se quedaba clavada en el

interlocutor, alcanzando una intensidad especial cuando se fijaban en una mujer. Parecía como si ejerciesen influjo a distancia. Las mujeres perdían la serenidad ante la mirada del patriarca, pese a que éste las miraba cariñosamente.

Otra razón para no apartar los ojos del sitio donde Tole estaba, era que a su lado había un extranjero alto, en cuyo honor se celebraba aquella muestra de destreza ecuestre. Era Norne-Gaest, que había venido a ser huésped de Tole. En torno de él se centraba la expectación. Su venida era siempre señal de acontecimientos.

Tole y el bardo tenían mucho de qué hablar. Se los veía volverse el uno

hacia el otro, escuchándose ávidamente. Tole se inclinaba tanto hacia adelante, que parecía iba a caerse: tanto interés despertaban en él las novedades de que el bardo era portador. Pero ni uno siquiera podía enterarse de la conversación: la distancia entre el más próximo y los dos personajes era lo suficientemente grande para que las palabras no llegasen a los oídos de nadie. Desde el año anterior se sabía que los dos eran muy amigos, y todos podían señalar hechos que habían cambiado el destino de muchos, hechos que habían sucedido cuando Norne-Gaest era huésped de Tole. Tampoco la presencia del bardo era ajena a la curiosidad de los esclavos. Sabían que

si quería, podía verlos en sus agujeros. Sabía acerca de ellos lo que jamás llegó a conocimiento de sus dueños. El bardo podía entrar en su mundo. Los que en un tiempo habían sido hechos prisioneros y tenían vivo el recuerdo de un mundo mejor, podían verse libres de su morriña si conseguían conquistarse la amistad de Norne-Gaest.

Terminada la demostración, los dos personajes se dirigieron por la pendiente que había detrás de la casa. Pero ¡silencio! Iban al bosquecillo, al templo. Iban a ver la piedra de los sacrificios y a invocar a los espíritus; quizás a hacer sacrificios y a leer el porvenir en los astros.

El día era luminoso y podía uno

acercarse al bosquecillo. Algunos mozos, desafiando la muerte, siguieron a los dos ancianos.

Y vieron a los dos atravesar la valla y adentrarse en el bosquecillo que parecía una isla frente al bosque. Sus orillas eran espesas, cerradas por arbustos y matorrales; hacia el centro se veían árboles grandes. Allí había una fuente y un estanque, un templo completamente inaccesible y casas sagradas, situadas en una plazoleta y dispersas entre los árboles; casas terribles, viviendas siniestras. Pero lo más siniestro de todo era la sala central, una gran habitación de madera donde estaba el lugar más sagrado y la sala de los festines, en la que los hombres

comían los manjares sacrificados los solemnes días de sangre. Los árboles, *que* también eran siniestros y viejos, se doblaban y extendían sus retorcidas ramas. De ellas colgaban hileras de huesos, cuerpos de animales, cráneos y cuernos de ganado vacuno que habían sido ofrecidos a las divinidades. Tampoco faltaban víctimas humanas: cadáveres rígidos y negros, totalmente secos. Algunos habían caído al suelo y yacían al pie de los árboles. Aquello era un depósito de huesos. Los cuervos levantaban el vuelo cuando alguien atravesaba la espesura; pero pronto volvían a posarse en los árboles. Estaban ahítos de comer y su vuelo era lento. Parecían aves domésticas. Al

posarse, lanzaban un graznido que denotaba que reconocían a los que venían.

Para los muchachos no eran lo peor los cadáveres y el olor que de ellos emanaba, pues estaban acostumbrados a ver cuerpos sin vida y oler esto y aquello; era el templo y el terror que en él se encerraba. Esto ejercía sobre ellos una atracción irresistible. Poco sabían de aquel lugar sagrado. Se acercaron a él y pegaron los ojos a las rendijas del seto, tratando de ver lo que ocurría al otro lado. Mientras Tole y Norne-Gaest andaban entre las casas, pudieron seguirlos. Llegaron a la piedra de los sacrificios, y Tole puso su mano encima. ¿Qué significaba aquello? Pero cuando

entraron en las casas, los perdieron de vista. Ya sólo podían hacer conjeturas acerca de lo que hacían los dos personajes. Finalmente, les vieron salir de las casas y entrar en el lugar más sagrado. Entonces se les pusieron los pelos de punta a los observadores, apartaron sus ojos del seto, miraron a todas partes como llamando testigos; sus ojos estaban dilatados de espanto y la boca abierta de asombro. En aquel momento se dirigían a ver al ídolo e iban a quedarse ciegos. Esto era lo único que sabían sobre el espantoso ser que reinaba allí: ¡quedarse ciego al mirarlo! Estaba colmada la medida. Arrastrándose a través de la espesura, se alejaron de aquel peligroso paraje y,

al llegar a terreno libre, emprendieron un loco galope hacia las casas para contar a sus compañeros y a sus madres que el abuelo y el extranjero alto habían ido juntos al dios malo.

Mientras tanto, Tole y Norne-Gaest, sin emoción alguna, penetraban en la sala. Se agacharon al cruzar la puerta y bajaron varios escalones para llegar a la habitación, que era semi-subterránea. No había más luz que la que penetraba por la puerta, pero al fondo, sobre el suelo, ardía una luz. Se pasaba de la claridad a las tinieblas, sólo a medias disipadas por la débil llama, impotente para vencer la oscuridad de los rincones y del fondo. Junto a la luz irguióse la figura escuálida de una vieja que vino al

encuentro de los dos hombres. Encorvada hacia, delante, paralítica, pero llena de vida, hablaba como una urraca con su boca desdentada. Tenía los ojos rojos y sucios y las arrugas llenas de hollín, cabeza pequeña y calva, las uñas negras y quemadas de tanto atizar el fuego. Jamás: podría salir de allí, pues aquél era el fuego sagrado de todo el país y sólo por él había que mantenerlo encendido todo el año, siendo renovado solemnemente en las fiestas del sol. Las vestales tenían la obligación de conservarlo, además de otros quehaceres al servicio del ídolo.

Varias eran las mujeres dedicadas al servicio del templo, en cuyo recinto vivían, dentro de unas casitas agrupadas

en círculo. Entre ellas las había muy niñas, que venían a ser como las aspirantas; se veían también doncellas ya iniciadas en los misterios de aquel culto sangriento. Unas y otras asistían a las clases que daban las viejas y poco a poco iban aprendiendo todos los ritos y ceremonias: sacrificar, extraer las entrañas y leer en ellas el porvenir, hacer los filtros y todas las demás cosas que toda mujer consagrada al ídolo debía saber. Una vez dentro del santuario, se cerraban tras ellas las puertas para siempre. Las mujeres del templo no podían ya volver al mundo.

Muchas de aquellas niñas se transformaban en bellas y espléndidas doncellas, cuya fama traspasaba el

bosque sagrado, llenando de pena el corazón de los mozos. “¡Lástima de tanta hermosura y amor perdidos!”, comentaban éstos. Pero, ¡ay, la dorada juventud se iba como se va la primavera, dejando en pos bellezas marchitas y arrugadas!... El tiempo tampoco perdonaba a aquellas sacerdotisas.

Todas eran vírgenes. En ciertos aspectos la vida y la muerte eran para ellas un mundo cerrado; pero había otros en los que, mediante una vida larga, habían adquirido una experiencia enorme. Dejaban de ser seres humanos; pero no tenían la sencillez del animal: eran los seres más crueles.

Tole saludó a la vieja que cuidaba

el fuego y se puso a recorrer el santuario con Norne-Gaest. Cogió el anillo del altar existente en el fondo de la cripta — el anillo sagrado, de oro macizo y tan pesado que podía matarse a un hombre con él — y lo puso en la mano de Norne-Gaest como prueba de singular amistad. Nadie más que Tole podía cogerlo; solamente tocarlo sin querer significaba la muerte en la hoguera, únicamente estaba permitido tocarlo en las ocasiones solemnes; pero entonces acarreaba obligaciones muy graves: los pactos concertados jurando por el sagrado anillo eran irrompibles; las nuevas parejas se unían en matrimonio depositando sus manos sobre él. El anillo simbolizaba el sol, el círculo

dorado; al contacto con él se entraba en la órbita del cielo, pero también se quedaba bajo su amparo, si se mantenía la fidelidad al pacto.

Norne-Gaest sopesó el anillo en la mano y movió la cabeza en confirmación de su peso, y Tole, haciendo el mismo gesto, volvió el anillo a su sitio.

Ante el altar estaba la gran caldera de los sacrificios, artística obra de plata pura, adornada con imágenes y signos secretos que representaban los más íntimos símbolos de los cimbrios, que sólo los iniciados conocían. En aquel momento estaba limpia y reluciente, pero era la vasija humeante donde corrían la sangre de las víctimas los grandes días fatídicos cuando el

sacerdote y las vestales ofrecían sus sacrificios impetratorios a la divinidad. Llenaba su vientre enorme y con su amplio perímetro daba testimonio de lo que había sido puesto en movimiento cuando estaba llena de sangre. Las imágenes, claras y enigmáticas a la vez, miraban fijamente en aquel recinto sombrío, con luz roja como la plata prisionera del fuego.

Sobre la parte más alta del altar, había como una casa pequeña *con* una puerta. Tole la abrió y dejó el ídolo al descubierto.

Oyóse un maullido al lado del patriarca: era la vieja sacerdotisa que seguía celosa sus movimientos, clavando en él una mirada maligna. Tole

la apartó con el codo, metió la mano dentro de la casita y sacó el ídolo.

Tole y el bardo juntaron sus cabezas y se pusieron a hablar en voz baja, cambiándose signos de inteligencia y guiñándose mutuamente. Detrás de ellos acechaba la encorvada vieja, dejando escapar de su angustiado pecho sordos murmullos. Esparció algo en el fuego como si quisiese desagruar al ídolo por lo que allí se hacía, y la lóbrega estancia se llenó de un perfumado olor a goma. Metió un dedo en el fuego, manteniéndolo allí hasta que empezó a oler; emitió un sonido que parecía un cacareo, y se golpeó la cara. Era todo lo que podía hacer.

Pero los dos personajes nada

hicieron al ídolo; se limitaron a contemplarlo. Era un dios pequeño, por lo menos a la vista, de dos escasos palmos de largo, de madera groseramente labrada; una figura rechoncha en la que apenas se distinguía la cabeza. No tenía brazos, pero en la parte inferior había una incisión que parecía esbozar un par de piernas. La madera estaba ennegrecida por el tiempo e impregnada de grasa. En la boca del ídolo — un corte transversal hecho en lo que parecía cabeza, donde faltaban ojos y nariz — quedaban restos de mantequilla reciente. El dios se alimentaba el día del solsticio de verano. Los rayos entraban directamente en la sala a través de la puerta,

penetrando en el tabernáculo y tropezando en la boca del dios. De este modo se derretía la mantequilla, y el ídolo quedaba alimentado para todo el año. Tole le dió la vuelta, y el ídolo mostró una espalda en la que no se veían señales de haber pasado por ella la mano del artista. Pero tanto, por delante como por detrás tenía el cuerpo lleno de agujeros negros como el carbón en el fondo. En realidad, el dios era un viejo leño quemado. Nadie sabía su edad, pero, como quiera que fuese, era tan viejo como los mismos cimbrios. Desde la creación había estado siempre en su poder, pasando por herencia, de generación en generación, al linaje de Tole. Era el símbolo más sagrado del

país. Todo el pueblo sabía que, desde el principio del mundo, habitaba en él el rayo, y, por esta razón, con sólo mirarlo se quedaba uno ciego. La imaginación y la conciencia popular se hacían sobre él las más sobrenaturales y disparatadas ideas.

Tole colocó el ídolo en su sitio y cerró la puerta, y los dos iniciados, entre murmullos y mutuas señales de inteligencia, abandonaron la estancia, dejando a la vieja y celosa vestal al cuidado del fuego. Tenían que ver aún otros objetos sagrados, especialmente el santo carro, que en las grandes solemnidades llevaba triunfalmente al ídolo por los caminos del país. El carro era magnífico y llevaba unas

guarniciones riquísimas, de un valor inapreciable. Pero mientras lo contemplaban, él pensamiento de Tole estaba en el tiro: recordaba que unas veces le enganchaban terneras y otras iba arrastrado por caballos, y que tanto aquéllas como éstos eran siempre los mejores ejemplares de su cuadra. Cómo serían estos animales que casi daban la impresión de ser seres humanos transformados arrastrando el carro en el que triunfaba el ídolo. ¡Tan humano era el color de su piel, empeño y logro de los esfuerzos seleccionadores de Tole!

Tal era el carro sagrado de los cimbrios, cuya contemplación les era tan grata. Tole y Norne-Gaest lo encontraron en perfecto estado. ¡Cuántos recuerdos

despertaba!.. Pasaba el tiempo, pero el carro se mantenía firme, dispuesto a un nuevo recorrido por todo el país. Próximo estaba ya el día. Y mientras él llevase las santas tradiciones cimbrias sobre el suelo de Jutlandia, para consuelo del pueblo, se multiplicarían los rebaños y habría abundantes cosechas en los campos.

Todavía tenía que ver Norne-Gaest el tesoro de Tole, su escudo de armas y demás objetos de valor; pero antes se dirigieron a la herrería. Tole se animó. Los dos caminaban en silencio pensando detalladamente en una cosa.

Tratábase de un plan que habían madurado años atrás, pero que ahora Tole tenía una ejecución. Quería mandar

fundir una imagen representando un toro. Norne-Gaest, que había aconsejado al herrero respecto a la caldera de plata, obra que éste había realizado bajo la inspiración del bardo, prometió también su apoyo para fundir el toro.

El proyecto consistía en meter en las entrañas del toro el viejo e inviolable ídolo que se guardaba en el tabernáculo, a fin de que no se le viera jamás. Naturalmente, la santidad pasaría entonces al toro, y éste ocuparía en el altar el mismo lugar que aquél, así como en el carro, al ser llevado en procesión. Esto haría un efecto mayor en la vista que el minúsculo ídolo, que nada decía. Esto lo habían tramado los dos viejos astutos, y ahora había llegado el

momento de poner manos a la obra. Tole había reunido el metal necesario, entre anillos, pendientes y espadas de bronce de gran valor sentimental, pero, como armas, rebasadas por las espadas de hierro usadas en su época. Todos estos objetos pasarían a formar el toro, y de este modo esas espadas, tan queridas por sus antepasados, tendrían un destino santo.

Las cosas habían llegado a tal punto que pronto podía empezarse la fundición. Era ésta la obra más grande que se había acometido en el país. Se había hablado mucho de ella, pero *a priori* podía decirse que el resultado distaría mucho de ser lo que se esperaba. Se había construido el horno y

el pozo de fundición, de dimensiones extraordinarias; se habían hecho muchos preparativos. Todo un cuerpo de técnicos se hallaba trabajando: hombres libres, amigos de Tole, éste y, finalmente, esclavos especializados en este oficio.

El herrero, muy buena persona, era pariente y amigo de Tole. Experto forjador de armas, trabajaba también los metales nobles. Bajo su dirección se había modelado en barro la imagen del toro. Sobre el barro se vertiría una capa de cera y sobre ésta volvería a echarse barro. Luego se pondría al fuego y la cera se derretiría. Entonces en el hueco que hubiese dejado la cera se echaría el metal derretido, trabajo prolijo e

incierto que podía fracasar durante su desarrollo.

La imagen estaba casi terminada en cera cuando Tole y Norne-Gaest fueron a ver los trabajos. Era una figura redonda y llena, algo más de la mitad del tamaño natural. Presentaba un notable aspecto en la fundición donde había sido hecha. Parecía un ser recién llegado. No era más que bario, y, sin embargo, daba la impresión de estar vivo.

La semejanza con el toro era sorprendente. Estaba fieramente plantado sobre sus cuatro patas, un poco ancho quizá, pero era un verdadero toro. Para convencerse de ello, bastaba fijarse en la cabeza, en la que no había

rasgo ajeno a aquél. La inteligente mirada de Norne-Gaest adivinó al instante que allí había trabajado una mano desconocida para él. El toro no era obra exclusiva del herrero. E involuntariamente fijó sus ojos en el autor.

Entendió el herrero su mirada y le señaló con el dedo a uno de los esclavos que estaba en el fondo de la herrería. A continuación le dijo que habían descubierto en él facultades extraordinarias a medida que la obra avanzaba; que él solo había hecho la mayor parte del modelo definitivo en cera, el cual pasaría a ser de metal una vez eliminada la cera por combustión y hecho el vaciado. No cabía duda, él

esclavo era inteligente; podía hacer que su obra tuviera tal perfección; y si dudaba respecto a la imagen, iba a ver al modelo vivo, a coger el toro por los cuernos, por decirlo así. Esto no se les ocurriría a muchos que creían haber visto lo suficiente para hacer una estatua sin mirar el modelo. Era evidente que si a este esclavo, cuando puso de manifiesto sus dotes artísticas, le dejasen las manos libres para acelerar la obra, habría traído el toro al taller para mirarlo sin apartarse de su trabajo. Era evidente que gozaba de mucha consideración.

A falta de otro nombre le llamaban Egernet⁴. Nadie entendía ni una palabra de su lengua ni tampoco sabían cómo se

llamaba. Pero él ya comenzaba a expresar algunas ideas en el lenguaje de los hombres. Poco tiempo llevaba en la herrería. Tole se lo había comprado allá en el fiordo de Lim a un barquero del Báltico. A juzgar por todas las apariencias, era de un país lejano. Tenía el pelo negro y estaba tostado por el sol, con una piel dorada. Había estado mucho tiempo en el mercado antes de llegar adonde había llegado. Le habían dado el nombre de Egernet por ser pequeño y tejedor y tener los dientes anteriores grandes y prominentes. Sus ojos lanzaban rayos; parecía un muchacho bello y no le faltaba mucho para serlo. Era muy joven. Pero a pesar de su juventud poseía aquellas valiosas

facultades. Había sido una suerte que se le hubiese destinado a la herrería, para la cual, a primera vista, no servía. Si le hubieran llevado a los pozos de turba, también en ésta demostraría sus raras cualidades; pero hubiera sido una lástima. Ahora, en cambio, había dado satisfacción y era apreciado sin reservas.

Egernet sonrió cuando observó que atraía las miradas y hablaban de él. Nadie sonreía como él. Nadie tenía su sonrisa luminosa y abierta, ante la cual se quedaban perplejos los hombres aquellos. Ellos no comprendían, su alegría. Las mujeres no se habían fijado en su alegría; pasaban a veces por delante de la herrería y veían que el

joven esclavo las miraba sonriente. Tenía el pelo rizado, detalle que le envidiaban muchos y le atraía la atención de las mujeres. Aunque era pequeño, estaba muy bien formado. Sus movimientos tenían encanto y distinción. Indudablemente descendía de gente noble. ¿Qué poder siniestro le había traído hasta allí en calidad de esclavo? Quizá Norne-Gaest pudiese averiguarlo.

El bardo le mandó acercarse. Con gran sorpresa de todos los presentes, Norne-Gaest le habló en su idioma al esclavo, cuyos ojos se llenaron entonces de lágrimas.

Por el bardo supieron los presentes que el joven esclavo era griego, aunque esta palabra les decía muy poco.

Entendieron que el país de que les hablaba Norne-Gaest era una tierra muy lejana, quizás allá abajo en Italia, o más lejos aún. Y miraron al esclavo con un sentimiento vago, igual al que en ellos había despertado el nombre de Grecia.

Tole, con la cabeza echada hacia atrás, le obsequió un momento con su atención. —Sí; es griego — dijo—. Y en seguida ocupó su pensamiento y su mirada en otras cosas.

Desde este día hablaba Norne-Gaest a menudo con el esclavo, y por su relato vino a saber la triste historia del griego. Cinco años hacía que gemía en la esclavitud. Se llamaba Keirón y había sido secuestrado por unos piratas en su isla natal del Egeo. Y aquí comenzó su

odisea. Los piratas le vendieron a unos mercaderes, que lo llevaron a su vez a un puerto del mar Negro. Estos mercaderes se lo vendieron a otros. Y con estos últimos remontó el Danubio en buena parte. Pasó a otras manos, y siguió remontando el Danubio. Y así, de mano en mano, de río en río y de país en país, había llegado al país de los cimbrios, cuya situación apenas sospechaba. Creía, sin embargo, que si le dejasen en libertad podría volver a su país, pues tenía muy grabado en la memoria el recuerdo de los puntos por donde pasó en su desgracia. Pero le parecía que estaba allí, en Jutlandia, para siempre, porque habían descubierto que podía ser útil.

No se lamentaba de su suerte. Decía que, desde que era esclavo, en ningún sitio había estado mejor que allí. Sus amos, fuera de sus deberes, no se ocupaban de él. Con sus compañeros de cautiverio se mostraba un poco esquivo desde que se le empezó a distinguir. Éstos, desde luego, no podían perjudicarlo; pero se vengaban echándole a escondidas porquería en la comida. De noche dormía encadenado con ellos. Pero llegaba el día, y la alegría volvía a Keirón. El trabajo, que espantaba tanto a sus compañeros, era para el griego un placer. Y por otra parte, proporcionaba con él satisfacción a sus amos. No podía irle mejor. Pero...

Tal era la historia de este joven

meridional que aún no había cumplido veinte años. ¡Cuánto había visto ya!

Todos los días iba Norne-Gaest a la herrería para ver cómo andaba la obra. Siempre encontraba al esclavo griego absorto en su trabajo, manejando con rara habilidad los útiles con que modelaba la figura. Su jefe, el herrero, estaba cada vez más admirado de la obra del joven esclavo. ¡Qué maravilla iban a tener los cimbríos!

Pero no era Norne-Gaest el único atraído por la magna obra de fundición que se preparaba en la herrería; todo el que podía y se atrevía buscaba un pretexto para pasar por delante de la herrería y ver lo que allí se hacía.

Tampoco faltaban mujeres, quienes, sin entender nada de forja, se dejaban caer por allí con mucho tacto, curioseando todos los preparativos para fundir la figura del toro. Sin embargo, debajo de aquella curiosidad se ocultaba algo que no salía de sus corazones, pero se reflejaba en sus ojos cuando, al mirar hacia el interior, veían la elegante y morena figura del pequeño esclavo griego entregada de lleno a su trabajo. A veces apartaba los ojos de la arcilla para resolver alguna dificultad de modelado y los posaba, ausentes, en el grupo de mujeres que miraban pegadas a la puerta; otras, se paraba con gracia en medio de la estancia, y, en fin, otras veces se veían solamente su espalda y

sus hombros, que movía con un arte especial, insuperable, desconocido entre los cimbrios.

Entre las mujeres que iban a la herrería figuraba Inge, doncella perteneciente al linaje de Tole. Pero Inge solía ir sola. Al llegar a la herrería, decía que venía a llamar al herrero o preguntaba si estaba allí. Y entraba en el taller luciendo su bella cabellera rubia, y se paraba conteniendo la respiración y mirando a su alrededor. Y allí estaba el griego, que se apresuraba a salir a su encuentro para contestar a su pregunta. Se acercaba a ella haciendo un gesto de sumisión y, mirándola, le decía con su musical acento extranjero que el amo no estaba. Entonces Inge, encendida como

una rosa silvestre, miraba por todas partes de la casa para encontrarle. Y el griego veía desaparecer su figura esbelta, de cintura cimbreante y redonda como un tierno brote de sauce por cuya espalda colgaban unas grandes trenzas de color amarillo pálido.

Inge salía también al oscurecer. Nadie la acompañaba, pues las noches eran claras. Pero no era para ir a la herrería, sino hacia el lugar donde, terminada la jornada, estaba el griego descansado o mirando a las estrellas. Nada indicaba que las dos figuras, cuyas borrosas siluetas semejaban en la noche dos hitos, se entendiesen entre sí; por otra parte, la distancia que los separaba era muy grande; era un abismo

infranqueable. Sin embargo, allí estaban los dos a la misma hora, y tan pronto se iba el uno, desaparecía la otra. Lo mismo que un par de estrellas que están muy separadas en el cielo, pero desaparecen al mismo tiempo.

Norne-Gaest fué el único que se dió cuenta de lo que ocurría. Tenía la vista muy fina y nada le atraía tanto como observar el destino de las gentes y verlo germinar. Por otra parte, los demás tenían bastante con sus propios asuntos. El crepúsculo atraía a todos misteriosamente; los jóvenes no querían dormir y permanecían fuera hasta que no podían distinguirse los unos a los otros.

La luna — luna de primavera — estaba en cuarto creciente. De las

lejanas marismas subía, en las noches frescas, el estridente griterío de las ranas anunciando el fecundo despertar de la tierra. Gritaba en la oscuridad el avefría — un grito maternal, siempre vigilante, resonando en la inmensa habitación bajo la luna—. En el bosque todo eran susurros, espectros y ecos. Los animales estaban inquietos.

En la cuadras se armaba ruido. Se alborotaban las vacas y lloraba la vaquera. ¿A qué esperaba el amo para dar suelta a las vacas por el campo?

A un tiempo y de todas partes surgían fuerzas que no podían reprimirse.

Tampoco al esclavo griego le punzaba ya el deseo de regresar a su

país. Norne-Gaest le sondeó, habló con él y vió que, en efecto, el esclavo quería quedarse allí para siempre. Norne-Gaest adivinó en seguida el motivo y al mismo tiempo encontró la explicación del porqué aquel joven permaneció tan poco tiempo con sus anteriores amos. ¿Cuánto tiempo estaría con su último dueño?

Pero Norne-Gaest sabía que la joven Inge había sido elegida, sin que ella lo sospechase, para ser aquel año la Novia de Mayo. Había sido decidida su elección en un consejo celebrado por aquellos días al cual había asistido él. Todos estuvieron de acuerdo en que ella era la doncella más bella del país. No tenía más que diecisiete años.

LA DONCELLA VIAJERA

MUCHO tardó el bosque en florecer aquel año. Pero al fin se impuso la primavera, y su mensaje recorrió el país de los cimbrios.

¡Cuántas cosas estaban anunciadas para la primavera! Las sorpresas debían acontecer como sorpresas; pero no podía evitarse que los encargados de hacer los preparativos supiesen lo que iba a ocurrir. En aquella ocasión no había nadie en casa de Tole que no estuviese informado de dónde venía la Novia de Mayo, la doncella viajera. Se había dispuesto que primero había de visitar las comarcas del país donde

nadie la conocía, regresando después a la casa de Tole. Aquí se celebraría la boda. Pero antes habría de salir el novio a su encuentro.

Un buen día desapareció Inge. Ya no se la volvió a ver por los lugares donde solía estar. Hubo quien creyó que había sido llevada al templo donde debía prepararse y adornarse. Pero los eternos curiosos, que renunciaban al sueño con tal de saber una noticia, podían contar que el carro sagrado había salido del templo una mañana temprano, mucho antes de salir el sol, y que no vendría hasta que el cortejo comenzase a visitar los caseríos. Jinetes, escuderos y la corte femenina de otras comarcas debían agregarse al carro de la novia en

un lugar convenido dentro del bosque, y cuando todo el cortejo estuviese preparado, saldría a la luz del día y se dirigiría a los lugares habitados. Tenía que parecer que salía del bosque con todas las galas y todos los dones de éste y que se ponía en marcha para llevar el verano a los caseríos.

Si alguien se pusiese en el lugar de aquellas gentes en cualquier caserío aislado y no estuviese informado de antemano, pero presintiese algo, tomaría el cortejo por una aparición. Naturalmente, se sabía que era una comedia, pero tenía fuerza suficiente todavía para ser tomado en serio.

En primer lugar se oía el sonido de

la lura, que, de momento, hacía pensar que el país estaba en guerra; pero a poco se echaba de ver que era la música de la primavera.

Por la mañana, al salir el sol, se podía oír, con ayuda del viento, lejanos sonidos de lura procedentes del bosque, como si en él hubiera nacido algo. Era la señal por la que se había suspirado. Había que bendecir el ganado, pues de lo contrario sería demasiado tarde. El bosque ya tenía hojas; era luna llena; todas las señales coincidían.

El verano estaba encima.

Salieron todos, viejos y jóvenes, como si la música les hubiese encendido fuego en el alma. Vieron salir al cortejo de mayo. A distancia parecía una

abigarrada multitud verde, caballeros y escuderos rodeando a una especie de árbol oscilante, un pequeño bosque en movimiento. Al acercarse a aquella aparición, se veía que era un carro adornado y completamente cubierto por arriba de ramas verdes y tiernas.

Iba lentamente, ceremoniosamente, arrastrado por dos terneras, tan parecidas que parecían una sola. Tenían manchas amarillas sobre fondo blanco. Cuernos blancos y pezuñas como leche ambarina. Rubio claro en torno de los ojos. Ubres doradas cubiertas de pelusilla. Un niño adivinaría que las terneras eran de Tole. Avanzaban muy dignas y dóciles, si bien cada una llevaba una doncella como guía para

asegurar el orden y para dar prestancia al cortejo. Casi pegada al cario, iba la corte de la novia, con coronas sobre la cabeza y ramas verdes en la mano y, rodeándola, caminaba una guardia de jinetes, jóvenes escuderos con sus mejores galas, pero sin armas, llevando en su lugar blancas varas de avellano sin corteza, el inviolable signo de la paz, apoyadas como lanzas en el muslo.

Una cosa había que no era comedia: sobre el carro era conducido el ídolo, oculto a los ojos de todos en el sagrado tabernáculo. Nadie tenía la más ligera idea sobre su ser y su aspecto, pero todos conocían su poder inmenso, tanto para el bien como para el mal. Era la fuente de donde venía toda

abundancia; era lo que daba significado al cortejo.

Detrás del tabernáculo, sobre la paja del fondo del carro, se sentaban las dos sacerdotisas más viejas y distinguidas, completamente calvas como huevos las dos. Se envolvían en blancas capas encaladas, que se cerraban debajo de la barbilla. Parecían dos sacos de huesos con una calavera desdentada encima. Les disgustaba el brillo del sol, acostumbradas como estaban a la oscuridad del sagrado y trágico recinto del templo; pero volvían el rostro a todas partes vigilando como halcones.

Delante de ellas, en lo más alto del carro, donde había una tienda como de

follaje transparente, iba la doncella viajera. Llevaba el pelo suelto, que parecía un manto de luz. Todavía era una niña, pero estaba desarrollada y exuberante, como si aquella misma mañana acabara de hacerse mujer. Floreciente, sonriente iba la doncella. Era la imagen de la mañana, de la luz del sol, de la misma primavera.

Salía del bosque, y ella era el bosque. Llevaba en la mano un ramito tierno, símbolo de su poder. Pero era una varita mágica que la doncella extendía hacia el lindero del bosque. Y la varita, con su copa color verde claro, brillaba al sol. Extendía la varita sobre los campos y he aquí que los campos se vestían de verde; echaba flores desde el

carro y todas las praderas se llenaban de flores hasta donde la vista lograba alcanzar.

Por ella recobraban la vista los que habían estado ciegos antes de la primavera. Ella era la doncella viajera que venía con ojos nuevos. Ella era el espíritu de todo lo que se conocía, y por ella todo volvía a la vida. Según ella era de luminosa, así era luminoso el cielo. Llevaba la claridad del día en sus ojos y el sol en las pestañas. En su alma no había nubes. Era como el cielo de los azules fiordos donde desembocaban los ríos. Cielo, mar y sol unidos; así de azules eran sus ojos, así eran de abiertos. Era cálida como el aire, pero llevaba la brisa del bosque. Sangre

caliente y frías mejillas dulces, como rosas silvestres húmedas de rocío. Había recibido todos los dones de la tierra, que ofrecía, reanimados, con ambas manos.

El coro cantó la canción de Mayo:

*Ha venido Mayo,
la hermosa doncella,
y lleva el verdor a los
caseríos.*

*¡Recibid las hojas,
recibid la vida,
mozos y mozas,
caballos y yeguas,
becerras y cabras,
flores y niños,*

*de la más hermosa
doncella!*

*¡Que el viento del Sur
bendiga nuestras
playas,*

*y que la santa doncella
fecundice la tierra!*

*¡Recibid las hojas,
recibid la vida,*

mozos y mozas,

caballos y yeguas,

becerras y cabras,

flores y niños,

*de la más hermosa
doncella!*

Arderán las antorchas

*y llevarán su mensaje:
nuestra señora
embellece la tierra.
¡Recibid las hojas,
recibid la vida,
mozos y mozas,
caballos y yeguas,
becerras y cabras,
flores y niños,
de la más hermosa
doncella!*

Y mientras la doncella permanecía sentada en su alto sitial, las jóvenes que formaban su corte entraban en los caseríos para dar fuerza creadora a sus habitantes y a todas las cosas que en

ellos había. Tocaban los bancos, los lechos, las artesas, las mesas; entraban en las cuadras y bendecían el ganado. Bendecían todo el caserío. Iban también junto al anciano que yacía en su lecho envuelto en pieles y jamás volvería a levantarse, y le tocaban la cama con sus varitas para traerle, a él también, el mensaje del bosque. El anciano dilataba sus ojos humedecidos.

Los habitantes de los caseríos corrían en tropel al encuentro del milagroso carro, reluciente en sus herrajes de bronce, que parecían de oro, tratando de tocarlo para tener suerte. Querían tocar las ruedas, símbolo del sol, la cola, las inocentes terneras y, si fuese posible, a la novia. Bastaba una

punta de su vestido. Le echaban besos para que les diese una flor o, por lo menos, una hoja para conservarla en casa, pues les traería suerte.

Ninguno, sin embargo, se atrevía a tocar el sagrado tabernáculo. A distancia se arrodillaban ante él, inclinando sus frentes hasta tocar el suelo. Si alguien se acercaba demasiado, gritaban los dos viejos pajarracos que iban detrás custodiándolo, abriendo su boca desdentada. Terribles muchachos que no podían contenerse recibían un golpe en el cuello que les daban los guardianes con sus varas blancas.

Volvió a sonar la lura, y el cortejo reanudó la marcha en dirección al caserío próximo. Pero pronto se echó de

ver que no era necesario ir a visitarlos todos. Ellos eran los que venían al encuentro del carro sagrado.

Resonó la lura en todo el contorno. La gente lo abandonaba todo y echó a correr. Vinieron luego los jóvenes a caballo, en galope tendido de caserío a caserío. Los caballos lanzaban tierra de sus pezuñas. Truenos en la marisma, alaridos y señales a distancia. Antes del mediodía sabía toda Cimbria que por la mañana había venido el cortejo de mayo, y el pueblo de los valles acudió como un solo hombre a las tierras altas, situadas en el centro del país. Y acudieron a los puntos estratégicos por donde el cortejo tenía que pasar.

Antes de oscurecer ya estaba la

gente de regreso en sus casas con una rama verde y fresca que había recibido de manos de la Novia de Mayo. Los encargados de llevar la noticia tenían los labios secos a causa del esfuerzo realizado. Anillos de sudor rodeaban sus ojos y sus pulmones ya no podían. Pero llegaron triunfantes, tremolando la verde rama, y antes de que el sol se hubiese ocultado, todas las casas y todas las tierras de labor de Cimbria estaban bendecidos. Por fin, les había llegado el turno a las vacas; ya podían salir. Y comenzaban la vida en el campo. Nadie pensaba vivir ya dentro de casa.

Por la noche se iluminaron todas las cimas; parecía como si todos los hogares se hubiesen instalado al aire

libre. Por todas partes se veía gente subiendo a las montañas, desde cuyas cimas peladas podían divisarse todas las hogueras. Era una inmensa cantidad de hogueras, un inmenso número de brillantes puntos rojos extendidos hasta los más lejanos confines del horizonte. Pero no había hoguera desconocida; todos sabían quién había encendido aquí o allí. En unas se veía perfectamente la danza del fuego; otras eran como estrellas rojas en la lejanía bajo la pálida noche lunar. Todas las familias, todos los linajes de Cimbria se comunicaban entre sí a través de las hogueras, cuyo lenguaje entendían perfectamente.

Al acercarse a las hogueras se

ofrecía a los ojos el mismo espectáculo: la cumbre y la zona que la rodeaba estaban en el campo iluminado por las llamas, que se elevaban verticales en el aire tranquilo, despidiendo de su corona una enorme columna de humo. Y rodeando toda esta zona iluminada, una rueda humana girando frenética alrededor de las llamas. Iban cogidos de la mano y bailaban la danza del sol, símbolo del año.

Se había apagado el fuego en todos los hogares del país — el viejo y prolongado fuego de invierno—. Y en las montañas se había encendido con arreglo a la vieja costumbre: frotando la madera traída de las casas. Pero en el templo se sabía que el ganado de Tole

había renovado de noche el fuego sagrado en el patio por las necesidades de todo el país.

Grandes sacrificios aquella noche y las siguientes habían de sellar el pacto.

Del fuego nuevo se llevaba una antorcha a cada granja y con ella se encendía el hogar. Se consagraba el ganado pasándolo a través del humo de una hoguera encendida. Estas ceremonias indicaban el comienzo del verano.

Aquella noche nadie se acostó; todo el mundo estaba en la cima de las montañas, junto a las hogueras, para ver salir el sol y gozar de la alegría de verlo aparecer en el horizonte. Todas las hogueras del país fueron objeto de

profunda atención, comentándose cuál ardía poco, cuál tenía una llama intensa, cuál comenzaba a extinguirse. Se hacían vaticinios y se visitaban unos a otros para desearse toda clase de felicidades.

También con los extranjeros se había establecido cierto contacto. Más allá de las fronteras del país podían verse hogueras al Oeste y al Norte. Ellos habían hecho fuego también. Fácilmente podían verse que eran los habitantes de Salling y los salvajes de las alturas de Thy, que no dejarían de ver la aparición del sol. Lejos, hacia el Sur, se elevaban al cielo rojas llamas que salían de las hogueras de los que moraban cerca de Vebjerg, Jutlandia era una hoguera. De todos los rincones subía

al cielo el mensaje del país anunciando el gran acontecimiento.

En la granja de Tole había, un fuego enorme. Parecían dos hogueras juntas. La gente miraba y movía la cabeza no pudiendo adivinar el porqué. Todos sabían que la hoguera de Tole estaba encendida en la montaña sobre el caserío, y la distinguían perfectamente; pero abajo, en el caserío, había una hoguera mayor todavía. ¿No sería peligrosa esta hoguera?

No es que hubiera peligro de fuego; era el fuego mismo, el incendio devastador, que había hecho presa en la herrería donde estaba la estatua del toro. Pero el incendio había sido intencionado. Ya estaba hecho el molde

de arcilla y había que arriesgarse a fundirlo. Se habían decidido a sacrificar la cabaña para no tener que sacar de allí la figura del toro. La llenaron de leña y turba, y al mismo tiempo que encendieron el fuego de primavera prendieron fuego a la herrería, estimando esta acción como un presagio feliz.

Pero la venturosa coincidencia de que el mismo día que se fundía su imagen fuese sacrificado el toro más hermoso, era la señal inequívoca de acontecimientos dichosos.

Y tenía que ser así. El toro fué la primera y la más distinguida víctima con que se inauguraron los sacrificios. Estaba considerado como el ser más

cercano a la divinidad; para algunos era un dios, un misterio puesto en relación con la luna y el sol. Poquísimos eran los iniciados que conocían los misterios. Para los profanos bastaba con sacrificar al toro. Había que entregarlo al fuego y colgar sus cuernos en el sagrado fresno del templo. Las señales no podían ser mayores. El toro había vivido su tiempo; en su lugar vendrían toros nuevos, que durante el verano lucharían por alcanzar la jefatura en el rebaño. Era como si el año viejo fuese sacrificado en beneficio del nuevo. El orden del mundo se cumplía plenamente.

El sacrificio se realizó con toda la solemnidad propia del caso. Fué una fiesta inolvidable. Lo alancearon los

jóvenes después de haberle dado caza.

El mismo día que salió del bosque el cortejo de la Primavera y se mostró a las gentes, aparecieron en el caserío de Tole, procedentes de todas las comarcas del país, jóvenes montados a caballo. Eran los que querían tomar parte en la caza del toro.

Constituían estos mozos lo mejor y más aguerrido de la juventud de Jutlandia, magníficos jinetes, artistas en el arte de matar, valientes y despreocupados muchachos cuya vida transcurría exclusivamente en cacerías, ejercicios y torneos, en busca siempre del primer puesto. En esta ocasión se les deparaba la oportunidad de poner en juego sus habilidades y llevarse el

premio. Pero aquí había que arriesgar la vida, y esto les atraía más.

Se celebró una acalorada asamblea, y todos se dispusieron a marchar. Subieron a sus ligeros corceles, que lanzaban fuertes soplidos. Todos llevaban su jauría de perros, que lanzaban ladridos furibundos antes de que la caza les pudiese ofrecer algo con que reducirlos al silencio, y se apretaban unos contra otros. Cada cazador iba armado de espada solamente. Era un combate cuerpo a cuerpo lo que les esperaba. Pero todos llevaban la cabeza erguida, echada un poco hacia atrás, en señal de desprecio a la muerte. Sus ojos azules acusaban la rudeza de sus almas ante aquel momento

con una neblina que enturbiaba la claridad. Flotaba al viento su larga cabellera, atada en trenza en lo más alto de la cabeza. No había en todo el país un solo guerrero que no llevase el pelo de aquella manera. Era la última moda. En el fondo, sin embargo, se escondía una razón de orden práctico: poder asir fácilmente la cabellera del enemigo cuando ésta rodase separada del tronco. Se les acababa la paciencia tratando de sujetar a los indomables caballos. No era mucha tampoco la que tenían. Y si no se les daba algo para rivalizar entre sí — una muerte que afrontar o una vida que quitar—, no tardarían mucho tiempo en devorarse unos a otros.

Pero la presa estaba preparada

para ellos. Ante ellos, por fin apareció Tole, que, desde las primeras horas de la mañana, vestía la túnica de los sacrificios. Su mano empuñaba la vara santa. Ante los gritos de la multitud que pedía la entrega del toro, les hizo saber que el toro había sido soltado al amanecer y que se había ido al monte. Allí tenían que ir a buscarlo. Tole esperaba que para, cuando lo encontrasen, estaría el toro en el apogeo de su furia salvaje.

Oyeron esto los mozos y todos los caballos dieron media vuelta al mismo tiempo. Y se lanzaron al galope. Sus pisadas resonaban como un grito telúrico. Tamborileaba el césped bajo los cascos de los caballos lanzados a la

caza del toro; balanceábanse los jinetes, y flotaban al viento las trenzas, y por el aire se disparaba una lluvia de tierra y piedrecillas al paso vertiginoso de los corceles. Atravesaron como flechas las tierras de labor y llegaron al lindero del bosque, dispersándose en mil direcciones. En un momento se los tragó la espesura, la marisma y el yermo; no quedó de ellos otra huella que el ladrido decreciente de los perros por los cuatro puntos del horizonte. Cada uno tenía su plan secreto.

Unos siguieron la pista que había dejado el paso del toro; otros buscaron rápidamente la altura para verlo antes, y otros, en fin, se confiaron a su instinto, galopando hacia adelante, buscando por

aquí y por allá.

El toro había ido muy lejos, hacia el Este, a muchas millas fie la casa de Tole. Estaba en una colina del bosque, en medio de un anillo de perros, cuyos ladridos desgarrados habían denunciado su presencia a los cazadores. El jinete que había llegado primero yacía muerto con su caballo, formando un confuso montón sobre la tierra. El cuerpo de la víctima presentaba una perforación enorme; daba la sensación de que todo el toro había pasado a través de él. El aullido de los perros llegaba al cielo. Fueron llegando cazadores de los puntos más cercanos y se desplegaron en torno del toro. La caza había concluido. Faltaba ahora el combate que había de

señalar al vencedor.

Pero antes era preciso llevar el toro al caserío de Tole. Largo era el camino e ímprobo el trabajo. Pero estaba ordenado que el combate debía tener lugar en las proximidades del templo. Testigos y espectadores esperaban allí para ello.

Ya estaba muy avanzado el día cuando, después de una arriesgada cabalgada y muchas tretas, llegó el toro con sus conductores al caserío. No había sido fácil el regreso; hubo que perseguir al astado y dejarse perseguir por él, lo cual costó la vida unos cuantos caballos y perros y diversas heridas a los caladores.

Entró por las tierras de labor

situadas entre el caserío y el templo. Centenares de hombres se habían reunido para ver el combate, que era la mayor diversión de aquellos tiempos. Allí estaban todos los ancianos que habían tomado parte en la caza cuando eran jóvenes; allí estaban también todos los jóvenes esperando, ansiosos de aprender, el momento del combate para en su día realizar la misma hazaña. En una época que ninguno de los presentes había conocido, pero de la que se contaban bellos relatos, se cazaba el uro salvaje, especie ya extinguida en el país. Y aquella lucha del hombre con la bestia despertaba con fuerza atávica en la sangre de la nueva generación.

La lucha era breve. Pero era dura y

sangrienta. Por última vez se excitaba el toro hasta el paroxismo. Los muchachos lo acosaban por todas partes sin cuidarse del grave riesgo que corría su vida, y en esta lucha sin cuartel, implacable, perecía el toro.

Se veía un remolino de hombres y toro. Éste, ocupando el centro, lanzando a su alrededor negras ráfagas de tierra con sus pezuñas, con la nariz tocando el suelo y mugiendo; su poder era semejante al ruido del hielo en el invierno. Aquéllos, a caballo, arriesgando la vida en peligrosos lances en un intento de saltar sobre el toro y hundirle la espada en el corazón; un salto dado a tiempo, en: el preciso instante en que los cuernos de la bestia

iban a llegar al cuerpo, les salvaba la vida. Pero corría la sangre. Los caballos se derrumbaron corneados por el toro. Se oía un ruido de pezuñas y un crujir de articulaciones y se veían caballos erguidos sobre sus patas traseras como si quisieran saltar al cielo. De pronto cesó él tumulto unos instantes y en el silencio se oyó el prolongado ¡oh! de las mujeres, que, situadas detrás de los hombres, asistían al salvaje espectáculo. El toro había sido herido.

La bestia tenía que caer muerta de una herida sola. Y esta herida mortal acababa de recibirla.

Todos los mozos buscaban el pecho con su cortante espada de dos filos para llegar más pronto al corazón. Para ello

se acercaban al toro lo más posible, luego echaban pie a tierra de un salto y esperaban la acometida del animal. Si lograban evitar la cornada y situarse en el mismo flanco de la bestia, estaba casi logrado su propósito; pero si no se presentaba bien la oportunidad de clavarle la espada, brincaban por encima del animal, a lo largo, para caer por la parte de atrás. Era un salto peligroso con la espada desnuda en la mano, pues solían caer rodando por el suelo. Nadie, sin embargo, se preocupaba de este riesgo. Una vez y otra intentaban el pinchazo.

Pero el que logró el triunfo había inventado una táctica completamente nueva. Saltó en plena carrera al cuerpo

del toro, pero fio por delante, sino de costado, como cuando los mozos saltaban al caballo en marcha. Sujetóse bien sobre el cuerpo estremecido de la bestia, qué, presa de la furia más salvaje, sacudía sucesivamente las patas delanteras y traseras, y sé inclinó con la espada dispuesta a asestar el golpe mortal. Conteniendo el aliento por la emoción seguían los espectadores este momento culminante. La espada sé acercó al cuerpo de la bestia camino del corazón. La hazaña había sido consumada; Los gritos y entusiasmo de la muchedumbre atronaron él espacio y estremecieron el bosque. La muerte no había podido ser más bella.

Las vestales recogieron

apresuradamente la sangre de la víctima y se dirigieron veloces al templo. La echaron en la caldera de los sacrificios, y ésta cubrió la imagen del toro que había en el fondo, donde estaba representada la caza en sus fases inicial y final: el toro alcanzado y caído rodeado de perros, y el cazador dando un salto por encima de él con la espada desenvainada en la mano.

El héroe fué llevado en triunfo juntamente con su caballo. Los demás cazadores formaron su cortejo. Todas las miradas se clavaban en él. Era el primero de todos por sus audacias y por su victoria. El júbilo era incontenible.

La muchedumbre le acompañó hasta el templo para asistir a su boda,

pues el vencedor del toro era automáticamente elegido para esposo de la Novia de Mayo. Y antes de que las hogueras se encendiesen debía ser su marido.

Éste era el premio que se otorgaba al vencedor. Todos los mozos del país soñaban con él. Por eso se lanzaban como un solo hombre a la caza del toro. Pero esta vez no se presentaron todos los mozos. Eran tantos como los que habían visto a Inge y al toro de Tole.

Pero los que participaron en la lucha pertenecían a las familias más distinguidas del país y eran los más valientes de Jutlandia. El vencedor era el más audaz y despreocupado de todos. Llevaba en la cabeza una bella trenza

color paja; tenía los ojos más brillantes y feroces; en cada mejilla estaba tatuada un águila y una serpiente, y en la frente tenía un rayo. Era tan joven, que apenas le apuntaba la barba, suave lanilla de marisma sobre sus labios. Se llamaba Boyerik.

La Novia de Mayo, llevada por todo el país a paso lento y majestuoso en un carro tirado por terneras, de modo que hasta un niño podía seguirla, regresó a galope traída por el mejor tronco de caballos—caballos blancos—. Sus amigas formaron un anillo a su alrededor, tremolando ramas verdes. Boyerik iba sentado al lado de la Novia, en un sitial elevado, y las dos viejas sacerdotisas, que meneaban la cabeza y

apretaban las encías, se sentaban detrás.

Tanto las sacerdotisas como la sagrada imagen estuvieron a punto de ser lanzadas de la paja, pues corría tan velozmente el carro a través de la maleza y de los caminos, que a veces ninguna de las ruedas tocaba tierra. Así corría siempre cuando había boda o parto, o peligro de muerte. En los caseríos se reían cuando llegaban las jóvenes con toda aquella prisa.

Así regresó la doncella viajera al sitio del cual había salido. En realidad, estaba desconocida. Había crecido en el curso de aquel solo día; era más alta y más bella; sus ojos se habían vuelto más azules, como si los cielos y los fiordos y estrechos que había visto se hubiesen

quedado en ellos para siempre. En su cuerpo estaba toda la maravillosa frescura del bosque. Sin embargo, las sombras eran largas cuando regresó. Declinaba el día. ¿No había también como una sombra en la frente de la Novia de Mayo? Era natural que aquel día memorable la hubiese rendido. La gente miraba y comentaba que nunca había visto una pareja tan ideal como la que formaban Boyerik e Inge.

La Novia de Mayo fué conducida por sus doncellas a la habitación de las mujeres para descansar y prepararse para la boda:

El carro regresó al templo con la sagrada imagen y las dos sacerdotisas. El ídolo fué colocado en su sitio,

dejándole una portezuela abierta para que pudiese percibir el olor de la sangre del toro que llenaba la caldera. Delante de la estancia donde se guardaba el ídolo se había encendido el fuego sagrado y en él se consumía el corazón de la bestia, esparciendo por el patio un dulce vapor. Las dos sacerdotisas, con su voz de grajo, celebraban gozosas su regreso a aquellas lobregueces que las privaban de la luz del día, tan aborrecida por ellas. Tenían muchos quehaceres para el día siguiente, día de ofrendas, y comenzaron sus preparativos. Blanquearon los vestidos, luego se blanquearon la cara y el cráneo. Afilaron los cuchillos unos con otros, entre ellos el viejo cuchillo de corte fino

que tantas veces había matado. Poca hoja le quedaba ya al fatídico cuchillo, pero las vestales recurrían a él para su trabajo. Después de afilarlo, se lo pasaron por las encías. Las vestales estaban triunfales. Para ellas la música de los cuchillos al chocar entre sí era más alegre que el canto de las aves que habían oído aquel desagradable día.

El novio fué recibido por Tole, que le condujo por vez primera al círculo de los hombres, ante los cuales le mostró con todos los honores. Boyerik trataba de ocultar sus sentimientos, pero en su modo de andar había algo que le traicionaba. Era demasiado grande el honor. Sus amigos vieron cómo los ancianos más distinguidos, los

patriarcas de las distintas aldeas, le daban la mano.

Éstos habían llegado aquella tarde a casa de Tole, cuyos huéspedes eran en las fiestas de los sacrificios. Si el carro de la Novia de Mayo había sido ligero como el viento, también estos campesinos habían demostrado de lo que eran capaces de recorrer en breves horas. Todos los carros de los ancianos presentaban huellas vivas de lo que había sido aquella carrera desenfrenada. Algunos traían la señal del lodo en el mismo eje; otros presentaban señales de haber volcado, y otros, en fin, tenían las ruedas llenas de rasguños y de raspaduras más o menos profundas.

Todos ellos estaban orgullosos de

sus carros y dispuestos a cualquier cosa por demostrar que el suyo era el mejor, ocasión que les depararía el día siguiente, en que iba a celebrarse la gran prueba.

Y Boyerik intervino en la conversación, que giraba sobre el tema de los caballos. De cuando en cuando miraba a sus amigos que, allá en el fondo, seguían atentos a todos sus movimientos y palabras. Y así le vieron poner la mano en los flancos de un caballo y bajarla hasta las patas, dando luego su opinión sobre el animal. Los viejos y expertos campesinos movían la cabeza en señal de aprobación de sus palabras. De pronto los amigos de Boyerik se echaron a reír. Éste se había

identificado con los viejos; procedía lentamente, hablaba con calma y decía sus opiniones como si estuviese en el fondo de las cosas. Había gravedad en todos sus ademanes. Sí, era evidente que había entrado en el círculo de los hombres. Pero no era menos evidente que aquel hombre había dado un salto de veinte años.

LA BODA

NADA especial se notaba en Boyerik cuando, en compañía de los ancianos, se dirigió al templo para tomar parte en la comida del sacrificio, hecha con la carne del toro. Caminaba con el paso solemne y reposado de los ancianos.

Y aquí le perdieron de vista sus amigos; no podían seguirle al templo. Quizá Boyerik les echó de menos unos momentos al verse revestido de una dignidad nueva y grande. Ellos, por el contrario, iban a divertirse al arroyo hasta que se encendiesen las hogueras.

El lavatorio y las purificaciones formaban una de las ceremonias con que

se entraba en la época nueva. Sin la purificación no podía pasarse del invierno a la primavera. Así como la tierra se vestía con las galas de la nueva estación, del mismo modo tenían ellos que sacudirse el hombre viejo y revestirse del hombre nuevo. También esta purificación alcanzaba a las casas. El invierno las había afeado; no había en ellas más que humo y aire viciado. Había que ventilarlas y limpiarlas, pues la cegadora luz que penetraba por las puertas descubría todas las suciedades allí acumuladas a lo largo de los meses fríos y oscuros. Se sacó a la luz del sol el viejo lecho de paja y lo quemaron junto con los nidos de ratones y hongos. Algunos hacían con la paja un muñeco

simbolizando el invierno y luego lo quemaban. Y hacían lechos nuevos con hierba fresca. Pero pocos esperaban dormir de nuevo en casa hasta el otoño.

Hombres y mujeres se metían en los cuartos de baño y se purificaban escaldándose con vapor de agua y se ponían ropas completamente nuevas. Se guardaban las pieles de invierno; pasaron a las arcas, en espera del nuevo invierno, o fueron entregadas al fuego.

Los jóvenes solteros preferían purificarse en el río. Mozos y mozas juntos. Allá, junto a las praderas, se veía al bullicioso enjambre hacer diabluras en el agua, que parecía alegrarse con las risas de aquellas vidas jóvenes. A distancia podía distinguirse a los mozos

de las doncellas. Brillaba al sol la blanca piel. Los mozos, nervio y ligereza, saltaban y hacían otras mil habilidades en el agua y fuera de ella; las mozas, figura más redonda y más esbelta, se dejaban acariciar por la luz del sol, que les enrojecía la piel, sin preocuparse mucho de saltos y capuzones. El agua estaba aún muy fría, y el aire fresco. Por último, cuando todos se hubieron purificado, corrieron como almas perseguidas en busca de sus ropas. Las prendas revoloteaban sobre la cabeza.

Regresaron frescos y despreocupados, vestidos con ropa nueva desde la cabeza hasta los pies. Tenían los labios morados; pero la

ceremonia de la tarde y sus vestidos y trajes de fiesta les hicieron olvidar el frío del agua y la frescura del aire. Inconscientemente, al verse otra vez vestidos, sentían que se habían despojado de un estado natural y adquirido otro mejor con la ceremonia del baño. Así lo pedía el año que resucitaba.

Se celebró la cena sagrada. La horda joven se mezclaba entre las mujeres y los niños, que, por primera vez aquel año, salieron de sus casas para comer al aire libre, en torno a las humeantes hogueras encendidas sobre el césped. Se apiñaban alrededor de, las ollas armados de cucharas de madera. Era una comida de fiesta: papas de

cebada cocidas con leche dulce, pata curada y lardo ahumado y queso en abundancia. En cambio, el pan solamente se dió a los favoritos. Las madres escatimaban el pastel. Mala había sido la cosecha del año anterior y la nueva estaba lejos aún. Les daban en su lugar un pan hecho de bellotas; pero los jóvenes, con toda educación, lo rechazaban, diciendo que ya habían comido bastante. Estaban ansiosos de subir al yermo lo más pronto posible; la noche los llamaba. Apagaron la sed en una gran taza de madera de abedul con el asa en forma de cabeza de caballo, que se pasaban unos a otros.

Caían las sombras. El poder de las largas tardes semiiluminadas ejercía su

influjo en las almas; con una amplia mirada se buscaban entre sí. La luna empezaba a remontar el curso del cielo.

Pero, al ponerse el sol, un chubasco veló el cielo azul antes que se volviera rojo. Algunas gotas frías, con la crudeza del invierno aún, cayeron sobre la tierra y sobre los hombres. Pero la cosa no pasó de allí. Las mujeres que vestían a la novia observaron que lloraba y se mostraba desanimada. Hicieron vaticinios sobre este suceso y anunciaron lluvias para la próxima estación.

Mientras, arriba en el templo tomaron asiento los hombres en la sala de los festines como huéspedes del ídolo. El toro ya había sido ofrecido al

fuego; pero ahora había que comerlo, para que la ofrenda fuese completa y todos participasen en el piadoso acto.

Para ellos era un enigma el significado de la ceremonia sagrada. Tole y las sacerdotisas guardaban un silencio absoluto. De sobra sabían que el toro, y el sol y la luna estaban relacionados y, hasta cierto punto, eran la misma fuerza. El espíritu del toro pasó al sol cuando fué sacrificado, y, al pasar al sol, se renovaba el año. Por eso, cuando se comía de él se tomaba parte en su resurrección. Hasta aquí llegaban los conocimientos de los viejos. Pero Tole tendría que aclararles cómo se mantendría el sol y el año. Él y las sacerdotisas habían escrutado el

corazón y los riñones de toro e hicieron magníficos vaticinios para el año en curso. Así, pues, lo que Tole había dicho, sucedería. Por tanto, ellos no tenían que hacer otra cosa que comer la carne.

Todos los comensales tenían el rostro salpicado de sangre, que tenían derecho a secar sentados. Era la sangre del toro, con que las más ancianas y venerables sacerdotisas habían rociado a la asamblea. Esta ceremonia indicaba que el año viejo y el hombre viejo habían sido bañados en la sangre del toro, haciéndose partícipes del sol y de su renovación. Y todos se sintieron como hombres nuevos.

Boyerik estaba muy colorado.

Rociado hasta los codos, su cara tenía como una máscara de sangre. Cuando pinchó al toro cayó sobre un chorro de sangre. Pero al mismo tiempo pasó a él la mayor parte de la fuerza del toro. Afortunado era Boyerik: en un solo día había entrado en posesión de todos los derechos.

Fuera, sobre la puerta del patio, colgaba a secar el miembro del toro. Con él tendría Boyerik una fusta y un signo de mando, que bien ganado tenía.

La sala donde se hallaban reunidos era una habitación baja, semisubterránea, con muros de piedra y techo de tablas. En el suelo ardía una gran hoguera: era el mismo ídolo en mansa forma casera. A su alrededor,

como huéspedes inmediatos suyos, se sentaban los viejos y comían. No se entretenían los viejos en grandes preparativos para engullirse la carne. Cada uno se servía a sí mismo y comía toda la que quería. La asaban pinchada en una especie de horquilla o se contentaban con pasarla ligeramente sobre las brasas. Pasaba el cuerno de mano en mano; pero en esta época del año la bebida no era cerveza ni hidromiel; tanto la una como la otra se habían acabado a fines de año. Bebían agua de manantial, que entraba muy bien después de la carne. Esto era lo que hacía siempre el lobo. Pero no era ésta la mejor, pues en el templo había una, fuente cuyas aguas no tenían igual; la

fuerza que daban no podía medirse. El que la bebía se volvía sobrio. Sin embargo, no había que excitar los espíritus vitales contra el sol y el verano.

Todo se discutía con mesura; la época de siembra, la cuestión de los límites y las relaciones tirantes con los pueblos vecinos. Era esto lo primero que había que resolver durante la asamblea que iba a celebrarse en lo alto de la colina. Volvieron a discutir sobre los caballos al tiempo que engullían un bocado de los que aquel día habían caído víctimas de los cuernos del toro. Más tarde se comieron trozos de riñón y de lengua, y, por último, hicieron la verdadera ofrenda de carne de caballo,

comiéndose la cabeza. Salió a discusión la cuestión de la caza. Todos coincidieron en que había pocos ciervos; en cambio, estaban preocupados de la abundancia de jabalíes, que no dejaban un campo sin arrasar. Había que perseguirlos más. Y se habló del lobo, de su crueldad en los inviernos. A uno le había matado once ovejas; un campesino contó que su abuela había sido destrozada por los lobos cuando una tarde de invierno se dirigía de su casa a la de una vecina. Se comentó también que el hielo había invadido el pueblo aquel año; que él fiordo, un día de sol, abrió una boca enorme y se tragó cuatro pescadores de anguilas, a pesar de que en su día se le

había hecho la ofrenda de un esclavo.

Cuando se habló de la muerte del toro, las miradas se volvieron con simpatía hacia Boyerik. El joven campeón tenía la cabeza pesadísima, respiraba fuerte por la nariz y sus ojos estaban completamente ahogados. Boyerik no estaba acostumbrado a encontrarse dentro de un cuarto. Para él era un combate peor sentarse a la mesa que saltar por encima del toro dieciocho veces. Sin embargo, se comportó varonilmente. Su cara no se alteró lo más mínimo cuando se le elogió; y cuando él tomó la palabra, hablando de otras cosas, lo hizo siempre con el mayor aplomo. Los viejos que le observaban en silencio, quedaron muy

complacidos de él.

Sin embargo, el momento más interesante de la ceremonia fué cuando le rogaron a Norne-Gaest que tocase el arpa, y cantase sus maravillosas baladas, y que les contase todo lo que él sabía sobre pueblos y gentes lejanas, sobre paisajes y mares remotos. Sabían los viejos que acababa de llegar de un largo viaje por tierras desconocidas. La hartura despertó el deseo de abrir el espíritu. Se había comido otro plato — sopa y carne cocida —; vino después morcilla con trozos de tocino, y, al final, postres. Pan en abundancia cortado en grandes rebanadas untadas de mantequilla, y vino y arándano rojo endulzado con miel y sazonado con

mirto.

Y entonces llegó el momento de las narraciones. Todos se acercaron a Norne-Gaest, ávidos de saber. Uno le preguntó si había visto las columnas del mundo y si se podía confiar en que aguantarían. Otro, si era verdad que había animales tan grandes como un montículo de turba, con la nariz colgando entre dos enormes dientes y que terminaba en una especie de mano. ¡Oh, coger con la nariz! No debía de haber manera de cazarlos, porque — decían — tenían el cuerpo guarnecido de planchas de hierro. ¡Maravilloso! ¡Nacer con planchas y corazas! Sí, se oía hablar mucho de ellos. En la caldera de los sacrificios había figuras de

animales con trompa y de otros muchos seres sobrenaturales. Tampoco estaban ignorantes de todo, y si en el país no tenían siquiera tales prodigios, sin embargo, sus imágenes bastaban para dar testimonio de que el hombre conocía a los dioses y las muchas formas de su poder omnipotente. En verdad, bajo el sol había más maravillas de las que se conocían. Así había pensado también el herrero cuando, con sus compañeros, había hecho la caldera de plata, que tanto= años de trabajo le costó, para honrar al cielo y a los dioses. Todos los dioses de que habían oído hablar y estaban representados en ella: el dios de Valland, que llevaba un cuerno de ciervo en la cabeza, el anillo de juramento en

una mano y una serpiente con cabeza de carnero — el rayo exterminador— en la otra. Él gobernaba el trueno en Valland y era un dios temible. Había también muchos otros dioses, entre ellos bastantes diosas. No había poder bajo el sol al que no se debiera veneración y sacrificios. Por eso estaban todos representados en la caldera de los sacrificios, para su conmemoración cada vez que ésta estuviese llena de sangre.

Era un hecho conocido que el herrero había consultado a Norne-Gaest para hacer la caldera y adornarla con símbolos. Norne- Gaest había estado en el fin del mundo y sabía cómo era y quién lo gobernaba, y nadie mejor que él — testigo que había visto las cosas con

sus propios ojos — para asesorar en su obra al herrero. ¿Cómo eran en realidad esas maravillas? ¿Volaba el grifo como volaban las águilas y las grullas, o era algo raro? ¿Volaba delante del carro arriba en el cielo y estaba a punto de arrastrar al sol? En ese caso, tenía que ser resistente al fuego; no podía quemarse. Ya se conocían otros que no había fuego que los devorase. Por ejemplo, el dragón comía y escupía fuego. ¿Fascinaba mucho ver un grifo? Respecto a los caballos, eran muy distintos en otros países. Había caballos con alas para volar y caballos con cola como los peces para nadar. ¿Se iba bien a caballo de las ballenas en Serkland? Desde luego, los medios de

comunicación habían alcanzado en el Sur un desarrollo elevado. Los italianos estaban más avanzados que los del Norte. Pero, ¿no era inseguro vivir en esos países? ¿No había que luchar con monstruos y estar en alerta continua? Había animales salvajes que tenían cuchillos u hoces en las cuatro patas, con los que segaban todo y se abrían paso a través de todo ser viviente. ¿Y era verdad que las mujeres del Sur eran tan bellas que el hombre se quedaba totalmente fascinado al verlas? ¿Era cierto que había mujeres que tenían veinte pechos? Todo eso y más querían saber.

Y habló también Boyerik. Sus palabras, medidas, claras y precisas,

estaban dictadas por la prudencia, cualidad que los viejos alababan en el joven guerrero. La pregunta se refería a urja cosa concreta. Boyerik, aunque joven, conocía el arte de la guerra y quería saber algo sobre las ciudades del Sur, lo mismo en Valland que en otros países. Sobre Valland se había procurado muy buenos informes preguntando constantemente a todos los mercaderes y viajeros que llegaban al fiordo. Pero, sin género de duda, tenía Norne-Gaest que estar informado a fondo. Por una ciudad se entendía en Jutlandia una fortaleza que se construía en una eminencia del terreno o en el corazón del bosque, a la cual se retiraba el hombre con su ganado en tiempo de

guerra. En el Sur, por el contrario, había, según sus informes, fortalezas hechas completamente de piedra de sillería, con cámaras en la parte superior, unas sobre las otras; y esta construcción era tan grande, que en ella podía vivir todo un pueblo. ¿Cómo podían conquistarse entonces? Le habían dicho que podían lanzarse piedras que un hombre no podía levantar, a una distancia dos, tres y cuatro veces mayor que un tiro de flecha. ¿Cómo se entendía esto? ¿Qué armas había en aquellas lejanas tierras?

Miró Norne-Gaest a cada uno de los que le hicieron estas preguntas, como si tratase de recordarlas todas, pero no les contestó inmediatamente. Él,

poeta y narrador, era el hombre más callado. Guardaba lo que sabía o había visto hasta que se concretaba en imágenes. Sabía que la claridad sólo era una imagen y que tendría la forma que le diera. La densidad y las palabras debían contener un matiz del mundo y de su ser. Se puso a pensar.

Puso el arpa entre sus rodillas e inició un rasgueo en sus no muy numerosas cuerdas. No era el suyo un arte exquisito; había más sonidos que música; pero bastaron para que en aquella lóbrega mansión quedasen maravillados sus salvajes oyentes. En sus rostros adquirió la emoción una expresión fascinadora mientras un intenso escalofrío recorría todo su ser;

miraban al bardo con ojos suplicantes. Un mundo lejano y delicado salió de las cuerdas y les invadió el corazón.

Y en teniéndoles así fascinados, meditó el bardo con los ojos cerrados y la barbilla caída sobre el pecho. Su espíritu estaba ausente. Finalmente se levantó y se puso a cantar. Era una canción vaga, llena de simbolismos, al parecer. Cantó como cantaban los bardos: con voz fuerte, penetrante y lenta:

*Yendo hacia el Sur
hay una fortaleza
cuyas murallas cubren
centenares de millas.*

*Su techo — cumbres
heladas —*

*llega a las estrellas.
Por él anda la cabra
sobre las nubes,
y por encinta vuela el
águila.*

*El agua de sus inmensos
canalones
corre por valles
profundos y engendra los
ríos.*

*Negros pinabetes,
con música de siglos,
cierran el acceso Norte;
por el Sur, abiertas
puertas soleadas
formando bellos aireos*

azules.

*Mira a dos mundos la
fortaleza:*

*niebla, bosques tiene el
uno;*

*costas azules, espacios
claros*

tiene el otro.

*Solo anda el oso blanco
por los icebergs
olfateando la foca.*

*El ramoso reno corre
bajo la luz boreal*

prisionero del frío.

*Pero allá, al mediodía,
el animal de trompa
grita a placer*

bajo las palmeras.

*El flavo león
casa en las praderas
de los desnudos negros.
La fortaleza está hecha
Para la eternidad
y jamás se derrumbará.
Dividirá el Norte del*

Sur.

*Sabiamente, la
marmota,
aunque no habla,
tiene su morada entre
ambos;
no se acerca al Sur
ni tampoco al Norte.
Lo mejor es vivir con
horizonte.*

¡Arrastraos, hormigas!

*¡Cavad, topos!
¡Volad, aves libres!
Nadie domina,
esa vieja fortaleza.
La muralla y la fuerza
están unidas.
El hombre del Norte
vive con la esperanza.
Mejor es alma que sol.
¿Qué quieren los hijos del
Nilo
en el Norte?
Ningún caminante es
rico.
Ni la pálida hiena,
ni el perro ni el león
saben de desgracias.
Yo siempre vi nobles*

*a los que no dejan su
tierra*

*y vi pobres a los
emigrantes..*

*Mundos distintos
no cambian con éxito su
morada.*

*Nadie pasa la vieja
barrera:*

*la muralla, y la fuerza
están unidas.*

Calló el bardo, y todo quedó en profundo silencio. Todos vieron, agradecidos, que sus preguntas habían encontrado bella respuesta en una canción. Sobre todo, supieron por la

canción nombres de animales que jamás habían oído. Fué una gran canción, digno remate de la comida. Boyerik era una llamada. La fortaleza por la que había preguntado se alzaba ante sus ojos con sus cumbres heladas tocando al cielo. Tanta atención había puesto, que podía recordar una por una las palabras de la canción al año siguiente de haberlas oído.

Trajeron agua los esclavos. Los viejos y Boyerik se lavaron las manos y se levantó la mesa. Mientras los esclavos recogían los platos dirigían miradas furtivas al montón de huesos que había en el rincón. Era su comida.

También los esclavos se

prepararon para celebrar la fiesta. En sus pocilgas, separadas de las viviendas de las personas libres, había más alegría que de costumbre. Tenían sopa de huesos, a la que añadieron sapos y otros bichos que cogieron en la marisma. Sus ojos no se apartaban de la negra olla, y sus bocas mostraban todo el ansia del hambre. Luego formaron un corro a su alrededor y, al tiempo que atizaban el fuego, se pusieron a cantar:

Grande es este día.

¡Bravo!

*¡Hoy no pasas hambre,
esclavo!*

Miremos la sopa

*que nos brinda el día;
sequemos los ojos:
¡viva la alegría!
Se mueven los huesos
dentro de la olla;
ya casi está a punto
la sabrosa sopa.
Grande es este día.
¡Bravo!
¡Hoy no pasas hambre,
Esclavo!*

Por cierto que tenían motivo para estar alegres. Ninguno de ellos había sido sentenciado a morir. Pero, en cambio, sobre doce de sus compañeros se dibujó la mueca trágica de la muerte.

Cinco ya habían sido sacrificados al terrible dios del templo. Los cogieron para lavar el carro sagrado a su regreso del viaje triunfal por los campos de Jutlandia y los llevaron al estanque. Lo último que se les oyó fué un alarido de terror al agua. Los siete restantes estaban en la jaula de los condenados a muerte, en espera de que llegara la medianoche para morir.

Entre estos siete se hallaba Egernet. ¡El artista! ¡Ahora iba a saber de qué le habían valido su arte y sus zalamerías!

Sin embargo, era el griego el único que no se mostraba desesperado. En contraste con los lúgubres lamentos de sus compañeros, guardaba un silencio

absoluto. Se procuró barro y no dejó de trabajar durante todo el día fatal, despertando la admiración de los que pasaban por allí, que no acertaban a apartar la vista de lo que estaba haciendo. Modelaba el griego una estatua que representaba a una mujer joven. Era una pequeña estatua, bellísima de líneas y de ejecución. Jamás habían visto allí una escultura de mujer en la primavera de la vida tan hermosa como la que el griego ponía ante sus ojos sorprendidos. Nunca podrían imaginarse ellos nada semejante.

No pocos de la gente de Tole se lamentaban de la suerte del griego “¡Qué lástima! ¡Con lo que vale y lo útil que

sería!” Pero, ¿qué iban a hacer ellos? Tole había echado las suertes, y al griego le había tocado la muerte. Otros permanecían callados mirando, con severidad quizá, al bello griego, al observar que durante el día estuvieron pasando las mujeres por delante de la jaula, como antes pasaban por delante de la herrería.

Con las últimas luces terminó el griego la estatua. La gente de Tole le vió sonreír al contemplarla. Pero en aquel momento ocurrió algo que les llenó de pena. Rápido, como si no hubiese tiempo que perder, destruyó la estatua con las mismas manos que la habían formado y tiró los trozos. Pero muchos que la habían visto no la olvidarían

jamás mientras viviesen.

El resto del tiempo permaneció el griego solo y en silencio, mirando, a través de los barrotes, los campos y el río donde se estaban bañando los jóvenes.

La puesta del sol ponía sobre el campo un suave color de fuego. Del río subía la bruma.

Miró la cebada mecida por el viento. Y contempló todas las cosas con los ojos del que las ve por última vez.

Sonaron las luras en el templo, potentes y agudas. Comenzaba la gran solemnidad.

Se apagaron todos los fuegos, y todas las armas se guardaron. La única

luz que brillaba sobre el mundo era la redonda y luminosa luna llena, que subía por el cielo.

Se hizo el silencio en los caseríos. Todo el que podía andar, se preparó para subir a la montaña. Pero antes había que esperar a que naciese el fuego, santo e importantísimo acontecimiento que estaba teniendo lugar en el templo. Habían callado las luras, y el bosque sagrado era una isla negra en medio de la oscuridad general. Todas las miradas convergían allí.

De pronto volvieron a resonar jubilosas la luras anunciando con notas triunfales el nacimiento del fuego, y entre los árboles del bosque sagrado surgió una luz, dos, tres, muchas luces...

Ante los ojos de los maravillados espectadores apareció un cortejo formado por portadores de antorchas a cuyo frente venía Tole. Se dirigió hacia la montaña. Entonces la gente que, en los caseríos, esperaba, antorcha en mano, este momento, se agregó al solemne cortejo; encendieron las antorchas unos a otros y todos, formando una brillante y proteica constelación, subieron a la cumbre.

Detrás de Tole iba la pareja de los recién casados. Boyerik e Inge, que momentos antes habían unido sus vidas poniendo las manos sobre el anillo del templo.

Se encendió la hoguera en lo más alto de la montaña. Un minuto después

había fuego en todas las cumbres del país.

Dejaron en libertad a los recién casados, a quienes trajeron un carro como los que se utilizaban para viajar por el yermo. Dentro del carro había una tienda con todos los accesorios para vivir al aire libre. A la mañana siguiente centenares de carros como éste saldrían de los caseríos juntamente con el ganado. Comenzaba la vida en el campo.

La joven pareja partió hacia el bosque, inaugurando (así la temporada campera. Pero al día siguiente regresaron al caserío para celebrar el banquete de boda, recibir los regalos, ser coronados y entrar en posesión de todos los derechos de las personas

mayores. Tras ellos se oían gritos jubilosos deseándoles una felicidad eterna. No faltaron tampoco las frases atrevidas de los mozos que, durante un buen trecho, corrían junto al carro. Pero éste, más veloz, terminó dejándolos atrás con sus risas y sus pullas, desapareciendo en la noche iluminada.

“¡Oh, cuándo, iremos nosotras así! ¡Cuándo tendremos también nosotras dieciocho años!”, se lamentaban las jovencitas, golpeando el suelo con el pie.

Mientras se bailaba alrededor de la hoguera, Tole se encaminó a la tumba de su padre, completamente solo, como tenía por costumbre.

En su ausencia el baile adquirió un carácter más profano. La solemne vuelta alrededor del fuego se convirtió en una vuelta a saltos. Luego cesó este movimiento loco y comenzó el juego, que para los jóvenes era lo mejor de la fiesta.

Era éste una carrera entre mozos y mozas. Salía una moza de la fila y un mozo corría tras ella persiguiéndola, y cuando la alcanzaba la traía como prisionera al lugar que ocupaba la fila. Este juego, tan sencillo en apariencia, era nada menos que la escuela del amor. La pareja que corría por el bosque y los brezales estaba siempre, o casi siempre, formada por dos jóvenes, hombre y mujer, misteriosamente atraídos por una

simpatía mutua, por esa corriente inexplicable que se mueve entre el joven y la joven. A veces, no se habían dicho nada antes ni habían pensado que entre ellos pudiera haber algo que les atraía poderosamente, y sólo entonces se daban cuenta de que esta corriente misteriosa existía ya entre ellos. ¡Qué dulce era la fuga para Ja moza! Pero, sobre todo, ¡qué feliz se sentía al ser devuelta a la fila prisionera de una encantadora violencia!

Sin embargo, no siempre ocurría que la moza cayera en seguida en manos de su perseguidor. A veces era ligera como leí viento y hábil como una golondrina en vuelo. Y el mozo tenía que echar mano de toda su energía y astucia.

Pero la moza se le escurría siempre en el momento en que la captura iba a producirse. Un ligero cruce, una finta, una parada en seco o un movimiento culebrino, y la moza se escabullía de las ávidas manos del mozo. Entonces éste, herido en su amor propio, perdía la sonrisa que le había iluminado el rostro hasta entonces y se volvía torvo, con lo que aumentaba las probabilidades para la moza. Pero al final, en aquella carrera loca terminaba imponiéndose la resistencia, y la moza caía completamente agotada en poder de su perseguidor. El regreso entonces solía tener un comienzo de violencia auténtica, pero al fin se imponía la mujer y los dos volvían a la fila reconciliados

y alegres. No podía haber enemistad ni rudeza en la fiesta de la Primavera.

Sin que muchos lo supieran, simbolizaba esta carrera la marcha celeste del sol y de la luna persiguiéndose el uno a la otra. Pero a veces aparecía de pronto en escena un tercer elemento amenazador en forma de un rival que trataba de separar a los dos corredores metiéndose entre ellos. Esto daba lugar a una caza emocionante; pero después de un amplio rodeo volvían los dos primeros a encontrarse, y el orden del mundo quedaba restablecido.

Este juego era más emocionante que el anterior. Iniciada la carrera, salía de la fila otro mozo en persecución de la doncella. Ésta corría como si tratase de

salvar la vida. En su huida le estorbaba la falda y entonces la soltaba, se paraba un momento y saltaba en camisa fuera de aquélla, continuando la carrera. Pero también la camisa le estorbaba, y entonces se la recogía hasta encima de las rodillas y continuaba su huida enseñando la cegadora blancura de sus piernas. Los cazadores redoblaban sus esfuerzos para alcanzarla, pero de pronto luchaban entre sí y los dos caían rodando por tierra. Entretanto, la joven, aumentando la ventaja sobre sus perseguidores, desaparecía en el bosque. Tras una breve, pero dura lucha, quedaba uno de los perseguidores tendido en tierra; se levantaba al poco rato, y cojeando, continuaba la

persecución por un camino totalmente opuesto. El otro ya había vuelto a encontrar la pista y también desaparecía en el bosque. Poco después regresaban la doncella y el vencedor.

Con la danza y los juegos se llegó a medianoche. En este instante se oyó la lura. Pero sus sonidos eran lúgubres y procedían del templo. Todos se dieron cuenta en seguida de que en aquel momento los miserables encerrados en la jaula estaban entregando su vida para dar calor y luz. Y el sol y la luna pedían también sacrificios para proporcionar un año bueno. Pero, fuera quizá de las sacerdotisas, nadie lo creía. El que había visto aquello alguna vez — sacerdotisas remangadas mostrando sus

brazos arrugados junto a la piedra de los sacrificios, la luz de las antorchas del templo iluminando esqueletos y cadáveres colgados de los árboles en macabro círculo bajo la palidez lunar — se estremecía de horror y huía, y el que había oído los lamentos por hallarse cerca sentía un escalofrío por todo el cuerpo. Pero el triste son de la luna no preocupó nada a la juventud que se divertía. A ella nada le decían aquellos sangrientos sacrificios. Eran ceremonias del Viejo que a ellos no les interesaban.

Siguió su curso la noche. Los grupos reunidos en torno de la hoguera empezaron a disolverse. Algunos querían ver el nacimiento del sol y ejecutar danzas en, su honor bajo los

árboles del bosque; otros se quedaron allí; muchos se sintieron atraídos por el fiordo, dormido a un par de millas bajo la claridad lunar, y dijeron que se bañarían tan pronto saliese el sol, y otros se tumbaron detrás de un matorral para echar un breve sueño. Y así se desparramaron todos. A la mañana, después de la salida del sol, se reunirían de nuevo para llevar el ganado al campo.

Murieron las hogueras. De sus cadáveres calientes salían aún débiles columnas de humo cuando vino la aurora. La tierra volvió a ser grande, y la luna moría marchita en el cielo.

Sobre el yermo, casi tocando a una indecisa estrella, se mecía la alondra,

mensajera de la creación de la luz.

Pero el bosque dormía. Dentro de él reposaba un aire pesado que olía a dormitorio. Atravesó la luz el techo de follaje verde oro y despertaron las aves. De la espesura salió un trino tímido, que inmediatamente fué contestado por otro más fuerte. Se repitió el primero, y el diálogo empezó a generalizarse. Minutos después el bosque era un maravilloso coro de voces melodiosas.

Y asomó el sol. Parecía un gigantesco incendio surgido en el límite del bosque. A través de los árboles se abrieron paso los haces de fuego, deslumbrante mundo de luz que derretía los árboles y todos los rincones del cielo. Pero el sol subía y apareció

majestuoso sobre el bosque, como una nave de fuego que se alejara de la tierra navegando por el espacio azul. Luz y rocío y silencio mañanero en todo el mundo.

Se levantaron del suelo las capas de niebla; se retorcieron como para recoger la cola y desaparecieron. Se agitó el aire al paso de los espíritus que se dirigían al bosque para posarse en sus copas verde claro. Eran las almas de los árboles que regresaban a casa con el día.

Pero tras ellos quedó una huella. El bosque presentaba, a la intensa luz del día, una misteriosa desnudez. Los árboles estaban como embrujados con sus miembros redondos e hinchados;

extendían sus ramas como seres apoyados sobre la cabeza y con las piernas al aire. Por todas partes había árboles ahorquillados. En la corteza tenían cicatrices que parecían bocas. Temblaba en las hojas una cabellera de brotes. Entre el follaje se abrieron ojos azules. El bosque estaba como envuelto en una muda presencia de mujer.

En el corazón del bosque resonó la voz del cuco, charlatán y burlón. Su eco iba de loma en loma seguido de una carcajada.

EL TORO DE CIMBRIA

UNA o dos horas después de la salida del sol pudieron advertir los que se hallaban en las cumbres que todo el país cimbrío era una sinfonía. No sólo trinaba el ave y murmuraba el viento en las ramas y resonaba alguna otra voz humana; de toda Cimbria, lejos y cerca, subía el grito de todas las criaturas. Cálidos mugidos, repetidos muchas veces, en el fondo de los valles; balidos dulces subiendo a una con el sol; perros que ladraban sin cesar, y voces humanas, suaves unas veces y encolerizadas otras. Había llegado la época de sacar al campo los rebaños, que saludaban los

pastos con apasionados mugidos bestiales.

Podía distinguirse también el ganado de Tole. Del caserío caminaba hacia el yermo un gran rebaño de astados rodeado de perros y jinetes como de un anillo en continuo movimiento. Más lejos caminaba el abigarrado ganado de otro caserío. Por todas partes se veían manchas móviles formadas por los animales en su primera salida al campo. Tal iba a ser la imagen que la tierra presentaría en los próximos meses. Tras los rebaños iban rechinando los carros vivienda; detrás venían las tiendas con todos los enseres domésticos, y, cerrando la marcha, toda clase de sacos de cuero, que durante el

verano regresarían llenos de queso.

Pero el mismo día regresaron a casa de Tole los ancianos de todo el país que no hacían falta en los rebaños. Las fiestas iban a comenzar.

Desde las primeras horas de la mañana se concentró la atención en la herrería. Se estaban haciendo allí todos los preparativos para proceder a la fundición del toro.

Se había logrado el molde y el herrero estaba impaciente por verter en él toda la materia fundida. Había encendido el horno la tarde del día anterior y lo mantuvo encendido toda la noche. El metal era un mar de fuego derretido en el horno al rojo blanco. Se metió el molde en el hoyo. Ya todo

estaba listo. Todos estaban atentos, los ojos chispeantes de fuego y los dedos crispados. Sólo esperaban una señal de Tole.

En el último instante arrojó éste al horno una materia desconocida. Del mar de fuego se elevó una llama verde enorme. Entonces el herrero apartó a martillazos la piedra refractaria que cerraba el canal de salida, y el metal se vertió tranquilo en el molde hasta llenarlo y rebosar.

La tensión fué enorme durante el tiempo que hubo que esperar a que el bronce se solidificase para poder acercarse. El herrero tenía la frente llena de arrugas y los ojos apagados por la duda de semanas.

Izaron el molde con cabrias y aparejos y lo colocaron delante del hoyo. Cogió el herrero un mazo de madera y se dispuso a romperlo. Saltó en trozos parte del molde dejando al descubierto la cabeza del toro. Estaba entera, completa, incluso en la punta de los cuernos. Siguió el herrero martillando presa de una excitación febril. Y, sucesivamente, aparecieron los costados, la espalda, los cuartos traseros, las patas... La figura se mostró a la luz del día. Era una maravilla de pies a cabeza.

Amplia sonrisa triunfal iluminó la sudorosa y sucia cara del herrero, donde brillaba la rara blancura de sus dientes. Tole levantó su mano ceremoniosamente

y la apretó con fuerza contra la del herrero en una expresión de felicitación y agradecimiento.

La emoción fué general ante el bello espectáculo nunca visto. Allí estaba el toro auténtico, en metal reluciente, como un toro de oro y rayos de sol. Aquel toro mortal del día anterior era en aquel momento una obra para la eternidad.

Todos comprendieron que aquello era un acontecimiento para todo el país. Se había creado un nuevo símbolo de unión, una figura que reuniría a los cimbrios para sus actos religiosos. La suerte de Cimbria estaba ligada para siempre a la figura recién fundida.

El herrero recorrió detenidamente

toda la figura, demasiado caliente aún para ser tocada. Terminó su inspección y su cabeza aprobó satisfecha. Hasta en los menores detalles era perfecta. Cada huella de la cera había pasado al metal, incluso la huella de los dedos. Allí quedó inmortalizada la cosa más fina y sutil.

De pronto el herrero movió la cabeza; por su cara pasó una sombra. “¡Lástima que el griego no pueda verla! En realidad, todo fué obra suya. Si, el toro lo hizo él. Otros hemos cargado con la fundición, las incomodidades, la responsabilidad y la fatiga; pero el espíritu fué suyo”, pensó.

En aquellos momentos el griego ya estaba muy lejos, camino del Sur, y el

herrero pensó cómo se las habría arreglado para abrirse paso completamente a través del bosque.

Sí, el griego estaba a salvo; no había sido sacrificado con los demás que le hacían compañía en la jaula.

Se le echó de menos cuando fueron a buscarlo para el sacrificio de medianoche. El griego se había escapado. De nada sirvió lanzar perros tras su pista. Llevaba ya muchas horas de ventaja. Además se había notado la falta de un caballo. Entonces sacaron de sus cobijos a un esclavo de su misma talla más o menos y lo ofrecieron en su lugar a la horrible divinidad del templo.

Sin embargo, al cabo de breves días todo se había olvidado entre los

hombres. No así entre las mujeres, que durante mucho tiempo mantuvieron vivos los rumores. Ninguna sabía a punto fijo cómo había sido la fuga del griego. Todas sabían algo; pero eran detalles dispersos que no daban la versión auténtica y completa del hecho. ¿Qué había de cierto en todo aquello?

Todos, sin embargo, decían que Norne-Gaest había abierto la puerta de la jaula al prisionero, indicándole que se escapase. La fuga había tenido lugar al cerrar la noche, mientras todos estaban junto a la hoguera, y no fué advertida hasta unas horas después. Pero, ¿qué motivos tuvo el bardo para soltarlo? Y aquí tomó la palabra una mujer de voz chillona y ojos no muy

apacibles para asegurar que había sido Inge, la recién casada, la que había convencido al bardo, pues les había visto juntos en el monte. Inge le tenía echados los brazos al cuello y estaba fuera de sí. La comunicante esperaba que esto no llegase nunca a oídos de Boyerik.

No llegó nunca. Ni siquiera a hombre alguno. Pero tampoco éstos se dieron a pensar cómo se habría llevado a cabo la fuga del griego, pues asuntos más importantes que la fuga de un esclavo absorbían su atención.

Las fiestas de la boda transcurrieron sin la menor disonancia. La joven pareja recibió regalos valiosos, en especial la novia, ricamente

obsequiada con telas, equipos y vestidos por valor de muchas veintenas de reses. Las dos familias eran de lo más distinguido del país y sería muy difícil que una boda de primavera alcanzase tanta altura como ésta.

Norne-Gaest la sorprendió con un regalo que llamó poderosamente la atención. Era una joya del Sur, finamente trabajada en piedra negra y representaba una especie de escarabajo, perforado en un extremo para meter el cordón. Sin duda se trataba de una poderosa divinidad. En el lado inferior, liso, estaba grabada una imagen pequeña, casi invisible; una cabeza de mujer. El que la llevase colgada al cuello tenía la protección de la diosa. Los viejos

patriarcas la cogieron entre sus enormes dedos y la miraron con la mayor curiosidad, quizá tratando de averiguar el secreto de su poder. Muchos observaron que Inge se emocionó cuando recibió este regalo.

Ahora ya tenía Inge el pelo como las mujeres casadas: recogido y oculto por una pequeña cofia. Jamás volvería a tener el pelo suelto y brillante de antes. Pero en cambio ceñía su cabeza una cinta de oro.

El banquete se celebró al aire libre. La asistencia femenina fué numerosa. Vinieron de todo el país. Pertenecían a las mejores casas y venían cargadas de collares de ámbar, de hijos y nietos. Y el cielo presenció uno de los

típicos espectáculos del pueblo cimbrío: la reunión de las familias bajo un techo de árboles.

Pero una solemnidad así ofrecía una ocasión única para reunirse y verse. Se situaban las familias frente a frente, mostrando el fruto del año. Las madres presentaban orgullosas a sus hijos colocándolos en primer plano.

Hablaron con Inge de todos los deberes de una ama de casa, haciéndole preguntas que la recién casada fué contestando lo mejor que pudo. Le preguntaron acerca de la preparación de la cerveza; sostuvieron un largo interrogatorio sobre las labores del telar; trataron del arreglo de la casa... Inge respiró cuando las mujeres, dando

por terminado su interrogatorio, se dispusieron a reunirse en consejo y lucir sus abalorios en medio de una suave sonrisa.

También la juventud tuvo su reunión. Y sus amores. Más de un par de jóvenes de diecisiete años empezaron su idilio aquella tarde que siguió al banquete de la boda de Boyerik.

Si la boda había sido un acontecimiento por la categoría social de los novios, su importancia se vió acrecentada por la consagración de la imagen del toro, ceremonia que tuvo lugar al mismo tiempo. Aquél pasaría a la memoria de las gentes de Cimbria como el año de la boda de Boyerik e

Inge y de la consagración del toro.

La figura estaba lista. Únicamente había que quitarle los maderos que habían sostenido el molde.

Tole contempló la frente del toro con piedad y alegría. Allí, en el mismo sitio de la estrella, estaba el signo de la rotación como un pequeño y brillante sol de oro en el metal recién fundido. Este mismo signo estaba grabado en la frente del toro que adornaba el fondo de la gran caldera de plata de los Sacrificios y en la lanza del carro sagrado. Era el signo del nacimiento que unía el punto central de la vida con el misterio de la concepción del fuego y con la órbita de los cuerpos celestes.

Tole declaró que el poner la mano

sobre la frente del toro y sobre el antiguo signo era algo sagrado. Por tanto, toda promesa y ceremonia hecha de este modo obligaba solemnemente a todo cimbrio.

Trajeron el carro sagrado y con toda solemnidad pusieron en él la figura del toro. Estaban presentes todos los patriarcas del país. El toro ofrecía un aspecto maravilloso en lo alto del carro; parecía formar una sola pieza con él. Y todos vieron que Tole había hecho mucho por la magnificencia del culto cuando metió el dios del país dentro de la deslumbrante figura del toro. En seguida se echó de ver que la imagen ejercía su poder. Hombres y mujeres, cuya presencia no se toleraba,

naturalmente, cerca del carro, hacían señales de sumisión y se ponían tierra en la frente cuando vieron que la imagen era llevada al templo bajo la música de las luras.

La introducción del dios del templo en el interior del toro se efectuó a medianoche. Nadie estuvo presente en este acto aparte de las sacerdotisas y de Tole, que actuó de sumo sacerdote.

Pero el acto no se celebró pacíficamente. Las sacerdotisas no estaban conformes con las nuevas disposiciones de Tole; no querían que su diosa pasase al estómago de un toro. Armaron un terrible alboroto de gatas airadas. Tole tuvo que echar mano de la vara y darles unos golpes para imponer

su voluntad. Pero la oposición llegó a su momento culminante cuando Tole fué a coger el dios. Se cruzaron en la entrada y no le querían dejar pasar; luego se apoderaron del ídolo para impedir que Tole lo cogiera. Entonces éste les retorció las manos hasta hacérselo soltar, y, ya con él en la mano, lo utilizó a manera de garrote dándoles varios golpes en la cabeza. Y ellas, al sentir los golpes del dios, muy fuertes por cierto, cedieron.

Nadie se enteró de esta desagradable escena que tuvo lugar en el interior del templo. Únicamente Norne-Gaest, el amigo fiel de Tole, supo algo. Y quizás también los viejos cuervos del bosque sagrado, tan domesticados ya

que andaban por el templo y daban los buenos días.

Todo el día y toda la noche no cesaron de charlar los cuervos. Probablemente se comunicaban sus impresiones sobre los nuevos frutos que colgaban de los árboles para ellos. “¡Exquisitos!”, parecían decir. Fué el único elogio que los desgraciados esclavos tuvieron.

Había también muchas otras aves que volaban en bandadas, formando una rueda negra alrededor del bosque sagrado: cornejas, gavilanes, águilas. Pero ninguna de ellas estaba invitada al festín, siendo expulsadas por los cuervos después de una lucha violenta, que llenó de plumas el suelo y los

árboles que guardaban el templo.

Los días siguientes se celebraron las fiestas de primavera y la consagración del toro con grandes carreras, apuestas, torneos y juegos de bolos.

Sin embargo, antes de dar comienzo las fiestas, tuvo lugar el solemne acto de proceder a la siembra. Lo hizo Tole en nombre de todo el pueblo, depositando las semillas en un campo, completamente solo con la tierra y el sol. Con esta ceremonia quedaba cumplido el pacto en todos sus detalles. Ahora vendría la labor de los esclavos.

La siembra cayó tarde, pues Tole no había podido hacer sus observaciones solares.

Ganó la carrera de carros un campesino de las tierras del Oeste, mientras que la carrera de caballos dió la victoria a un rocín delgado velocísimo.

A esta diversión fueron admitidas las mujeres, que hermosearon el césped con sus relucientes vestidos de primavera, sobre los cuales brillaban cadenas de plata, broches, collares de ámbar, bronce y oro. Llevaban encima todo el tesoro familiar.

El vestido era el mismo para todas, con un pequeño detallito de confección o de adorno que indicaba de qué parte del país era su dueña. Constaba de dos piezas: camisa y falda. No tenía calzado. Sobre la camisa llevaba un corpiño sin

mangas, de colores vivos y de muchos modelos, según el gusto de cada región. Las mujeres se dirigían, miradas penetrantes a los vestidos, especialmente cuando éste mostraba alguna novedad, grabando en su memoria todos los detalles para imitarlo después. Finalmente, un manto echado sobre los hombros y espalda y sujeto con un enganche muy vistoso, o recogido sobre el brazo, completaba el atuendo femenino. Llevaban descubierta la cabeza. Por debajo de la cinta de oro caían unas finas colas de pelo.

Los hombres estaban en sus glorias con sus carreras y torneos. Las apuestas eran grandes, y los caballos que tomaban parte en la lucha cambiaban

continuamente de dueño. Floreció el comercio. Pocos hombres regresaban a sus casas con los mismos arreos con que habían salido el caballo y el carro. Se había apoderado de los campesinos el espíritu del cambio y el afán de novedades. Pero todo lo que cambiaba quedaba entre ellos.

A la tarde hombres y mujeres cenaron en amorosa compañía. Sentados muy juntos, se hicieron toda clase de obsequios y delicadezas, siendo la más exquisita la de ofrecerse almendras cogidas en la punta de los labios.

Comenzó la fiesta con agua de manantial, pero terminó con cerveza añeja. Por la noche todo fueron canciones. Cada tienda era una verbena.

Voces finas y agudas, voces fuertes de hombres, melodías amorosas, melodías festivas; gritos, alegrías, carcajadas sonoras y sonidos animales. Nadie durmió aquella noche. El cielo estaba rojo y las praderas llenas de elfos.

Solamente un triste incidente hubo en medio de tanta alegría desbordada. Un par de jóvenes que jugaban en la montaña a la captura de una doncella discutieron por causa de ella. Uno de ellos, más alto y fuerte que el otro, le dijo palabras de desprecio. Entonces el ofendido echó mano de un largo clavo y cosió a su enemigo hasta dejarle muerto. El homicida fué capturado al instante y la condenación fué unánime. ¡Asesinato! No se podía matar a nadie más que en

lucha legal, en duelo. Los jóvenes llevaron al criminal a un árbol y lo colgaron. El condenado se mostró contento de su acción; pero al ver el nudo fatal sintió vergüenza y deseó morir. Cuando el nudo corredizo le apretó el cuello contuvo la respiración para morir antes, pues era para él insoportable el pensamiento de que jamás sería suya la joven que tanto amaba, pese a haber acabado con las ilusiones de su rival. Los dos gallos fueron quemados juntos y sus cenizas bajaron a la misma tumba. Quizá en el otro mundo fuesen buenos amigos.

Al día siguiente adquirió otro carácter aquella asamblea popular. Las mujeres cocinaban sobre el césped,

entre las tiendas. Todas las familias del país parecían una sola y enorme familia. Por todas partes humo y olor a comida; por todas partes conversaciones de mujeres contándose intimidades a medida que se iban familiarizando, y riéndose a carcajadas cuando la conversación ofrecía materia para ello. Y dominando palabras y risas se oía gritar: “¡Hombres!”

Éstos, entretanto, se habían reunido en el campo y celebraban consejo. Estuvieron sentados casi todo el día alrededor de un círculo de varas blancas y discutiendo asuntos serios. Quizá se tomaron allí decisiones históricas y se prepararon planes para caer sobre el país de los aaboer y saquearlo, o una

incursión por tierras de Salling quemándolo todo y apoderándose del ganado. Buenos bueyes debía de haber allí. Esta asamblea puso fin al silencio de las armas. En las manos de los hombres volvieron a verse las largas lanzas; uno de los guerreros, completamente armado y tocado con casco adornado de figuras de animales, hizo una exhibición a caballo como si estuviera en pleno combate. El bullicio y la alegría fueron relegados al olvido, como si después de tantas horas de vida alegre y confiada se sintiesen deseos de guerra y de exterminio.

Luego unos se fueron a la caza del jabalí y otros, con su jauría de perros, se lanzaron en persecución del ciervo.

Mientras tanto se preparaban en el mayor secreto comedias y bailes de máscaras que tendrían lugar de noche a la luz de las antorchas.

Un buen grupo bajó al mercado que se celebraba allá abajo junto al río. Allí habían llegado, a bordo de ligeros barcos, comerciantes de lejanos países que instalaron sus tiendas en el campo. Sus artículos atraieron en seguida la curiosidad de las mujeres, cuyos ojos se iban detrás de tantos objetos preciosos como veían. También se veían parejas de prometidos que habían venido a comprar brazaletes, pendientes y broches en señal de un amor eterno.

¡Qué emoción ver las cajas de los mercaderes! Al abrirlas para mostrar lo

que había en su interior, parecía que se rasgaban las nubes y aparecía un fulgor deslumbrante de estrellas. Allí había objetos que habían venido de los países de Oriente a través de todos los reinos del mundo para deslumbrar los ojos de los cimbrios. Pulidos espejos de bronce italianos, perlas bellísimas, dijes de oro de la más pura filigrana, telas con dibujos de aves tan finas, que no se podía distinguir el hilo en ellas, pegándose a la punta de los dedos como si fueran telarañas; alfileres preciosos, anillos con piedras de ensueño.

Se efectuaron muchas transacciones. Compradores de mejillas encendidas, deseosos de comprarlo todo, ofreciendo todo, ofreciendo

demasiado para cumplir este o aquel capricho; comerciantes de mirada fría e impenetrable, que explotaron maravillosamente aquella favorable coyuntura.

Cuando terminó la feria bajó por el río toda una flota de barcos que habían fletado los comerciantes para transportar el producto de sus transacciones. Los barcos iban cargados de pieles, cueros y lanas y de nuevo pusieron proa al Sur, de donde habían traído todos aquellos lujos que se quedaron para siempre en el país de los cimbrios.

Al cuarto día terminaron las fiestas de primavera. Uno tras otro, cargaron en los carros vivienda, tiendas y enseres,

niños y perros; uncieron los bueyes y se alejaron en dirección de los puntos donde cada uno tenía su ganado.

Y un buen día se marchó Norne-Gaest. Los cimbrios vieron desaparecer su espalda tras una loma, camino del Sur.

VEDIS

TRANSCURRIÓ el verano en pleno olvido de sí mismo, como todos los veranos. Anidaron las aves. El huevo se convirtió en un pequeño ser alado; las crías de vaca se transformaron en vistosas terneras; engordaron y crecieron los corderos, que ya no cesaron de retozar aquellos alegres meses de sol y libertad. El hombre no dejó la compañía de los animales, que no conocen el tiempo; con ellos recorrieron todos los lugares del país, parándose un poco aquí, deteniéndose un poco allá. Su vida tuvo por techo el cielo, y por colchón, la tierra verde. Su

alimentación era principalmente leche agria, pues no había caza. Su pecho se llenó de aire, de canciones, de noches claras, y su alma gozó con la compañía de sus semejantes. Enervaba el sol y buscó la sombra. Los carneros ocultaban la cabeza debajo del vientre de sus compañeros, buscando fresco. ¡Qué bien se dormía sobre el césped!

Pululaban las abejas por doquier. Estaban en plena época de actividad creadora. Se las veía surgir como un ejército a la luz del sol en el deslumbrador mediodía y lanzarse contra la tierra en busca de un árbol o de un hueco que habitar. Y el hombre miraba dónde hacían su morada para quitarles la miel llegado el otoño.

Y lo mismo que la miel almacenó sol, aire y verano, así también entró el hombre en el otoño con grandes reservas de fuego en la sangre, con la piel tostada por el sol y el alma embriagada de luz.

Pero vinieron los meses largos y oscuros, y el hombre volvió a perder la coloración morena del sol, y el fuego de su sangre pasó a ser un recuerdo. Y llegó la primera nevada, y con ella, la sensación de que el verano jamás había existido.

¡El invierno! Sí, el invierno cimbrío, que no deja rastro del verano.

Pero el otoño trajo el fruto sembrado en primavera. Y el hombre recogió la opulencia de las plantas, el perfume del fruto; vió la sonrisa del sol

sobre el trigo y recogió las doradas espigas. Todo, sin embargo, estaba olvidado ante la dura y blanca realidad del invierno.

Mas he aquí que en medio de la desolada noche aparece la esperanza. Inge, la Novia de Mayo, trajo al mundo a su primogénito, primavera de la primavera, una estrella en medio de la noche invernal. Llegó la nueva vida y creció con el solsticio.

Era una niña. Su joven padre miró a la madre antes que a la hija. Se le dió el nombre de Vedis y fué consagrada al cielo. Sería vestal, la sacerdotisa que cuidaría el fuego sagrado ante la imagen del toro. A los cinco años sería llevada al templo para que las viejas

sacerdotisas se encargasen de su educación.

Pero mientras esa edad no llegaba, estaría la niña con su madre. ¡Qué alegre estaba Inge con su hija! ¡Cuántas veces los ojos de la madre se cruzaron bañados de dulzura con los alegres y asombrados ojos de Vedis! ¡Cuántas sonrisas inefables!...

La niña era ilustre por su padre y por su madre. Era la criatura más distinguida de todo el país. Bellísima, con unos ojos como el cielo azul leche de principios de primavera; blanca como la nieve y el brillo lunar, casi verdoso a la sombra, como las blancas lanzas que dispara el sol sobre las casas de la tierra. Pero así como era una

perfección física, era una joya espiritual; alegre, buena, inteligente; un alma exquisita. ¡Qué armonía la de aquel cuerpo sano y de aquella alma maravillosa!

Comenzó la vida para Vedis como una cosa oscura de donde salía el mundo; un mundo en un mundo. Eran dos en él, según ella podía recordar. Y el segundo era un niño, que era más pequeño que ella; Se arrastraba por el suelo y hacía todo lo que ella hacía. La vida vino hacia los dos en forma de una serie de importantes descubrimientos. Cada día descubrían una nueva maravilla. Ya antes de salir de la estrecha habitación en que habían nacido vino el mundo a ellos a trozos, pero de

un modo que jamás olvidaron.

Eran largos los inviernos, tan largos que no parecía existir otra cosa. Los días de sol se perdían en el recuerdo. Siempre estaban bajo techo, entre sus camitas y sus bancos. Sobre ellos estaba el techo con vigas y figuras del sol en las formas más diversas. Y por encima de todo estaba la chimenea, un pozo destellante en el mismo espacio celeste, siempre manchado por el humo que salía del hogar; pero de noche, cuando la habitación estaba fría, todo estaba limpio hasta las estrellas, que apenas se movían de la senda caliente que partía de la habitación a través de la chimenea. Eran las mismas estrellas de siempre clavadas en el techo oscuro del

cielo. El frío que caía sobre el rostro parecía enviado por ellas. Cuando lloraban, oían cerca la voz de la madre y sentían su mano caliente sobre sus ropitas hasta que volvían a quedarse dormidos.

El mundo exterior mandó su mensaje. En el umbral de la puerta que no podía atravesarse aparecieron figuras envueltas en bufandas que les tapaban hasta la nariz, las cuales echaron por el suelo turba y brezo, mientras penetraba en el interior de la casa un aire helado que enfrió por mucho tiempo la habitación de los niños.

Pero el brezo se calentó y esparció un perfume fuerte por la casa. Parecía que el espíritu del brezo llenaba el aire

impalpable penetrando con su cálido y suave aroma en todos los rincones de la casa.

Los primeros y mayores descubrimientos que hicieron los niños tuvieron lugar en los haces de brezo junto a la puerta húmeda. Cogían las más hermosas plantas de brezo y con ellas se entretenían todo el día. Otras veces lo echaban al fuego y entonces el brezo despedía un olor más fuerte todavía en medio de un crepitar de ramas y de una masa de humo blanco.

El fuego era un mundo terrible, inaccesible. Apenas lo podían contemplar a distancia. “¡No juguéis con él!”, amonestaba la madre. Y los niños se mantenían alejados del terrible

elemento, contentándose con ver consumirse el brezo en sus llamas devoradoras, que iluminaban sus rostros serios y fascinados. El fuego era un abismo de luz.

Entre estos abismos — cielo y fuego — vivían los niños. La puerta les cerraba el mundo exterior. La única idea que de él tenían les venía a través de las rendijas en forma de un torbellino de nieve que el aire empujaba hacia dentro, dejando sobre el suelo pequeñas lenguas blancas. La madera de las paredes estaba rajada, y por unas grietas profundamente negras entraba el frío. Eran las grietas los agujeros de los niños; allí escondían sus bolitas, piedras y otros tesoros.

Glum se llamaba el hermanito con el que Vedis compartía el mundo. El niño comenzó a hablar muy pronto y entre los dos se estableció un lenguaje infantil muy especial.

Más tarde se oyó en el aposento una nueva voz: una criatura invisible hasta pasadas unas horas. Pero debía de ser un ser muy poderoso, pues su presencia trajo la intranquilidad a la casa y a todo aquel mundo. Los dos hermanitos fueron llevados a otra casa, a un mundo desconocido para ellos, lejos de la presencia de la madre. Su existencia sufrió un cambio total.

Solamente una vez volvieron a ver las habitaciones donde había comenzado su mundo. Todas estaban deshechas; de

allí faltaban lechos y objetos; no quedaron más que las paredes desnudas. No había fuego en la cocina; únicamente se conservaba una espesa capa de ramas de enebro. En medio de la habitación vacía yacía la madre como una larga forma blanca. Solamente se veía su cara, más blanca aún que la blanca nieve.

Les juntaron las manos y les llevaron al ataúd y entonces vieron los niños que la cara de la madre estaba helada. Sobre sus mejillas y la frente había flores de hielo — finas estrellitas parecidas a las que forma el agua cuando se hiela por la noche—. Y la habitación estaba más fría que la noche.

¡Qué joven había muerto! Sobre su cabeza se mostraba la belleza de una

corona de arándano rojo y en las manos le habían puesto orquídeas con dos bulbos: uno blanco y otro negro. Simbolizaban la muerte y la resurrección.

Y a partir de aquel día se llevaron fuera a los dos pequeños. A distancia les mostraron un fuego poderoso con llamas blancas al resplandor del sol de invierno. Surgía de un punto situado en medio de la nieve. A su alrededor se movían muchas personas mayores al son de la lura y arrojaban a las llamas ropas y objetos. Y como jamás volvieron a ver a su madre y les preguntaban por ella, ellos contestaban diciendo que se había ido a la tierra del sol.

LA EMIGRACIÓN

LA INUNDACIÓN

AUMENTÓ de nuevo el mundo para Vedis. Ahora ya eran tres. Un nuevo hermano se arrastraba tras ellos y se apoderaba de las cosas de Glum, quien, irritado, se las quitaba de las manos a viva fuerza. El recién llegado se llamaba Ingvar, y durante algún tiempo no tuvo más lenguaje que los gritos. Sin embargo, llegó un momento en que también éste empezó a hablar como Glum, y entonces los tres se entendieron perfectamente. Vedis mantenía la paz y no era necesaria la molesta intervención de las personas mayores.

Vivía en otra casa, bajo la

vigilancia poco comprensiva de mujeres que no los dejaban acercarse al fuego, ni a la puerta, ni les permitían nada con lo que suavizar estas prohibiciones. Entonces los niños se encerraron en su mundo propio, y en él vieron una vida que nadie les podía quitar, porque nadie tenía la menor idea acerca de él.

Pero, ¡ay!, llegó el día de la separación. Vedis fué apartada de sus hermanos para iniciar el aprendizaje de sus deberes. Tenía ya cinco años y había que vivir en el templo.

La presentaron a unas mujeres viejas y encorvadas, que olían a ratón y tenían el pelo rizado sobre el mentón. Palparon a la niña sin sonreír; le doblaron las articulaciones e hicieron

comentarios con voz de cornejas. Fué confiada a una sacerdotisa más joven, quien poco a poco le fué enseñando cómo se cuidaba el fuego. Ante el toro sagrado, reluciente animal, le enseñaron a prosternarse con la frente pegada al suelo.

No pasaba, sin embargo, las noches en el lóbrego lugar. Venía a dormir a casa con dos niñas que también serían sacerdotisas. Éstas la recibieron muy bien. Jugaban a escondidas y aprendieron a reírse con ganas sin soltar la carcajada. La casa era redonda, de ramas entrelazadas recubiertas de barro. En el techo había un boquete para el humo, y a través de él podía Vedis ver las estrellas que conoció cuando vivía

en la olvidada casa en que nació.

Cuando se despertaba por la noche pensaba en su madre, a la que no solamente no olvidaba, sino que le parecía estar viéndola por última vez con aquella figura blanca bajo la luz de la chimenea. Y desde entonces tendría siempre presentes los centelleantes y fríos copos de nieve que entraban por la chimenea y se posaban mansamente en la habitación y en la helada cara de su madre. Si al despertar se encontraba sola y sentía miedo, echaba mano al cuello donde tenía una cadena que no podía quitar y de la cual pendía un santo amuleto protector, un pequeño escarabajo negro que su madre le había dado y besado muchas veces en su

pecho, como si quisiera clavárselo a besos. Vedis se dió cuenta en sus pocos años de que el amuleto era su defensa.

Pero a Glum y a Ingvar los tenía siempre en su pensamiento, y durante las primeras semanas estuvo muda de preocupación por haber sido separada de ellos. Y en su corazón se abrió una oculta herida de dolor por esta separación. Esta herida no se cerraría jamás.

Los veía de cuando en cuando, en las ocasiones en que estaba libre y se atrevía a dejar el templo. Los niños, en cambio, ya habían crecido y no sentían por su hermana el hondo afecto que ésta sentía por ellos. Pronto se dieron cuenta de que eran hijos de Boyerik, y su

preocupación era llegar pronto a ser hombres. Hablaban de caballos cuando apenas sabían mover la lengua y trataban de acercarse a los mozos. Su padre les hizo con sus propias manos el primer arco, y Tole se enteró del cariño que el pueblo profesaba a los dos niños. Frecuentemente llevaba de la mano a los biznietos de su hermano, ramas innumerables de la familia que correteaban por el caserío y a las que parecía tener un cariño especial.

Pero aunque los hermanos estaban siempre allí, Vedis apenas podía acercarse a ellos. Veía raras veces a su padre, que siempre se mostraba cariñoso con ella; pero nunca se paraba con la hija; todo era de paso, sin apearse

del caballo, sin dejar de andar. Por este motivo sus hermanos y su padre eran para ella una cosa grande que amaba, pero que se le iba. Y la pena se le clavaba en el fondo del alma. Echaba de menos aquel mundo que se le había ido y jamás se curaría de esta falta.

En el templo tenía un escondrijo desde donde, sin ser vista, podía mirar a través de las matas al caserío y al mundo de los hombres. Y veía a los grandes y maravillosos mozos cazar por el campo; tan pronto estaban sobre el lomo del caballo como a pie. Los veía dar un salto y flechar el aire; agarrarse al cuello del caballo, cogerse con una mano a la crin y hacer mil vistosas habilidades. Veía salir una lluvia de

piedras de los cascos de los caballos. Y Vedis estaba entusiasmada; amaba a los mozos y amaba a los caballos. ¡Qué amable maravilla eran para ella los rudos, ágiles, bellos y temibles mozos!

Nadie sabía que desde el templo los miraban con un ardiente deseo de verlos; nadie sabía que desde su prohibido recinto un corazón de niña grande como el mar amaba en silencio.

Vedis se hizo mujer. Creció su cuerpo y su corazón creció. Y desde su mundo veía a los mozos y a los guerreros y los amaba. ¡Ella, la sacerdotisa, la vestal, amaba a los guerreros! ¡Cómo sonaba en su corazón el ruido de las armas de hierro, el rozar de los escudos, las voces recias de los

mozos, de los jinetes, de ellos...!

Pero ya no los veía desde el escondrijo del templo. Ahora los veía desde el carro sagrado, viajero sin cesar. Largos años llevaba recorriendo tierras nuevas, nuevos mundos. La patria se había quedado lejos bajo un sudario de nieve y de agua, y la vida había cambiado completamente desde que el carro sagrado iniciara su marcha.

Sí, los cimbrios se habían puesto en marcha. Les había obligado a ello una época de grandes desgracias que convirtió Jutlandia en un inmenso campo de ruinas. Se ahogaron los hombres y los animales; se anegó la tierra y no dió fruto; se desató el cielo y cayó nieve

como jamás recordaban; se nubló el cielo y el sol no envió su luz. Los hombres montaron en cólera, las mujeres callaban y el hambre hacía estragos. Los cimrios tuvieron que marchar.

Vedis recordaba esta época. En realidad había nacido con ella, pues el año que vino al mundo hubo grandes inundaciones en toda Cimbria y en toda Jutlandia. Todas las tierras de labor y las praderas quedaron cubiertas por las aguas. Los fiordos avanzaron hacia el interior de las tierras; los ríos se salieron del cauce y se extendieron por los valles. Los viejos estuarios por los que las aguas del deshielo corrían hacia el mar en la geológica época de los hielos, volvieron a llenarse entonces.

En el verano bajaban las aguas; pero cada nueva primavera subían otra vez con las tormentas y los chaparrones. Mugía el mar y se dejaba ver potente dentro de los fiordos. El hielo ceñía el agua a la tierra como un arnés. Se amontonaba encima la nieve y, a la primavera siguiente, cuando venía el deshielo y las tierras bajas quedaban secas, no se veía sobre las tierras de labor más que una inmensa capa de algas sobre el suelo blanco lleno de sal. Aquel año no hubo trigo.

Pero esta tragedia duró cinco años seguidos y cada vez con más intensidad. Nadie dudaba de que el mar pugnaba por dominar la tierra, lanzando sus olas con el exclusivo fin de hundirla.

Los cimbrios no se durmieron; intentaron todo para calmar a los dioses: ofrendas, oraciones, sacrificios. Miles de animales fueron sacrificados en los lagos próximos al mar. Pero los lagos no quisieron estos sacrificios y devolvieron los pobres astados con el vientre reventado y las pezuñas al aire, dejándolos en la orilla.

En las zonas altas se encontraron cimbrios, hardos y aaboeros, todos con la misma preocupación. Se les agregaron después los habitantes de Salling y Thybos. La espantosa amenaza les hizo olvidar sus tradicionales enemistades. Toda Jutlandia estaba abocada a la desaparición bajo las aguas del mar. Se reunieron entonces

todos los jefes y nobles y llamaron a juicio al mar. Había que hacerle saber que la tierra era de ellos por voluntad de los dioses y que no se la podía arrebatarse. Y el mar acudió puntualmente a la cita penetrando tierra adentro con negro oleaje y escupiendo una ballena que, al pudrirse, llenó aquel lugar de un hedor insoportable durante todo el verano. Y el lago tampoco hizo caso de las nuevas ofrendas de los campesinos. De nada había servido el juicio.

Algunos jóvenes, para quienes lo legal era un procedimiento demasiado lento, se agruparon con otros muchos en torno de Boyerik, como era de esperar, e hicieron una salida armada contra el mar. Desplegaron en orden de batalla

avanzando hasta el Kattegat, y allí renegaron del mar metiéndose en el agua hasta la cintura y tirando una lanza a las olas en señal de reto. Después fueron recorriendo toda la orilla descargando sablazos sobre las olas y burlándose de ellas. Pero no pudieron hacer otra cosa. El mar, con sólo abrir la boca, los mojó completamente. La campaña no dió fruto.

Aquel mismo año desapareció Boyerik junto con una tropa de cimbrios que pensaban como él. Se había marchado del país, camino del Sur. Los cimbrios añoraron su ausencia como se añora una primavera. Cimbria estaba revuelta: los esclavos se insubordinaban y abandonaron el trabajo cantando

himnos a la libertad; muchos jóvenes libres se dispersaron por todo el país haciendo lo que se les antojaba. Pero volvió el orden y cesaron las canciones cuando regresó Boyerik.

Hubo después reuniones y negociaciones secretas. Circularon rumores de que Boyerik había ido muy lejos en su excursión al Sur, llegando hasta Valland. El viaje tuvo carácter exploratorio y su resultado fué que Boyerik ejerció toda su influencia para convencer a todos de que debían emigrar y buscar pastos dondequiera que los hubiese. Estaba más comunicativo que nunca. Cubría su cabeza un casco extranjero, que no se quitaba jamás, todo hierro y casi completamente cerrado.

Desde aquel entonces se consideró siempre en estado de guerra; y la tierra parecía assolada por esta causa.

Llegó, por fin, el último año de calamidades. El mar atacó a la vez en las dos costas. Los fiordos y los ríos ofrecían un aspecto pavoroso con las aguas enfurecidas; el cielo abrió las esclusas a la lluvia; galopaba la tormenta sobre la tierra asustada... Los cimbrios creyeron que el fin estaba cerca.

Ocurrió la catástrofe en la primavera, después de iniciarse el deshielo. A la furia del mar vino a juntarse el ímpetu de las aguas de nieve desbordadas, que bajaban ruidosas de las masas blancas que cubrían montañas.

Y la galerna del Noroeste echó las olas tierra adentro y presionó al Kattegat para que, a su vez, se lanzase por los valles y fiordos de la costa oriental.

La población huyó de los valles y tierras bajas camino de las tierras altas, cargando apresuradamente con todo lo que pudieron salvar. Madres con los hijos en brazos y hombres empujando carros y animando a un ganado asustado. Pero ¡cuántas vidas humanas y cuánto ganado y casas y riquezas se perdieron para siempre! Flotaban las casas y chozas arrastradas por la corriente hacia el mar; y de cuando en cuando, en las aguas espumeantes, asomaba la trágica mueca de un ser humano ahogado o el cadáver de una vaca, de un caballo o de

una oveja.

Por fin se pusieron a salvo los fugitivos en las tierras salvajes del centro de Cimbria. En sus brezales y en sus bosques azotados por el temporal se reunieron todos los linajes de Cimbria. Como una gran familia habían venido al país en la noche de los tiempos y se habían multiplicado y extendido en los tiempos buenos. Pero ahora tenían el infortunio encima. Y ¿qué hacían allí todos reunidos otra vez? ¿Esperar el fin? ¿Empezar de nuevo?

Entre el ganado destacaba la cornamenta de los ciervos, arrojados también de los valles, y muy cerca de ellos y de los hombres, subían los lobos y los jabalíes para ponerse a salvo.

Miraban estas fieras con ojos atemorizados y daban la impresión de ser unos *miseros* pecadores ante la presencia de los hombres, quienes, abrumados por su desgracia, ni siquiera se preocupaban de ellas. Ni los caballos se estremecieron cuando advirtieron la presencia del lobo. Era demasiado grande el terror de los elementos desatados.

Y allí, en las tierras de Cimbria, se reunieron hombres y animales. Aquel lugar de refugio era una isla, pues por todas partes no se alcanzaba a ver más que agua desbordada. De las nubes caía una lluvia diluvial y fría. La tierra estaba mojada; la vegetación estaba mojada y el bosque era un depósito de

agua. Mojados estaban los carros y empapadas las pieles, y el fuego ardía lentamente en las enmohecidas tiendas de cuero. Todo estaba mojado: hombres y animales... Y nadie sabía desde cuándo.

Arreció la tormenta, y el agua de la lluvia se lanzó como un ejército sobre la tierra, empujada por un viento rápido e implacable, que hacía doblar hacia delante a los hombres más fuertes para mantener el equilibrio y no caerse.

Se apoderó de ellos el terror. Mensajeros y enlaces regresaban semiinconscientes y cegados tras una fatigosa carrera a caballo en medio de la lluvia y contra el viento. Y todo el mundo formaba un compacto anillo a su

alrededor para escuchar las noticias. Y se produjo un escalofrío de espanto, que en las mujeres rayaba en locura, cuando se enteraron de que el mar del Oeste había penetrado una milla en tierra.

Por personas llegadas a Salling se supo que el mar cabalgaba sobre el cuello de Jutlandia devorando tierras, lanzando espuma de sus olas encrespadas y arrastrando piedras y rocas. No había aldea ni caserío que no estuviese invadido por las aguas.

De la zona Este llegaron noticias de que casi todas las comarcas habían desaparecido bajo las aguas, mientras que corrían rumores de que por el Sur estaba el mar devorando las raíces de Jutlandia.

Alzóse un lamento general en el campamento cimbrío. Las mujeres se inclinaron sobre sus hijos llorando. Lejos y cerca se oían los gemidos y sollozos contenidos. Llanto de mujer que ponía un lúgubre contrapunto al chasquido de la lluvia y al ulular del viento, haciendo palidecer a los hombres.

Tres días duró el temporal y en todo este tiempo el cielo presentó un aspecto sombrío, envolviendo a los atemorizados cimbríos en una semioscuridad. Hizo su aparición la escasez. En las tiendas y en los carros no se conocía el pan; apenas había leche; los rebaños estaban flacos y

extenuados. Matar el ganado, era empeorar la situación. Cimbria no sabía qué hacer.

Los viejos esperaban, esperaban; dejaban que la tormenta pasase sobre sus cabezas. No podían hacer otra cosa. Pero la juventud lo tomó de otra forma; era como si la tormenta hubiese encendido en ella nuevas e incomprensibles alegrías. Salían a caballo de noche, en medio del temporal; galopaban y rugían como el viento. Y los viejos, meneando la cabeza, veían que si la tormenta seguía azotando a aquella indómita juventud, ésta acabaría acostumbrándose a ella. Y así sucedió, en efecto.

Boyerik se paseaba a caballo en

medio del temporal y a su alrededor fué formándose un grupo cada vez más numeroso. En medio de todas las asambleas populares que se celebraban allí era de ver siempre, en el centro, el oxidado casco de Boyerik. Y de aquellas asambleas salieron grandes resoluciones, cuya puesta en práctica era inminente.

Y así fué que llegó una mañana, y el sol asomó en el cielo. Fué un momento indescriptible. Se rasgaron las nubes y entonces se echó sobre la tierra como una corriente de fuego blanco. El sol enviaba a la tierra su primer mensaje de esperanza mezclado con un ataque de granizo que caía de las nubes negras.

Y en aquel momento en que el sol

estaba presente se echó la vara que decidió la suerte de los cimbrios.

La echó Boyerik en nombre de todo el pueblo, con una salvaje solemnidad de reto al cielo. No subió mucho la vara de fresno; la cogió el viento deteniéndola en su carrera ascendente y, haciéndola girar muchas veces sobre sí misma, la lanzó contra el suelo. Acudieron rápidos los testigos y la recogieron; se dirigieron a la asamblea y declararon que el lado blanco miraba al cielo. ¡Esto significaba viaje!

Se desenvainaron las espadas y se golpearon los escudos; de las gargantas salió un grito unánime: “¡Guerra! ¡Ese es nuestro destino!” El acto transcurrió en un altozano bajo todas las formalidades

legales.

Pero el derecho se lo habían conferido a sí mismos Boyerik y toda la juventud, que demostraron su poder de resolución prescindiendo de los viejos. Habían celebrado su asamblea y dado el paso decisivo. Habían consultado al cielo, y éste había respondido. No se volverían atrás.

Hasta entonces sólo Tole podía consultar a los dioses. Ahora no se le había preguntado ni consultado. Nada tenía que oponer tampoco, pues los jóvenes le habían tenido al corriente de sus resoluciones y del alcance de las mismas. Se limitó a estremecerse y a mover la cabeza.

No hubo necesidad de decir, pues

todos lo sabían, que Tole había mantenido los últimos años malas relaciones con los dioses, ya fuese porque sus ofrendas no les hubiesen agradado o porque se hubiese burlado de ellos, a los que legalmente debía reverenciar. Muchos le criticaban que se había preocupado demasiado del sol, para conseguir tan poco, cuando se estaba viendo con toda evidencia aquellos años que la tempestad y las nubes eran más poderosas que él. Bastante más lógico hubiera sido pensar también un poco en el dios del viento, siquiera por el poder que la noche y el temporal, tan inequívocamente, ejercían en el cielo y sobre la vida de los hombres.

El pensamiento de Boyerik al arrojar la vara era que el sol la viese; pero fué el viento quien le había dado la vuelta, y Boyerik interpretó este resultado como un pacto con el viento más que con el sol. La juventud no vaciló en aliarse con los poderes de las tinieblas cuando las fuentes de la luz se cerraban. Si éstas no enviaban sus rayos, seguirían el camino del viento.

Este repudio del viejo pacto marcó una nueva era en la vida de los cimbrios. La juventud, perdida la fe en la permanencia de la luz, no dudó en aliarse con las peligrosas fuerzas que se enlazaban con la duda. Ahora iban a ver hasta dónde llegaba el poder del dios de la tempestad. Ya no querían seguir más

tiempo allí.

¡La guerra por la guerra! ¡Dioses nuevos!

Y ¿qué podía hacerse cuando la juventud se había declarado tan abiertamente contraria a la luz? Tole opinó que era una huida; que lo más valiente era quedarse, tomar la situación como la habían tomado los antepasados. Pero Tole no le comunicó este punto de vista ni a Boyerik ni al pueblo. Por causas que él no comprendía, el sol no le había respondido. Ya no era el hombre cuyas palabras merecían crédito.

Y los cimbrios se marcharon. Casi todo el pueblo siguió a Boyerik.

Tole se quedó en su tierra natal. No

quiso abandonar la tumba de su padre. Pero traspasó voluntariamente a Boyerik su autoridad con todos los atributos del poder.

Con los expedicionarios iba el toro y el anillo sagrado. Estas dos cosas eran inseparables del pueblo cimbrío y con él irían a todas partes. Ellas eran la genuina expresión del alma cimbría, la representación visible de sus dioses, las que ligaban su suerte sobre la tierra.

Y así cuando la caravana se puso en marcha hacia el Sur, podía distinguirse a una milla de distancia un punto luminoso que precedía a toda la interminable fila de carros. Era el toro sagrado. Con él iban las sacerdotisas encargadas de conservar el fuego.

No se quedó el país despoblado del todo. Con Tole quedaron muchos viejos patriarcas y mujeres, algunas vacas y caballos, restos de los grandes rebaños que se habían ido con los emigrantes. Quedó también un pequeño grupo de esclavos en los que no habían puesto su atención, quizá a causa del color, que los confundía con la turba, en cuyos pozos vivían. Tole se quedó un caballo padre y dos jumentos. Aunque estaba próximo el momento de su muerte, no podía tolerar que desapareciese del mundo la raza que con tanto cariño y desvelo había logrado criar. Pidió a Boyerik que le dejase a su hijo más pequeño, al tierno Ingvar, para poder transmitirle en su día los

privilegios de la familia, a lo que aquél accedió.

De lo que allí había quedado nacerían nuevos dueños de la vieja Cimbria. La gente joven y adulta se había marchado. En Cimbria quedaban viejos y niños.

Vacío y sin labrar se quedó el caserío y las tierras de Tole; abandonado yacía el templo, abandonado a la hierba salvaje, sin fuego ni vestales. Ahora vivía en él la noche eterna, el lúgubre susurro del viento en los árboles del bosque sagrado, los elementos sin domar.

En una de las chozas del desierto caserío, temblando de frío al pie de una gran hoguera, encontró Norne-Gaest a

Tole una primavera que vino al país de los cimrios, después de la gran emigración. Le trajo a Tole noticias de los expedicionarios, que ya se encontraban muy adentro de Europa. Los dos viejos juntaron sus cabezas y se cambiaron sus conocimientos, como solían hacer tantas veces en el pasado. Pero Tole no comunicó más que melancolía, la, dolorosa tristeza y extrañeza por todo lo que le había abandonado.

Tole había hecho en silencio el último sacrificio después de la marcha de Boyerik. Contó a Norne-Gaest que había cogido la gran caldera de plata, abandonada en el templo, y la había llevado a un sitio salvaje y que allí la

había hecho pedazos para que no fuese utilizada por nadie. Y que había esparcido los pedazos por un sitio temido desde tiempo inmemorial por el pueblo. Era este lugar un barranco húmedo y profundo en medio de un matorral sombrío y lleno de erizos y turones, morada de urracas y de halcones.

Un viejo montón de huesos sobre el suelo indicaba que en aquel lugar se habían ofrendado a los dioses muchas víctimas en una época en que los antepasados apenas tenían una vaga idea de los dioses y rendían culto a la crueldad. Allí se habían sacrificado niños a los espíritus crueles.

En ningún lugar había tantas

víboras como allí. Los días de sol parecía viva la hierba que cubría el barranco. La tierra era una serie de anillos en movimiento. A distancia se podía oír el silbido de los horribles reptiles arrastrándose entre las ramas. Nadie se acercaba a aquel lugar, tanto más cuanto que los viejos habían visto la importancia de estar en buenas relaciones con los reptiles. Incluso se había obligado a las doncellas a entrar desnudas en el barranco, que estaba rodeado de perros, hasta que un grito salido de él demostrase que la víctima había sido mordida.

Tole recordaba que su abuelo había hecho ofrendas en aquel siniestro lugar, pero secretamente, como si se

avergonzara de ello, aunque plenamente convencido de que era necesario. Y sacudía la cabeza viendo que la juventud de entonces pensaba de otra manera. Exactamente igual que Tole hacía con la juventud que se había marchado al Sur.

Las ofrendas a las víboras no tenían sentido en realidad, aunque los viejos, de una manera o de otra, las consideraban como una materialización del rayo. Sin embargo, Tole jamás había podido considerarlas de otro modo que como una imagen. Ciertas personas protegían culebras y serpientes guardándolas en sus casas, debajo de las camas, y dándoles de comer, con la esperanza de que les alejarían el rayo; pero si alguien, como persona

informada, quería estar en buenas relaciones con el rayo, se dirigía a la fuente, a los poderes del cielo, mirando a lo alto, no al suelo. Pero ahora tenía la caldera que estar allí, entregada al espíritu cruel que todavía moraba en aquel lugar, aunque ya no hubiera dioses. Ya no servía para nada la caldera; pertenecía al pasado.

Era evidente que la divinidad a la que tantos sacrificios se habían hecho en la caldera no había aceptado las ofrendas. ¿Es que no tenían valor éstas, o era que la divinidad no tenía poder ninguno? Las imágenes que había en la caldera, en las que los cimbrios tenían depositada su esperanza y su temor, ¿no eran más que imágenes? ¿Qué hacer

entonces?

Como no había seguridad de nada, Tole había entregado las cosas y las imágenes unas a otras bajo la mirada del cielo. Éste recogió lo que él había rechazado y podía conservar esto o dejar que las cosas sucediesen según su voluntad.

Sí; Norne-Gaest había encontrado a los cimbrios, y Tole se puso contento al saber que todos estaban bien. Los había encontrado al sur de Frisia. Estaban acampados y vivían en sus carros por razones de seguridad. A su alrededor había zonas muy poco habitadas, llenas de bosque y de yermo. Los rebaños podían andar a sus anchas, aunque la caballería tenía que ejercer una

vigilancia continua sobre los extranjeros que poblaban los alrededores y no abrigaban buenos sentimientos hacia ellos. Pero esto no les cogía de sorpresa. Como la tierra no servía para el cultivo, la mayoría se pronunció por levantar las tiendas y seguir adelante cuanto antes. Probablemente en aquellos momentos estaban más hacia el Sur. Apenas habían tenido pérdidas de hombres ni habían ocurrido desgracias sensibles. Al contrario, eran más que cuando salieron, pues, según iban atravesando Jutlandia, se les fué agregando gente y más gente de distintas tribus que también habían sufrido la inundación y prefirieron emigrar. Los incorporados tuvieron que poner las

manos sobre la frente del toro y jurar obediencia a Boyerik. Tole se alegró mucho al oír esto. Tuvieron también sus pequeñas contrariedades, pues no todas las tribus se mostraban conformes en que pasasen con todo el ganado y les dejasen las tierras limpias de hierba, a pesar de que en el centro del país había terrenos comunes donde apacentar sin perjudicar a nadie. Pero Boyerik había utilizado la fuerza donde se le negó permiso y zurró a la plebe que le había salido al encuentro para echarlo de allí. Sí, habían tenido que echar mano de las armas para salir de la península. Los pueblos fronterizos habían aislado la vanguardia y le propusieron una dirección común. Su resultado fué una

batalla y un rápido tratado de paz. Y cuando Boyerik prosiguió su camino, incorporó también a su ejército parte de sus adversarios, que se decidieron a acompañar a la caravana, mientras que uno de los jefes enemigos que se habían mostrado muy hostiles fué hecho prisionero, y caminaba uncido delante del carro junto con otros bueyes cuando los expedicionarios siguieron viaje hacia el Sur.

Tole se, echó a reír al oír esta última noticia. Su risa tenía algo de relincho de caballo viejo.

Se hizo contar todo detalladamente, reflejando en su rostro las peripecias a que dió lugar. Se puso sombrío al oír la insolencia del enemigo; abrió los ojos

desmesuradamente cuando Boyerik se preparó a recibirlos y zurrarles, y se puso encendido, como si hubiese vuelto a la juventud, cuando los fanfarrones regresaron a sus tierras y su jefe quedó uncido al carro. ¡Ahora ya sabía quiénes eran sus muchachos!

¿Y cómo iba todo lo demás? ¿Se encontraban a gusto las mujeres con su nueva vida? ¿Cómo habían pasado los inviernos? ¿Se las arreglaron bien sin granos? ¿Se les presentó la ocasión de ver cómo eran los mercados de los demás? ¿Se habían conservado fuertes a pesar de las largas marchas? ¿Y el toro? ¿Qué efecto produjo bajo el cielo extranjero? ¿Había sido respetado por todos los sitios por donde pasó?

Había sido curioso ver cómo, apenas hecha la imagen del toro, todos los jóvenes consideraban un honor irse del país con él. Había sucedido todo lo contrario de lo que Tole había pensado al entronizar el toro. El viejo patriarca había abrigado la esperanza de que la imagen ligase para siempre a sus adoradores a la tierra cimbría. Pero estaba contento de que quisiesen tenerlo con ellos, puesto que se habían ido.

Y Tole quedó sumido en meditación. Mientras oía las noticias sobre los hijos y la estirpe y todos los demás compatriotas de quienes había sido jefe, le pareció estar aún más próximo a ellos y a la pasada existencia feliz. Pero la realidad volvió a

imponerse: ellos se habían ido todos, y la vida para él se había derrumbado.

Y Tole pensaba sin acertar a comprenderlo.

Levantó la cabeza y miró a Norne-Gaest. Estaba asustado. ¿Era posible aquello? ¿Que todo, todo el país se le hubiese ido? ¿A él precisamente?

Con mucha suavidad le hizo saber Norne-Gaest que cosas así ya se habían visto antes. ¡Padres e hijos! Ya se había dado el caso de que una generación completa había vuelto la espalda a sus progenitores y a su patria. Podía ser que cada vez que esto ocurría ni los que se iban ni los que se quedaban conservasen recuerdo de ello. Pero él había visto una vez salir de Jutlandia a toda la

población, igual que habían hecho los de ahora. Y que esta salida no era más que el presagio de otras muchas, que a su vez serían como el fantasma de las viejas. Los carros de antaño eran más sencillos; las ruedas eran casi redondas; pero rodaban bien. Las hachas eran de piedra, pero se abrían paso por dondequiera que fuesen. Ahora se repetía la olvidada emigración de los antepasados, que tendría su múltiple eco en el futuro.

¿Había dicho esto Norne-Gaest? Tole guardó un silencio respetuoso y se figuró lo que había en aquellas palabras. Inclino débilmente la cabeza. ¡Ojalá no hubiese pronunciado tales palabras! Norne-Gaest lo sabía. Pero para él la

amargura era la misma. Cruzó sus manos inútiles y meditó, vaciló, cerró los ojos. Finalmente los abrió de nuevo durante una segunda serie de pensamientos. Estaban empañados de lágrimas. Dijo:

—Entonces el eco está muerto.

Norne-Gaest guardó silencio extrañado. Esperaba una aclaración.

—Sí, el eco está muerto — declaró Tole entristecido.

Jamás oyó voces ni en las lomas ni en el bosque. Ningún eco le respondió más. Los espíritus del país habían muerto.

Esta fué la última vez que Norne-Gaest vió a Tole. El bardo salió de Jutlandia por mar y estuvo ausente mucho tiempo.

OJOS NUEVOS

CAMBIÓ de nuevo el bastón por el remo y se construyó un bote en la costa del fiordo de Lim; embarcóse en él y tomó el rumbo del mar del Este y se perdió en los ríos del Continente remontándolos tierra adentro, dirección Sur, camino de los viejos países mediterráneos.

Cuando los ríos se convertían en riachuelos de montaña, iba por tierra y se metía en los viejos bosques de pinos, en los montes donde estaban, muy cerca unas de otras, las fuentes de los grandes ríos de Europa. Se envolvía en completa soledad y era como los viejos pinos,

como la sombra que ellos daban, que era muy densa entre los bloques de granito, y como el tiempo, que se expresaba en forma de acículas que se desprendían y como el susurro largo y lúgubre de los abetos.

Nació en las montañas una leyenda sobre un gran espíritu del bosque. Algunos pastores y leñadores sostenían que le habían visto y más tarde lo mojaron, aunque el espíritu no había dado penales de molestarlos.

Un viejo y solitario caminante fué sorprendido por unos bandidos en un lugar desierto de la montaña; le atravesaron con un dardo, pero el viejo se transformó en una nube que los azotaba con granizo en las orejas; y

cuando escampó, vieron al caminante bajar de la punta de una nube a bastante distancia de ellos y proseguir su camino. Los bandidos fueron convertidos en una manada de lobos aulladores que se desgarraban unos a otros. El viejo caminante era Norne-Gaest.

Pero cuando se inventaron las leyendas sobre él y corrían de boca en boca, Norne-Gaest ya se había ido. Se había construido un bote con un abeto junto a las fuentes del Danubio y en él se embarcó dejándose llevar por la corriente. Se le vió de nuevo bajo la forma de un extraño pescador viejo metido en una especie de artesa donde sólo podía caber un hombre delgado igual que muchos otros pescadores

viejos con los que había tenido trato, permaneciendo en el agua, pues ésta se había retirado y los peces se quedaron estupefactos.

Así se abrió paso río abajo; bebía agua de éste y sacaba su comida del fondo: ricos peces que tantas veces había visto. El río era impetuoso y activo al principio; luego recibió afluentes y se hizo ancho; penetró después en las tierras bajas y se acomodó a su gusto, convertido ya en caudaloso. Norne-Gaest se identificaba con él, mientras que barcos de tierras muy distintas entre sí bajaban y remontaban la corriente, y la vida se acercaba a sus latitudes. Los animales se acercaban a beberse un trago por la

mañana al salir el sol. En sus orillas siempre había mujeres lavando, con los brazos desnudos metidos en la corriente...

¿Y quiénes eran unos jinetes de largas piernas, muy grandes con relación a los caballos, y con rubias trenzas contoneándose en la cabeza, que bajaban al río a abreviar al ganado? No podían ser otros que los cimbríos dispersados por el mundo.

Allí estaban ellos. Vivían en la orilla sur del río. Hacía poco que habían llegado allí, pues su marcha se acomodaba al paso de los rebaños.

Se habían multiplicado desde que habían salido del país. Llenaban las tierras por donde pasaban; la vista no

los podía abarcar cuando se extendían y formaban pequeños campamentos. No se veía a la redonda más que el humo de sus hogueras, distantes entre sí algunas millas. Parecía toda una tierra de campesinos; pero cuando las regiones se les mostraban hostiles, formaban de la noche a la mañana una ciudad con muchísimos miles de habitantes, fortificada con sus carros. Así los encontró Norne-Gaest, en una actitud de espera, mientras en el país se discutía y se preparaban para la paz o para la guerra con el nuevo pueblo.

Ya no eran los cimbrios solamente los que formaban la caravana; se les habían unido otros pueblos procedentes del Norte, que también buscaban otras

residencias e hicieron causa común con ellos bajo las mismas condiciones; pero, por lo demás, completamente independientes. No obstante, podían pasar por hermanos, por cuanto eran todos rubios, si bien diferían ligeramente en la manera de llevar el pelo y en otros pequeños detalles; hablaban un poco distinto, pero esto no impedía que se entendieran perfectamente. Tenían las mismas intenciones. El mundo se abría ante ellos y estaban de acuerdo para conquistarlo cuanto antes.

Norne-Gaest fué reconocido inmediatamente y se le dió entrada con muestras de alegría. Pero para llegar a Boyferik había que atravesar más

antesalas que antes. Fué pasando de jefe en jefe hasta que llegó a presencia de Boyerik. Éste, que solía recibir a los visitantes fríamente, con gesto de cansancio, se alegró mucho cuando vió a Norne-Gaest, a quien sonrió como a un viejo amigo. El sol del recuerdo surgió entre los dos. Boyerik era el de siempre, pero los años que habían transcurrido desde que salió de Cimbria habían abierto arrugas en su rostro joven, que era como el mapa de las tierras a través de las cuales se había abierto paso. Estaba sentado en su trono, dentro de una tienda muy adornada, con el arnés cerca del yelmo.

Hubo saludos y cambio de impresiones. Boyerik le pidió noticias e

informes sobre diversos problemas que se figuraba que el bardo le aclararía. En seguida se adivinaba que no dejaba un momento sus planes. ¿Había estado Norne-Gaest en Roma? ¿Recientemente, o hacía ya mucho tiempo? Y Boyerik le preguntó cómo estaba defendida, cómo era el curso del Tíber, qué configuración tenían las alturas que dominaban la urbe, cómo eran las tierras que la rodeaban. Norne-Gaest tuvo que confesar que no se había fijado en tantos detalles; pero le pareció que Boyerik mediante rodeos se había procurado, sin embargo, informes con las contestaciones que él le había dado.

Boyerik había aprendido mucho en los años que llevaba fuera del país;

sabía tanto como Norne-Gaest sobre los países del Sur, y en algunos aspectos, más. Pero sacó de todo una materia muy árida que guardó dentro de sí, sin revelar qué se proponía con ella. Jamás mostró admiración por todos los nuevos países del Sur que había recorrido. Simplemente los había visto y él se había hecho otro. Pero cuando la conversación no ofreció interés y acompañó a Norne-Gaest hasta la entrada de la tienda, volvió a sonreír. El viejo le dejó con la impresión de que había desaparecido una joven alma salvaje para dar paso a una madurez que, pasase lo que pasase, luchaba por lo extraordinario.

Todos los demás jóvenes del

campamento no se habían transformado tan profundamente. En los ojos podía observarse que habían visto lo uno y lo otro. Aquel respeto de antes, tan bello, que los distinguía en su país, no se veía ahora. Se reían siempre que se les presentaba la ocasión; se irritaban más fácilmente; las marchas eran más difíciles. El cielo del campamento estaba lleno de gritos igual que una casa guardada por perros. Pero lo más agradable era verlos tostados por el viento y la vida al aire libre, en la plenitud de su vigor varonil, fulgurando desprecio a la muerte. Aquellos millares de hombres casi mozos producían en todas partes la más fuerte impresión; parecía un poderoso desbordamiento

natural, incierto todavía en su actividad, pero temible si se encauzaba en una dirección.

Esto no escapó a la atención de los viejos y cultos pueblos del sur de los Alpes, a los cuales se iban acercando. Sin que ellos lo supiesen, los pueblos del Sur estaban ejerciendo su influjo en aquella masa emigrante, como se echaba de ver en la vestimenta y adornos que llevaban, botín de los pueblos con los que habían entrado en contacto. Incluso en el lenguaje se advertía el influjo del Sur, pues empleaban palabras latinas como si fuesen propias.

No hacían más que hablar de las cosas que les habían dicho de los romanos. Hacía poco que habían visto

los primeros molinos de agua y se habían quedado sorprendidos de su construcción y funcionamiento. El espectáculo les había hecho reír, pero valía la pena tener molinos como aquéllos. Consistía en hacer girar una rueda con el agua del río, sin necesidad de trabajo ninguno de persona. Pero, ¿qué decía el río? Era una ofensa para el espíritu del río engancharlo a un molino. Seguramente que le harían muchas ofrendas. También habían oído hablar de otro tipo de molino, pero no lo habían visto aún. Les habían hablado también de un invento romano: una rueda que se llenaba de esclavos, y éstos subían hacia arriba todo el tiempo y redondeaban la rueda. Para morirse de risa. Era de lo

mejor que habían oído. Verían cosas muy curiosas cuando llegasen más al Sur y hablasen con los romanos, inventores de tantas maravillas.

En las mujeres, como era de esperar, el cambio se hizo notar en los vestidos. Por donde habían pasado habían recogido modas y colores. El campamento tenía un aspecto abigarrado. Se advertía que la distancia entre ellas y los hombres era menos marcada, Las mujeres tenían una mirada más libre. El viaje y lo que ellas habían conseguido habían aumentado su estima; pero no estaban alegres. Había enjambres de niños, bulliciosos como pájaros. Entre ellos, los animales y demás se formaba un griterío que

atronaba el espacio.

Bellísima la impresión que ofrecían las jovencitas, que eran unas niñas todavía cuando salieron de Cimbria, y ahora estaban hechas unas mujercitas, que caminaban, por decirlo así, con nuevas almas y nuevos ojos. Una generación fundida en el mismo molde; doncellas tostadas por el sol, fuertes, esbeltas; ejércitos de jovencitas llenas de vida y de alegría. Eran los ángeles buenos del campamento. Jamás se había visto una generación de doncellas tan alegres y tan buenas reunidas en un solo lugar.

Una incesante corriente de rudas atenciones salía de las filas de los muchachos, rodeándolas de

requerimientos igual que las rodeaba el sol y el viento a lo largo del día. Entre una vaca y un grupo de jóvenes había siempre una chica. Enredos y risas de muy doble sentido, juegos de manos, etcétera, etc., eran los lazos que mantenían unidos a los dos sexos. No había más pensamiento que el del amor. Pero las emociones se quedaban escondidas bajo las risas y los juegos. No obstante, el amor seguía su camino inevitable, y aquellas mujeres jóvenes se convertían en madres.

Pero por libre y poderoso que fuese el amor, por prudente y bello que fuese en el fondo, permanecía insatisfecho en su ardiente ser. Había en el corazón de los muchachos un anhelo

especial, una adoración callada y unánime, que Norne-Gaest, en su corta estancia en el campamento, había adivinado. Esta adoración, poderosa e irreprimible, se dirigía a una simple mujer del campamento: a la vestal Vedis.

Si las relaciones entre los jóvenes de uno y otro sexo eran un continuo asedio dentro del campamento, donde desaparecía la más fina manifestación del alma, cuando se trataba de Vedis no había más que pureza en el pensamiento y entusiasmo en el corazón. Durante el viaje se había convertido en una mujercita, no del todo desarrollada, pero ya en la frontera que separa a la niña de la mujer. Era una muchacha

bellísima. Reunía toda la fortaleza de las jóvenes del campamento, pero era más fina, más graciosa y más radiante que todas.

En el centro del campamento, rodeado por otra fortaleza de carros, se erguía, ante la tienda del caudillo Boyerik, un espacioso pabellón de cuero: allí estaba el carro sagrado y allí ardía el fuego eterno. En la tienda próxima vivían las sacerdotisas y sus ayudantas novicias. Entre estas últimas estaba Vedis, la más joven de todas.

Por su cuna era Vedis la más distinguida. Era hija del mismo Boyerik. Sin embargo, no era éste el principal motivo de la adoración que había por ella; la razón principal estaba en que

Vedis era la criatura más bella que jamás había tenido el pueblo cimbrío, la flor más exquisita, lo más depurado que podía producir una raza.

Los hombres procuraban con el mayor secreto que se les diese un recado sin importancia para el cuartel general, echando mano a la intriga y a la violencia, solamente con la esperanza de poder verla; aunque no fuera más que un segundo, querían contemplar su radiante figura con el pelo caído por la espalda. Y jamás se les olvidaba el espectáculo que ofrecía aquella belleza insuperable en medio de las repugnantes viejas.

Todo aquel que tenía la suerte de ser visto por ella se consideraba feliz, Vedis se sonreía admirada, como una

niña, una joven y una madre a la vez. Sonreía a todos los chicos y se hacía la luz sobre un pecador. Nadie tenía un rostro tan luminoso como ella. Los duros guerreros regresaban anonadados y tenían la impresión de haber visto un milagro. Los jóvenes miraban con envidia a los que la habían visto. Sí, Vedis era adorada más que el templo en cuya proximidad la vieron.

Cuando la caravana reanudaba la marcha, el carro sagrado iba siempre en cabeza. A su alrededor marchaba la caballería, que contemplaba el toro de bronce, verde ahora por el tiempo, cuyos cuernos indicaban el camino que llevaba la caravana. Con la marca del sol en la frente apuntaba al sol y a

tierras desconocidas. Nuevos horizontes se abrían ante los cuernos del toro, y todos confiaban que él les abriría el camino. Husmear, acometer y levantar polvo en el mundo: he ahí lo que ellos esperaban de él.

Desde lejos, la tropa de exploración buscaba con la mirada el conocido símbolo que iba en cabeza, el cuerno del toro vuelto como hoz hacia el mundo; pero eran más los que miraban a ver si podían ver la cabeza de la doncella sobre el carro, la cual brillaba a la luz del día como un pequeño sol sobre la tierra, haciéndose visible a mucha distancia.

Si el toro los llevaba a los reinos del mundo, ¡que les llevase! Vedis era la

felicidad de la caravana, y aquellos en que sus ojos descansaban era para ellos una luz más bella, más rica y más dulce. Vedis era el tesoro viviente de la caravana; un precioso punto central a cuyo alrededor se cerraba todo. Sentían latir sus corazones con más vehemencia y empuñaban la lanza con más firmeza cuando iban cerca del carro y chocaban entre sí. Alrededor de Vedis se formaba una muralla de caballeros.

El afecto que sentían por Vedis era puro como ella. Jamás se la miraría de modo distinto a como se mira a un niño y a una virgen. Ella era la luz que ilumina su marcha por el mundo, y todo un ejército armado hasta los dientes cuidaba de que esa luz no sufriese el

más ligero menoscabo.

Incluso los esclavos veían en Vedis el rayo que iluminaba su oscuridad, un ser sobrenatural, un espíritu de la bondad del cielo, y de buena gana se dejarían atropellar por los carros si vieses que con ello podían servirle de algo.

Desde lejos veían los guerreros a su hada avanzar en su carro triunfal por un mundo salvaje, y amaban las tierras por donde pasaba, troncos y piedras, ríos y cielos extraños, porque ella pasaba por allí. ¡Tan poderosa era la luz que la doncella arrojaba sobre la caravana, que en su nombre se iluminaba todo aquello en que posaban los ojos!

Norne-Gaest los visitaba con frecuencia. No quería perderlos de vista; quería ser testigo del extraño destino a cuyo encuentro presentía que caminaban.

Apenas quedaba nada de la primitiva intención de encontrar tierra y establecerse en ella, pese a ser el móvil que los llevó a la emigración, como decían constantemente. Pero eran ya muy distintos de los que habían salido de Cimbria. El arado aún no había conocido la tierra. ¿La encontraría acaso? Lo que había encontrado en el camino los había convertido en guerreros más que en campesinos. Más que un pueblo, eran un ejército.

Pero no podían deshacerse del

ganado, pues de él vivían y era toda su riqueza. Sin embargo, estaba al cuidado exclusivo de las mujeres, niños y esclavos. Para ellos el único astado que existía era el toro de bronce. Fuera de él, no pensaban más que en las armas.

Largos años llevaban ya atravesando tierras. Desde que salieron de Jutlandia atravesando territorios de tribus amigas, tuvieron que habérselas con muchos pueblos hostiles en los espesos bosques del interior protegiéndose con los ríos, que con tanto trabajo lograban atravesar. Siempre estaban pendientes de los ríos y de los bosques. Vinieron luego las guerras con adversarios más difíciles, que habitaban más tierra adentro todavía, y con unos se

establecieron tratados y otros se les agregaron. Pero no se asentaban en ninguna parte. Necesitaban mucha tierra para acomodarse y tener pastos y cultivos suficientes para establecerse, pensando en el porvenir.

Hasta entonces los pueblos con quienes habían luchado eran de su misma estirpe, con ligeras diferencias que no borraban la comunidad de origen. Pero pronto se iban a encontrar con gentes de verdad, con un mundo totalmente opuesto.

Llegaron a los territorios comprendidos entre el Danubio y los Alpes Orientales. Norne-Gaest los siguió hasta que tuvieron su primer encuentro con los romanos en la batalla

de Noreya, cuyo nombre, oscuro hasta entonces, resonó en todo el mundo, lo mismo que todos los nombres de los lugares y pueblos que tuvieron que ver con aquel acontecimiento.

La vida de los cimbrios en relación con los demás pueblos, desde que salieron de la oscuridad de su existencia y entraron en el iluminado terreno de las crónicas y anales, es una serie de hitos en el mundo de la Historia. Seguirlos es seguir la marcha del mundo.

Mucho se rieron los cimbrios cuando, por primera vez, conocieron la escritura. No acertaban a comprender que aquellos signos, que a ellos se les antojaban huellas de gusanos, tuvieran tanta importancia, y, en su ignorancia,

hacían comparaciones vulgares. Todavía no se conocían las runas en el Norte; aún no había llegado a sus tierras la brujería de la escritura. Sin embargo, con aquellos signos quedaría registrado su paso por la Historia.

La tabla de las cuentas está colgada en el muro de la Historia; pero en ella no figura el potencial cimbrío ni su caída. Sin embargo, aquellos sus ojos azules y nuevos vieron el mundo, que estaba a punto de hacerse viejo, y desde entonces éste se transformó.

La crónica lo relata brevemente. El Imperio romano había extendido un brazo al norte de los Alpes Orientales fundando la provincia Nórdica, y allí llegaron los cimbríos después de haber

estado una buena temporada en la península balcánica. Invadieron su territorio y saquearon sus prósperas ciudades y aldeas, dejándolas sin trigo y otros objetos fáciles de transportar. Entonces los romanos abolieron la prohibición por medio del gobernador Gneo Papirio Carbo, después de entrevistarse con los cimbrios. Por primera vez se encontraban frente a frente pueblos tan distintos en cultura y horizontes. Los romanos accediendo y los cimbrios diciendo que no tenían mala intención al entrar en un territorio que ellos no se figuraban que pertenecía a los romanos; que en realidad lo que querían era ir al Sur y que si les daban guías, se marcharían en seguida. Los

romanos les dieron guías que los llevaron por el camino de las Galias, y entonces Papirio Carbo, aprovechándose rápidamente de la credulidad de los cimbrios, los atrajo a un desfiladero peligroso y cayó de pronto sobre ellos con sus legiones. El resultado fué inesperado: Gneo Papirio Carbo fué derrotado.

Los cimbrios aprendieron algunas palabras latinas en Noreya. En cambio, el tan celebrado ejército romano, su arte militar, del que tanto habían oído hablar los cimbrios y al que temían sinceramente, sé vino abajo en el primer encuentro con los salvajes.

Si Boyerik se proponía llegar en seguida a las puertas de Roma, aquella

victoria le había franqueado los pasos alpinos. Pero, fuese porque sus planes no estaban aún a punto o porque los hados se pronunciasen en contra de sacar partido de aquella victoria, Boyerik continuó su marcha hacia Occidente, siguiendo la vertiente norte de los Alpes.

Pero los romanos aprovecharon la dura lección. Pueblo astuto, se preparó durante esta pausa para hacer frente a nuevas contingencias, que no tardarían en producirse.

Después de ver el desenlace de la batalla de Noreya, y juzgando que por el momento no ocurrirían cosas mayores, separóse Norne-Gaest de los cimbrios y,

mientras éstos se dirigían a las Galias, él se marchó al Sur.

Intentaba esta vez llegar al final de un viaje varias veces interrumpido por distintos motivos. Este viaje era el más importante de todos; el viaje a la tierra de los muertos.

La había buscado en vano en todas las islas del Mediodía, por el Mediterráneo y por el Este, como narraba su diario. Ahora buscaría más al Sur; recorrería África y estudiaría el curso del Nilo.

Ya había estado antes en el Nilo, pero no se atrevió a remontarlo más allá de las fronteras egipcias. Pero ahora una esperanza le empujaba a seguir de nuevo más hacia el Sur, hasta donde le fuera

posible. Seguir adelante mientras el río fuese navegable. Porque, ¿de dónde venía el Nilo? Nadie lo sabía; nadie podía, por consiguiente, saber adonde llevaría una expedición Nilo arriba hasta que se llevase a cabo.

Llegó, pues, al Mediterráneo, bordeó sus costas y llegó al Nilo. Otra vez volvió a percibir el fangoso olor a cuerpo caliente del gran río fecundador de la tierra. Allí comenzaba el calor, en cuya fuente, que nadie había visto, había nacido el viejo río dispensador de vida. Pero, ¿por dónde?

Con el sol siempre de frente atravesó Norne-Gaest Egipto, pasando ante las ciudades de los templos y ante las Pirámides, las fabulosas

construcciones de los antiguos que dejan al hombre boquiabierto y triste. Sí, allí estaban los esfuerzos de muchas generaciones, ¡los colosos que desafiaban al tiempo desde época inmemorial! ¡Ya estaban en ruinas y no eran más que el primer escalón para el cielo!

Desde el desierto vió *una* cara, las ruinas de una cara mirando hacia el Nilo. Una cara inmensa que parecía una parte de la tierra, la misma tierra que extendía el cuello para mirar. Una roca construida por la mano del hombre, con cuerpo de león casi sepultado en la arena y una cabeza humana, egipcia, contemplando el Nilo.

Y frente a ella pasó Norne-Gaest. Y

pareció que la cabeza volvía hacia él su cara. Luego fué esfumándose la Esfinge en la lejanía. Egipto quedó atrás. Siguió los recodos del Nilo y atravesó Nubia, encontrándose con cocodrilos e hipopótamos, mientras sobre su cabeza pasaban volando aves de paso que, como él, se dirigían al Sur. Vistióse de hierbas y hojas verdes y siguió remando. El calor era cada vez mayor. Y en un mar de sol, sobre el río encuadrado por bosques primitivos a ambas orillas, desapareció él y su bote.

Siete años *después regresó solo, como siempre*. No había encontrado el país de los muertos ni los muertos que buscaba. ¡Ay! tampoco su morada estaba en aquella parte del mundo.

Había llegado al corazón del Continente, a tierras quemadas por el sol, a la tierra de los animales. Vió infinidad de leones, cebras, jirafas, todos juntos igual que en la mañana de la Creación, El león mataba a un animal cuando tenía hambre, y, consumado el hecho, se presentaban los buitres para tomar parte en el festín. Finalmente, de noche se presentaban las hienas y dejaban limpios los huesos. Vió a los elefantes apisonar el suelo camino de los bebedores y llenar su trompa y llevársela a la boca. Y los vió regarse la espalda y agitar las orejas. Vió los monos sentados en las últimas ramas que caían sobre el río, mirándole con la boca abierta y enseñando los dientes.

También al hombre en el corazón del bosque, donde reinaba la más completa oscuridad. Era esbelto y tímido e iba completamente desnudo. Por su talla parecía un niño.

Tanto había bajado Norne-Gaest, que el sol quedaba a su espalda. Entonces comprendió que el viaje había sido en vano y emprendió el regreso.

La vuelta le fué más fácil por navegar Nilo abajo. El hombre del desierto le volvió a mostrar su perfil cuando apareció ante sus ojos, luego toda la cara y después el perfil opuesto. Tasar ante él era como girar alrededor del tiempo.

Al llegar al límite del desierto encontró cuevas con viejos hogares,

habitadas un tiempo y abandonadas. Aquí se detuvo Norne-Gaest a meditar su viaje. Y, fruto de esta meditación, procuró no alimentar más deseos.

Pero cuando más sumido estaba en su meditación y gozaba de más paz y el tiempo reposaba en su alma, sintió de nuevo el impulso de reflejarse en lo perecedero y compartir el tiempo con los vivos. Las noches egipcias eran refrescantes. Las estrellas eran grandiosas y brillaban como soles purísimos.

Pero, ¿para quién se desplegaba en el cielo aquella cola de pavo real?

Norne-Gaest vió, decepcionado, que estaba solo, a pesar de la grandeza que Dios había puesto en el cielo.

Se había rodeado de aves y con ellas pasaba el tiempo. Pero cuando el gallo le amargaba las horas con su canto, Norne-Gaest meneaba la cabeza. El animal subía a la pila de los desperdicios y atronaba el mundo con sus voces, y batía las alas como si fuera él quien diese permiso al mundo todas las mañanas.

Después alcanzó la paz. Un silencio de muerte reinaba en el cielo y en la tierra. Las estrellas y la arena se miraban fijas con ojos de cadáver. Norne-Gaest se recogió y expresó así su pensamiento:

Yo devoré el corazón

*del gallo odioso,
y ahora el alba
parece una tumba
sin el cantor.*

*Mucho puede un hombre
con un cuchillo;
sin embargo, jamás
pudo excitar la vida
en un gusano.*

*El enemigo de las aves
se encuentra mal.
Aquel a quien
desagrada el cacareo
está para morir.*

Norne-Gaest volvió la espalda al desierto y remó con todas sus fuerzas rumbo a las ciudades egipcias, llenas de seres humanos, y cuando llegó la buena estación, se dirigió a Roma.

EL TORO Y LA LOBA

TÍBER arriba bogaba una mañana viendo a distancia el extenso cielo de humo y polvo que envolvía a Roma. Blancos pináculos y columnas se destacaban en el espacio como el reflejo aéreo de una ciudad de mármol. Pero era una realidad. Eran los elevados templos del Capitolio y las doradas imágenes, inundadas de luz, que coronaban escalinatas y remates de edificios. Se oía la voz de la ciudad: un sonido clamoroso y lejano, como de un mar dentro de la tierra.

La navegación por el río anunciaba ya la proximidad de la gran urbe. Las

aguas estaban cubiertas de naves que subían y bajaban. Naves comerciales cargadas hasta los topes; transportes de todos los puertos del Mediterráneo; flotas de países tributarios que venían a Roma para pagar el censo; grandes naves procedentes de África y Sicilia cargadas de trigo; naves griegas; naves de toda la costa asiática cargadas de sacos hasta la cubierta; naves rebosantes de fruta como el cuerno de la abundancia; grandes gabarras procedentes de Egipto con cargamento de cebollas; barcos cargados de sal, barcos con cargamento de aceite, barcos cargados de ganado.

Todo iba a la gran ciudad.

Y de ella bajaban las galeras

romanas con material de guerra de todas clases: ballestas, catapultas, arietes... Iban a cumplir las distintas misiones que tenían encomendadas en las provincias. Al frente de cada galera iba un timonel y un jefe tocado de yelmo. Sonido de platillos, voces de mando y un movimiento acompasado de remos a ambos costados. Las águilas y las banderas romanas destacaban y ondeaban sobre las cabezas de las tropas coloniales. Eran el poder de Roma y los países sometidos que se cruzaban a las puertas de la capital del mundo.

Para el que navegaba en la corriente con un barquichuelo no era fácil abrirse paso entre las altas y

ofensivas proas. Norne- Gaest y otros se hicieron a un lado con toda precaución, arrimandose a la orilla. Pero en otro aspecto se sentía tranquilo: pasaba inadvertido entre tantas naves grandes y pequeñas. Nadie se fijaba en un bote minúsculo.

Y así, sin ser visto, entró Norne-Gaest en Roma; atracó, siempre inadvertido, bajo el puente que había junto a la isla, frente a las murallas, donde tantos pescadores tenían su fondeadero; amarró en una vieja argolla del baluarte, donde ya había amarrado otras veces, y, con toda modestia, se dispuso a ser un oscuro romano entre los romanos.

No abandonó su bote: dormía en él

por las noches, despertándose cuando el ruido de los carros y las voces humanas le anunciaban la mañana al dirigirse a la ciudad. Se acostaba con la tranquilidad de tener sobre sí un puente que le servía de techo. Era un sitio donde sólo había pescadores, y por este motivo la seguridad era completa.

Los vendedores callejeros llenaban las calles de Roma con sus gritos musicales. Toda la ciudad estaba envuelta en un música mañanera. Muchos romanos no la oían más que en sueños. Cuando la gente noble se levantaba, ya llevaban los mercaderes mucho tiempo en la calle y ya habían hecho sus ventas a los siervos para hacer la primera comida. Y surgían

nuevas voces pregonando sus productos, hasta que el coro, ya entrado el día, se fundía con el tumulto general. Allí eran de ver los polleros que subían y bajaban las calles con su ristra de aves atadas por las patas: los fruteros, que gritaban en las estrechas calles de los pobres, llenas de cerdos y con un aire que olía a dormitorio; la caracolera con su cesto y su pregón, interrumpiendo de cuando en cuando mientras con un alfiler sacaba un caracol de su caparazón para reponer sus fuerzas, y, en fin, buhoneros y traficantes que jamás se separaban de las soleadas calles romanas.

Y con ellos se mezcló Norne-Gaest exhibiendo un esturión. No pregonaba su mercancía; el pescado hablaba por él. A

veces vendía su pesca: otras, en cambio, regresaba a su refugio del puente con el pescado quemado por el sol.

O se hacía mozo de cuerda y se echaba al hombro una soga e iba a reunirse con los del oficio. Se hacía uno de tantos y entraba y salía de la ciudad realizando múltiples servicios. Entraba en todas las casas.

De cuando en cuando se hacía arpista en un lugar concurrido, frente al Circo o algún otro lugar de diversión. Pero pocos se fijaban en él: ¡había tantos extranjeros en Roma! A veces una dama linajuda y bella, envuelta en una estola y con los ojos pintados y el pelo bañado en unguento fresco, depositaba en sus manos un sestercio.

Pasaba días enteros en el Foro, confundido entre mendigos y holgazanes, y sus ojos observaban y veían que ante sí tenían a todo el mundo: Europa, Asia y África. Allí veía todas las coloraciones de la piel, oía hablar todos los idiomas y veía toda clase de ojos; allí veía muchas almas distintas; pueblos viejos y jóvenes de los países mediterráneos, contrastes irreconciliables. Pero Roma, refugio del mundo, unía a todos.

Dominando todo el mercado, encima de los escalones que conducían al Capitolio, se divisaba una figura oxidada que todo el mundo conocía: la Loba amamantando a los fundadores de la ciudad. La Loba protegía a Roma y

enseñaba los dientes a sus enemigos. Bajo su signo les gustaba vivir a todos, desde el mendigo al grave senador que pasaba por el mercado mecido en la silla de mano para dirigirse al Senado. Los esclavos que le llevaban tenían deseos peligrosos, pero no querían vivir más que en el suelo que la Loba guardaba. Las viejas y distinguidas familias, así como los últimos advenedizos, miraban a la Loba con la misma confianza.

Pues ella era quien había creado a Roma, feroz pero libre; ella era la madre que atraía hacia sí a todos los niños de pecho, incluso a los que no eran de su raza. Aguantaba a todo extranjero que encontraba refugio bajo

los muros de Roma; pero se volvía hostil hacia las fronteras; ¡nadie perturbaría la paz de Roma! No había un mundo más abigarrado que el que ella protegía.

También en el Foro, tímpano del universo donde sonaban todos los rumores, encontró un asiento Norne-Gaest en los escalones que subían a un templo; un lugar donde se reunían los comerciantes y políticos y florecían todas las novedades, cerca de una fuente en cuya taza jugaban los niños a trirremes. Se sentaba allí entre los pedestales de las estatuas.

Sintió necesidad de hablar con alguien. Pero, ¿qué no ve un hombre que escuche en silencio? ¿Qué cosa habrá

que al final no sepa acerca de los hombres cuando se alimentan de otras fuentes que las que ellos citan?

Y así sucedió que al cabo de poco tiempo estaba el viejo informado de todo lo que había ocurrido recientemente en Roma y en toda una parte del mundo, de lo que ocurría a diario y de lo que iba a ocurrir. También miraba con curiosidad a la Loba, bajo cuyo signo estaban presentes todas las familias de Roma.

Una imagen eterna sobre la que se sucedían las imágenes. ¿Cuánto viviría? ¿Cuánto tiempo vigilaría?

A la posteridad llegaron escasos documentos escritos, fragmentos que apenas dicen más que los nombres y

que, como siempre, figuran en lugar de las cosas. Pero no son los escritos los que flotaban en el aire, sino el fantasma que, a través de los años, mantiene viva la lejana época en que el Toro de Cimbria se acercó a Roma y la Loba, dispuestas sus cuatro zarpas y protegiendo a sus cachorros con el cuerpo, fué a recibirlo a la frontera con las fauces abiertas.

Intranquilos y angustiosos fueron los años aquellos en que “el terror cimbrío” se extendió y alcanzó su máxima importancia en Roma.

Después de la batalla de Noreya emprendieron los cimbríos una larga jornada hacia las Galias. Durante la

marcha se incorporaron nuevos aliados, los tigurinos, pueblo helvético. Fue entonces cuando de nuevo se habló de ellos. Y era que los cimbrios, junto con los teutones y ambrones, formaban una importante masa humana. Eran centenares de miles: guerreros, mujeres, niños.

Y con estos centenares de miles iban ganado de todas clases, carros, impedimenta. Era una fuerza enorme en movimiento; una masa humana que buscaba tierras para extenderse. Y debía saber que era difícilísimo conseguirlas cuando tan ansiosa estaba de ellas.

Lo habían intentado varios años en el oeste de Europa; presionaron inútilmente a los belgas allá al Norte,

pues fueron rechazados; habían retrocedido ante los hoyos y escordiscos. Asolaron las Galias y mantuvieron a la población encerrada en sus ciudades fortificadas. Los tuvieron tan implacablemente sitiados que los pobres celtas tuvieron que comerse unos a otros. Pero resistieron. Y entonces la marea humana siguió hacia el Sur y, por segunda vez, tropezó con el Imperio romano en Provenza, la provincia gala de Roma.

Poco a poco fué llegando la noticia al Foro, en forma incompleta, como cuando se oye hablar de tempestad que se cierne a lo lejos y deja ver negros nubarrones, pero aún no está encima. Allende los Alpes, en un lugar

desconocido, habían aparecido bárbaros de todas las razas que luchaban por la existencia y llamaban a las puertas del Imperio. Pero los romanos tomaban su perfumado baño tardío, iban al teatro en silla de ébano con cubierta de crines de caballos, llevada por esclavos etíopes, a juego con el color de aquélla, para ver los sufrimientos de Orestes; se recostaban largo tiempo a la mesa con amigos que sabían griego y jóvenes adornados, coronados todos de pámpanos. En el Circo las multitudes clavaban sus ojos en la lucha de los gladiadores, regocijándose ante la horrible matanza.

La República estaba en pleno florecimiento: constantemente

aumentaba el bienestar y el poder; las guerras púnicas se habían terminado; África estaba sometida; el patriciado había salido del duelo rico y soberano; los grandes caudillos y políticos estaban inmortalizados en las estatuas de mármol del Foro, y la República era omnipotente. Pero toda la obra de carpintería estaba ya carcomida por los gusanos. La descomposición había comenzado a mostrarse recientemente en las guerras de Numidia. La Loba contra el Caballo — la peligrosa caballería de Yugurta — y cayó el Caballo. Los austeros caballeros romanos se habían vendido algo en el Foro y estuvieron a punto de vender con ello toda la República. Se habían enriquecido

demasiado; otros trabajaban para ellos; y los campesinos de Roma se habían convertido en la plebe. La República era un organismo que vivía de los pueblos sometidos; pero, por lo menos, no tenía muy desarrollado el instinto de la rapiña; y cuando Yugurta ignominiosamente fué metido sin miramientos en la cárcel Tuliana, lanzaron un suspiro de alivio, como si éste fuera el ladrón y se hubiera hecho justicia.

Todo esto se terminaba precisamente cuando al otro lado de los Alpes empezaba a formarse la tormenta y brillaban los primeros relámpagos. La guerra de Numidia había traído al primer plano el nombre de Mario,

hombre rudo, pero íntegro. E iba a demostrarse que cuando Roma tenía delante un peligro, había que recurrir a las primitivas virtudes de los romanos para conjurarlo.

Al principio no quisieron los bárbaros presentar combate a los romanos. Se limitaron a pedir tierras en que establecerse y a ofrecerles una sincera alianza, poniéndose a su entera disposición para luchar contra un tercero. Los romanos rechazaron el ofrecimiento.

Con este motivo se dirigió a Roma una delegación — la única vez que hubo negociaciones — compuesta de cimbrios y teutones. Las partes pudieron verse entonces cara a cara. No se

hablaba aquí de ninguna diferencia entre cimbrios y teutones. Los habitantes del Norte eran en general gente ruda, rubia y alta; para los romanos eran unos fenómenos, aunque sabían que muchos negros eran tan altos *como* ellos. Eran rubios por naturaleza, como todos los pueblos bárbaros que habitaban al Norte y de los cuales habían oído hablar como gente que pasaba la vida metida en el bosque y por esta causa no tenía color.

Por lo demás, aquellos gigantes eran gente buena, tenían un corazón alegre, les sonreían a los pequeños romanos, y durante tres días mostraron una franca alegría ante las maravillas de Roma.

Las calles con sus tenduchos y

tabernas los dejaban estupefactos; iban por el medio como para no tirar nada, pisaban con cuidado por miedo a romper baldosas y mosaicos; miraban al cielo y al suelo; arrugaban la frente como bueyes. “¡Por Júpiter, vaya papanatas!” La cosa más simple era una novedad para ellos. En el Foro se quedaron boquiabiertos viendo los surtidores, y uno de ellos bebió en la taza exactamente igual que un buey. Los caños por los que salía el agua eran incomparables. “¡Fuentes encerradas en hierro!” Y se quedaron maravillados al ver que toda Roma estaba pavimentada millas y millas con baldosas, cada una de las cuales valía la pena llevarse consigo; daría una excelente piedra de

afilar. Era increíble. Los pedestales de las estatuas, ¡las figuras desnudas! ¡Oh! Ellos eran buenos y bajaron los ojos fingidamente y se contuvieron; pero se sonrieron maliciosamente y por fin estallaron en una carcajada fenomenal.

Pero el mayor éxito casi lo alcanzó un asno con un saco colgado de la cabeza. Nunca habían visto tal. Y se doblaron de risa contemplando el espectáculo que el pobre burro ofrecía. Incluso se acercaron al asno, lo cogieron por el cuello como quien acaba de encontrarse a un hermano y casi lo besaron. El centurión que los guiaba por las calles estaba fuera de sí. ¡Y tener que llevar a estas bestias al Senado! ¡Por Hércules!

Entraron en el Foro y también allí dejaron constancia de su barbarie. Les mostraron una estatua que representaba a un viejo pastor y les preguntaron cuánto creían que valía. “¡Aunque estuviera vivo, nada daría por un esclavo viejo e inútil”, fué la respuesta. Tal era la cultura artística de la delegación.

No obstante, cuando los llevaron ante el Gran Consejo guardaron la debida compostura. Acudieron todos los senadores, que se colocaron muy dignamente, y dejaron la risa a un lado durante algún tiempo. Los bárbaros no pudieron expresarse en latín y hubo que traer un intérprete, que recayó en la persona de un viejo marino o vagabundo que vivía debajo del puente y hablaba

hiperbóreo, y al que los bárbaros parecían conocer y estimar. Quizá era de su tierra. A través del viejo expuso la delegación sus deseos y propuestas; y mientras el intérprete traducía, la delegación miraba a la asamblea esperando confiadamente que los romanos se alegrarían con su propuesta.

Estaban cansados de tanto andar y de subir tantas escaleras. Pero habían llegado por fin al corazón del Imperio romano y podían contemplar a los hombres que regían el mundo. Eran éstos, hombres viejos y pequeños, de rostro helado, calvos, como si les hubiesen afilado la punta de la cabeza. Toda la Asamblea guardaba silencio, a pesar del gran número de asistentes.

Todos estaban sentados, con un brazo desnudo y marchito fuera de la toga y el otro dentro. ¿Ocultaban algo quizá?

Y se levantó uno a hablar mientras continuaban las negociaciones. No levantó mucho la voz; pero todos le oían. En cambio, sus gestos eran extraordinarios; sus manos parecían hablar y expresar el pensamiento: crispaba los dedos cuando tocaba algún punto difícil; apretaba los dientes; apartaba de sí cosas invisibles y se ponía la mano sobre el pecho; martillaba, como un herrero, una mano con otra. En fin, sin que el orador se excitase lo más mínimo, reproducía en sus gestos y ademanes todas las imágenes de un alma apasionada. Nadie

miraba a los bárbaros, ni siquiera para pedir explicaciones. La Asamblea hizo sus contrapropuestas, muy breves, y notificó su decisión a través de un siervo.

Todo terminó regresando los delegados con las manos vacías por las innumerables escaleras, desde donde podían contemplar toda la magnificencia de Roma extendida ante sus ojos. Los pequeños y viejos senadores, después de haber dado su respuesta, permanecieron sentados en silencio, con una expresión glacial en la cara. La delegación fué despedida con un no rotundo. Uno de los ancianos sacó de la toga la mano izquierda, y los bárbaros, deseosos de saber lo que ocultaba,

vieron que el viejo sacaba un largo alfiler de marfil y se rascaba con él.

Así, pues, volvieron al Foro y pudieron echar la cabeza atrás para ver el elevado lugar donde habían estado y contemplar los distintos puntos que se erguían hacia un lado: el *Arx* o fortaleza de Roma, que se levantaba con sus muros cortados a pico, y su templo en la cima como un cofre sagrado inaccesible. Con desprecio para todo lo que los bárbaros pudiesen llegar a averiguar con sus ojos de espía, se los había puesto con toda intención frente a frente con los castillos de Roma. Ahora podían irse y contar todo lo que habían visto.

Los delegados estaban avergonzados, y muchos romanos

comentaron la desproporción entre la altura de aquellos valientes y su insignificancia, cuando éstos volvieron la espalda— ¡y qué espalda! — y abandonaron la ciudad sin llevar consigo otra cosa que la prueba oficial de su pequeñez.

Las romanas los miraban de otro modo; sus ojos curiosos se iban tras ellos. ¡Lástima que se marchasen cuando por ambas partes se conocían tan poco! La vieja e indomable mirada femenina que encierra la advertencia de que una está dispuesta a pasarse al enemigo en el momento en que éste se muestre más fuerte. ¿Acaso no descendían las matronas romanas de las raptadas sabinas?

Los guerreros, por su parte, no se habían mostrado insensibles. Se daban golpecitos unos a otros cuando veían por la calle a una mujer bonita, bebiendo con la mirada sus formas y volviendo la cabeza cuando ya había pasado. “¡Qué bella es!”, se decían. Y los gigantes, meneando la cabeza, se encogieron de hombros. Llevaban consigo, según iban andando, un mundo de cosas superfluas, y no podían disimular un movimiento de avidez con la boca.

Y salieron de Roma abrumados por las desilusiones que tuvieron que soportar.

Apenas los delegados llegaron junto a los suyos con el resultado de su

misión, llegaron a Roma noticias procedentes de la Galia dando cuenta de que el cónsul M. Junio Silano había entrado en combate con los bárbaros, siendo completamente derrotado.

Era ésta la segunda derrota. De nuevo pudieron los bárbaros atravesar los Alpes, esta vez por el Oeste, y bajar a la desguarnecida llanura italiana. Pero en lugar de hacerlo así, se dedicaron a saquear la Galia; y más tarde, cuando asestaron a los romanos el último gran golpe decisivo en Arausio, se dirigieron a España, estableciéndose por algún tiempo en este país, sin molestar para nada a sus belicosos habitantes. Mientras tanto, los romanos reaccionaron y prepararon sus fuerzas.

¿Por qué no atacaron los bárbaros cuando el momento íes era propicio? ¿No estaban de acuerdo los generales? ¿Eran sus planes a largo plazo? ¿Acaso los augmios? Boyerik tenía la costumbre de tomar grandes decisiones para sí y para los centenares de miles que de él dependían aguzando una ramita en forma de flecha y lanzándola al aire. El camino que esta flecha indicara, al caer al suelo, era el que él seguía, pues tal era la voluntad del viento. ¿No había, pues, indicado todavía la flecha el camino de Roma?

Tiempo llegó en que lo hizo. Después de la derrota de Silano envió Roma a la Galia nuevos ejércitos al mando del cónsul L. Casio, quien luchó

repetidas veces con los bárbaros, pero terminó siendo vencido y muerto y su ejército tuvo que pedir la paz a los vencedores en condiciones humillantes.

Uno de los oficiales prisioneros, que había sido llevado a presencia de Boyerik, se permitió decir al jefe cimbrío que no se acercase a Italia, que no atacase Roma, que ni siguiera Aníbal se había atrevido nunca. Por toda respuesta Boyerik le dejó sin vida allí mismo. ¡Si él iba a Roma, iba para vencer!

Finalmente llegó la batalla de Arausio, en las proximidades del Ródano, que fué aniquiladora para los romanos. Esta vez mandaban el ejército romano los generales Cneo Manlio y

Servilio Cepión. Ambos se tenían envidia. Cepión era un hombre conocido en Roma por su corrupción. Dividieron sus fuerzas, y los bárbaros dieron cuenta de ellos uno tras otro. Esta doble derrota costó a los romanos varios centenares de miles de vidas.

Tanto en esta batalla como en las anteriores los romanos se quedaron literalmente paralizados por los gritos de los bárbaros siendo luego fácilmente aniquilados. Las legiones no resistían los alaridos bestiales de la horda. Era imponente el aspecto que ofrecían los bárbaros; aquellos cuerpos altos y abominables saltando *en* el aire — carne, tatuaje y hierro—, empuñando lanzas en forma de horquillas y largas y

finas espadas de un solo filo, como hoces. Cuando mataban parecían estar haciendo el trabajo de otoño. Ensartaban al enemigo y le ponían en trozos. El ruido era su táctica; la rapidez, su plan de combate. Una carrera impetuosa y general de toda la horda aullante. Y las legiones se quedaban paralizadas; el pequeño y duro soldado romano era presa del pánico ya antes de que, fiel a su costumbre, apretase los dientes y comenzase a derribar enemigos.

El alarido se oyó en Roma. Llegó hasta los mismos dormitorios. Mucha gente pasaba la noche en vela después de conocer las últimas e inquietantes noticias. La magnitud de la desgracia creció cuando se supo el

comportamiento del enemigo con los prisioneros. Algo horrible.

Había que castigar a los vencidos y al mismo tiempo obsequiar a los viejos y crueles dioses con una ofrenda que jamás pudiera olvidarse. Y así, los prisioneros fueron sacrificados: algunos colgados como ofrenda al viento, y otros degollados. Los viejos y voraces dioses del fuego fueron obsequiados con víctimas humanas. Los pobres romanos fueron pasando desnudos por millares a las manos de las repugnantes viejas vestales.

La hoguera y el olor de la sangre subían al cielo, mientras que el toro sagrado erguía su figura en medio de una humeante abominación. Las espantosas

mujeres estaban en el patio sagrado, descalzas y con la cabeza encalada, dedicadas, cuchillo en mano, a la repugnante tarea de degollar a las víctimas que les iban pasando. Corría la sangre y llenaba la enorme caldera preparada al efecto, llegando a rebosar. Las viejas leían el porvenir en el corazón y en los intestinos de las víctimas, augurando prósperos días para los cimbríos.

Ni siquiera una vez quisieron los vencedores quedarse con el botín; lo habían ofrecido de antemano a los dioses, en la seguridad de que la batalla se presentaba difícil. Y toda la plata y todo el oro fué arrojado al Ródano, que tan propicio les había sido. A él fueron a

parar también todas las armas, arneses, banderas y caballos. Todo quedó cubierto por las aguas.

No serían los romanos capaces de ofrecer a sus dioses una ofrenda como aquella. En verdad, medios tenían para ello, pues no había un hombre, uno solo, en todo el ejército que no estuviese cargado de oro suficiente para pesar un cochinillo. Y esto sin contar los carros llenos de tesoros, objetos de bronce, cadenas, joyas, guarniciones y armaduras; todo ello sacado, con mucho cuidado para que no se rompiera, a las poblaciones cuyas tierras habían atravesado.

La batalla de Arausio fué el primer tiempo del duelo. El Toro había cogido

a la Loba entre sus cuernos y la lanzó al espacio, dejándola muy maltrecha, casi aniquilada; pero la Loba se repuso y volvió al ataque con los dientes afilados.

Las noticias del frente pusieron en guardia el viejo espíritu de defensa de la República. Todo el mundo sabía que la existencia de Roma se vería seriamente amenazada si el alud humano bajaba de los Alpes y se lanzaba sobre Italia.

No se les pusieron mal las cosas a los romanos para preparar la defensa. Los dioses les habían concedido un plazo en atención a que la pecadora ciudad tan favorecida jamás se había olvidado de ellos. Roma respiró cuando

el temporal se desvió hacia España, donde la horda permaneció dos años. Este tiempo les bastó para prepararse, pues cuando, de vuelta de España, llegaron a los Alpes para cruzarlos, ya estaba allí Mario con sus tropas.

En el momento de peligro recurrió Roma al tribuno de la plebe, Mario, hombre rudo y primitivo, pero cargado con todas las viejas virtudes romanas. Los viejos senadores, dejando a un lado sus sentimientos, eligieron para salvar a la patria a aquel hombre que no les gustaba y que era su enemigo. Desde los tiempos de Aníbal no se había visto Roma en un peligro tan grande. Por ello los senadores, mirando por la patria, no dudaron un momento: “¡Mario al frente

de los destinos del país!” Le nombraron cónsul y, saltándose la ley, fueron confiriéndole poderes hasta que se terminó la campaña.

Mario era enemigo de los nobles, y después de su feliz campaña en África no ocultaba sus ofensas para la nobleza de la sangre, de la que se burlaba. ¿Acaso aquellos nobles no habían salido de la nada, como él? Y no se callaba; en todas las asambleas populares tronaba contra la corrupción de los senadores y contra todos los vicios que corroían la sociedad romana, poniéndola al desnudo. Hombre íntegro e insobornable, jamás admitió dinero con fines políticos. Roma le había ofendido y ahora tenía que recurrir a él. Pero

Mario no quería aquella Roma decadente; todos sus esfuerzos iban dirigidos a la recuperación de las antiguas virtudes olvidadas. Era éste el único modo de impedir la ruina de la República.

Y las viejas virtudes puestas en práctica salvaron en aquella situación la moral de Roma. Y toda la ciudad, con la nobleza y los senadores al frente, empezaron a trabajar para preparar la defensa y salvar a la República.

Pero la preocupación y el temor lo invadían todo. Los comerciantes temían por sus negocios: los cambistas estaban rojos como el cobre y no sabían de qué lado especular; los ricos libertos parecían las estatuas petrificadas del

Foro pensando qué sería de sus rentas, de sus casas alquiladas, de sus villas y del mausoleo de mármol que habían hecho construir en la Vía Apia. Y en todos se adivinaba esta pregunta: “¿Ha elegido el Senado al hombre que se necesita? ¿Habrá que recurrir a un tribuno de la plebe para salvar a la patria?”

El terror cimbrío se había extendido por todas partes, quedando grabado para siempre en el recuerdo. Sudaban los augures y arúspices tratando de descubrir el secreto de los intestinos y el presagio del vuelo de las aves. En el Arx, la atalaya de Roma desde tiempo inmemorial, se escrutaba a todas horas el universo.

¿Qué decían las estrellas? Los padres de familia apenas se atrevían a poner el pie en el umbral cuando, a la mañana, salían del atrio seguidos de esclavos con rollos y documentos. ¿Qué les esperaba? ¿Se tropezarían? ¿Qué clase de pájaros volaban sobre sus cabezas? Cualquier cosa se interpretaba como cargada de presagios. De la gran cloaca de Roma había salido un lamento. Gemían los fundamentos de la ciudad. Jamás había estado el aire tan lleno de presagios.

Las indefensas romanas temblaban. ¿Les convendría realmente ser llevadas por los grandes y velludos salvajes? Recordaban que los delegados que habían visto tenían las manos cubiertas

de una espesa lana dorada, igual que osos que anduvieran sobre las patas traseras. La petulancia de sus gestos les daba un aire de dioses recién nacidos. Y las romanas se ponían malas de sólo pensarlo. ¿Quién leía sus pensamientos? ¿Qué presagios hicieron al ver marchar al frente a las legiones? Tristes quedaron las romanas cuando Mario salió con el ejército *versus septentrionem*⁵.

Pero recobraron el equilibrio y la actitud de siempre frente a los vencidos cuando Mario aniquiló a los bárbaros.

DERROTA DE LA HORDA

EL mando del ejército bárbaro decidió dividir sus huestes y formar dos ejércitos. Habían concebido el plan, en verdad bastante arriesgado, de irrumpir en Italia por ambos lados de los Alpes y caer sobre Roma en dos direcciones opuestas. El Toro clavaría sus cuernos en ambos costados de la ciudad. Pero esta división de fuerzas inclinó la balanza a favor de los romanos. Los bárbaros no supieron aprovechar la lección que les dió el ejército romano en Arausio al dividir sus legiones, y por ello Mario le rompió al Toro, uno tras otro, ambos cuernos. De otro modo, muy

difícil hubiera sido al general romano vencer a los bárbaros, pues cada ejército le dió bastante que hacer.

Empezó oponiéndose al peligro con la técnica de Roma: primero la estrategia y después la guerra. Mandó construir en el Ródano complicadas obras de ingeniería, fortificar los puestos de invasión que conducían a Roma y por los cuales esperaba que pasasen los bárbaros a su regreso de España. Y cuando éstos llegaron encontraron a Mario fortificado en un campo inexpugnable, viendo al mismo tiempo que había regulado el curso del río, abierto canales y asegurado los transportes y los víveres.

Mario logró acabar con la molicie

que imperaba en el ejército romano, compuesto por soldados de la clase noble. Reclutó su gente entre la plebe y la moldeó a su voluntad; eligió sabiamente los mandos, colocando a cada hombre en su verdadero puesto, e inyectó un espíritu nuevo, una sana disciplina en las legiones, preparándolas de tal modo que pudieran salir del campo atrincherado y medir sus fuerzas con los bárbaros. Y este nuevo ejército romano, hecho de disciplina férrea y de sufrimiento, acabó para siempre con el “terror cimbrío”.

Pero no paró aquí la ingente labor del general romano. Perfeccionó el *pihim* o lanza romana, dotándola de garfios para que se clavase como un

arpón, y puso en práctica una táctica completamente nueva para acostumar a los soldados al feroz aspecto de los bárbaros y a su grito bestial.

La horda contribuyó a la labor de Mario, pues, sin reparo ni precaución alguna, se acercaba al campo atrincherado dejándose ver continuamente, como si los romanos nada significasen, y al mismo tiempo los insultaban y retaban a combate en campo abierto. Pero los soldados de Roma, fieles a las consignas de Mario, se mantenían silenciosos e inmóviles, soportando pacientemente las burlas de los salvajes.

La llanura era un hormiguero de centenares de miles de hombres. Los

romanos sufrían porque no podían impedir que la horda saquease toda la comarca y que dejase de llamarlos cobardes; pero ya no se estremecían ni de su aspecto ni de sus gritos; es más, estaban rabiosos contra Mario porque no les dejaba luchar. Pero éste, con la cautela de un verdadero caudillo, movía la cabeza y los tranquilizaba diciéndoles que ya llegaría el momento oportuno.

Y el momento llegó. Púsose en marcha un ejército bárbaro — el de los cimbrios — hacia la parte oriental de los Alpes, donde los esperaba el cónsul Catulo, mientras el resto de las fuerzas, teutones y ambrones, seguía al pie del campo atrincherado esperando que los romanos se decidiesen a presentar

batalla. Mario, apurando hasta el máximo la ocasión, no se daba prisa por entrar en combate; pacientemente seguía inactivo semanas y meses en su reducto fortificado, sin hacer caso de las palabras de los bárbaros, ansiosos de pelea.

Por fin perdieron éstos la paciencia y, convencidos de que los romanos se habían encerrado en vida en aquel campo atrincherado, se pusieron en marcha a través de los Alpes, pasando ante las fortificaciones en dirección a Roma.

Duró esta marcha seis días. Ante los duros ojos de los romanos desfiló un conglomerado de guerreros, mujeres, niños, animales, carros, tiendas... que se

fué perdiendo en la lejanía.

Entonces Mario salió del campo atrincherado y siguió a la horda. Estaba decidido a no dejarla salir de los Alpes. Y con toda precaución, sin apartarse de las zonas fortificadas, les fué pisando los talones hasta llegar a un lugar denominado Aquae Sextiae, donde, considerando favorables las circunstancias, les presentó batalla.

Derrotó primero a los ambrones, y cuando los romanos los perseguían hasta los carros, se encontraron con las mujeres de aquéllos, las cuales, lanzando gritos salvajes, acometieron a los suyos y a los romanos con hachas y espadas, asiendo con sus manos desnudas las espadas que blandían los

últimos “y dando prueba de un valor indomable hasta exhalar el último suspiro”.

Nos lo cuenta Plutarco. Después de la derrota de los ambrones pasó el ejército romano una noche crítica. Los teutones, en número considerable, volvieron atrás, y los romanos no tenían tiempo para ponerse a cubierto en sus fortificaciones. Durante toda la noche oyeron a los teutones lanzar “un alarido que en nada se parecía al grito humano, sino que más bien era un rugido bestial, hecho de amenazas y de quejas y repetido hasta el infinito por el eco de las montañas y de los valles. Este grito horrible resonaba en toda la llanura, llenando de pavor a los soldados

romanos, e incluso el mismo Mario se asustó, pues veía que la batalla iba a ser algo caótico.”

Pero los teutones dejaron pasar la ocasión, y Mario pudo ganar tiempo para preparar la emboscada. Siguiendo una costumbre clásica de los bárbaros, Teutobod, general de los teutones, retó a Mario a un duelo para decidir así la victoria. Teutobod tenía de tres a cuatro varas de alto y, según la tradición, podía saltar seis caballos. Mario declinó el reto. Y cuando, por fin, los ejércitos llegaron a las manos, los teutones, en su furia, desdeñaron la ventaja yendo desde la llanura hacia Mario, que ocupaba las alturas, y entonces las divisiones del ejército romano colocadas en

semicírculo alrededor del enemigo cayeron sobre éste por la espalda, aniquilándolo.

Teutobod cayó vivo en manos de los romanos. Todas las tiendas y carros, todo lo que poseía este pueblo emigrante pasó a poder de los vencedores. Del ejército bárbaro no quedaron más que muertos y prisioneros.

Murieron tantos, que los habitantes de aquella comarca boscosa cercaban, cuenta Plutarco en su *Historia de Mario*, desde entonces sus viñedos con los huesos de los que allí perdieron la vida, y añade que, a causa de la descomposición de los cadáveres y de la intensa lluvia que allí cayó en el invierno, quedó tan abonada la tierra,

que en la primavera siguiente dió una cosecha extraordinaria.

Mientras Mario se disponía a ofrendar a los dioses el escudo y la lanza del enemigo vencido, llegó un mensajero que le comunicó que había sido elegido cónsul por cinco años. Días después le llegaron noticias del frente oriental: Catulo había defendido sus pasos con tanto valor, que los cimbrios se habían visto obligados a pasar los Alpes subiendo la montaña, encontrándose ya en Italia. Entonces Mario aplazó la entrada triunfal en Roma y de este modo pudo celebrar a la vez dos triunfos.

Como una aventura de ogros y gigantes suena la antigua prosa de

Plutarco, un trozo de gótico primitivo visto con los ojos asombrados y sobrios de un clásico: “Tal orgullo y soberano desprecio mostraron los cimbrios hacia los romanos al cruzar los Alpes, que, más por demostrar su audacia y fortaleza que por necesidad, atravesaron la nieve completamente desnudos, y al llegar a la cumbre de la montaña se deslizaban en sus anchos escudos hasta las escarpadas y lisas rocas que bordeaban los insondables abismos.”

Evidentemente, los alegres recuerdos del invierno en Jutlandia habían tenido un efecto vivificante en el espíritu de los cimbrios, obedientes a la cálida llamada del Sur, no pudiendo contener el deseo de los jóvenes de

hacer deporte deslizándose hasta el borde de los abismos de los Alpes. Como una ululante turba de jóvenes bajaron desde el cielo de las montañas a la llanura italiana.

Catulo había tomado posiciones detrás del Adigio y esperaba detenerlos allí. “Y como los cimbrios establecieron su campamento cerca de los romanos y se dispusieron a cruzar el río, se propusieron levantar un dique. Arrancaron piedras de las colinas próximas y, como verdaderos gigantes, echaron al río árboles con sus raíces, mezclados con tierra y piedras, hasta conseguir detener la corriente. Echaron luego contra los pilares sobre los que descansaba el puente toda clase de

material pesado, que, al ser empujado por la corriente, tiró el puente.”

Catulo fué obligado a retirarse del Adigio y evacuar la región hasta el Po. Durante estos acontecimientos tuvieron lugar los primeros encuentros. Los cimbrios hicieron prisioneros, pero inmediatamente los pusieron en libertad, y tan buena impresión les hicieron los romanos, que confirmaron el salvoconducto que les habían dado jurando por su toro sagrado. Quizá podían aún ofrecérseles una alianza, cosa no difícil si solamente tuviesen que entenderse con Catulo.

Los cimbrios se extendieron por las llanuras comprendidas entre el Adigio y el Po, ocupando la tierra como si fuesen

sus verdaderos dueños. Era una rica zona agrícola muy bien cultivada por sus naturales, la cual podía continuar dando sus productos. Todo en ella convidaba a quedarse allí.

En este descanso los visitó Norne-Gaest. Apareció un día en su campamento con su paso tranquilo y oscilante. Los cimbrios le reconocieron y le dispensaron un gran recibimiento; pero no hablaron mucho sobre los asuntos particulares; no se sentían tranquilos; no le preguntaron nada por la patria, donde, probablemente, habría estado el bardo. Pero acogieron con simpatía la visita del viejo y le dejaron andar por el campamento todo el tiempo que quisiese.

Sin embargo, esta vez no tuvo acceso a Boyerik. Para ello era indispensable atravesar tres filas circulares de carros. La tienda del jefe cimbrío destacaba en el anillo central con su rojo penacho y un gran emblema de campaña flotando al viento. Norne-Gaest no pasó del primer círculo.

Los cimbríos habían sido los promotores y la esencia de aquella riada, invasora de Italia, y por esta razón mantenían una posición central entre los invasores. De sus filas salieron los generales y del jefe de éstos, Boyerik, el rey.

Norne-Gaest veía de cuando en cuando al caudillo Boyerik pasar a caballo; pero siempre lo veía a

distancia; los jinetes que constituían su cortejo formaban a su alrededor un anillo impenetrable, de modo que solamente emergía sobre los demás el reluciente yelmo dorado, adornado con plumas rojas, del rey cimbrío.

Sus caballos eran hijos de los que habían traído de Cimbria. Ya llevaban peregrinando la edad de un caballo aproximadamente, pensaba Norne-Gaest. Los hombres que él había conocido de veinte años estaban a punto de ser viejos; los niños que habían comenzado el viaje en brazos de sus madres estaban entonces en la plenitud de sus fuerzas. Muchísimos habían nacido durante la marcha por Europa. Era ahora un pueblo muy distinto de

aquel que había salido de Cimbria.

Los jóvenes eran los que constantemente marcaban la tónica en el campamento. Sus carcajadas estrepitosas, sus voces estentóreas, su rudeza creciente, su intranquilidad y fuego habían conquistado aquella ciudad en continuo movimiento.

Era un espectáculo ver la vanidad y el desprecio a la muerte de que hacían gala los jóvenes guerreros. ¡Pobre del mundo si no diesen a la vida de los demás más importancia que a la propia! Tan elevado concepto tenían de sí mismos, que lo más precioso, incluso la vida, nada valía a sus ojos. Ni siquiera los dioses, podían darles nada. La sangre corría entre ellos sin motivo

alguno que lo justificase; bastaba una discusión cualquiera, una leve sospecha de que se pudiera tener miedo, para que dos mozos luchasen hasta la muerte como dos enloquecidos gallos de pelea. La lucha no terminaba sino con la muerte de uno o de ambos contendientes. Y el {jue era alcanzado por un golpe mortal se reía mientras de su cuerpo vacilante salía la sangre a borbotones. Y continuaba riéndose hasta que las encías se le ponían blancas y los ojos se le nublaban. Y moría con la sonrisa en los labios.

Los jóvenes bebían. Habían llegado a un país vinícola, que recorrieron de extremo a extremo. Cuando entraban en una población, su

primer cuidado eran las bodegas, y tanta prisa tenían por embriagarse que rompían las cubas y bebían el vino en el suelo. Ya estaba olvidada la vieja costumbre de vida que habían traído del país de origen; éste tampoco tenía un lugar en su memoria. Las fuentes ya no eran un regalo del cielo; la leche agria, ni los arenques, ni el pan de centeno eran la base de su alimentación. Se habían refinado; suspiraban por otros gustos y pagaban los lujos con mal de dientes. Dormían en tiendas de lujo, adornadas con cortinas de seda, los que antes, durante las noches de invierno, dormían a la intemperie cubiertos por una piel de vaca.

Norne-Gaest estaba disgustado.

Contemplaba a las mujeres. Éstas ya no tenían la delicadeza de antes. Eran más habladoras y bulliciosas que antes, endurecidas por la ruda vida de campamento, marcada por una constante inseguridad. Las madres estaban secas y llenas de aristas, pero chispeaban de valor. Como antes, las jóvenes eran bellas, más bellas aún. Había surgido una nueva nidada que no había visto otra cosa que una vida nómada. Eran como terneras retozonas, en cuyas articulaciones bullía la voz del yermo. Ojos azules llenos de alegría. Fuertes, corpulentas y esbeltas, una generación maravillosa producida por la vida al aire libre y con todas las cualidades magníficas de la raza intactas. ¡Qué

futuro para un pueblo llevaban dentro de sí!

Pero la más distinguida y bella de todas era la sacerdotisa Vedis. Estaba en el apogeo de su esplendor, en la madurez más prometedora que una mujer puede alcanzar; era majestuosa, el ser más preclaro que nadie había visto jamás. Parecía el amor llameante de rosas rojas; pero jamás vería su sangre correr por otras venas. Permanecería soltera y sería el sueño más bello e íntimo de todos.

Era notable ver cómo se había convertido en objeto de veneración. Todos los jóvenes la miraban con el más profundo respeto. La seriedad y la preocupación desaparecían de todas las

caras al verla o al oír su nombre. La veneraban como a un espíritu, sin ningún miramiento terreno, pero profundo y ardiente. Ella amaba a todos; era la prometida de todos aquellos mozos salvajes, la mujer consagrada a su pueblo, que jamás sería madre.

Estaba en su radiante juventud, pero brillaba sola, como la estrella de la mañana. En sus rasgos de doncella había un nimbo de madre. Sufría por todos sus extraviados y locos hijos; se había hecho la protectora del campamento. A ella acudían todos en busca de consuelo para sus almas, ¡Pero ella estaba sola!

Y el deseo más ardiente de los jóvenes era protegerla y llevarla en un anillo de acero, libre y siempre intacta,

por el mundo.

Poco tiempo disfrutaron los cimbrios de los buenos pastos de la llanura del Po y de las ventajosas perspectivas que ofrecían a una población agrícola asentada allí. Justamente cuando empezaban a estar en buenos términos con Catulo, llegó Mario de las Galias con sus tropas.

No venía éste para agradecerles ni para utilizarlos como una defensa. El feo Mario no podía pensar en lo que otros pudieran opinar sobre él. Ni una vez siquiera trabajó para su gloria. Y el ejército que él había preparado tampoco debía arreglarse con el enemigo. No les importaba que fuesen valientes o conquistasen honores con tal de clavar

el cuchillo en el pecho del adversario y poder regresar al circo y a las callejas de Roma. Hacía tiempo que estaban preparados contra la aparición de los ogros; su moral llegaba casi hasta el desprecio de los antes temidos enemigos. Se habían comido a los teutones; ahora les quedaba un plato nada más: los cimbrios.

Pero los cimbrios rehuyeron el combate contra los dos cónsules. Dando por una vez pruebas de juicio, prefirieron esperar la llegada de los teutones. Tenían mucho amor propio respecto a procurarse una ventaja; eso no podía hacerlo un guerrero; pero entrar en combate con la mitad de las fuerzas cuando tan fácil les era esperar a

que se les juntase la otra mitad, era sencillamente una locura. En esta espera enviaron delegados a Mario solicitando paz para permanecer en la tierra que habían ocupado, o bien para irse a otra lo suficientemente grande para ellos y sus hermanos.

—¿Qué hermanos? — preguntó Mario.

—Los teutones — respondieron los enviados.

Todos los presentes soltaron la carcajada, como el coro en las comedias antiguas. Pero Mario les contestó que no debían preocuparse por sus hermanos los teutones, pues ya tenían toda la tierra que necesitaban.

Observaron los delegados que se

estaban burlando de ellos y se pusieron serios; esto pedía venganza: era un insulto a su honor y al de los cimbrios. Buena les esperaba a los romanos cuando llegasen los teutones.

—Ya han venido todos — dijo Mario.

Y haciendo una señal, hizo comparecer a Teutobod y a otros jefes teutones cargados de cadenas.

Diálogo mudo, algunas réplicas en voz baja cambiadas por los bárbaros en su propio idioma. Los prisioneros, presa de tristeza mortal — parecían un mensaje del reino de la Muerte — afirmaban con la cabeza. ¡Era verdad! ¡Todos habían muerto!

Y así cayó el telón en la tienda de

Mario. Los delegados cimbrios se marcharon. Detrás quedó riéndose el coro de los romanos.

Ahora fueron los cimbrios los que presentaron batalla. Desplegaron sus tropas en orden de combate y desafiaron a los romanos.

Mario permaneció en su campamento como medida de precaución. Mientras tanto, mandó sacar los ganchos de las lanzas para que éstas se clavasen mejor en el enemigo.

En vista de que el caudillo romano no se decidía a salir, se presentó en su tienda el general cimbrío en persona exigiéndole que fijase día y hora para un combate a fin de decidir quién se

quedaría dueño de la tierra.

Tenía Boyerik un aspecto terrible. Alto y corpulento como un árbol; montado en su caballo, sus pies casi tocaban el suelo; pero el caballo era de talla media. Era cuadrado de espaldas; cubría su cabeza con un yelmo en el que sobresalía un cuerno de toro y encima del cual flotaba al viento un penacho. Su cara estaba descubierta; era una cara severa, con un bigote rojo y asesino sobre la boca; mirada azul y fría; cejas crueles. Toda su expresión era colérica. Su armamento corría parejas con su aspecto. Llevaba al costado una espada descomunal; en la mano, una lanza ahorquillada. No era muy grande el escudo, pero en sus dimensiones

precisamente podía apreciarse el valor de su dueño: cuanto más descuidada estaba la defensa, más valor demostraba el guerrero. Estaba pintado de blanco, para que todo el mundo supiese donde estaba el guerrero durante el combate. Boyerik no podía permanecer invisible.

Llevaba consigo el jefe cimbrío un reducido número de guerreros, cometiendo de este modo una temeridad, pues Mario pudo haber mandado detenerlo y ahorcarlo; pero el general romano lo mandó salir incólume del campamento coronado por su gloria de salvaje.

Aceptó Mario el reto, no sin antes reprender al bárbaro por la forma de presentarse, tan poco romana, y se fijó

el día del combate para tres días más tarde. El lugar del encuentro serían las llanuras réticas de Vercelli. Y en esta llanura y a la hora que ellos habían fijado, fueron derrotados los cimbrios.

El sol y el calor de aquel día fueron la causa principal de la caída del pueblo cimbrío. El sol estaba de parte de los romanos. Mario había procurado que el escenario del combate le diera esta ventaja; de no ser por esto, los bárbaros les hubieran arrollado y hecho retroceder.

Pero oigamos a Plutarco: “Gran ventaja para los romanos en esta batalla fué el calor y el sol, que les daban en el rostro a los bárbaros. Éstos podían soportar muy bien el frío, pues, como

queda dicho, habían nacido y se habían criado en tierras frías y sombrías; en cambio, no podan aguantar el calor. Sudaban por todo el cuerpo, teniendo que cubrirse el rostro con el escudo, pues la batalla tuvo lugar precisamente después del solsticio, tres días antes de la luna de agosto, o, como antes se decía, la luna sexta. También contribuyó mucho a aumentar el valor de los romanos que el polvo cubriese al enemigo, pues a distancia no podían ver a aquella masa humana, y cada uno trabó combate con el que tropezaba, sin asustarse de antemano por el terrible espectáculo. Por otra parte, los romanos estaban tan ejercitados y endurecidos en maniobras militares que nadie vió a uno

siquiera sudar ni respirar fatigosamente, a pesar de que la lucha se desarrolló con rara violencia y bajo un sol agotador.”

Otro autor emplea la tradicional expresión de que los bárbaros se derritieron como la nieve al sol del mediodía.

Antes del combate, cuando los dos ejércitos marchaban el uno contra el otro como dos grandes masas de agua humana desbordada por la llanura, “Mario— escribe Plutarco — elevó al cielo sus manos juntas y prometió a los dioses una hecatombe”...

¡Qué momento! Sobre la tierra, en medio de un clamor de pisadas, avanzaban ambos ejércitos, al encuentro uno de otro. La llanura, que se extendía

en todas direcciones, era abierta y bella y verde y estaba llena de pueblecitos; y sobre ella, como una visión aérea, se alzaban los Alpes nevados colgados en el aire, las murallas que los cimbrios habían atravesado; y todo — ejércitos y tierra y Alpes — envuelto por el inasequible cielo...

Y en este escenario empezaron los contendientes a tomar contacto entre sí. La tuba y la lura lanzaban sin cesar su son de guerra. Era el mugido del Toro y el aullido de la Loba. El aullido salvaje de la loba cuando se alza sobre el rabo y estremece la paz de la noche buscando víctimas para sus lobeznos, y el mugido de celo del uro en los bosques infinitos, repetido sin cesar. En aquel momento se

cernía sobre el mundo la muerte y el exterminio.

De aquellas compactas masas combatientes salió disparada una nube de flechas que dibujaron en el aire una trayectoria metálica: un ejército de agujones buscando las carnes de los adversarios. Dos masas de polvo avanzaron en dirección contraria y se formó una sola, pero gigantesca nube sucia a ras de tierra.

Sonó el grito de guerra lanzado por la embravecida masa cimbría; el pavoroso aullido con el que herían el espíritu antes de entrar en combate. Todo el ejército cimbrío era un grito telúrico.

Y los guerreros cimbríos, llenos de

frenesí, se lanzaron hacia delante dando saltos y con una energía que los hacía superiores a las heridas y los ponía por encima de la vida y de la muerte. En sus almas no había más que fuego.

Avanzó la caballería. Los jinetes, obedientes a su táctica especial, maniobraron aisladamente, acercándose y retirándose.

Pero las cohortes romanas se mantuvieron firmes y apretadas como un muro. Los soldados, sin perder la cabeza, recibieron adecuadamente a los intrusos.

Una nube de polvo cubría a los combatientes: parecía una cortina que el cielo hubiese puesto ante sus ojos. Las divisiones y legiones no hacían más que

dar vueltas sin poder encontrarse. Los cimbrios realizaron verdaderos prodigios de valor. Manejaban con suma habilidad sus largas espadas, y de cuando en cuando abrían en canal a un soldado romano; pero la mayoría de las veces eran puestos fuera de combate antes. El pequeño romano se escurría bajo el escudo y clavaba dos, tres veces su corta espada de dos filos antes que la de su adversario le tocase la piel.

Avanzó Boyerik y entre los combatientes se divisó un yelmo con el cuerno de toro. Resoplaba como una bestia. En su pesada espada reinaba la fuerza. Llevaba en su alma el fuego que su terrible corazón ansiaba y en el cual había de quemarse. Era inmenso como

guerrero; solo completamente hubiera querido luchar con el ejército romano; quisiera ser el único segador de la masa enemiga, yendo y viniendo hasta dejar el campo limpio. Pero los romanos le clavaron sus armas y él no sentía que las lanzas, una tras otra, se le metían en el cuerpo. Llegó un momento en que éste estaba literalmente cargado de hierro enemigo anclado en su carne. Y Boyerik se arrastró *como en medio de* la bruma con una sonrisa apagada; se le hundieron los hombros, se le cayó el cuerno del yelmo, como la hoz de la luna, en un mar de guerreros y armas. Al caer resonó un terrible alarido. Y el resto del ejército se hundió, aullando, en la muerte.

Sigue narrando Plutarco: “La parte

más grande y más combativa del ejército enemigo fué pasada a cuchillo en el mismo lugar del combate, pues las primeras filas se habían atado con cadenas para que no se rompiesen las líneas. Los romanos persiguieron a los fugitivos hasta el campamento, donde fueron testigos de escenas terribles. Las mujeres de los bárbaros estaban en sus carros vestidas de luto y mataban a los fugitivos según iban llegando: maridos, hermanos, padres; con sus propias manos acabaron con la vida de sus tiernos hijos tirándolos debajo de las ruedas y de las patas de los animales, y después se suicidaban. Cuentan que una de las mujeres se colgó de un palo del carro junto con sus hijos, a los que ató

con cuerdas a sus piernas. Por falta de árboles en que colgarse, se ataban los hombres una cuerda al cuello, sujetándola después a los cuernos o a las patas de los bueyes, y hecho esto, aguijoneaban a los animales y de este modo, al ponerse en marcha éstos, eran arrastrados hasta perder la vida. A pesar de esto, el número de prisioneros se elevó a más de sesenta mil, siendo más del doble el número de los que cayeron para siempre en el campo de batalla.”

Los romanos habían luchado en la proporción de uno contra tres; y si se tiene en cuenta que cada enemigo era alto y más fuerte, podían decir que ellos habían aprovechado las ventajas que habían creado con todo honor.

La escuela y la técnica romanas se habían mostrado sumamente eficaces luchando contra la extraordinaria fortaleza de un pueblo primitivo. Pero, ¿no fueron los bárbaros quienes hicieron volver a los romanos a sus antiguas virtudes y quienes aprendieron en Italia a vivir en la molicie?

Cuando, después de la batalla, descendía el sol, rojo y redondo como un escudo ensangrentado, sobre la comarca ráudica, lleno todavía de polvo el aire, como después de una erupción volcánica, y las cornejas y aves de rapiña comenzaban a acudir de todos los rincones del cielo, ¡qué trágico escenario! En una milla de terreno

yacían, abrazados algunos entre sí, los cadáveres de miles y miles de jóvenes que aquella misma mañana se habían levantado sanos y sonrosados.

Durante muchas tardes reinó un silencio absoluto después que se extinguió el terrible grito de guerra de aquel día memorable, y se extinguió el alarido desesperado de las mujeres — grito penetrante como el grito de parto que había presidido el nacimiento de los que yacían muertos en aquel trágico campo de batalla.

Silenciosas estaban las tardes; como las mujeres supervivientes al ser conducidas, prisioneras, a la abyección.

Pero cuando se puso el sol y el crepúsculo se extendió sobre la tierra,

brillaba aún la cadena de los Alpes con un lejano resplandor ultraterreno. Hacia ella apuntaba una sombra que había en el campo de batalla. Era Norne-Gaest, el solitario, el longevo, que estaba allí con su dolor, siempre entre muertos.

Antes había visto bajar de los Alpes a un pueblo fresco y nuevo; ahora ninguno regresaría jamás.

Entre los muertos que cubrían el campo de batalla yacía, derribado, el Toro. La Loba le había clavado los dientes en el vientre, desgarrándolo. Y el Toro estaba caído en tierra con los cuernos vencidos y los miembros rotos.

VAE VICTIS

POCO antes de emprender Mario la lucha contra los cimbrios y los teutones, había terminado la guerra de Numidia y celebrado el triunfo con una solemne entrada en Roma, dirigiéndose por la *Vía Sacra* al Foro y al Capitolio con el botín de guerra y los prisioneros encadenados. A este respecto, observa Plutarco:

“Mario brindó a los romanos en esta ocasión un espectáculo que les parecía imposible: les traía prisionero al propio Yugurta. No había nadie que creyese que pudiera vencer al enemigo africano mientras que Yugurta viviese.

Yugurta perdió la razón al hacer su entrada en Roma, y cuando todo terminó lo arrojaron en una prisión. Algunos desgarraron su túnica con las uñas; otros, que querían arrancarle un pendiente de oro, le arrancaron también un trozo de oreja. Desnudo quedó Yugurta en una mazmorra subterránea. Completamente loco, gritaba haciendo terribles visajes:

“—¡Por Hércules! ¿Dónde no está frío vuestro cuarto de baño?

”Así fué como recibió su merecido por todas sus vergonzosas acciones. Durante seis días enteros estuvo luchando con el hambre, y hasta el último momento abrigó la esperanza de conservar la vida.”

Igual que le pasó al africano le sucedió también a Teutobod y demás jefes bárbaros prisioneros: darían esplendor al triunfo de Mario. Pero del resto nada dice la crónica; y ésta fué la única gracia que se les otorgó.

¿Se tenía en cuenta en Roma la categoría del vencido y la importancia de su desgracia? ¿Se mostraba uno magnánimo con su enemigo? ¿Se medía su generosidad por el valor desplegado por el adversario? ¡Oh, no! ¡Al contrario! ¡Mayor y más sensible era la desgracia! Pero, ¿no habían sacrificado también los vencidos, cuando eran poderosos, a los derrotados romanos despues de la batalla de Arausio?

Los vencidos no sólo perdían la

vida y la libertad; perdían también el carácter. El vencido estaba a merced del vencedor, que veía el futuro de aquél en el espejo de la venganza. El recuerdo de los bárbaros quedó vivo en el lenguaje insultante de los romanos, se perdió en refranes y quedó estereotipado en algunas frases en la memoria del vulgo. Teutón significa hombre furioso; cimbrío, alborotador. Con su nombre crearon un concepto, como César más tarde hizo del suyo la más alta expresión de poderío para los tiempos venideros, pues, siguiendo su ejemplo, el nombre de rey se consideraba demasiado pequeño. Pero el concepto que los cimbríos crearon fué un concepto de oprobio; le abrieron una nueva

dimensión al desprecio. Ambrón quedó como sinónimo de ogro, comehombres y borracho. Ciertas comparaciones con animales quedaron unidas a los tres nombres en lápidas colocadas en las esquinas de las calles de Roma:

Teutón, cerdo furioso.

Cimbrio, cerdo
gruñendo.

Ambrón, cerdo
comiendo.

“¡Cimbrio!”, resonaba en las tabernas cuando un esclavo sudoroso injuriaba a otro después de beber. Y el

insultado se ponía pálido. “¡Teutón!”, y el insultado se levantaba. “¡Ambrón!”. Este último insulto colmaba la medida, y el esclavo, herido por la degradante afrenta, se lanzaba contra su adversario.

Y éste fué su recuerdo. Los vencidos — muchos miles de prisioneros — fueron castigados el resto de su vida con el rigor de que era capaz un vigilante de esclavos romano.

Primero fué la vergüenza y el martirio espiritual, cuando tuvieron que ir por la *Vía Sacra* realzando el triunfo de Mario, descalzos y encadenados, ante dos murallas vivientes formadas por la plebe de Roma.

Más fría que el hielo de las montañas fué la actitud con que los

caballeros y senadores contemplaron el cortejo desde sus literas o desde las balaustradas del Capitolio. Los linajudos señores habían calculado bien al movilizar a la plebe; la canalla debía ir con la canalla. Luego no cesaban de lamentarse, preocupados por Mario, a quien ellos habían elevado tanto.

Las matronas romanas contemplaban el triunfo envueltas de pies a cabeza en gracia y nobleza, sin más crueldad que la que convenía con una encantadora aversión y una sonrisa de plata al ver a las bestias encadenadas. El desfile era para ellas una ocasión de exhibirse.

De cuando en cuando caía una mirada sobre los grandes y barbados

rubios, trayendo al pensamiento el recuerdo de haber visto antes al prisionero: el velludo dorso de la mano y una figura alta y fuerte... Pero ahora estaba decaído. Y la mirada de las romanas iba del prisionero a los pequeños soldados romanos, que desfilaban ceñida la cabeza con corona de laurel y armados para vigilar a los prisioneros encadenados. Y los veía más corpulentos, macizos y fuertes. La vida al aire libre los había transformado. Y la romana llevaba el dedo a la boca y le echaba un beso apresuradamente. Los grandes ojos humedecidos se llenaban de luz y de lágrimas.

Ella tenía que arreglar una cuenta con el oso rubio; y cuando vendieron a

los prisioneros y se llevó uno a su casa para aguador, y éste se presentó en el cuarto de baño con su yugo, ella se disponía a bañarse sin cuidarse para nada del esclavo. Una dama romana no se estremecía por aparecer sin ropas delante de un esclavo, porque éste nada significaba para ella; era una cosa. Nada le importaba lo que pudiese pasar por el esclavo; sus miembros de Afrodita no se movían lo más mínimo porque el esclavo estuviese presente o se marchase. La romana jamás perdonaba a un bárbaro que ella, en un momento de pasión, pudiera haberlo deseado cuando era un ser libre.

Otras veces en su alma de felino se albergaba un plan peor, cuidadosamente

pensado y desarrollado. Sus miradas y gestos calculados iban dirigidos a soliviantar al esclavo, y cuando éste creía todo fácil, a una señal de aquélla, aparecía el vigilante, un gigantesco nubio, con un látigo con bolas de plomo, y desgarraba las espaldas del infeliz aguador.

Algunos trabajaban en los molinos, que tanto les habían divertido la primera vez que los vieron; otros, en las faenas del campo, al aire libre; pero bajo la vigilancia y los golpes frecuentes de un hombre, que no era nada comparado con lo que ellos habían sido. Por la noche dormían atados con cadenas al lado de todos los deshechos humanos.

Pero los más fuertes iban a la

escuela de gladiadores donde perdían la vida. Parecían invencibles, pero tenían mucho que aprender. También tenía su arte luchar con yelmo y daga o, desnudo, con red y tridente. Y todo para luchar a muerte en el circo con sus semejantes o para vender cara su vida combatiendo con las fieras en la misma arena.

Estaban condenados al tatuaje desde el día en que el hierro candente imprimía en sus carnes la marca de la escuela, en la que, después de rudos y dolorosos ejercicios, se hacían hábiles luchadores.

Y así esta etapa de los prisioneros servía para divertir y enardecer a las multitudes romanas, que amaban este inhumano espectáculo y aplaudían

cuando el vencedor había sabido matar con arte y el vencido sabía morir con elegancia.

El toro sagrado de los cimbrios interrumpió su marcha triunfal en Vercelli. Catulo lo recogió y lo mandó colocar en su villa.

Pero el día del triunfo figuró en el cortejo, balanceándose en su curioso carro bárbaro, el mismo que le había llevado desde Tole a través de miles de millas por los bosques hercinianos y montañas salvajes hasta el corazón de Roma. Pero su entrada no fué como se la habían imaginado los jefes prisioneros, algunos de los cuales eran conducidos en jaulas, enloquecidos por la pena y los

malos tratos, y pinchados con varas por los muchachos de Roma.

Así pudo la Loba, desde la bruma soleada del Capitolio, mirar hacia el Foro. A él llegaba, blanco de las burlas de una plebe feliz, el vencido Toro.

Los sacerdotes consagrados al servicio de los dioses contemplaban curiosos aquella novedad. Era una obra bárbara, pero en sus detalles llevaba un sello inconfundible de buen gusto. ¿No lo demostraba acaso la gran hendidura de la cabeza con la imagen del sol? ¿Y cómo un pueblo tan bárbaro había llegado a hacer un símbolo tan perfecto? ¿Sería posible que la luz de Roma hubiese llegado a aquellas remotas regiones nórdicas? Otros opinaban que

se trataba de una obra de un país meridional, del cual había sido robada con la señal sagrada y todo. Pero, oculta en una cavidad del toro, encontraron la vieja imagen de un dios que, por ciertos rasgos, hacía pensar en el dios más venerado y tradicional de Roma y Grecia. Sólo los sacerdotes de más categoría lo habían visto; el resto de los mortales quedarían deslumbrados con su fulgor.

En el jardín de Catulo quedó olvidado el Toro. Y su memoria desapareció para siempre. La Loba sobrevivió a los tiempos.

Y, ¿qué fué de las mujeres?

En la plaza de los Esclavos las

vendieron.

El número de mujeres hechas prisioneras fue muy elevado; pero cada una fué valorada escrupulosamente, discutiéndose el precio de cada esclava hasta que todas fueron vendidas.

Esto, sin embargo, se hizo con los ejemplares jóvenes, pues a las viejas e inútiles las mataron; no valía la pena transportarlas. Muchas ya se habían suicidado, entre ellas las terribles adivinas y sacrificadoras, que habían desplegado su furia en Aquae-Sextiae y Vercelli, empujando al asesinato y al suicidio a las demás mujeres. Los soldados romanos se ensañaron con estas repugnantes brujas pasándolas a cuchillo o destrozándolas a patadas.

Había, sin embargo, sacerdotisas de aspecto agradabilísimo. A éstas no les hicieron el menor daño; las llevaron consigo para venderlas.

Una de ellas era, sin ningún género de duda, una auténtica belleza bárbara. Tenía una cabellera enorme, nunca vista, de un precioso color rubio; sus mejillas eran blanquísimas, como las de la Minerva criselefantina. Era un ejemplar raro y alcanzaría un buen precio.

Los soldados no ultrajaron a las prisioneras, a pesar de sus gracias físicas. Era la única manera de poder venderlas.

La mayoría de las madres se habían suicidado o las habían matado los soldados. Todos los hijos podían

venderse. Se hizo la separación entre madres e hijos, pues entre esclavos no podía haber lazo familiar alguno.

Algunas de las esclavas tenían un aspecto más distinguido que sus compañeras de infortunio. Era evidente que entre los bárbaros había clases: señores y plebeyos, caballeros y príncipes. Y posiblemente entre aquellas doncellas había alguna princesa; pero no podía apreciarse. Todas eran fuertes y todas fueron vendidas sobre un banco. Casi sin excepción para trabajos pesados, a gusto del comprador.

“¡Intacta!”, exclamaba el vendedor ante cada ejemplar femenino al ser presentada en la tarima donde se hacía la venta. “Tiene pocos años.” Y se

equivocaba siempre, pues las mujeres bárbaras, comparadas con las romanas, podían ser mucho más viejas de lo que parecían. Eran muy fuertes, aptas para trabajos físicos, despiertas y llenas de salud.

El vendedor sabía hacer el artículo, pues con humor no exento de malicia exaltaba la calidad de la esclava con frases que hacían reír a los hombres.

La esclava aparecía desnuda ante los ojos de los compradores y de los curiosos; la infeliz no podía ser vendida vestida. Roma la miraba en silencio. Luego el vendedor le echaba las ropas de nuevo; no había que contemplarla demasiado.

La mayoría de los compradores

eran mujeres; amas de casa romanas que necesitaban una esclava más y habían ido al mercado a comprarla. A su lado estaban las literas forradas de púrpura, con los esclavos sentados sobre las varas. Estos esclavos podían ser prisioneros de guerra recién adquiridos, teutones o cimbrios, como las esclavas que allí se vendían; quizá se conocían entre sí. Pero los nuevos portadores de literas no prestaban atención a lo que en torno de ellos se desarrollaba; parecían cansados; estaban sentados con la cabeza baja, y los rojos pompones con que los habían distinguido colgaban verticalmente sobre el suelo.

Entre los portadores surgió una disputa por motivos desconocidos; los

había de muchas nacionalidades, y nadie entendía sus explicaciones con aquella babel de lenguas. Pero se vió que un teutón se puso furioso a la vista del mercado. Sobre él se lanzaron alrededor de veinte hombres, que lo dejaron sin vida. El Tíber estaba cerca y el cadáver fué echado al río.

Las amas de casa romanas examinaron a las esclavas. Tenían buenos ojos; a distancia ya encontraban lo que buscaban. Contemplaban a la joven esclava y apoyaban su mano enjorjada en los hombros de aquélla; le miraban los pechos, se cercioraban de si había dado a luz; le tocaban el pelo; le sujetaban los labios.

¡Qué bellas eran las bárbaras!

Parecían lingotes de oro fundidos en el mismo molde y con el mismo sello. Todas eran hijas de campesinos. Jamás en una casa romana se deseaban criadas hermosas: cuanto más feas y bastas, mejor. Éstas eran las que se vendían primero.

Pero las demás también tenían compradores, que se las disputaban pujando muy fuerte, con gran regocijo del vendedor. Eran hombres los que pujaban, romanos ricos y sin escrúpulos, que no acudían al mercado hasta el anochecer por miedo a encontrarse con parientes o conocidos. Era la hora que mediaba entre el teatro y la bacanal. Se perfumaban tarareando una estrofa de Teócrito y después escogían a la

esclava.

Lentamente, una a una, a todas llegó su turno. Todas las doncellas cimbricas fueron vendidas, siendo marcadas en la frente con el hierro infamante.

Las infelices fueron entregadas a la esclavitud y a la abyección de muchas maneras. Cargadas como bestias y metidas en el Tíber con el agua hasta la cintura, no era lo peor que podía ocurrirles; ni tampoco ser camareras y doncellas de las ricas romanas, que, cuando estaban de mal humor, las pinchaban con alfileres hasta matarlas; ni moler el grano, ni trabajar la tierra, ni arrastrar piedras. Lo peor era el destino que estaba reservado al resto de las esclavas.

Y entre éstas, a las más bellas, a las que traían sobre sí las turbias miradas de los hombres. Su vida era una rápida caída hacia el abismo. Pero de estas desgraciadas no llegó ningún lamento a la posteridad.

A ORILLAS DEL TÍBER

A través de las calles de Roma caminaba de prisa un hombre con las ropas manchadas de yeso, que hacía pensar en un obrero que regresaba del trabajo; pero que tenía todo el tipo de un romano libre. Su paso denotaba preocupación; pero no por lo que ocurría a su alrededor; en su apresuramiento se adivinaba que estaba dominado únicamente por la idea de llegar a tiempo. Muchos transeúntes, al reconocerlo, le miraban con respeto diciéndose: ¡Ahí va el escultor Keyron! ¡Vaya paso que lleva!” Sus pasos se dirigieron a la Plaza de los Esclavos.

Algún motivo tenía para ir allí. Llevaba en la mano una carta que un mensajero le había traído a su taller, situado en las afueras de Roma. El mensajero tenía orden de entregársela en propia mano; pero no pudo decirle el nombre del dador. Era un papiro doblado, sobre el cual, con mano insegura, se había dibujado algo que se parecía a un plano de Roma, y en un punto donde sólo podía estar el mercado de esclavos había un escarabajo cuyo significado tardó en adivinar Keyron unos momentos. Ya no cabía duda: en el mercado de esclavos se están vendiendo esclavos nórdicos... Y el escarabajo... ¡Inge estaba allí!

Un viejo y poderoso recuerdo brotó

en su alma. La lejanísima tierra donde había estado prisionero venía a él. Y Keyron, pálido unas veces y colorado otras, volaba por las calles de Roma. ¿Sería verdad? ¡Que no llegase tarde!

Llegó en el momento en que Vedis era llevada a la tarima para ser vendida... en pública subasta.

“¡Keyron en el mercado!” Todas las caras se volvieron hacia él y de todas las bocas salió un juramento de simpatía. “Claro, el escultor viene por una modelo”. Se le abrió paso con gentileza romana entre los pujantes. Las ofertas eran muy subidas; era una mujer maravillosa. Pero Keyron fué el que se la llevó.

"Comprada la esclava, abandonó

inmediatamente el mercado. La gente vió cómo el escultor cubría con su capa a la doncella nórdica, sin duda para ocultarla de las miradas de la multitud. Era más alta que él. Muchos se sonreían pensando en la prisa que se había dado por comprar a la elegante mujer bárbara. “*i* Qué joven se siente todavía el viejo Keyron!

Los primeros días estuvo Vedis completamente muda. Se sentaba en el suelo, y en esta postura permanecía inmóvil y como petrificada. Parecía un ser que había perdido la razón.

Cuando alguien se le acercaba, se ponía como si fuese a recibir un golpe. Tenía un temblor debajo de los ojos; en las mejillas se le ponían manchas

blancas como si ya le hubiesen pegado; le temblaban las manos y todo su cuerpo era un puro temblor. Pero su espíritu estaba como ausente, como si aquellos estremecimientos tuvieran lugar en otro ser.

Cuando se le daba la comida, la recibía con un alegre impulso: ¡tan desfallecida estaba! Y lloraba por la bondad de que era objeto, bañando con sus lágrimas el pan. Y volvían los sollozos. Sepultaba la cabeza en su larga cabellera y daba suelta a su llanto pensando en la inmensidad de su desgracia... Las lágrimas la consumían por completo.

Luego se sentaba y sus labios estaban azules y húmedos de tanto llorar.

Sentía necesidad de respirar y aspiraba el aire con dificultad y con hipo. Pero de nuevo volvía la catarata del llanto. La pena de su corazón era infinita.

Finalmente se sobrepuso a las lágrimas y estaba sentada en silencio, deshecha por el dolor y con los ojos apagados y enrojecidos y como lavados por el llanto. Parecía la bonanza después del diluvio.

Poco después se durmió. Inclino la cabeza y durmió muchas horas envuelta en su cabellera y temblando ligeramente.

Cuando no estaba sentada, con aquel aire ausente, ni lloraba, dormía. Y Keyron la dejaba dormir; le preparaba su rincón y la dejaba en paz.

El aspecto de Vedis daba

compasión. Aquellas terribles semanas de viaje, las paradas en campos de prisioneros, los golpes y patadas que se mostraban en las manchas azules y cárdenas de su cuerpo, el hambre y la fatiga inacabables, al suciedad que la cubría de pies a cabeza..., el terror y la desesperación; todo estaba presente en su ser con implacable rigurosidad. Y, sin embargo, ni la suciedad ni las calamidades pudieron ocultar sus bellas facciones, las líneas bellísimas de su esbelto tipo femenino. Nació noble y continuaba siéndolo. Con su mirada de águila el escultor Keyron examinaba su figura.

No era Inge; pero tenía que ser su hija. Tal fué el resultado de la primera

ojeada del admirado y emocionado escultor.

Se parecía a su madre en los rasgos hasta confundirse con ella. Cara alargada, nariz larga y fina con aletas vivas y temblorosas; pero era más rubia aún y más alta. El viejo sueño de Keyron, muerto hacía muchos años, pareció volver a la vida con más vigor y fuego. Pero ahora la desgraciada era ella, arrancada a la existencia como una planta con raíz, temblando como un ciego abandonado. Era como el único vestigio de un mundo desaparecido y que estaba perdido en uno nuevo.

Llevaba el escarabajo pendiente del cuello. Quizá se lo había dado su madre. Era lo único que había

conservado; todo lo demás se había perdido. En el escarabajo estaba grabada la imagen de la misericordiosa Venus.

¿De quién era la carta? Era evidente que, dada la situación de Vedis, no podía ser ella quien se la había mandado. Hacía muchos años que Keyron le había dado el escarabajo al viejo bardo de Cimbria, confiándole su esperanza de que fuese a parar a las manos de Inge. Esto había tenido lugar la noche en que lo iban a sacrificar y fué librado de la muerte por el bardo a ruegos de la bella campesina, a la que apenas se había atrevido a levantar sus ojos y que ya no vería jamás desde entonces. ¿Era el viejo bardo quien le

había enviado la carta? ¿Estaba entonces en Roma? ¿Quién comprendía los oscuros designios de la diosa del amor? ¡Ah, el maravilloso viejo!... Entonces le había dado la libertad indicándole el camino que tenía que seguir para pasar sin peligro y dándole además, al despedirse, un anzuelo para que no pasase hambre en el camino.

Y el escarabajo volvía a su poder, traído por una joven que casi era la misma Inge. ¿Quería decir esto que Inge se había prendado de él y ahora le enviaba su imagen en lugar de ella? Pero ella no lo conocía ni, al parecer, lo había visto nunca. Qué iba a pasar ahora?

Después de haber dormido y

llorado durante dos días enteros, Vedis se levantó. La mujer había triunfado en ella, y una mañana la encontró Keyron cambiada. Se había lavado, arreglado el pelo y preparado. En lugar del harapiento saco de esclava, llevaba un vestido sencillo que le habían traído por orden de Keyron. Sus ojos habían recobrado su brillo y claridad, que bajó rápidamente esperando la orden de trabajo.

Y Keyron le fijó su tarea. Sí, ella sería su modelo. Ella inclinó la cabeza. Como modelo tenía que ponerse desnuda. Ella obedeció. Keyron la miró estudiando su figura. Luego echó mano al barro y comenzó a modelar.

Keyron vivía a orillas del Tíber, aguas arriba de Roma, en una casa grande que no se veía desde el camino. Por el lado opuesto tenía un jardín que llegaba hasta el mismo río, y estaba rodeado de una cerca por ambos lados. Era un sitio completamente tranquilo de las afueras de Roma, aunque el bullicio de la gran ciudad llegaba hasta allí. La espaciosa casa tenía varios patios con columnas y surtidores. Tanto los patios como el jardín estaban llenos de estatuas y objetos artísticos. Árboles frondosos embellecían el jardín. Keyron trabajaba dentro de la casa con sus siervos y alumnos; pero cuando modelaba a Vedis lo hacía siempre en el jardín, a cielo abierto.

Y a medida que el trabajo avanzaba, comenzaba Vedis a mirar en torno suyo y a revivir. Ponía señales a los árboles, al río; tenía sus propios pensamientos; de día en día se la veía mejorar. Se sentía bien al sol y levantaba sus ojos hacia los árboles, y se sentía como extrañada de verlos. Respiraba a pleno pulmón. Un día parecía que estaba más despierta.

Era la juventud que volvía por sus derechos. La salud había vuelto a su castigado cuerpo; estaba más gorda que antes; volvió la sangre a animar su fina piel. Y cuando volvió a ser la de antes, notó Keyron que era la mujer más bella, más perfecta y brillante que la tierra había conocido. Era la gracia, la misma

juventud.

Pero Keyron ya no era joven. Sabía muy bien que su edad doblaba la de Vedis. Y esto no se le ocultaba a ella. El escultor se comportó como un viejo con su modelo, se pasó una buena parte del año modelando y ella tuvo que posar muchas horas al día para él, hasta que, después de muchos toques y retoques, quedó la figura como él quería.

A veces, durante el trabajo, tenía Keyron una actitud extraña. Su potente mirada iba del modelo a la figura y de ésta a aquél; daba vueltas alrededor de ésta conteniendo la respiración; otras veces se echaba a cantar. Pero siempre terminaba dejando los palillos de modelar y bajando las pestañas,

apartándose de la figura como un hombre vencido, cuando le faltaba el humor y se le acababan las fuerzas.

Todavía tenía Vedis momentos de tristeza. Entonces se ocultaba con su pena, y Keyron la oía llorar inconsolablemente en una choza del jardín. Vedis pensaba en sus hermanos, en todos los pobres guerreros a los que había visto morir o caer prisioneros.

Pero el brote de su ser no pudo por menos de realizarse. Su ser era alegría, dulzura en la sangre. La alegría brotó de ella como una primavera cuando pasó el invierno de su pena. Nació un color en ella rojo como las rosas. Feliz en su soledad, contemplaba los árboles del jardín de Keyron, prestaba atención al

río, se estremecía gozosamente cuando veía una abeja, jugaba con los gatos.

Jamás estuvo más alegre que en esta soledad.

Era delicada con los árboles. Los regaba amorosamente y permanecía junto a ellos sin otro deseo que el de hacerles compañía; eran como hermanos para ella. Se adornaba con flores y parecía divertirse con ellas. Movía sus labios como hablándoles, o consigo misma, completamente absorta en compañía de aquellas criaturas.

Las mañanas frescas se levantaba temprano y se bañaba en el Tíber, saliendo de él como una ninfa. Se secaba el cuerpo y la cabellera al aire mañanero. Iba entre los almendros

floridos del jardín bañado de rocío y de perfume, y desaparecía en un árbol metida entre sus ramas y confundida entre las flores blancas, matizadas de un rosa delicadísimo. Sus largos y redondos miembros eran como ramas recién nacidas; su pelo era como una lluvia de luz caída del cielo. Y en luz, perfumes y colores, desaparecía ella como un espíritu del árbol.

Cogía flores, muchas flores, llevándolas en sus brazos. Las besaba. Vedis amaba el jardín y se mostraba tanto más bella cuanto más sola estaba entre los árboles y las flores.

Pero Keyron estaba triste. Había comenzado a labrar la estatua en mármol

y esto lo traía preocupado; todos sus errores estaban cincelados en el material inmortal.

Pero la terminó, pese a sus errores. Y se apartó de ella cuando le dió el último golpe de cincel reconociendo su impotencia, pues la naturaleza era inimitable. Se apartaba de ella cuando Vedis estaba en el jardín, y se metía en su casa como si nunca más quisiera verla.

Pero era una buena estatua. Mientras Vedis volvía a ser una mujer y recobraba su alegría — la despreocupada y desbordante alegría de la juventud—, Keyron dejaba reproducidas en el mármol para siempre todas sus amarguras y penalidades.

Para siempre quedaba en el mármol la imagen de la mujer doliente. Era la mujer extranjera arrastrada al cautiverio, incomprendida por todos, tal como ella estaba en silenciosa desesperación, prisionera y desnuda para ser vendida, indiferente a la mirada del comprador, con el pensamiento hundido en un mundo perdido, el mundo de su pueblo y de su raza. La mujer con la más profunda pena interior, expresando su muda queja de mujer por el pueblo desaparecido. Era la vida que naufragaba recogida en una obra de arte.

Pero cuando Keyron entró en su vasa y Vedis vió su pena, corrió hacia él, encontrándole en su habitación entre obras de arte. Estaba sentado

ociosamente; sus manos cansadas estaban llenas de polvo de mármol. La figura no había querido salir bien... y el modelo tampoco se le mostraba propicio...

Entonces ella le tendió sus manos: un movimiento inconsciente, sencillo y lleno de belleza. Y Keyron, con la preocupación del *a mor*, *vió en* Vedis la expresión más graciosa que jamás había visto en ningún ser humano, y en su cara triunfó una sonrisa ancha, una luz grande que rompía las tinieblas. La cara del escultor era como la cara del niño que ya ha conseguido el objeto por el que había llorado. Y se sonrieron los dos.

La alegría de Vedis era tan poderosa, que ya no podía soportarla

ella sola, y naturalmente, se volvía hacia aquel que le había concedido tiempo para llorar. Y él no cabía en sí de gozo porque, si en el arte no había alcanzado lo que jamás se alcanza, la vida se le entregaba en aquel momento.

Era la primera vez que ella le veía sonreír, y su sonrisa era como la que en otro tiempo había atraído a muchas jóvenes a una herrería en cierto país lejano, donde un muchacho tiznado conquistaba a las muchachas con su simpatía meridional y sus dientes blancos, a pesar de que solo era un esclavo. Y ahora le brillaban los ojos, totalmente distintos de los fatigados y lejanos ojos de escultor. Y sonreía con una sonrisa en la que se fundían y

disolvían muchos años de soledad.

Los dos salieron cogidos de la mano y los dos miraron al cielo. Era el día de su felicidad. Y cogidos de la mano pasearon por el jardín llegando hasta un soto donde Keyron tenía una estatua de la diosa del amor. Era un finísimo trabajo griego. Del altar que había delante entre laureles, subió al cielo un humo delgado: Keyron y Vedis ofrecían incienso juntos y derramaban vino sobre la tierra teniendo los dos cogida la copa.

Si Vedis no hubiera perdido la libertad, jamás se hubieran encontrado, y Vedis sería toda la vida la guardiana del fuego sagrado. Si Keyron no hubiera sido esclavo en tierra extranjera, jamás

levantaría sus ojos a lo inalcanzable y viviría a solas con su sueño hasta que fuese una realidad.

Pero a la muerte que les había dado la vida a los dos le ofrecieron en silencio y con veneración coronas, tirándolas al río, por no saber una manera mejor, y se quedaron mirándolas, sin proferir palabra, hasta que se las llevó la corriente.

Las plantas del jardín, matas y árboles, parecían el desarrollo pleno y feliz de las pobres ramas de la landa con las que de niña había jugado en los inviernos. Desprendían el mismo olor a fuego oculto. Por extraña coincidencia, el lejano olor de la infancia se unía con

su felicidad en un lejano país meridional formando una sola cosa.

Sí, grande era su dicha. Vedis saltaba con toda la celestial alegría de su ser luminoso, y él la rodeaba siempre, siempre con su mirada extasiada.

Un mundo perdido volvió a ella: la infancia, un hijo de su amor. Un amor tierno de pelo oscuro, pero de ojos azules. Y Keyron modeló un delicioso Eros pequeñito con alas de gorrión.

Vedis cantó a su recién nacido una canción que cantaban las madres cimbricas, cuando dormían a sus pequeñuelos envueltos en una piel de oveja y colgados de la rama de un árbol.

*Mi hojita, mi arbolito,
reverdece y crece bajo
mi mirada,
¡Mecedle, ramas,
arrulladle,
pajaritos de la
enramada!*

*Los manantiales, sangre
de la tierra,
y el humus, alimentan tu
raíz.*

*¡Mecedle, ramas,
arrulladle, pajaritos de
la enramada!*

*Los dioses grandes
pasan por tu cabecita*

dorada.

*¡Mecedle, ramas,
arrullad su sueño,
pajaritos de la
enramada!*

*Recibe el sol y la nieve,
el calor y el frío.
¡Mecedle, ramas,
arrullad su sueño,
pajaritos de la
enramada!*

*Si el ciervo come tu
hoja,
alégrate y dale alegría.
¡Mecedle, ramas,
arrullad su sueño,*

*pajaritos de la
enramada!*

*Sobre su cabeza dará el
águila*

la comida a sus hijos.

¡Mecedle, ramas,

arrullad su sueño,

*pajaritos de la
enramada!*

*La ardilla se sentirá
alegre*

dentro de tu morada.

¡Mecedle, ramas,

arrullad su sueño,

*pajaritos de la
enramada!*

*¡Vida de mi vida,
crece y vive sin
cuidados!*

*¡Mecedle, ramas,
arrullad su sueño,
pajaritos de la
enramada!*

*Y da al viento tu
semilla;
la generosidad no
morirá.*

*¡Mecedle, ramas,
arrullad su sueño,
pajaritos de la
enramada!*

Dentro del jardín revoloteaba un Eros más, que también fué modelado. Vedis volvía a tener su mundo completo como cuando sus dos hermanitos se arrastraban por el suelo y cogían con sus manecitas de miel todo lo que estaba a su alcance. Pero ahora los dos pequeñuelos eran suyos propios; ella era su madre, y el mundo en que vivían era más salvaje y más dulce que el mundo de la soledad. Los dos niños eran morenos, cada uno con la noche *en* la cabeza; pero no vivían en una casa de invierno, sino en un jardín al aire libre, en perpetuo verano.

Como Vedis había vuelto a encontrar el perfume más misterioso de

la infancia en los mirtos y oleandros del Sur, mezclaba en su alma los grandes árboles meridionales del jardín con los recuerdos del Norte, casi olvidados en lo más recóndito de su ser. ¡Aquel templo donde, de niña, había recibido una impresión tan fuerte!

Todavía le parecía que sobre su cabeza susurrasen los añosos y altos árboles del templo. El fresno con la fuente debajo de sus raíces; el agua sagrada bordeada de ocre y una capita con todos los colores del iris encima; la aérea copa del árbol llena de abejas y de sol durante el breve verano; las sagradas manzanas de la vida; el muérdago en lo alto de una rama de encina, la hierba del rayo... Todo esto lo

vivía ahora Vedis en la alegría del jardín de Keyron. Ella misma se mezclaba con los árboles soleados del jardín, y el Tíber, y las abejas, que venían del fuego del mediodía y zumbaban allí, y las columnas del jardín, y el mármol, y las estatuas, la música y las canciones; todo ello formaba un mundo a su alrededor y dentro de ella y alrededor de los que ella amaba.

Después que Keyron había modelado a Vedis reflejando la tragedia, meditaba como la dejaría ahora en el mármol; si como una Flora o una Ménada, una Pomona o una Afrodita, una Ceres o una Minerva. Pero, al cabo del tiempo, terminó por modelarla con

un poco de todas.

Primero, como Pomona, pues había visto cómo amaba los árboles y las flores. La joven hija de la selva que despierta al ver a un hombre por vez primera y tiende hacia él sus manos inocentes.

La esculpió como Afrodita en la plenitud de su belleza impecable. La desnudez radiante. Una obra imperecedera.

Y la dulzura de la sangre, que podía convertirse en una tormenta de deseo de vivir, la formó como una Ménada, con las ropas sueltas y el tirso en la mano.

Pero más bella aún la representó como Flora — la florida Primavera con

sus frescos y olorosos dones—, con su paso ligero, la mirada grande y abierta y toda la reciente y rica despreocupación.

Y serena como Ceres, con el trigo maduro, ancha, maternal y bella. La plenitud enervante del verano.

Y en una Minerva, más que de tamaño natural, hizo un monumento a su inteligencia clara y penetrante.

En el jardín de Keyron, aquel mundo elevado sobre cualquier otro mundo — una pequeña Grecia escondida entre muros—, encontró Norne-Gaest a su protegida cuando remontó el Tíber pescando y atracó con su diminuta embarcación frente a aquella mansión feliz.

¡Qué diferencia la del Tíber antes y

después de Roma! El Tíber que pasaba ante el jardín de Keyron tenía el agua clara de las montañas; el Tíber que de Roma corría hacia el mar llevaba el agua sucia de las cloacas. Roma era un mundo que, pese a todo su poder, preparaba su ruina. Pero nuevas y frescas corrientes bajaban siempre a la Ciudad de la Loba.

Y Norne-Gaest movía afirmativamente su blanca barba. Se consolaba, pensaba que la semilla que él había plantado en el feliz jardín sería un presagio de lo que el futuro podía traer: el culto de la belleza, lo antiguo fundido con el joven pueblo nórdico.

Keyron y Vedis permanecieron a orillas del Tíber. Pero Norne-Gaest no

podía detenerse cuando ellos le rogaron; pasó con ellos una breve temporada. Y un día se despidió de ellos para emprender un viaje. Vedis y Keyron le estuvieron contemplando en su minúscula barca, remando río abajo hasta que desapareció al llegar a Roma, camino del mar.

QUINTA PARTE

LA NAVE

LOS HIJOS DE LA PRIMAVERA

LA PLANTA más común del norte de Europa es el diente de león o flor de los niños. Brota a millones y a la vez en cualquier tibia mañana de principios de mayo. Su flor de color amarillo de fuego busca con ansia el sol y forma una alfombra inmensa y compacta que se pierde en el horizonte. Y cuando está florecido el bosque, las noches son claras y los días largos y soleados, el diente de león echa semilla en forma de ligeras bolitas, con pelusilla, que son como esferitas en reposo sobre la hierba

— símbolos fugaces del presente y del pasado—, hasta que se rompen al viento y los copos salen viajando por el cielo azul.

Es la fiesta anual de las flores que la naturaleza nórdica celebra en memoria de nuestros antepasados, la exuberante infancia de la humanidad.

En Noruega y Suecia, al llegar la época del deshielo, cuando el sol, como un fuego recién nacido, comienza a lanzar sus rayos sobre las nubes blancas y a poner su imagen en infinito número de gotas que caen de las pestañas de los campos; y cuando, por obra del sol, la nieve se convierte en agua y el agua produce luz, los corazones de los viejos se hinchan en la naturaleza. Están cerca

de nosotros, ellos, los esforzados soñadores muertos mil años ha; pero que nos dejaron relatos inmortales sobre sus correrías, las catástrofes que les obligaron a salir en masa de sus territorios, una generación tras otra. La más noble historia de podían reconocer a sus hijos. Gracias a las madres tenían derecho a vivir.

Por lo demás se los veía muy poco. Se marchaban todos juntos a las primeras horas de la mañana y solamente venían a casa, aisladamente y de cuando en cuando, para pedir comida y alborotar la choza. Tero las venidas a casa se iban haciendo cada vez más raras, pues fueron descubriendo que podían vivir comiendo de tantas cosas

como había en el bosque, como huevos, animales pequeños, etcétera, o de lo que había en la playa, como peces y moluscos, cuya captura aprendieron en poco tiempo con el máximo placer. Para ellos, además, era una alegría preparar la comida en su propia hoguera, lejos, lo más posible, de las viviendas familiares. La comida, por su parte, no les hacía cavilar mucho, y así, después de comer, todo era gritar, saltar, subir a los árboles y flotar sobre toda cosa que pudiera mantenerse a flote.

Uno de sus entretenimientos favoritos era corretear por la campiña subiendo y bajando valles en grupos apretados y lanzando alaridos. Sobre todo hacia el crepúsculo era cuando

tenían más ganas de gritar. Y llenaban el aire con gritos tan terribles y salvajes, que los mismos lobos no se atrevían a aullar, mientras que en las casas los adultos se estremecían al oír la música nocturna de su prole.

Encontrarse con ellos una noche en que habían gritado hasta enloquecer era un peligro mortal, y los adultos no iban al bosque después de la puesta del sol.

A veces desaparecía la banda de sus lugares habituales y entraba en combate con otra en puntos más alejados del bosque, o se juntaban pacíficamente con ella, formando una nueva.

Antes de tener verdadera conciencia de ello o de que existía una relación de herencia de una generación a

otra, estaba rodeada la aldea de una nueva banda de jóvenes vagabundos de todas las edades, desde los rapidísimos y pequeños corredores, duros como el sílice, con cinco o seis rojeces de verano entre las raíces del pelo, hasta los largos y ardientes mozalbetes, que con toda propiedad debieran llamarse mayores y que seguían todavía en la banda.

Las bandas de las aldeas se mezclaban con las de las tierras altas, hasta que el país se encontraba con un verdadero ejército de menores. Un pueblo joven se alzaba ante el viejo dispuesto a mantenerse por sí mismo. No era nada buena la actitud que mantenían con las aldeas; los jóvenes

representaban una generación que no podía engañarse respecto a los viejos. Pronto llegaban a ser un serio peligro para la sociedad, según los viejos; y como nadie podía ya distinguir a los suyos, se consideraba a los vagabundos como simples extranjeros, enemigos de la seguridad y de los cuales había que esperar siempre lo peor.

Finalmente entraba la banda en la crisis de virilidad. Bastaba para ello un solo verano. Y cada verano una nueva nidada. Empezaba a sentir cierto anhelo por el hogar cuando estaba casi olvidado un mundo tierno y lejano, aquel en que vivían con su madre. Los cabecillas de la banda, en cuyas pisadas

no volvería a crecer la hierba, comenzaban a dejar en manos de los subordinados el rudo oficio de guerrero y secretamente volvían a las cosas que recordaban cuando eran pequeños. Protegían las crías de los pájaros, que ponían en el hueco de la mano, poniéndolas cuidadosamente en el nido después de haberlos llevado secretamente a la boca. Utilizaban las fuentes como espejo además de apagar en ellas la sed, que era lo único para lo que las empleaban antes. Ya no se divertían con los juegos peligrosos; buscaban la soledad y, sin embargo, no podían vivir solos. En una palabra: los muchachos estaban haciéndose hombres y las muchachas mujeres.

Llegaban noticias terribles de la banda. Sordas señales de agitación afloraron de diversos modos: había exigencias desvergonzadas, gritos de libertad, como si aquellos furiosos, que ni siquiera tenían una mata de hierba propia, no tuvieran suficiente libertad. Se llegaba a la flagrante violación del derecho de propiedad, a las lesiones físicas y, finalmente, a una irrupción total en las aldeas. Se había colmado la medida. Los jóvenes tenían que irse antes de que fuesen demasiado fuertes. Y los de la banda se iban a gusto. ¡Lástima que los viejos no lo hubieran pensado antes!

En su vuelo hacia el Norte se encontraron las aves emigrantes con la

banda, que iban en dirección contraria. En el camino, la horda se juntaba con otras y formaban una compuesta por millares de jóvenes guerreros a caballo y a pie, mujeres, niños y enseres amontonados en las rechinantes carretas tiradas por bueyes. Con ellos llevaban el ganado que les habían dado en herencia. Formaban una larga procesión a lo largo del bosque, y su paso quedaba señalado en la encina con la sangre ofrendada a su espíritu.

Y así se dirigían hacia la tierra prometida, sin volver atrás jamás, como nuestra infancia.

EN SEELANDIA

EN una de las comarcas de Seelandia la emigración de la banda ocurrió de manera distinta.

La comarca estaba situada hacia Oresund, en la costa oriental, donde antiguamente había más tierras incultas y menos pobladas que los territorios que rodeaban el fiordo de Ise. El bosque era tan continuo y espeso que llegaba hasta otras regiones habitadas. En el extremo del bosque, que llegaba hasta la orilla del mar, había daros con aldeas, cuyos habitantes apacentaban el ganado en el bosque y cultivaban un poco de tierra, A lo largo de la costa había pueblecitos de

pescadores dedicados en el Sund a la pesca y comercio del arenque. La población pesquera mantenía intensas relaciones con el mundo exterior; los escanianos vivían enfrente, al otro lado del Sund, y los extranjeros, más lejos aún. Era un viejo pueblo de navegantes que entró en contacto con la civilización antes que las gentes del interior.

En el valle que se extiende desde el Sund, a lo largo del río, hasta algunos grandes lagos, había muchos caseríos, y allí, junto al río, se celebraban las reuniones de la comarca. Allí estaba el bosque sagrado—el templo — y allí vivía el jefe de los campesinos, que era el primer hombre de la comarca y el que presidía los sacrificios. Los campesinos

rendían culto a la divinidad y celebraban las fiestas sagradas que desde tiempo inmemorial venían celebrando sus mayores. Había un pacto entre los dioses y las familias independientes: los dioses daban el tiempo y el crecimiento, y los campesinos los obsequiaban con sacrificios de ganado y con frutos de sus tierras, y en ocasiones especiales les sacrificaban uno o varios seres humanos. A los dioses les gustaba mucho la carne de caballo, y a los campesinos les parecía magnífico, pues como los dioses se contentaban con una taza de sangre del animal, el resto del caballo se quedaba para ellos. Pero únicamente los que eran miembros de

las familias independientes tenían derecho a comer carne de caballo.

Aún no habían llegado al país los grandes acontecimientos. Se vivía una vida campesina y no navegaban fuera de la vista de sus costas. Pero estaban informados de lo que sucedía fuera; y cuando un comerciante llegaba con su nave a la costa, todo el mundo se precipitaba hacia él, para saber noticias frescas del exterior más que para comprar y vender. En las largas veladas de invierno, *cuando* la gente se sentaba en el suelo alrededor de la crepitante hoguera, las mujeres con sus labores, y los hombres, con un cuerno de cerveza o hidromiel, arreglando la empuñadura de

una lanza o una red, tomaba la palabra el narrador, el hombre de memoria feliz, que era el centro, el alma de la reunión, especialmente si era un viajero y tenía acento extranjero. Y se escuchaban leyendas maravillosas, relatos increíbles, hazañas admirables de reyes y guerreros de países lejanos. Y se pronunciaba el nombre de Rolf Krake y Sigurd Faavnesbane hasta que el fuego parecía llenar todo el aposento y saltaban de las llamas figuras fascinadoras.

En la parte exterior del círculo se apiñaban los muchachos. Estaban pendientes del narrador de tal forma, que sus caras reflejaban, sin darse ellos cuenta, las situaciones del relato. No

pestañeaban siquiera por miedo a perder una palabra. Las sacudidas del viento en la chimenea eran para ellos el soplo del caballo prodigioso — del cual hablaba en aquel momento el narrador—, que venía corriendo por el aire.

Era en tiempos de Regner Lodbrog. Y cuando el narrador llegó a él, los muchachos cambiaron de postura, lanzaron un suspiro y se quedaron petrificados esperando el relato. El fuego se reflejaba en sus ojos inmóviles; las aletas de la nariz estaban dilatadas; y con los ojos y la nariz veían y aspiraban el relato sobre el rey inigualable, el incomparable y heroico navegante.

También los viejos escuchaban con predilección los relatos acerca del rey

Regner; todo lo que de él se cantaba era real. No se sabía qué era más subyugador: la fama del rey y sus brillantes hazañas guerreras en tierras extrañas y sus cualidades personales, o sus famosas y numerosas empresas amorosas. Solamente en Seelandia se decía que tenía tantos hijos como noches tenía el año. Los jóvenes escuchaban complacidos la historia del rey Regner con las mujeres mientras rompían nueces con las muchachas junto al fuego; y si encontraban dos núcleos en la misma nuez, decían: “¡Seremos tú y yo!” La taza de cerveza pasaba más de prisa de mano en mano; los hombres tenían mucha sed, y las mujeres estaban sentadas, con los ojos caídos, e hilaban

cuando el relato se refería a las innumerables jóvenes que Regner Lodbrog había seducido.

La mayoría de los viejos había visto al rey una vez hacía unos años, cuando había sido huésped del país, hecho que constituyó un acontecimiento inolvidable. Hasta los esclavos contemplaron al rey desde sus chozas subterráneas.

Pero la fama de Regner Lodbrog hacía en los muchachos más efecto que el de una mera leyenda. Los forjaba metiéndoseles en la sangre. También ellos querían ser héroes; era su única aspiración y por lograrlo no ahorraban esfuerzos.

Se trataba de hacerse valientes. Intentaban cortarse las cejas unos a otros con sus espadas de madera y regresaban de la prueba varonil con las narices rotas, sin acusar la menor señal de debilidad. El único pecado era ser cobarde. La banda estaba formada por tipos que habían salido airoso de lances peligrosos. Tenían, por ejemplo, un juego que consistía en saltar en el bosque de árbol a árbol sin tocar tierra; si la tocaba, ya había terminado; podía regresar a su aldea; ya no valía para la banda. Había que hacer lo que hacía el primero.

A medida que iban haciéndose hombres eran más peligrosas las pruebas de virilidad; y finalmente, el

juego era más terrible que si hubiese sido en serio. Un verano los muchachos se ahorcaron sin miramientos para demostrar que se atrevían para “aprender a morir”. Esta terrible prueba se convirtió en una epidemia. Gran parte de ellos perecieron en este loco ejercicio. Los que morían no tenían las cualidades que exigía la dura escuela por la que pasaban; para los que sobrevivían a la prueba el juego tenía un sentido muy peligroso. Pero lo hacían con absoluto desprecio de la vida. Morir era fácil para ellos. Algunos sonreían extrañamente y temblaban como sí les hiciesen cosquillas; otros pataleaban un poco. No era difícil morir.

Los muchachos no tenían de la

muerte una idea clara; para ellos no era el fin de la existencia; los muertos seguían viviendo, aunque su aspecto cambiase profundamente. Incluso cuando sólo quedaban los huesos, eran y seguían siendo amigos; y si al muerto se le tenía un afecto especial, su cráneo recibía sitio en el círculo, y la banda lo llevaba consigo cuando celebraba junta, para que tomase parte en ella.

Fácilmente se comprende que los viejos y tranquilos paganos que vivían en sus caseríos no hiciesen la señal del martillo cuando, rara vez, echaban una ojeada a la conducta de los muchachos del bosque. Este trato despreocupado de la vida no les agradaba.

A los ejercicios bélicos de los

muchachos se juntaba el hambre, huésped frecuente de la comarca, ya fuese porque faltaba el trigo o porque no había habido suerte con el ganado. Siempre estaban hambrientos, aunque hubiese mucho que comer. Y comían todo lo que veían.

La banda se había convertido en un peligro para toda la comarca. Muchos de sus miembros ya no eran niños, sino mozalbetes altos y desarrollados que no tenían inclinación alguna para reunirse con los adultos en los lugares habitados. Entre ellos había campeones que eran fuertes como bueyes y tenían alma de alondra; perezosos, saboreadores de la vida y amigos íntimos de la muerte.

En la banda no solamente había

muchachos; también había jovencitas valientes que hacían las mismas pruebas que los muchachos. Crecían en el bosque, Al poco tiempo se les quedaba corta la harapienta falda infantil con que habían salido de casa. En un verano pasaron a ser mujeres; su andar se hizo lento y sus ojos adquirieron una mirada solitaria y misteriosa.

Todo se transformaba. Las muchachas que hasta entonces solamente habían sido toleradas bajo el supuesto de que no había diferencia, fueron elevadas a un plano de superioridad. Ellas, que antes formaban la retaguardia y tenían que andar ligeras para encontrar a los muchachos, si querían estar con ellos, no necesitaban entonces más que

sentarse para que a su alrededor se formase un círculo. Ahora eran los muchachos quienes tenían que ir a buscarlas. Avanzaban gritando en grupos de veinte y se ganaban la simpatía de las muchachas con su valentía y buenas cualidades. Colmaban a las muchachas con toda clase de obsequios: miel, huevos y mil objetos bonitos. Y los nobles muchachos se mostraban rápidamente transformados, con colores nuevos y cegadores en su ser. Tenían la voz tan fina, que hacían pensar en el canto de un pájaro. El deseo de obsequiar a las muchachas y ganarse su simpatía daba lugar a frecuentes peleas entre los jóvenes; y muchas veces sucedía que uno de los luchadores

quedaba tendido en el campo de batalla con la espalda rota, mientras la sociedad buscaba otro lugar en el bosque donde a la muchacha le placía sentarse. Por (agradarle hacían los muchachos verdaderas locuras; se tiraban de los árboles y se zambullían en el fondo de un llago; soportaban largos e inhumanos tormentos, con el fin de presentarse con los tatuajes más bellos ante los ojos de su muchacha, borrándolos con piedrecitas afiladas si veían que no eran de su gusto. Y mientras tanto, ella se iba haciendo mujer; no comprendía íntimamente su valor, pero adivinaba su importancia, puesto que por ella todo el mundo rivalizaba hasta la muerte. Su destino maduraba libremente.

Finalmente uno de los muchachos mayores se destacó tanto por sus cualidades y hazañas, desprecio de la muerte y demás, que los otros muchachos no se atrevían a acercarse a la muchacha delante de él.

Y así solamente quedaron los dos.

No se vaya a creer que todas las muchachas eran bellezas. En su mayor parte no tenían otro mérito que el ser mujeres. Pero todas tenían su encanto. Una tenía un pelo precioso; otra, dientes maravillosos; una tercera poseía unas piernas bellísimas, y había otras que carecían de todas esas ventajas, pero, en cambio, tenían un par de ojos dulcísimos en los que se guardaba la felicidad de este mundo. Como quiera que fuese,

aquel verano comenzaron a ponerse graves, como si su corazón fuese una copa que temían que rebosase. Siempre había alguien que quería vivir y morir por la única cosa bella que tenían; y si hubiese alguna que ni siquiera hubiese recibido de la Naturaleza ninguna cosa bella: ni boca, ni pelo, ni unas bonitas piernas, etcétera, siempre habría uno que quisiera ir con ella.

Pero una de las muchachas del bosque reunía todos los encantos. La Naturaleza se había mostrado pródiga con ella llenándola de los dones más apreciados por una mujer.

La muchacha se llamaba Gevn. Tenía un pelo de sueño y una boca

preciosa; dientes como agua de manantial y una cara como rosas silvestres. Sus miembros eran largos y perfectamente torneados. En sus ojos húmedos estaba oculta toda la felicidad de la tierra, y en sus movimientos parecía como si su corazón fuese una copa llena hasta los bordes del milagro de la vida. Nadie era tan buena, tan tranquila ni tan alegre como ella. Mientras la actitud entre los muchachos, con relación a las demás muchachas, incluso las más recogidas, conservaba cierto aire de presa contenido, que ellas toleraban, frente a Gevn se mostraban completamente distintos; la veían superior a esta forma de trato. Era tan incomparablemente honesta, que nadie

se permitía la menor libertad con ella. No había sombra de guerra en su ser y, sin embargo, era fuerte como mujer joven que era, y cuando había necesidad de enseñar los puños lo hacía como una verdadera campeona, sin que nadie pudiera contenerla. Sus miembros eran tenaces y cuanto más fuerza hacían, su cuerpo más fuerte se volvía. Jamás abandonaba la lucha vencida, sino vencedora; y cuando ésta terminaba, al instante mostraba su sonrisa; en su mirada no había rabia. Por fuerza no había quien la ganase.

¿Cómo había que conquistarla? Muy pocos se atrevían a levantar sus ojos hasta ella; la mayor parte quedaban paralizados por la fuerza del sentimiento

que Gevn despertaba en ellos. La belleza de la muchacha formaba a su alrededor un muro infranqueable; el aire que le rodeaba estaba lleno de dulzura que brotaba de su exuberancia; tenía un olor a césped acariciado por el sol después de la lluvia; su piel despedía un suave calor que penetraba en el mundo que la rodeaba, y todo el que se acercaba a ella se quedaba quieto; no podía moverse ante la riqueza de su alma.

El verano en que Gevn se hizo mujer se hicieron hombres los muchachos mayores. La mayor parte de sus habituales artes quedaron relegadas al olvido. Sólo los más insensatos seguían haciendo vanas pruebas de

fuerza por ella. Pero ahora había que hacer algo nuevo; había que realizar proezas que nadie había soñado antes, Y se trabó combate entre los más fuertes y valientes para decidir quién iba a ganársela Y fué una lucha sin cuartel, una lucha en la que no habría más que un vencedor. Los combatientes ponían en juego todas sus facultades para decidir la victoria a su favor. Gevn valía cualquier esfuerzo. Y aquellos campeones se fueron eliminando poco a poco, hasta quedar reducidos a dos. Con gran expectación asistió la banda al combate final, que terminó con la victoria de uno de los contendientes. El vencedor fué un joven que, igual que Gevn, reunía en sí todas las cualidades

que se hallaban repartidas entre los demás. Se llamaba Germundo.

Y así quedó la pareja Gevn y Germundo.

Germundo quedó como jefe de la banda y le impuso unas normas. Bajo su mando comenzaron los jóvenes del bosque a formar un pueblo dentro del pueblo. Había terminado aquella vida infantil; ahora había que hacer algo nuevo.

Procedía Germundo de uno de los caseríos de la comarca; pero había olvidado su origen. Por lo que podía recordar, había llevado una vida silvestre, pasando por todos los grados de la banda y saliendo victorioso de

todas las pruebas mortales a que había expuesto su vida. Era el muchacho más audaz y la cabeza más lista de todos sus compañeros. Había que atribuir a la suerte el que hubiese pasado por todos los peligros de la infancia, arrostrando siempre las mayores pruebas. El éxito era su compañero inseparable. Si se colgaba de un árbol, rompía la rama que lo sostenía; si ésta aguantaba, se rompía la cuerda. La muerte no le quería ahorcado. Si caía de la copa de un árbol, mataba en su caída a un enemigo que estaba debajo y se alegraba de verle caer, sin que él sufriese el más mínimo rasguño. Se topaba con un oso y resultaba que, cuando parecía que ya todo estaba perdido, era un oso viejo y

sin dientes, que en vano quería comérselo. Tampoco había de morir víctima de un oso. Y el Sund no le contaba tampoco entre sus víctimas; había naufragado muchas veces, y el mar le devolvió siempre con vida. Trampas en el bosque en las que otros cayeron, animales salvajes, barrancos. picaduras de víboras, peligros, los primeros hielos invernales que cada año se llevaban su tributo; por todo esto pasó y de todo salió incólume, lleno de experiencias como nadie y con muchas heridas; pero incommovible, metido siempre en el peligro y siempre indemne y dispuesto a repetir una y otra vez las pruebas que podían costarle la vida.

La cualidad que distinguía a

Germundo de los otros era su increíble rapidez. Era como si pudiera hacerse invisible, nadie podía seguir sus movimientos cuando luchaba o ejecutaba cualquier cosa. Parecía rodeado de una cegadora bruma en la que, no uno, sino cien relámpagos fulguraban uno sobre otro, cuando comenzaba a pegar. Él no sopesaba antes los puños ni predecía al adversario una larga desgracia; pero ya había vuelto la espalda y decidido la lucha cuando todavía parecía que ésta iba a empezar. Pensar una cosa y realizarla era todo uno; su decisión era fulgurante. Y esta rapidez innata le hacía desafiar la muerte a todas horas del día. Todos le admiraban y temían.

Había en el bosque una encina muy grande cuyas ramas cubrían un gran espacio. Desde siempre había sido el lugar de reunión de la banda, que de día solía celebrar junta al pie del tronco y dormir en sus ramas de noche. Pero después que Germundo echó de allí a sus compañeros, la encina no tenía más moradores que él y Gevn.

Un día se dió cuenta Germundo del cariño que sentía por el árbol; de pronto miró la encina desde la raíz hasta la copia como se mira a un ser bellísimo en el que antes no se ha fijado uno nunca. Su corazón le decía que árbol como aquél no lo había. La encina se erguía allí llena de vida, rodeada del mismo aire fragante que envolvía a

Gevn.

Estaba en un claro del bosque, sobre una eminencia del terreno, desde donde la vista divisaba un vasto panorama que se extendía hasta el Sund. Y desde una de sus ramas más altas solía Germundo contemplar el ancho mundo y fijar sus ojos en este o aquel barco bogando por el Sund contra el viento.

Él conocía el lindero del bosque que servía de marco al claro y se abría con sombreadas puertas, cuyas jambas eran hayas altas llenas de ramas. De cuando en cuando veía dibujarse en las puertas la silueta de un ciervo meciendo lentamente su ramificada cabeza. A pesar de que Germundo no había

conocido otra cosa que aquello, le parecía ahora distinto de antes. Un milano sobre su cabeza, allá abajo el Sund avanzando con clamor de olas y envuelto en brumas que ocultaba Escania, el erizo que se movía entre las ramas; todo esto se había convertido en un mundo que llevaba dentro de su corazón.

Y era que Gevn había llenado de su presencia los seres vivos y las cosas inanimadas. Sin comprenderlo, Germundo se daba cuenta de que el bosque, el cielo y el Sund eran de Gevn. La tierra tenía la bondad que ella le había comunicado. Hasta las flores y la hierba tenían algo bueno, un alma que había tomado su bondad de Gevn.

Y pasó otro invierno, largo e inclemente, y volvió la luz. Dentro de las casas se echaron de ver cosas que durante meses habían escapado a la vista: suciedad de seis meses en las caras y pelo convertido en una masa compacta a causa de la grasa que había caído de las pieles y del barro desprendido de los muros. Solamente cuando volvió la luz, se comprendió cuán largo había sido el invierno y cómo se había vivido en él.

Apareció el sol en el cielo y comenzó a calentar. Los más viejos salieron de las cabañas a estirar las piernas y a mirar al astro del día con ojos apagados y bordeados de suciedad.

Ya estaba él en el cielo otra vez para calentar lo que el invierno había enfriado. Y los viejos bendecían la vuelta del sol, que avanzaba victorioso por el firmamento.

¡Primavera!

A los pocos días de haber desaparecido el hielo del Sund, salió del bosque la banda sin dejar rastro alguno tras sí. Parecía habérsela llevado un huracán. Quedó el bosque sumido en el más profundo silencio. Y no se sabía si la gente se alegraba de que hubiese desaparecido o si la echaba ya de menos.

Bajo el mando de Germundo habían preparado el terreno para la realización

de sus planes. Se habían asegurado una nave grande que estaba en el río frente al caserío del jefe de la comarca. Era una nave que en otros tiempos había surcado las olas y que, desde que los muchachos recordaban, estaba fondeada en el río, cubierta de limo hasta la línea de flotación y descolorida por el tiempo. Ocultos bajo cuerdas y cabos estaban los remos y diversos aparejos, que los muchachos habían ido metiendo poco a poco a bordo. Todo el invierno se habían ocupado de la nave en el mayor secreto.

Una noche oscura se dirigieron a bordo, y antes de medianoche ya se encontraban frente a Hevn. Allí desembarcaron y robaron un par de

carneros y un recién nacido en un caserío apartado, y después se dirigieron remando hacia el norte del Sund, buscando el mar abierto.

CAMINO DEL MAR

EL alba los encontró en el Kattegat, donde la nave comenzó a levantarse entre las olas, balanceándose de una forma que no respondía a la idea de navegación heroica que los muchachos se habían forjado. La vieja nave se abrió en el mar y hacía agua como si fuera un cesto de mimbre. Mitad de la tripulación tuvo que abandonar los remos para ponerse a achicar. Los jóvenes vikingos estaban mareados y asustados de verse en medio del mar. Durante un buen rato no se habló nada; la nave no hacía más que dar vueltas, pues solamente remaban los de un costado, o se inclinaba

fuertemente de banda cuando todos se precipitaban a la borda. Surgió el desacuerdo; algunos querían volverse a tierra, y con tal motivo se armó un griterío fenomenal, que terminó cuando Germundo, empuñando la vara del timón, empezó a repartir estacazos hasta traerlos a todos al orden.

Germundo vió la imposibilidad de mantener la nave; pero, en todo caso, tenían que tratar de alcanzar tierra. Ordenó lo que debía hacerse y, dejando ir a la nave a la deriva, cogió todos los hombres que necesitaba para preparar el palo, mientras el resto se encargaba de achicar. Tenían una mala vela vieja que había pertenecido a una nave mucho más pequeña; la izaron y la nave comenzó a

avanzar con viento de popa. No sabían adonde se dirigían. Seelandia iba desapareciendo en el horizonte. De no hundirse la nave, alcanzarían, al parecer, algún punto de Jutlandia. Pero ahora había muchos achicando y de momento parecía conjurado el peligro del naufragio; la tripulación respiró aliviada y recobró ánimo.

Era un día de abril, claro y frío. El sol jugaba entre las nubes con la mojada vela; galopaban las olas empujadas por el viento, y grandes bandadas de ánades volaban delante de la nave. Volando tan cerca, que se oía el batir de las alas de los últimos, Las gaviotas resplandecían al sol y se lanzaban en picado; la proa de la nave, al cortar el agua, lanzaba

salpicaduras en las que se formaba el arco iris. Un mundo salado y fresco se extendía bajo el cielo primaveral.

Pero aquella grandeza de alma que debía haber cuando se va sobre el mar se le había quedado a la banda en Seelandia, y en lugar de ir volando sobre las olas hacia lejanas conquistas, estaban metidos en el agua hasta la cintura, echando cubos y más cubos por la borda, sin conseguir vaciar la nave, pues no cesaba de hacer agua.

Sin dormir la noche anterior, sin tiempo para comer y una ligera esperanza de sobrevivir media hora más tarde; he aquí lo que les ofrecía el mar.

Todo lo que tenían — trabajo de un invierno — fué a parar a las olas, y con

ello se fué todo el heroísmo que había ¡encendido el relato de Regner Lodbrog; y hasta ellos mismos se irían de aquel colador a descansar siquiera al fondo del mar — ¡tan desalentados estaban!—, si Germundo no les hubiese sostenido el ánimo golpeándoles la *cabeza con un remo*.

Aunque la situación era desesperada, estaba escrito que el Kattegat no sería su tumba; tenían a Germundo a bordo y el éxito se daba por descontado. Era evidente que estaba reservado para una muerte más cruel. Ya entrado el día, avistaron un velero que venía en la misma dirección que ellos y que, por mayor velocidad, pronto les daría alcance.

¡Estaban salvados! Tan grande fué la emoción, que los decaídos gallos de mar dejaron caer de sus manos ateridas los cubos de achique y prorrumpieron en un coro de voces rotas, mientras extendían sus manos fuera de la borda llamando por señas a la nave libertadora.

Pero la voz potente de Germundo acabó con aquella alegría. Germundo no se resignaba a que su expedición terminase de aquella manera y se puso furioso. Ahora tenían ocasión de luchar.

¿Para qué habían ido al mar? ¡Había que tomar el barco! ¡A las armas todo el mundo!

Y tal era su poder sobre la banda, que, una vez más, les hizo cambiar de

propósito y todos se mostraron dispuestos a tomar el barco.

Era éste una nave bien construida, que con agua blanca en la proa se dirigía hacia ellos con el viento a favor, balanceándose ligeramente. Según se iban acercando, se iba oyendo el ruido de la quilla al cortar las olas. Por su madera, que relucía a través del alquitrán, podía verse que se trataba de un barco acabado de construir. El mástil, un abeto con olor a corteza todavía, brillaba como el oro; las vergas acababan de estrenarse, y la vela parecía jugar con el viento por vez primera. A ambos costados asomaba por encima de la borda una fila de cabezas cubiertas con casco y flanqueadas de

escudos y lanzas. ¡Qué suerte! ¡Un barco de guerra! ¡Al abordaje!

El resto transcurrió en medio de la confusión que suele rodear los grandes acontecimientos. En el momento crítico puso proa Germundo hacia la nave desconocida, soltó el timón y, lanzando gritos de combate, trepó al mástil seguido de todos sus hombres, quienes, con el cuchillo entre los dientes, gritaban como posesos; y mientras las naves chocaban, se tiraron del cordaje a la nave enemiga. Y no habían hecho más que tirarse, cuando su desvencijada nave se hundía a consecuencia de la colisión.

Lo que ocurrió luego a bordo de la nave asaltada fué un testimonio de que la alegría de los campeones no se había

extinguido del todo en el mar. Germundo y los suyos se habían lanzado sobre la tripulación de la nave vikinga, y ésta los recibió con los brazos abiertos en medio de una estrepitosa carcajada. En lugar de esgrimir la lanza y la aguda espada, les pusieron los escudos para que no se hiciesen daño. Los miembros de la nave vikinga tenían un humor excelente, y la lucha de los jóvenes piratas se esfumó en abrazos y risas. Así terminó la primera aventura de la banda.

Apenas se habían recobrado de su sorpresa, vino a su encuentro un hombre de talla gigantesca, a quien la banda tomó por Regner Lodbrog. Su cuerpo parecía un tronco de encina rematado por unas extremidades proporcionadas.

Y esta montaña de carne estaba cubierta de pies a cabeza con aros de hierro enganchados entre sí. En su cuerpo no se veía más que hierro, armas de todos los tipos y tamaños. En una mano azulada tenía un hacha de hoja ancha de un tamaño descomunal, y en la otra, una lanza guarnecida de hierro con cuerno y ganchos; sobre la cabeza llevaba un caldero de hierro forjado y rematado por una cabeza de jabalí. Todo el hierro tenía manchas de óxido a causa del agua del mar. La piel de la cara y de las manos estaba ennegrecida de pecas tan grandes como guisantes. En cada mejilla tenía tatuada una sirena. Aunque parecía imposible que pudiera herirle ningún arma, llevaba para colmo, como

amuleto, una pesada rueda de molino colgada de una cadena de hierro. En cambio, su espalda enorme estaba, relativamente, poco defendida. Debajo de la armadura llevaba piel de carnero y calzaba sus pies con dos descomunales zuecos toscamente hechos y forrados de paja. Cuando abría la boca lanzaba un vozarrón que hacía estremecer todo lo que estaba a su alrededor; parecía el bramido del uro. Su mirada podía hacer caer a las aves del cielo.

Los chicos bajaban la vista mientras hablaba. No era clemente. Pero terminó diciendo con su voz de trueno que se diese de comer a los prisioneros. No les agradó el tono de las palabras, pero sí el significado, y cuando se

vieron delante de las fuentes de sopa de cebada y carne cocida fría se animaron y volvieron a recobrar sus sueños.

Luego supieron que el terrible jefe no era Regner Lodbrog. Se llamaba Gauk y era uno de los capitanes del rey. Habían recibido el encargo de ir a la costa de Hallaud para traer cerveza, queso y otros artículos que necesitaban. Amontonado junto al mástil yacía el fruto del viaje: anclas de diferentes tamaños, sacos, etcétera, además de unas cuantas canales de bueyes y cabras. Habían estado operando de noche y por esta razón llevaban puestas sus armaduras todavía a la mañana. Un par de nombres citados al azar en la conversación hacía suponer que los

viveres no venían de las despensas suecas, que ellos consideraban como propias. El barco formaba parte de una flota mayor anclada junto a Sams; olía a resina y a alquitrán, y lo había construido en Gotland un individuo al cual se lo habían cogido hacía una semana.

Éstas y otras muchas cosas contaron los alegres y comunicativos tripulantes a la banda mientras comía. Había guerreros de todas las edades, incluso muy jóvenes, como si acabasen de brotar aquella mañana. Los muchachos de la banda pensaron que estos jóvenes no les aventajaban ni en fuerza ni en valor; pero admitieron la superioridad de los hombres de la nave

salvadora. Éstos tenían un lenguaje más vivo y más agilidad mental, y los muchachos tenían que pensar las palabras, para contestarlas. Los vikingos de la nave salvadora deslumbraron con su atuendo a los muchachos de Germundo. Vestían pantalones, lujo que los muchachos solamente conocían de oídas, pues en su tierra danesa todavía se llevaba melena y se ceñía el cuerpo con un sayo burdo y con cuero, mientras que los brazos y las piernas, incluso en invierno, iban completamente desnudos. Algunos de estos pantalones eran de lino; otros de preciosas telas italianas, y, finalmente, los había de piel de marta y de cebellina. Los muchachos de la banda juraron en silencio hacerse con

pantalones como aquellos, o mejores.

Una de las pesadas cajas de la nave era objeto de viva curiosidad y alegría por parte de todos. Entreabrieron un poco la tapa y pudieron ver entonces una preciosa muchacha campesina metida dentro, encogida de piernas y brazos y durmiendo profundamente. Pero en aquel momento salió del castillo un trueno amenazador que deshizo el corro formado alrededor de la caja. La muchacha había sido capturada por el propio capitán de la nave.

Se iba esfumando en el horizonte la costa de Seelandia; pero al mismo tiempo surgían del agua otras costas bajas — Sams y Jutlandia — cubiertas de bosques. Gaviotas y aves marinas

acompañaban a la nave. Ésta seguía exactamente el mismo curso que el sol, y antes del atardecer dieron vista a la flota al norte de Sams, con la que se reunieron a la puesta del sol.

Una de las naves era más grande que las demás, y a ella fueron llevados Germundo y sus compañeros para ser presentados al almirante.

Era éste un hombre alto, de aspecto muy juvenil, pestañas rubias y hombros extraordinariamente bellos. Los muchachos pensaron que ahora tenían ante sí a Regner Lodbrog. No iban muy desacertados, pues el almirante era Bjorn Jernside, uno de sus hijos.

Germundo sintió un estremecimiento al ver al hijo del rey; le

pareció que sus rasgos le eran conocidos, y súbitamente se levantó y le miró a los ojos.

Bjorn Jernside mandó que le contasen las circunstancias del encuentro con aquellos muchachos, teniendo que imponer silencio a los hombres para que le dejaran oír. Escuchó todo sin pestañear.

Muchas nuevas y sorprendentes impresiones recibieron los muchachos durante su estancia en la nave almirante. Al lado de Bjorn Jernside había un hombre que atrajo inmediatamente la atención de Germundo. No había en él nada que revelase su categoría. Era muy corpulento, de constitución extraordinariamente fuerte, pero andaba

como si no pesase más que una pluma, aunque la nave se estremecía bajo su peso, avanzando sobre la punta de los pies y doblando las rodillas, silencioso como un gato, los hombros erguidos y los brazos por delante a lo largo del cuerpo. Tenía una nariz inteligente y un bosque de pestañas alrededor de los ojos; su boca mordía lentamente un puñado de paja mientras fisgoneaba lo que ocurría allí. No había en sus ropas lujo ninguno; únicamente llevaba una preciosa cota de malla de gran valor. Solamente una vez le oyó Germundo cambiar unas palabras con otro. Su voz, suave y dulce, recordaba el canto del pájaro; todos sus gestos revelaban satisfacción y sabiduría. Dormía en él la

fortaleza, y la alegría de vivir se acusaba en los pelos que rodeaban la boca. Tan delicado era, que andaba sobre la punta de los pies para no gastar el suelo que pisaba. Germundo no creía que hubiese en el hombre tanta circunspección y dulzura, y por esta razón aquel personaje le llamaba la atención más que todos los demás.

Todavía había en la nave tipos más grandes y más fuertes; algunos eran, sencillamente, monstruos cuyos brazos les sobresalían del tronco sin poder caer a lo largo del costado y cuyas cabezas, a partir de las orejas, eran más anchas que los hombros; otros estaban tan gordos que su cuerpo era un conjunto de pliegues; sin barba ninguna, parecían

gigantescos niños delicados. Los había también cubiertos de cerdas, que tenían además todas las excrecencias, como verrugas cubiertas de vello, bultos en la cabeza; todo lo tenían aumentado. Eran energúmenos de Bjorn Jernside. Al verlos, se comprendía que se pusiesen fuera de sí en combate; pero en tiempo de paz eran lentos, pacíficos y casi tímidos como bueyes. Nada más se sabía de ellos. Había también entre estos monstruos un negro con ojos como dos conchas de mejillón. Nadie entendía su lenguaje. Se irritaban fácilmente y entonces constituían un peligro; pero bastaba pasarles la mano o prometerles comida para tranquilizarlos de nuevo. Sus armas eran de doble tamaño que las

corrientes.

Mucho más sorprendieron a Germundo los jóvenes guerreros, de los que había a bordo un grupo selecto. Eran jóvenes rubios, libres; vestían todos magníficamente y rebosaban salud y fuerza. Les hervía la sangre en las venas. Se movían indolentemente; cada gesto, cada señal de vida era como una divertida provocación a la lucha. No podían pasar unos al lado de otros sin estirar el cuello y poner los miembros rígidos. Cada broma tenía el mismo significado terrible: “¡El que se me acerque es hombre muerto!” Todos llevaban el sello de la exuberancia; parecían salidos del seno de la Naturaleza, completos, tal como estaban,

sin nada de más ni de menos. Eran delgados de cintura; sus miembros eran largos y fuertes; sus caras lucían todavía la primera barba, suave y espesa. Muchos ostentaban con orgullo sus cicatrices, aunque, naturalmente, no podían compararse con los guerreros viejos, algunos de los cuales daban la impresión de haber sido cortados en trozos y cosidos luego de cualquier manera.

Con profunda humillación observaron los muchachos de Seelandia que los guerreros iban muy pulcros, con el pelo trenzado y peinado; hasta se habían imaginado que el máximo honor de un vikingo era tener un rostro afeado hasta el punto de no poder

reconocersele. Acerca del pelo no tenían otra idea que la de un asidero durante la lucha o de un infausto medio para colgarse de un arbusto espinoso. Cuando lo tenían demasiado largo, lo quemaban con un tizón o se lo machacaban con dos piedras afiladas.

Mientras Bjorn Jernside escuchaba el relato sobre los recién llegados, Germundo estaba de pie sobre los cabos. Observó esto uno de los circunstantes, precisamente el hombre corpulento de ojos extraños, que, siempre con la paja en la boca, andaba dando vueltas por allí. Y, todo gozoso ante la jugarreta que se le vino a la mente, hizo una seña a los demás y con

rapidez de relámpago tiró de la cuerda. Germundo midió el suelo con su cuerpo en medio de una carcajada general; pero en el mismo momento Germundo se hizo invisible. Se oía un cambio rápido de movimientos a todo lo largo de la nave, percibiéndose vagamente como una rueda de miembros humanos. Era Germundo y el autor de la broma que rodaban sobre cubierta. Aumentó la carcajada, pero ya no exclusivamente a costa de Germundo. Cuando aún no se habían hecho visibles los luchadores, rodaron de nuevo, hechos un paquete, sobre la borda y se dieron el gran remojón en el mar. Cuando los recogieron, estaba el guerrero campeón sin aliento. Se sentó en el suelo

chorreando agua por la cota de malla y se echó a reír estrepitosamente; luego presentó su mano a Germundo y, ayudado por éste, se levantó. No fué pequeña la gentileza para con un hombre desconocido.

Germundo sintió escalofríos al enterarse después que el hombre contra el que se había lanzado y que luego le ofreció su amistad era nada menos que *Haastein*, el gran rey marino, padre adoptivo de Bjorn Jernside y terror de todos los mares.

Pronto quedó resuelto el problema de los muchachos de Seelandia, con gran satisfacción para éstos. Los tomó el rey a sueldo y los distribuyó por toda la flota.

Más tarde supieron que no eran ellos los únicos que habían sido incorporados al ejército. Mientras Bjorn Jernside andaba por el Osters recibió nuevas tripulaciones de todas partes, gente joven toda, más o menos de la misma edad que ellos. También éstos habían buscado el mar en circunstancias muy parecidas a las de los muchachos de Seelandia, pero todos guiados por el mismo impulso y con el mismo éxito, pues terminaron alistándose bajo la bandera pirata.

Muchos habían oído hablar de la presencia de la flota y la buscaron por sí mismos; otros recorrieron zonas navegables y la encontraron por casualidad. Estos últimos formaban

tripulaciones completas y tenían naves propias unas veces, y otras se trataba de un solo tripulante a bordo, sin más comida que los peces que pescaba. Unos procedían del fiordo de Lin y otros de Noruega; había también escanianos, godos, mozos de Fyn y de la isla de Sams. Habían llegado en grupos completos, empujados por la primavera y dispuestos a todo, menos a volverse a casa. Bjorn Jernside los recibió bien a todos. ¿Para qué estaba allí más que para eso?

Era una multitud abigarrada. Algunos parecían muy sencillos; apenas llevaban ropa — una prenda de algodón y una piel de lobo —; sus armas se reducían a martillos de tiempo

inmemorial, hechos de piedra dura, sin duda recibidos en herencia de los antepasados familiares como el arma más maravillosa y misteriosamente fuerte. Era la robusta descendencia de los hombres del bosque, de las tierras desconocidas del interior de Noruega y Suecia, de las tierras altas donde solamente crecían árboles. Se habían encomendado a las inundaciones primaverales en grandes cajones hechos de ramas de abedul entrelazadas y revestidas de piel, lanzándose río abajo hacia el mar.

Al principio tuvieron que aprenderlo todo igual que niños pequeños.

Ni siquiera habían visto nunca

barcos, y se mostraron muy sorprendidos de ver que los hombres que había a bordo no eran más grandes. Ellos esperaban encontrarse con seres gigantescos, pues los “botes” eran muy grandes también. Todo era nuevo para ellos, nunca visto ni pensado; pero, en cambio, ellos eran nuevos, brillantes de buena disposición como el sol de abril y con espíritu recién nacido.

Se reían hasta caerse viendo el cordaje; lo cogían en la mano y no podían abarcarlo, e involuntariamente levantaban los ojos al aire como si quisieran medir la descomunal altura del hombre a quien le venía bien tal cordaje. Meneaban la cabeza y se reían para sus adentros. Se extasiaban ante las cosas

más triviales y se reían al ver el armamento de los hombres, tocándolos suavemente con un dedo, no fuera una ilusión óptica. Abrazaban y tocaban los mástiles, se les ponían los pelos de punta y andaban sobre la punta de los pies cuando pasaban ante las cabezas de dragón labradas en madera.

Toda aquella absurda masa de hierro que se empleaba en las naves les quitaba el habla, les hacía brillar sus ojos cazadores. La primera vez que se vieron dueños de un buen cuchillo o de un hacha, estuvieron a punto de volverse a sus casas pensando en sus ancianos padres, que ahora estaban solos en las tierras incultas, haciendo trampas para cazar renos, para lo cual utilizaban,

desde que ellos recordaban, los valiosos restos de un trozo de hierro sujeto a un mango.

Por lo demás, pronto llegaron a ser como los demás hombres, aun conservando su vigilancia y curiosidad. Parecía que no conocían el sueño nocturno como una necesidad que se producía a intervalos regulares; dormían poco y cuando el sueño venía sobre ellos como una especie de enfermedad.

¡La primera vez que se les dieron bebidas alcohólicas!... Se les metió el aguardiente en las venas. Lanzaban estridentes y largas carcajadas y querían beber más. Se entregaron a todo género de locuras e imaginaciones y se veían cruzando el espacio, creando con los

ojos una tierra nueva y nuevas estrellas; el cerebro se les convertía en nubes y los huesos en montañas, y encima de la cabeza les crecían árboles... ¡Valía la pena darles bebidas alcohólicas!

Cuando estaban serenos, hacían alarde de tener estrecha relación con ciertas fuerzas espantosas que residían dentro de ellos mismos; es decir, que eran los ardientes hijos del fuego. No amenazaban directamente con quemar toda la tierra, pero dejaban entrever que tenían poder para hacerlo; sin embargo, hacían gala de que tenían buen corazón y no harían nada si se les daba otro pan. Por estas palabras y por la piedad con que señalaban el fuego cuando estaban serenos — lo cual indudablemente era

prueba de que en su clan vivía todavía la tradición de los antiguos adoradores del fuego—, les dieron el sobrenombre de *los hijos de Muspel*, al que después se hicieron justamente acreedores. No sabían morir, pero sí matar.

De uno de éstos se contaba que jamás había visto a una mujer hasta llegar a la flota, pese a que era ya todo un mozo. La explicación del hecho estaba sin duda en que el muchacho había perdido a la madre siendo muy niño y su padre había llevado una vida solitaria, apartado de la gente. Cuando llegó a la flota y vió a una joven, lanzó un grito y miró a su alrededor para esconderse; pero inmediatamente después se echó a reír. Volvió a reírse, y

con ambas manos trazó en el aire unos signos, primero hacia dentro, luego hacia fuera y otra vez hacia dentro, como la figura de una bella cadera de mujer; se acercó más, se rió de una manera extraña y empezó a roncar poco a poco... Un momento después hubo que sujetarlo y atarlo.

En contraste con estos hijos de la Naturaleza, había jóvenes campesinos de las viejas comarcas de Vigen, de los distritos del fiordo de Ise y de Escania, armados y vestidos con ropas y armas importadas del Sur y dueños de naves recién construidas. Para éstos, el alistamiento en la flota no supuso apenas cambio alguno. Y no hay necesidad de nombrar a los viejos vikingos que se

lanzaron al mar por cuenta propia y se alistaron en el ejército. Procedían de todas las comarcas del Norte y todos eran uno, pues tenían las mismas ideas y hablaban el mismo idioma.

Se contaban en la flota muchas historias acerca de las artes que utilizaron y los peligros que corrieron los jóvenes para llegar a ella. Se deslizaban a bordo cuando las naves estaban cerca de tierra, y se escondían en las bodegas, donde los encontraban medio muertos. Otros aparecían en cubierta cuando la nave ya estaba en alta mar. Los había que se lanzaban al mar en balsas, dejándose llevar a la deriva, y después gritaban pidiendo auxilio para que los salvaran y los recogieron a

bordo. Sin embargo, de ninguno se decía que habían tenido la audacia de abordar una de las naves del rey; los únicos que se habían atrevido a ello fueron los muchachos de Seelandia. Germundo, su jefe, fué elegido por Bjorn Jernside para formar entre la tripulación de su propia nave.

Desde la mañana hasta el anochecer se armaba un griterío inmenso de nave a nave, mientras el fresco viento de primavera jugaba con las banderas izadas en los mástiles. Parecía el griterío de una enorme bandada de aves ávidas de presa.

Pero poco a poco fué cesando la algarabía en aquellos espíritus. Los viejos supieron hacer entrar en razón a

los jóvenes tripulantes. Y un buen día Bjorn Jernside se hizo a la mar para apoyar a su padre y a sus hermanos, que se hallaban en el Canal de la Mancha.

Cuando remontaban el Skagen los sorprendió una tempestad que lanzó las naves hacia la costa, poniendo la escuadra en grave peligro.

La nave de Bjorn Jernside, que era la más grande y la más difícil de remar, se encontraba en peligro inminente. Todos los tripulantes se agarraron a los remos para evitar la catástrofe y estuvieron remando no solamente los primeros momentos de tensión, sino hasta que les salió sangre de la palma de la mano. Al lado de Bjorn Jernside, que

había relevado al timonel, estaba Haastein, vigilante y pensativo.

Poco a poco se vió claramente que la corriente empujaba la nave contra la costa, pese a los titánicos esfuerzos de la tripulación, la cual no se lo explicaba más que pensando que alguien — ¿Ran? — había agarrado la nave por la quilla y la llevaba al naufragio y a la muerte.

Era un día claro, y el mar ofrecía una visibilidad perfecta que hacía mayor el peligro. La tripulación comenzó a desmayar y a mirarse entre sí, diciendo que Ran pedía una víctima y que había que echar suertes para saber quién iba a ser arrojado al agua.

Ya estaba cerca la costa. Sobre la arena batida por las olas se veía a la

gente ir y venir con grandes pértigas en la mano. La tripulación aseguraba que las pértigas tenían un gancho en la punta para traer hacia tierra los restos de la nave, mientras otros esperaban en tierra armados de hachas para matar a los náufragos.

En esto Haastein se hizo cargo del timón. La tripulación quedó en silencio. Lo primero que hizo Haastein fué una locura. Puso la nave de costado, permitiendo así que las olas se precipitasen sobre ella y cubriesen a los tripulantes. Cuando volvió a poner la nave proa al viento, estaban éstos chorreando agua y respirando con dificultad; en la lengua, el salado gusto de la muerte. Y así comenzó el mando de

Haastein.

Se agitó y enseñó los dientes; de su garganta salió un chorro de palabras. Ya no andaba sobre la punta de los pies sino que estaba plantado como una roca en la cubierta. Sus ojos eran como dos círculos; su voz ya no era dulce; recorría la nave de proa a popa como un latigazo. Y la tripulación cogió los remos. Jamás se remó como entonces. Haastein llevaba la boga con un vozarrón terrible; la tripulación se ponía lívida de fatiga y tenía nublada la vista y negros los dedos. Haastein se puso a remar también, y su fuerza de voluntad se comunicó a la tripulación, ¡La situación estaba dominada!

Y cuando se alejaron de tierra y la

corriente no los dominaba, Haastein se acordó de Ran. Éste quería una víctima, y aquél echó al mar una lanza de gran tamaño.

Y siguieron remando y avanzando, y sentían que las fuerzas les aumentaban. Antes gemían bajo la carga de lo que no tenía esperanza, pero ahora cantaban y azotaban el mar con los remos.

Y cuando por fin se vió segura la nave mar adentro, toda la tripulación prorrumpió en un himno triunfal en el que el nombre de Haastein se repetía nimbado de gloria.

Las demás naves, que habían corrido el mismo peligro, se alejaron también de la costa animadas por el ejemplo de la nave almirante. Toda la

flota estaba a salvo. Detrás de ella desapareció la baja y arenosa costa de Jutlandia bajo la espumosa línea de las olas; delante, un horizonte abierto entre cielo y mar, donde hormigueaban y culebreaban las olas.

Cuando todo el peligro hubo pasado, dejó el rey Haastein el timón, miró a su alrededor y cogió un puñado de paja y se lo metió en la boca. Nadie, excepto él, sabía que ni siquiera había tocado su reserva.

Antes del anochecer ya estaban en alta mar, sin ver otra cosa que cielo y agua. Este espectáculo hizo enmudecer a aquellos que nunca habían perdido de vista la costa.

Hundióse el sol en el mar y se

extendieron las sombras. Había llegado el momento en que los noveles tripulantes tenían que curtir su vida a bordo de las naves.

De apareció del cielo el crepúsculo vespertino, y la noche cayó sobre la líquida vastedad. Se encendieron las estrellas; a mano derecha apareció la Osa Mayor. Uno tras otro, los viejos marineros, que ya habían estado en el mar de Occidente, se metieron en silencio bajo cubierta, cubrieron la cabeza con una prenda y se durmieron.

En la proa se dibujaba borrosamente contra las estrellas una figura inmóvil. Era el vigía.

EN EL EJÉRCITO NORMANDO

UNA cruda mañana de abril, bajo un aire helado, navegaba hacia Inglaterra Bjorn Jernside. El mar hacía cabecear las naves, que levantaban de las olas su proa chorreante para dejarse caer inmediatamente de bruces sobre la móvil superficie, hundiendo en el agua espumosa la cortante quilla. Parecían caballos sedientos con el hocico metido en el abrevadero. El viento hinchaba las velas y empujaba la nave con tal fuerza, que parecía querer levantar toda la flota y llevarla por el aire a Inglaterra.

Arrostrando el aire inclemente, los tripulantes, silenciosos, orientaban sus ojos hacia tierra. Tenían el gesto rígido a causa del frío y de la vela. El calor de sus cuerpos hacía humear la tosca ropa empapada de agua salada a lo largo de varias jornadas. Cada hombre no vivía más que para lo que tenía delante; sus duras miradas azules estaban dirigidas hacia la nueva costa que ponía delante de ellos el mar y el amanecer, y hacia la cual los empujaba el viento.

Al amanecer surgió en el horizonte un vago contorno sinuoso de varias millas de largo. Eran altos acantilados, blancos de niebla, a cuyos pies rompían las olas. Inglaterra estaba a la vista.

A medida que se iban aproximando,

percibieron la voz de Inglaterra, que les hablaba por medio de las olas que luchaban con el acantilado, mientras que estridentes bandadas de aves marinas les salían al encuentro. Pero Inglaterra parecía todavía muerta y desierta.

Poco a poco, más allá del acantilado, fué mostrándose el interior del país con su rica gama de bosques, praderas, brezales y, más al fondo, los picos de las montañas cubiertos de nieve. Inglaterra se mostraba a los extranjeros envuelta en una sábana muy conocida, y los tripulantes se dieron por avisados. ¡Iban allí para morir!

La tripulación, emocionada, no apartaba su mirada de Inglaterra, que los esperaba con sus hermosos paisajes,

bosques y praderas, caseríos y condados, nuevos y extensos reinos. Ningún indicio de vida más que el humo de alguna que otra hoguera encendida en el corazón del bosque. Pero allí había hombres y con ellos habría que habérselas. Y, ante este pensamiento, la tripulación se frotaba las manos. En el puente estaban los jefes señalando con el brazo los pasos y puertos que conducían al interior del país a cuya conquista iban.

Ya en pleno día, llegados a la costa, vieron destacarse en el cielo las tumbas de los viejos campeones que les habían precedido en la misma misión que ellos traían. Inglaterra les indicaba una tumba — las tumbas que coronaban

las cimas de las colinas—. ¡Sí también ellos dejarían allí sus cuerpos!

A partir de este momento, se cerraron los recuerdos en sus corazones: el país de donde venían, el viaje y los peligros que habían corrido en el mar. Ahora estaban allí, con todos sus sentidos dirigidos hacia aquella tierra que de momento les cerraba las puertas con sus escarpados acantilados, pero que ellos harían abrir.

En un punto donde se abría el acantilado dando vista a una tierra de brezales, vieron que de la cima de la colina se elevaba al cielo una columna de humo. En el interior se estaba dando la noticia de su llegada, que sería de todo el país en el transcurso de la

mañana.

Pero no desembarcaron allí. Estuvieron anclados horas, y algunos miembros de las tripulaciones saltaron a una playa, debajo del acantilado, para hacer la comida. Después se retiraron a bordo y buscaron más al Sur, hacia el estuario del Humber, para reunirse allí con el ejército normando.

Todo el estuario del Humber era un hormiguero de naves de todos los tipos. Ancladas unas, en movimiento otras, que venían del Este y del Sur, del Sena y de otros puntos de la costa francesa. Había como un puente de naves entre Francia e Inglaterra. En las orillas ardían las hogueras y andaba la gente de un lado a otro. Había en tierra tantos hombres

como en el mar. Todo daba la sensación de falta de orden y concierto.

Pero en el ejército había un alma, el rey normando en persona, Regner Lodbrog. Con él bajó de las regiones del Norte la juventud para participar en su suerte. De él salía todo lo que se hacía — los movimientos de su flota y las empresas en tierra —; en su cabeza se reunían los dispersos sueños de piratería de las demás cabezas y allí se examinaban; y mientras todos urgían su realización, era el único que sabía esperar; pero cuando todos aquellos guerreros se mostraban indecisos, él tomaba la decisión.

Huelga decir que el rey Regner, que a lo largo de su dilatada vida se había

elevado al primer puesto, era un fenómeno de corpulencia y de fuerza. Pero, además, en los últimos años, se había distinguido por su inteligencia, su memoria y su intuición, ante las cuales se inclinaban todos, como antes se habían inclinado ante su fuerza. Tenía una cabeza de recia osamenta; la quijada inferior le sobresalía como un pico a cada lado debajo de la oreja. Sus pestañas y cejas eran brillantes. Cuando estaba sentado, le caían las cejas tanto que casi le tapaban los ojos. La, piel de su cara, donde no estaba llena de cicatrices, estaba surcada de venas azules y rojas resultado de una vida pasada en el mar; pero sus manos de campeón estaban tan blancas como si no

hubiera en ellas ni una gota de sangre. Su aspecto era como el de un campesino cualquiera; ni en su porte ni en sus gestos dejaba adivinar que era rey. Se movía muy poco, y solamente hablaba en contadas ocasiones. En la nave iba siempre desarmado y con la misma ropa. Muy frecuentemente se le veía descansando, bastantes veces con uno u otro niño pequeño sentado en sus rodillas. Les sonreía con espíritu ausente y dulce a todos los niños. Para él todo niño que caía bajo sus ojos era suyo propio.

Los niños le llevaban flores que habían cogido a la orilla del río, y a veces, después, se le veía sentado con una actitud apagada, con las cejas caídas

sobre sus ojos hundidos y apretando en la mano las flores que los niños le habían dado. Nadie sabía lo que él pensaba entonces.

Se le dejaba gustosamente en aquella actitud, pues en todo el ejército no había nadie, desde el príncipe hasta el remero, que no se sintiese mal cuando aparecía la vida en los claros y severos ojos del rey y los clavase en él.

Mientras el rey estaba tranquilo, todos los demás estaban febriles. Corría el rumor de que el rey Regner se proponía aquel año concentrar sus fuerzas para atacar a Inglaterra. Durante toda una vida había guerreado ora a un lado del Canal y del mar de Occidente, ora al otro; aquel verano, en cambio,

había que conquistar York.

Nadie dudaba de que los misteriosos planes del rey eran los mejores, ni tampoco de que el ejército estaba allí esperando a que los planes madurasen. Pero había en el ejército un partido que difícilmente podía mantenerse inactivo mientras el rey espiaba en Inglaterra el momento oportuno. Al frente de este partido estaban nada menos que los propios hijos del rey.

La juventud estaba desbordada en aquella estación con el sol recién nacido, aves emigrantes por la noche e irresistibles sensaciones primaverales. Ni las aventuras ni las incursiones por el interior del país les satisfacían;

encontraban demasiado monótono matar a los asustados indígenas y regresar con todo el ganado a la orilla del mar. Les gustaba cazar en los dilatados bosques, pero no era suficiente. Se divertían en la playa frente a la flota jugando a la pelota, y estaban a punto de luchar entre sí por exceso de vitalidad. Se metían en el agua pese a las nevadas y celebraban el verano cuando el agua se veía libre de hielos. El sol caía sobre sus cuerpos desnudos mientras ellos, en un loco y delirante galopar, recorrían la playa en todas direcciones y zambulléndose en el agua fría.

Era la juventud cuyos descendientes se repartirían más tarde todos los ducados normandos e ingleses.

Pero a la mayoría de ellos le ocurriría lo que un día le pasó a un guerrero joven, hecho que, por otra parte, no tuvo resonancia ninguna fuera del pequeño círculo donde era conocido y tenía sus amigos.

Un día se estaban bañando en un rincón de la playa los jóvenes. Uno de ellos, terminado el baño, se alejó un poco para vestirse. Su cuerpo en la bella plenitud de sus veinte años, mostraba al sol toda la blancura nórdica de su final piel y desprendía vapor de los omóplatos a causa del calor interior; sus manos golpeaban el tórax al compás de un suave rugido, mientras de sus cejas y pestañas caían unas minúsculas gotas radiantes. Y de pronto cayó como

fulminado por un rayo invisible. Cuando los compañeros llegaron a su lado, ya estaba muerto. Una flecha le había entrado por la espalda clavándosele en el corazón. Monte arriba, corriendo hacia un matorral y montado en un caballo pequeño de larga crin, vieron a un jinete que llevaba todavía en la mano izquierda el gran arco inglés con el cual había matado al joven.

Como tantos otros, así murió aquel guerrero desconocido.

¿Qué cosas podían ocurrir en el ejército, qué podían encontrar los jóvenes e indomables guerreros en su diaria vida de campaña con todos sus peligros y fatigas que ellos no conociesen ya? Hubo un tiempo en que

se dedicaron con ardor a la captura de mujeres. Pero también esto perdió su carácter de aventura para convertirse en un pasatiempo más.

Sin embargo, el caliente mundo de la bebida y de la embriaguez se mantenía en todo su vigor. A bordo de las naves se celebraban orgías a cargo de los jóvenes, pues los viejos de ninguna manera querían participar en ellas. Durante los monótonos días de equinoccio, en que la existencia parecía hecha únicamente para esperar, los tripulantes se contaban de nave en nave verdaderas locuras cometidas en el hervor de la embriaguez. Las bromas más pesadas y las mayores barbaridades tenían que llenar el tiempo de espera. Y

se divertían haciendo rabiar a los fieros y estúpidos guerreros con toda clase de jugarretas. Una vez celebraron una boda entre una sirena y un viejo esclavo, y después les ataron al cuello piedras de gran tamaño y los arrojaron al fondo del mar, donde tenían sus posesiones... De este modo tan rudo y cruel se vengaba la juventud de tanta espera y de tanto verse defraudada en sus decisiones.

Finalmente, antes que se hiciese demasiado abigarrada, aquella impaciencia que bullía en el corazón de los jóvenes terminó en algo real, en una finalidad, en una oportunidad para realizar grandes hazañas. Aquel mes de abril el rey autorizó a sus hijos y a, sus amigos para que eligiesen a los hombres

y a las naves que estuviesen dispuestos a seguirlos y se lanzasen a una incursión por su propia cuenta, mientras él se quedaba esperando en Inglaterra su oportunidad. Y de aquí arrancaron las famosas incursiones por aguas del Mediterráneo.

Los hijos de Lodbrog y sus compañeros tenían trazado su plan hacía tiempo. Era obra de Haastein, que iría al frente de la expedición. Y lo que había planeado era, ni más ni menos, que *ir a conquistar el Reino Celestial*.

Haastein, que, como los hijos de Muspel, procedía de las altas tierras de Noruega, había conservado, a pesar de sus contactos con el mundo, ciertas ideas viejísimas que vivían en su clan, y

estas ideas dieron origen al plan que los impulsaba a salir de Inglaterra.

Cuando se discutía alguna cosa en las asambleas de los hijos de Lodbrog, era indefectiblemente la cuestión del Reino Celestial. Mucho se hablaba de él en Europa; pero ¿quién se había puesto a averiguar lo que había de real en ello? Ciertamente que en Francia e Inglaterra había buenos reinos, tronos aquí y allí, bienes terrenos, ganado, objetos de oro, buenas mujeres y demás; pero eso no eran más que mezquindades; lo indicado era ir derechos al asunto. ¿Qué había de ese Reino Celestial, llamado también Paraíso? Todas las grandezas que se conocían en el Norte, ¿eran acaso algo más que escasas y míseras gotas

comparadas con la realidad y la belleza del Reino del Sur? Porque el Reino Celestial estaba situado al Sur, y si alguien navegaba en esa dirección, llegaría a encontrarlo. Todas las noticias confirmaban esta hipótesis. ¿Qué ganas podía haber de luchar por territorios vecinos y derrotar al enemigo para recoger únicamente unos anillos de oro, cuando se podía ir navegando a la tierra de donde venía todo el oro? Pues era evidente que en aquel reino había montañas de oro. ¿De dónde, si no, venía?

El Reino Celestial existía. ¿De dónde traían las abejas su miel? ¿No iban volando todos los veranos a la Isla de los Bienaventurados regresando con

el cuerpo cargado? ¿Cómo estaban allí las aves durante el invierno? Era evidente que esa tierra existía y que no podía estar demasiado lejos. Había gente del Sur que estaba en estrecho contacto con ella, según decían personas serias que habían ido por allí. ¿Cómo se explicaba, si no, esa relación con el omnipotente reino de Roma, cuyo jefe, se decía, era su vasallo?

Además, en Inglaterra se estaban haciendo viejos, mientras que, sin duda ninguna, existía la Tierra de la Juventud, un país donde los habitantes no morían. Todos habían oído hablar de esto. Un país hermoso, sin cadáveres, con ríos de vino tinto y, sobre todo, con algo no soñado: ¡doncellas con alas como

pájaros grandes, que volaban y tocaban el arpa!

Y no se trataba de ninguna fábula, pues Haastein había cogido en un convento una cosa preciosa: un libro de pergamino en el que, entre otras cosas, podían verse estas mujeres aladas, todas bellísimas, volando por un cielo maravillosamente azul. Aunque no se podían descifrar los misteriosos signos que había en las hojas de aquel libro, era evidente que se referían a la Tierra de la Juventud y de los Bienaventurados. Allí jamás nevaba, y los árboles tenían hojas verdes todo el año, testimonio claro de la inmortalidad. Había en ese país un río que daba la inmortalidad al que se bañaba en él. ¿E iban ellos a

dejar así tranquila a aquella tierra sin hacer un intento de llegar a ella?

Naturalmente, el acceso a las Islas Afortunadas estaba guardado por terribles dragones que vomitaban llamas y por leones alados; además, había que navegar a través de una zona oscurísima para llegar allí. No era para todos la empresa, por fortuna, pues de lo contrario ya estaría el país ocupado por otros. Sin embargo, las noticias sueltas y los fragmentos de las maravillas de aquella tierra que se poseían en Europa eran una clara demostración de que alguien había estado allí. Probablemente algunos navegantes orientales que habían tenido el valor y la dicha de pisar aquella tierra de felicidad. Había

muchas cosas que hacían pensar en relaciones misteriosas. Por ejemplo, la canela, que tanto abundaba en el mercado y que todos podían ver, era la corteza de algún árbol precioso que indudablemente crecía en las Islas de los Bienaventurados, pues tenía un sabor dulce y fuerte. Quizá se sacaba de madera encontrada en el mar o arrojada por éste a la playa procedente de los bosques del Reino Celestial. El aguamiel, cuando era añejo y fuerte, daba también una idea clara y auténtica acerca de la situación general de las Islas Afortunadas; el estado de alma que creaba en los que la bebían era un gusto anticipado de la eterna embriaguez de felicidad en las moradas del sol. Y bajo

el chocar de las copas, en medio de la felicidad de la embriaguez, los jóvenes se hacían promesas y se citaban para la tierra del verano eterno.

¡Con qué emoción suspiraban al pensar en las doncellas de alas de cisne que volaban por los jardines floridos! Daba pena pensar que aquel mundo femenino que poblaba las islas viviese solo bajo un sol eterno, sin la compañía del hombre. ¡Inmortales y sin amor! Pero ¡vaya sorpresa que se iban a llevar! Sin duda eran mansas y bajarían espontáneamente con las alas extendidas; pero si se mostraban tímidas, había muchos medios para cazarlas — redes, lazos—; y en el peor de los casos se las podía dejar sin alas.

¡Era intolerable tener que esperar allí, pasando mil fatigas, cuando podían marchar al País del Sol y sentarse cada uno con su doncella en brazos bajo la sombra de sus alas! Los jóvenes suspiraban y con ellos suspiraba el viento. Seguían en Inglaterra, ellos y las naves, soportando el agua de arriba y de abajo, y, lo que era peor, haciéndose viejos. ¿Por qué no se iban? Era evidente, sin embargo, que ante los dragones y las tinieblas, los esperaba la muerte. Por eso, el problema estaba en encontrar el camino marítimo que llevaba al Reino Celestial, en seguir la dirección en que se encontraba. Para este fin podían utilizar algunas abejas. Las llevarían consigo y las soltarían

cuando hiciese sol; ellos las seguirían, pues conocían el camino.

Regner Lodbrog sonrió de un modo especial cuando sus hijos le hicieron presente que querían encontrar esta tierra y le pidieron permiso para marcharse. Meneó la cabeza...; pero, en fin, no era imposible, sin embargo, que fuese aquello lo que le movía a dejarlos marchar. Sí, podían hacerse a la vela a ver si encontraban la Tierra de la Juventud; y si la encontraban, venir a decírselo. Por razones de seguridad, él vería de tomar Inglaterra y tenerla en custodia hasta que ellos regresasen.

Enorme fué el júbilo y la expectación de los jóvenes cuando el rey aprobó el plan. Todos querían ir.

Pero los hijos de Lodbrog hicieron primero una selección; el resto se lo dejaron a la suerte.

Se recurrió a luchas entre dos personas para decidir entre los solicitantes. Todo se hizo con rapidez. A los dos días ya estaba elegida la gente y las naves.

Además de Haastein los hijos de Lodbrog y sus amigos, formaba la expedición lo más selecto de la juventud. Eran sesenta y dos naves dotadas con tripulaciones formadas por muchachos de veinte años procedentes de todas las regiones escandinavas: los hijos de Muspel, los muchachos de Seelandia, jóvenes de Fyn, de Bornholm, escanianos, frisios...; todas

las regiones del Norte tenían voz en aquel ejército dispuesto a salir inmediatamente a la conquista del Reino Celestial.

Una multitud de mujeres, cuya presencia entre las tropas ya no era necesaria, siguieron por tierra la marcha de las naves, deteniéndose en un saliente de la costa y dejándose ver de los que iban en las naves Humber abajo, hacia el mar. Pero los expedicionarios ya no pensaban en las corpulentas hijas de Northumberland, sino en las aladas doncellas del Reino Celestial, que volaban por un espacio maravillosamente azul tocando el arpa.

Regner Lodbrog, de pie en la nave real y con un niño en brazos, estuvo

mirando a las que se marchaban hasta que las naves se esfumaron en el horizonte.

HACIA EL SOL

HA pasado un milenio desde que los jóvenes aventureros del Norte emprendieron esta expedición a la Tierra de la Inmortalidad, habiendo logrado su objetivo, aunque de manera distinta de como ellos pensaban.

Se quedó el olvido con sus intenciones; en general, la Historia sólo nos habla del valor de los hijos de Lodbrog y de su afán de aventura; pero lo que los impulsó fué la misma esperanza que después pasó en herencia a otras generaciones, bajo nuevas formas, pero con el mismo contenido; fué el anhelo nórdico. Se llevó el viento

los sueños de los hijos de Lodbrog; pero las hazañas que realizaron en las tierras y mares bañados por el sol se han quedado para siempre en el libro de la Historia.

Entraron con sus sesenta y dos naves en el Canal de la Mancha y, volviendo la espalda a la abrupta costa inglesa, dieron vista, al otro lado del Canal, a los acantilados franceses. Sabían que en este país podían fundar reinos; pero para esto siempre tendrían ocasión; ahora tenían en perspectiva una cosa más importante. No interesaban unos fragmentos en un rincón del mundo, sino el punto central, la madre de todos los reinos, el gran reino central del Este, donde había campos de oro bañados por

un sol eterno.

Sin embargo, las deslumbrantes perspectivas futuras no les impidieron mantener durante el viaje una rigurosa vigilancia. En su recuerdo quedó grabada para siempre la costa francesa con sus cabos, su perfil, sus playas y las desembocaduras de sus ríos.

Vieron los oscuros cabos de la costa septentrional de España, los largos y fogosos ríos que desembocan en el golfo de Vizcaya, cuyas movidas aguas remontaron la borda de sus naves y bañaron las cabezas de los dragones que coronaban las proas; llegaron a sus bellas playas; vieron surgir de la costa una tierra abrupta colgada sobre el mar como una muralla de piedra, que más

tarde se fué confundiendo con los Pirineos, puertas de España.

Su penetrante vista de marinos vió en un lugar de aquellas tierras escarpadas un rebaño de cabras con su pastor empuñando un largo cayado. El pastor, inmóvil, parecía estar contemplando el paso de aquellas extrañas naves oscuras.

De cuando en cuando divisaron sobre un saliente de la costa una torre baja y redonda. Era una atalaya costera.

Nadie puede hacer una relación de lo que hace mil años vieron los normandos, ávidos de saber, en un viaje alrededor de la costa europea, pero puede creerse que nada escapó a su atención, desde el Skagen y Lindesnes

hasta Flamborough Head, Finisterre, San Vicente, estrecho de Gibraltar y costa del Mediterráneo, hasta donde vuelan las aves y llega la ballena. Hicieron el periplo de Europa, y lo que habían visto una vez solamente, lo consideraron después como propio, con la tranquilidad del descubridor.

Lo que era nuevo para ellos ya lo conocían hacía tiempo los habitantes de los países nórdicos. Siglos antes habían estado allí repetidas veces. En las costas de Francia y de España, y después en el Mediterráneo, tuvieron ocasión de ver en el paisaje un montículo redondo o un túmulo como los que estaban acostumbrados a ver en las

playas patrias. Allí descansaban algunos de los antepasados que habían recorrido antes estas regiones dejando tras sí una hilera de tumbas.

Llegaron a las costas de Andalucía, llamada así desde que un pueblo nórdico, los vándalos, la conquistaron siglos antes. Aquí perdieron algunas naves en un combate reñido en el Guadalquivir. Los indígenas de aquellas regiones llanas preparaban sal del agua del mar y la amontonaban, pareciéndoles a los vikingos, desde lejos, como un puro diamante.

No siempre tuvieron éxito. Cuando navegaban por la costa de Galicia, antes de llegar al Guadalquivir, quisieron ir a tierra para recoger flores en aquella

verde región. Luego a los hombres les vino el deseo de coger verduras, cebollas y otras legumbres; y también quisieron carne fresca — las ovejas estaban recién paridas y los ternos corderos retozaban por las praderas —; ni tampoco consideraron una locura ir al encuentro de alguna jovencita. En estas tierras tenían la piel morena, pero no contagiaban en absoluto. Y decidieron ir a tierra.

Pero no llegaron a desembarcar. Los habitantes de la región disponían de galeras peligrosas que, saliendo de puerto, avanzaron hacia ellos con una terrible masa de remos. Llevaban a bordo catapultas, con las cuales, a larga distancia, lanzaban piedras calientes,

que desprendían un desagradable olor a ceniza y a agua salada escaldada cuando caían cerca de una nave enemiga.

En este encuentro perdió la flota dos naves que llevaban un valioso cargamento — objetos de valor, ganado y buenos prisioneros — recogido durante el viaje en distintos puntos de la costa francesa. Pero lo peor fué que sus tripulaciones perecieron: ¡varias veintenas de guerreros que estaban muy lejos de pensar que su viaje al Reino de los Cielos había de terminar con la muerte en España!

Sin embargo, esta derrota quedó compensada más tarde en Algeciras, donde quemaron una mezquita situada a orillas del mar.

Atravesaron después el estrecho de Gibraltar, al que llamaron Norvasund, y contemplaron la colosal puerta del Mediterráneo. Vieron que era de una altura extraordinaria; pero no encontraron pruebas de que sostenía la bóveda del cielo. Sus ojos no les mentían.

Una vez que estuvieron en el Mediterráneo podían empezar a buscar las Islas Afortunadas. Opinaban que ya habían navegado bastante en dirección Sur; la Osa Mayor quedaba muy baja, a sus espaldas, en el Norte, Desde aquel momento supusieron que había que navegar en dirección Este. Era el mes de mayo y el calor les parecía suficiente. No querían más calor fueran a donde

fuesen.

Ya habían notado en el mar español que el aire era templado. Cuando salieron de las nieblas del Canal tuvieron el sol todos los días. Los colores de sus ropas y la pintura de los barcos, que en el largo invierno les parecían tan apagados, herían los ojos; casi los veían demasiados buenos. Las rudas tripulaciones no podían aguantar la luz, a pesar de que habían fantaseado tanto acerca de ella.

Las costas eran cada vez más verdes; el viento traía a las naves el perfume de las flores. Desde el mar contemplaban los árboles floridos y a bordo comenzaron las canciones y el murmullo. Era el ganado que llevaban

consigo y que arrastraba una existencia penosa en las estrechas naves; comenzaba a sentirse inquieto y suspiraba por las praderas, que hacían llegar hasta ellos su perfume.

Estando los guerreros en el bosque preparando la comida, encontraron lirios de Pascua y se metieron en las narices flores enrolladas para gozar del verano mientras revolvían con el cazo en las calderas. Cogieron hierba para el ganado que tenían a bordo y estuvieron escuchando a los pájaros.

Los jóvenes recorrían las tierras de la costa, daban caza a los indígenas cuando se les presentaba la ocasión, seguían la pista de la caza y hacían incisiones en la tierna corteza de los

árboles dibujando la figura de Freya. Las abejas que traían consigo estaban vigilantes, zumbando en las colmenas; pero aún era temprano para soltarlas.

En el Mediterráneo encontraron las golondrinas volando hacia el Norte, hecho que despertó su interés, porque sabían que dentro de poco colgarían sus nidos de los aleros de las cabañas, tan amadas ahora que estaban tan lejos, y porque suponían que venían en línea recta de las Islas de los Bienaventurados, que ellos habían ido a buscar.

Las golondrinas venían en enormes bandadas y se posaban en las naves tan dócilmente, que podían cogerlas con la mano. El cansancio que demostraban los

pájaros les daba a entender que las islas estaban lejos todavía.

El calor seguía aumentando, en parte porque el año estaba muy adelantado y también porque navegaban hacia el Sur. Sucesivamente fueron despojándose de las armaduras y cotas de malla y de las pieles de cordero, quedándose únicamente con prendas de lana. Habían entrado en pleno verano y sería una locura llevar encima cota de malla y todo el hierro que les había cubierto en invierno. Las noches no eran claras ni frescas como en sus tierras, sino que tenían una sombría incandescencia, extraña a su ser.

La crónica hace un breve relato de los puntos más importantes que tocaron

en su viaje. De Gibraltar se dirigieron al Sur y al Este y cayeron sobre la costa africana, en el actual Marruecos, donde mataron y saquearon a placer.

Los indígenas, a quienes los normandos llamaron hombres azules, combatían a caballo con lanzas y cimitarras; a distancia enseñaban los dientes de tal manera, que uno podía asustarse de ellos; pero cuando se llegaba a las manos duraban poco. Los normandos combatieron aquí a gusto, mataron cuantos moros quisieron y cogieron cuanto había de valor.

Los moros tenían a sus mujeres encerradas en jaulas, en las que entraron los normandos y se proporcionaron alojamiento, al principio con gran

inquietud de las tostadas doncellas que gritaban asustadas creyendo llegada su última hora; pero pronto volvieron a sus cojines cuando comprendieron que sus nuevos señores no tenían intenciones asesinas.

En esta especie de palomares aprendieron los normandos algunas palabras marroquíes, las más hermosas del idioma. Las tostadas mujeres les enseñaron a comer dátiles, y a algunos de los jóvenes guerreros les gustó tanto esta fruta ovalada que estuvieron a punto de renunciar a Escandinavia, Inglaterra y Francia, así como al Reino Celestial y quedaron allí, en dulce esclavitud, hasta el fin de sus días.

Pero volvió a imponerse en ellos el

anhelo del aire libre y de la guerra.

Solamente una semana duró su campaña por Marruecos. Ya se habían divertido bastante y se fueron tan de improviso como habían venido.

Y se dirigieron a España otra vez, recorriendo toda la costa oriental, donde derrotaron a los moros — región de Padmir — y conquistaron e incendiaron Orihuela.

De la Península Ibérica pusieron proa a las Islas Baleares, cuya población recibió a los normandos como si fuesen parientes próximos. En una de estas islas les salieron al encuentro jóvenes doncellas con ramas de almendro en la mano y completamente desnudas, con el fin de evitar así la

muerte de los suyos, cosa que consiguieron. La mayor de las jóvenes se acercó confiada al que creyó más fuerte y mejor vestido de los piratas — a Bjorn Jernside — y puso su tierna mano en la gigantesca mano del guerrero, que en seguida se la estrechó.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó en su idioma bárbaro, que ella no entendió.

—Formentera— le contestó.

Y Formentera se le quedó.

Las Baleares fueron sometidas a un saqueo total. Toda la comida y bebida se consumió en banquetes públicos; pero no hubo matanzas. Eran las islas más deliciosas que llevaban visitadas, y con harta pena las abandonaron. Su estancia

en ellas quedaba grabada para siempre en su recuerdo como un paraíso de árboles frutales y de brazos de doncellas. Pero ya se darían una vuelta otra vez.

Salieron de las Baleares rumbo al Norte para refrescarse y se metieron en la costa sur de Francia, remontando los cursos de los ríos, quemando monasterios y matando monjes.

Encontraron gratas estas regiones del sur de Francia y se quedaron allí varios meses, sintiendo ganas de establecerse en ellas definitivamente. Partiendo de su base de operaciones, situada en la desembocadura del Ródano, saquearon Nimes y Arlés y quemaron Valence. Aquí recogieron gran

cantidad de botín, y los jefes viejos, con el rey Haastein al frente, sentían deseos de quedarse y conquistar el país.

Eran tierras ricas que ofrecían una espléndida realidad frente a la insegura porción del Reino Celestial. Sin embargo, eran muy pocos para conquistar tan extensas provincias; por otra parte no siempre habían salido victoriosos, pues sufrieron graves pérdidas a manos de los francos, que sabían combatir muy bien. Pero ¿qué les impedía ir al Norte a buscar más gente?

Los jóvenes prefirieron seguir adelante. Todavía no habían recibido lo que se les había prometido y no se dejaron deslumbrar por la abundancia de bienes que les brindaba el sur de

Francia, y todo terminó levando anclas y navegando hacia el Este siguiendo su misión.

Y tropezaron con la hermosa Italia, país que hasta entonces se había interpuesto entre ellos y sus sueños.

LA DESTRUCCIÓN DEL REINO CELESTIAL

ITALIA, país donde desembarcaron los hijos de Lodbrog, ya había visto antes — una oleada tras otra—pueblos de su misma sangre, hérulos y godos, que el cuerno de la abundancia de Escandinavia había vaciado hacia el Sur.

Un milenio antes de los hijos de Lodbrog, sus hermanos de raza, los cimbrios, habían dejado en Italia sus huesos en tal cantidad que desde entonces los campesinos cercaban sus viñas con los huesos de los hombres que

habían caído allí. Precisamente el sueño de aquellos muertos había sido ver su frente ceñida de ramas y racimos, y alrededor de sus pechos vacíos se entrelazaban los sarmientos y coronaban los cráneos del hombre del Norte.

Pero la nueva ola de invasores nada sabía de aquellos que les habían precedido. Sus antepasados no dejaron ninguna leyenda tras sí: salieron, y no volvieron. Los hijos de Lodbrog siguieron exactamente la misma llamada que los impetuosos antecesores, pero en una ignorancia verdaderamente genial.

Lo primero que vieron de Italia fueron preciosas montañas con muchos colores y ríos, salpicadas de manchas blancas que parecían glaciares, pero

eran mármol. Un río arcilloso que desembocaba entre dunas bajas cubiertas de pinos y enebros y teñía de color de barro las aguas del mar en el espacio de una milla, indicó el camino a los vikingos. Feraz tenía que ser la tierra por donde pasaba el río. Y se decidieron a remontar su curso. Y aquí surgió inesperadamente su destino, que les esperaba en forma de una equivocación. Creyeron que el río era el Tíber; por consiguiente, la primera ciudad a la que llegasen no podía ser otra que Roma, la capital del mundo. ¡Oh! ¡Tomar Roma era una hazaña!

¡Vaya si lo era! Roma era precisamente la entrada al Reino Celestial, según se decía. El blanco

vicario de Cristo, a quien llamaban Papa, tenía la llave de él. Y había que hacérsela entregar. ¡Roma tenía que ser tomada!

El pueblo al que habían llegado era *Luna*, un tiempo preciosa ciudad, hecha casi exclusivamente de mármol de Carrara, que hizo creer a los bárbaros, ante aquella magnificencia nunca por ellos vista, que era Roma.

Toda la ciudad estaba rodeada de murallas y sólidas torres, detrás de las cuales destacaban en el limpio cielo azul bellos edificios con gabletes y columnas que parecían hechas de nieve recién caída. Los vikingos distinguieron preciosas imágenes de dioses, de un aspecto tan vivo, que parecían hombres

petrificados en una paz eterna.

Algunas eran diosas cuya inmortal y blanca desnudez resaltaba en el intenso cielo italiano, tan azul que parecía un tejido real, una bóveda de piedras preciosas. Los normandos no pudieron menos de sentirse asombrados de la semejanza que tenían con las pequeñas imágenes del libro que les había hecho salir de Inglaterra. Si no eran las doncellas celestiales, por lo menos su mundo tenía que estar cerca.

Y sobre los muros almenados, acariciada por el sol, se erguía la ciudad como una maravillosa montaña blanca hecha por la mano del hombre con arte exquisito y con mil finos detalles.

De la ciudad salían voces; la

ciudad hablaba con mil lenguas sonoras. Eran las campanas de sus templos. A veces sonaban todas a un tiempo, estremeciendo el aire con su potente polifonía de bronce, una oleada de sonidos tras otra. Por las mañanas saludaba la ciudad al sol con sus lenguas de metal; por la tarde tañían las campanas dulcemente mientras el sol se hundía en el horizonte.

Ya cuando los normandos remontaban el río, antes de ver la ciudad, oyeron la voz de las campanas, y creyeron que la tierra que tenían a la vista hablaba y los recibía con un canto de bienvenida. Sonaba como si hubiese arpas escondidas en un lugar cercano; y la tripulación de las naves dirigió la

vista a las márgenes del río por si descubría alguna sirena oculta entre los juncos, lanzando al viento su canto fascinador.

Pero no. Pronto descubrieron que el canto venía de la hermosa ciudad. El sonido de las campanas iba a una con el sol y con la bella tierra. Por todas partes florecía la Naturaleza; bosques de pinos de copas verde oscuro se bañaban en un aire perfumado, dulce y cálido, que se estremecía al son de las campanas.

La emoción hizo vivir todas las cuerdas del alma de los marineros normandos sentían ten su pecho la alegría del prisionero que ve próxima la libertad. Los escalofríos les ponían los pelos de punta. Escuchaban,

escuchaban... ¿Sería esta la Tierra de la Juventud? ¿Habrían llegado al fin de su viaje?

El rey Haastein no lo dudó un momento. La ciudad tenía que ser Roma. Por fin habían llegado. Por él podía seguir adelante quien quisiera, hasta el fin del mundo, si le parecía. Pero ésta era la tierra tan soñada por él; en ella estaba su destino. De una ojeada vió que todas las historias acerca del Reino Celestial encajaban allí. Toda la ciencia que había procedía, naturalmente, de Roma. Esto era claro como la luz del sol. Aquí estaba todo lo que buscaban. Ahora solamente faltaba entrar en la ciudad.

Su plan de tomar la ciudad por

sorpresa se vino a tierra. Las puertas estaban sólidamente cerradas y las fortalezas tan infranqueables, que hubo que desecharse por absurda la idea de conquistar la ciudad por la fuerza.

Pero la fecunda cabeza del rey Haastein concibió y maduró en seguida un plan y sin dilación lo puso en obra.

Lo que sigue es tan conocido que no hay más que atenerse al relato histórico que nos dejó el erudito Dudo, cuya crónica, escrita un siglo después de los acontecimientos, nos da un retrato de la feroz naturaleza normanda, personificada en el rey Haastein, en hexámetros latinos:

*Pagano y feroz como
pocos; rudo sin par y cruel.*

*Dañino y espantoso,
salvaje y terrible e infame.*

*Dañino, sinvergüenza,
violento y sin ley.*

*Asesino, bruto y astuto;
agitador en todas partes.*

*Primero en la maldad;
traidor, engañador,
hipócrita.*

*Impío, cuello de lobo,
pérfido, insolente.*

*Fruto de patíbulo,
blasfemo, indomable.*

*Cumbre del mal y del
daño, y fomentador de toda
astucia.*

Dudo describe cómo el Rey del Mar, en su sano juicio, envió mensajeros a las autoridades de la ciudad y al obispo, a quien tomó por el Papa, diciéndoles que ellos eran unos marinos que habían tenido el viento en contra y no tuvieron más recurso que desembarcar allí. Ellos les pedían solamente firmar una paz con la ciudad mientras compraban víveres. Dijeron también que su jefe estaba enfermo, sufriendo terribles dolores y que deseaba recibir el bautismo.

A las autoridades de Luna les parecieron bien estas palabras y se firmó la paz, y al mismo tiempo se estableció una corriente comercial entre

los normandos y los habitantes de Luna; pero sin que los primeros tuviesen acceso a la ciudad.

Haastein fué bautizado. A este respecto dice Dudo: “El obispo de Luna mandó preparar el baño, consagró agua y mandó encender las velas. El engañador Haastein entró en el baño y recibió el bautismo para su perdición eterna. Después fué sacado del baño con todo honor por el obispo y las autoridades, y en un estado de fingida debilidad fué llevado a su nave.”

Haastein no consideró su hazaña ni como impía ni como ligada a serios deberes. Para él, como para los habitantes del Norte, la fe era un asunto mucho más práctico que las simbólicas

ceremonias que llevaba aparejadas. La fe, prescindiendo del bautismo, significaba en realidad para los nórdicos que debían entrar en una situación de dependencia personal, tomar la vida como un feudo de poderes completamente nuevos y apenas conocidos por ellos. No dudaban en absoluto del Cristo blanco, el cual, a juzgar por todo, era un jefe poderoso. Ya habían abandonado a sus dioses; eran demasiado viejos y no daban señales de vida. No es que tampoco ignorasen las cosas. Por lo menos Haastein, que había asistido a la conquista de París, estaba informado sobre el cristianismo. No. Pero había algo que se llamaba los diezmos, el tributo para el nuevo Dios,

que no encontraba su solución ni en el agua ni en la fe. Además, los cristianos querían prohibir a los normandos comer carne de caballo, ¡la sagrada comida de sus antepasados! En recompensa les prometían parte en el cordero —muy bueno; nada tenían que oponer—. Pero no; no había poder, terreno ni sobrenatural, que les hiciese renunciar a la carne de caballo. Cada uno tenía sus gustos; las personas eran distintas; pero respecto a la carne de caballo, todos los normandos coincidían. Por lo demás, nada había que oponer contra el bautismo, ni siquiera en invierno.

Algo así había estado pensando Haastein cuando estaba en la fuente bautismal y el obispo, tocado de mitra,

le enseñaba a juntar las manos. Los deberes ligados al bautismo no entraron en él. Otra cosa sería si el baño le hiciese inmortal, como cuando uno se zambullía en el Río de la Juventud; entonces sí que valdrían la pena la fe y los diezmos. De la carne de caballo se podría hablar. Pero el bautismo no confería ese don; había que considerarlo como un acto simbólico, pues los cristianos eran tan mortales después como antes.

Y sigue diciendo Dudo: “Haastein se reunió en consejo con sus hermanos de robo, acordando comunicar al día siguiente al obispo y a las autoridades que él había sucumbido a su enfermedad y que les rogaba que les permitiesen

enterrar sus restos en la ciudad, en tierra sagrada. En agradecimiento por tal favor, les entregaría todas sus armas y cosas de valor.” Ante estas hipócritas palabras, y vencidos por la fuerza de los dones, prometieron dar al muerto una sepultura cristiana.

Haastein se hizo meter en una caja, que fué llevada por los hijos de Lodbrog, mientras que sus mejores guerreros seguían el féretro. Delante del ataúd iban las magníficas armas, los anillos y las joyas del jefe normando fallecido, y en medio del clamor general de los que se quedaron en el campamento, entró en la ciudad el fúnebre cortejo.

No se omitió detalle para hacer un

gran entierro. Las campanas doblaban a muerto sin cesar, como si toda la ciudad, muros y casas, prorrumpieran en un rugido doloroso; lloraba el cielo, gemía el viento. Los normandos se sentían muy impresionados dentro de aquella atmósfera tonante.

Muchos de ellos vieron por primera vez el interior de una ciudad, y pese a la seriedad que las circunstancias exigían, no ocultaron su gran admiración. Jamás habían visto cosa igual; las casas construidas formando bloques, separadas por calles, la gente viviendo en pisos unos encima de otros, las calles pavimentadas en toda su extensión; por doquier tropezaban los ojos con pruebas concretas de muebles y

tesoros de todas clases; había hermosas tiendas llenas de mercancías; telas y objetos preciosos hermoseaban la fachada de las casas.

Y todos los eclesiásticos se incorporaron al cortejo, así como todos los nobles de la ciudad, amén de una gran multitud de curiosos, entre los cuales se encontraban preciosas mujeres. Los niños de coro, vestidos con sotanas blancas con una cruz en la espalda, iban delante con cirios encendidos. Y la fúnebre comitiva entró en la iglesia donde iba a recibir sepultura el jefe normando.

El obispo se dirigió al altar y comenzó la misa de difuntos. Durante el santo sacrificio, los normandos tuvieron

que realizar grandes esfuerzos para dominar ciertos impulsos que nada tenían que ver con lo que se hacía en el sagrado recinto.

Todo era nuevo para ellos: el canto coral que salía de las argentinas gargantas de los niños; la sonora fascinación del órgano casi les hizo doblar las rodillas, las multicolores vidrieras, el humo del incienso y de los cirios, el mismo ámbito de la iglesia con sus bóvedas y columnas, las sagradas imágenes; todo esto les sobrecogió con tal fuerza que los rudos normandos ora palidecían, ora les asomaba la sangre a la piel. ¡Qué clase de elemento era el órgano, ese aparato que lanzaba sobre sus cabezas una tempestad de sonidos!

¿No serían acaso el mar y los vientos venidos de las cuatro esquinas del cielo para susurrar, gemir y adquirir la violencia del huracán y después apagarse dulcemente en la bonanza? Se les pusieron los pelos de punta; un frío helado les picoteaba todo el cuerpo; en sus ojos había una visión de pánico, ¿Qué era aquello? ¿Hablaban allí las estrellas y la noche, las voces transfiguradas y anhelantes del muerto? ¿Estaban juntos el fin del mundo y el día del Juicio?

Y el incienso que veían salir en pequeñas nubes del incensario, agitado de un lado a otro por los clérigos, ¿qué era? ¿El bosque, la dulce resina, cuando el sol cuece, flores y abejas, el íntimo

secreto del día de verano, el sol mismo, el aire del jardín del Paraíso?

¿Qué sortilegio había en la música y en el incienso y en las vidrieras de color? ¿Acaso reinos lejanos, el último mar, la Playa de la Inmortalidad? ¿Habían llegado al Reino de los Cielos? ¿Habían, por fin, alcanzado la meta?

Una emoción profunda se apoderó de los rudos marinos. Algunos tenían las mejillas blancas; otros estaban fríos; pero mantenían una mirada valiente: si era una cuestión de vida o muerte, se les cogería preparados para cualquiera de los dos casos. A algunos les temblaban los labios, y había otros que miraban a su alrededor en una especie de delirio, como si buscasen en el recinto puntos de

apoyo para las ideas que les conmovían el alma.

De pronto pareció como si el ataúd donde dormía el jefe normando se moviese sobre su catafalco; sonó un fino ruido de acero, como si dentro de él hubiese una gran avispa, y justamente cuando sonaba el órgano, salta a un lado la tapa, y Haastein, de un salto, se puso en pie. Haastein vivo y sudoroso, empuñando una larga y reluciente espada normanda. En un abrir y cerrar de ojos puso sus pies en el suelo y lanzó un grito de guerra, y antes que nadie volviese de su estupor le abrió la cabeza al obispo mientras tenía el libro en la mano y asesinó a las autoridades de la ciudad. Entonces todos sus guerreros

dieron el grito de guerra, cayó la máscara, se cerraron las puertas de la iglesia y el espantoso dios pagano de la guerra tiñó de sangre el altar.

Después se lanzaron los vikingos por las calles y abrieron las puertas al resto de los guerreros que esperaban fuera. Éstos entraron como un ciclón en la ciudad y se generalizó la lucha. Todo el que ofrecía resistencia era pasado a cuchillo; el resto de los habitantes fué llevado prisionero a las naves.

La lucha ten Luna no fué en modo alguno una inhumanidad. Las fuerzas armadas de la ciudad eran varias veces superiores en potencia a los normandos y tuvieron ocasión sobrada para defenderse. Pero los normandos

compensaron su inferioridad numérica con su inusitada rapidez en el ataque y con el terror, que paralizaba toda reflexión, de que sabían rodearse.

En las distintas alturas que rodeaban la ciudad, cerca y lejos, habían colocado guerreros que tocaban la lura sin cesar y moviéndose lentamente hacia los cuatro puntos cardinales, dando de este modo la impresión de que de todas partes venían sobre la ciudad una enorme masa de combatientes. De suyo las luras tenían un sonido subterráneo a veces y otras sonaban con un clamor agudo que parecía llegar al cielo; eran las trompetas del Juicio Final para los infelices atacados, y encendían el alma

de los guerreros nórdicos, acostumbrados a vencer o morir bajo la señal de ataque de la lura.

La lucha se les subió a la cabeza a los normandos como una embriaguez salvaje y sobrehumana, bajo la cual se sentían más ligeros que el aire y dueños de las cualidades más finas y destructoras de las fieras: la fuerza del oso, la resistencia del lobo, la mirada del águila; en el ataque tenían el ímpetu espantoso del jabalí. Arremetieron contra la ciudad profiriendo toda clase de aullidos animales, capaces de enloquecer a los defensores: pero no avanzaron en masa, sino en pequeños grupos dispersos, con el fin de desorientar al enemigo acerca del grupo

de atacantes. Cada guerrero estaba en diez sitios a la vez y, sin embargo, no había manera de lanzarse sobre él; casi era invisible. La ancha espada vikinga y el hacha de mango largo y delgado hacían su trabajo con la rapidez del relámpago. Los defensores creyeron ver centenares de enemigos donde solamente había una docena de guerreros presa del delirio bélico. Los normandos ejercieron sobre los enemigos una acción fascinadora, y la lucha estaba decidida a su favor ya antes de haber empezado.

Esta ventaja era el resultado de su desprecio de la muerte, que les hacía dueños de sí mismos, pues la vida aún no les había enseñado a dudar.

Cuando terminó la resistencia, empezó la locura del saqueo y de la destrucción. Los hijos de Muspel se pusieron a trabajar prendiendo fuego a la ciudad. Con rapidez extraordinaria corrían de casa en casa con la tea destructora, y en pocos minutos ardía la ciudad por cien puntos distintos. Casas, edificios magníficos, iglesias y conventos eran presa de las llamas. Las campanas lanzaron un último tañido doloroso al tiempo que se derrumbaban las torres y las flechas.

El fuego, renovador antiguo y siempre joven, devoró con furia la ciudad. Las casas se venían al suelo con estrépito mientras que la llama trataba de ganar el cielo, y nubes de humo

sofocante ascendían sombrías por el espacio azul.

Y finalmente, cuando se extinguió la última llama, se ofreció a los ojos la desolación más espantosa en forma de tristes ruinas humeantes.

Gloriabatur Alstignus cum suis ratus se cepisse Román, caput mundi — dice Dudo—. Haastein creía haber conquistado Roma, capital del mundo, y se gloriaba de ello con sus amigos. Pero al descubrir su error, le entró tal rabia que devastó las tierras que rodeaban Luna y se llevó prisioneros a sus habitantes.

Y no es de extrañar que se sintiese amargamente decepcionado, pues

perdían más que Roma: perdían todo un mundo.

En vano trataron de mantener sus sueños en el ardor de la destrucción. ¡Ay, las hijas del Reino Celestial! Buscándolas estuvieron hasta el último momento por las casas incendiadas sin encontrar a ninguna. En los conventos encontraron monjas, que eran también una especie de doncellas celestiales; pero no tenían alas: eran ángeles desplumados. ¡Y no encontraron más!

Por fortuna había cosas de valor con que consolarse. El botín fué inmenso. Sin embargo, tampoco se vieron los habitantes de Luna libres de la ingratitud. No todo era bueno. Los incensarios, que los normandos creían

por lo menos bañados en plata, era de latón.

Cuando los normandos, realizada su hazaña, se retiraron, anduvo la gente buscando entre las ruinas de la ciudad. Algunos se dedicaron a buscar los restos del obispo que había sufrido martirio mientras ejercía su sagrado ministerio. El Papa lo había canonizado inmediatamente, y, por consiguiente, era muy importante asegurar a la cristiandad una reliquia del santo.

En el lugar donde sufrió el martirio se encontró un fémur carbonizado, que fué consagrado en una solemne función religiosa. Se construyó un precioso relicario en forma de un corazón atravesado por una espada y adornado

por los fieles con rubíes y piedras preciosas. Durante siglos recibió la veneración y las súplicas de los fieles. Más tarde, por un breve pontificio, fué trasladado a la catedral de Turín, e incluso de muchos puntos del extranjero acudían a Turín muchos desgraciados enfermos de las piernas a implorar ante la sagrada reliquia remedio para su desgracia, y apenas la tocaban, tiraban sus muletas y quedaban libres del mal.

LA OSA MAYOR

DESPUÉS de la conquista de Luna regresaron al mar los hijos de Lodbrog, sin que en modo alguno les faltase el ánimo por haberles fallado la esperanza esta vez. Ahora sabían por experiencia que había un lugar menos donde no buscar las Islas Afortunadas, que no consideraban perdidas. Por los informes que recientemente habían recogido, llegaron a la certeza de que había que buscarlas en otro punto del mar del mundo, más allá del estrecho de Gibraltar, en dirección Suroeste.

Sin embargo, no podía negarse que, en general, las ansias de los jóvenes

vikingos se habían modificado, que sus anhelos se habían apagado un poco. La estancia en el Sur había dejado su huella en ellos. Incluso el calor tanto tiempo suspirado les fué resultando poco a poco como una carga. A esto había que añadir cierta carencia interior de deseo impaciente, tan lejos ya de aquel insaciable apetito, que en otro tiempo los había empujado fuera de sus países. Sin darse cuenta, habían llegado a la cumbre de sus sueños, y ahora estaban de vuelta. Seguía en pie la esperanza, pero le habían sacado el contenido.

La carencia de entusiasmo se mostró en una incipiente falta de principios dentro del ejército. En vez de seguir la ruta de sus sueños hacia la

meta cuyo anhelo les había unido a todos como un solo hombre dándoles un espíritu de conquista, hizo su aparición el egoísmo. Cada hombre trataba de buscar su reino celestial. Estaba a punto de decaer el espíritu en las naves. Parte de la gente vivía en plena orgía, que era el camino más corto para el Reino Celestial; la mayor parte se indisciplinaron; surgieron conflictos y luchas a causa del botín, especialmente por el reparto de las prisioneras. Ya no era suficiente la parte que a cada uno le tocaba en suerte; ellos mismos se la querían coger por su propia mano. No había un marinero raso que no se creyese por encima de las leyes marítimas y se tuviese poco menos que

por un príncipe. Todo esto trajo como consecuencia un debilitamiento del ejército, que ya no era capaz de hacer frente al enemigo.

Estaba a punto de perderse aquel espíritu excelente que los guerreros tenían antes. Algunos estaban consumidos por los excesos, y otros tenían una gordura fofa. En vez de las bastas ropas nórdicas, que no tenían más fin que proteger el cuerpo contra el frío, se recargaron de sedas y púrpura y se perfumaron con mirra y almizcle como los orientales. No les faltaba el desprecio de la muerte, pero sí el espíritu de victoria. Cada vez morían más en los encuentros, no porque tal fuese su destino, sino porque había

muerto en ellos la inmortalidad en su sentido más sencillo.

Y llegó el día del gran naufragio, ocurrido frente a Gibraltar. La furia del mar se llevó más de la mitad de la flota, con una enorme pérdida de vidas y bienes. Iban en busca de las Islas Afortunadas; pero los que sobrevivieron a la desgracia no volvieron a pensar en ellas, sino en la patria lejana.

Junto con las vidas humanas — guerreros y prisioneros que en vano lucharon con las olas y extendieron sus brazos en demanda de auxilio — se llevó el mar animales y cosas que los vikingos habían cogido a lo largo de una campaña de meses en constante lucha con el mar y con los hombres. Junto con los hermosos

caballos árabes desaparecieron riquezas insustituibles. Ropas del Sur, objetos de adorno de finísimo trabajo, bellas armas españolas, incensarios, ornamentos sagrados — albas y casullas — con cruces de puro brocado de oro, misales con piedras preciosas, marroquinería y artículos de Mauritania, frenos y estribos con incrustaciones de oro, tesoros conventuales del sur de Francia, crucifijos, candelabros, custodias, imágenes fundidas y talladas, relicarios, cálices de oro y plata, y dinero a cubos. Para muchos dejó de brillar la luz del día al pensar en la riqueza que se había ido al fondo del mar.

Pero los más afectados fueron los hijos de Muspel, pues todo su afán era

acumular, acumular más que nadie en la flota. Al principio de la campaña, cuando todavía no sabían lo que era bueno, se dedicaron a recoger hierro, y las naves se cargaron de clavos, de trozos de ancla y de cuantos objetos de hierro pudieron encontrar. Pero luego descubrieron que la plata era mejor, y tiraron todo el hierro a las olas y cargaron plata exclusivamente, en tal cantidad que se podía notar en las naves. Pero, naturalmente, también llegaron al conocimiento de que el oro era más precioso, así como los vestidos y los prisioneros; y de esta manera, poco a poco, llegaron a ser los más ricos de todos. Pero ¡con qué dolor tuvieron que tirar al mar con sus propias manos las

riquezas tan paciente y heroicamente conquistadas, dándose por contentos con haber salvado la vida! Sin nada habían comenzado el viaje, y con las manos vacías regresaban después de que todas las riquezas del mundo habían pasado por ellas.

El inexorable mar se llevó las naves más cargadas, excepto la de Haastein, que era la más cargada de todas. ¿Tiró acaso Haastein parte de su botín, ofrecería quizá algún obsequio a algún poder conocido o desconocido del cielo o del abismo para salvarse de la tormenta? De ninguna manera. Pero cuando se vió más apurado y la salvación parecía imposible, se acordó de los gustos de los países

mediterráneos y echó al mar un barril de cerveza. ¡En seguida se aplacó el mar alrededor de la nave! ¡A los dioses del mar les gustaba la cerveza! De este modo se arregló Haastein con el mar y sacó de la tempestad su nave que estaba a punto de hundirse.

Pero el temporal fué un baño de purificación de los normandos. La prueba del mar que al principio los había escogido y que ahora los seleccionaba. Solamente los que le resistieron volvieron a ver el Norte. Los demás se quedaron allí con él.

Y sobrevivieron los jóvenes que salieron del estrecho de Gibraltar tan sanos como habían entrado. Eran los que aún podían aguantar muchos días de

guardia por la noche, y estar empapados de agua helada noche y día en una nave abierta con temporales y corrientes, sin perder la cabeza, aunque no comiesen más que carne salada apestosa, y estar esperanzados cuando toda esperanza estaba perdida, los que estaban llenos de vida interior mientras el agua no les pasaba más arriba del cuello, y la echaban de sí con una maldición si les llegaba a la boca. Solamente estos hombres de voluntad inquebrantable escaparon del naufragio.

Y entonces, presa de un súbito anhelo del Norte, volvieron la mirada a la Osa Mayor. Durante mucho tiempo había estado oculto en su espíritu la nostalgia de la patria, quizá desde el

momento en que emprendieron el viaje; ahora volvía a asomar a sus corazones.

La Osa Mayor giraba en su órbita cautiva por el cielo nórdico, unas veces en su parte más baja y otras triunfante, como para expresar su ser; sus estrellas brillaban unas lejos de otras y aisladamente, pero homogéneas como una nidada de hermanas en el cielo. Los hombres del Norte se sentían como niños que se habían quedado fuera cuando la Osa Mayor brillaba sobre sus cabezas, tan cerca y, sin embargo, ¡en aguas extrañas! Habían visto la Osa Mayor por primera vez cuando todavía estaban en el regazo de sus madres, antes de saber lo que era; luego les contaron que era la Osa Mayor y que iba

por el cielo, y ellos entonces habían podido ver claramente cómo iba por el espacio con sus zarpas de rocío, siempre aérea y sola, siempre muda y siempre la misma.

Y entonces conocieron un anhelo que jamás habían conocido en su país: el anhelo del milagro invernal en la naturaleza nórdica. Soñaban en ir de nuevo sobre la ruda nieve y oírla resonar como hierro bajo sus pies. Tenían necesidad de los infinitos y deslumbradores espacios nevados, de las noches blancas con estrellas sobre la cabeza y un tapiz de estrellas de nieve recién caídas y crepitando bajo los pies. ¡Noches de fantasmas, con luna llena y mundos fantasmales de nieve infinita: el

aullido agudo del zorro en el aire sonoro y la suave caída de la nieve de un árbol del bosque!

¡Los sanos y emocionantes días al aire libre, cuando el sol rompía la escarcha y brillaba como un frío fuego blanco desde su órbita! ¡La caza del lobo en el campo, con perros y garrotes! Viajes de millas por los estrechos helados, con un par de huesos de animales atados en la planta de los pies y un bastón herrado en cada mano. ¡La captura de anguilas, lejos de las habitaciones humanas, sin más compañía que el resonante hielo desde la mañana hasta que las centelleantes estrellas de la Osa Mayor salían de la oscuridad y el piso de hielo comenzaba a mugir, en

toda su extensión, hacia la luna y al creciente frío?

¡Las grandes tempestades de nieve, que mantenían a personas y animales bajo techo, igual que en un sepulcro vivo, durante tres o cuatro días, hasta que todo el mundo parecía muerto; una lóbreguez en la que solamente los poderosos ejércitos de nieve de los cuatro puntos cardinales se encontraban y luchaban entre sí! Y cuando los poderes heladores se habían agotado en la lucha y el hombre salía entonces a la luz, yacía la tierra sepultada bajo montañas de nieve. De las viviendas quedaba apenas una huella: el humo que salía de un agujero oscuro en la nieve bordeado de largos carámbanos de

hielo, como una boca abierta llena de dientes. Los moradores se desenterraban unos a otros; el ganado estaba en los establos como en agujeros subterráneos y miraba a su alrededor con claros ojos místicos. ¡Oh!...

Todo esto que los habitantes del Norte no creían posible que nadie lo echase de menos, todo esto lo echaban de menos ellos entonces. En lo más íntimo de su ser suspiraban por volver a su tierra. Los llamaba la Osa Mayor. Y los llamaba la sangre, la infancia. En el Norte había algo que tenían que ver.

Ya cuando se encontraban en Mauritania y derrotaban a los moros habían sentido el deseo, la nostalgia de la patria. La crónica ha conservado una

observación que uno de los hijos de Lodbrog hizo a uno de sus hermanos inmediatamente antes de entrar en combate.

“¡Hermano — dijo—, cometemos una enorme tontería y una locura muy grande yendo de un país a otro por todo el mundo y matarnos en vez de defender nuestra patria y obedecer a nuestro padre! Ahora está solo y vive fuera de su patria, en un país que no es el suyo. El hijo que le dejamos fué asesinado en combate, según me acaban de revelar, y otro murió en combate. ¡Y ahora me pregunto si nuestro padre habrá resistido ese golpe!”

La crónica añade que sucedió tal como el hijo presentía: el rey Lodbrog

había muerto. Cayó ante el rey Aelde cuando sus hijos volvían de su viaje a la Tierra de la Juventud. El regreso a la patria en sentido íntimo se les había negado.

Día y noche navegaron los normandos, con viento contrario y con viento favorable, a vela y a remo, para llegar a su tierra.

Por las noches oían las aves emigrantes, distinguían el grito del avefría en su vuelo hacia las estrellas y sentían un ansia loca, de llegar a las orillas nórdicas. La Osa Mayor brillaba sobre su meta allá en el Septentrión, mientras que en el Sur estaba el mundo apagado, ya no vivía en sus pensamientos. Las palmeras y todo el

eterno verdor, las higueras, los elefantes y las mujeres oliendo a almizcle, todo quedaba ahora bajo el horizonte, detrás de ellos, como una cosa que podían recordar y que era una realidad: pero nada más.

Ahora lo maravilloso para ellos era el Norte, todas las pequeñas cosas conocidas, de las que se habían alejado tanto que temían haberlas perdido para siempre.

¿Cómo estarían en Suecia? ¿Podrían llegar todavía a su tierra y hacer una cuchara de abedul en primavera, cuando la corteza se separa completamente de la madera empapada, y comer sopa de cebada de la olla común con los viejos? ¿Viviría todavía

la hermana y mezclaría su rubio pelo con la espalda de la cabra mientras la ordeñaba? ¿Andarían las vacas con su cencerro de madera al cuello por los matorrales de enebros olfateando la hierba bajo la escarcha? ¿Saldría humo de los sitios desnudos y deshelados de los tejados de las casas al sol del mediodía? ¡Ah! ¿Estarían aún las mujeres de Northumberland en el cabo donde, el día que emprendieron el viaje, las dejaron tristes y apenadas bajo un cielo brumoso? Las alondras de Inglaterra, el verde césped sobre los acantilados ingleses, con el mar espumeante allá abajo y las alondras meciéndose en límite aéreo entre la tierra y el mar, ¿estaría esto así todavía?

Ellos no se habían fijado en las alondras; no habían podido detenerse. ¿Volverían a ver la primavera inglesa, a la que habían sido infieles?

¡Noruega! — decían los remos cuando hendían las aguas acompasadamente en las noches infinitas —. ¡Noruega!

De día los hombres estaban sentados, en silencio, a solas con su espíritu, que con fuerza creciente anhelaba ver este o aquel lugar, una costa o una isla, un pequeño caserío, un paraje solitario y retirado en el bosque, por donde el hombre iba y hacía infinitos vaticinios sobre el tiempo, y la mujer vieja, con el rostro hacia tierra, molía el trigo delante de la puerta. ¡Los

insondables bosques nórdicos, abiertos por todas partes y, sin embargo, cerrados con el cerrojo de la aventura! ¡El mugido brujo del hielo en medio del invierno en las largas noches negras, que salía de los lagos, y el fresco eco del bosque nevado, que se oía a varias millas!

Y el verano, ¡el dulce verano nórdico! ¡El canto del cuco en los valles, el croar amoroso de las ranas en las largas tardes tranquilas! ¡Las noches blancas! Las jóvenes que salían a medianoche con rocío en el pelo y se burlaban de los pobres hombres, reidoras y dispuestas a la lucha cuando estaban en grupo y eran muchas, pero estremeciéndose en silencio tan pronto

como se podía estar a solas con ellas!

Cuando el viaje tocaba a su fin, los vikingos estaban sentados, en un silencio total. Solamente tenían prisa por llegar a su patria.

Los hijos de Lodbrog no encontraron países de oro; pero su viaje les enseñó a contentarse con países de tierra corriente y con las piedras patrias. Se quedaron en el Norte el resto de sus días.

El viaje soñado les agudizó la fe en lo que tenían. La empresa de conquista de Inglaterra prosiguió *con ímpetu* redoblado. Lo que el rey Lodbrog había preparado lo terminaron los hijos. El norte de Inglaterra quedó firmemente en

manos normandas.

Todos los hijos de Lodbrog fueron reyes y asociaron su espíritu nórdico a las grandes obras de Inglaterra y Dinamarca, norte de Alemania, Noruega, Suecia y Rusia. La mayor parte de ellos no gustaron la muerte en la forma corriente: murieron en campaña en la flor de su fortaleza. Sus figuras conservarán siempre la inmortalidad de la juventud nórdica.

Haastein pasó el resto de su vida en una incesante guerra a ambos lados del Canal, entre Francia y el sur de Inglaterra. Después de los viajes de su juventud y de las disipaciones reales, les convenía preparar el terreno para otra futura juventud con un duro trabajo

de muchos años, inseparable del timón y del hacha. Se le nombra como asentado en Normandía una generación más tarde, cuando el ejército normando conquistó finalmente el país y le dió su nombre. Los descendientes de Haastein fueron barones, y más tarde, en otra generación, acompañaron a Inglaterra a Guillermo el *Conquistador* y recibieron ducados en este país.

El rey Haastein recibió el cristianismo en Francia. El paganismo se había acabado en él ya cuando el falso bautismo en Luna. Pero esta vez fué en serio; abrazó la fe y se sometió al diezmo. Tuvo que haberle resultado ventajoso desprenderse de la parte más pequeña de los bienes que aún no eran

suyos, cuando de esta manera se acercó a ellos. Respecto a la carne de caballo, a la larga podía resultarle un alimento insípido cuando excluía a uno de la caza en los bosques franceses y del derecho de propiedad a ella. En el bautismo volvió a juntar las manos. Lástima que el baño sagrado no pudiera quitarle un viejo tatuaje que tenía en el brazo: el martillo de Tor fulminando un haz de rayos terminado en flechas y un gran signo de Freya en el pecho. Por lo demás, nada se cuenta de él que ennegrezca su figura. Murió de muerte natural, y posiblemente convencido de que el Reino Celestial había que buscarlo al otro lado de esta vida, después de la muerte.

Pero el viejo sueño sobre el Reino Celestial no se había extinguido; otros habitantes del Norte lo recibieron siglos más tarde bajo nuevas formas: Cruzadas y descubrimientos de América. Todavía la vieja esperanza nórdica se abriría paso a la realidad a través de los sueños.

LA ENCINA SECULAR

DESPUÉS de una ausencia de cinco años regresó Germundo a Seelandia al mando de una flota de diez naves, cuyas tripulaciones estaban compuestas por sus viejos compañeros de aventura — los que habían escapado con vida de las guerras y de la furia del mar — y por vikingos que se habían solidarizado con su suerte y le llamaban su rey marino.

Y un día de primavera la gran flota negra apareció en el Sund, frente a las costas de Seelandia, llevando al ánimo de sus moradores la intranquilidad. El cuerno de vaca dejó oír su ronca voz preocupada, que se multiplicó de aldea

en aldea. En los claros del bosque se podía ver a la gente conduciendo el ganado a toda prisa hacia el corazón del país. Hogueras encendidas en las alturas pusieron a los moradores en pie de guerra. Germundo comprendió en seguida la situación: allí todo estaba como antes. No le disgustó el recibimiento; precisamente, al regresar a Seelandia, soñaba con hogueras de alarma y con los campesinos preparados para una lucha general. Y mientras en tierra todo eran preparativos bélicos, Germundo permanecía tranquilo en el mar con sus naves.

Germundo había estado con sus hombres en el ejército normando, y con ellos había compartido sus proyectos

futuros en Inglaterra o en Francia. Pero había una razón especial para el regreso de Germundo: encontrar a Gevn.

Un día en el Mediterráneo le sonó de pronto el oído, y cuando, en aquel mismo momento, se imaginaba el bosque de su lejano país, el claro del bosque donde estaba la gran encina, oyó una voz que le llamaba por su nombre, una voz que parecía el eco del bosque, pero clara y muy próxima a su oído: “¡Germundo!”

Era la voz de Gevn. No la volvió a oír, pero desde aquel momento quedó como cambiado; ya no se pudo reír. Sin embargo, no regresó a Seelandia inmediatamente, sino que permaneció aún tres años en el ejército normando a

su regreso del Mediterráneo, pues primero quería crearse una posición. Y entonces le había llegado la hora. Desde su nave podía ver la llanura allá arriba, en el bosque, y fijó su mirada en la encina que se erguía airosa hacia el cielo. ¡Cuánto había anhelado ver este árbol! Horas hubo en que hubiese renunciado a todo sólo por volver al árbol de su infancia.

No es que Germundo pasase por el ejército normando sin dejar rastro; al contrario, su nombre estaba unido a la mayor parte de las más audaces hazañas de las correrías del Mediterráneo. Pero su ansia de patria le había quitado el desprecio de la muerte, volviéndolo más tímido de lo que pedía su naturaleza. Él

había formado parte del cortejo fúnebre de Haastein, y allí se había hecho invisible, se había transformado en un remolino en el que brillaban como centenares de hachas; después, en la lucha callejera, danzaba, enloquecido como un lobo, pasando a cuchillo a diestro y siniestro, sin cuidarse de las heridas que recibía.

Germundo se salvó del naufragio frente a Gibraltar, en el que perdió, como los demás, casi todo su botín; pero conservó la nave. Volvió a enriquecerse en las campañas que hizo con el ejército normando, y si se hubiese quedado en él, hubiese hecho realidad su esperanza de tener un condado en la tierra soñada. Pero entonces Germundo no soñaba más

que con la visita a su país y con la alegría de volver a ver la añosa encina después de aquellos años de ausencia.

Al cabo de dos días de estar frente a la costa, cuando ya toda la población se había asustado con su sola presencia y había desaparecido tierra adentro, desembarcó el rey Germundo.

Vestía una armadura primorosamente trabajada; por la parte superior, le cubría la cabeza, y en la inferior se dividía para formar las piernas. Se la había quitado a un caballero flamenco. Cubría además su cabeza con un casco de acero con incrustaciones de oro, que había cogido de la panoplia de un conde francés. Debajo de la armadura llevaba un

finísimo tejido moro y encima una falda italiana de seda, que en otros tiempos había sido un alba sacerdotal, probablemente perteneciente a un obispo. La espada era española; se llamaba “Sangrienta”. Lucía en el brazo un brazalete de oro que había pertenecido a un noble irlandés. La lanza estaba guarnecida de oro; era una adquisición hecha en las Hébridas.

Así saltó Germundo a tierra. Iba acompañado de un séquito poco numeroso para no causar demasiado miedo; pero armado hasta los dientes.

No encontró resistencia; la tierra estaba desierta; los campesinos se habían metido en los bosques sin caminos. Éste, era el plan de combate

que le presentaban. Ya se harían viejos los enemigos.

Todo estaba como cuando salió. Sin embargo, sus ojos, hechos a contemplar tantas cosas en tierras extrañas, distinguieron en seguida entre la obra del hombre y la Naturaleza. La primera le pareció triste y sórdida; la segunda se le presentó más bella que antes. En sus correrías no había visto nunca un bosque como el que ahora tenía ante sus ojos. Las hayas reales estaban recién florecidas; los campos lucían toda su rica magnificencia de flores y de césped. La visión de las casas era deprimente. Parecían toperas. Dentro había un calor sofocante a pesar de llevar varias horas sin habitantes; el

borde de la cubierta era un estercolero; delante de la puerta se descomponía el cadáver de este o de aquel animal; por todas partes, señales de miseria y ruina en medio de una naturaleza exuberante. La gente daba la impresión de *no* tener olfato ni vista ni ningún otro sentido. Las paredes de las nauseabundas viviendas tenían por dentro una costra de suciedad tan vieja como la edad de un hombre; no había más mobiliario que la olla y el asqueroso nido de pieles. ¡Y allí vivían los señores de la tierra!

En el bosque se encontró con una banda de muchachos como aquella a la que él había pertenecido; pero no conoció a ninguno; eran otra nidada. Ahora ya no comprendía aquello. Le

recordaban muchísimo a aquellos seres que había visto en África con cabezas de perro y andando a cuatro patas. Treparon a, un árbol tan pronto les vieron — exactamente igual que había hecho él en su tiempo—, desapareciendo sin dejar rastro. Solamente después de mucho fijarse en los árboles podía distinguirse un ojo humano entre las ramas, una pierna que parecía una rama y un mechón de pelo. Todo el árbol estaba lleno de niños; pero ni uno solo se movía; no había más que una mirada fuerte, unos ojos que lanzaban rayos. Bajaron a uno, y éste permaneció rígido como un cadáver entre sus manos, manteniendo mucho tiempo esta rigidez después de haberlo

dejado en tierra; pero de pronto se incorporó y se encaramó a otro árbol como una ardilla y no se le volvió a ver. Los niños eran completamente salvajes; no contestaban a las preguntas; incluso parecía que no tenían habla ninguna. Ni siquiera quisieron aceptar los obsequios que les daban. No había otro recurso que dejarlos en el árbol. Sólo cuando los guerreros se habían alejado prudencialmente dieron señales de vida los niños injuriándolos desde su árbol. Gritaban como una bandada de cuervos.

En un agujero, detrás de uno de los caseríos, encontró Germundo algunos esclavos abandonados allí por sus amos. Estaban en el más lastimoso y repugnante estado de degradación

humana Germundo se indignó ante aquel cuadro horrible, y comprendió la miseria de los amos de aquellos seres degradados.

Prosiguió su camino bajo los altos árboles con el corazón triste. Nada le importaba la belleza del paisaje, ni siquiera hubiese puesto en él los ojos si no fuese porque su alma estaba llena de una esperanza que daba vida a todas las cosas. Amaba a Gevn y caminaba con el corazón palpitante y creía verla detrás de cada árbol, pues acababa de llegar al sitio donde solían estar.

Creía verla en cada árbol, erguida en el bosque con su esbelta y susurrante soledad: ¡tantos deseos tenía de encontrarla! Sin embargo, no esperaba

verla hasta llegar a la gran encina que había en lo alto del bosque. Finalmente, cuando se abrió el bosque y vió la encina, sintió que las piernas se le paralizaban.

Paso a paso y con espíritu ausente, se fué acercando a la encina. Allí le pareció que estaba cuando, en el Mediterráneo, oyó la llamada de Gevn. Involuntariamente se detuvo y, lleno de angustia, gritó:

—¡Gevn!

El eco recorrió el bosque, pero ninguna voz respondió. De debajo de la encina salió disparado un ciervo y desapareció en el bosque. Entonces comprendió que Gevn no estaba en el árbol. Pero, ¿cómo había abrigado esa

esperanza después de cinco años de ausencia?

Con el ánimo abatido se llegó al árbol. Estaba como siempre; tanto era así, que le daba la impresión de que nunca se había alejado de él. Las ramas tenían los viejos sitios donde descansaban, pero estaban vacías. La hierba estaba fresca al pie de la encina; era evidente que Gevn ya no vivía allí. Indudablemente, la prohibición que en su tiempo había decretado Germundo — castigo severísimo a todo el que se atreviera a acercarse al árbol—, seguía en vigor. Pero, ¿dónde estaba Gevn?

El aire estival que rodeaba la copa de la encina y el fino olor a bosque, agrídulce y un poco astringente, que se

desprendía de la encina, se le subieron a la cabeza poniéndole casi fuera de sí, pues era Gevn misma, era la dulzura que solía haber en el aire que la rodeaba. El calor que salía del árbol besado por el sol, era exactamente como el que se desprendía de Gevn. El bosque, el cielo y el Sund estaban llenos de Gevn; las abejas que zumbaban en el césped, el dulce aire azul estaba hablando de Gevn. Pero, ¿dónde estaba entonces?

Miró a su alrededor como buscando amparo, se pasó la mano por la frente y comprendió que había subido allí como si fuera un niño. Venía en busca de la infancia y ésta se había ido. A Gevn había que buscarla en otro sitio. Gevn vivía entre personas y en

sociedad.

El cuco se quedó riendo en el bosque, y Germundo oyó tras sí su estridente carcajada. El abatimiento le acompañó en su regreso a las naves.

Germundo permaneció con la flota en el Sund semana tras semana. A pesar de todas sus averiguaciones no pudo encontrar a Gevn. Nadie sabía su paradero ni Germundo le conocía a ningún pariente que le pudiese informar. En ninguna parte obtuvo la más leve pista acerca de ella. Sin embargo, estaba convencido de que tenía que estar en la región.

Poco a poco se fué imponiendo una especie de paz armada entre Germundo y los habitantes del interior del país; y

cuando éstos vieron que él no pretendía matarlos, volvieron a sus hogares y a su vida normal. Germundo, por su parte, obtuvo autorización para ir libremente por el país.

Por otra parte, nunca se había oído hablar de la ferocidad de Germundo. Frecuentemente ocurría que una de las hijas de los señores de la comarca pasaba por el sendero del bosque con un ramo de hojas en la mano, como si hubiese salido a buscar un cordero que se hubiera escapado, y precisamente se tropezaba con el joven Rey del Mar. Aunque llevaba la vista baja, tropezaba, sin embargo, con una raíz y estaba a punto de caer. Germundo, naturalmente, hubiese corrido a levantarla. Pero

aunque muchas y distinguidas jóvenes estaban a punto de perder el equilibrio cuando se encontraban con Germundo, lo recobraban por sí mismas. El Rey del Mar tenía los ojos ausentes. En el soto, detrás de los caseríos, oía pasos apresurados de alguien que tomaba un atajo y veía moverse entre las ramas de un manzano en flor la cabeza de una joven con grandes trenzas, que le miraba con ojos curiosos. Pero Germundo tenía la mirada ausente.

Los viejos y ricos y sucios campesinos daban la impresión de no haber advertido siquiera la magnificencia de las vestiduras de Germundo; pero a veces se dejaba ver algo del respeto de que gozaba a bordo

de sus naves. Posiblemente podía haberse llegado a una especie de alianza, pues los campesinos veían con gusto en Oresund una flota numerosa que no les amenazaba, sino que los defendía contra las incursiones de otros vikingos, y estaban dispuestos a sostenerla, si Germundo se hubiese quedado.

Sin embargo, aquel mismo verano Germundo se hizo a la mar, sin haber encontrado a Gevn.

EL HERMANO PARVO

ANTES de hacerse a la mar dejó Germundo en la costa de Seelandia a un hombre que había traído de Francia y se llamaba Parvo. Le había dejado allí a petición propia y, como él decía, conforme pedía el sueño que había tenido y que le predecía una misión en las tierras nórdicas.

Era un monje completamente inofensivo, instruido y conocedor del hombre. Germundo, durante el viaje, había sostenido conversaciones con él. Se llamaba *hermano*, como si viviera en familia con todo el mundo. Era de corta talla, casi como un niño; pero tenía una

cabeza muy viril; muy feo, con labios gruesos. Las manos, muy pequeñas, color plomo, y con pelo negro brazo arriba. Circundaba su cabeza una corona negra como el carbón; tenía ojos oscuros y de llama oculta, que podían parecer apagados; pero de una viveza e inteligencia extraordinarias. Era de naturaleza muy cortés; su cara tenía arrugas y pliegues de simpatía; mostraba una timidez muy grande cuando hablaba con alguien, como si se le hiciera un honor demasiado grande; y, sin embargo, su rostro, en un súbito destello fugitivo, podía traicionar el interior de un hombre de gran espíritu, ponerse muy serio, casi amenazador. Toda su persona pedía permiso para vivir; pero era

indudablemente un hombre superior.

Todo el equipaje del Hermano Parvo era un libro, sin adornos ni lujo en la encuadernación, un crucifijo de metal sin valor y una campanilla de igual material. A ciertas horas del día solía tocarla cuando, completamente solo, tenía sus horas de devoción y cantaba, mirando al libro, a su Dios lejano. Ninguno le había molestado a bordo, pues no llevaba armas ni se metía con nadie. Además era completamente pobre; no tenía más que el burdo hábito y el cordón de cáñamo que le ceñía la cintura. Pero no por ello podía decirse que era pobre, pues no se preocupaba por su subsistencia; rechazaba incluso regalos si eran carne o bebidas fuertes;

solamente comía pan y bebía agua. En ciertos días de la semana no probaba bocado, sino que tocaba su campanilla con frecuencia, indicándose que tenía que arrodillarse y cantar un largo himno de alabanza, durante el cual sus ojos estaban fijos en el cielo al tiempo que hacía sobre la frente y en el pecho signos misteriosos. No podía evitarse que uno u otro de los guerreros de carácter alegre hiciesen chistes a costa de él; y cuando se mostraba compasivo, tenía una expresión tan doliente, que parecía que todo el sufrimiento del mundo estaba en su persona, y entonces nadie tenía valor para someterlo a prueba.

Por lo demás, se las arreglaba muy

bien y parecía tener compañía suficiente con su libro. Conocía la medicina y ganó méritos a bordo curando a muchos de las heridas que habían recibido o de alguna enfermedad que les aquejaba. El Hermano Parvo se ganó la confianza de la flota.

No sin pensarlo mucho, lo dejó Germundo en tierra. Porque aun cuando los campesinos no se preocupasen de él, estaba expuesto, sin embargo, a los animales salvajes y a otros peligros del bosque. ¿De qué viviría él, que ni siquiera sabía cazar? ¿Dónde iba a vivir? ¿Cómo iba a defenderse contra el frío? El Hermano Parvo no mostró ninguna preocupación y no se dejó convencer para que desistiese de su

proyecto. Él tenía que vivir lo que había soñado. Ante esto, Germundo, encogiéndose de hombros, lo puso en tierra y vió cómo quedaba solo en el borde de la playa, entre los últimos árboles del bosque, que llegaba hasta el Sund. Después continuó su navegación.

En otoño volvió Germundo después de haber pasado el verano en Francia, en el Sena, donde los naturales de aquel territorio, regularmente saqueado lo habían aprovisionado con paquetes, víveres y vino, y donde había permanecido hasta que maduraron los trigos, de modo que pudo esperar la recolección y traerlo antes de salir. Aunque podía haberse quedado a invernar allí junto con el ejército

normando, regresó para establecer sus cuarteles de invierno en Oresund. Todavía era fuerte la esperanza de encontrar a Gevn.

En el curso del verano había pensado Germundo muchas veces *cómo se* arreglaría el Hermano Parvo. Ahora le volvía a encontrar, y, por cierto, en una situación excelente.

El Hermano Parvo se había establecido en el bosque, en medio de un bello paraje solitario, entre grandes hayas y al pie de una fuente, y tan contento estaba que uno no podía por menos de participar en su alegría.

Su morada, durante todo el verano, había sido un árbol hueco donde en otros tiempos había tenido el oso su

guarida; sobre su cabeza se inclinaba un haya enorme, en cuya rama más baja había colgado su campanilla.

El bosque había recibido una voz nueva. El viejo y tranquilo bosque donde antes solamente se oía el mugido del uro y la lura de guerra, hablaba ahora con una voz nueva y maravillosa que hacía escuchar a todos los pájaros; una voz sonora llena de esperanza que saludaba a la mañana y a la tarde, y dividía las horas como nunca antes se había hecho.

Además de la campanilla que llenaba el bosque con su música, que, sin embargo, sólo tenía un tono, tocaba el Hermano Parvo una flauta que se había hecho de caña; no sonaba mucho,

pero era tan alegre que, al oírla, podía uno sentirse tranquilo. También sabía cantar con una voz que llamaba la atención por lo buena. Se oía a mucha distancia en el bosque cuando tocaba la campanilla anunciando que iba a celebrar misa en memoria de su Dios.

Su corazón parecía ser música pura. Cuando terminaba sus devociones, escuchaba a los pájaros, cuyo lenguaje entendía claramente a juzgar por la expresión de su cara cuando cantaban; les hacía signos afirmativos con la cabeza, incluso a los pájaros más pequeños, e inclinaba la cabeza a un lado cuando veía a uno posarse y cantar en una rama. Los pájaros eran sus amigos.

¿De qué vivía? Cerca del árbol hueco, en un claro iluminado por el sol, había sembrado semillas en la primavera, recogiendo mucha cebolla y verdura, con las cuales se alimentaba. Plantó también distintas hierbas que medraron y que utilizaba para sus curas. Aparte de esto, respecto a su subsistencia, los niños del bosque le daban todos los días parte de su comida.

Uno de los primeros días después de haberse establecido en el bosque, oyó susurrar sobre su cabeza; y cuando levantó la vista, vió que el haya estaba llena de niños, un rebaño de pequeños salvajes que habían sido atraídos por la campanilla del solitario y se habían encaramado al árbol para saciar su

curiosidad.

El Hermano Parvo era muy listo. Pareció no enterarse de nada; bajó los ojos y se puso a leer tranquilamente. Sobre su cabeza se cuchicheaba y se oían risas apagadas; de las ramas cayeron unos musgos; todo el árbol vibraba. El Hermano Parvo siguió sentado con el libro delante de los ojos. Poco después sonó suavemente la campanilla: alguien la había tocado. Retirada y balanceo de las ramas del haya. El Hermano Parvo seguía leyendo. Poco después de restablecida la tranquilidad, oyó, a su espalda, enredar en la tierra: detrás de él había un niño mirando por encima del hombro del Hermano para ver qué era aquello que

leía. Y al ver que no pasaba nada, bajó del árbol, poco a poco, uno por uno, todo el rebaño. Entonces el Hermano hizo como que dormía, y el rebaño, después de examinar a fondo todas sus cosas, se fué en silencio.

Este fué el primer encuentro. La segunda vez se aproximaron más los niños del bosque al Hermano Parvo, y en seguida se estableció la amistad. Si se dijera que el Hermano Parvo fué recibido por el rebaño y que vivió su vida, con la diferencia de que él habitaba en un árbol determinado mientras que los otros andaban por todos, casi diría la verdad. Él tomaba parte en la subsistencia de los niños y se hizo indispensable con su flauta; pero

sobre todo con su incomparable campanilla. Sonaba a lo largo del día para multitudes de una juventud agradecida que podía sentarse en la hierba y escuchar embelesada. Era el libro que podían ver, las imágenes y pequeños signos que jamás se cansaban de mirar embobados y que el Hermano Parvo, siempre sonriente, les prometía explicar mejor.

Al regresar Germundo en el otoño se encontró con que el Hermano Parvo tenía una escuela en plena marcha. Los niños del bosque estaban sentados en ordenadas filas delante del árbol del Hermano Parvo y le escuchaban tocar la flauta o se afinaban el oído cuando les contaba algún historia o cuento.

No pasó el verano sin que el Hermano Parvo entrase en contacto con la gente mayor de la comarca.

La fama de que sabía curar se extendió rápidamente. Con las hierbas que había traído de otros países y con otras que encontró en el bosque, preparaba ungüentos y bebidas que salvaban muchas vidas. El Hermano Parvo no cobraba nada por sus curas; se limitaba con pedir a los curados que diesen gracias al Dios con cuyo poder obraba él las curaciones.

No pasó mucho tiempo sin que el Hermano Parvo, además de la escuela, tuviese diariamente numerosas visitas de lisiados y enfermos, a los que consolaba como mejor podía. Recibió muchos

regalos que retenía únicamente para dárselos de nuevo a los pobres y ancianos. Se había terminado su existencia solitaria, pues su residencia se parecía más bien a un mercado.

Ya no tocaba la campanilla para el Hermano Parvo solamente: ella indicaba a los niños la hora de contar cuentos, anunciaba cuándo había misa para los que quisieran oírla y tocaba para que los pobres viniesen a recoger limosnas.

Era como si la miseria en la comarca apareciese solamente un día. Era enorme. Aparecía una muchedumbre sucia, enferma, y con la noche en el alma. No se podía ir por el bosque sin tropezar con un cadáver en descomposición, niños abandonados por

los padres, débiles y desamparados que se arrastraban moribundos.

Esto era un contraste tanto más fuerte cuanto que los vivos, la población, daban una, repugnante impresión de fuerza y de salud. Era espantoso la impasibilidad que allí se mostraba ante la muerte y todo lo que a ella se refería. El Hermano Parvo tenía horas en que el terror y la preocupación casi le dominaban. Pero ante aquella gran miseria crecía también su fe; con ella se alimentaba la obra de su vida.

Había comenzado a bautizar. Los primeros que creyeron en su predicación y recibieron al Señor a quien servía y cuyo mensaje era el amor, fueron los esclavos de un caserío próximo, que por

las noches venían a hurtadillas al bosque a contar su desamparo al extranjero; tras ellos vinieron varios de otros caseríos, además de gente sin hogar, ancianos y hombres del bosque; y cuando el Hermano creyó que estaban suficientemente preparados, se dispuso a bautizarlos.

Aquí se negaron algunos, pues se resistieron a despojarse de sus ropas y meterse en el agua. Hubo, sin embargo, muchos que tuvieron el valor suficiente para subir a la fuente después de haberse asegurado de que podían hacer pie. Naturalmente, bautizarse sin mojarse era imposible; pero no era más que un momento y se decidieron.

El bautismo dió lugar a diversas

sorpresas, pues los hombres nuevos que salían de la fuente eran irreconocibles la mayor parte de las veces. Muchos esclavos viejos y maltrechos, que apenas se veía lo que eran, tenían rasgos humanos al regresar del baño bautismal. Algunos eran negros; otros, por el contrario, blancos, de aspecto muy agradable. Decían que se congelaban; pero lo peor no estaba en esto, sino en que frecuentemente volvían la espalda a los suyos, incluso a sus mujeres, apoyándose en que ya no eran los de antes.

El Hermano Parvo esperaba el momento de tener una grey. Los poderosos de la comarca, los campesinos, observaron que no se

aprovechaba de la ocasión que se le brindaba en los servicios médicos que le solicitaron algunos de ellos.

Así andaban las cosas cuando, en el otoño, regresó Germundo y se encontró de nuevo con él. Tuvieron muchas conversaciones, y Germundo no pudo por menos de aplaudir el éxito que había tenido el Hermano Parvo. ¿Quién podría reprocharle a él ni a nadie que se llevase a los necesitados y desplazados cuando nadie se los llevaba?

Vió que el Hermano no era un monje cualquiera. Aunque nunca dejó de mostrar una gran humildad personal, su mirada estaba bañada por una fuerza que tenía que sacar de la conciencia de servir a un Ser que se extendía más allá

de su propia vida. Todo su ser respiraba autoridad.

El Hermano Parvo era el único hombre a quien Germundo oyó decir que tenía miedo, lo cual era verdad. Todo su ser, cada uno de sus movimientos, expresaban temor; cualquier animalito le asustaba hasta el punto de ponerlo fuera de sí, retrocedía ante las armas blancas asustado como una mujer. Y, sin embargo, ¿no había hecho un viaje completamente solo entre vikingos aullantes? ¿No vivía en un bosque sin protección en un país extranjero y entre gentes para quienes la vida humana no tenía valor? Podía haberse quedado en el Sur y darse buena vida en un convento fortificado. No; no era un monje

cualquiera.

A menudo solían hablar Germundo y el inteligente solitario acerca del Reino de los Cielos, en el que ambos creían; pero no se ponían de acuerdo respecto a su situación.

En el invierno que se avecinaba, y después también, tenían muchas cosas que hacer en común. Como empezaba a hacer frío, Germundo se brindó al Hermano Parvo para ayudarle a levantar una casa en un lugar donde pudiese vivir seguro y reunir a sus convertidos para darles instrucción. Pero le propuso que saliera del bosque y se fuese con él a una de las aldeas de pescadores donde pensaba establecer sus cuarteles de invierno, y esto le pareció bien al

Hermano Parvo.

Germundo había pensado primero remontar el curso del río hasta llegar a uno de los lagos y fortificarse allí; pero cuando vió que el río tenía una barrera de piedras, decidió irse a un lugar de la costa donde había un buen fondeadero y que ofrecía comodidad para el invierno. Era este punto una de las mayores aldeas de pescadores de la costa, viejo mercado de arenque donde se reunía gente de todo el Osters para comerciar. Allí podía meterse uno con sus naves y fortificarse en ellas, estar seguro y, sin embargo, disfrutar de las ventajas de relaciones con otras gentes. Para el Hermano Parvo y su caritativa obra, el lugar reunía ventajas muchísimo

mayores que las del apartado rincón del bosque. Y se fué con Germundo.

Éste le ayudó a construir una choza en las inmediaciones de las naves, de suerte que podía disfrutar de su protección. Era una choza muy pequeña, con techo de paja y sin ventanas; pero el Hermano Parvo se sintió feliz el día en que pudo colgar su campanilla delante de la puerta y consagrar a su Dios su nueva morada.

LA CAMPANA

LA campana creció de prisa. Ya al año de haber colgado su campanilla en la bahía de pescadores, pudo el Hermano Parvo dar a Germundo cartas para Francia en demanda de auxilio; y cuando el vikingo regresó de su campaña estival, trajo, además de varios clérigos y valiosos ornamentos, una custodia, albas y casullas y un montón de libros, y también una campana para sustituir a la primitiva del Hermano Parvo.

La campana era muy pesada y tan grande como una colmena; fué necesario construir una casa para instalarla adecuadamente. Su potente voz metálica

llenaba toda la bahía y las tierras colindantes; describía un arco de circunferencia alrededor de su eje, volviendo la boca, alternativamente, hacia la tierra y hacia el mar, mientras el badajo golpeaba sus costados. La campana era de latón.

Pero tampoco esta campana era suficientemente grande, y fué sustituida por una voz profunda y voraz, que hablaba lentamente, pero que se oía a varias millas. Era de bronce. Todos los días a la mañana y a la tarde hacía vibrar el contorno con su sonoro tañido, y los viejos brujos movían las orejas y se metían de cabeza en los sepulcros con la espalda vuelta hacia la campana.

Y después — entonces ya hacía

tiempo que no existía el Hermano Parvo — vinieron las grandes y envanecidas campanas catedralicias, cuya voz de plata llenó los siglos medievales.

Más tarde, envejeció la campana, y ahora aparece como un oscuro fantasma sobre las potentes voces de la gran ciudad. Es un gemido débil del infinito ahogado por el tráfico.

EL MERCADO DE ARENQUES

POR fin, en la aldea de pescadores donde se estableció, Germundo encontró inesperadamente a Gevn, y a partir de ese día fué como si nunca se hubiesen separado. Muchas veces se hizo a la mar Germundo desde entonces; pero tanto él como su familia quedaron en Seelandia.

Fué en el otoño, precisamente en la época del arenque en Oresund, cuando Germundo regresó a su país. Por todas partes había actividad; el Sund era un hormiguero de barcos, y en las dos orillas estaba el mercado en pleno

apogeo. Las plazas más importantes estaban en Escania con Falsterbo y Skanor; pero también en la costa de Seelandia había grandes centros de venta a los que acudían con su pescado los pescadores y donde los barcos extranjeros esperaban el momento de llevárselo una vez preparado con sal. Asimismo, había gran número de pequeños mercaderes y comerciantes, tenderos de todas clases. La bahía donde se había establecido Germundo con sus naves estaba llena de hombres en número de veinte y treinta veces superior al que solía haber el resto del año. Los puestos formaban filas inacabables. Todo era bullicio, actividad y humo de hogueras.

Trabajaba en la bahía una numerosa mano de obra femenina: jóvenes y mayores. En tiempos todavía más lejanos participaban las mujeres en las faenas de pesca; ahora se ocupaban principalmente en preparar y salar el arenque que los hombres traían a tierra.

Entre este ejército de mujeres se metió Germundo buscando a Gevn. Había oído que en la plaza había una joven llamada así, pero era en extremo difícil encontrar a la tal Gevn entre tanta multitud. Parecía que todas las mujeres de Dinamarca y de otros puntos estaban reunidas allí. La mayoría eran mujeres de Seelandia, pero había muchas de otros lugares de Dinamarca y no pocas también extranjeras.

Entre todo lo que se ponía a la venta en el mercado había también mujeres prisioneras en abundancia. De día sus dueños las exponían delante de sus puestos, donde sentían ya los rigores del frío aire otoñal, y se les iban los ojos tras los campesinos que pasaban por delante a ver si algunos las compraban, para salir de esta manera de aquella situación y estacionarse debidamente para siempre. Por la noche las guardaban en los pequeños cobertizos y chozas de ramas levantados por los comerciantes para ese fin.

La mayoría de estas mujeres eran de origen báltico: suecas, finlandesas, letonas; laponas de piernas redondas y cuerpo en forma de ocho; opulentas

mecklenburguesas, centelleantes muchachas de orejas vendadas. Se veían jóvenes rusas de aspecto dulce; había muchachas irlandesas e inglesas de ojos nobles, muchas de ellas mujeres de ilustre linaje, y tampoco faltaban mujeres del Sur, que estaban sentadas y únicamente se levantaban cuando alguien quería examinarlas.

Germundo recorrió todos los puestos, pero tampoco encontró a Gevn.

Tanto en la playa de la costa como en los islotes situados enfrente se habían levantado numerosos cobertizos o tiendas donde se hacía la salazón del arenque. Las mujeres que hacían esta operación eran todas danesas, no solamente de Seelandia, sino también de

las demás islas y de Jutlandia, pues no había región danesa que en la campaña pesquera de otoño no enviase gente al Sund para salar el arenque.

Reinaba en los cobertizos una intensa actividad. A cada momento llegaba una flota de lanchas cargadas de pesca hasta los bordes, pues había tal abundancia de arenque en el Sund, que, sin necesidad de red, con solos salabardos se podía sacar del mar y meterlo en las lanchas. Y las pescaderas no paraban un momento y se reían desesperadas ante tanto trabajo como se les echaba encima; cajas y más cajas, toneles y más toneles que tenían que salar.

Parecía aquello una lucha por la

vida. Las muchachas danesas sabían cuánto podían dar de sí desde la salida del sol hasta el oscurecer. Las había de todas las edades, desde jovencitas de catorce años que se esforzaban por parecer mayores hasta las viejas desdentadas. Las viejas no tenían más que trabajo; pero las jóvenes, en medio de su incesante trabajo, siempre encontraban tiempo para cambiar unas palabras con los muchachos. El aire estaba saturado de olor a arenque y a agua salada; pero también recogía las vibraciones del amor, de palabras misteriosas, de risas tempestuosas.

Al oscurecer, ya terminada la faena, se desataba el audaz tumulto de un salvajismo tenso y contenido. Las

muchachas se agrupaban y desafiaban a los hombres. Eran muchachas libres y no estaban dispuestas a perder ante ningún poder humano, a no ser que les conviniera.

Las relaciones tenían lugar en grupos compactos, y de esta manera les gustaba estar juntos jugando o bailando. Esto último consistía en colocarse, uno frente al otro, el grupo de chicas y de muchachos, ambos grupos cogidos de la mano. En esta posición avanzaban el uno contra el otro y cuando las filas llegaban a tener las caras juntas, volvían atrás. Esto podía repetirse varias veces y con ardor creciente. Un muchacho salía de su grupo y se acercaba a las muchachas en actitud exigente, y entonces una de las

jóvenes respondía a su demanda y los dos juntos se movían sobre la punta de los pies girando uno alrededor del otro, volviendo después a su grupo respectivo, tras lo cual volvían las filas a lanzarse una contra otra.

Pero ya las noches eran oscuras y convidaban a quedarse fuera de las chozas. Apagadas y dulces conversaciones estremecían los sauces hasta muy entrada la noche. Muchos jóvenes decidían entonces el camino y de aquí partía el sí que uniría a lo largo de la vida a dos seres felices.

También se oían aullidos y discusiones en las largas noches otoñales, riñas por esta o aquella belleza entre los jóvenes pescadores o

porque había que defenderlas contra los comerciantes u otros extranjeros. Luego, todos los que participaban en la pesca habían convenido en no llevar armas mientras durase el mercado y dirimir sus cuestiones a golpe de tonel o a puñetazos.

Y ¡cuánto se bebía! Los comerciantes de Lübeck y Dantzig descargaban barcos enteros de vino y cerveza, y despachaban en los puestos levantados a toda prisa, o colocaban los toneles al aire libre sobre la hierba. El arenque daba sed y había necesidad de él antes y después de la embriaguez. No eran sólo los pescadores los que bebían; también los comerciantes procedentes de Novgorod y Riga, de Londres,

Bremen y Brujas tenían una sed inapagable. Los artesanos que habían levantado las tiendas en la costa tenían su sed particular: los zapateros, a causa del olor del cuero; el herrero, por el calor de la forja; el carnicero, a causa de la sangre; el sastre sentía un picor en la garganta y tenía que ver a su lado un buen cuerno lleno de vino mientras cortaba y arrugaba la frente ante su trabajo. Y tenían sed el tonelero, el salinero y el volatinero. Todos tenían sed y todos la apagaban.

El único que no bebía ni tenía amante era el Hermano Parvo, cuya capilla estaba situada entre las naves de Germundo y el mercado de mujeres, que siempre estaba lleno de gente. Pero el

Hermano Parvo hacía también una gran pesca. Echaba sus redes a las almas y cogía muchas.

El Hermano Parvo se conquistó en seguida el respeto de la bahía. De boca en boca circuló la noticia verídica de que el pequeño e insignificante sacerdote había llevado un hierro candente en sus manos desnudas, prueba irrefutable del poder del Dios que predicaba.

Aunque el año estaba en su última parte y hacía mucho frío, muchos pescadores recibieron el bautismo, pues consideraban que mejor era un baño sin peligro allí en la playa que la perspectiva de hundirse en el fondo del mar. La grey del Hermano Parvo contaba

con varios centenares de fieles antes de terminarse la campaña del arenque. La demanda de explicaciones y participación en los medios de gracia de la Sagrada Escritura era tan grande, que el Hermano Parvo apenas podía atenderlas. Todo el mundo quería tener un texto en pergamino, que se comían entero en la confianza de que les haría bien, o se lo ponían en el cuerpo como un emplasto. A cambio de ello, el Hermano Parvo les sacaba la promesa de que jamás volverían a hacer sacrificios a ningún dios pagano ni comerían carne de caballo.

Por lo demás, el Hermano Parvo no se sentía solo en la bahía; muchos de los comerciantes extranjeros eran cristianos,

aunque no de una manera declarada. Parte del comercio estaba en manos de cristianos que estaban en secreta inteligencia entre sí y cada día de la semana sellaban el pacto en una comida común en la que el Hermano era la figura principal. Tenía en esta época muchos partidarios con quienes podía cambiar puntos de vista y recibir ánimo para su importante puesto.

Los paganos de la bahía tenían cierta sospecha sobre la misteriosa unión de los extranjeros, pero no se cuidaban de ponerla en claro. De manera más concreta les salía al encuentro el cristianismo de cierto gremio de comerciantes alemanes, cuyos miembros no podían traficar con

paganos. Si se quería venderles arenques o comprar su mercancía, tenían que someterse a hacer la señal de la cruz en el pecho.

Era difícil comprender a los cristianos. El Hermano Parvo se azotaba con su propia mano todos los viernes hasta que le salía sangre. Y la gente que le conocía no acertaba a explicarse cómo podía ser aquello en un hombre tan bueno.

Germundo y sus compañeros se encontraban a gusto en la bahía, donde entre lucha y danza y noches oscuras y largas, pronto tuvieron un amor para hacer frente al invierno. Para muchos de ellos, los que habían nacido en Seelandia, era el amor de la infancia

cuando eran niños del bosque, con la diferencia de que ellas eran ahora grandes y bonitas; pero las mismas de siempre, con las cuales les resultaba de lo más agradable volver a estar.

Y fué de esta manera como Germundo encontró a Gevn. Ella estaba entre las pescadoras, y Germundo anduvo buscando varios días hasta dar con su paradero. Más de una vez creyó haberla encontrado cuando veía a una que bien podía ser ella, pues las mujeres danesas se parecen unas a otras como una gota de Osters a otra. Todas la misma esbeltez en la espalda, la misma dulzura de cara, la mirada húmeda como las dulces noches claras, las mismas manos redondas, grandes y tiernamente

indefensas.

Por allí andaban con su basta falda, la única prenda, aparte de un trozo de camisa y un corpiño, y con escamas de arenque en las trenzas, pero fuertes, oliendo a agua salada; de pocas palabras e ignorantes como el alba, pero con un alma como los fríos bosques en abril, la tardía primavera, el amor dormido. Así estaban ellas en una profunda inconsciencia, con su mirada pura y abierta, sin mayores señales de vida; al parecer sin respirar, hasta que alguno llamaba a las puertas de su sencillo corazón y lo traía a la vida. Y era entonces como el haya que reverdecía, como los frescos bosques daneses que se desposan con el sol.

Todo el misterio de su ser estaba únicamente en que eran tenaces y no sabían rendirse a la adversidad; pero tampoco sabían decir no cuando alguien se acercaba a ellas con buen fin. ¡Tan invencible y tan desamparado es el espíritu danés!

Ya la primera joven danesa que Germundo vió cuando regresó al país fué confundida por él con Gevn. Tenía la manera de andar de Gevn, pero no lo era. Siempre que veía a una joven de espaldas con hombros inclinados y antebrazos gordos y dispuestos, creía que era ella; descubría una cara que brillaba más que las demás por su intrepidez y alegría vital; oía reír a alguna con dulzura, aquella era Gevn

para él. Pero en realidad era una joven danesa dulce y salvaje. Tener una de ellas era como tenerlas a todas.

Finalmente, cuando encontró a Gevn y reconoció la fresca dulzura, que siempre salía de su pelo y de su boca, un perfume como de lluvia — lluvia de verano — y de pradera de las islas danesas, entonces amó para siempre la tierra que la había visto nacer, el bosque donde había estado en su infancia común y el lugar donde habían vuelto a encontrarse.

COPENHAGUE

LA aldea de pescadores donde Germundo estableció su base se llamaba desde muy antiguo *puerto* por ser un buen fondeadero. Estaba situada entre la costa y unos islotes y en ella desembocaba un río.

Y en esta bahía, merced a la paz armada de Germundo, al mercado de arenque y a la actividad del Hermano Parvo, surgió con el tiempo una gran ciudad.

Terminado el mercado de otoño y cuando el puerto recobraba su fisonomía tranquila, sin más huellas del agitado ir y venir de la gente que los puestos

vacíos. Germundo se entregaba a la meditación, alimentada por conversaciones con el Hermano Parvo. Esta meditación terminó yéndose Germundo a ver al rey de la bahía, del cual obtuvo sin dificultad que le cediera en feudo el puerto y los islotes. Y aquel mismo invierno se construyó en el puerto un caserío que le servía de residencia y de garantía para sus naves.

Germundo podía haberse quedado en el ejército normando y tener tierras en territorio extranjero; también podía haber formado un reino en Seelandia Oriental, con o sin autorización del rey del puerto, ocupando el territorio de los campesinos: pero no tenía ningún deseo de atentar contra los derechos de éstos.

Además, Germundo ya sabía calibrar sus acciones respecto a la tierra que le rodeaba. El bosque y la costa habían despertado en él un sentimiento que en su origen había que atribuir a Gevn, y este sentimiento le hacía sentirse dueño de su país sin poseerlo. Por esta razón eligió el puerto como el lugar que más oportunidades le daba para independizarse más adelante.

Él había visto reunidos en el puerto los elementos para hacer una ciudad, cuyo conocimiento había adquirido en sus viajes por el Sur, y soñaba en ver una allí, en el puerto. Una ciudad en el Osters, una ciudad de marinos mercantes, una ciudad provisionalmente sobre el agua; pero se haría. Donde

entonces había bosques de sauces, allá en los islotes, se imaginaba hogares; tierra adentro, donde el matorral y el pantano penetraban en el viejo y espeso bosque que rodeaba los lagos de donde salía el río que formaba la bahía, creía ver muros almenados y torres. ¡Mástiles de todo el mundo en el puerto!

Veía que las condiciones para reunir habitantes para una ciudad estaban en las circunstancias en que éstos se encontraban en la región. Habían sobrevivido a sí mismos, sin posibilidad interna de crecer más. La renovación tenía que venir de fuera. En la región había dos clases: los libres y los esclavos, y esto había que dejarlo a un lado.

Pero, aparte de estas dos clases fundamentales, había también, desde hacía mucho tiempo, una especie de plebe de segunda categoría que no descendía de libertos; pero tampoco era independiente en el verdadero sentido de la palabra. Componían esta masa humana pescadores, salineros, artesanos, nómadas y mendigos. Poco a poco habían ido superando en número a los amos del país. Mientras había mercado se establecían en los puertos de la costa, donde durante algún tiempo se ganaban el pan en distintos trabajos, y cuando cesaba la actividad pesquera, volvían a carecer de medios de existencia. Si se los podía reunir y darles un sitio libre y una oportunidad

para su asentamiento, entonces ya se disponía de los elementos para hacer una ciudad. Los niños del bosque podían incorporarse a la; ciudad en lugar de enrolarse en las naves vikingas. Éste era el pensamiento de Germundo, que encontró la más completa comprensión en el Hermano Parvo.

El primer fundamento estaba en el convenio de Germundo con la población y los comerciantes, para el cual contaba con el consentimiento del rey. Ya el primer invierno vino al puerto mucha gente por haberse enterado de que Germundo se quedaba allí y que, por tanto, la plaza estaba asegurada contra un ataque por mar. La grey del Hermano Parvo crecía de día en día.

Como Germundo lo había previsto, los campesinos no mostraron ninguna oposición a lo que él y el Hermano Parvo se proponían hacer en el puerto; para ellos, no había más vida que la suya; no acertaban a comprender qué pudieran ocurrir otras cosas. Consideraban el trabajo manual como envilecedor; sus antepasados les habían enseñado que era indigno del hombre libre. El que uno cosiese zapatos que luego había de ponerse otro, lo consideraban sencillamente como una locura de la moda. No concebían que el trabajador manual formase una clase completamente nueva y un medio de ganarse la vida. Con tal de poder dedicarse a la caza, a sus juegos y a su

sueño, mientras los esclavos se ocupaban de trabajar las tierras del caserío, dejaban gustosos al resto de la humanidad apiñarse en la ciudad como las moscas. Y mientras ellos seguían con sus mismas costumbres, la ciudad empezó a surgir a la vida.

Vinieron años de gran actividad para Germundo y el Hermano Parvo. Aunque el primero, personalmente, no veía que valiese la pena fundar nada sobre la nueva doctrina que el segundo predicaba, se inclinaba ante su amor a la humanidad y venía con buenos ojos que su predicación fuese un medio excelente para juntar gentes heterogéneas e impedir que se devorasen unas a otras.

Por esta razón apoyó al Hermano

en todo, y casi se puso tan contento como él cuando, en lugar de la pequeña capilla del mercado, tuvieron una iglesia en; condiciones. Fué dedicada a San Nicolás, patrono de los navegantes. Con Niord se había acabado para siempre. El mismo año fué nombrado obispo el Hermano Parvo.

La iglesia estaba muy lejos de ser como los grandiosos edificios religiosos del Sur, muchos de los cuales había visto Germundo, generalmente a la luz de los incendios que los devoraban. Pero aquello había pasado. Ahora colaboraba en la construcción de la iglesia del puerto. Era de madera, pero estaba muy bien hecha.

Germundo había dado el modelo

para la cubierta. Figuraba el fondo de una nave con la quilla vuelta hacia el cielo. En los bancos se sentaban los fieles exactamente como en los bancos de la nave, y navegaban en alas de la fe mientras el órgano lanzaba su música sobre sus cabezas y el humo les entraba en el alma como un sueño de bellos y lejanos reinos.

Los campesinos se reían irónicamente al oír hablar de esta piadosa navegación dentro de la ciudad. Pero cuando se enteraron de la igualdad que reinaba entre todos aquellos estúpidos del puerto, se burlaron más todavía. Ellos se quedaban con su cuerno de aguamiel, y con respecto a igualdad y a la unión, preferían sus

humeantes festines al aire libre, a las pequeñas, comidas comunes que el obispo Parvo comía con sus fieles.

Al oscurecer, se sentaban los hechiceros en las piedras sepulcrales que había en torno a la ciudad y se reían irónicamente hasta que comenzaba a tocar la campana de la iglesia de San Nicolás; entonces se rascaban los oídos, tosían y se metían en el sepulcro. Ya había pasado el tiempo de los señores crueles.

La mayor parte de un bosquecillo pasó a la iglesia, convertido en madera; el resto desaparecía en las casas de la ciudad. Y las aves se fueron de allí a buscar asilo en otros árboles. Únicamente las golondrinas buscaron

cobijo en la iglesia e hicieron su nido en el techo, y volaban yendo y viniendo por el sagrado recinto y atravesando la nube de incienso con su trino tierno y confiado mientras el obispo Parvo celebraba la misa.

La construcción de la iglesia tuvo efectos decisivos para la ciudad. Durante varios años dió ocupación a trabajadores de todas clases, que a su vez arrastraron tras sí multitud de comerciantes. Los artistas extranjeros que el obispo Parvo tuvo que llamar para construir la iglesia trajeron novedades absolutamente desconocidas en el Norte. La iglesia tenía ventanas y cristales, y esta novedad sorprendió extraordinariamente a los habitantes de

la región, acostumbrados como estaban a viviendas lóbregas.

En las calles de la ciudad empezaron a aparecer personas morenas muy bien vestidas; llegaban mercancías y objetos de países lejanos, y muy pronto pudieron comprarse allí cosas de lujo como en cualquier ciudad importante. Allí se vendía desde la sal de España hasta hermosos pantalones marroquíes de cuero. En cambio, el obispo Parvo prohibió el mercado de esclavas, y sus dueños tuvieron que darles libertad.

Siguieron llegando a la ciudad cosas nuevas. La gente andaba de prisa por la calle, pasando unos al lado de otros como si fuesen aire. Nadie conocía

a nadie, ni se paraba para mirar. Era, sencillamente, inhumano. Los campesinos se mostraron reacios mucho tiempo; pero, al fin, cayeron en la tentación ante las tiendas y terminaron por comerciar.

Floreecía en el puerto la navegación, el comercio y la industria. Había trazado una línea fronteriza a su alrededor que, finalmente, se convirtió en una fortificación, y hasta ella por tierra, y hasta el fin del mundo por mar, se extendían los derechos de los ciudadanos. Las calles estaban a punto de ser compactas con tanta gente; los puestos y tiendas fueron sustituidos por casas; los comerciantes viajeros se fijaron allí, y la población de toda la

costa del Osters entraba y salía de la ciudad como si fuera una puerta.

Germundo siguió navegando. Casi todos los veranos emprendía largos viajes. Tenía bastantes ocupaciones en su país; pero, al llegar la primavera, cuando las azules bahías del Sund se veían libres del hielo y empezaban a ondularse y saltar sus aguas, le era muy difícil permanecer quieto. Sentía la llamada de las playas extranjeras y, sin previo aviso, se hacía a la mar.

Pero, aunque siempre iba armado, prefería ahora el pacífico viaje comercial a la correría vikinga. Ya le resultaba monótono contemplar el cuervo que había animado tantos combates. En realidad, Germundo nunca

tuvo corazón para matar, excepto cuando estaba dominado por Odín. Pero ahora Odín no era más que un recuerdo y en lugar de la eterna matanza le agradaba más, como hombre maduro, hacer planes que pudieran beneficiar a los hombres.

Él y el obispo Parvo habían madurado un proyecto que, según su opinión, estaba destinado a perdurar. Consistía en fomentar el intercambio con los países cristianos del Sur. Trajeron mucha sal barata y consumieron gran cantidad de pescado en la Cuaresma. No tenían más que llevar arenques de Oresund y regresar con un cargamento de sal que tan bien les venía para prepararlos. Ambas partes resultaban beneficiadas, pero el puerto se convirtió

en una ciudad por las ventajas que este intercambio le reportó. Y así, con el ayuno de unos se procuraban otros su alimento. Y así fué como Germundo aprendió a conocer el valor de las montañas de diamantes que había visto en España con sus ojos de aventurero y de las cuales se había burlado porque no eran más que sal.

Durante muchos años se ocupó Germundo de mejorar sus naves y de enseñar poco a poco el arte de navegar contra el viento, con lo cual ya no había necesidad de esperar viento favorable ni fatigar a la tripulación poniéndola a remar.

Mientras Germundo estaba en el mar, se encargaba Gevn del gobierno.

Un verano derrotó, en ausencia de su marido, a una banda de vikingos que trataban de utilizar los almacenes del puerto para guardar diversas mercancías. Cada año acortaba la espera construyendo fortificaciones y empalizadas alrededor de la ciudad. Explotó las tierras que pertenecían al feudo. Era buena calculadora, distinguiéndose, cuando todavía era una pescadera, entre sus compañeras de trabajo por lo bien que les llevaba las cuentas.

Cuando Gevn dió a luz a su primer hijo, su madre le reveló que era hija de Regner Lodbrog, a quien tanto gustaban las pescadoras. En prueba de lo que le decía le dió un rizo que la madre le

había cortado a su amante para poder reconocerlo después. Ella no sabía siquiera que era rey. El rizo era brillante y fino como la seda, y nadie más que el rey Regner tenía un pelo bonito. Y entonces Germundo comprendió la razón de la severa mirada de Gevn, del color de sus pestañas y de sus brillantes cejas. Comprendió también por qué había sentido tanto afecto hacia el rey Regner desde el primer momento que le vió en el ejército normando.

Así vivieron su vida, la vida de las estaciones, en Dinamarca: Germundo, en un perpetuo ir y venir a lo largo de su vida; Gevn, sin moverse de la ciudad, viendo crecer a sus hijos. Gevn floreció y se abrió como un capullo de rosa.

Durante el invierno permanecía Germundo en su país. Ya no eran los inviernos inhumanos de otros tiempos en los agujeros y chozas llenas de humo, que todavía servían de morada a los campesinos, aletargados como tejonos en los meses fríos. Asistía a la escuela con sus hijos y aprendió a leer y escribir.

El obispo Parvo no pudo atraerlo a su fe. El viejo vikingo tenía anhelos demasiado terrenos para abrazar una creencia que estaba fuera de la vida que él había conocido. Hasta su muerte creyó en el Reino Celestial como un mundo palpable. La Tierra de la Juventud la encontró en sus hijos, a los que transmitió sus ideas sobre aquél y

sobre las Islas de la Felicidad como regalos de la fantasía y de la evolución. Por lo demás, entre los dos fundadores reinó una inalterable amistad.

Acerca del obispo, más tarde arzobispo Parvo, hay que decir que, como su predecesor Ansgario, no tuvo la dicha tan deseada de coronar su vida con el martirio. Ningún hombre del Norte, ni el más pagano, le tocó un cabello de su cabeza.

LA ENCINA Y EL HAYA

CUANDO se licuó el hielo de las islas danesas y quedaron en el Osters como húmedas colinas de grava sembrada de bloques y cantos rodados, vino primero el sol y dió el calor, y vino el viento con su capa cargada de esporas de tierras lejanas. Y la tierra recién creada se vistió de liquen y musgo. Conocieron los mosquitos el camino de las frías islas y criaron en ellas; tras ellos vino una oleada de aves emigrantes que dejaron semillas de las que brotó hierba, sauces, abedules enanos, mirtilos y brezo. La primitiva Dinamarca era una tundra.

A medida que la tierra se fué

secando y calentando, nacieron grandes árboles de hoja, pero de tipo muy nórdico aún. El álamo temblón estuvo cientos de miles de años jugando con sus hojas bajo la caricia del sol; creció el abedul; el matorral de enebros apenas se elevó del suelo, pero se hizo viejo en el país. Y llegó el abeto y desplazó al álamo temblón.

Finalmente se secó bien la tierra y vino la encina. Era corpulenta y en seguida se adelantó al abeto. Tenía mucho tiempo por delante y se estableció allí para siempre con su hermoso séquito de avellanos, espinos, madreselvas, servales y manzanos silvestres. Y éste fué el bosque durante miles de años.

Pero vino un nuevo árbol procedente del Sur y empezó a arraigar lenta y firmemente. Cada paso no era mayor que el espacio que le marcaba la semilla que caía de las ramas. Centenares de años para avanzar una milla. Pero siempre avanzaba. Este árbol era el haya. Y el haya se empeñó en una lucha abierta y terrible con la encina. El haya no se dejó aprisionar entre los nudosos brazos gigantes de la encina. Sonreía el haya, reverdecía temprano y crecía, y extendió una rama verde y alta sobre la vieja copa de la achaparrada encina, y allí donde cayó la sombra de su fina hoja de encaje se marchitó la encina, muriendo por falta de luz. Y la encina mostró un brazo

esquelético. El haya trajo a la vida muchas hayas jóvenes que reverdecieron temprano. Y poco a poco toda la copa de la encina se marchitó, quedando solamente su tronco de mamut. Y el haya sonrió. ¿No era un árbol precioso?

Y entonces en el bosque no hubo más que hayas. Las susurrantes y verdes copas estaban juntas formando un techo de hojas sostenido por los esbeltos troncos brillantes.

Pero como el haya amó la luz, extendió la obscuridad. Y bajo su copa murieron el avellano y el espino; solamente los tréboles y anemonas extendían un florido tapiz primaveral sobre la hoja marchita. Brotaban más temprano aún que el haya. Desapareció

el bosque bajo y el matorral. Algo insano ocurrió en la tierra después que el haya se quedó de reina. El fondo del bosque se secó con el viento y fermentó por falta de luz. Y, en lugar de humus, se formó un escudo duro y estéril en la superficie del suelo, y terminó por excluir el aire de las propias raíces del haya poderosa.

El haya se eliminó a sí misma. Los grandes árboles cayeron; el bosque enfermó y, finalmente, quedó reducida a un haya enana que cubría la tierra sin poder levantarse ni convertirse en árbol.

Finalmente, cuando se pudrió el último brote, quedó un suelo de tierra estéril y pantanosa, donde únicamente crecieron mirtilos y musgos. Y de este

modo volvió el bosque hacia atrás convirtiéndose en un brezal, como en las épocas primitivas.

Y la Naturaleza pudo comenzar de nuevo.

SEXTA PARTE

LA CATEDRAL

BAJO EL IGDRASIL

OCURRIÓ una vez en la Edad de Hierro que un cazador *se* perdió en el bosque persiguiendo a un animal y llegó a un paraje donde jamás había estado antes.

Cuando por fin logró dar muerte al ciervo y su cuerpo rendido por el esfuerzo de la persecución descansaba sobre la presa, sorprendióse el cazador viendo que los árboles de aquel paraje eran más altos y corpulentos que los que erguían sus copas en los lugares que él conocía. Árboles gigantes, aéreos, con sólo un tapiz de hierba a sus pies. Ni matorral ni lagunas, como en otros lugares. El lugar donde crecían estos

árboles era como una plataforma en medio de la tierra circundante. Era un bosque sobre otro: era la cúpula del bosque: era como el sitio de concentración de los gigantes del bosque, que acudían allí para celebrar sus juntas.

Los troncos, esbeltos y vigorosos, juntaban las copas a la misma altura formando un enorme techo de follaje que cerraba la vista del cielo sin impedir el paso de la luz. Salas verdes, frescas y sonoras donde un leve trino de pinzón resonaba como una sinfonía. El sonido más pequeño se repetía hasta el infinito bajo las bóvedas verdes. Era el eco, la voz de la soledad, la absoluta soledad del bosque.

Era muy extenso. Desde los puntos elevados la vista se paseaba sobre un mar de copas; mar apretado, donde de cuando en cuando brillaba la estela de un río o de un torrente bordeados de claros, y de nuevo árboles, árboles, hasta confundirse con el horizonte. Pero allá, en la lejanía, bajaba un gran río cuyas aguas formaban en el bosque un seno de una milla. Una de sus márgenes tocaba la falda de una colina como si tuviera algo que decirle. Era un río ancho y rápido, cuyo gran caudal de agua formaba remolinos en su superficie. Y bordeándolo, siempre el bosque, el bosque primitivo. Tan sólo alguno que otro claro aislado a la orilla del río indicaba los sitios donde bebían

los animales. El río penetraba en el bosque procedente de una región lejana cuyos perfiles azules indicaban la existencia de montañas y se perdía en el extremo opuesto, de tierras bajas, tocando al cielo. Los penetrantes y ejercitados ojos del cazador percibían de lejos las aves acuáticas aleteando sobre los remolinos. Magníficas jornadas de pesca esperaban al hombre que cambiase el arco por el sedal.

En una hondonada de la colina, al pie de los árboles, donde la maleza tenía la altura de una vara, había un manantial oculto. Apretó el cazador con el dorso de su mano la húmeda alfombra de musgo y empezó a llenarse de agua cristalina. Apagó la sed y volvió sus

pasos hacia el ciervo cazado. Le extrajo la flecha y comenzó a desollarlo. Con rara habilidad se abría paso el cuchillo en la piel de la víctima separando limpiamente la piel de la carne y de los huesos. Terminada esta operación, descuartizó el ciervo y colgó los trozos en el árbol más próximo; le extrajo los sesos y los colocó sobre una rama como ofrenda a los espíritus del lugar. Se levantó y secó las manos grasientas; abrió una bolsa de piel y sacó el eslabón para hacer fuego, un trozo de mecha que puso sobre el pedernal entre los dedos índice y pulgar; frotó entonces el eslabón contra la aguda arista del pedernal y brotó la chispa entre sus manos. Pronto comenzó a formarse humo

en torno de un trozo de madera seca. Arrodillóse el cazador y sopló suavemente en la brasa; amontonó en torno hojas secas, y se inclinó profundamente con el rostro pegado al suelo. Rodeando su cabeza, subían nubes de humo. Hizo un nido con sus manos y lo estuvo cuidando hasta que por fin se elevó la llama devorando las hojas. Al poco rato había una hoguera. Entonces cogió el cuchillo de caza, aguzó una vara y pinchó con ella los riñones del ciervo que puso a asar en la hoguera. Comió los riñones y bebió agua del manantial en medio de un profundo silencio.

En un árbol cercano había una oquedad producida por una rama

desgajada en la que tenía su morada un estornino. A intervalos regulares salía de ella y al poco rato regresaba con el pico cargado de gusanos, entrando en la oquedad en vuelo recto, igual que una flecha disparada hacia el blanco. De su interior llegaban a oídos del cazador píos tiernos y quejumbrosos.

Los ojos del cazador contemplaban la escena mirando a un lado y a otro, mientras distraídamente iba engullendo el asado. El bosque vivía a su alrededor como sí le conociera; formaba un todo con él. Vió a la ardilla deslizarse por un árbol con las patas extendidas sobre la dura corteza, apareciendo y desapareciendo detrás del tronco hasta alcanzar una rama más alta. Su vista no

se apartó de este rojo y listo animal hasta que desapareció en la espesura. Otras cosas cautivaron su atención. El bosque cuidaba lo suyo como si fuera una fábrica enorme y tranquila, donde todo se hacía separadamente y en medio del mayor silencio. A lo lejos, como detrás de muchas paredes, se oía al pico carpintero trabajando en una sonora rama desgajada; y de las soleadas cámaras secretas, en lo más alto de las copas, llegaba el arrullo de las palomas torcaces. Y con los arrullos, el canto del pinzón, cuyas alegres notas repite el eco por todo el bosque. El pinzón tenía su nido y era feliz a pesar de que se sabía tan pequeño, que bastaba una ramita para sostenerlo. Zumbaban y se

soliviantaban las moscas, volando en torbellino al fuego del mediodía. Una cayó sobre una hoja de espaldas y empezó un pataleo frenético acompañado de un exasperado zumbido. La había aturdido el sol.

Por encima de los árboles gritaban las aves de rapiña su canto de guerra y de triunfo, mientras que en el bosque venteaban y perseguían las presas en la espesura. Y el cazador se encogía en su asiento quedándose con el bocado en la boca. De la maleza salió un tejón con dos crías ya crecidas, de rostro estriado y cuerpo muy ancho. Se puso a enseñarles a buscar la presa revolviendo la tierra con la pata y olfateando. Las crías la imitaron y sus

patas daban vueltas a la tierra y hundíanse sus hocicos olfateando. Pero el cazador volvió a comer: no era aquélla la época para cazarlos. Ya llegaría la ocasión de tener aquellas pieles.

Terminada la comida, levantó el cazador sus ojos al cielo intentando averiguar la hora. El sol acababa de iniciar la bajada hacia el horizonte. Dormía el bosque. Solamente se oía el zumbido de las moscas y el grito de los cernícalos sobre los árboles. Bostezó el cazador; retorció las mandíbulas y meneó la cabeza. Desde antes de la salida del sol y durante toda la mañana estuvo acosando al ciervo en un galope casi ininterrumpido en línea recta.

Por eso no sabía ahora dónde se encontraba. ¡Quién sabe cuánto camino tendría que desandar! Pero la comida y el fuerte olor que despedía la hoguera le volvieron soñoliento. Volvió a bostezar y se estremeció. Y se tumbó en la hierba junto a la hoguera para reposar un poco.

Ya era tarde cuando se despertó. Se puso en pie de un salto. El bosque estaba invadido por el crepúsculo, pero el sol iluminaba aún las copas de los árboles. Levantóse una brisa ligera moviendo las hojas, en las cuales el color azul del cielo se mezclaba con tonalidades verdes, amarillas y rojas. A Poniente celebraba su orgía de luz el sol moribundo jugando con los troncos del

bosque. Y se dejó oír el canto de otras aves congregadas en las ramas más altas, mezclando sus largos e interrogantes sonidos aflautados con la luz que se, apagaba. Abajo, en el fondo del bosque, tinieblas y silencio.

Sabía el cazador que tenía que recorrer muchas leguas por un bosque sin senderos y con una gran carga encima hasta llegar a lugares habitados. Pero ya era tarde para emprender el regreso y se sintió preocupado al ver que tenía que pernoctar fuera. Con toda rapidez decidió quedarse allí mismo donde estaba, antes que elegir cualquier otro punto del bosque, y, sin titubeos, se puso a buscar entre los grandes árboles, mientras había luz, una rama bifurcada

para pasar la noche sin peligro, aunque durmiera poco. Cuando la encontró, echó más leña al fuego y hacinó ramas y troncos secos para la noche que se avecinaba. Trabajó sin descanso arrastrando troncos, sudó y llenó el bosque de ruido; hasta tuvo deseos de cantar, pero se contuvo. Y cuando ya todo estuvo a punto guardó silencio. En el pálido cielo apareció la luna, cuya figura iba haciéndose más poderosa. El cazador bajó sus ojos ante ella. Tenía el cielo ante sí y no podía ocultarse de él.

Y el bosque se tornaba extrañamente combativo y alerta a medida que se iba ocultando el sol. De su seno salía una brisa fresca que hacía estremecer de frío al cazador, a pesar de

estar junto a la hoguera. El aire se volvía más denso con todas las cosas que flotaban en él. La hoguera y las tinieblas se agrandaban mutuamente: cuanto más brillaba el fuego, más negro aparecía el bosque, y el cazador pronto se vió como dentro de una esfera de luz a cuya claridad se miraban los árboles más próximos. Enfrente estaba la densa oscuridad, la vieja noche negra y mala.

Levantó los ojos el cazador y su espíritu se contristó: había estrellas en el cielo y él se sentía como en el centro de una oquedad inmensa, cuyas paredes surcaban caminos de estrellas. La Osa Mayor, meciéndose sobre su órbita; Orion, bramando en el firmamento; las Cabrillas moviéndose al capricho del

viento de la eternidad, dejándose ver unas veces y desapareciendo otras en un mar de luz; la Vía Láctea, clavada en lo más alto de la bóveda celeste y animada por su espíritu de vértigo. Sí, allí estaban las estrellas, brillantes y mudas como siempre, con una mirada intolerable. El cielo estaba lleno de ojos; todas las estrellas, absortas y omniscientes, hacían guiños, y el espacio azul oscuro que las separaba hablaba con profundísima seriedad. Temible era el cielo estrellado, y el cazador inclinó su cabeza y, estremecido, frotó sus manos ateridas. No era más que un pobre y solitario cazador.

Sus ojos iban de maravilla en

maravilla; pero estaba familiarizado con el mundo del fuego. Miró la hoguera y parpadeó ante la cálida caricia de la luz. El fuego devoraba ramas y leños lanzando hacia el cielo las flechas de sus llamas. El fuego era su amigo. Y, sin más reflexiones, cogió los intestinos del ciervo y los echó a la hoguera. Esta se ennegreció de pronto y pugnaba por respirar; los intestinos húmedos y lo que dentro de ellos había amenazaban con apagarla; pero volvió a surgir triunfal la llama, estableciendo en torno de ellos un apretado cerco, y empezó a devorarlos a medida que los carbonizaba. Crepitaba el fuego de un modo extraño, despidiendo gruesos gusanos de humo de varios colores por encima de la

arrugada materia hasta que la llama encontró un sitio donde pudo morder.

Durante mucho tiempo estuvo la hoguera despidiendo mal olor mezclado con pequeños chasquidos, mientras que el cazador, sentado, la miraba deslumbrado y absorto. Estaba bajo la fascinación del fuego, en cuyo interior presentía un infinito ante el cual humillaba su corazón.

De pronto oyó pasos. Cogió su largo arco de encina y se levantó y clavó sus ojos terribles en la oscuridad. Espanto y ansia de vivir mezclados. Cesaron los pasos y percibió un quejido muy cerca. Con ademán de terror avanzó violento y, dando un mugido, tesó el arco en toda la extensión de la flecha.

Un nuevo gemido más lastimero, y los ojos del cazador divisaron una figura que había entrado en el campo luminoso. Era una mujer. Avanzó ésta unos pasos más y se sentó en el suelo. En este momento la fiereza del cazador se cambió en manso estupor; la flecha, con punta de hierro y pronta a ser disparada, cayó sin fuerza de las manos del arquero, quien, lanzando un tormentoso chorro de aire por sus narices, se dirigió hacia ella completamente tranquilo. La mujer, toda asustada y suplicante, no hizo ademán de huir. Sus ojos miraban al cazador esperando compasión de él. Ella no podía escapar ni defenderse.

Era una mujer muy joven. Sin duda, se había perdido en el bosque y, al ver

el fuego, se había acercado en busca de protección. No se conocían; pertenecían a tribus distintas. La mujer tampoco pudo contarle muchas cosas; pero no necesitaron muchas palabras para comprenderse, y poco después, la extranjera, confiada y serena, se sentó junto a la hoguera y preparó la carne de ciervo para cenar.

Había sido una suerte haberse encontrado, pues extraviarse y pasar la noche solo en el bosque era terrible. Pero ahora eran dos y además tenían fuego y comida. Dirigió el cazador una rápida mirada al cielo estrellado y dijo que la noche le agradaba. Luego volvió la espalda a todas las cosas y solamente prestó atención al fuego y al asador. Y

ambos comieron hasta bien entrada la noche. Y después se dispusieron a descansar. El mundo no merecía que le dedicaran su vigilia.

El bosque era siempre un lugar maldito al llegar la oscuridad. La lechuza ulula en un árbol alto y entonces resuena el bosque y pone el miedo en los huesos. Su canto lúgubre se extiende sobre las copas de los árboles. Oyese un silbante batir de alas que va creciendo y en un momento cesa. Son patos salvajes o cosas mucho peores. Y un terrible calofrío baja por la espalda.

Por entre las ramas comenzó a penetrar una luz blanca. Era la luna, la muerte en el cielo. Lejos se oían voces de animales y respondían, de nuevo las

colinas en confusa algarabía. Una retorcida rama parecía un negro y retorcido dragón desafiando al cielo, y cualquier árbol o grupo de árboles, cualquier mata grande y espesa, cualquier bulto arbóreo visible hacía pensar en un monstruo gigantesco, en el terrible ogro.

Era insoportable, la brisa del bosque en la espalda y cuello. Parecía que el aire se había convertido en un ejército de ojos malignos que acechaban por todos lados, y lo mejor era ocultarse. Y aquellos dos empequeñecidos seres humanos, ateridos de frío por el rocío, se echaron junto a la hoguera cubriéndose con la piel del ciervo, cuya parte inferior

dejaron hacia fuera para que los espectros se alimentaran. Y permanecieron en su abrigada oscuridad mientras que la hoguera se consumía y la luna avanzaba por encima de las copas de los árboles haciendo su recorrido celeste antes de que viniera el día.

Vino a despertarles el canto del pinzón, y un coro aéreo de aves en los altos árboles. Era la luz del día, una bella mañana de primavera. Los grandes árboles, relucientes, extendían hacia ellos sus verdes brazos. Ella se levantó y se quitó la piel de encima de la cabeza, oteó el horizonte y profirió un grito de alegría.

Pero mientras el cazador abría los ojos, vió maravillado la salida del sol,

que mostraba su bola de fuego entre los troncos de los árboles. Era una maravillosa rosa de fuego y de luz, fundiendo en un círculo radiante cielo, hojas y árboles. Un cielo verde, azul y púrpura. Todo el mundo disuelto en colores. La víspera había visto morir el sol en un mar de sangre al otro lado del bosque, y también entonces se habían fundido en un mar de colores el sol, el bosque y el día. Pero este espectáculo maravilloso de la salida del sol quedaría indeleble en su memoria asociado al despertar de su alma ruda ante las dulces llamadas del corazón y la imagen de una bella hija del bosque. Y contempló absorto el rojo de la mañana y su alma se abismó dentro de su

maravilloso mundo interior.

Juntos siguieron aquellos dos seres que había unido la noche. Ninguno de los dos pensó en regresar a su aldea. Y formaron una familia de cazadores en medio del bosque, cuya existencia transcurrió feliz al aire libre a lo largo de la primavera y del verano. Ninguno de los dos conocía el tiempo.

En el invierno se acogieron al abrigo de una choza, sin echar de menos, ni una sola vez, la compañía de sus semejantes. El bosque era su amigo. Amaban el soto con sus elevados árboles, pues había sido allí donde se habían encontrado. Y ella no tenía más mundo que a su marido y éste tenía el suyo propio.

Un día de aquel verano vió el cazador cuatro naves en el río; negras y largas naves flanqueadas por una multitud de remos que se movían a la vez como los hilos de un telar, abriéndose paso lentamente contra la corriente. Todo el día estuvieron bajo los ojos del cazador hasta desaparecer tras un recodo del río junto a las colinas. Hachas de mango largo inclinadas hacia atrás parecían víboras con el cuello estirado para atacar. Llegaba a oídos del cazador el batir acompasado de los remos en el agua; pero de la tripulación ni una voz de mando siquiera. ¿Vendrían de la desembocadura del río? ¿Del mar quizá? ¿Qué se proponían? El cazador no los vió regresar jamás.

Otra vez vió seres humanos en la otra margen del río. Era gente que había salido del bosque; y se ponía la mano en la frente a modo de visera para ver mejor, pues tenía enfrente el sol del mediodía; pero no pudieron encontrar vado para cruzar la corriente y regresaron al bosque para buscar otros caminos.

Aparte de estas señales del mundo exterior, el cazador y su esposa vivieron plácidamente y sin sobresaltos en la solitaria colina del bosque, junto al río.

Ya a fines de verano había dado la joven esposa señales inequívocas de su próxima maternidad. Se hallaba en el bosque recogiendo fruta silvestre cuando el nuevo ser dió sus primeros

avisos anunciando la venida, que tuvo por escenario el rigor del invierno. El primer cuidado de su madre fué envolverle en pieles de cabrito para defenderle del frío.

Era una criatura sonrosada y rubia. Inmediatamente de nacer, empezó a dar gritos que parecían cantos de pájaro. Tenía las manos cerradas y uñas como yemas de árboles, orejas pequeñas y un pelo que era el resplandor del sol, ojos como el cielo azul, y una boquita ansiosa, que no paraba de buscar hasta que encontró el pecho de la madre.

Se había estremecido la baja choza con los terribles gritos de la madre al traer al mundo aquella frágil vida; pero ahora todo era silencio. Las vocecitas

del niño sonaban como el canto de los pájaros la primera noche tibia de primavera, cuando las grandes tormentas que rasgan el hielo y tronchan ramas hacían gala de su furia.

Y lo primero que el niño vió del mundo fué la primavera. Le sacó su madre de la choza por vez primera cuando los árboles echaron hojas nuevas, y con alegría indecible mostró al cielo aquellos ojitos azules, al sol la rubia cabellera tierna y las manitas a las hojas recién nacidas.

Era una criatura excelente, un hijo de Dreng, un dioscecito tierno, hijo del sol, del cielo y del bosque, aquel niño que la felicísima madre había traído al mundo.

Y el cazador estaba entusiasmado con su mujer y su hijo de la primavera.

Cuando el tiempo era bueno, la joven madre se sentaba fuera, al aire libre, en la colina, precisamente en el mismo sitio donde había encontrado a su marido un año antes. Y tenía a su hijo en el regazo, un niño tragón que gritaba cuando no podía tomar toda la leche de una vez, mientras en su cara se formaban dos canalillos blancos que caían por su cuerpecito y que cuando estaba satisfecho de mamar se quedaba recostado en las rodillas de la madre con los piecitos desnudos, cuyos sonrosados dedos señalaban un lugar del cielo. Y cuando el niño devolvía un poco de leche al asentar su estómago, la

madre le levantaba en el aire en medio de una carcajada de admiración y le daba unos meneos para que echase el aire tragado con la leche, a fin de continuar dándole el pecho. Suave olor despedían los dos; pero más suave aún era el olor de las húmedas hojas de las altas y relucientes hayas. Y con el niño en brazos y un sueño de felicidad en su dulce rostro sonrosado, seguía la madre el vuelo del estornino, el negro pájaro que entraba y salía de las oquedades de los árboles con gusanos en el pico para su nidada.

Cuando el cazador no estaba en el bosque o a la orilla del río, estaba en casa ocupado en construir una nueva vivienda. Cortaba maderas y desbastaba

los troncos. Poco a poco comenzó a dibujarse la nueva casa, que sería más espaciosa y más lujosa y arquitectónica que la anterior. Se la figuraba con imágenes sobre los pilares, que anunciarían su alegría y sería como un valioso cofre donde guardara a la madre y al pequeño dios.

En la cima de la colina, oculto entre los árboles, tenía el cazador un retiro misterioso adonde solía ir solo. *No era más que* unas piedras colocadas en el suelo, sobre las cuales hacía fuego cuando ofrendaba a los dioses parte de su caza. Allí sacrificaba los animales, cuyos cuerpos colgaba luego en los árboles en acto de respeto. Dejaba un trozo para el tejón que tenía su guarida

en la colina y se distinguía por su rara habilidad en la caza, y lo tapaba con tierra. Todos los años, por el solsticio, se preparaba para celebrar la solemne conmemoración de los dioses, y entonces, solo ante las divinidades, hacía el holocausto de sus víctimas por la vuelta de la primavera, de los frutos, de la existencia de todas las cosas. Caminaba muy recogido en torno del fuego diciendo en voz baja humildes súplicas; luego elevó la voz y pronunció algunas palabras mágicas, con las cuales esperaba lograr que los dioses le escuchasen, aunque se mostrasen poco propicios a sus deseos, y le diesen lo que de ellos solicitaba. No había motivos para mostrarse leal con los que

eran más fuertes que uno mismo.

Pero en los últimos tiempos dejó de acudir al lugar sagrado a implorar a los dioses. La casa le robaba todo el tiempo, y pensaba además desterrar de ella todo el espanto de la naturaleza y albergar allí la grandeza y la abundancia, como en un pequeño mundo maravilloso.

Iba pasando el tiempo, y el cazador no se dedicaba más que a su obra; estaba convertido en un carpintero. A lo largo del verano cortó y trabajó madera, y durante el invierno esculpió en su mente las estatuas que habían de dar presencia a su morada. Y tan absorto estaba en su obra, que a veces ni se daba cuenta de la presencia de sus dos seres

queridos.

Pero siempre estaban allí los dos amenizando su trabajo y sus sueños con sus voces y sus cantos, que se mezclaban con la alegría de los pájaros formando una misma música y sirviendo de bello fondo a sus trabajos y esculturas mentales, que poco a poco surgían a la vida real. Oía cantar a la madre un arrullo del corazón, sin palabras, que había aprendido de las palomas torcaces. Le cogía los pies al niño con la boca y hacía que se los comía; luego le hacía reír tanto que su tierno pecho se deshacía en infantiles carcajadas; le daba un nombre dulce, que ella le había inventado, pronunciándolo con el corazón; le arreglaba sus ropitas y su

carita entre palabras llenas de dulzura. ¡Mi pequeño encanto, mi bien, mi vida!, decían sus labios conmovidos. Y le enseñaba a hablar un lenguaje nuevo, un lenguaje nacido de la admiración de las cosas que los rodeaban y hacia las cuales tendía el infante sus manos balbuciendo palabras inseguras. Era el lenguaje del bosque.

Y cuando la madre vestía a su maravilla, la ponía sobre sus rodillas como sobre una montaña para que el mundo pudiera verle y él al mundo. Sus dos manos formaron una fortaleza alrededor de aquella vida tierna. Todas las flores se inclinaban en sus tallos para formar una corona alrededor de ellos; los árboles les enviaban su

perfume, y los pájaros se posaban en las ramas más próximas y entonaban un canto triunfal a aquel infante del bosque. Y hasta su madre lanzaba el júbilo de sus cantos sobre su maravilla; cantos sin palabras, inefables cantos de amor que brotaban de su garganta y resonaban en el bosque como una sinfonía mágica. ¡Tan alegre se sentía!...

Hubo fiesta y entusiasmo el día en que el cazador terminó la casa e instaló allí a su familia. Parecía una casa llena de música, surgida en el bosque por encanto. Sus muros, todos de madera, formaban una especie de sólida empalizada; pero su interior estaba muy adornado y lleno de significado en la construcción y en los detalles. En lo alto

de los gabletes abría su boca un dragón hacia el cielo, y sobre ellos, en un punto más elevado, otros cuatro más; en la parte delantera, sobre el tejado, cabalgaba una especie de castillo coronado por una flecha que buscaba el camino del cielo y terminaba en una veleta donde el gallo cantaba siempre cara al viento, haciendo la vela en las elevadas regiones del aire. Los dragones tenían por misión ahuyentar a los espíritus malignos, mientras que el gallo recibía sobre su cresta, al amanecer, los primeros resplandores de la aurora. Sobre la hierba había cráneos de ciervos y de otros animales cumpliendo un doble fin: asustar y recordar escenas y hazañas de caza. Encima de la puerta

de entrada estaba colocada la cabeza del primer ciervo que el cazador había matado en aquel lugar donde había nacido su felicidad. Estaba la puerta en un extremo de la casa; las jambas sobresalían por encima del alero. Cada una de ellas era una encina en la que estaban talladas las hojas más bellas del bosque formando un maravilloso trenzado cuyo remate era una gran bellota estilizada. La puerta era una tabla de encina. Tenía dos campos redondos, uno para el sol y otro para la luna, llenos de círculos y labrados en todas las formas imaginables.

Todo el aspecto exterior de la casa era como la imagen de la noche; espanto y terror. Las cuatro piedras angulares

eran cuatro ogros entrelazados y colocados para hacer presentes contra su voluntad. En cuanto a los dragones, se adivinaba en seguida: eran el horror de toda la naturaleza concentrado en ellos. Vista de cerca, parecía la casa una guarida de gusanos caída, con las cabezas de todas las crías erguidas para el saqueo. Terrible era su aspecto exterior; pero el mal había de ahuyentarse con el mal.

Pero, por dentro, la casa representaba el fresno llamado igdrasil. Naturalmente, era una habitación, y el significado de todas las tallas y adornos no se comprendían a primera vista; sin embargo, allí estaba el lenguaje simbólico de todo el bosque. En el

centro de la habitación se elevaba la gran columna que sostenía toda la construcción y cuyo extremo superior formaba la flecha. Era un mástil, un viejo abeto recto y retorcido varias veces alrededor de su eje, como si durante su crecimiento hubiera seguido las circunvalaciones de un cuerpo celeste. Él constituía el tronco del igdrasil, y las tallas del techo de las paredes formaban las ramas y la corona del árbol del mundo.

Se estaba en la casa como en un bosque transformado. Ramas y hojas en el techo y en el suelo; por entre las hojas entrelazadas iba el ciervo con su testa corneada confundida con la copa de los árboles. En lo más alto del árbol del

mundo se posaba el águila, la de la vista penetrante, y entre sus pestañas había un halcón. Un ave rapaz coronada por un ave rapaz. Entre las ramas dejaba ver su cabeza la ardilla. Y estaba también el dragón del tiempo comiendo bajo las raíces del igdrasil; y, bajo una de las raíces del árbol del mundo, una choza donde había animales congelados con la cabeza caída entre las rodillas. Estaba esculpido también el pozo de Mimi, con los ojos de Odín, que éste le diera en prenda por una bebida que daba ciencia; el pozo de Urd y las nornas que sacaban agua y lodo de la fuente. Si volvía a levantarse la vista, se veía el arco iris y grandes constelaciones; la eternidad del cielo en imágenes simbólicas. Y después

más fronda; tiendas de hojas entrelazadas donde cada hoja era un pájaro y cada pájaro una hoja. En el centro del techo había una claraboya por donde penetraba la luz. Allí se encontraban el día que bajaba del cielo y el humo y las chispas que subían. El día seguía las órdenes del cielo: resplandecía, se apagaba y volvía de nuevo a encenderse y a brillar, como una aureola colorada, transparente y velada, sobre la habitación.

Tal era la casa simbólica que el cazador carpintero había construido para devolver su espíritu a los seres que se lo habían dado.

Pero su obra no había hecho más que empezar. Era un trabajo de varios

años. Y en su cabeza bullían proyectos nuevos, amplios y más elocuentes todavía.

Y llegó otra vez un día en que el cazador iba persiguiendo un ciervo que no se dejaba cazar y que le llevó lejos, hasta llegar a un lugar desconocido para él.

La persecución y la carrera le exasperaron tanto, que ya no era un hombre, sino una pasión. En su ardor no sentía nada y nada había que pudiera detenerle hasta que hubiera cazado y matado el animal. El cazador jamás había tolerado que un animal salvaje le sacase ventaja ni en resistencia, ni en sagacidad, ni en fuerza.

Pero aquel animal parecía ser un

ciervo de fuerza extraordinaria. Ya sabía el cazador que los ciervos eran más rápidos que él, pero al principio, no a la larga. Sin embargo, se rendían antes de que él agotase sus fuerzas; se consumían en una carrera desenfrenada y angustiosa, mientras él los perseguía tranquilo, siguiendo el rastro. Tenía que llegar el momento — y así sucedía siempre — en que el ciervo ya no podría seguir adelante, el momento en que vería al cazador acercársele esgrimiendo el cuchillo de caza. Pero este ciervo, por el contrario, no acusaba cansancio ninguno; tenía la misma agilidad en el salto cada vez que el cazador intentaba apresarle, e incluso parecía que aumentaba a medida que

huía. Se le veía como meciéndose en el aire, y la poderosa cornamenta, más que pesarle, daba la impresión de que le infundía impulso y le elevaba sobre el suelo. Y el cazador no renunciaba a la caza —jamás volvía sin la presa—; acosaba, acosaba, como si jamás se hubiera propuesto otra cosa que dar muerte a aquel ciervo. Y entonces el animal se elevaba en el aire y huía, perseguido siempre por el cazador.

De noche dormía sobre el suelo, con la cabeza entre los brazos y mudo de cansancio. Ni siquiera encendía una hoguera. Y al llegar la mañana y reanudar la persecución, se sentía más fatigado al divisar al ciervo y seguirlo durante todo el día.

Y el bosque era maravilloso. Verano era cuando empezó la caza, y, sin embargo, ahora los árboles estaban desnudos y él sentía frío. Y vió de nuevo verdor en el bosque y sintió calor. Y todo esto se repitió muchas veces; él no sabía cuántas, ni le preocupaba saberlo.

Y un día, por fin, el ciervo se paró de verdad. Fué de noche, pues el cazador le perseguía también cuando el sol dormía tras el horizonte. El ciervo ya no podía ocultarse; no había bosque ya; había llegado a un sitio yermo, fuera del mundo habitado. Un lugar lúgubre donde por todas partes no se veían más que huesos de animales muertos diseminados por el suelo, montañas de huesos. Evidentemente aquel lúgubre

lugar era el sitio escogido por los animales para morir. Y sobre él se mecía el ciervo, que ya no podía seguir más allá.

La morada de los animales muertos terminaba en una enorme roca que se extendía a ambos lados, hasta perderse de vista. Debajo de ella abría sus fauces el espacio vacío, la pura nada, el abismo, el lugar de donde salía la noche. En el borde mismo del abismo se detuvo el ciervo y levantó hacia el cielo toda su figura, con la poderosa testa erguida como una montaña y vuelta hacia el cazador. Sí, ahora estaba para un disparo de flecha. Y el cazador apretó los dientes y disparó.

Pero aún la flecha iba silbando por

el aire cuando el arquero vió que el ciervo se elevaba de la tierra y se convertía en fuego que ascendía, llama y rayos, al cielo. Y a medida que se iba alejando, disminuía su luminosidad, hasta convertirse en un grupo de puntos luminosos que, después de girar una vez sobre sí mismos, se quedó quieto en la bóveda celeste.

Sólo entonces vió el cazador que aquello a qué había disparado creyéndolo un ciervo era una constelación. La conocía muy bien. Al verla, le pareció haber vuelto a la infancia. Pero ¡qué frío sintió! El cielo estrellado se mecía sobre él como una rueda espantosa. Se sintió traspasado hasta la medula por un rayo de aire

procedente de la eternidad. Comprendió que estaba en el fin del mundo y que aquel ciervo que había perseguido era el tiempo mismo. Y se apoderó de él la cobardía; de su espíritu había desaparecido el frenesí del cazador. Y dió en pensar entonces en la madre y en el hijo... Dió media, vuelta y emprendió el regreso hacia la casa.

Pasaron cien años cuando, por fin, llegó al punto de partida. Con pies ligeros, una flecha y un impulso incontenible había salido de su casa; ahora regresaba a ella con un cayado en la mano y vacilando como un viejo, un pobre hombre viejo.

Encontró el lugar donde había estado su casa, pero estaba muy

cambiado. La colina era la misma; ¡qué distinto, empero, era el bosque! De los árboles que él había conocido, solamente quedaban algunos tocones; habían sido sustituidos por otros árboles que cien años atrás eran tiernos brotes. Era otro bosque, y él un ser extraño allí.

La fuente se había secado; una hondonada en la ladera de la colina mostraba el sitio donde había sonado en otro tiempo la voz amada del agua cristalina. De la casa, labrada con tanto esmero, no había apenas rastro. Solamente un pequeño montículo cubierto de maleza señalaba el emplazamiento. Todo había sido consumido por el tiempo: molduras, gabletes, dragones y el gallo que en lo

alto de la veleta coqueteaba con el viento. En el bosque reinaba el silencio; los altos árboles extraños dormían con las ramas ateridas por el frío invernal.

El anciano cazador se sentó sobre la tumba de su casa; amontonó hojas secas a su alrededor formando una especie de nido: parecía un pajarillo abandonado. Entre la hierba encontró trozos de carbón, restos de un hogar desaparecido. ¡Qué fríos estaban ahora aquellos carbones! El bosque no tenía alma, ni siquiera infundía miedo, excepto el miedo a la soledad.

El cazador había envejecido; pero en su corazón vivían con más vigor que nunca los seres amados que habían embellecido su existencia. El tiempo,

por una vez, no pudo echar la anestesia del olvido en el alma del cazador.

Se hizo una cabaña y se la imaginaba ocupada por la madre y el hijo. Y sus ojos se animaban mirando hacia todos los lados de su albergue. Veía allí a los dos; sus manos se tendían en el vacío reviviendo escenas que habían sido. Y soñaba, soñaba con los seres queridos, mientras que en su pensamiento iba madurando la idea de labrar sus figuras. Labrarlas como siempre habían sido, y rodearlas del ambiente dulce que las había acariciado. Y entonces pensó construir una casa para la eternidad. Una casa que representara la vida y el tiempo, y el bosque y los animales, y el sol y el

mundo inferior; todo lo que había tenido y perdido. Y dentro de esa casa maravillosa vivirían inmortalizados la madre y el hijo.

Y se puso a esculpir la estatua primero. Una estatua para dos; un grupo escultórico representando a la madre y al hijo sentados fuera, bajo los árboles, como tantas veces los había contemplado el cazador: la madre con el hijo sobre las rodillas para que todo el bosque pudiese verlo, con su cabecita dorada como el sol, ante la que se inclinaban reverentes las ramas de los viejos árboles. Así la soñó el cazador.

Pero ¡cuánto trabajo y cuánto tiempo para dar cima a la obra que tan bellamente había concebido! Y cuando

la terminó, su grandioso proyecto quedaba reducido a un tronco labrado donde se adivinaban dos figuras humanas. No; aquello no era la estatua soñada; era solamente el primer paso de una idea ambiciosa y genial cuya realización exigía reagrupación de fuerzas. Y la puso en su cabaña para estudiar más detenidamente la forma de continuarla hasta la perfección.

Solía estar sentado delante de ella, como en otro tiempo se sentaba delante de la madre y del hijo; cantaba ante ella, mientras, fuera, el bosque silbaba sobre su cabaña; cantaba recordando la época en que la madre y el hijo oían sus canciones mezcladas con el mugido del bosque.

En la primavera sacó afuera la estatua y, con una flauta de caña, tocaba ante ella melodías que sonaban como el grito de recién nacidos hijos del bosque. Y los animales, con quienes el cazador hacía tiempo que había firmado las paces, venían al conjuro de la música y se ponían al lado del solitario para escuchar.

Y un día de primavera, cuando, todo emocionado, rememoraba en sus melodías los recuerdos más dulces de su existencia, se cerraron sus ojos.

Los viejos tienen un sueño ligero y corto. El viejo cazador movió la cabeza. Su sueño pudo durar un momento y pudo durar también mil años. Y en este emocionado arrebató, su ser traspuso la

linde del tiempo.

EL BARQUERO

AQUELLOS parajes habían envejecido una vez más desde la lejana época en que el cazador los había habitado a la orilla del río, cuando un nuevo solitario vino a establecer en ellos su morada. Igual que el cazador, no tenía nombre; pero tomó uno por el cual se le conocería desde entonces por todo el mundo. Cristóforo — el que lleva a Cristo—; éste era el nombre del nuevo solitario. Había nacido en la Gotia, abandonando su tribu allá por la época de las emigraciones y yéndose por el mundo como otros muchos que bajaban del Norte hacia las comarcas del Sur.

Pero su destino fué habitar una región intermedia.

Cristóforo era de una talla extraordinaria, grande sobre medida, y tan fuerte, que jamás se había llegado al límite de su potencia. Pero era bueno, un verdadero héroe de la bondad. Nadie le había visto furioso, ni había ocasión para ello, pues no había persona ni cosa que pudiera irritarle. Ni siquiera cuando servía en los caseríos se le vió enfadado a causa de la indocilidad de los animales. Cuando las bestias se mostraban indómitas, se lanzaba a ellas con las manos vacías y las sujetaba hasta que se amansaban, y si la becerra se ponía terca y no quería entrar en varas, se la traía a la cuadra en brazos.

Decían que era lento; pero había que tener en cuenta que un hombre de miembros tan fuertes no los manejaba tan rápidamente como los pequeños.

Al principio, era completamente tonto, teniendo que aprender las costumbres empezando por la raíz: comer en platos igual que los demás y sacar la cuchara de la boca después de meter el alimento. Pero más de una vez no necesitó instrucciones para dominar cosas que no conocía.

En juicio no se quedaba atrás. Pensaba en su situación y en lo que más le convenía. Llegó un momento en que se le hizo imposible seguir en la casa donde servía. El amo, que era una buena persona, le dedicó a roturar tierras

vírgenes, y Cristóforo arrancaba con una sola mano árboles con sus raíces, entre las cuales venía tierra y piedra, que él sacudía sin esfuerzo. De seguir con aquel trabajo llegaría a convertir la tierra toda en un vergel.

Pero a nuestro héroe se le hacía cada vez más incomprendible tener que servir a un pigmeo, cuando, sin embargo, lo más natural era que fuese al contrario. En cierta ocasión dió en averiguar si su amo creía en algún ser superior, y vió que el buen hombre veneraba a varios de estos seres, a los cuales llamaba dioses, cuyos nombres eran Odín, Thor, etcétera, entre los cuales figuraban mujeres. Pero el gigante no podía tomar en serio estas

cosas; no creía en los espíritus; jamás había visto uno ni de día ni de noche. Una vez sintió algo que le pinchaba y pensó que bien podía ser un espíritu de los que hablaba la gente cuando había algún mal. Lo cogió entre sus dedos, pero vió que era una pulga de oveja. Y como no tenía pruebas en contrario, vino a creer exclusivamente en la propia fuerza y robustez. Por consiguiente, si había de estar al servicio de alguien y sentirse contento en su servidumbre, ese alguien tenía que ser aún más fuerte que él.

Aparte de sus dioses, el amo reverenciaba también al monarca, la persona más poderosa entre toda aquella gente campesina. Entonces el gigante

pensó en ponerse al servicio del rey. Pero en la corte llegó a saber que en otros reinos había reyes más poderosos que el suyo, y entonces el gigante salió del país, decidido a no servir más que aquel que no temiese al nadie ni a nada en el mundo.

La leyenda sobre el Cristóforo, conocida de toda la cristiandad, nos dice que abandonó el más poderoso de los reyes después de haberle visto hacer una cruz al oír el nombre del diablo. Cristóforo le preguntó al rey por qué escribía en el aire, y éste le contestó que temía al diablo. Oído esto, Cristóforo salió del palacio y se puso al servicio del diablo.

Pero como el príncipe de las

tinieblas sintiese en una ocasión miedo ante la cruz, el gigante, intrigado, le preguntó a qué se debía aquel rodeo ante dos simples trozos de madera; el diablo tuvo que confesar que temía a Aquel cuya bandera era una cruz. Y el gigante cayó en la cuenta de que el Señor de la cruz era el más poderoso, y se echó mundo adelante para encontrarle.

Como saben todos los que conocen la leyenda, Cristóforo no encontró el reino de Dios tal como él se lo imaginaba; pero un ermitaño con quien se encontró y al que le preguntó por el reino de Dios, le contestó que Dios no tenía reinos como los de los reyes de la tierra y le enseñó cómo podía servir y agradar con buenas obras al más

poderoso de todos los señores. En general, las prácticas cristianas no estaban hechas para Cristóforo: no quería ayunar, ni velar, ni orar. Pero trabajar, todo lo que quisiera, si con ello agradaba a nuestro Señor. Y entonces el ermitaño le dió un quehacer muy propio para él. Consistía en pasar a los caminantes a través de un gran río muy difícil de cruzar. Y así fué como el gigante se estableció a su orilla y se hizo barquero.

Cristóforo estaba contento con su trabajo. Aunque no podía ver al Señor a quien servía, ni sabía dónde estaba, aceptó la palabra del ermitaño, que le aseguró su existencia y se esmeró en el servicio que hacía en su nombre.

Prefería trabajar en el río a servir a señores armados, porque siempre le había disgustado la guerra manteniéndose en todo momento al margen de enemistades y rencillas. No comprendía el uso de instrumentos punzantes y cortantes, y, por su parte, se contentaba con un palo cuando tenía que hacer frente a grupos de gente violenta. Le repugnaba la idea de atravesar o partir en dos el cuerpo de un hombre, aunque fuera un malvado.

En cambio, para vencer los elementos, en una ininterrumpida lucha cotidiana a la luz del sol y de las estrellas, contaba Cristóforo con aptitudes e inclinación singulares. Y se sentía feliz en medio del combate.

El río salía del bosque en un gran recodo, bajando de las tierras altas y serpenteando dentro del bosque en dirección hacia las tierras bajas y después hacia el mar, contra el cual rompía furioso como un rebaño de bueyes salvajes. Y a causa de este choque se formaban peligrosos remolinos y grandes superficies de agua blanca que, reflejando el cielo y los bosques infinitos, avanzaban silenciosas hacia los promontorios. Las aves del río volaban sobre los remolinos y se lanzaban en picado sobre el salmón, que corría como un rayo hacia el fondo...

En la primavera se desbordaba el río a causa del deshielo en las lejanas montañas, avanzando sus aguas por el

bosque, sucias y turbulentas, llevando sobre su fluida superficie trozos de hielo arrancados de los glaciares, y salían de él empujando troncos seculares. ¡Qué difícil era entonces cruzar el río! Cristóforo tenía que poner en juego todas sus fuerzas para seguir desempeñando su oficio de barquero. Si solamente había que pasar a uno solo, se lo echaba a la espalda; pero si eran varios, utilizaba la lancha.

Era ésta una gran barcaza de madera de fondo plano, que él mismo había construido. No había lancha más fea. Viéndola, parecía que Cristóforo había empleado los dientes en lugar de la azuela y de la garlopa. Fea era también la pértiga: un árbol al que había

quitado las ramas. Pero las dos cosas cumplían perfectamente su destino. Cristóforo, a pie sobre el río, empujaba la lancha a través de la corriente con sus vigorosos brazos, quitando el hielo y los árboles que le impedían avanzar y echándolos a un lado con su vara.

Siempre había gente a lomos de aquel río, especialmente pescadores y comerciantes, que remontaban o seguían su curso; sin embargo, grande era también el número de los que Jo cruzaban de una a otra orilla, pues el embarcadero estaba situado precisamente donde se encontraban los grandes caminos que las emigraciones se habían hecho a lo largo de los siglos en su fatigosa marcha del Norte al Sur, y

por los cuales seguía pasando sin cesar. Era como un cruce de los tiempos donde el paso de la Naturaleza se encontraba con el paso de la Humanidad.

El río pasaba, la gente cruzaba; pero Cristóforo seguía en el embarcadero, y su lancha no cesaba de llevar pasajeros para ambas orillas. Le agradaba vivir allí. No entendía el simbolismo de la cruz, pero vivía y obraba conforme a él, pues en realidad cruz era la formada por las inagotables fuentes de la Naturaleza en aquel río y la interminable fila humana que lo cruzaba.

Cristóforo vivía allí en nombre de un Dios a quien no conocía; ayudó a la mitad de la población del Norte a pasar el río. Venían por familias, linajes; a

veces llegaba toda la población de una comarca con casa y ganado: viejos y jóvenes, mujeres y niños, desde los feroces guerreros que se jactaban de matar como si se tratara de un pasatiempo y bebían la sangre que bañaba el filo de sus espadas, hasta las niñas pequeñas con sus perritos en brazos. Venía un enjambre, una oleada tras otra: el Norte en pleno. Eran las gentes invasoras, los rudos habitantes de las frías regiones septentrionales, gentes de pelo rubio y ojos azules, fuertes y corpulentos como Cristóforo, y de su misma sangre, que por los caminos del mar antes y ahora por los caminos que se cruzaban en el río donde el barquero Cristóforo ejercía su oficio, se dirigían,

en una primavera de esperanza, hacia el
Sur soñado, tierra de las sagas y del sol.

EL IMPERIO DE LA NIEVE

AÑOS difíciles fueron la causa de que las gentes del Norte abandonasen las frías regiones donde habían establecido su morada. Siempre habían sido crudos los inviernos en las zonas septentrionales, pero se podían aguantar: había caza, comida no faltaba y el pensamiento de una primavera prometedora de cosechas ubérrimas y de un sol ardiente hacia los demás. Eran dignos descendientes de Dreng, en cuya escuela habían aprendido a soportar la adversidad y a luchar con denuedo

contra las dificultades. Pero tantas fueron las que a lo largo de muchos años crueles se amontonaron sobre ellos, que decidieron renunciar a la lucha abandonando el viejo solar patrio.

No era que hubiesen perdido las virtudes que los caracterizaron desde su origen, no; no cambiaron ellos; cambió el clima, echando sobre sus tierras inviernos largos y rigurosos que alteraron profundamente las condiciones de existencia. Los veranos, con su brevedad, apenas conseguían fundir la nieve y el hielo; en el mar del Norte, flotaban los icebergs; la bruma y las nubes tenían oculto el sol durante medio año; el suelo estaba lleno de agua — agua en los bosques, agua en las tierras

de labor, agua en el llano, agua en los valles—, y la atmósfera estaba saturada de humedad. La tierra no llegaba nunca a secarse lo suficiente y las cosechas no lograban madurar.

Y bastaba que el verano fuera malo para que en el invierno hubiese privaciones, pues lo poco que podía recogerse del suelo se consumía en pocas semanas.

Pero si del suelo se obtenían cosechas raquíticas, de los animales, cada vez más escasos, se sacaba poca carne, pues tampoco los pastos abundaban en aquellos campos sin sol. Quedaba la caza, pero había demasiada gente para ella. Las casas rebosaban de niños que en seguida se convertían en

grandes enjambres voraces.

Al Norte, a ambas orillas del Kattegat, las nevadas eran intensísimas. Duraban semanas enteras y oscurecían el cielo, convirtiendo la noche en tumba y el día en crepúsculo. Los torbellinos de nieve lo invadían todo; caían de las cuatro esquinas del cielo y formaban en el aire verdaderas columnas blancas. La tierra era un desierto blanco con una siniestra oscuridad en el fondo: la muerte hacía muecas horribles en el aire, y la gente mostraba en sus caras pálidas y en sus ojos asustados la sombría perspectiva del invierno desatado.

Y cuando cesaron las nevadas y se calmó el viento, dormía toda la tierra

sepultada bajo la nieve, que cubría hasta la mitad los árboles del bosque. En todas partes había blancura; era blanca la zona interior, blanca la costa hasta el Kattegat, blanca la comarca de Escania, blancas las tierras a ambos lados del Sund; como una flecha blanca avanzaba en el mar el Kulle; las islas eran blancas también. Y haciendo contrapunto a tanta blancura, un mar negro que lanzaba su bilis hacia los estrechos, cegándolos con una capa de hielo de una braza de espesor.

Los pescadores, imposibilitados de hacerse a la mar, tuvieron que romper el hielo a hachazos para abrir paso a sus embarcaciones. En las sombrías noches se oía el pavoroso trueno del hielo,

semejante a una terrible sacudida subterránea, y la gente, estremecida, desaparecía bajo sus lechos de piel. Era el mar que trataba de acomodar su aprisionada espalda y se revolvía contra la opresora coraza blanca. Y en el eco de costa a costa se burlaba Odín.

Hasta muy entrado el verano hubo hielo en la tierra, dándose el caso de que todavía el Sund tenía lurtas de hielo cuando llegó el otoño y aparecieron las nuevas heladas. Aquel año no hubo cosecha, y el hambre empezó a lanzar a la gente de las aldeas. Se había llegado al límite de la resistencia.

Los conductores del pueblo, los capitanes, los más sabios y las autoridades hicieron los preparativos

para poner fin a los años malos. No se escatimaron sacrificios. Primero, se ofreció ganado, incluso en más cantidad de lo que aconsejaba una sana prudencia; luego, viendo que esto no bastaba, se sacrificaron seres humanos — esclavos o prisioneros — que las implacables divinidades parecían exigir. Pero tampoco así se conseguía que los veranos fueran mejores.

Entonces, en una de las regiones, se recurrió a un remedio extraordinario: ofrecer al rey como víctima expiatoria por todos a Odín, señor del fuego. Era aquí precisamente donde más se le había ofendido, pues en los últimos tiempos el pueblo se había alejado más y más de encender las hogueras y enterraba a sus

muertos en colinas. Sí, el señor del fuego se veía privado de algo que se le debía y se vengaba. Ahora había que desagraviarle y se le ofrecía lo mejor. El rey no opuso ninguna objeción contra esta decisión popular.

Se fijó el sacrificio para el solsticio de invierno, fecha grande para los antiguos por la solemnidad con que se conmemoraba; y con motivo de este próximo acontecimiento se revivieron viejas costumbres que habían caído en el olvido. Se apagó el fuego en todos los hogares, para encender el fuego sagrado y tomar de él la llama nueva para todas las casas y para hacer ver a los dioses que se imitaba a los cuerpos celestes. Se probaron muchas otras cosas en las que

la gente tenía quizás poca confianza. Había que volver a las abandonadas tradiciones y hacer lo que los antiguos habían hecho para seguir viviendo.

La ceremonia se celebró en una colina en el corazón del bosque, donde estaba el altar más antiguo de todo el país, y estuvo a cargo de los más ancianos. Se reunió casi todo el pueblo de la región. Allí estaban los hombres de todos los clanes, de todas las familias y linajes; allí, todo el ejército, no porque hubiese sonado la trompa de guerra, sino porque aquel día era excepcionalmente trascendental. Campesinos armados, a pie y a caballo, cubrían literalmente los lugares próximos al altar y una gran zona del

bosque.

Al amanecer de aquella oscura mañana invernal se hizo la invocación del fuego antes de la salida del sol, observándose todo el ritual propio de aquella ceremonia decisiva. Los sacerdotes hicieron el fuego por frotamiento mientras se sacrificaban los animales que habían de consumirse en holocausto a Odín. No eran animales lustrosos; la falta de pastos no permitía tener ganado de buen ver. Una vez que la nueva hoguera comenzó a llamear, se puso en marcha todo el ejército al son de la lura, cuyo poderoso sonido llenaba el bosque. Un sordo ruido de pasos subía por el bosque, y los hombres, en oleadas, desfilaban ante el fuego

sagrado en medio de un silencio de muerte. Los jinetes desfilaron por escuadrones rindiendo sus armas al pasar ante la hoguera, y apenas cesaba el ruido de los cascos de los caballos surgía un nuevo grupo, y otro, y otro, como si salieran de las entrañas de la tierra.

Cuando terminó el desfile, fué sacrificado el rey. Éste avanzó con un desdén infinito hasta situarse dentro de la zona iluminada por las llamas, y ofreció su frente. Recibió el golpe mortal en medio de su arrugado entrecejo, y se desplomó de espaldas en el fuego. En este mismo instante todos los hombres golpearon sus escudos al mismo tiempo, y no se oyó más que un

solo golpe. De todos los pechos salió un grito de homenaje a su rey, que resonó en el bosque como un alarido sobrenatural precedente a la irrupción y al saqueo.

Mientras se desarrollaba la ceremonia, que encendió la cólera en todos los asistentes, se volvió al silencio, solamente interrumpido por el chasquido de las chispas que saltaban de la hoguera. Y en medio de él se adelantó el viejo campesino oficiante y cantó este himno del día:

*Ya viene él sol
con sus rayos
luminosos,*

*y la tierra yerta
vuelve a sonreír.
¡Renace la esperanza
en él mar y en el cielo!
¡Oh, qué bello es el día!*

*Nuestros antepasados
dijeron a nuestros
padres
que los malos años
no son eternos.
El anciano de pelo gris
soporta los rigores
del inclemente invierno
porque espera la vuelta
del sol recreador.*

Parcos en dádivas se

mostraron

*los dioses del Norte;
pero en cambio cada
año*

*nos regalan un nuevo
sol.*

*Por eso adoramos al
conservador,*

*al que muchas veces
entregamos vidas
nobles.*

*Entre plegarias
deposita*

*el campesino su cebada
en la tierra fría
para que la fecunde
el beso del sol*

*y tenga su granero
repleto de grano.*

*Husmea la luna de
invierno.*

*En el saco más negro
regresa el sol,
y cantan los
enflaquecidos
hijos de la tierra:
¡Padre del fuego,
recibe nuestro
sacrificio!*

Pero el sol no salió. Era una mañana nublada que cerraba totalmente al cielo. El día no tenía fuerza, y cuando

el ejército se dispersó y emprendió el regreso caía la nieve sobre la tierra toda. No se celebró el banquete ritual; nadie tenía humor ni ganas de comer. Y ya antes del anochecer se habían enfriado las cenizas, y los restos de la hoguera y del sacrificio yacían sepultados bajo una espesa capa de nieve en el viejo altar del bosque.

Durante todo el verano siguiente se estuvo pendiente del tiempo, pero tampoco hubo cosecha, y la gente se convenció de que los dioses no aceptaban el pacto, y entonces rompió también todo compromiso con ellos. Ya no se ofrecieron más sacrificios a los dioses del tiempo; los altares se quedaron mudos. Y cuando volvió la

primavera sin que se viera ninguna señal de bonanza, se renunció al país y a todo lo que encerraba; se rompieron y derribaron las columnas sagradas, se pisotearon los fuegos domésticos y se salió en busca de una tierra mejor.

Muchos ya habían comenzado a dudar del poder de los dioses, si es que existían. El sol seguía imperturbable su carrera, tanto que se le dedicasen fuegos artificiales o no; pero jamás se acercó. Y la gente, hambrienta y sin fe en los dioses, volvió la espalda a un mundo envejecido, que hacía presagiar un mundo nuevo.

LOS LONGOBARDOS

PERO no se despobló toda aquella tierra. Sobre su blanco suelo permaneció la gente que no podía lanzarse a la temeraria empresa: ancianos y niños, el principio y el fin de la vida. La masa de emigrantes estaba formada por los adultos y los jóvenes de los dos sexos. Llevaban en sus carros las cosas que más querían y en sus fuertes corazones las más caras esperanzas. Partieron con una lágrima en los ojos y una canción jubilar en las gargantas. Y detrás del último chirrido de los carros y de la última nota jubilosa quedó un silencio profundo agarrado a

todas las cosas de la tierra nativa. Ya no ocurrió nada; se había extinguido la vida en los caseríos; la caza se preguntaba, muda de asombro, qué había sido del arco y de la flecha y por qué no sonaba el cuerno del cazador. No pasaba nada. Parecía que los emigrantes se habían llevado el tiempo consigo.

Antes de partir habían celebrado una asamblea con el fin de deliberar sobre quiénes habían de evacuar el territorio. Los hombres opinaron que la solución de una época difícil era disminuir la población; los viejos, que ya habían cumplido su misión en la vida, debían dejarse matar, mientras que los niños, superabundantes, debían salir del domicilio paterno. Pero contra esta

opinión se levantaron las presuntas víctimas apoyadas por las madres, quienes aconsejaron a los más jóvenes que se marchasen, y el consejo fué seguido. El Ejército que se puso en camino y que desde entonces se hizo famoso tomó su nombre de las largas hachas que llevaban los hombres y se llamaron longobardos.

El hacha reflejaba su destino. Al principio era el hacha del bosque con la cual cortaban los árboles y abrían la tierra: luego se convirtió en un instrumento para labrar la madera y construir naves y hacer carros. Pero lo mismo al principio como al fin no dejó de ser un arma, y cada día lo era más.

Atravesando tierras llegaron a la

costa; construyeron naves y se hicieron marinos. Atravesaron el mar y llegaron a otras costas; desembarcaron y de nuevo se convirtieron en campesinos. Y otra vez construyeron naves y se confiaron al mar. Y así continuaron hasta alcanzar las grandes vías terrestres que bajaban al sur de Europa, por las cuales se lanzaron en densas oleadas. Perdieron sus costumbres marinas y se convirtieron en un pueblo nómada cuya vida transcurría ligada a la rueda de sus carros. La marcha era lenta y el viaje largo. Los que habían salido jóvenes de la tierra natal envejecieron en el camino; y antes de que los jóvenes de la nueva generación llegaran al término de su viaje, se veían desplazados en su

juventud por otra nueva primavera humana. Y así siguieron sucediéndose generaciones y más generaciones, que sabían adonde caminaban, pero ignoraban por completo su origen.

Aquel largo peregrinar hacia el Sur significaba para el Ejército emigrante, convertido ya en un pueblo, afrontar todos los obstáculos que jalonaban su marcha. Frecuentemente tenían que abrirse paso con las armas ante la declarada hostilidad de los pueblos que se encontraban en su camino; otras veces tenían que pedir autorización para permanecer en territorio ajeno durante el invierno, o solicitar permiso para sembrar y esperar a recoger la cosecha, y finalmente, también se encontraban con

pueblos con los que vivían pacíficamente. Entonces se quedaban allí muchos años, y algunos incluso permanecían allí para siempre, convirtiendo sus hachas en arados.

Pero, una vez más, se multiplicaron y llenaron la región. Y volvió a formarse la caravana de carros, y volvieron a afilarse las hachas y a apuntar hacia el Sur. Renacía la esperanza. ¡A emigrar!

Y, de etapa en etapa, llegaron en su infinito caminar al lugar donde Cristóforo, ejercía su oficio de barquero y en el cual se cruzaban las principales vías que bajaban del Norte.

Un sordo griterío, un mugido estremecedor que llenó el bosque, anunció la llegada de aquel mar humano,

envuelto en una espesa nube de polvo que Cristóforo distinguió mucho antes de que los gritos llegasen a sus oídos. Primero llegaron las avanzadas, constituidas por jinetes exploradores. Cristóforo les vió salir del bosque al otro lado del río y detenerse a mirar y buscar un vado.

Pero al ver al barquero, comenzaron a hacer señales y a tocar el cuerno para que Cristóforo se diese cuenta de su presencia.

Tras los jinetes llegaron los primeros carros — toscos carrromatos con su cargamento de mujeres, niños y enseres; luego, una nube de hombres a caballo dando escolta a los carros con las hachas cruzadas sobre el pecho.

Hicieron alto a la orilla del río y los carros se colocaron en círculo formando una especie de ciudad amurallada en torno de la cual acampaba un ejército al aire libre.

Se estremeció el bosque con el brillo de las hachas y de las lanzas, rodeando los carros y los animales uncidos a ellos. Y pasó el ejército. Detrás venían los rebaños — vacas, ovejas, cabras, etcétera—, en una confusión de tamaños y colores, conducidos por esclavos; y en último lugar avanzaba, bullente, la juventud, mozos rudos y pecosos, y mozas que preferían ir a pie, robustas muchachas de diecisiete años, desnudas de pie y pierna, con faldas de lino, cuya

cabellera, rubia como la miel, les caía como una luz de oro sobre los hombros.

En la parte delantera de los carros vivienda, se sentaban las madres con los husos en las manos, y a su lado pequeños y grandes niños rubios lanzaban la curiosidad de sus ojos nuevos sobre todo lo que les rodeaba. Venía también la madera y las tablas con que hacían sus casas cuando estaban acampados, y los arados, todavía llenos de tierra, de la tierra que por última vez abrieron en el viejo país natal. Y en el último rincón de los carros tenían su morada provisional, su lugar sagrado, las vestales nórdicas, viejas mujeres llenas de arrugas y de grasa, que mantenían vivo un fuego que jamás

debía extinguirse. Por las noches, cuando la caravana se detenía, cada madre cogía un tizón de este fuego sagrado para hacer su cena al aire libre.

Todos los carros estaban adornados de verde follaje. Era la primavera y el bosque acababa de vestirse de verde. Los emigrantes, con la primavera de la esperanza en el corazón, atravesaban, cantando, el bosque. Era el suyo el desfile de la alegría naciente. Los niños asomaban sus cabezas asombradas y cantaban como un coro de pájaros; cantaban las muchachas que iban al lado de los carros; cantaban todos. Todo era nuevo: nueva el alma, nuevo el bosque, nuevo el sol. Y nuevas eran las voces, nueva la canción que los arrastraba a un

mundo dejando atrás un rosario de recuerdos. Era la canción luminosa de la emigración a un mundo mejor:

*La dulce primavera
ha vuelto a sonreír
en la dormida tierra.
El sol lanza fuego
y el viento no gime.
¡Viento del Sur
que invita al viaje!
Los carros salen de las
casas
y alegran con su canto
la soledad de los
caminos
del mundo.*

*En las cuadras se quedó
el fantasma del
invierno,*

*pero en los campos
resucitados*

*retoza el júbilo de los
animales domésticos.*

*¡Saltad, muchachos, a
los caballos*

*y galopad por la
pradera en flor;*

arriba y abajo,

abajo y arriba

por el ancho mundo!

*¿Queréis venir
conmigo?*

¡A la muerte tú y yo!

¡Mi joven y bella vida

mi esposa de viaje!
¡Amor! ¡Magnificencia!
Ser dos noche y día;
dos espíritus, un
encanto.

La dicha está debate; el
dolor, detrás.

¡Vámonos por el mundo!
El bosque verde y frío
nos ha dado permiso.
No sabemos adonde
vamos,

pero la golondrina está
con nosotros.

¡Espíritu de golondrina,
viento de primavera!
Vayamos todos
al Sur.

*Al Sur donde está el sol
y la eterna primavera.
¡Vayamos al Sur
por el ancho mundo!*

El coro llenaba el bosque como una gigantesca voz jubilosa. Los niños aspiraban la primavera y el aire del bosque como si fuera la primera vez que el mundo tuviera primavera y aire, mientras que sus cabecitas, como flores que seguían el curso del sol, iban girando de un extremo a otro. Jamás se les había presentado un día tan maravilloso. Ante ellos se abrió el bosque y apareció el milagro del río lanzando su ondulada corriente contra el

horizonte, contra un mar que rodeaba a toda la tierra, llevando el sol sobre su móvil espalda y confundiéndose con el cielo allá en la lejanía. Pero enfrente, en la otra orilla, estaba otra vez la verde serenidad del bosque como una nueva entrada al otro mundo más nuevo. Allí estaba el embarcadero.

Durante varios días hubo un trabajo intenso y agotador para los hombres y para el barquero. Se pasaron los carros uno a uno, luego los caballos y la gente, y por último pasó el ganado.

Llegados a la orilla opuesta, el capitán de los emigrantes, un hombre de audaces ojos azules sobre cuyos hombros pesaba el destino de su pueblo, se adelantó con una balanza y una cinta

cíe plata para pagar sus servicios al barquero. Pero Cristóforo no quería cobrar nada.

El capitán bajó la balanza. ¿A qué Dios había que pagar el transporte?

Entonces Cristóforo señaló con el dedo pulgar la cruz que había colocado sobre el tejado de su cabaña y le explicó quién era el gran rey Cristo, en cuyo nombre estaba él al servicio del prójimo. Tampoco el rey Cristo deseaba recompensa ninguna.

El joven capitán de mirada salvaje y cabellera roja, listada de pelo gris, no comprendió a Cristóforo. Desde que se había puesto en marcha al frente de su pueblo no había hecho otra cosa que abrirse paso a fuerza de guerrear sin

descanso y estaba acostumbrado a tomar por la fuerza lo que necesitaban o a pagarlo; en su camino sólo había encontrado oposición, matanza, sangre y traición. Por vez primera encontró más suavidad de costumbres y su alma salvaje recibió un impacto de asombro. Y continuó su viaje sin comprender aquella acción de Cristóforo, pero llevando para siempre en su memoria y en su corazón al rey Cristo.

Cristóforo los vió desaparecer bosque adentro; ya estaban en el camino que los había de llevar al Sur, guardado por la espantosa muralla de los Alpes. Pero ellos querían cruzarlos; tenían que ver lo que había en la vertiente meridional, lo que había al otro lado

soñado. Iban contentos como si fueran los únicos hombres que pisaban la tierra; las dificultades que les habían obligado a salir del solar natal estaban completamente olvidadas, y el futuro no era para ellos más que una vida acariciada por el sol. Pero, ¡cuántas veces este risueño cuadro se vería ensombrecido por las tragedias más dolorosas! La tierra, estremecida de espanto, vió más de una vez, tras la derrota de los hombres, el exterminio voluntario de las mujeres matando antes a sus propios hijos. Pero otras veces surgía el héroe, el hombre que los llevaba a la victoria, y entonces los jóvenes guerreros se convertían en príncipes, caudillos y reyes; las tribus

pasaban a constituir la nobleza del país conquistado. Pero estos privilegios había que pagarlos muy caros. Fratricidios, engaños y violencias durante siglos enteros; he ahí el precio del poder. ¿Y quién se negaba a recibirlo?

Y en el momento de desaparecer la caravana en el bosque volvió a resonar su canto, cuyas notas ascendían triunfales del fondo del valle como un inmenso coro nupcial, celebrando las bodas de aquellas tribus nórdicas con las amadas tierras del Sur.

Pero la misión de Cristóforo no terminó con el paso de los longobardos. Durante muchos años continuó pasando gente del Norte hacia el Sur, y a todos

les enseñó el camino sin interés ninguno. Ninguno de aquellos pueblos volvió jamás atrás.

Solamente hubo un viajero que cruzó un día el río hacia el Norte. Fué el rey Cristo en figura de niño, que quiso recompensar los largos años de servicio de su fiel Cristóforo.

Deseoso andaba Cristóforo de ver al más poderoso de los reyes. Mas como pasase el tiempo sin lograr verle, pensó que quizá había de construirle un albergue digno para que se dignase venir a hacerle una visita. Y se puso a acarrear grandes piedras que fué colocando unas sobre otras sin argamasa ni cal. Su obra recordaba las construcciones ciclópeas. El plano tenía

la forma de una cruz de grandes dimensiones, y Cristóforo soñaba con ver dentro de su enorme recinto a su gran rey Cristo. Y traía más piedras y las iba colocando, y la construcción crecía, crecía... Parecía ya una montaña pequeña. Pero Cristóforo quería más; pensaba llevar la cúpula hasta las estrellas. Y andaba dando vueltas a su imaginación para realizar su proyecto.

Pero su obra no llegó a las estrellas nunca, pues antes de madurar su proyecto recibió la visita de su Señor. Sucedió el hecho de muy distinta manera a como él se lo imaginaba. Una tarde oyó a un niño quejarse a la orilla del río pidiendo que le llevaran al otro lado. Acudió Cristóforo al lugar de donde

partían las quejas, pero no vió a nadie. Esto se repitió tres veces. Y a la tercera vió a un niño a la orilla del río. Cristóforo se acercó y el niño le rogó humildemente que le pasara al otro lado. Cristóforo le tomó sobre sus hombros y, por vez primera en su vida notó que el peso de aquel niño casi le agotaba sus fuerzas. Era extraño: el niño pesaba cada vez más, y el río se hinchaba alrededor de él, y se oscurecía el cielo más y más. Parecía que los elementos se le querían tragar. Pero la agotadora carga que llevaba le sostenía misteriosamente. Y cuando al fin llegó a la otra orilla, Cristóforo se encontraba como si hubiera cargado el mundo entero sobre sus hombros.

El niño, dice la leyenda, miró a Cristóforo con una extraña seriedad y le dijo: “No te extrañe que yo pese tanto. Sábetelo que no solamente has llevado sobre tus hombros todo el universo, sino a su mismo Creador. Mira, yo soy Cristo, a quien has servido hasta ahora; y en prueba de que lo que digo es verdad, clava tu vara en la tierra y mañana florecerá y dará fruto.” Y cuando Cristóforo se despertó al día siguiente, su vara de peregrino y de barquero se había transformado en una palma. Así fué como vino el Sur a él.

Él mismo llevó aquella palma al Norte. Pero dejemos para otro relato la narración de cómo el reino de Dios penetró en el Norte y fué recibido en las

pobres tierras de las que había salido toda la juventud y donde sólo había quedado la raíz y la punta, los ancianos y los niños.

NUESTRA SEÑORA

PASARON muchos años, tantos quizás como los que vive una encina, desde la época en que Cristóforo ejercía su profesión de barquero. En aquel mismo paraje había ahora una ciudad.

Había desaparecido el bosque. Todo lo que la vista alcanzaba a ambos lados de la orilla donde había estado el embarcadero era tierra abierta y cultivada; al otro lado del río seguía el bosque. El embarcadero había atraído a toda clase de gentes; allí se celebraban ferias, y poco a poco se fué convirtiendo en una ciudad. Las tierras circundantes fueron aradas; en su contorno se

construyeron nuevas casas. Los días de feria acudían los campesinos de las comarcas del interior llevando sus productos y adquiriendo en la ciudad lo que de todas partes traían los barcos que buscaban refugio bajo sus muros. Así nació esta ciudad, cuyo origen nadie conocía.

No ocupaba mucho terreno. Casi crecía más en altura que en extensión. Parecía como un pastel de casas con una gruesa corteza alrededor. Muros circulares con tejados y torres en todo su perímetro, cortados a pico sobre el río y dando a un foso por el lado opuesto; un puente levadizo que abría sus fauces de vigas hacia tierra. Tan aislada estaba la ciudad, que para llegar

a ella era preciso echarse a nadar. Descansaba la ciudad dentro del recinto amurallado, con sus altas casas entre las que serpenteaban estrechas callejuelas.

En el centro mismo de la ciudad se elevaba la colina de la iglesia, en cuya cima cabalgaba la catedral, Nuestra Señora, como una montaña artificial con sus crestas y sus flancos esculpidos. Tan alta era la catedral, que las nubes del cielo, al pasar sobre ella, estampaban su sombra igual que en un monte. Aquí le daba el sol y allí, la sombra, iluminando o envolviendo en una semipenumbra todo un bosque de flechas, contrafuertes, coronas de piedra, hornacinas adornadas y miles de imágenes. De noche levantaba su poderoso cuerpo del reino

de la tierra, con su pie en la oscuridad y sus torres agudísimas tocando al cielo y alumbradas por la luna.

La ciudad, apiñada alrededor de la catedral, acusaba una actividad múltiple; en las calles y en las casas había un hormigueo incesante; al pasar por el puente levadizo, rechinaban las carretas autorizadas a entrar; se oían los martillazos en las tiendas donde se trabajaba el cuero; correteaban los niños por las calles, cayéndose y levantándose; allí se veían unas viejas echando comida a los cerdos; en las murallas montaban la guardia guerreros poderosamente armados. Toda la ciudad era una fortaleza. En el fondo de los pasillos se oía el redoble del tambor,

mientras que en la plaza del mercado desfilaba la caballería, momificada en acero negro y azul de los pies a la cabeza. Cada hombre era un reducto inexpugnable dentro de su recia armadura, oculto el rostro detrás de una visera y un casco. Cuando había necesidad, tronaban los cañones desde los muros, mientras los buques surtos en el puerto respondían con las salvas disparadas por sus piezas artilleras.

Pero la catedral volvía toda al silencio cuando lo creía oportuno. Durante el día dormitaba descansando en su magnificencia y en su vecindad con el cielo. Solamente las horas del día la acompañaban con el tañido de las campanas que formaban suaves

melodías como un fino tejido de sonidos y lanzaban al aire el dorado monólogo de las dulces notas de bronce. Por las mañanas saludaban al nuevo día y por las tardes le decían adiós al ponerse el sol; pero los toques de la tarde quedaban como suspendidos en el aire y terminaban con tres golpes pausados, como el triste y último suspiro del día que se iba.

Mas cuando había alguna solemnidad o se cernía sobre la ciudad una grave amenaza — guerra, incendio, peste—, la catedral ponía en acción todas sus campanas llamando con sus enormes lenguas de bronce, de modo que las torres y los muros empezaban a agitarse entre clamores, se ponía en

tensión la ciudad y la colina, y cundía el estremecimiento por la campiña, por el cielo y por el mar que rodeaban a la ciudad. Y así una vez y otra, un período, un siglo y otro. Las campanas lo llenaban todo con sus poderosos y elocuentes tañidos, con sus arrebatos y sus alarmas. Las campanas escribiendo la historia de los hombres.

En este mismo lugar estaba en otro tiempo, bajo los altos árboles, la morada del cazador, sentada en la soledad del bosque: a la orilla del río, donde ahora se erguía la potencia de los muros tenía su escondrijo la nutria, mientras que el tejón tenía su cobijo en la colina, donde más tarde vino a estar la cripta de la catedral.

No había árboles ahora. En su lugar estaba la torre de la catedral, que buscaba al cielo. Sin embargo, las aves seguían moviéndose con su batir de alas en las mismas capas de aire, un día perfumadas por aquéllos. Alrededor de la catedral y en la parte alta de su interior volaban las cornejas, llenando la iglesia con sus gritos desagradables; más abajo, en las cornisas y en las hornacinas y detrás de las imágenes de los santos anidaban las palomas arrullándose al sol: y por encima de todo, donde la flecha se lanza hacia el cielo, vivía el halcón bajo la veleta, teniendo ante su vista un inmenso panorama. En distintos puntos de la catedral crecía la hierba igual que en las

fisuras de las rocas de la montaña donde hay un poco de tierra amontonada. Arriba, en un rincón junto a la cornisa, donde el viento había reunido una pequeña capa de tierra, que regaba la lluvia y abonaban las aves, florecía un serbal. Desde las galerías, desde los canalones que recogían el agua de la lluvia, lanzaban sus horribles miradas hacia el suelo del templo ogros monstruosos esculpidos en mil formas distintas, petrificados para siempre en una mueca terrorífica y atormentados por el peso implacable de bóvedas y arcos, capiteles y hornacinas; y fuera, sobre los arbotantes, o bien en los ángulos y cornisas y alrededor de alguna torre secundaria, estaban apostados

otros animales no menos terribles y fabulosos mostrando al campo y al mar la impotencia eterna de sus gestos maléficos y desesperados. Eran los dragones de la casa del cazador, sus sueños hechos piedra. Y en el alto y lúgubre hueco de la torre, picoteaba a intervalos regulares el péndulo del reloj midiendo el tiempo. Era el espectro del pico carpintero del bosque.

La cabaña *del cazador*, sus esculturas del igdrasil, su corazón y los grandiosos proyectos que concibió habían tomado realidad en la catedral; la nave que tantos hombres ilusionados habían llevado hacia el Sur estaba anclada para siempre en el templo, y en la catedral estaban también los muros

ciclópeos de Cristóforo y su fidelidad. Y Cristóforo mismo quedó esculpido para siempre en la portada de la catedral, con el niño Jesús sobre sus hombros y un árbol en la mano, vadeando, bondadoso, el río. Era el patrono especial de aquella ciudad fluvial.

Al atravesar la portada, se encontraba uno dentro de un espacioso recinto suavemente iluminado, con sombras de color, aparentemente sin límite; era la alta y estrecha nave sostenida por un bosque de columnas que buscaban la altura como troncos lisos y esbeltos, y sobre cuyos capiteles se apoyaban los arcos con sus ramificaciones y sus nervios sosteniendo

las bóvedas, como en otro tiempo sostuvieron el techo del bosque los árboles que recogieron las *voces* del cazador y de Cristóforo. A dondequiera que se volviera la vista brillaba el arco formado por la luz al atravesar las innumerables vidrieras de la catedral, las magníficas vidrieras en colores con la imagen de hombres y mujeres coronados, de ángeles alados, con una expresión de celeste eternidad. Pero en el ábside de la catedral se rompía la luz en una maravillosa rosa de colores, un anillo donde se fundían las esferas y las órbitas estelares, descansando en él para siempre.

Sobre las columnas y en las semioscuras hornacinas de los muros

estaban las estatuas de grandes hombres, príncipes y guerreros y santos inmortalizados en piedra cuando sus cuerpos ya habían vuelto a la tierra. Hablaban un lenguaje mudo a todas las generaciones. Allí estaba en su grave sepultura la pareja real, cuyas imágenes yacentes formaban la tapa que cubría sus despojos: allí, el general muerto, con su espada dentro del ataúd, y las viejas banderas conquistadas en los gastados relieves de la losa sepulcral, pinturas ennegrecidas por el tiempo; pero con *un par* de ojos de fuego cuya mirada jamás se aparta de uno. Por todas partes, desde las imágenes y estatuas, desde las vidrieras en color, desde las inscripciones y símbolos hablaba el

pasado poderoso, los muertos que no pueden morir.

También estaba en la catedral el animal del bosque, que, para no perecer, se había convertido en piedra. Sí, allí estaba su cabeza esculpida en los capiteles, asomando entre el follaje y recubierta por polvo de siglos. El lobo y el ciervo juntos, porque finalmente en la catedral han sellado eterna paz. En los blasones y escudos de armas, que guardaban viejas alegrías de caza, vivían estilizadas águilas de alas extendidas, jabalíes, cuervos y leones rampantes. También vivían en las piedras de la catedral animales fabulosos que la realidad jamás había conocido: el dragón, el hipogrifo y el

caballo salvaje con un cuerno largo y retorcido en medio de la frente. También podían verse, emergiendo de las piedras, los terrores y espectros de la noche, cuya existencia se pierde en la imaginación. Y en la cripta estaba el inframundo; el gusano de las tinieblas tenía sus pies bajo la columna principal.

Arriba, en la rotonda del coro, sobre el altar, como sobre la misma muralla del cielo, estaba la soledad y la suprema señal del espíritu, aquello que presentimos a nuestra espalda y causa la muerte si se ve; el ojo que flota libremente en el aire.

Todo el espacio de la catedral era como un bosque encantado. A la entrada estaba la pila de agua bendita, labrada

finamente en mármol, que recibía el agua de un viejo pozo que había debajo del suelo de la catedral y que en tiempos muy remotos había sido una fuente sagrada pagana.

Allí estaba el cazador — oscura figura legendaria entonces—, al cual el tiempo había ceñido la diadema santa de la glorificación; y, junto a él, el ciervo sobrenatural que le había llevado del tiempo a la eternidad.

Su espíritu flotaba en el ámbito de la catedral. El eco, la vieja voz del bosque que vibraba entre los pilares, en los rincones y que aún parecía sentirse bajo las bóvedas, era él. Su alma y todas las almas estaban en el órgano. Todo resonaba en la catedral: bóvedas, muros,

columnas, todo el edificio resonaba. Dentro corría como un ligero viento de color, un susurro multicolor que traía voces de los cuatro ángulos del cielo y el rumor lejano de la resaca del mar; los dulces gorjeos de las aves, los gruñidos agudos y roncós de los animales y toda la gama de voces humanas recorrían el recinto de la catedral. Pasaba como un coro de voces infantiles con sus puras armonías, y como un grupo de muchachas invisibles cantando bajo las bóvedas. A través del recinto resonaba un gigantesco sonido múltiple que parecía el aliento de la eternidad.

Y en el aire de la catedral, en el humo blanco como la Vía Láctea, que se extendía como un cielo bajo las

bóvedas, había un reino de recuerdos, un infinito mundo interior en el que recordamos el perfume de todos los veranos, el perfume de todos los recuerdos, incluso el recuerdo de las cosas que jamás se han vivido.

En el altar, exactamente en el mismo lugar donde el cazador tuviera su rústica ara y ofreciera sacrificios a sus dioses, estaba la imagen de la Madre de Dios, Nuestra Señora.

Estaba sentada sobre un trono de marfil, hecho con los colmillos de centenares de elefantes y flotando sobre un mar de nubes doradas y flamígeras; su túnica lucía la seda más preciosa, y sobre su cabeza llevaba una gran diadema de piedras preciosas, en las

que se condensaba todo el ardiente fuego del Sur. Cada piedra había costado vidas humanas: por eso eran tan duras y chispeaban tanto. Pero sobre su cabeza formaban la corona de la inocencia.

En sus brazos tenía al Hijo de Dios, de cuya cabeza infantil brotaban tres llamas doradas, a semejanza del brillo del sol. Su manecita sostenía una manzana, símbolo de todos los frutos y de todas las esferas. Como todos los niños, estaba gordito y lleno de salud. La Madre de Dios le sonreía con aquella santa sonrisa maternal, que es la flor más preciosa y delicada de la Naturaleza; el mudo descanso de la madre joven en el milagro que ha

pasado por ella.

Ante la Santísima Virgen ardía una lámpara que jamás se apagó desde que se hiciera la catedral. Venía ardiendo año tras año. De día se esfumaba en la bruma del incienso y en la irisada luz que penetraba por las vidrieras, pero manteniendo vivo el recuerdo de la noche; y en las horas de las tinieblas, cuando la catedral estaba vacía y silenciosa como un sepulcro gigantesco, era una rueda de luz dorada en medio de la oscuridad más absoluta, un resplandor desprendido del día, una chispa del fuego eterno en el fondo del pozo de las tinieblas.

Imponía la catedral por las noches. El recinto sin fondo estaba sumido en la

oscuridad densa y sin límite; en lo alto se mostraba un desmayado resplandor colorado, como si fuera el arco iris de la luna, y un largo rayo espectral se abría paso hacia abajo y escribía ojos en una de las columnas: una vida ciega en medio de un mundo de tinieblas. Pero abajo, en el fondo del recinto de la catedral, anidaban unas tinieblas muy negras en cuyo centro se divisaba solamente la lámpara de la eternidad como un ojo que esparcía una luz tenue a su alrededor. De un rincón lejano y resonante venía una tos extraña; la catedral se recogía en un suspiro, y la noche se replegaba en sí misma. El órgano guardaba un silencio de muerte; pero en lo alto, debajo de las banderas,

se agitaba sin ruido una vida que pasaba de prisa en un batir de alas, haciéndose visible de cuando en cuando en un rayo de luna. Eran murciélagos, diminutas almas negras, que revoloteaban bajo las bóvedas y entre las columnas, moviendo sus alas de dragón.

Allá lejos, en la altura, a través de muros y cámaras, se oía a intervalos un grito ululante. Era el canto de la lechuza, la única voz desagradable que la catedral lanzaba por la noche sobre la ciudad, como un grito de terror salido de las altas cavidades de la torre en tinieblas.

Junto a la catedral había cruces y sepulcros y obscuridad. Se pasaba por allí solamente cuando era necesario, y

nadie que pudiera evitarlo miraba al atrio. Si un hombre quedase encerrado dentro de la catedral y tuviera que pasar la noche solo, se moriría de espanto o perdería la razón. Sí, loco de terror se volvería el que acertase a pasar por delante de la catedral y oyese la voz deshumanizada del miserable allí encerrado. La muerte desnuda, con su horrible rueda de dientes, acechaba allí en los rincones oscuros, junto a los contrafuertes, entre los sepulcros, detrás de las puertas enrejadas. De noche parecía que el abismo estaba unido misteriosamente a la catedral; parecía que allí merodeaba el repugnante ser con cola roja como hierro candente, con su olor a pez y armado con todas las

artimañas de nefando poder.

Solamente los servidores de la catedral tenían acceso a los poderes invisibles, incluso por la noche. Los sacerdotes, revestidos con los ornamentos sagrados, cantaban salmos a media noche a la luz de los cirios en la profundidad de la cripta; de las ventanas de los muros, a ras de tierra, subía un resplandor a la vez que se oía un coro subterráneo. Se estaba celebrando la misa. Pero el pensamiento en el infierno estaba presente en el sangriento coro de lobos, que eran las enloquecidas almas aullantes sepultadas en él, y cuyos lamentos llenaban de pavor el contorno de la catedral.

Dentro de las capillas y de las

hornacinas, envueltas en eterna penumbra, se acumulaba la obscuridad por la noche hasta hacerse impenetrable. De este modo, los sepulcros que en ellas había reflejaban mejor aún el misterio de la eternidad. Muchos muertos guardaban los sepulcros de la catedral. En el silencio de la noche surgía un como ruido de hoja marchita que se perdía como un paso sin huella en el espacio existente entre las columnas. Era el ruido producido dentro de un ataúd, un débil signo de vida y muerte de aquello que, lentamente, durante siglos, se derrumbaba en el interior del sarcófago.

Pero al llegar el día volvía a vestirse la catedral con toda su

magnificencia, la cual se hacía más patente los domingos. Ya por la mañana se podía apreciar que era domingo mirando al cielo y al aire; todas las cosas estaban impregnadas de una luz especial, y el día se presentaba más adornado que los demás días de la semana. En la torre de la catedral sonaba más claro el canto de la corneja, era más intenso el arrullo de las palomas, que parecían celebrar la vuelta de la primavera, y la gente se dirigía en grupos a la catedral con la cara radiante como si fueran de excursión a un lugar encantador. Parecían más jóvenes las campanas; llamaban a los fieles con una fuerza nueva, impregnada de alegría, y enviaban a la ciudad y al campo

silencioso el bello saludo del domingo.

De nuevo se ponía el mundo en marcha. En la catedral, los cánticos resonaban como las melodías de los pájaros al despertar, mientras los incensarios lanzaban hacia el espacio, delante del altar, nubes de humo de incienso. El nacimiento del día, las nubes recién nacidas traídas por el alba y sonrosadas por el sol, y un perfume de verano eterno extendido por la catedral, hasta en los últimos rincones; todo anunciaba la gloria del domingo, el día de descanso para los hombres y para las cosas.

Arriba, bajo las bóvedas, flotaba el humo desprendido de los incensarios; parecía una bruma fértil. Se percibía

como un tejido de golondrinas
cruzándose hacia dentro y hacia fuera.
Pero sus tiernos trinos no llegaban al
suelo: el órgano ahogaba con su mejor
música todos los cantos de las aves;
mientras, sonaba un coro de voces que
parecía bajado de las esferas:

*Ante tu corazón, Madre,
arden los cirios de
estrellas
de la eternidad.
Ante Ti, que calmas
las penáis del mundo.
Ciñen tu cabeza
las esferas del cielo,
y en tu corazón están*

*los ríos de la vida,
milagrosa Madre de
Dios.*

*Abismo de inocencia
eres, ¡oh Madre!
Pozo de Dios eres
que jamás se vacía.
Tú eres aquella
cuyo ser descansa en sí
mismo,
mientras el mundo se
afana,
Tú vives en la luz
y sonríes.
Como un árbol del cielo
humedecido de rocío
divino
te adornas Tú*

eternamente.

*Las rosas perfuman el
aire,*

*pero su perfume es
efímero;*

*Tú perfumas la vida
¡y tu perfume es eterno!
En tus lágrimas hechas
con el rocío*

*de todas las heladas
se lavó el mundo
pecador*

*y recobró la vida!,
perdida en la mañana
del Paraíso.*

*Tú eres la exuberancia
de la vida
y su conservadora;*

*por Ti cantan las aves
en el bosque umbrío.
El niño desde su cuna
aprendió al llamarte
Madre,*

*¡Madre de Dios y de los
hombres!*

*¡Qué bella, eres, Madre,
con tu Niño en brazos!
¡Cómo le alimentaste y
le cuidaste
y le sonreíste!*

*Con una canción como
de campanas
floridas le dormías
silenciosamente.*

*Todo se renueva contigo
y cobra vida;*

*porque Tú conservas
la luz del sol,
el agua de las nubes
y la plata de las
estrellas.*

*La pena se cambia
suavemente en risa
y él gozo reina sin
mancha*

*a tu lado, Madre.
Fuego de sol,
explosión de vida
hay en tu seno virginal.
Dulzura de la vida,
llama de la alegría
en su cara se puede
contemplar.*

¡Eternamente joven eres

Tú, Nuestra Señora!

*¡Pozo de Dios,
perdonadora,*

*que encontremos la paz
en Ti!*

SEPTIMA PARTE

CRISTÓBAL COLÓN

LA CARABELA

SANTA MARÍA

POR las ventanas de la iglesia de San Jorge, de Palos de Moguer, salía intensa luz a medianoche. Se celebraba el santo sacrificio para la tripulación de las tres naves que al amanecer se harían a la mar.

Era la noche del tres de agosto de mil cuatrocientos noventa y dos.

Era tanta la animación que allí reinaba, que Palos de Moguer parecía una gran ciudad. Durante los últimos meses se había preparado un viaje sensacional en el que Palos tenía un papel muy importante: las naves eran suyas, y sus propietarios y la mayor

parte de la tripulación de allí eran. El capitán, sin embargo, era extranjero, un obscuro italiano que, por fin, había logrado que los grandes aprobasen su ambicioso y descabellado plan. Se trataba de llegar al país de las especias navegando los mares que ceñían la tierra por la parte de abajo. Esta audacia que estaba a punto de iniciarse traía a Palos revuelto; tanto los que iban a partir como sus familiares y amigos y la población entera reflejaban en sus palabras, ademanes y movimientos, el grandioso acontecimiento. Pocas camas tenían durmientes aquella noche entre las personas mayores; los marineros que a la mañana siguiente subirían a las naves viajeras, más o menos

voluntariamente, se armaban contra lo desconocido lo mejor que podían yendo a buscar ánimo a la iglesia y a las tabernas.

En la iglesia había misa solemne. Toda la tripulación había confesado y comulgado, y durante la noche muchos rezaron un avemaria y enfriaron sus frentes contra las baldosas cuando las campanas llamaron a oración, abandonando el sagrado recinto ante el lejano y repetido ruido de copas. Era una noche agotadora, y muchos jóvenes acusaban en sus cuerpos la intensa fatiga de aquella jornada trascendental.

Solamente hubo uno que permaneció en la iglesia hasta el último momento. Era Cristóbal Colón, el

capitán de aquella expedición. Horas enteras estuvo arrodillado ante la sagrada imagen de la Virgen; sus velludas manos de marino formaban una cruz sobre su pecho. Parecía el reflejo de la tranquilidad y la contemplación; mudo, inmóvil, exhausto por la vela, sumido en la plegaria y en la meditación. La luz de las velas caía sobre su fuerte cabeza de cabellera roja y gris, en cuyo rostro brillaban unos extraños ojos azules bajo unas pestañas completamente blancas en una piel de un rojo subido, curtida por una vida al aire libre. Era más alto y fornido que lo corriente: parecía la energía en reposo. Si en realidad era un aventurero, no pertenecía en modo alguno al tipo de

aventurero fanfarrón. Las losas sobre las que estaba arrodillado parecían cobrar prestancia con su presencia. Bastaban la espalda y los hombros para destacar la importancia del Almirante. Muchas miradas que vagaban por la iglesia buscando consuelo en las santas imágenes terminaban involuntariamente en él. “Bueno es estar con nuestra Señora; pero, a fin de cuentas, es él quien tiene que mandar las naves”, decían. Rezaba el Almirante moviendo sus labios como si deletrease. “¡Que sus oraciones sean acogidas benignamente por Dios! Porque si él no está en gracia, ¿qué va a ser del viaje?”, pensaban.

¿Qué pensamientos embargaban al Almirante? Lo que pasaba en su interior

no podía leerse en su cara. Había calor en sus ojos. El aire del pequeño recinto estaba saturado de humo de incienso y de las velas de cera; por otra parte, eran muchos los hombres congregados allí; y entre unos y otros, entre incienso y velas encendidas, habían creado una atmósfera densa, de invernadero, cuajada de sonidos. Celebraban misa los sacerdotes; sonaban las campanillas y atronaban el espacio las campanadas de la torre, haciendo vibrar los muros; sonaba el órgano; el santo sacrificio se acercaba a su momento culminante; las sagradas imágenes parecían mirar a través de *un* velo... y Colón *seguía* arrodillado ante el altar de la Santísima Virgen. De cuando en cuando abríanse

las puertas de la iglesia y dejaban entrar aire. La tripulación iba y venía. Por fin, a través de los ventanales, empezó a penetrar en la iglesia la luz azulada del alba: nacía el día. Los sacerdotes bostezaban tapándose la boca con las manos, mientras parpadeaban sus ojos cansados. A medida que avanzaba el día iba perfilándose el contorno de la iglesia; a la luz que entraba del exterior empezaba a mostrarse la esbeltez de las columnas y la robustez de los muros; las luces de las velas eran cada vez más débiles; el día, pálido todavía, salía al encuentro de la noche moribunda. El marinero que durante la noche no había dejado de ir de aquí para allí se dormía ahora en medio de un avemaria,

despertándose de nuevo al dar con la frente contra el pavimento.

Fuera corría la fresca brisa del amanecer, y del río se elevaba un espeso olor a fango. Salían de la obscuridad el casco y los mástiles: las tres carabelas estaban listas con sus velas medio izadas. Ya se apagaban los faroles y antorchas; movíanse los botes sobre las aguas, y las últimas cosas pasaban a bordo de las naves emigrantes.

En una posada junto al mar algunos miembros de la tripulación bebían los últimos vasos y daban el último adiós a los amigos. Allí estaban los hermanos Pinzones, capitanes de dos de las naves, mirando, rodeados de un numeroso grupo de personas, el plano de aquella

dudosa marcha sobre el mar ignoto. Se sabían objeto de la atención general, pero no mostraban la menor arrogancia; hablaban en voz baja de modo que todos se apiñaban a su alrededor para oír sus palabras. Como viejos lobos de mar y vecinos de Palos de Moguer, sus manifestaciones tenían interés. Habló primero el hermano mayor, Martín Alonso, y después Vicente, quien mantuvo los mismos puntos de vista que su hermano, pero aportando más razones. Había una cosa, sin embargo, sobre la que no emitieron juicio alguno: el posible resultado del viaje. Se calló Martín y guardó silencio Vicente; pero tenían ambos el pecho lleno de cosas que no decían. Y Martín Alonso, que

descansaba, en noble actitud, sobre una pierna, mientras la otra sobresalía un paso hacia delante, se encogió de hombros, sepultó la cabeza en ellos, como si se defendiera de los elementos, y mostrando las palmas de sus manos: — “¿Quién sabe?” — dijo. Y Vicente, secundando la actitud y los gestos de su hermano:—“¿Quién sabe?” — declaró⁶. Los dos hermanos llevaban botas altas de marino, y de medio cuerpo para arriba todo era hierro en su vestimenta, con coraza y yelmo; la visera, sin embargo, estaba abierta, aunque esto no duró mucho, pues, poco después, la bajaron ocultando sus rostros a los ojos de los demás. Parecían ahora hombres acorazados que se dirigían al encuentro

de monstruos desconocidos, de antropófagos y de legiones.

Era una posada amplia de oscuros rincones. Todos tenían su carga de vino, y nadie podía decir a derechas lo que pasaba allí en el fondo. Voces femeninas atravesaban el ruido de las copas, la nota de los instrumentos y de las canciones y el sonar acompasado de las palmas, como si fueran los latidos de un enorme corazón enfurecido. Destacando sobre las cabezas de todos se retorció un cuerpo y chispeaban unos ojos seductores: sobre una mesa una muchacha ejecutaba una danza milenaria que los moros, al salir del país, dejaron en España como recuerdo de días gloriosos... La danza tenía un marcado

carácter africano; la anguila serpenteaba con viveza sobre la mesa; dejó escapar un grito, inició una danza vertiginosa; los mozos lanzaban cálidos ¡bravos!, mientras que sobre la pared y el techo se dibujaba la sombra de la bailarina con los brazos levantados y un movimiento de tornillo en las caderas. Atacaban los tocadores las cuerdas; sonaba la flauta a un ritmo cada vez más acelerado; los que batían palmas golpeaban el suelo con el pie; repiqueteaban las castañuelas, y, dominándolo todo, un alarido, un olé continuo a través de las horas... Que la vida era corta y había que disfrutarla ahora que lo tenían todo.

¡Qué extraño y frenético amanecía Palos aquel día! Algunos hombres se

apoyaban en una sola pierna; otros solamente podían ver con un ojo, pues el otro estaba tapado con una venda manchada de sangre. La tarde anterior había comenzado dando suelta al toro. En Palos no había plaza, pero el toro era como los que se lidiaban en los cosos de las ciudades. Sí, los de Palos sabían divertirse. Y allí era de ver un toro imponente irrumpir en el mercado y a los hombres correr a los burladeros y al abrigo de las puertas. Luego el toro se arrancó y enfiló una calle, que quedó barrida como por encanto. Se cerraron las puertas con estrépito; detrás de un muro desapareció un par de pies y la gente se arracimaba en ventanas, balcones y otros puntos seguros, para

ver el espectáculo... Ya la plaza estaba en orden. De las casas salieron algunos jóvenes audaces que comenzaron a hostigar al toro con sus varas; los jinetes, lanza en ristre, se lanzaron al galope contra el cornúpeto. Se produjo un choque violento, una batalla sangrienta envuelta en una nube de polvo; en el aire espeso se dibujó la silueta trágica de las patas de un caballo cogido por el toro, y por el suelo rociaron los jinetes en desorden, como hojas arrancadas por una ráfaga violenta. De la calle se elevó un aullido atronador; la lucha contra la fiera llegaba a su momento culminante; hubo caídas, gritos, acoso al toro hasta que el animal estuvo a punto para el golpe

mortal. Se dió la señal y todo el mundo se echó atrás. Y solos, uno frente al otro, el toro y un hombre. Éste no tenía más arma que una espada desnuda y un trozo de tela. Y el hombre, audaz, inició la sigilosa marcha de la muerte en medio de un silencio turbulento. Y cayó el toro. La furiosa bestia encogió el cuerpo mientras sus moribundos ojos inyectados en sangre dejaron escapar su primera sorpresa ante aquella derrota definitiva. Un alarido prolongado acompañó a la agonía del toro: de todos los rincones, puertas y ventanas se arrojaron sombreros, prendas de vestir, tiestos y flores: algunos incluso se lanzaron a la calle desde las ventanas ante la gran faena realizada por el matador

sepultando el estoque en la cabeza de la bestia.

En las encendidas horas que antecedieron a la histórica mañana, el matador estuvo sentado en una mesa de la fonda, con la cabeza caída sobre el pecho, embriagado de vino y de gloria, pero cansado y envejecido por aquellas horas de frenesí... Y mañana; no, ahora, tenía que emprender el incierto viaje. La Aurora acababa de llegar y penetraba con su cara gris en el lugar donde se bailaba, y dormía el matador su sueño de gloria.

Durante la noche se movía entre los grupos una persona en la que nadie había reparado. No cesaba de hablar, pese a que ninguno le entendía, y de vez

en cuando soltaba una carcajada que a algunos les hacía volver la cabeza para ver qué era lo que había causado aquella explosión de alegría. Pero nada había sucedido; era cosa de él, del charlatán, del *babuino*, como le llamaban; había dicho alguna cosa que para él era locamente divertida.

Era un hombrecillo negruzco de cara grande y boca color malva. La noticia del viaje le había llevado a Palos de Moguer con su comercio ambulante, habiendo vendido muchos artículos a los marineros que iban a partir para la trascendental aventura. Aquella noche estaba como loco el buhonero; igual que los hombres de aquella localidad, parecía presa del

vino. Vociferaba y gesticulaba como un bacante y andaba con dificultad; pero la realidad era que estaba cojo y que no había bebido. Se acercaba a unos y abordaba a otros mostrándoles sus baratijas con toda la estudiada habilidad comercial, mezcla de zalamería, amabilidad y astucia humilde, que le hacía adoptar una actitud de servidor sumiso. Parecía en todo un perro, menos en los ojos, que eran dos mágicas esferas luminosas que se le iban de la cara y miraban con la insolencia y el descaro de las personas que conocen muy bien a sus semejantes y andan escasos de fuerza moral. Cuando alguno bromeaba con él o se le quería quitar de encima avanzando amenazador hacia él,

el mercader se apartaba con el miedo en el rostro y los ojos desorbitados; sufría entonces, débil e inválido en medio de un mundo cruel; pero al mismo tiempo separaba los labios y enseñaba los dientes. Tenía entonces la actitud del perro acorralado recurriendo a todas las bajezas para congraciarse y evitar el golpe demoledor; había tal pánico en sus miembros temblorosos, que hasta las piedras se sentirían conmovidas.

Pero cuando la atención por el buhonero estaba a punto de extinguirse, levantaba éste la voz, sonora y potente para tan pequeño pecho, lanzando pregones a los cuatro vientos que luego, en tono más bajo, subrayaba con observaciones mezcladas de cuando en

cuando con una súbita carcajada.

“¡Medallas! ¡Medallas! ¡Magnífico Santiago de Compostela! ¡El apóstol protector de los marinos! ¡Lo tengo de plata dorada, de latón y de plomo! ¡Hay bonitos rosarios, imitación del olivo del Huerto de Getsemaní! ¡Rosarios que rezan por sí solos! ¡Vaya rosarios tan bonitos que llevo! ¡Compren crucifijos! ¡Los llevo de marfil y de metal! ¡Oiga! ¡Tengo reliquias y fragmentos de santos! ¡Están indulgenciadas! ¡Oiga! ¡Tengo estampas de la Virgen Inmaculada! ¡Compren medicinas y unguentos! ¡Cuernos de rinoceronte, señores; auténticas momias de Egipto! ¡Vean qué devocionarios estupendos llevo! ¡Y miren estos libros de magia! ¡Libros

celestiales, señores! ¡Ja, ja, ja!”

Y el buhonero relinchaba sacudiendo la pata coja. Con la mitad de lo que había dicho había motivo suficiente para darle unos cuantos garrotazos. Pero nadie había oído sus insensatas palabras aquella noche de desbordamiento; por eso podía, seguir jugando con fuego hasta que se cansara. La posada era un clamor, un incendio en su momento culminante.

Pero al fin llegó la hora de partir y el incendio dió paso a la ceniza. Dijeron que el Almirante acababa de salir de la iglesia y se disponía a embarcar. Cesó la música; la luz del día penetró en los rincones de la, posada, y los marinos se levantaron a un tiempo y abandonaron

aquel lugar de diversión camino de los botes que los habían de llevar a las carabelas. Un cañonazo disparado por la *Santa María* anunció que la marea estaba a punto de subir. Había sonado la señal, el momento de hacerse a la vela.

En el preciso momento en que Colón iba a poner pie en el bote fué detenido algunos minutos sin que casi nadie lo advirtiera. El buhonero se había arrojado a los pies del alto marino y le dirigía la palabra. Pocos oyeron lo que le decía y nadie le entendió; parecía que le hablaba en latín. Colón se mantuvo erguido y serio; escuchó al hombrecillo en silencio, y cuando éste terminó prosiguió su camino. Nadie pudo ver qué impresión habían hecho en su ánimo

las palabras del extranjero.

El buhonero había hablado a Colón en un tono rápido y fugitivo; haciendo toda clase de movimientos y gestos, retorciendo sus manos torpes en actitud sumisa y riéndose en su interior, de repente su rostro adquirió placidez y dignidad, como si su humanidad se hubiera mostrado a través de muchos disfraces. Su mirada era extraña y llena de años. Sin dejar de hablar y dejando oír su sonrisa hueca, se separó del Almirante, al tiempo que un incomprensible reflejo le hizo despedirse de sí mismo alargando una mano que estrechó la otra. ¿Y qué había dicho el buhonero?

—*Vale!*, un viejo viajero te desea

feliz viaje. Permítame añadir la idea de vuestra merced de llegar a las Indias navegando hacia el Oeste, siendo así que éstas están situadas al Este, no es descabellada, pues siempre se ha visto que un problema se resuelve alejándose de él en dirección opuesta. Unja solución más rápida todavía: ¿Por qué emprender un viaje tan largo cuando el camino más corto es el más encantador? El único y verdadero viaje de descubrimiento *está* hecho ya; es el mismo *ab genibus ad genua...*

Y soltó una súbita carcajada que resonó como un aullido; pero inmediatamente se contuvo y avanzó un paso con los ojos como dos ascuas; bajó tímidamente la voz y prosiguió:

—¿No es una reiteración sobre el lugar la máxima distancia que la humanidad ha recorrido? Escucha un buen consejo, ahórrate un costoso y dudoso viaje, vete a tu casa y ponte a estudiar. Yo tengo un libro — *Itinerérium amoris*—, escrito por un sabio. Me atrevo a decir que es un libro único; una joya del siglo segundo perteneciente a la Biblioteca de Alejandría, de donde yo lo saqué con malas artes. Pero es una valiosa curiosidad más, un libro de un valor inapreciable... Pero estoy hablando demasiado; ¡quiero vender viajes a un hombre que está para partir! ¡Llama el mar! ¿Qué, no quiere llevar un amuleto para el viaje? O un inocente ídolo, o una

mujercita: se está tan solo en el mar. Mire, aquí tengo una; no es mayor que mi mano. Es una Afrodita de bronce maravillosa; la más noble obra griega. Está gastada de pasar siglos y siglos por las manos de los expertos, pero a pesar de todo está entera. Mírela, es una mujer en la plenitud de su juventud y de su belleza. ¿Tampoco la quiere? ¡Llama el mar! Sí, yo también me pongo en marcha... y quién sabe cuál de nosotros llegará más lejos, si vuesa merced con grandes naves y viento favorable o yo con mis viejos labios de siete millas. Nuestros caminos son distintos. Van hacia el Sur y yo me dirijo hacia el Norte. España ya no tiene un lugar de morada para un viejo vagabundo, no ha

pensado volver a África para estar con los árabes. ¡Oh, sí, la tierra arde bajo él!; siente demasiado calor bajo sus pies y busca pastos más frescos. Y si se quema al anciano en la hoguera, surgirá de las cenizas como un ave fénix, como todo el mundo sabe. Pero, ¿sabe todo el mundo cómo es el fuego?... Significa que puede marcharse sacudiendo de sus pies el polvo español.

Y levantó primero un pie y lo sacudió fuertemente, luego levantó el otro pie y también lo sacudió; giró en torno suyo mirando a todos lados, acosado, desesperado, como una rata en una trampa. Suspiró, y sus rasgos tensos se relajaron dejando paso a una expresión humana, la pena de un

anciano. Pero sólo duró un momento; en seguida volvió a rechinar falsa e irreprimiblemente: —Sí, ¡buen viaje! Y hasta la vista. Como ya le he dicho, vuesa merced va hacia el Sur; yo voy hacia el Norte, aunque debiera ser al revés. Puede, sin embargo, que nos encontremos todavía...

Se aproximó al Almirante más aún, llevóse la mano a la boca y susurró: “Sí, ahora cada uno de nosotros va a su esquina celestial... ¡pero la tierra es redonda!”

Se retiró rápidamente después de decir:

—*Vale!*

Al salir el sol, los trabajadores de

la comarca que se habían levantado temprano, pudieron ver a un hombrecillo que, con un bastón en la mano y una caja de buhonero sobre la espalda, caminaba cojeando, alejándose de Palos en dirección Norte; y también al mismo tiempo, oyeron los cañonazos y el tañido de todas las campanas, anunciando el comienzo de la gran aventura. Colón zarpaba con sus naves.

El sol era como una poderosa esfera de fuego que descansaba en el horizonte mientras las naves soltaban sus amarras y comenzaban a deslizarse hacia el mar a lomos de la corriente, saludando con todos sus cañones. Seguían tocando las campanas de Palos de Moguer; las del monasterio de la

Rábida llenaban el espacio con sus voces de bronce, mientras que de la lejanía llegaba el sonido de todas las campanas de Huelva. No faltaba tampoco en aquella hora solemne la agreste melodía de las campanas aldeanas. Parecía un diálogo entre las naves que se iban y las iglesias que se quedaban. “¡Quédate, quédate!”, decían las campanas sonando y repicando; pero las naves contestaban que no con los disparos de su bronca artillería, que hacían temblar todo el casco, quedando envueltas en el humo de los disparos, mientras sus proas buscaban la desembocadura del río. Abría marcha una carabela grande, seguida de dos más pequeñas.

Llegadas a la bahía, izaron las velas y comenzaron a avanzar inclinadas sobre las aguas. El Atlántico las recibió con mar de fondo, que las hacía subir y bajar. Desde tierra se veían las tres naves cabecear sobre la superficie móvil; y las tres se iban haciendo más pequeñas, más pequeñas, como si una corriente submarina se las fuese llevando lentamente al fondo. Finalmente, cuando estaban ya en la lejanía, se vió a la *Santa María* arriar la bandera y los gallardetes, mientras que una nube blanca salía del costado de la nave y se posaba sobre las olas. Y segundos después, atravesando las dunas, llegó el cañonazo de despedida, el último adiós.

Los marinos veían cómo la costa española describía un arco; el sol formaba un abanico junto a Cádiz; las tierras interiores destacaban oscuras en el cielo. En la lejanía se dibujaba la elevada y nevada silueta de Sierra Nevada. Sí, la tierra les tendía sus brazos; pero cuando la costa se perdió en el horizonte, algunos tripulantes subieron a cubierta y echaron besos apasionados hacia tierra mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

En la parte más alta del castillo de popa, puesto que no abandonaría ya, se paseaba Colón mirando fijamente hacia delante en la dirección que llevaba la ruta, sin que jamás volviera la cabeza para mirar a España. A una señal suya

fué echada por la borda la verde corona con que había sido adornada la nave antes de partir; puso en libertad a los miembros de la tripulación que habían tenido que encerrar. Eran reclusos y demás maleantes, quienes, tan pronto se vieron libres, se pusieron a recorrer la cubierta como perros, husmeando hacia tierra y hacia el mar abierto. Algunos de ellos, viejos y pálidos diablos, se limitaron a menear la cabeza; para ellos todo se había acabado; pero los jóvenes se echaron a llorar retorciéndose las manos. Para éstos se había quebrado el hilo de su vida y lloraban como si aquella fuera la única oportunidad que tenían para llorar.

Las gaviotas seguían a las naves

esperando conseguir alguna comida; pero a la tarde, viendo que las naves seguían alejándose de la costa cara al pavoroso corazón del Atlántico, cesaron en sus gritos de esperanza y de júbilo y tornaron a las riberas de donde habían partido.

Parco se mostró los primeros días el Almirante. Sus pasos estremecían el castillo de popa mientras su boca permanecía cerrada y sombría la frente, sin que hubiera manera alguna de alegrar ésta y abrir aquélla. El Almirante sufría en silencio los aplazamientos y retrasos que su aventura había experimentado hasta el último momento.

Debían haber salido en la primavera, que era el tiempo más

propicio, pues convenía mucho tener el verano por delante; pero salían cuando el verano estaba muy avanzado. Cuando era joven tenía madurado su plan; pero éste no encontró más que dificultades, y ahora cuando se le presentaba la oportunidad que había estado esperando toda su vida, sentía con amargura indecible que ya era tarde. Estaba en una edad en que se comienza a mirar hacia atrás. ¡Catorce años, catorce largos años de espera! Los mejores años se le habían ido lastimosamente, y ahora, cuando comenzaba el viaje, las canas se habían apoderado de su cabello y, la terquedad, de su carácter. Tales eran las negras ideas que mantenían el silencio en los labios del Almirante y las arrugas

en su frente.

Por última vez pasaron por su mente las tribulaciones y las humillaciones de los años perdidos. La amargura había vuelto a su alma y los tripulantes veían a Colón moverse sobre el castillo de popa como un león. Veían su rostro descompuesto e inyectado en sangre. Ellos creían que aquel estado del Almirante se debía a ellos y se pusieron a trabajar con ardor. Pero no, no eran ellos los causantes de la tempestad que sacudía a Colón; ¡eran los años pasados en Portugal, los años perdidos, las ofensas, el ostracismo, las traiciones y las burlas!

Seguía en silencio el Almirante, pero levantaba su cabeza de león

abarcando de una mirada la nave entera. La tripulación se inclinaba temerosa de levantar los ojos hasta el castillo de popa. Ellos habían creído que se trataba de un viaje de placer, pero se equivocaron. La libertad que habían soñado dejó paso a la dura realidad de una disciplina severa impuesta con mano de hierro. Botero y capitán tenían quizá sus propias ideas sobre este viaje loco; pero mientras se navegase, había que navegar. Antes de alcanzar las Islas Canarias, Diego⁷ era ya otro hombre: obediente, rápido, con las manos embadurnadas de pez debido al constante trabajo. Diego, el matador de toros, el hombre siempre dispuesto a la aventura, lo mismo como lansquenete

que como jenízaro en una galera, se encontraba ahora en el mar iniciando la máxima aventura de su vida.

Lo mismo que una semilla que vuela sobre el mar, con la posibilidad de convertirse en planta si alcanza tierra, del mismo modo había sido Diego arrancado de España y entregado al poder de los vientos para florecer en otras tierras o para morir. Pero ¿qué no había pasado ya por Andalucía, la tierra de donde sus padres eran? Había recibido ésta su nombre de los vándalos, pueblo nórdico emigrante, que se había perdido en el norte de África después de dejar sus huellas en esta región meridional española. En represalia, África Septentrional penetró en España,

en cuyo territorio, durante siglos, construyeron los árabes sus casas, sus arcos de herradura y establecieron sus harenes, hasta que de nuevo fueron expulsados a África. Muchos de los tripulantes habían visto la bandera de Castilla ondeando sobre las torres de la Alhambra. Pero algo dejaron al marchar. Lo mismo que los antiguos pueblos extranjeros que sucesivamente ocuparon su suelo: griegos, romanos, godos, y antes, tribus africanas, la vieja Cartago, los fenicios, los ratas marítimos del Asia Menor. De todos ellos tenía Diego gotas de sangre; de sus antepasados había heredado un destino intranquilo. Es valiente, ambicioso, violento, derrochador; pero desprecia la muerte

como un dios. Es un tipo grandioso; tiene la actitud española, que es una herencia de los romanos junto con la toga y la capa, las cuales envuelven su crecimiento; es veleidoso como todos los que vienen de los países mediterráneos, es apasionado, pero sus arrebatos duran poco; un asiático en amor, furioso, pronto a toda inconstancia y, sin embargo, en el fondo es un ibero, un auténtico español, viviendo siempre en su naturaleza rica en contrastes y poco coherente como él. Es muy sufrido, amable y con el alma llena de música, mientras que su madre es la más hermosa de todas las mujeres de la tierra.

Así eran aquellos tripulantes de las

carabelas a quienes la presencia del Almirante hacía levantar con respeto los ojos hacia el puente de mando.

Por su parte, el Almirante tenía una mirada llena de reserva para su tripulación. Cuando se vió libre de los malos recuerdos que le roían al pensar en Portugal, comenzó a andar más de prisa por el puente recordando lo que le había ocurrido en España. Y al pensarlo, lanzaba con furia al aire las narices.

¡Ocho años de conversaciones! ¡Cuántos zapatos había gastado siguiendo el cortejo de las reales personas entre pedigüeños, camareros y parásitos! ¡Cuántas sonrisas maliciosas asomaban a los rostros al verle! ¡Hasta los niños gritaban en la calle al verle

pasar! ¡Un consejo de sabios en Salamanca para estudiar sus proyectos! ¡Cuántos aplazamientos, esperanzas, decepciones; cuánta pobreza, cuánta impasibilidad por parte de los grandes! ¡Qué doloroso y largo peregrinar por tierras españolas! ¡Cómo vivía ahora la última marcha cuando, perdida toda esperanza, salió de Córdoba con su pequeño hijo para abandonar España y llegó al convento de Santa María de la Rábida, junto a Palos, y pidió pan en nombre de Dios! ¡Cómo tembló su mano al recibir la limosna!...

Terrible era el silencio del Almirante en el castillo de popa. La tripulación se estremecía viendo a aquel hombre enigmático, hermético a todo lo

que no fueran sus recuerdos. ¿Qué pasaba por el alma de Colón para que sus ojos brillasen como dos ascuas espantosas? Y buscaba un lugar a dónde no pudiera llegar la siniestra mirada del Almirante, santiguándose cuidadosamente en la frente y en el pecho y de hombro a hombro. “¡Madre!”, susurraba poniéndose totalmente lívido.

Pero, poco a poco, antes de llegar a las Islas Canarias, las voces fueron recobrando su ritmo natural. Estaban todavía en el mar conocido y la tripulación no sentía el infortunio de la soledad absoluta. Volvieron a sonar las viejas canciones que parecían olvidadas para siempre y el viento las llevó a

horizontes ignotos, y cuando había tiempo libre, rodaban los dados sobre una improvisada mesa en cubierta o encima de la escotilla, igual que en las horas cálidas en los hostales y ventas andaluzas. Todo se ganaba y todo se perdía, rodando sucesivamente de mano en mano. Aquellos tripulantes se desprendían de todo: sus cosas de valor, sus más caros recuerdos, sus insignias religiosas y su camisa, y a veces, en un momento de desesperación, jugaban hasta su parte en el reino de los cielos.

El mismo Almirante pareció cambiar un poco en aquellos soleados días que precedieron a la llegada a las Islas Canarias. De cuando en cuando bajaba a la cubierta del medio y

departía con aquellos mortales. Entonces Diego pudo ver que aquel hombre misterioso tenía una sonrisa cálida y bella, y que en ciertos aspectos, era el menos exigente de todos los tripulantes. Otras veces, se le veía muy ocupado con sus cálculos y artes algebraicas. Todos los días colgaba su astrolabio al sol y dejaba que éste y los elementos se influenciassen mutuamente. Y Diego sentía un estremecimiento recorrer sus espaldas ante aquellos manejos de Colón, “¡Qué diablos tiene ese disco mágico! — pensaba—. Tan misteriosas son sus letras como el hombre que las observa.” Y le pasaba por su mente la idea de que, si no fuera porque de aquel hombre misterioso y de

sus cálculos con aquel instrumento dependía la seguridad de la nave, hubiese quemado hombre y astrolabio. Por la noche el Almirante escrutaba el cielo con grandes compases abriéndolos sobre las estrellas, arrogante, sin la reverencia que se debe al Creador. Diego no podía tolerar aquel espectáculo.

Pero las horas más duras para Diego era cuando tenía que ir al timón. Fácil tarea para él la de gobernar; pero la vecindad del compás le era insoportable. Le ponía malo ver en su caja de cristal aquella aguja viviente y oscilante, buscando continuamente el Norte. Y, sin poderlo reprimir, se santiguaba muchas veces.

El Almirante, en cambio, estaba tranquilo; los malos ratos y sus recuerdos habían desaparecido al contacto de las olas; su pecho respiraba sosegadamente, y sus ojos y su pensamiento miraban hacia adelante, hacia lo que había de venir. Estaba en el mar y cada día que pasaba se sentía más en su centro.

Todo iba con arreglo a sus cálculos. Se navegaba hacia el Sur, y pese a que el otoño no estaba ya lejos, se iba notando más calor. ¿Adónde iba Colón ahora que estaba más cerca de la vejez? Se lo decía el aire, se lo decía el sol; se lo anunciaban las olas avanzando sobre las aguas en un trote azul; se lo decían las estrellas, las bellas

estrellas...

Con ellas dialogaba Colón en las largas y refrescantes noches; a ellas elevaba su espíritu y con ellas estaba examinando sus seguros, pero inescrutables caminos. Detrás de la nave, allá arriba en el cielo, estaban las estrellas conductoras, las dos estrellas de la Osa Menor que el marino toma como referencia para orientar su nave, cerca de la estrella polar, que, como ellas, en el curso de la noche, describe un semicírculo; es el gran reloj del cielo, cuya inclinación dice siempre al marino qué hora tiene la noche. Pero, ¡cuán inmensamente mayor es todavía el resto del cielo! Sube Orion y se engalla como un águila extendiendo sus alas.

Bajo la Osa Mayor, la poderosa, quedan algunas constelaciones. La estrella de la tarde muestra su lejana alma brillante; cada tarde avanza un buen trecho. La luna hace su marcha cambiante. ¡La luna, la ciega antes del reino de la Noche, la grande y hermosa luna!

Jamás se cansa uno del cielo estrellado, de estar bajo él y ver el azul desde la atardecida hasta el amanecer. Colón saturaba su alma contemplando el bello cielo; veía salir el sol y rasgar el mar; lo veía remontar su marcha soberana por el cielo y bajar, bajar hasta hundir de nuevo en las aguas su poderoso disco rojo. Sabía la distancia que habían recorrido y el punto donde se hallaban. En las noches tranquilas,

cuando estaba solo en el castillo de popa y las estrellas giraban sobre él, se veía presa de una visión extraordinariamente cósmica. Le parecía estar oyendo la música de las esferas resonando lejísimo, la música de los siete cielos sonando la una dentro de la otra.

Y cuando apartaba la mirada de los brillantes clavos del cielo se encontraba con un inmenso círculo de agua a sus pies. El mar se extendía hasta el infinito causando una sensación de vértigo en el ser humano. ¡Tan enorme, tan incomprensiblemente grande era la Tierra!

Había una cosa que se podía sentir, y en esto precisamente se ocultaba la

más profunda experiencia de Colón, experiencia que fué aumentando a lo largo de su vida de marino, incomprensible en sí y, sin embargo, fundada en la percepción directa, o, quizás, en una especie de sensación: ¡La Tierra era redonda! Esto ya lo decían antiguos escritos. Pero el hombre tendría que haberlo visto, por decirlo, para estar seguro de ello. Pero esta verdad estaba escrita en la altura de las estrellas, en el ángulo que formaban con el horizonte. Cuando uno se había familiarizado con la posición de las estrellas en el cielo y había viajado muchísimo por el Norte y por el Sur, entre Islandia y Guinea, como había navegado Colón; cuando se conservaban

vivas en la memoria las distancias entre los distintos puntos de la geografía, como las conservaba él mejor que ningún otro hombre, entonces se daba perfecta cuenta de que la Tierra era redonda.

Ésta era la observación y el convincente espectáculo interior que había dado a Colón la idea de una circunnavegación. Sí, la Tierra era redonda de Norte a Sur; y si esto era así, también tenía que ser redonda de Este a Oeste, alrededor del Ecuador; por consiguiente, navegando derecho hacia Occidente se terminaría dando la vuelta a la Tierra. Nadie había querido creer esta verdad ahora iba a demostrarse.

Ya en la etapa de España a las

Canarias, navegando hacia el Sur, se hizo patente la diferencia a poco que uno se fué acostumbrando a observar. Casi podía decirse que esta diferencia se dejaba sentir hasta cierto punto cada veinticuatro horas. Se tenía la impresión de que el mar que surcaban las carabelas era parte de una enorme superficie esférica.

Y después de haber alcanzado, navegando hacia el Sur, el punto que se había propuesto, pondría la ruta en dirección Oeste y a esperar el resultado.

En las claras noches estrelladas Colón dialogaba con el Universo y adquiría la certeza de que tenía razón. ¿Cómo entonces iban el sol y la luna y todas las estrellas y los planetas, en una

palabra, todas las esferas, a girar alrededor de la Tierra, si ésta no era redonda ni estaba suspendida en el espacio?

EN EL OCÉANO

CASI un mes se detuvieron en las Islas Canarias los expedicionarios. La *Pinta* había perdido el timón — misteriosas artimañas de los dos propietarios de la nave con la secreta intención de quedarse atrás—, y hubo que esperar a que otro estuviera en su sitio para que las tres carabelas prosiguieran su viaje. Y Colón se lanzó hacia el mar abierto, por donde nadie había navegado antes.

Estaba el Teide en erupción aquel año. Cuando las naves pasaron frente a él la noche del 23 al 24 de agosto, la tripulación de la *Santa María* contempló un espectáculo que ponía

temblor en los huesos. El cielo estaba lleno de fuego color sangre; el inmenso cono vomitaba fuego, humo y lava y piedras; la cubierta de la nave estaba iluminada como si fuera de día, y en una milla a la redonda, no había noche. El relámpago iba y venía entre el humo, mientras que broncos truenos que parecían salidos de los abismos del mar lanzaban al espacio estremecido sus siniestros bramidos. Era esto para los marinos como un gusto anticipado del fin del mundo; de tal manera se les metió esta impresión en el alma, que no tuvieron ánimo para seguir adelante.

Tampoco la estancia en las Islas Canarias era propicia para templar el espíritu: la vida muelle, la dulzura de la

tierra, las dulces miradas que le habían recibido... habían abierto brecha en el alma y en el corazón de Diego. Y los primeros días que siguieron a la partida de Canarias no pudo alejar de sí la tristeza. Hasta desaparecer en el horizonte tuvo los ojos en Tenerife, la isla donde había quedado el último lazo que le ataba a la vida.

Pero cuando la isla fué un recuerdo, Diego sorprendió a sus camaradas entonando nuevas canciones con melodías extrañas y una letra que sólo conocía a trozos, en un idioma del que conocía muy pocas palabras — las más dulces—.

El 8 de septiembre un fuerte viento de Nordeste hinchó las velas de las

carabelas favoreciendo los designios del Almirante y ensombreciendo los semblantes de la tripulación. Fué entonces cuando se dieron cuenta de que a su alrededor no existía más que el desierto círculo del mar, desde que una mañana, al mirar al horizonte, había desaparecido la tierra de su vista. Ya no cabía duda: navegaban derechos hacia un terrible enigma. La cara del Almirante, que seguía paseándose por el puente de mando, no expresaba otra cosa. Y se les encogió el ánimo al ver que se iniciaba el momento decisivo; y este encogimiento parecía haberse comunicado a las tres carabelas, pues empezaron a juntarse como si buscasen mutuo consuelo.

La amargura de este momento hizo brotar lágrimas en secreto; pero cada uno vió que los demás tenían los ojos enrojecidos. Si uno bajaba al fondo de la bodega a buscar algo, se encontraba en un rincón a un compañero llorando; otro que tenía que subir a los palos, sorprendía a un robusto mozo que había trepado hasta allí para dar rienda suelta a sus amarguras. Lloraba el cocinero en la cocina, y el timonel junto al timón. Pero, arriba, en el castillo de popa, seguía dando zancadas el hombre de hierro, que no apartaba del Oeste su mirada azul marina, sin fondo. Tenía la tranquilidad del que sabe adonde va y conoce el camino.

Surcaba la *Santa María* las

profundas aguas del Atlántico haciendo crujir las vergas y el aparejo cuando el casco, obediente a los impulsos del viento, cabeceaba, sobre las olas o se recostaba inclinado sobre estribor.

Allá atrás quedaba Europa, un viejo mundo en lucha, envuelto en guerras de rapiña e independencia. La Europa de los papas, de los reyes y de los emperadores; la Europa de la caballería permanente y de los campesinos sepultados en chozas lóbregas; la Europa de los poderosos obispos, de los ejércitos de monjes y la de las hogueras para los herejes; la Europa que nada sabía de los derechos del pueblo y mucho de los atropellos de la nobleza feudal, y, en fin, la Europa de

la política matrimonial que buscaba la unión de pueblos y de reinos bajo una sola corona.

Pero en el fondo de ésta Europa revuelta ardía el fuego revolucionario. El Renacimiento estaba sembrando ideas nuevas que pronto empezarían a dar sus frutos. Los intelectuales hacían su revolución en los libros secundados por el maravilloso invento de la imprenta, mientras que en las lóbregas cabañas campesinas se preparaban jornadas de sangre con el epílogo de la muerte violenta del señor a quien se le había ocurrido pasar por allí con un halcón en la mano.

La Europa de aquellos tiempos parecía construida para la eternidad: las

columnas de Hércules limitaban su cielo y su horizonte inalterable. Pero un buen día la audacia de tres carabelas dirigidas por un hombre genial hizo despertar a Europa de su sueño milenario, descubriendo, sorprendida, que su cielo y su horizonte se habían ensanchado.

Nada sabía la tripulación de lo que ocurría en su patria, perdidos como estaban en un mar infinito. Quizás no volverían más al Viejo Mundo ni en éste preguntarían jamás por ellos; su muerte ni siquiera tendría el recuerdo que se les otorga a los valientes: simplemente, desaparecerían sin que su muerte se potase en el mundo.

Preocupados andaban los ánimos a bordo. Por la mañana subían a cubierta y contemplaban el desierto círculo del mar. ¡Qué lejana estaba va la tierra! Avanzaban silenciosas las olas desagradables, haciendo cabecear las carabelas y subía, duro y desnudo, el sol por un cielo sin nubes, poniendo al descubierto cuánta era la miseria que habitaba en aquellos hombres desasidos del mundo.

De noche trataba Diego de dormir en cualquier rincón de cubierta, pues en el sollado el calor le impedía cerrar los ojos. Pero tampoco en cubierta conseguía conciliar el sueño: ¡tal era la preocupación que se había adueñado de su espíritu!

En pie sobre el castillo de popa se veía una negra figura en vela. Era el Almirante, con sus eternas varitas y compases en la mano, mirando a la luna. ¿Cuándo dormía el genial navegante? Noche y día, sin abandonar sus observaciones y extraños aparatos. Acaso no necesitara dormir este hombre, que a los ojos de la tripulación, nada tenía de humano.

Pero, sí, Colón dormía también, sí bien sus sueños eran cortos y no tenían hora fija. Para no perder nunca la noción de tiempo, mandaba que se le despertase a hora fija, pues llevaba un control exacto de la distancia que iba recorriendo la nave, y de ningún modo quería que se le escapase este control,

tan interesante y trascendental para sus cálculos.

También en el castillo de proa velaba un joven tripulante.

Se llamaba Pedro Gutiérrez y se había enrolado voluntario en la audaz aventura. No apartaba los ojos de la luna y cantaba lleno de entusiasmo una bella canción, llena de añoranza. Se había significado a bordo por su educación y por su porte distinguido, adivinándose en él al hijo de buena familia lanzado a la aventura por la voz de la sirena que le prometía riquezas incalculables. Aquella noche se había parado junto a la borda, mirando al mar donde la luna estaba a punto de ponerse. Y en medio del silencio de la noche,

cara a las estrellas, dejó oír su voz:

*Negros están los
abismos del mar*

*y la luna se inclina
envilecida;*

*resopla el frío cierzo
marino*

*contra las frágiles
cuadernas del barco*

*Con voz grasienta una
gaviota*

*augura males hasta la
noche.*

*Hay que estar velando
hasta que salga el sol.*

*dijimos adiós agitando
la mano
a los que allá se
quedaron.*

*¿Qué es de ti, padre
mío?*

*¿Cómo estás, novia
amada?*

*Me asusta la vastedad
del mar.*

*¿Tendré que morir a
edad temprana?*

*Fuera del huerto de mi
padre*

*crece un manzano
que es una maravilla de
Dios,*

*un bello abrigo para los
pájaros.*

*En la primavera,
cuando zumba la abeja,
aparece con todas sus
galas;
cuando los pájaros
enmudecen
te entrega su fruto.*

*Allí detrás del viejo
dique
nos juramos amor los
dos,
amada mía; allí me
juraste amor.*

*¡Ay! ¿Volveré a ver
algún día*

*el árbol amado?
¡Ay! ¿Estás tú allí,
al abrigo de la verde
hierba?*

*Aquí no se ve ninguna
rama,
salado está el mar como
las lágrimas.*

*¡Está tan sola mía
criatura*

*en el poder de las olas!
¿Quién sabe dónde
acaba el mar
y adonde le lleva el
viaje?*

*Estamos en tus manos:
¡devuélvenos a puerto!*

Todavía transcurrieron treinta y cinco días antes de ver tierra, tiempo demasiado largo para una gente de nervios tan desatados como la mayoría de la tripulación. Incluso a Colón, el indomable capitán, aquellos días le parecieron los más largos de su vida. Como era de esperar, tuvo que sostener terrible lucha con sus hombres.

El profundo decaimiento que siguió a los primeros días después de perder de vista la tierra, se cambió en seguida en insubordinación. Ahora iba a verse si había posibilidad de gobernar a los indomables españoles. Ojos que antes no miraban más allá de las escaleras que conducían al castillo de popa, erguíanse

ahora, sombríos y provocativos, basta el Almirante. Había estallado la guerra fría entre el capitán y sus hombres; sólo un pequeño roce y hablaría la violencia.

La tripulación no hablaba más que de volver atrás, pero en vez de planteárselo claramente al Almirante, convencían al timonel, ya de por sí dispuesto a la faena, para que cambiase el rumbo de la nave. Colón, fingiendo no darse cuenta, corregía la posición del timón sin alterarse, como si ni siquiera sospechase las intenciones de sus hombres. Una mañana, sin embargo, la escena adquirió tintes sombríos. Contra su costumbre, el Almirante se había retirado un momento del puente de mando, y al volver a él y pasear la vista

en torno observó que la ruta casi señalaba al Norte. Fué cuestión de un abrir y cerrar los ojos; un par de zancadas y ya estaba junto al timón; puso sus manos sobre las del timonel y volvió la nave a su rumbo con timonel y todo, arte la asustada sorpresa de éste. Pero el Almirante no se inmutó; parecía que aquella maniobra que acababa de realizar no había exigido esfuerzo alguno: su rostro, que ni siquiera había cambiado de color, sonreía divertido, mientras su mirada dirigía una severa advertencia al contramestre Sancho Ruiz por haber permitido aquel insensato cambio de rumbo.

Y nadie osó repetir la maniobra. El timonel contempló sus manos maltrechas

por el formidable apretón y luego las sumergió en un cubo de agua, y el resto de la tripulación, con la palidez en los labios, guardó profundo silencio ante aquella demostración de fuerza y decisión. ¡Qué terrible y poderoso era el Almirante! ¡Cómo asustaban sus puños!

A partir de aquel momento la proa de las carabelas, señaló siempre el Oeste a través de un mar infinito y silencioso, más inquietante según iban pasando las horas. El silencio de la tripulación hacía más pavoroso el silencio del océano, presagiando la proximidad de días crueles. Y así ocurrió: el mar empezó a cambiar de aspecto, a levantar olas gigantescas que subían a la *Santa María* a la altura de

una casa para luego hacerla bajar vertiginosamente. Para la tripulación había empezado el drama: las naves navegaban ya fuera del mundo y estaban acercándose a zonas donde todo iba a acabar. ¿Por qué, si no, formaba el mar aquellos abismos?

Un mástil que uno de aquellos días vieron flotando a la deriva en las procelosas aguas parecía dar respuesta a esta angustiosa pregunta. Era evidente que una gran nave había naufragado cerca de allí; y si ella, pese a ser mayor que la *Santa María*, como demostraba el mástil, no había podido librarse del naufragio, ¿qué suerte les esperaba a las tres carabelas? El Almirante, al cual expusieron estas consideraciones, se

mostró totalmente en desacuerdo: que una nave hubiera naufragado allí cerca lo único que demostraba era precisamente que el mar en aquella zona geográfica era como todos los mares. Fuera del mundo no había naves; de eso podían estar seguros. De dónde había venido aquel mástil, cuánto tiempo llevaba flotando, eso ya no podía saberse. Y con esta explicación tuvo que volverse la tripulación del castillo de popa; pero sus tristes ojos no se apartaban de aquel funesto náufrago vegetal, gloria un día del bosque y roído ahora por los percebes entre un sudario de algas en el triste y húmedo cementerio marino.

También durante un largo rato lo

estuvo observando el Almirante. Pero sus ojos chispeaban de alegría: aquel mástil era para Colón un magnífico punto de referencia para calcular la corredera del día.

El día 13 de septiembre fué un día aciago. La aguja magnética se había desviado bastante del Norte, tanto que el timonel lo notó. Sería situación que el Almirante, naturalmente, trató de ocultar; pero el piloto y el segundo de a bordo no tardaron en descubrir por sí mismos aquel inesperado fenómeno, que, dos días después, comunicaron a Colón. Ante esto, el Almirante no pudo seguir ocultando por más tiempo lo que había ocurrido. Sí, el compás se había desviado, y los cuerpos celestes

también, señalando ahora, hacia el Oeste. Quizá le había ocurrido algo al compás; pero quizá también era que la estrella polar se había desviado algunos grados de su órbita.

Con esta explicación parecieron calmarse las inquietudes de aquellos dos expertos en náutica, pues no se volvió a hablar más de aquello, y las carabelas siguieron surcando las aguas hacia Poniente. Pero, ¿no era peor que la estrella polar se desviase? Si el cielo mostraba una señal tan clara, ¿cómo podía compaginarse con el cristianismo del extranjero que se mostraba tan desobediente?

Más razonable era pensar que el compás funcionaba al revés. Pero esto

en realidad no dejaba de ser inquietante, pues ¿qué otra cosa podía significar aquella desviación del compás sino que las carabelas se estaban acercando a la montaña magnética que había en el límite del mundo? Y si esto era así, el fin de la loca aventura estaba próximo. Cascos, espadas, anclas..., todo lo que se llamase hierro, saldría disparado de las naves atravesando cuadernas y cubiertas y escotillas; las carabelas se desintegrarían y sobre las olas no habría más que un montón de maderas flotando y moviéndose a capricho del viento. ¡Y todo esto sucedería en un momento, en un abrir y cerrar de ojos! Nadie envidiaría la suerte del Almirante en aquel trágico instante; su recia armadura

de acero sería como alas poderosas que le llevarían con la rapidez de una flecha a estrellarse contra la montaña, quedando unido por la cabeza para siempre a aquella muralla exterminadora. ¡Ahora vería el Almirante cómo se iba a premiar su insensatez! ¿No estaba claro de toda evidencia que no debía seguir navegando en aquella dirección? ¿O es que ya no entendía el mudo, pero expresivo lenguaje de la aguja magnética? ¿A qué diablos se había confiado?

La tripulación estaba muda de pavor; las mejillas se familiarizaron con las lágrimas más amargas. Pero en la cubierta seguía triunfando la serena

tranquilidad del Almirante, que no dejaba de pasear con paso firme mirando al mar y a las estrellas. ¿Quién era aquel hombre para no inmutarse nada ante la trágica desviación de la brújula? ¿No habría en él un demonio? La tripulación se hacía estas preguntas que no podía contestar. Mientras, las carabelas navegaban.

Y dos días después de aquel aciago día trece ocurrió algo que convirtió la nave en un manicomio, a pesar de que el hecho tenía menor importancia que la desviación de la brújula. A media tarde, con un cielo bañado de luz, bajó de las alturas envuelto en llamas un meteoro. Rasgaba el aire con tal fuerza que la tripulación pudo oírlo y verlo hasta que

desapareció en el mar. En la nave resonó un griterío general; muchos cayeron de espaldas sobre cubierta; otros corrieron por la nave enloquecidos, retorciéndose las manos y haciendo otros gestos de desconsuelo; algunos cayeron de rodillas invocando a la Virgen Santísima con el avemaria. Hasta la oficialidad — Juan de la Cosa, Sancho Ruiz, el médico Alonso de Moguer...—, que debía darse cuenta de la naturaleza del fenómeno, perdió la cabeza y se puso a dar gritos de alarma. ¡Santo Dios! ¡Aquello era el fin!

Y ya no hizo falta más. Se impuso el miedo a la muerte. Pero esta vez bajó del puente el Almirante para tranquilizar a la atribulada tripulación explicándoles

qué era lo que acababan de ver. ¿Cómo podían asustarse de una estrella fugaz?...

¿Que aquello era una estrella fugaz? Un grito de unánime reprobación, de escándalo general resonó en el silencio marino, mientras se cubrían los rostros con las manos unos y clavaban sus ojos espantados en el Almirante otros. ¿Cómo se atrevía a decir tal monstruosidad aquel burladiós! ¿Era un milagro, un santo milagro lo que acababan de contemplar!

El Almirante, conocedor del corazón humano, trata de ir suavizando las cosas, y así, sin atacar de frente negando lo que para aquellos hombres sencillos y aterrorizados era un hecho sobrenatural, empezó diciéndole que en

el Mediterráneo y otros mares había visto muchos fenómenos como aquél y que todos los buenos marinos que él había conocido los denominaban estrellas fugaces y meteoritos, explicando su caída a la tierra por haberse desviado de su órbita. De acuerdo en que tenían quizá una razón más recóndita para venir a la órbita de la tierra; pero no creía necesario llamarlo milagro.

Pero no consiguió convencerles. Ni las lágrimas ni el miedo abandonaron a la tripulación. Debían volverse atrás; bien claro lo indicaba la señal que el cielo les había dado. Obraba mal el Almirante desobedeciendo a Dios.

Y se entabló una larga discusión

entre Colón y sus hombres, que no terminó hasta muy entrada la noche, hora en que por fin se impuso la voz apaciguadora de Colón.

Y la nave seguía navegando hacia el Oeste. Ya se había perdido a popa el lugar donde había caído el meteorito. El Almirante calculó cuánto camino llevaban recorrido ya. Mientras, la gente dormía o pensaba asustada y llorosa en el milagro. De cuando en cuando subía hasta el puente el sollozo incontenible de algunos tripulantes.

Hacia medianoche unos gritos de espanto proferidos por un tripulante interrumpieron el trabajoso descanso de la tripulación. Ésta se levantó temblando y preguntando qué ocurría. El asustado

tripulante les dijo cómo navegaban entre fuego, que en torno al buque las olas eran fuego, que el mar era fuego. Antes de que el miedo degenerase en catástrofe, Colón bajó inmediatamente del puente para explicarles que aquello era la fosforescencia de las aguas, fenómeno muy corriente en los mares. Algunos de los tripulantes —decía Colón— tenían que haberla visto antes. En el Mediterráneo había una fosforescencia exactamente igual.

Pero el miedo había oscurecido la razón y la memoria en muchos, y las explicaciones de Colón no bastaban a disipar el denso terror de sus corazones. El convencimiento de que la muerte estaba para llegar de un momento a otro

era incommovible. Sí, las aguas ardían porque a la tarde había caído fuego del cielo. El Almirante tuvo que echarse a reír. ¿Por qué, entonces no ardía la nave? Y ordenó que se echase un cubo al mar y se extrajese agua, y una vez que el cubo llegó a cubierta les invitó a que metiesen la mano. ¡Y el agua estaba fría!...

A partir de este episodio el Almirante bajaba a cubierta más veces. No mostraba la soberbia altivez de antes, alejándose de la tripulación; antes al contrario, ahora se le veía dispuesto a discutir cualquier cosa con el último marinero. Y de este modo, sin abandonar jamás su dignidad, empezó a granjearse los ánimos de su gente. Ésta, por su

parte, le planteaba a Colón cuestiones que éste con su gran caudal de ideas y su conocimiento de los hombres les resolvía con la mayor facilidad, sin mostrarse nunca duro ni desdeñoso. Había en su rostro mientras hablaba la afabilidad del caballero, del hombre lleno de corazón y de bondad, que se le escapaba por sus ausentes y luminosos ojos azules.

Sin embargo, nadie podía adivinar lo que guardaba en su interior; el Almirante no lo descubrió a aquellos que querían saber su destino.

Mucho se habló en la nave en los días siguientes a la caída del aerolito. La *Santa Marta* parecía un buque escuela donde a lo largo del día daba el

Almirante lecciones de navegación, meteorología, astronomía, etcétera, a una tripulación que tendría que seguir el camino que él les había trazado.

CON LOS VIENTOS ALISIOS

EL MAR de los Sargazos, centenares de millas lejos de tierra, tres pequeñas naves perdidas en el mar infinito y una tripulación desesperada.

Nueva y terrible decepción fué para la angustiada tripulación la aparición de aquella masa enorme de vegetación marina, que a sus ojos hambrientos de tierra les pareció una pradera inacabable, despertando en ellos una fugaz llamarada de esperanza.

Las naves, siempre obedientes a la inquebrantable voz de mando del

Almirante, se metieron en la ubérrima selva marina acariciando con sus quillas las húmedas plantas verdes, ante la mirada indiferente de Colón y los gritos de espanto de la tripulación que no cesaba de conminar al timonel para que cambiase la ruta de la carabela.

¿De dónde venía aquella vegetación? ¿De qué próximas rocas se había desprendido? Era evidente que en aquella zona tenía que haber bajos. Colón, por toda respuesta, mandó echar la sonda. Ésta descendió centenares de brazas hasta terminarse toda la cuerda; pero no se tocó fondo. No, no había bajos ni praderas submarinas. Y entonces, en un rasgo de buen humor que a su gente le pareció un cruel sarcasmo,

les dijo que no esperasen ver una vaca levantar la astada cabeza de las aguas o una torre emergiendo de la superficie marina. La tripulación se creyó que estaban navegando fuera de la tierra, dentro de la inmensa profundidad del mar. ¿Dónde estaban?

El Almirante se encogía de hombros. La verdad era que tampoco él sabía por qué el viento soplaba tanto tiempo en la misma dirección. Era una novedad para él. Y estudiaba diariamente las nubes y demás señales que orientan al marino; pero ahora se enfrentaba con una ruta nueva y desconocía la situación del viento en ella. Sin embargo, con tal que la tripulación no se asustase más, había

motivos para alegrarse del viento.

Un día, era el 22 de septiembre, cambió el viento. Tuvieron el mar en contra y la tripulación no acertaba a comprender que en el mar hubiese otro viento que el del Nordeste. Colón tenía aún un plazo de respiro y juntó sus manos en agradecimiento al Creador.

En sus solitarias meditaciones, que distribuía entre la oración y el cuaderno de bitácora, le vino al pensamiento que estaba haciendo lo mismo que hizo Moisés: conducir a su gente a través de tantos peligros reales, protegiéndoles contra sus propias imaginaciones y deseos suicidas.

Pero volvió el viento del Norte y

con él un renovado y creciente oleaje de quejas. ¿Adonde iban las naves empujadas por las olas? ¿Qué otra dirección podía ser aquélla sino la del abismo?

El Mar de los Sargazos ya se había quedado atrás; navegaban ahora sobre las aguas limpias y profundas. Y entonces sintieron la amargura de haberse alejado de algo mejor que el agua sola, que era como la pena sin mezcla de consuelo. Siquiera antes, entre las algas, la imaginación les hacía ver tierra, o por lo menos pensar que podía estar cerca. Pero ahora, fuera ya de las praderas de algas, sin otro horizonte que mar y cielo, ¿qué podían imaginarse ni pensar?

La pérdida de sensatez era general. En cada ola veían monstruos marinos; el creciente calor les hacía pensar que se estaban acercando a las ardientes regiones próximas al sol, donde toda vida se extinguía, excepto las salamandras.

A esto se vino a añadir el problema de los víveres. No era, por cierto, nada alentador, contemplar cómo iban bajando las provisiones. Si tenían todavía que navegar otro tanto sin encontrar tierra, lo mejor era dar vuelta cuanto antes; los víveres no llegarían a más. Colón lo sabía y estaba tranquilo, pues no habría más solución que seguir adelante, si no querían quedarse sin comer.

Y ante la terrible perspectiva de la comida y del oscuro y siempre temido porvenir, nació en la nave una especie de debate permanente en el que todos, incluso los marineros más ignorantes, tenían voz. En este debate se pasó revista a las razones en que se fundaba el viaje. Esto para el Almirante era entretenido y al mismo tiempo apartaba a la tripulación del sombrío pensamiento de los víveres. Pero él no se apartaba de la bitácora, pese a ser el centro del debate.

Todo lo que Colón había dicho repetidas veces durante catorce años ante comisiones de sabios en Portugal y ante los sabios de Salamanca salió a relucir allí, teniendo que volver a oír los

mismos argumentos contrarios a su tesis, que iba refutando uno por uno como mejor podía.

Todo se reducía a esto: ¿Era la Tierra redonda?

“¡Imposible!”, era el pensamiento unánime de la tripulación. Todo el mundo sabía que no; todo el mundo podía ver que no era redonda; era una herejía decir lo contrario. Alta traición contra la Iglesia y contra Dios. Juan de la Cosa, que era propietario de la nave, surgió como el portavoz de la tesis opuesta a la redondez de la Tierra y adujo la Biblia en apoyo de su punto de vista. Ni Moisés, ni los profetas ni los Apóstoles decían nada sobre la redondez de la Tierra; por otra parte, la

razón decía que la afirmación de Colón era un error. Bastaba fijarse en una cosa: ¿cómo iba a explicarse el diluvio si la tierra no fuera llana? De ser curva la Tierra, toda el agua se hubiera salido de ella.

Grandes aclamaciones acogieron estas palabras de Juan de la Cosa, quien, modestamente, se retiró hacia el grupo, que miraba torvamente a Colón.

Y se levantó el Almirante a hablar en latín y griego contra lo que había dicho Juan de la Cosa. Y apoyó sus palabras con citas de San Agustín, comparándolas con lo que habían dicho Aristóteles, Estrabón, Séneca, Pitágoras, Eratóstenes...

Aristóteles... Juan de la Cosa

meneó la cabeza virilmente. Había oído el nombre de Aristóteles, y sabía que era un hombre extraordinario; pero sus razones se apoyaban en una base falsa. Colón expuso entonces detalladamente todas las razones que los antiguos tenían para suponer la redondez de la Tierra; la sombra que proyectaba sobre la luna durante los eclipses de este satélite, esta demostración, evidentemente la más importante de todas las que expuso, pareció a los tripulantes una pura insensatez. Pero Juan de la Cosa, a quien no se le ocultó la fuerza de este argumento, se salió del grupo y objetó:

—¿Cómo puede ser posible que la Tierra, en los eclipses de luna, proyecte sobre ésta su sombra, aunque sea

redonda? En este caso, el sol tiene que pasar por debajo de la Tierra.

—Eso hace precisamente — replicó Colón.

Comoción. Hubo una furia contenida en la mayoría. Todas las miradas estaban pendientes de Juan de la Cosa, que estaba sin saber qué decir y miraba con sincera pena al Almirante. Se limitó a preguntar cómo podía la Tierra, que pesaba centenares y centenares de quintales, flotar libremente en el espacio. En qué cabeza cabía tal suposición.

—¿Es que hay algo imposible para Dios todopoderoso? — opuso enérgico el Almirante—. ¿Es que el Creador que ha puesto las esferas en marcha y las

mantiene en su curso— sol, luna y estrellas — para que den luz y dividan el día, no va a poder mantener la Tierra flotando en el espacio? Él sabe cómo, pero así es.

Juan de la Cosa inclinó la cabeza y levantó el índice para hacer la señal de la cruz al oír el santo nombre de Dios. La tripulación siguió su ejemplo.

Pero volvió a reanudarse la discusión, y Juan de la Cosa, sin dar su brazo a torcer, contestó que, si bien todo lo que decía el Almirante era posible para Dios, la realidad era que la Tierra no era redonda. Admitía que una esfera podía ser tan grande que diera la impresión de ser llana a los que estaban en la parte de arriba; bien, pero a

medida que uno se alejase de esa parte superior tendría necesariamente que llegar a una pendiente, que cada vez se haría más inclinada hasta llegar a ser completamente vertical. En tal caso, ¿cómo podía sostenerse el agua sin salirse de la Tierra.

Al oír este razonamiento de Juan de la Cosa, la tripulación prorrumpió en bravos y vítores. Juan de la Cosa creía haber arrinconado al Almirante.

Colón no hizo caso de la pregunta, pero se lanzó como un halcón sobre lo de la verticalidad:

—En este momento navegamos hacia abajo.

Hubo unos segundos de silencio. Hasta que la tripulación se dió cuenta

del significado de las palabras que acababa de pronunciar el Almirante. Siguió entonces un griterío infernal, acompañado de movimientos violentos. Algunos se lanzaron a la borda para ver si era verdad; otros echaron mano a las armas. Juan de la Cosa se puso pálido; pero se mantuvo dueño de sí y preguntó:

—¿Y cómo ha pensado el Almirante navegar hacia arriba?

Todos comprendieron en seguida la pregunta de Juan de la Cosa. Si la Tierra era redonda y estaban navegando hacia abajo, no habría fuerza humana para hacer que las carabelas navegasen hacia arriba. Este convencimiento les dejó petrificados.

Pero sobre el espanto de todos se

extendió la sonrisa del Almirante, burlona, ligera y victoriosa, pero que a los ojos atónitos de su gente parecía brotada del infierno. Aquella sonrisa colmaba la medida.

—En este momento también navegamos hacia arriba — contestó con dulzura el Almirante a Juan de la Cosa. Y continuó explicándole su pensamiento diciendo que si la Tierra era realmente redonda, no podía haber ni arriba ni abajo en ningún punto de la misma, excepto desde la superficie al interior. Pero Juan de la Cosa meneó la cabeza mirando tristemente al Almirante, a su barco, a todos.

Entonces el Almirante cambió su plan de ataque y defensa: aceptó como

verdadera la tesis de sus adversarios; pero les propuso una dificultad. Si la Tierra era llana, no podía estar rodeada por un abismo: el agua se precipitaría hacía abajo y ya tenían que haber pasado varios siglos desde que los mares hubiesen quedado sin agua: el diluvio sería imposible, como había indicado muy bien Juan de la Cosa. Si, por el contrario, el océano estaba como un anillo alrededor de la Tierra, nada había que se opusiese al pensamiento de navegar hacia las Indias por el camino del Oeste, por detrás, en vez de ir de frente.

Pero el coro seguía de parte de Juan de la Cosa. Y entre gritos y voces de desaprobación para las palabras del

Almirante terminó aquella movida jornada.

En lo sucesivo tuvo el Almirante que acorazarse con todas las razones y pruebas de la existencia de tierra al otro lado del océano. Pruebas cósmicas, que ya habían oído españoles y portugueses: pruebas históricas cuyas raíces se perdían en los relatos mitológicos; pruebas y demostraciones de sabios antiguos y geógrafos modernos; observaciones directas: hechos de pequeña apariencia, pero de fuerza contundente... Y lógica, mucha lógica...

Y habló el Almirante y dijo:

—Desde la época de Arildo se viene hablando de un país desaparecido en el Atlántico, el Atlantis de Platón. Se

dividían las opiniones: unos decían que lo había tragado el mar; otros, que el hombre había perdido el camino que conducía a él. Recientemente se hablaba de que a través de los siglos venía repitiéndose la leyenda de que estas tierras o islas estaban situadas muy lejos, al Oeste de Europa. De creer a muchos, estas tierras eran el perdido Paraíso Terrenal, cuyo camino había quedado borrado para siempre de la memoria de los hombres. San Brandán se hizo un día a la mar para llegar a esa tierra soñada, y llegó a una isla feliz. Pero aquel camino se fué borrando con los años y hoy nadie sabe dónde está esa isla. Ochocientos años han pasado desde el viaje de San Brandán; pero el

recuerdo de su gloriosa hazaña pervive. La leyenda ha venido situando en las Canarias ese pedazo de tierra que el santo descubrió; eso no puede ser: la isla feliz tiene que hallarse a doble distancia que las Azores, probablemente más al Sur, quizás en la dirección que seguimos nosotros.

”Ahora, ante una observación más reciente, estas islas misteriosas o continente parecen ser la costa occidental de la India. Se sabe que frente a sus costas hay islas muy grandes, como, por ejemplo, Cipango, acerca de las cuales tenía Marco Polo informes fidedignos. Tienen que ser las mismas que la Antilla o la Isla Brasil, que los geógrafos de hoy han colocado

ya en sus mapas en espera de encontrarlas algún día. Así ha hecho el famoso sabio Toscanelli. Y como la distancia de la costa occidental de Europa a la India es conocida con bastante aproximación, puede medirse con cierta seguridad la anchura del Atlántico, que, en mi opinión, es igual al doble de la distancia que ya llevamos recorrida.

”Pero — prosiguió el Almirante—, además de los argumentos cósmicos y geográficos, en los que no voy a entrar, hay otras pruebas que nos dicen claramente que al otro lado del mar hay tierra. En primer lugar, hay mucha gente que ha visto las islas, en días claros, lejos, al oeste de las Islas Canarias. Yo

mismo albergué ya hace tiempo, en mi casa de Madeira a un náufrago que en su lecho de muerte me dijo que había sido sorprendido en el Atlántico por una tempestad que duró veintiocho días, Se dirigía a Inglaterra, pero el temporal le llevó mar adentro, llegando a una isla cuyos habitantes iban desnudos. Salió de esta isla rumbo a Europa cuando el tiempo le fué propicio; pero estaba tan acabado, que no pudo pasar de Madeira. Era el único superviviente de una tripulación de diecisiete hombres.

”Y un portugués llamado Pedro Correa me contó que en Porto Santo habían encontrado trozos de madera oscura muy bien labrada, y no con instrumento de hierro, que había llegado

hasta allí a caballo de las olas. Y todavía me dijo algo más notable: que hasta las playas de Porto Santo habían llegado cañas muy grandes que parecían hierbas de tamaño gigantesco, como si vinieran de una tierra donde todo fuese de dimensiones sobrenaturales. Yo mismo las he visto flotar más de una vez con mis propios ojos, pues he vivido tres años en Porto Santo. Y vi también muchas otras cosas que de modo indirecto estaban diciendo que allá lejos, al Oeste, había tierra. Se veía en la manera de formarse las nubes y otros fenómenos aéreos, a los que yo no daba importancia entonces. Las cañas fueron enviadas al rey de Portugal y en esa ocasión las vi yo detenidamente. Martín

Vincenti, marino digno de todo crédito, encontró también maderos labrados al oeste del cabo San Vicente.

”Lo más notable, sin embargo, es lo que se cuenta de las Azores. Encontraron un día en la playa un bote arrojado a la arena por un violento viento del Oeste. El bote no era más que un tronco hueco: evidentemente era una nave construida por un pueblo salvaje. Y en otra playa, la de Flores — de las mismas Islas Azores — aparecieron un día dos cadáveres, posiblemente los hombres que ocupaban el bote. Tenían un rostro ancho y no se parecían a ninguna raza conocida. Casi podía decirse que aquello era una prueba palpable de la existencia de los

antípodas...

Al oír esta última palabra, Juan de la Cosa tosió y se permitió una observación. Si el relato era verdad, el hallazgo de los dos cadáveres, a poco que se examinasen, no arrojaba ninguna luz sobre los antípodas, pues, según todas las noticias que acerca de ellos había, tenían que ser completamente distintos, y una diferencia tan insignificante como el tener la cara más ancha estaba en contradicción con estas noticias. Por otra parte, dado el carácter fabuloso de lo que las historias contaban de los antípodas, nada concreto se sabía. Además, aun cuando fuese verdad lo que se decía de ellos, nada demostraba en

favor de la redondez de la Tierra, pues en el mundo pagano, en los confines del mundo cristiano, había sátiros y arimaspos, y más allá de la Arabia había gentes que tenían una sola pierna y andaban a saltos; que había amazonas y hombres sin cabeza con la cara en el estómago. Esto lo único que probaba era que cuanto más alejado estaba un pueblo del mundo cristiano, menos semejanza tenía con los pueblos creados a imagen y semejanza de Dios. Por consiguiente, había que concluir que los dos cadáveres de las Azores bien poco decían sobre los antípodas.

Al oír estas razonadas palabras de Juan de la Cosa, se apoderó de la tripulación un silencio hondo y

doloroso. ¿Adonde los conducía el Almirante? ¿Es que se recreaba viendo su próximo y terrible fin? No cabía duda de que el infierno estaba en los confines de la tierra. ¿Había vendido sus almas después de tener sacrificadas sus vidas? ¿Es que no se detenía ni ante la felicidad eterna?

Hubo una pausa enojosa. La notó Jorge el mudo, el antiguo esclavo de galeras, que lanzó un ¡uf! que era como el resumen de todo el desasosiego que reinaba en la nave. Pero Colón volvió a hablar y se santiguó al pronunciar el santo nombre de Dios, disipando así los temores y las dudas de todos, menos quizá las de sus más encarnizados enemigos.

Entonces Colón desvió hábilmente la conversación hacia cuestiones teológicas, tratando especialmente de la situación del infierno y asegurando que, cualquiera que fuese su ubicación, era un lugar al que no podía llegarse por mar, pues éste era un elemento enemigo del fuego.

Y con ésta y parecidas discusiones iban transcurriendo los últimos días que precedieron a la magna sorpresa.

“¡Tierra! ¡Tierra!”

Tal fué el grito jubiloso y emocionado que pronunció Martín Alonso Pinzón. Mandaba este marino la *Pinta*, y al divisar a Poniente algo así como una nube baja, pero con una

configuración tan cortada, tan parecida a una quebrada línea costera, no lo dudó ni un instante:

“¡Tierra! ¡Tierral”

Todos clavaron la vista en aquella dirección. Colón la vió y al momento se hincó de rodillas en el puente de mando y juntó sus manos en acción de gracias a Dios. La conmoción que siguió al grito de Martín Alonso Pinzón fué enorme. Todas las preocupaciones desaparecieron; una alegría indescriptible estremeció las naves a la vista de la lejana faja de tierra. Los marineros subían a los palos para ver mejor y bajaban delirantes, abrazándose a otros que, a su vez, iniciaban la ascensión para gozar de la misma dicha.

Y la algarabía no tendría fin a no ser por la actitud del Almirante, que con su fuerte voz obligó a todos a reunirse en cubierta para elevar al Señor una oración.

Se disparó un cañonazo. La *Niña* se acercó. Las tres naves iban juntas en la atardecida, y mientras la bendita faja de tierra desaparecía en el gran incendio de la puesta del sol y se esfumaba el rojo crepúsculo vespertino dejando paso al primer brillar de las estrellas recién encendidas, se entonaba el himno en la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*. Tres coros fundidos en uno solo cuyas voces resbalaban sobre el mar y subían a las estrellas hasta el trono de la Reina del Cielo:

*Salve Regina, Mater
misericordiae, vita,
Dulcedo et spes nostra,
salve!*

*Ad te clamamus exules,
filii Hevae.*

*Ad te suspiramus,
gementes et flentes
In hac lacrimarum
valle.*

*Eja ergo, advócala
nostra, illos tuos
Misericordes oculos ad
nós converte.*

*Et Jesum, benedictum
fructum ventris tui*

*Nobis pos hoc exilium
ostende.*

*O clemens, o pia, o
dulcis Virgo María!*

SAN SALVADOR

JAMÁS noche alguna había sido tan larga; jamás ninguna espera había sido tan tensa. La derrota apuntaba ahora al Sudoeste en dirección de la faja de tierra, navegando durante toda la noche con viento fresco.

Pero al salir el sol, apareció a Oriente la desnuda superficie del mar infinito y por la proa de las naves se perfiló en la lejanía la línea formada, al encontrarse, por el cielo y por un mar donde las olas se movían como serpientes.

La decepción fué enorme.
Mordidos por la amargura,

comprendieron que lo que habían tomado por tierra había sido un espejismo, una broma cruel que acababa con la esperanza de aquellos hombres tan probados.

En medio de un silencio mortal se oyó una voz, y un hombre se fué abriendo paso ante aquella tripulación vencida. Intentó hablar con voz recia, pero el golpe que le había asestado la dura realidad empañaba su garganta. Por vez primera vió que nadie le escuchaba. Ni él mismo creía en sus propias palabras. Pero había que hablar.

Y dijo que lo que habían visto no podía ser otra cosa que la isla de San Brandán, la cual, como se sabía por la leyenda, era una isla flotante. San

Brandán había navegado tras ella días enteros sin poder alcanzarla; se iba alejando en el mar delante de él como si fuera una visión aérea, hasta que por fin logró llegar a ella. Y lo mismo les podía ocurrir ahora a ellos...

La tripulación se alejó de él disgustada. En sus caras se marcaba la desesperación, el odio y la impotencia. Parecían gatos acorralados. Ya no veían en Colón más que a un charlatán, a un necio cartógrafo engañador, a un soñador de dolorosas quimeras. Y le miraban de pies a cabeza, recorriendo con sus ojos enfurecidos y ardientes las anchas espaldas del Almirante, su talla de atleta, su tipo de trotamundos. Entonces el Almirante subió al puente de

mando. La nave navegaba ante la apática desesperación de los tripulantes.

Ocurrió aquella falsa visión de tierra el veinticinco de septiembre. ¡Y todavía les faltaban más de dos semanas de navegación!

A partir de este día no volvieron a oírse en cubierta las explicaciones del Almirante a las preguntas y objeciones de su gente. Colón permanecía en la popa y hacía su vela día y noche. Abajo, la tripulación se movía por cubierta como si no hubiera mando.

Todavía seguía la ruta puesta al Oeste; pero la tripulación empezó a formar grupos en los que se discutía y conspiraba en voz baja. Finalmente, se fué perfilando la sedición. Diego veía

sangre, y su actitud recordaba la de la fiera pronta a dar el salto sobre la víctima. El Almirante debía ser quitado del medio sin dilación alguna, bien fuera preparando las cosas de modo que pareciese un desgraciado accidente, o bien por la violencia, lanzándole al mar desde el puente de mando donde se paseaba su soberbia altivez.

Pero aquí no todos estaban conformes. Si mataban al Almirante, ¿podrían ellos encontrar el camino de regreso? Los más expertos opinaban que no habría dificultad. Otros arrugaban la frente pensando que sólo el Almirante conocía la ruta de regreso y que su eliminación era un punto que había que meditar mucho.

El único que no participó en la conjura contra el Almirante fué Pedro Gutiérrez. Tampoco figuró entre los conspiradores Juan de la Cosa. Jamás había creído este marino en el viaje, y en aquel momento menos que nunca; pero, pese a ello, declaró que él pisaría allí donde Colón pisase. La empresa era demasiado grande para abandonarla sin ver el fin.

Así estaban las opiniones. Pero la que se alzó con el triunfo fué la que decidió la sentencia de muerte del Almirante.

Vino el estallido. Pero fué él mismo quien lo provocó, precisamente cuando ya había madurado el plan para atentar contra su vida. Hacía tiempo que

venía observando que algo se fraguaba, y un día, cuando todos estaban en cubierta presa de la mayor irritación, bajó del castillo de popa y se metió entre ellos, desarmado, decidido a hablar con ellos.

Gritos furiosos acogieron su presencia en las escaleras. En un instante se amotinó toda la cubierta; la rebelión era general. No había gracia para él; y si venía a buscar la muerte por su propio pie, tanto mejor. De pronto, un amotinado, puñal en mano, se lanzó de un salto sobre el Almirante y los dos cuerpos se retorcieron y giraron en loco torbellino.

Pronto se adivinó al vencedor, sin embargo. El Almirante tenía cogido a su

enemigo en sus potentes brazos. Le hizo soltar el puñal cuya punta rompió; y sujetándole con una mano, le dió con la otra un par de bofetadas; luego le empujó a un lado como si fuera un saco, y con un gesto de asco en su rostro, como cuando se echa de sí un insecto repugnante, se dirigió hacia el grupo de los amotinados.

Paseó sobre ellos su mirada de ave de rapiña. Parecía un ciervo salvaje entre perros. Pero nadie se movió.

Y Colón, con la voz entrecortada y rugiente, les dijo que allí estaba él para llevarlos, quisieran o no, a reinos donde jamás se había posado el ojo del hombre. Jamás el populacho le diría que había defraudado a sus señores el rey

Fernando y la reina Isabel, en cuyo nombre había emprendido el viaje. Y que nadie ni nada le impedirían seguir navegando hasta encontrar lo que estaba seguro de hallar.

Pronunciadas estas palabras, la cara del Almirante se cubrió de intensa tristeza; volvió la espalda a los amotinados y se dirigió a las escaleras ocultando el rostro entre sus manos. Era este momento una ocasión única para clavar una ballesta en su ancha espalda; pero todos tenían las manos caídas a lo largo del cuerpo, paralizadas por el gesto viril de Colón.

Nadie dijo una sola palabra. Pero los timoneles mantuvieron la derrota en dirección Oeste.

Los que habían visto los gastados zapatos del Almirante pudieron observar a los pocos días de aquel incidente que estaban arreglados. ¿Por quién? Quizás uno de la tripulación, aprovechando el sueño de Colón, se los había arreglado. Pero bien podía ser el mismo Almirante trabajando de noche a la tenue luz del pequeño farol, cuyo resplandor se escapaba tímidamente de su cabina.

Avanzaban las naves hacia el Oeste como llamadas por un mar misterioso y empujadas por un viento místico e inalterable. Pero a esta armonía de las naves y el viento no respondía la actitud de la tripulación, que miraba, sin alterar la profunda amargura de sus arrugados rostros, las señales que indicaban la

proximidad de tierra. En sus cerebros se había oscurecido la idea del mundo que habían dejado atrás; España había perdido su recia personalidad en el recuerdo y en la enloquecida imaginación de aquellos hombres, y la tierra apenas conseguía perfilarse borrosamente unos instantes en sus mentes perturbadas por terribles fascinaciones.

Sin embargo, la tregua no tenía base para seguir existiendo, de nuevo surgió el malestar entre capitán y tripulantes. Pero esta vez tuvo un carácter distinto: en vez de unir, como antes, a todos contra el Almirante, les separó sembrando entre ellos el malhumor y el aborrecimiento. Todos

andaban a solas consigo mismos, evitando todo encuentro y toda conversación. Cuando se cruzaban las miradas había en ellas marcada hostilidad y una intensa tristeza, e inmediatamente se volvían la espalda. Y allí era de ver a uno subido al palo mayor para gozar de su amarga soledad; otro miraba estúpidamente las olas apoyado en una cuerda; algunos estaban tumbados mirando al cielo con ojos vacíos, y otros, en fin, buscaban los sitios más recónditos de la nave para hundirse en su pena.

Los que todavía conservaban un resto de humanidad entraban dentro de sí mismos y se volvían piadosos; no soltaban ni un momento el crucifijo de

sus manos; besaban con la mayor devoción las imágenes de la Santísima Virgen y le hacían fervorosas promesas si volvían a España.

Mientras, en el castillo de popa, como un autómata, seguía paseando el Almirante.

Pero esta vez Colón tenía una gran preocupación, que, naturalmente, ocultaba a todos: le había fallado el cálculo de la distancia. Según este cálculo, hecho a priori, ya tenía que haber alcanzado las Indias, pues llevaban ya recorridas las millas previstas. Pero era evidente que el Atlántico tenía más anchura de la que había creído.

Los primeros terrores de la

tripulación habían sido sustituidos por otros no menos pavorosos. Ya no pensaban en la montaña magnética, ni en la orilla del mundo, ni en los monstruos espantosos, ni en la proximidad del infierno; no se les ocurría creer que el mundo tenía fin. Para ellos ahora todo se reducía a navegar, navegar..., sin que sobreviniese ninguna catástrofe; navegar un día, y otro, y otro, hasta el día del Juicio quizá. ¿Quién sabía si no estaban condenados ya y tenían que seguir navegando? Quizás estaban ya en la eternidad y no podían morir.

Y entonces les caería la carne de la cara y ante sus ojos espantados se mostrarían las calaveras. La *Santa María* se volvería una nave vieja; sus

velas se caerían a pedazos, el cordaje se quedaría en las manos, la cubierta, roída por la polilla, se agrietaría y crujiría bajo los pies, y el ancla mostraría un óxido de siglos... Pero seguiría navegando, navegando... hasta que un día Satanás se compadeciese y le abriese una fisura para que entrase allá en el infierno.

Pero Colón seguía avanzando sin inmutarse ni dejar de hablar todos los días de las señales que denunciaban la proximidad de tierra. Pero la tripulación, cansada ya de oír lo que para ella no eran más que delirios, le pedía con las manos juntas que cesase con aquella música.

Una mañana del mes de octubre

oyeron cantar al Almirante en la cubierta de popa, y entonces se dieron cuenta de que todavía creía en que encontrarían tierra. Y esta creencia no iba a tardar en ser compartida por todos, pues en los días que siguieron a esta mañana fué tal el número de pruebas que se les echaron encima que todos tuvieron la certeza de que la tierra aparecería ante ellos de un momento a otro. Y cobraron ánimo como se recobran los enfermos una vez vencida la crisis. Por sus mejillas bajaban lágrimas. ¡Sí, no cabía duda!

El siete de octubre cambió el Almirante el rumbo hacia el Sudoeste. Los días anteriores habían visto pájaros, pelícanos; pero este día vieron grandes bandadas de aves que volaban en

dirección Norte-Sudoeste. Entonces Colón, que sabía que los portugueses habían encontrado tierra navegando en la dirección que le señalaban las aves, siguió su ejemplo. En su opinión habían dejado atrás las islas que esperaban hallar en el mar, o habían pasado entre ellas sin verlas, dirigiéndose, por tanto, a tierra firme. El once de octubre llegó la prueba irrefutable de la existencia de tierra. Los marineros de la *Pinta* sacaron del agua un bastón esculpido; desde la *Niña* vieron también una rama verde con bayas, que les vino a recordar la paloma con el ramo de olivo en el pico que volvía al arca de Noé después del diluvio.

Pero todavía tuvo el Almirante que

sostener el último combate con la tripulación, precisamente porque ya no cabía duda de que a poca distancia de ellos había tierra. “Sí, vamos a llegar a tierra—decían—, pero, ¿qué hay en esa tierra?” En el mejor de los casos, si era la India, sería necio caer por la espalda sobre los reinos del Gran Kan con tres barquichuelas y menos de cien hombres. Si el Almirante no había pensado en ello antes, estaba aún a tiempo y podía volver. La situación estaba clara: regresar a España y venir con una flota y un ejército. Ellos ya le habían acompañado en la aventura y habían sufrido penalidades sin cuento; por consiguiente, había que volver a España a buscar refuerzos y no exponerse a ser

asesinados todos en una costa enemiga, perdiéndose el viaje, pues ni uno quedaría para contarlo.

Pero Colón, que conocía el corazón humano, les dijo que eso podría esperarse de cualquier hombre menos de un español. Con estas palabras consiguió romper el frente único que le oponía la tripulación. Y las carabelas siguieron su viaje hacia la anhelada tierra.

Al día siguiente reinaba en las naves la unanimidad más absoluta, mientras las señales de tierra se multiplicaban sin cesar. El día once las naves navegaban en son de triunfo. El sol se ponía aquella tarde en un mar desierto, igual que treinta y cinco días

antes; pero en su puesta iba grabada una expectación ardiente y poderosa.

La noche que precedió al día doce era una noche oscura. Era cuarto menguante y la luna salía a las once. Pero una hora antes el Almirante, desde el castillo de popa, vió la primera señal directa de tierra: una luz que subía y bajaba en la lejana oscuridad. Colón llamó a Pedro Gutiérrez y le preguntó si veía la luz y ante la respuesta afirmativa del tripulante, mandó llamar a Rodrigo Sánchez, hombre de confianza del rey a bordo de la nave, para que diera testimonio de ello.

A las dos de la mañana, cuando ya la luna atravesaba el techo del cielo, la

aguda vista de un marinero de la *Pinta*, llamado Rodrigo de Triana, distinguió la costa. La *Pinta* anunció el feliz acontecimiento con un cañonazo. Todos los tripulantes corrieron a cubierta clavando sus ojos en la dirección que señalaba Rodrigo de Triana, y todos pudieron ver, con un gozoso asombro, la suave línea de una tierra baja. Se arriaron las velas, fatigadas y maltrechas de tan largo viaje, quedando desplegados dos focos solamente para mantener las naves al paio hasta que llegara el día.

¡Qué noche! Jamás la impaciencia, ni el triunfo, ni el temor ante lo desconocido, ni la curiosidad por conocer lo que tenían delante, ni la

sensación de un acontecimiento extraordinario agitó tan profundamente las almas como en aquellas horas únicas. Y con razón: había llegado el momento en que iban a encontrarse dos mundos para entregarse su esencia y su espíritu fundiéndose el uno en el otro. No cesaron los preparativos en toda la noche. Algunos se lavaron a la luz de la luna para saltar dignamente a tierra por la mañana; otros se cortaban el pelo lo mejor que podían, entre ellos el Almirante. La piedra de afilar no descansaba en el castillo de proa. La tripulación preparaba la defensa en prevención de lo que pudiera traer la mañana; sus manos acariciaban sin cesar el filo de sus espadas sometidas a la

acción de la muela y hacían molinetes y tiraban mandobles al aire, acometiendo a enemigos impalpables y haciendo cantar la hoja.

Y se hablaba sin cesar; miles de palabras jubilosas llenaron el aire, y el corazón dió salida a los sentimientos que lo embargaban. El Almirante se había convertido en un hombre excepcional; era la figura del día. Así le vió la tripulación en la hora loca en que la tierra se puso al alcance de sus ojos febriles. Y la hostilidad se cambió en agradecimiento al hombre providencial. Muchos se arrastraron de rodillas hacia el castillo de popa para besar los pies del Almirante. Ante él, como ante un padre bondadoso, se humillaron los

mismos que durante el viaje habían sido sus enemigos más encarnizados.

Colón, siempre dueño de sí mismo, no pudo dominar una emoción inefable y juntó sus manos para agradecer al Creador el triunfo final, del que nunca había dudado.

Todo había salido como él había predicho en los dolorosos años de peregrinación. Ahora todo resultaba sencillo; no había más que navegar en línea recta; eso era todo. Treinta y cinco días de navegación proa al Oeste desde las Canarias, con una pequeña desviación al final. ¡Y la tierra otra vez! La tierra donde a la mañana siguiente iba el Almirante a plantar como virrey la bandera de España.

Muchos fueron los ojos que aquella noche estuvieron como clavados en la borrosa línea costera. Una tierra baja, al parecer, sin altas montañas ni escarpados acantilados. ¿Qué seres habitaban allí? ¡Oh!, cuando no habían caído en el abismo, ni el cielo se les había venido encima, ni habían sido atraídos por la montaña magnética ni quemados por el sol, entonces había que suponer que los moradores de aquella tierra eran hombres corrientes.

Diego cantaba en un rincón sin luz con toda la fuerza de su garganta; parecía un pájaro anunciando la aurora primaveral.

¿Quién podía dormir al oír sus melodías rebosantes de sueños?

Había cesado la brisa, y el airecillo de aquella noche tibia trajo a la nave un olor caliente. Era un olor fuerte, oscuro, aromático, de fuego, lodo, plantas; el viejo olor fresco de la vida; el sudor del trópico.

Amanecer del día doce de octubre. Ante las naves, la isla larga, baja y verde. A una milla de distancia, Colón dió la señal y las históricas naves, izadas las velas, avanzaron triunfales hacia la soñada tierra.

Iba al frente la *Pinta*, hendiendo las aguas con suaves y seguros cabeceos; seguía la *Niña*, tan grácil siempre, extendiendo una franja de espuma como la orla de un vestido y haciendo reverencias en el mar con la gracia de

una muchacha, y detrás, cerrando la marcha, venía la majestad de la *Santa María*.

Era un día azul, y el cielo era azul y azul era el mar. Saliendo de las profundas aguas, los peces voladores saltaban delante de las naves, entre las cuales un grupo de delfines galopaban hacia la costa sobre la cumbre de las olas.

No tardaron en descubrir una columna de humo, que indicaba la existencia de viviendas humanas: y poco a poco se fueron mostrando los árboles y las verdes llanuras. Era una isla real, como todas, y tenía hombres como las demás.

El Almirante, todo vestido de

hierro, estaba en pie en el castillo de proa, realzando su figura con un manto escarlata. La tripulación se limpiaba el sudor que corría por su frente. También ella se había puesto a tono con el momento memorable, sacando sus ropas mejores, aunque muchos tripulantes tenían que contentarse con un casco de tela y una coraza sobre la desnuda piel. Pero todos reían y comentaban jubilosos el histórico acontecimiento, mientras en sus corazones crecía sin cesar el deseo de llegar a pisar tierra. En esto Colón mandó a la oficialidad subir a cubierta y, una vez allí, les manifestó que, una vez en tierra, bautizarían la isla con el nombre de San Salvador. Al oír sus palabras, levantó Juan de la Cosa sus

ojos extrañados. ¿Cómo era posible que la tierra que había visto no llevase el nombre de la Madre de Dios, siendo así que bajo su patrocinio habían iniciado el viaje? Pero el silencio del Almirante fué señal elocuente de que sus palabras se cumplían.

Avanzaban las naves hacia tierra. Colón, siempre en pie y más serio que los días anteriores, tenía la mirada fija en la tierra que dentro de breves instantes iba a incorporar a la corona de Castilla. Y contemplaba las olas que, al chocar contra la costa, lanzaban al aire la blanca nube de espuma, que luego caía sobre la movida superficie como una saeta. A su alrededor seguía sonando el órgano del mar, cuya música

conocía desde sus primeros años. En la proa de la *Santa María* saltó la gris silueta del delfín construyendo el arco iris.

Las naves lanzaban sus cañonazos sobre las aguas alborozadas mientras las aves marinas levantaban el vuelo asustadas. Cantaba la tripulación el himno de los vencedores mirando hacia la tierra tan próxima y tan rendida ya. La nueva tierra que respiraba hondo y tenía ante sí toda una vida. Ahora iba a comenzar el viaje.

Y vinieron años mucho más duros que los que había dejado atrás. Pequeños triunfos y un abismo de fatigas; la inscripción que más profundamente se grabó en el libro de la

Historia.

Con el poder de su alma gigantesca había sacado el tiempo de sus límites. El camino estaba abierto.

Detrás de él, en la Europa que había dejado, parecía como si las almas se empujasen hacia la costa; ahora iban a lanzarse hacia el mar. Colón había señalado el camino.

Otros darían su nombre al país y se alzarían con la conquista; la obra continuaría sin él. Colón había terminado su carrera cuando vió la luz en la noche y, al desembarcar, tendió el puente sobre el Atlántico.

EL BUQUE FANTASMA

FELIPA

PERO, ¿qué tierra buscaba Colón? ¿Qué había escondido en el fondo de su pasión?

Aún se podía saber. El Almirante tenía que partir y estaba enfermo en Valladolid, pero no tenía tiempo para estar enfermo; había que marchar. Y trató de incorporarse, pero solamente pudo levantar la cabeza de la almohada. Tenía que levantarse; sus manos débiles palparon la colcha; tenía que escribir cartas. Miró a su alrededor y sus ojos dolientes vieron. ¿Se volverán locos otra vez? La habitación le parecía envuelta en niebla; no sabía que estaba

casi ciego. Ni siquiera podía moverse; estaba completamente rígido; la sal marina había penetrado en sus articulaciones. Era una desgracia que tuviese tan mal día, precisamente cuando había tanto que disponer. Pero más enfermo había estado antes, hacía dos años, en Jamaica, donde durante semanas enteras estuvo luchando con la muerte.

Paciencia. El Almirante mandó que le leyesen la Sagrada Escritura, dictó con los ojos cerrados, envió mensajeros a diversos personajes y celebró largas conferencias acerca de lo que debía hacerse, aunque apenas podía oírse su voz. Sus criados estaban en continuo movimiento; la habitación era como un

camino por donde iba y venía todo el mundo. Pero el Almirante había estado activo todo el día anclados en el lecho con sus largos miembros atacados por la gota, blanco como la nieve y con los ojos hundidos como un viejo de cien años, él que todavía no había cumplido los sesenta. Todo el día trabajando; detrás de su frente llameaba invencible su espíritu que palpitaba bajo los ojos cerrados.

Grandes dificultades en este tiempo: desacuerdos con el rey, derechos usurpados, que aún no había podido recobrar; oposición, enemigos en todas partes, violación de su derecho de propiedad y, como final de todo, retrasos, impedimentos que había que

dejar a un lado antes de emprender un nuevo viaje; ¡el quinto, quiera Dios! Y cuando hubiese regresado victorioso de este viaje — pues sería un éxito—, reclutaría un ejército y marcharía como un nuevo cruzado contra Constantinopla. ¡Arrojar al turco de Europa! ¡Ganar para la Cristiandad el sepulcro de Cristo! ¡Establecer un reino milenario! Sí, había mucho que hacer una vez vencidas las adversidades y encontrado el Eldorado.

Así trabajaba su cabeza, la única parte de su cuerpo que preparaba grandes y penosos viajes de descubrimientos, doce años de penalidades y de decepciones desde que descubriera San Salvador. ¿Y no se había vuelto loco ante el hecho de que el

mundo continuase mostrándole aquella hostilidad tan incomprensible, tan misteriosa, tan persistente?

Sí, fueron doce años de amargura espiritual y de penalidades físicas. ¡Doce años de fatigas, de dureza, de angustia, de esterilidad! Ya al regreso del primer viaje, a bordo de la *Niña*, fué de tempestad en tempestad hasta el punto de renunciar a la esperanza de volver a ver tierra. El Atlántico mostraba su negro poder, y la *Niña* cabalgaba sobre montañas de agua, de un abismo a otro, al capricho de las olas. Fueron semanas de tensa vela hasta que los ojos ni siquiera pudieron cerrarse ya.

Y llegó el segundo viaje. La bella Jamaica, *Santa Gloria*, el aire del

Paraíso estaba en ella; la búsqueda inútil de tierra firme, exceso de fatiga, enfermedad de los ojos, vientos contrarios, hambre a bordo; las colonias no daban resultado: el rey, en contra; España, llena de enemigos.

Prosiguió en el tercer viaje a la búsqueda de un paso a las Indias, y particularmente la exploración de las costas en busca del Reino de los Cielos, esta vez más al Sur. Trinidad, la costa frente al Orinoco. Allí el gran juego de la Naturaleza con la gran corriente de agua dulce que se encuentra con la corriente ecuatorial.

Colón se metió con sus naves en un remolino que le produjo algo de vértigo. Pero allí estaba el testimonio elocuente

de la proximidad del Paraíso terrenal: uno de los grandes ríos que procedían del manantial que había junto al árbol de la vida, aquél de donde en su tiempo vino el Diluvio. Las estrellas giraban algo en redondo ante él; se daba cuenta de que estaba bajo el signo de Virgo e interpretaba todas sus anotaciones como una suposición rayana en la certeza, de que la tierra bajo aquella región celestial tenía que tener una arruga enorme, una especie de segunda Tierra redonda como una pera en cuya punta estaba el Paraíso, y esto explicaba la fuerza de la corriente y la gran masa de agua que venía de allí. El mar tenía agua dulce en un espacio de millas y olía a hierba y estaba lleno de plantas y de

lodo. No cabía duda, aquella agua venía del Edén.

Otras observaciones hacían pensar en la proximidad del Paraíso. En una bahía divisó Colón vagamente unos seres alados de color rosa, que se estaban bañando. Sin duda alguna, eran ángeles. A los marineros que tenían buena vista les pareció que eran una especie de aves zancudas de color rojo brillante, cuello largo y pico acodado. Eran flamencos. El Almirante no replicó al oír esto.

En este viaje creyó Colón haber estado más cerca del cielo que nunca. Pero hay que leer su carta, disparatada y de color de rosa: en ella habla, a pesar de todo, un alma grande. Se perciben los

latidos de un corazón como el pulso del mundo. Los ríos lo lanzaron y él tocó en la tierra como los héroes griegos y recobró su fortaleza en salirse de la razón. ¡La esperanza no quería morir!

Y hay que leer la desgarradora carta que escribió al rey después de su cuarto y último viaje, cuando surcó el Atlántico como un particular, y ni siquiera obtuvo autorización para desembarcar en su propia colonia, gobernada ahora por otros. Regresó del tercer viaje como un prisionero, depuesto de todas sus dignidades. Así terminó. Sobre su lecho de enfermo en Valladolid colgaban las cadenas con que había venido atado a España, no pudiendo jamás desde entonces recordar

aquella injusticia sin llorar. Este recuerdo y las noches en vela, la sal del mar y las lágrimas saladas hacían que en aquel momento su habitación de enfermo le pareciese llena de niebla.

Pero en el último viaje se enteró de la muerte de Bobadilla. ¡Dios estaba en el Cielo! No quiso dejar desembarcar a Colón, él, que lo había mandado encadenar; y cuando Colón anunció la tormenta no supo cambiar su decisión. Se marchó con sus naves cargadas de oro robado, de injusticia y de mentira. ¡Y no se supo más de él! Dios es paciente, pero una criatura dañina puede impulsarle a abrir un hoyo en el mar.

Colón tanteó las costas de Honduras, Nicaragua, Costa Rica, pero

no encontró ningún paso. Y vinieron los indecibles sufrimientos cuando naufragó en Jamaica, quedándose sin naves durante muchos meses, enfermo, medio ciego, sin la menor esperanza de salvación, pasando hambre hasta el punto de tener que recurrir a bufonadas para conseguir comida de los salvajes. Luego vino a España con vientos y corrientes contrarios, desembarcando al cabo de dos años y medio completamente arruinado físicamente.

Así transcurrieron los doce años, que más tarde fueron catorce. Y ahora había que salir de nuevo. Valía la pena, buscar remontando el río, pues no cabía duda de que el Paraíso estaba allí donde aquél nacía, pero no había realizado su

esperanza de navegar contra la corriente. Había que intentarlo; con naves mejores no había nada imposible. Ya iba surgiendo la cruzada contra Constantinopla y, por consiguiente, no había tiempo que perder.

Y el Almirante trató de incorporarse de nuevo, pero solamente consiguió alzar un poco la cabeza de la almohada. Todo estaba terminado.

Por la noche quedó solo el Almirante, y en las largas horas insomnes oía aullar el viento en las puertas. Un ser hablaba en ellas y llamaba. Era el navegante. Y vió los mares ante sí, él con los ojos cerrados. Se veía en su nave y oía el arpa del

viento; estaba entre sus cuerdas como había estado toda su vida. “¡Voy, voy!”, decía su alma. Y los dos, el navegante que estaba allá fuera en la noche y él, que estaba anclado en el lecho, soplaban juntos, susurraban, aullaban y viajaban a través de la negra noche, de muchas noches.

Pero al final parecía que el canto se sumergiera y apareciera más tarde. Quizá el Almirante no sabía si soñaba o estaba despierto o dónde estaba. El susurro del viento despertaba en su alma; brotaron viejas fuentes olvidadas, y corrió la triste canción del viento en el oído se llenó de melancolía:

*El viento aúlla y
susurra,
y el alma perdida se
estremece,
¡ay dolor!*

*Y llora como un niño en
las altas horas
sin brazos ni sonrisas
de madre,
¡ay dolor!*

*De niños lloramos
muchas veces
mientras el canto del
viento enternecía las
piedras,
¡ay dolor!*

*Y después dormimos en
muchas camas
y suspiramos muchas
veces,
¡ay dolor!*

*¿Podemos oír todavía a
alguien
cuando el viento canta
en las puertas cerradas?
¡ay dolor!*

*Las desaparecidas
alegrías se tornan dolor,
y su recuerdo hace
llorar la memoria,
¡ay dolor!*

*Grita el pecador en su
ignominia,
pero es peor el lamento
de una vida vacía,
¡ay dolor!*

*Los muertos nos dicen
desde el sepulcro
que el llanto es un don
de la vida,
¡ay dolor!*

*Bajo las estrellas del
cielo
sólo permanece el
viento que pasa,
¡ay dolor!*

*El viento está aullando
sin cesar,
y el viejo dolor está con
él.
¡ay dolor!*

Así hablaba en aquellos momentos el alma de Colón. No había luz en sus ojos, pero él veía claro; su mundo interior estaba iluminado y entonces comprendió que la isla feliz que buscó era aquella donde había estado cuando su hijo era pequeño.

¡Felipa!

¡Los lejanos días de Lisboa cuando era joven y experto marino! ¡Aquel

convento lisboeta donde él entraba para recogerse en oración entre nubes de incienso y música de órgano y voces femeninas! ¡Y aquella voz maravillosa que sobresalía por su pureza y potencia sobre las demás, que le hacía pensar en un serafín! ¡La voz de Felipa!

Sus ojos, ayudados por el oído, buscaron a la mujer que cantaba, y Colón distinguió a una esbelta joven de mejillas delgadas, bellísimo pelo negro y ojos oscuros y ardientes. Pero cuando preguntó quién era y supo que se trataba de la noble Felipa Muñiz Perestrello, hija del famoso navegante y gobernador de este hombre, la tristeza de Colón no tuvo límite: aquella doncella estaba demasiado alta para poder mirarla a los

ojos. Y se paseaba melancólicamente por las afueras de la ciudad a solas con su amor imposible. Sin embargo, siempre que cantaba el coro en el convento de Todos los Santos, allí estaba él, pulcramente vestido, escuchando la música con los ojos clavados en el lugar de donde partían las voces.

Y llegó lo inesperado: Felipa le amaba. Le había visto todas las veces en la iglesia ¡y le amaba! Colón vió el cielo abierto. Felipa puso sus manos en las de Colón y estaba orgullosa de amar a aquel gigante rubio y fuerte.

Ella era como la doncella celebrada en todas las canciones, la mujer de mirada sonriente inspiradora

de los más bellos e intensos amores.

Y vinieron los venturosos años de Porto Santo, la isla alejada del mundo, batida por las brillantes y broncas olas del Atlántico y vestida con el susurro de la soledad, dialogando de día con el sol y hablando de noche con una bóveda de estrellas.

En aquel remanso de paz vivificadora tuvieron a su hijo. Y fueron tres. Un gemido nuevo en la isla desierta, una vida indefensa protegida por las tiernas manos de Felipa.

¿Crece en el hombre el deseo de felicidad con la felicidad? No se cree que la vida sea larga. Un par de pequeñas carreras devoran los años y nada queda atrás.

Una necesaria expedición a Guinea, a Inglaterra; la cabeza llena de papeles y mapas de Perestrello, que Colón recibió con su mujer, planos de descubrimientos, viajes, los catorce años de peregrinar... Pero Porto Santo quedaba muy lejos, y Felipa descansaba para siempre, con las manos cruzadas, en el convento carmelitano de la Piedad, en Lisboa. Y recordó a Diego cuando era un chico alto y delgado, que se disgustaba cuando le daban una manzana, y, más tarde, siendo paje en la corte de Isabel. Era entonces difícil de contentar aquel Diego Colón, cuyo nombre subrayaban con alquitrán los demás pajes y amigos.

Pero jamás había sido tan feliz

como aquel día en Porto Santo cuando el niño se puso en pie por primera vez, con la alegría en el alma, y se atrevió a dar un paso de los brazos del padre a los de la madre. Y jamás sufrió tanto como en el camino cuando el hijo metió su mano en la del padre y le dijo que tenía hambre, y él tuvo que pedir pan para el hijo.

Se oyó en la habitación como el aullido de un perro. Colón, ciego y moribundo, no sabía que tenía el corazón en el cuello.

EN LOS MARES AUSTRALES

EN el invierno de 1832 a 1833 se encontraba en las aguas de la Tierra del Fuego el crucero inglés *Beagle* que, en veinticuatro horas, trataba de atravesar de Este a Oeste al sur del cabo de Hornos. Tuvo que renunciar a su intento y cruzó por uno de los canales que hay entre las islas que hoy llevan su nombre.

Más de trescientos años antes había encontrado Magallanes un paso en aquellas aguas, un poco más al Norte, siendo aquélla la primera vez que se pasó del Atlántico al Pacífico y el

primer viaje alrededor del Globo. En vano buscara Colón este paso. Pocos soñaban, que había que ir tan abajo para encontrarlo, al sur del Ecuador, en lugares donde el clima es tan crudo como en el Norte y las estaciones están opuestas. Un mundo situado detrás de la esperanza.

A bordo del *Beagle* se encontraba el joven naturalista Charles Darwin. El viaje tenía un fin científico y él era el zoólogo de la expedición.

La consecuencia científica final de los viajes de descubrimiento, desde Colón hasta Cook, fué obra suya. Antes de existir la ciencia del hombre primitivo, la humanidad se había visto a sí misma desde dentro, como imagen de

Dios; pero desde entonces se vió obligada a mirarse desde fuera, a la luz de su origen. Darwin dió el paso atrás, y fué odiado por ello como el hombre que con mano malhechora bajó a la humanidad desde su altura; pero, en realidad, fué un profundo amor a la humanidad el que guio su pensamiento. Él elevó al despreciado “salvaje” al pecho de la civilización, como el lejano pariente que está entre el hombre blanco y el animal.

Cuando Darwin tuvo por vez primera su gran idea acerca del origen de las especies y el íntimo parentesco de unas con otras como distintos escalones de la misma manifestación vital, el primer punto de partida pudo haber sido

un impulso sentimental.

Quizá empezó a dibujarse vagamente esta idea cuando estuvo en la Tierra del Fuego. Aunque él nada dice acerca de esto, su sencilla descripción de los fueguinos lleva a pensar que le habían impresionado profundamente. Allí estuvo junto al animal y, sin embargo, la piedad y la simpatía habían unido a aquellos indígenas que vivían en la miseria más extrema. Su corazón sangró por ellos; salió a su encuentro. Como zoólogo, se apartó del viejo capítulo acerca del hombre bajando hasta muy cerca de los cuadrúpedos y llegando finalmente a ellos. ¡Con su conocimiento de los monos y después de haber visto a los fueguinos no había

suficiente; ellos no podían venir a él y Darwin se fué a ellos.

Durante las veinticuatro horas que el *Beagle* permaneció frente al cabo de Hornos y surcó el mar en zigzag en aquellas latitudes, perdiendo de vista toda huella de tierra y volviendo de nuevo a ver el brumoso cabo barrido por los vientos sin verse envuelto en las incesantes tormentas del Oeste, una barrera de viento que cerraba el paso al otro océano, se pensaron muchas cosas y de muchas maneras.

No faltaron momentos para ejercitarse en la piedad y sinceridad. Estuvieron aislados en medio de peligros a bordo de un bergantín solitario, lejos de las tierras conocidas

del mundo y totalmente olvidados de Europa. ¿Y quién habría pensado jamás en ellos si no hubiesen regresado con la importante carga de ciencia y una nueva visión de la Naturaleza?

La Naturaleza intentó aniquilarlos lanzando contra la nave violentos aguaceros; el mar la asaltó por todas partes sacudiéndola furiosamente y haciéndola temblar de proa a popa, y el agua que la invadía gravitaba sobre ella hasta el punto de que con gran trabajo conseguía recobrar su posición. Parecía que el temporal le había tocado en su punto más vulnerable. Y cuando dieron vista a tierra, tenían ante ellos los tristes acantilados antárticos de la Tierra del Fuego, sus glaciares y sus bosques

húmedos y brumosos y sus montañas estériles.

¡Y allí vivían hombres! Entonces, como en tiempo de Magallanes, vieron fuego en la costa de noche y columnas de humo de día. Allí vivía un pueblo primitivo bajo las condiciones más adversas, un pueblo que estaba en el alba de la civilización, sin esperanza de progresar, pues se habían metido en un callejón sin salida de la Naturaleza.

En tal estado anímico — crepúsculo dentro y crepúsculo fuera—, la tripulación del *Beagle* se encontró con el buque fantasma.

No hay pruebas históricas, pues ni el capitán del *Beagle*, ni Darwin, ni ningún otro tripulante consignaron el

hecho; ni siquiera hablaron entre ellos sobre el acontecimiento. Todo quedó dormido. Quizá no creyeron lo que habían visto sus propios sentidos, agotados y alucinados como estaban después de tantos días de fatigas e insomnio.

Pero aun considerándolo inverosímil, incluso como una mentira, se siente un escalofrío en la espalda al imaginarse el encuentro. Era en medio del crepúsculo, donde solamente brillaba el peine blanco de la espuma de las olas. El *Beagle* estaba a la capa, como agarrado a su ruta, pero sin retroceder nada; la tormenta y la corriente mantenían la nave en el mismo sitio. De pronto, a sotavento, apareció

un barco, el primero que veían al cabo de muchas semanas. ¡Y navegaba contra el viento!

El barco se echaba encima a toda velocidad; parecía inevitable una colisión. Surcaba el mar a toda vela y contra el viento, cargando sobre un costado y subiendo y bajando por las olas. Parecía navegar dentro de su propia tormenta. No era, a lo que se veía, un barco grande; al acercarse daba la sensación de ser una goleta. Pero, ¿qué goleta era aquélla? ¿Qué manera de moverse en el mar era la suya? ¿Qué aparejo llevaba?

Se acercaba el barco fantasma dentro del círculo crepuscular mostrando su extraña figura. Era una

nave de pequeñas dimensiones, alta de proa a popa, que avanzaba con movimiento bascular y cabeceando de proa. A veces se paraba en su marcha y volvía a avanzar. Y antes de que la tripulación se recobrará de su sorpresa, sin cambiar ninguna palabra, pasó ante el *Beagle* de costado, mostrando la abertura de tres bocas de fuego y los cuadros y caireles ricamente trabajados que rodeaban los altos castillos de proa y popa. Y siguió su ruta bajando y subiendo las olas, invisible a intervalos, hasta desaparecer del pequeño horizonte en medio de un chubasco y de salpicaduras de las olas. Ningún tripulante del *Beagle* preguntó al compañero de al lado si aquello era un

fenómeno o se trataba de un barco real, si eran hombres o muertos los que vagamente se percibían detrás de la borda, o quién era aquel hombre alto que estaba en pie en el castillo de popa. Nadie habló, de lo que había visto, quedando encerrado en las cámaras secretas del alma como algo que cada uno guarda para sí mismo y que no puede contarse.

Pero el capitán abandonó su intento de pasar al sur del cabo de Hornos, fuese porque en el fondo de su corazón hubiese recibido aquel aviso o bien porque vió que era imposible.

La *Santa María* continuó su viaje espiritual al sur del cabo de Hornos y del cabo de Buena Esperanza, alrededor

de los mares, alrededor de la Tierra, por todos los estrechos apartados y bajo todas las islas.

Una nave maravillosa, más fuerte en el recuerdo que en la realidad. Y en ella están los grandes nombres: Colón, Vasco de Gama, Bartolomé Díaz, Cabral, Balboa, Cabot, Magallanes, Frobisher, Hudson, Cook.

Las tormentas, los mares, los grandes y nuevos continentes, las cordilleras, ríos y mares lejanos que ellos descubrieron, para siempre quedarán unidos a sus nombres.

Allí están todos los que les siguieron después y consagraron sus nombres a ríos y montes — Mississipí, Amazonas, Chimbórazo, Ruvenzori — y

abrieron la tierra al resto de la Humanidad.

Y allí están los primeros domadores de la Naturaleza, los primeros conductores del largo viaje de la Humanidad; el que dominó el fuego e hizo posible la emigración inventando las naves y los carros; allí está el primer jinete; allí están los que dominaron y domesticaron a los animales y sembraron la tierra; también los feroces navegantes están allí, los vikingos sobre sus caballos marinos.

Finalmente, allí están todos los investigadores, todos los que se esfuerzan por el ideal.

El aliento, *animus*, ese primer resumen del alma, el impulso más viejo,

desde el aire que por primera vez entra con un grito en los pulmones del recién nacido hasta que se emite de nuevo con un suspiro, eso fué su alma, eso fué su ritmo.

REGRESO

PERO, ¿no tendrá jamás paz el buque fantasma, el capitán errante? ¿No existe una condición que lo libere, si puede verla y cumplirla?

La hay. Y dice que si él puede saber cuándo es él mismo, entonces se verá liberado. Imposible; no hay ningún hombre que pueda. Por eso lleva navegando ya siglos, con la perspectiva de seguir en el mar hasta el día del Juicio.

Pero cuando la condición dice que si él *después*, después de haber navegado tanto tiempo y tenido ocasión de mirar atrás y reflexionar, puede saber

en qué momento de su vida y ten qué aspecto estuvo más cerca de ser él mismo como hombre, aunque, por lo demás, todo resto de su vida desease de otra manera y se condujese de manera distinta de la que debiera por su naturaleza, entonces quedará liberado. Esto sucederá cuando él vuelva completa y verdaderamente a su ser.

Y cuando este conocimiento venga a él, sucederá lo siguiente, que es el retorno de su alma:

Cesará la tormenta, la que el buque fantasma lleva siempre consigo y en la cual navega, y reinará la calma, y el capitán, con los ojos deslumbrados, contemplará su altura solar, y entonces la vieja nave de la eternidad, cansada de

mar, se extenderá bajo él y se convertirá en una isla anclada en el mar. Y reverdecerá su cubierta y se convertirá en una fría llanura nórdica que olerá a humus y a la hierba y tendrá flores en el fondo. Las noches serán blancas en la isla, y las abejas y las flores se encontrarán en el dulce aire melífero de las horas del mediodía. Extensa será la tierra, sin la más pequeña isla todavía, un poderoso Continente. Si el viejo navegante oceánico tuvo los elementos para un mundo dentro de su estrecha nave, entonces habrá lugar para extenderse y dilatarse por la tierra en la que entonces se transformará la nave.

Y las velas se hincharán y convertirán en grandes aves que

navegarán por el cielo, que formará una bóveda los días estivales como una tienda fría con nubes avanzando lentamente por la tierra, praderas sonrientes, bosques y lagos mezclados.

Y brotarán los mástiles; de cada nudo saldrá una rama; la punta se desdoblará en una bandera de hojas recién brotadas. Las vergas y los palos se convertirán en árboles; se oirá como el susurro de un viento de primavera; surgirá una llamarada verde y se perfumará el aire con olor a hoja. Y ya está el bosque agitándose en su fresca y brillante vestidura bajo las crecientes nubes blancas y las brechas azules del cielo. Sol y nubes mezclados como una bebida refrescante entre los esbeltos

árboles nórdicos.

Y he aquí que todas las tallas y adornos del viejo bosque se animarán: el ciervo saldrá de sus volutas y estirará las patas, se despojará de la estilización como una larva y se echará a andar cómodamente entre los árboles con su ramosa cabeza oscilante y aplicando su boca ávida a las dulces hojas bañadas de rocío; saldrá la ardilla de su escultura, enderezará sus rizados miembros y adquirirá los colores de la vida, el rojo más rojo, y correrá como una llama, abrazará los troncos con sus cuatro patas y se plantará llena de vida en la copa de un abedul; de los rincones y agujeros de la talla saldrán volando las aves: el azor volará lentamente por

encima de los árboles y describirá un círculo en el aire meciéndose sobre las alas; la lechuza, sin ruido, andará ahuyentando el día, introduciéndose como una polilla entre las ramas y mezclándose con una sombra; los pájaros cantores revolotearán y se posarán en las ramas llenas de hojas y lanzarán al aire sus trinos.

Pero el acontecimiento más maravilloso será aquél en que, bajo los árboles del bosque, al cielo abierto de la primavera, aparezca la madre con el hijo en brazos — la vida vuelve a empezar — acariciado por ella y por los rayos del sol. Cerca de ella se oirán unos golpes de hacha: será el leñador, cazador, carpintero y agricultor — todo

a la vez—. La familia que empieza de nuevo en un lugar desierto — Canadá, Minnesota o Dakota—, donde el campesino nórdico volverá a encontrar su aire y sus estaciones y donde el crudo invierno mantendrá en buen estado su alma.

Y en la misma actitud que ella mostrará bajo un árbol, con la mano sobre las cejas para defenderse de los rayos del sol, bañada en luz y envuelta en silencio, sola en medio de una gran soledad, pero con el hijo en brazos y oyendo trabajar a su marido, estuvo antes que ella la joven longobarda en una aldea de Escama con sus grandes piernas cubiertas por una falda de lino y una camisa escasa ciñendo su cuerpo y

una mata de pelo rubio en la cabeza. Detrás del árbol donde se sentaba con su hijo pacía su vaca.

Y así pasará un mundo viejo y vendrá otro nuevo. El buque se transformará en tierras y bosques. Todo volverá a ser lo que era al principio. Los marineros se convertirán en gusanos y desaparecerán en la tierra.

Pero el alto y blanco bosque se volverá más blanco aún, se levantará de la tierra y se disolverá en una estela de espuma o en bruma que saldrá de la playa y penetrará bajo los árboles hasta que el sol la aniquile; y donde él ha estado no habrá más que un montoncito de polvo.

Y entonces terminará el largo viaje.

AVE STELLA

DURANTE las altas horas de la noche, aquellas en que las últimas personas se han retirado y las primeras no se han levantado todavía — las cortas horas de descanso de la gran ciudad, en que parece que la vida se ha extinguido y las interminables calles se quedan completamente vacías y achicadas como las venas de un cuerpo exangüe—, hay en el cielo un ser inclinado sobre el mundo y mirando: una mujer hecha de luz, casi invisible.

Contempla la tierra y ve cómo el hermoso globo azul gira en su éter y lentamente vuelve los flancos hacia el

sol, siempre la noche en un lado y en otro el día, envuelta todo el camino en una capa de agua, con su corteza arrugada destacando en el azul y con sus tierras verdes y abigarradas; y envolviéndolo todo de nuevo, la transparente atmósfera, movida por nubes y corrientes de aire, como un velo alrededor de la azul desnudez de la tierra. Así marcha por el espacio esta preciosa bola de color, recibida en los eones, siempre la misma y siempre iluminada por todos los lados y girando al mismo tiempo en una gran órbita alrededor del poderoso astro luminoso en cuyos rayos se baña.

Si se baja más este ser ultraterreno, ve la inconmensurable extensión del mar

y los continentes, tierras y reinos y toda la vida que hay en ellos: barcos que surcan todas las aguas del globo, trenes que cruzan de costa a costa, grandes ciudades envueltas en humo, arterias llenas de hombres en todas las zonas, desde los polos al ecuador; bosques y animales y plantas.

Las grandes ciudades fluviales, con sus catedrales y muros, son hoy huellas de un estrecho anillo que se pierde en el interior — la red de calles que lo circunda son como grandes costras cristalinas en la tierra; no hay un puente, sino muchos puentes sobre el río donde en tiempos solamente había una lancha para cruzarlo de bosque a bosque; de éste no queda más que una

reconstrucción en forma de parques—. Del monstruo sale un mugido disonante y fuerte: el ruido incesante de la ciudad, que sube al cielo.

Ella lo oye desde arriba y mira y se sorprende y tiembla su corazón, y ninguno de los que está allá abajo comprende cómo se los siente en la eternidad, con qué dolor y profunda piedad contempla su marcha un amante corazón que no les puede ayudar.

¿Quién es ella? La tierra que gira, ¿qué es? ¿Qué buque fantasma es ése que navega por la eternidad, abandonado a sí mismo entre globos que no puede alcanzar? ¿Qué fleta? ¿Por qué? ¿Para qué? En el mismo instante en que el químico está con sus probetas y

sus misteriosos rayos buscando la vida interna de la materia, se acechan los negros con sus azagayas detrás de los termiteros. ¿Qué quieren? ¿Qué espíritu trabaja en ellos? ¿Cómo ha comenzado y cómo terminará?

Preguntan los niños en la escuela; crecen los grandes y construyen o destruyen, y mueren.

Pero el ser cósmico que se muestra sobre la tierra como una mujer para los que pueden verla, es la vida, es el tronco de la vida al otro lado del éter.

Ave Stella!

JOHANNES V. JENSEN

JOHANNES V. JENSEN es el personaje más importante de las actuales letras danesas. Nacido en Farsoe (Jutlandia), el 20 de enero de 1873, parece heredar en su sangre el espíritu de aventura y la vehemencia vital de los antiguos vikingos, que tanta parte tendrán en su obra. Ya en sus años primeros, Jensen abandona el hogar campesino y realiza él solo el viaje sueño, la marcha hacia América. Discurre por los Estados Unidos, desciende al Brasil, se acerca hasta la India... Luego viajará por España, Francia, Alemania. Cada país,

cada ciudad a la que arriba, puede arrancar a este hombre de sensibilidad despierta emociones creadoras. Miraje de sus andanzas son, entre otras, el Libro Skovene (Los bosques) (1904), y los dos tomos de sus Eksotiske Noveller (Cuentos exóticos) (1907-1909).

Su obra se inicia en 1896 con Danskere (Los daneses), novela impresionista que denota la clara influencia de Joergensen, y prosigue al año siguiente con una obra ya más original: Einar Elkjoer. Pero su tono auténtico, colorista y potente, irrumpe con las tres series de cuentos y escenas de aldea, Himmerlandshistorier (Historias de Himmerland), que aparecen en los años 1898, 1904 y

1910, respectivamente. Se observa en ellas, como ha dicho uno de sus críticos, “sentimiento elemental, de la naturaleza, gusto por lo primitivo, intuición de la vida como fuerza y potencia”. Visiones realistas, acres y alegres de la vida jutlandesa, a la que se entremezcla, en torno al fuego del hogar, el motivo insistente de lo suprasensible, el mundo de las hadas.

La etapa americana proporcional a Jensen dos novelas: *Madame d’Ora* (1904) y, más importante, *Hjulet* (La ruta) (1905). Apunta en ellas una de las constantes en la obra de Jensen, la exalación del progreso humano, la actividad vencedora del hombre ante la materia, constante que explaya

didácticamente en obras como Denny Verden (El nuevo mundo) (1907), Nordisk Aand (Espíritu nórdico) (1911), Introduction til vaar Tidsalden (Introducción a nuestra época) (1915) y Harborg (Anales) (1916-1917). Como ensayista, cabe citar todavía su Den gotiske Rienaissance (1901), y Evolution of Moral (1925), obra esta última bajo la égida de Darwin.

El Jensen novelista vuelve por sus fueros en Kongens Fald (La calda del rey) (1899-1902), trilogía que evoca líricamente la figura pálida y dorada de Cristián III, sombra nostálgica, acompañada por el Tiempo, que preside el título de cada volumen: La muerte en la primavera, El gran verano, El

invierno.

Iniciada en 1906, la colección Myter og Jagter (Mitos y cazas), culmina en su sexto volumen, aparecido en 1928. Obra vasta, llena de lagunas inevitables de inspiración y estilo, es, con todo, una de las obras más personales del autor.

Empero la obra maestra de Jensen es Periplo escandinavo. Doce años de trabajo invirtió Jensen en escribir esa epopeya de la humanidad, que en más de una ocasión recuerda La leyenda de los siglos. Un lirismo visionario, tumultuoso, cuya explosiva fuerza verbal creo imagerías monumentales sobre el estricto campo de la historia, informa todo el ciclo. Seis volúmenes

lo componen, los dos primeros aparecidos en 1908: Det tabte land (La tierra perdida), y Broeen (El glaciar). Siguieron luego Norne-Gaest, Cimbrernes Tog (La caravana cimbría), Skibet (La nave), La catedral y, finalmente, Cristóbal Colón.

En los últimos años de Jensen, la vena lírica comenzada en Digte (1906), se renueva en dos frescos volúmenes de poesía. Es lo último que escribe. Muere en 1950. En 1944 se le había concedido el Premio Nobel.

notes

Notas a pie de página

¹ Juego de palabras: *Fyr*, en danés, significa *fuego y muchacha*.

² En estas paginas llevara constantemente el nombre de *Oso Blanco*, y no el de Hvidbjórñ. - (*N. del T.*)

³ La svástica o cruz gamada.

⁴ Ardilla.

⁵ Hacia el Norte. En latín en el original.

⁶ En español en el original. — (*N. del T.*)

⁷ Nombre con que se designa a la tripulación. — (*N. del T.*)